This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span. Bk. 1.15

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA

MANUEL P. DELGADO, EDITOR

OBRAS DRAMÁTICAS

Y LÍRICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA y Moral

TOMO PRIMERO

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS SUCESORES DE CUESTA
CALLE DE LA CAVA-ALTA, NÚM. 5
1895

Span 5997.5

HARVARD COLLEGE
NOV 20 1900
LIBRARY.

Sales fund
(1-4)

Es propiedad.

Don José Zorrilla

† 23 Enero 1893

APOTEOSIS

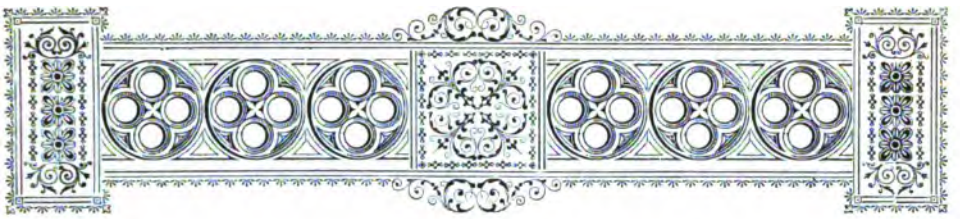
DE

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

PERSONAJES

LA FAMA.
EL REPOSO.
LA CRÍTICA.
HOMERO.
VIRGILIO.
SHAKSPEARE.
CERVANTES.

Coros y acompañamientos correspondientes



APOTEOSIS DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

ACTO ÚNICO

Alegoría del alcázar de la Memoria, figurando un antro obscuro con cinco puertas ó nichos que se abren á su tiempo. Al levantarse el telón se oye música y cantan dentro

ESCENA PRIMERA

Pasad, ruidos livianos,
inútiles quimeras,
espíritus mundanos
que de la tierra prófugos
por las tinieblas váis.
Pasad, sin que al tumulto
de vuestros pies profanos
de mi palacio oculto
la soledad pacífica
pasando interrumpáis.
Pasad, pasad!
Aquí no está el imperio
de vuestra magia impura;
aquí de hondo misterio
entre los velos mágicos
en blando sueño están
los Genios que vertieron
la luz sobre la tierra,
los que de Dios bebieron
la ciencia y el espíritu
con anheloso afán.
Pasad, pasad!

LA FAMA *(Saliendo)*

Ha del reposo que en las tumbas mora!
Ha del misterio que velando está!

EL REPOSO *(Dentro)*

Quién de las tumbas atención implora?
Quién por mi reino descarriado va?

LA FAMA

La Fama soy, que de la tierra vengo.

ESCENA II

Ábrese la puerta del centro, y aparece en un lecho El Reposo, *coronado de adormideras*

EL REPOSO

Qué pasa, pues, en la fatal mansión?
Llegó el instante en que sin tino tengo
los sellos que romper de mi panteón?
Tocó en su colmo la locura humana?
La cólera de Dios se desbordó
y el orbe á polvo tornará mañana?
Vuelve la nada á su principio?

LA FAMA

No.
El tiempo sigue su veloz carrera,
el mundo largo tiempo vivirá,
y largo sueño en tu mansión espera
á los que su antro cobijando está.
Mas, óyeme un instante, y tus oídos
la nueva que divulgo escucharán,
y tus Genios, de gozo estremecidos,
en su lecho de mármol se alzarán.
Hay un rincón de la atrevida Europa
do una raza de inmenso corazón
vive, y guarece su triunfante tropa
la sombra de un Castillo y un León.
España, sí, que vencedora un día,
dos mundos ocupó con estrechez;
España, que negaba y concedía
tierra donde vivir, con altivez;
Existe libre de extranjero yugo,
por más que Europa la contemple audaz,
y ser quisiera su fatal verdugo,
siempre envidiando su valor tenaz.
La inquieta Europa que intentó humillarla
no la conoce todavía bien,
y atenta solamente á encadenarla,
la mira desde lejos con desdén.
Pobre, ignorante y sin poder la entiende,
de sí misma la juzga sin amor,
y ella á su vez su libertad defiende
con su fe solamente y su valor.
Tinta en la sangre de sus propios hijos,
cercenada de intrusos por doquier,
no ha sabido, á desastres tan prolijos,
la gloria de sus hijos posponer.
Templos les abre, y les eleva estatuas,
y «esos son (dice á los extraños), sí,
los que pregonan vuestras lenguas fatuas
sin recompensa ni memoria en mí.—
No hay aquí gloria?—Sin que mucho tar-
Calderón y Cervantes lo dirán.— [de,
No hay libertad?—Daoiz y Velarde
á daros un ¡mentís! despertarán.»—
Eso dice la España postergada,
eso la Fama anunciará veloz;
díselo tú, Reposo de la nada,
á esos que duermen sin oir mi voz.
Si al viento de las recias tempestades
con que su patria desolar se ve,
ardiendo se desploman sus ciudades,
sus mausoleos quedarán en pie.—
Díles que duerman sin odiar los hombres
á esos que grandes y españoles son,
y que no ignoren que escribió sus nombres
á par de los más grandes su nación.

EL REPOSO

Sí les diré. Sus almas bienhadadas
con tus nuevas, oh Fama! gozarán,
y con blanda sonrisa en sus almohadas
á posar la cabeza tornarán.
Que aquí halla amparo, protección y asilo
cuanto atañe al descanso y al placer;
aquí reposa el corazón tranquilo
de la ansiedad con que acertó á nacer.

LA FAMA

Oh! Tengan ese mísero consuelo
que el envidioso mundo les negó,
ahora que ven que sin premiar el cielo
jamás el genio y la virtud dejó.

EL REPOSO

Las alas otra vez tiende segura,
tórnate en calma donde alumbra el sol;
ellos sabrán en mi mansión oscura
la gloria de ese Fénix Español.

LA FAMA

Quién trajo aquí sin mi poder la nueva?

EL REPOSO

Ha siglo y medio, oh Fama! que la sé,
que ha siglo y medio que en el mundo prueba
con sus palabras Calderón quién fué.

LA FAMA

La lumbre de su gloria reverbera
por cuanto alumbra el rutilante sol,
y España olvida su contienda fiera
escuchando su Fénix Español.

EL REPOSO

Por quien es, está aquí; yo que le guardo,
el primero á mi vez le conocí.

LA FAMA

Su triunfo díle.

EL REPOSO

Á que se torne aguardo.

LA FAMA

No está en tus reinos?

EL REPOSO

Volveráse á mí.
Á recibir la merecida palma
á su alcázar la Gloria le llamó,
y hoy volverá regocijada el alma
al lecho que un instante abandonó.

LA FAMA

Adiós te queda pues.

EL REPOSO

Ve tu camino,
y allá en los sitios por do errante vas,
venga á la España y su cantor divino,
que bien merecen los de España más.

LA FAMA

Guay de quien mira necio ó atrevido
con ojos insolentes su pendón!
Guay del que asome cuando dé un rugido
y despierte iracundo su león. *(Vuela.)*

ESCENA III

EL REPOSO

Y vosotros que en sueño perfumado
en vuestro lecho de laurel dormís,
alzáos y gozad con lo pasado,
levantáos á ver cómo vivís.
Ha de los mansos soñolientos sones
que arrullan y adormecen mi mansión,
cantad, y al entonar nuevas canciones,
el descanso romped de mi panteón!
No traigáis el murmullo de las hojas,
ni de las fuentes el rumor tenaz,
ni el son del aura en las espigas rojas,
ni el suspiro del céfiro fugaz.
Venid sobre el perfume de las flores
con el vario cantar del ruiseñor,
cuando cuenta á la aurora sus amores
el rocío libando en una flor.
Traed las armonías que en la gloria
se exhalan del laüd del serafín,
y á las puertas llamad de la memoria
de los que duermen sin temer su fin.
Cantad! y que despierten un momento
su gloria inmarcesible á contemplar,
como á los besos de amoroso viento
las flores, que se vuelven á cerrar.

(Ciérranse las puertas que muestran el lecho de El Reposo, *y se oye dentro música.)*

ESCENA IV

MÚSICA

Alzáos del sepulcro
los que dormís en paz.

—

Aun se oyen vuestros cánticos
gloriosos resonar;
sobre las alas rápidas
de las centurias van;
de vuestros nombres ínclitos
la lumbre celestial
el mundo por sus ámbitos
iluminando está.
Alzáos del sepulcro
los que dormís en paz.

—

Ni ingrata á vuestro espíritu
la patria desleal
en vuestros secos mármoles
os dejará posar.
Con vuestra fama espléndida
feliz se ufanará,
si acuerda á vuestras ánimas
origen inmortal.
Alzáos del sepulcro
los que dormís en paz.

(Ábrense las puertecillas del escenario, cada cual á su turno, dejando ver una débil aureola de luz, símbolo de la gloria, y se presenta á su vez Homero, Virgilio *y* Shakspeare, *coronados de laurel, apareciendo sus nombres*

sobre sus respectivas puertas en letras de luz y conforme van presentándose)

HOMERO

Quién á luz torna mis desiertos ojos?
Quién música tan dulce en mis oídos
vierte, y á vida vuelve mis despojos
en el abismo de la sombra hundidos?
Oigo una voz más suave y halagüeña
que las aguas del Xanto y del Eurotas,
que de mi patria la ilusión risueña;
memorias dulces por la muerte rotas!
Alcanzo en el espacio vagarosos,
ricos de gloria y varios en colores,
ir en montón espíritus famosos
cantando al par su religión y amores.
Quiénes son esos héroes que embozados
van en tropel, y nacen de una lira
cuyos cantares con vigor lanzados
de mi Grecia el espíritu no inspira?
No conozco sus faces escondidas
tras de los cascos que los rayos doran,
ni comprendo sus trovas confundidas
con plegarias al Dios á quien adoran.
No van á los Elíseos por descanso,
ni á Júpiter invocan, mas su acento
baja solemne y armonioso y manso
por la región del azulado viento.
Cantad, héroes, cantad! que mis oídos
os oyen con placer, y el alma mía
en vuestros sones va desconocidos
á torrentes bebiendo la armonía.
Yo os escucho, cantad; mi largo sueño
mecéis con vuestra voz: cisnes extraños!
Verted deliciosísimo beleño
en el insomnio de mis luengos años.

VIRGILIO

Yo oí de entre las hojas de mi laurel sonoro
brotar de un arpa nueva el inspirado son,
y desperté sintiendo de sus bordones de oro
los misteriosos ecos herirme el corazón.
No fué, sin par Homero, la voz de tus valientes
ni el himno de tu Grecia la música que oí;
sus notas son más graves, y excitan reverentes
memorias religiosas con que jamás viví.
No adornan sus misterios los mirtos de Cartago,
la voz de las Sibilas, ni el carro del amor,
de Venus las palomas, ni de Carón el lago,
ni el porvenir de Roma, á quien fingí mejor.
Mas yo, mientras escuche las notas de esa lira,
no quiero de mi lecho volver al cabezal;
quien quiera que tú seas, quien con tu voz suspira,
tu canto no interrumpas, oh Bardo celestial!
Te escucho, y tu armonía dulcísima me suena
como la voz lejana del espumoso mar,
como el susurro manso de la floresta amena
y el ala de la garza que empieza á remontar.
La sombra de los olmos en la abrasada siesta,
de un límpido arroyuelo el desigual rumor,
no son para el viajero que á reposar se apresta
cual para mí son dulces tus cántigas de amor.
Sí, canta, y de mi gloria con reverente oído
en mi mortal insomnio tu voz escucharé,
y aromará mis sueños el plácido sonido
de tus palabras bellas, que comprender no sé.

SHAKSPEARE

Yo oí su voz primera descendiendo
á esta mansión de sombra y de reposo,
y allá en el alma, el porvenir midiendo,
miré á lo lejos y alcancé un coloso.
Yo te conozco bien, hijo del canto;
yo comprendo la voz de esas quimeras
que en un delirio misterioso y santo
lanzas al mundo de quien nada esperas.
Quién resiste tu voz? Lanzada al cielo,
te franquea sus puertas eternales;
lánzala al viento, y detendrá su vuelo
al vivo lampo de sus mil fanales.
El averno, la mar y el orbe todo
de tu arpa cede al colosal imperio;
sí, cuanto existe de insondable modo
de su existencia te mostró el misterio.
Quién como tú? Los mundos á tu orden
ante tus ojos obedientes giran;
átomos son que hierven en desorden,
y á tu voz nacen y á tu voz espiran.
Soplas sobre ellos, y á tu soplo viven;
si necesitan voz, les das tu acento;
si forma, de tus manos la reciben;
si atributos, les das tu pensamiento.
Eres un manantial rico y fecundo;
tu lengua es un torrente de ambrosía;
tu mente radia como el sol, y el mundo
al son de tu palabra se extasía.
De águila son tus ojos; son tus alas
de ardiente querubín; á las tormentas
en el impulso de tu vuelo igualas,
y á reposar en el cenít te sientas.
Allí sueltas tu voz, y allí á tu canto
el curso de los astros se suspende;
Dios te envuelve en las orlas de su manto,
y en su divino espíritu te enciende.
Sacerdote de Dios, cantas su gloria;
bardo de religión, tú la penetras;
tu patria diviniza tu memoria,
y los sabios aprenden de tus letras.
Canta, y en tanto que tu genio aborte
de místicos fantasmas luenga tropa,
á la sombra inmortal de su cohorte
yo dormiré, y aplaudirá la Europa.

ESCENA V

HOMERO, VIRGILIO, SHAKSPEARE
y LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

(Ni del Reposo y la Muerte
en los brazos dormirán;
yo amargaré cuanta gloria
el universo les da.)
Ha de los que alzan la frente
del mundo á la vanidad,
hierbas que brotáis al soplo
de vuestro orgullo no más;
Tan sólo vuestra demencia
vosotros divinizáis!
De qué sirve á quien le escucha
vuestro sublime cantar?
Esas creaciones grandes
que encarecéis con afán,
sólo son necios delirios,
incomprensibles asaz.
De ese cantor os arrulla
el cántico celestial?
Porque escucháis solamente
su monótono compás.
Así es el ruido del viento,
del agua así el son fugaz,
á su murmullo se duerme,
mas no se entiende jamás.

ESCENA VI

HOMERO, SHAKSPEARE, VIRGILIO,
LA CRÍTICA *y* CERVANTES

CERVANTES

Quién con tan negras palabras
llega á esta mansión audaz,
que de mi sueño de mármol
me viene así á despertar?

LA CRÍTICA

La Crítica soy juiciosa,
en cuya balanza igual

se equilibran los tesoros
que debe la ciencia dar.
Yo por el bien de los hombres
estoy en vela tenaz,
y les marco los caminos
por do salir sin errar.
Yo les aparto los brezos,
yo les enseño además
dónde están los precipicios
y los escollos do están.
Yo voy con mi clara antorcha
guiando su ceguedad,
y caen los que no me siguen
á cada paso que dan.
Sin mí no hay nada perfecto,
sin mí no podéis hallar
ni lo justo, ni lo hermoso,
ni la luz, ni la verdad.
Calderón, á quien ufanos
fénix del arpa llamáis,
no supo sin mis auxilios
sino caer y tropezar.
Y, pues queréis como al Genio
divinizarle, mirad
que es perfección lo divino,
y que quien yerra es mortal.
Y esto os dice quien lo sabe,
que no aumento al afirmar
que aun Dios, al hacer sus obras,
me las consulta quizás.

CERVANTES

Yo te conozco; quién eres
sé bien, y de mí ocultar
no puedes lo que tu envidia
dicta á tu lengua infernal.
Crítica, tú eres un monstruo
sólo de envidia capaz;
tu lengua mana veneno,
y en hieles bañada está.
Pero no puede los bordes
de los sepulcros pasar,
y aquí no tienes oídos
para tu canto mordaz.
Aparta, pobre sirena,
que has olvidado el cantar;
huye, hermosura caduca,
que has perdido tu beldad.
Tú tienes torpes las manos,
y las alas con que vas
volando, tan sólo pueden
tu cuerpo vil remolcar.
Aparta, lince sin ojos,
que lo que no puedes ya
ciega entender por tí misma,
lo tienes que preguntar.
Aparta, cuervo engreído,
que pavoneándote vas
con las plumas que recoges
en pos de la garza real.

LA CRÍTICA

Oh, sí! Vosotros quisiérais
al corazón engañar,
mas yo quiero recordaros
algo de la realidad.
Homero, tú que cantando
hiciste á Grecia inmortal,
para alimentarte en Grecia
tuviste que mendigar.
Virgilio, tus ricos cantos,
que á Homero te hacen igual,
son el incienso que el César
te hizo á sus plantas quemar.
Cervantes, la misma tierra
que ahora estatuas te da,
miserable y calumniado
te vió morir sin piedad.
Ni Shakspeare vigoroso,
Ni Calderón...

CERVANTES

Basta ya;
mi patria es grande, y no puede
ni confundir ni olvidar. *(Música lejos.)*

VIRGILIO

Silencio! Ya resuenan los himnos inmortales
á cuyo justo y santo y poderoso son tiales,
sus quicios de oro rompen las puertas celestiales
y al Genio dan camino por su imperial mansión.

HOMERO

Desciende, de tu gloria la frente coronada;
baja á la arena olimpia, oh atleta triunfador!

ven á dejar tu lira sobre el laurel colgada,
cuya tranquila sombra te enjugará el sudor.

SHAKSPEARE

[prende
Cantor de los misterios que ciega no com-
de Grecia ni de Roma la inspiración gentil,
los ojos á tu origen divinizado tiende;
tú tienes en tu patria un trono de marfil.
De Dios siendo en la tierra la soberana hechu-
derechos inmortales tenemos hacia él; [ra,
ven á gozar tu gloria sobre la lumbre pura
que radia su semblante y entolda su dosel.

CERVANTES *(A La Crítica)*

Y tú, que nunca descansas,
y que á todos aconsejas,
ven á presenciar su gloria,
si con su gloria no ciegas.
Hoy que le conoce España,
y que grande le confiesa,
en la divina familia
de los inmortales entra.
Y aquí del mezquino mundo
las tempestades no llegan,
ni de la envidia los dardos
emponzoñados penetran.
Que las estrellas no alumbran
por donde el sol reverbera,
ni suben las golondrinas
donde las águilas vuelan.
Ve á contar esto á la España,
y si su amor les conserva
á los hijos que la ilustran
con sus armas ó sus letras,
Ni necesita extranjeros
que la enseñen ni defiendan,
ni ha de faltarla lidiando
la libertad, ni la tierra.

LA CRÍTICA

Sí que la diré...

ESCENA ÚLTIMA

Aparece EL REPOSO, *y desaparecen* HOMERO, VIRGILIO, SHAKSPEARE *y* CERVANTES *por sus correspondientes apariencias.*

EL REPOSO

Silencio!
Crítica! tus labios sella,
venda tus ojos, y escucha
de rodillas, muda y ciega.
Que del Genio á quien su patria
agradecida venera,
donde le labran su tumba
su Apoteosis empieza.

(Transformación magnífica de Apoteosis al son de un himno triunfal á órgano y orquesta.)

LA CRÍTICA de rodillas; en un pedestal decorado con insignias de triunfo LA SOMBRA DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, de cuerpo entero, coronada de laurel, y mostrando la cruz de Santiago, de quien fué caballero. A la derecha un símbolo de los Autos Sacramentales en una alegoría que remata con la cruz, y sembrada de palmas, en cuyas hojas se leerán los títulos de los mejores Autos:

La nave del mercader.
La divina Filotea.
La cena de Baltasar.
Las espigas de Ruth.
El laberinto del mundo.
El divino Orfeo.
La cura y la enfermedad, etc., etc., etc.

A la izquierda otra alegoría coronada por el amor y orlada de atributos profanos, donde se lean títulos de las mejores comedias de CALDERÓN:

La dama duende.
La vida es sueño.
La niña de Gómez Arias.
El escondido y la tapada.
El jardín de Falerina.
La devoción de la cruz.
El Alcalde de Zalamea.
Las tres justicias en una.
El mágico prodigioso.
A secreto agravio, secreta venganza.
Casa con dos puertas mala de guardar.
El pintor de su deshonra, etc., etc., etc.

Al pie de las alegorías los Genios y coros correspondientes que han de cantar el himno de Apoteosis, y los bailarines, cuya primera figura será quedar formando, con guirnaldas ó cosa equivalente, y cada cual con su letra, el nombre de CALDERÓN.

HIMNO

CORO

Las aguas del olvido
por tí no pasarán;
los que á su gloria suben
jamás descenderán.

—

Sin miedo de los siglos al insolente encono
ostenta ya tu frente ceñida de laurel:
tu nombre es infinito, tu féretro es un trono,
y tú sólo desciendes para reinar en él.
Las aguas del olvido, etc.

—

Tú puedes ver el alba nacer junto á tu frente,
tú puedes con las nubes por los espacios ir:
tu gloria es más brillante que el sol en el Oriente,
más grande que los tiempos tu inmenso porvenir.
Las aguas del olvido, etc.

—

El mundo rueda henchido de ardientes creaciones
que de tu mente rica la inmensidad lanzó;
y el aura vaga llena de los brillantes sones
que de tu sacra lira la inspiración brotó.
Las aguas del olvido, etc.

—

Los astros y los montes, las aguas y los vientos,
las fieras de la selva, los peces de la mar,
vinieron convocados al son de tus acentos
de Jehová infinito las glorias á cantar.
Las aguas del olvido, etc.

—

Y montes, aguas, astros y peces, aire y fieras,
recuerdos de tu gloria sin término serán;
y en las remotas playas y edades venideras
por do se encuentre vida tus cantos vivirán.
Las aguas del olvido, etc.

—

Ven á ocupar tu trono, rey harto de victoria;
ven á tomar tu lira, oh ardiente serafín!
y beberás eterno las aguas de la gloria
delante del santuario del que será sin fin.

—

Las aguas del olvido
por tí no pasarán;
los que á su gloria suben
jamás descenderán.

Á LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JOVEN LITERATO

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana;
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

—

Acabó su misión sobre la tierra,
y dejó su existencia carcomida,
como una virgen al placer perdida
cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
vacío ya de ensueños y de gloria,
y se entregó á ese sueño sin memoria
que nos lleva á otro mundo á despertar.

Era una flor que marchitó el estío,
era una fuente que agotó el verano;
ya no se siente su murmullo vano,
ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
y ese verde color de la llanura,
ese manto de hierba y de frescura,
hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,
sobre la tierra que habita
es una planta maldita
con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria,
donde no llegue á tu cegado oído
más que la triste y funeral plegaria
que otro poeta cantará por tí.
Esta será una ofrenda de cariño,
más grata, sí, que la oración de un hombre,
pura como la lágrima de un niño,
memoria del poeta que perdí.

—

Si existe un remoto cielo,
de los poetas mansión,
y sólo le queda al suelo
ese retrato de hielo,
fetidez y corrupción,

Digno presente, por cierto,
se deja á la amarga vida!
Abandonar un desierto
y darle á la despedida
la fea prenda de un muerto!

—

Poeta: si en el *no ser*
hay un recuerdo de ayer,
una vida como aquí
detrás de ese firmamento...
conságrame un pensamiento
como el que tengo de tí.

Á CALDERÓN

«La Venerable Congregación de Sacerdotes Naturales de esta »villa puso aquí esta inscripción, con permiso de D. Diego La»drón de Guevara, caballero de la Orden de Calatrava y patrón de »esta capilla.»

(Capilla de San Salvador, sepulcro de D. Pedro Calderón de la Barca.)

Hay una antigua capilla,
pobre por su antigüedad,
negra por su oscuridad,
revocada por *la villa*,
Donde se lee en un rincón,
más que con ojos, con manos:
—Aquí los restos humanos
de Don Pedro Calderón.—

I

Ave osada, cuyas plumas
vistieron de cien colores
con sus matices las flores,
con su nieve las espumas;
Á cuyos ojos el sol
prestó luz y atrevimiento,
y á cuyas alas dió viento
tu noble aliento español;
Á quien la tierra dió sombra,
y la fortuna dió calma;
á quien un rayo dió el alma,
y el universo una alfombra;
Águila para volar,
reina del viento naciste;
fénix al mundo saliste
para vivir y cantar.
Águila fué tu osadía,
que con su atrevido vuelo
subió arrebatada al cielo
á beber la luz del día.
Fénix fueron tus cantares,
pues al nacer y al morir
sólo se hicieron oir
al calor de sus hogares.
Águila tus ojos son,
y fénix es tu garganta;
es fénix la voz que canta,
y águila la inspiración.
Si el águila ojos te da,
te da el fénix melodía:
para tu luz y armonía,
ni ojos ni oídos habrá.
Mas, por desgracia ó fortuna,
ya tu garganta está seca,
y allá en tu pupila hueca
no queda mirada alguna.
Duerme en paz en tu rincón,
donde levantó tu gloria
una cruz á la memoria
de Don Pedro Calderón.
Que si un mármol reclamó
tu grandeza y te le dieron,
según lo que le escondieron,
parece que les pesó.
Yaces en un templo, sí;
pero en tan bajo lugar,
que pareces aguardar
hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol:
temerán que te ennegrezca!...
O tal vez no lo merezca
tu ingenio y nombre español.
En vez de tan vil lugar,
si fueras un potentado,
sepulcro te hubieran dado
delante del mismo altar.
Porque al magnate altanero
le dan virtud y oraciones
el oro de sus blasones,
y su fortuna primero.
Mas duerme tranquilo ahí,
en ese rincón inmundo:
para sarcasmo del mundo,
te basta tu nombre á tí.
Que imbécil ó descuidada
la malignidad del hombre,
dejó olvidado tu nombre
sobre el sello de tu nada.

II

Sombra ultrajada, perdona
si tu sueño interrumpí,
que mi atrevimiento abona
lo poco que soy en mí,
lo mucho que es tu corona.
Mis ojos te quieren ver;
pero, cuanto más te miran,
más imposible ha de ser.
Su lumbre van á perder
ojos que por tí deliran!
Mis ojos ven tu laurel,
y ver quisieran tu alma;
que es martirio bien cruel,
desesperado al pie dél,
suspirar por una palma.
Mas si nada he de poder,
digno Calderón, de tí;
si el que á llorar venga aquí,
grande, como tú, ha de ser,
á tu vez llora por mí,
que menos no he de volver.
Pues tu osada inspiración
eterna quedó en la historia,
duerme en paz en tu rincón,
donde levantó tu gloria
una cruz... triste memoria
de Don Pedro Calderón!

TOLEDO

Negra, ruinosa, sola y olvidada,
hundidos ya los pies entre la arena,
allí yace Toledo abandonada,
azotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes.
aun asoma su frente carcomida;
esclava, sin soldados y sin leyes,
duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza;
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes, y, entre ruinas y blasones,
un alcázar sentado en una altura
y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

El soplo abrasador del cierzo impío
ciñó bramando sus tostados muros,
y, entre las hondas pálidas de un río,
una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí; yace tendida
en el polvo, sin armas y sin gloria,
monumento elevado á la memoria
de otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez, sobre la noche umbría
de este montón de cieno y de memorias,
se levanta dulcísima armonía...
cruza las sombras cenicienta luz;
se oye la voz del órgano que rueda
sobre la voz del viento y de las preces;
una hora después apenas queda
un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna,
al través de los vidrios de colores,
el brillo de una lámpara moruna
colgada, al apagarse, en un altar;
apenas entreabierta una ventana
anuncia un ser que sufre, llora ó vela;
que el pueblo sin ayer y sin mañana
yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
ese pueblo, en la alta noche,
alza el rostro macilento,
despertando con pavor;
fingiendo en la sombra oscura
la mal abierta pupila,
la transparente figura
de un fantasma aterrador.
Entonces en su memoria
se levantan confundidas
una bruja y una historia
de la santa religión,
mientra, en el polvo la frente,
á la bruja ó á María
dirige indistintamente
su sacrílega oración.
Y en su ignorancia grosera
mezcla acaso en un ensueño
el nombre de una hechicera
con el nombre de Jehová.
Con el vaticinio inmundo
de un *saludador* infame,
el del Redentor del mundo
en torpe amalgama va.
La luna en tanto pasea,
cruzando el azul tranquilo,

y los despojos blanquea
de tanta generación:
esas páginas sin nombre,
cifras de un siglo ignorado,
que alzó la mano del hombre,
del hombre para baldón.
Esas santas catedrales,
cuyos pardos capiteles,
cuyos pintados cristales,
cuya bóveda ojival,
cuyo color ceniciento,
cuyo silencio solemne
cobijan por pavimento
una losa sepulcral.
Sobre ella los vivos cantan,
á par de ruidosa orquesta,
cantares que se levantan
hasta los pies del Señor:
sobre ella brota el perfume
que la atmósfera embalsama,
y en oblación se consume
oro y mirra al Criador.
Sobre ella, en noche lluviosa,
al bramar del viento bravo,
armonía misteriosa
en el templo se hace oir.
Es un cántico tremendo,
ronco, vago, agonizante;
una voz que está pidiendo
por los que van á morir.
Es la voz del himno santo,
del terrible *Miserere*,
cuyo monótono canto
miedo infunde al corazón;
y en la bóveda rodando,
saliendo al aire flotante,
al mundo va predicando
una santa religión.
Y bajo la piedra helada,
de los hombres que murieron
se oye la voz apagada
el triste salmo decir;
y la campana sonora,
remedándola en el aire,
con la voz de alguna hora
la hace en el aire morir.

II

Duerme, oh Toledo! en la espumante orilla
de ese torrente que á tus pies murmura;
que con agua pesada y amarilla
roe y devora tu muralla oscura;
que llora avergonzado tu mancilla,
tu perdida riqueza y tu hermosura,
y calla, por piedad, á las naciones
que yacen en su fondo tus blasones.
Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
los ángeles y brujas de tus cuentos,
las danzas de los santos con las fadas,
los misterios ocultos en los vientos;
duerme, sí, con tus farsas parodiadas,
prenda de tus señores opulentos:
sepulta en barro tu diadema de oro
y canta en derredor de tu tesoro.

—

Hubo unos días de gloria,
vanos recuerdos de ayer:
apenas hoy de esa historia
nos queda un *Zocodover*
ú otro nombre en la memoria.
Ceñida entonces la plaza
de ancho tapiz toledano,
en la arena húmeda emplaza
un moro de noble raza
á algún capitán cristiano.
Vestidos están de flores,
que avergüenzan un jardín,
balcones y miradores;
cristales son de colores
los del Miramamolín.
Sólo abierto hay un balcón,
y es el balcón del Sultán;
y, armados de alto lanzón,
jinetes debajo están
por respeto á la función.
Y las musulmanas bellas,
detrás de las celosías,
muestran ocultas estrellas
sus ojos, que en tales días
no hubiera luces sin ellas.

Bellas son las orientales!
Delicados como espumas
sus prendidos y sus chales,
que mece en ondas iguales
un abanico de plumas.
Por eso, celoso el moro,
tendió en sus ojos un velo;
que es más rico su tesoro
que el color azul del cielo
teñido en franjas de oro.
Derraman desde la altura
aguas de olor en la arena,
que dan aroma y frescura,
y agitan el aura pura
de aurora blanca y serena.
Y en redes de oro, colgadas
de las tres torres mayores,
de luz y de aire embriagadas,
cantan y vuelan cerradas
aves de gayos colores.
Gala del hombre de Oriente
era la altiva Toledo:
hoy conserva solamente
cieno en la caduca frente,
y dentro del alma miedo.
La árabe *Zocodover*,
solitaria y carcomida,
puede apenas sostener
la memoria de su vida,
amenazando caer.
Hoy, á las cañas de moros,
á lo más ha reemplazado
con una farsa de toros,
y á los adufes sonoros
con los gritos de un mercado.
Y porque consuelo alguno
quedar á Toledo pueda,
robóle el tiempo importuno
hasta la alfombra de seda
del alto alcázar moruno.

III

Hoy, un templo de gótica estructura,
y escombros sin historias y sin nombre,
en su deforme y colosal figura,
su sentencia mortal muestran al hombre.
Y es fama que se encienden todavía
en el templo las lámparas sagradas,
y que vibrar se escuchan noche y día
del órgano las notas aceradas.
Aun existe una página de roca
en que leer, deletreando apenas,
la era en que una tribu noble ó loca
cesó de darnos timbres y cadenas.
Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfom-
en que, á través de seda y pedrería, [bras
alcanza el pensamiento entre las sombras
lo que Toledo la árabe sería.
Esos son los suntuosos funerales
de tanta gala, pompa y hermosura:
quedan, en vez de cantos orientales,
himnos al Dios que mora en el altura.

—

Ya no hay cañas ni torneos,
ni moriscas cantilenas,
ni entre las negras almenas
moros ocultos están;
hoy se ven sin celosías
miradores y ventanas;
no hay danzas ya de sultanas
en el jardín del Sultán.
Ya no hay dorados salones
en alcázares reales,
gabinetes orientales
consagrados al placer;
ya no hay mujeres morenas
en lechos de terciopelo,
prometidas en un cielo
que los moros no han de ver.
Ya no hay pájaros de Oriente
presos en redes de oro,
cuyo cántico sonoro,
cuyo pintado color
presten al aire armonía,
mientras en baño de olores
dormita, soñando amores,
el opulento señor.
No hay una edad de placeres
como fué la edad moruna;
igual á aquélla ninguna,
porque no puede haber dos;
pero hay, en gótica torre
de parda iglesia cristiana,

una gigante campana
con el acento de un Dios.
Hay un templo sostenido
en cien góticos pilares,
y cruces en los altares,
y una santa religión.
Y hay un pueblo prosternado
que eleva á Dios su plegaria
á la llama solitaria
de la fe del corazón.

IV

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
en los pliegues del ronco torbellino;
á cuya voz vacila el firmamento
y el hondo porvenir rasga el destino.
La cifra de ese nombre vive escrita
en el impuro corazón del hombre,
y él adora en un árabe mezquita
la misteriosa cifra de ese nombre.

EL PUÑAL DEL GODO

DRAMA EN UN ACTO

APROBADO PARA SU REPRESENTACIÓN POR LA JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO

en 30 de Junio de 1849

PERSONAJES	ACTORES
Don Rodrigo.....	D. Carlos Latorre.
El Conde Don Julián.....	D. Antonio Pizarroso.
Theudia, *noble godo*.....	D. Francisco Lumbreras.
Romano, *monje eremita*.....	D. Pedro López.

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo, en Portugal, la noche del día 9 de Septiembre de 719.

A mi buen amigo

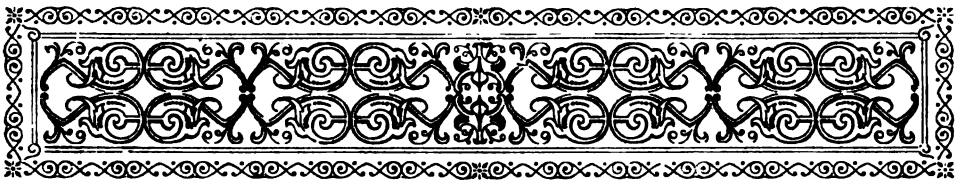
D. Tomás Rodriguez Rubí.

A ti, que sabes la historia y origen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy á luz; porque, escudado con tu nombre, serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes á una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas, pues, á su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo

José Zorrilla.

Madrid 20 de Diciembre de 1842.



EL PUÑAL DEL GODO

ACTO ÚNICO

Interior de la cabaña ó ermita del Monje Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera ó tronco de árbol, á cuyo pie hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta á la izquierda que da á otra habitación que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte, al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telón se ve su claridad por las junturas, y se oye tronar á lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

EL MONJE ROMANO *á la lumbre*

Qué tormenta nos amaga!
Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga...
Si está lloviznando hielo!
Cuán grande á Dios se concibe
en aquesta soledad.
De quién sino de *Él* recibe
su aliento la tempestad?
Cúyo es el terrible acento
y el fulgor que centellea
cuando zumba airado el viento
y el cénit relampaguea?
Quién peñas y árboles hiende
con la centella veloz,
como segador que tiende
las espigas con su hoz?
Quién sino Dios, que se asienta
sobre las nubes sereno
cuando en las nubes revienta
el fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
de tu omnipotencia ves
á tus pobres criaturas
que se arrastran á tus pies;
detén, Dios bueno, tus iras,
detén tu justo furor
si justa saña respiras
contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla,
y tu inmensa potestad
puede en otro deshacerla,
si tal es tu voluntad;
mas considera, Dios mío,
que vas á igualar así
al que te se aparta impío
y al que se postra ante tí.
(Un momento de pausa.)
Mas tanto tardar me extraña,
y estoy temiendo por él...
Por qué deja la cabaña
en una tarde tan cruel?
Válgame la Virgen Santa!
Si á espesar la lluvia empieza,
cómo con segura planta
podrá subir la aspereza

de esa desigual garganta
por do la senda endereza?
Infeliz! Cuánto en el mundo
lleva sin duda sufrido;
cuánto es su dolor profundo,
y cuánto está arrepentido!
Mas siento pasos... parece
(Abre y dice afuera.)
que llega ya... Entrad ligero,
que la tempestad acrece.

ESCENA II

EL MONJE *y* THEUDIA, *embozado*

THEUDIA

Gracias.

ERMITAÑO

Mas quién se guarece
de esta choza?

THEUDIA

Un caballero.
(Entra Theudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.)
Sorprendido os háis quedado.
Qué es lo que tenéis, buen hombre?

ERMITAÑO

Y no queréis que me asombre
de que hayáis aquí llegado?

THEUDIA

En verdad que es aprensión
tener, como una cigüeña,
en la punta de esta peña
un hombre su habitación.

ERMITAÑO

Mis votos me retrajeron
á esta triste soledad.

THEUDIA

Monje sois! Oh, perdonad
mis palabras si os pudieron
ofender.

ERMITAÑO

No, en modo alguno.
Acogíme á esta montaña
sin creer que gente extraña
me hallara en tiempo ninguno.

THEUDIA

Si os estorbo...

ERMITAÑO

(Interrumpiéndole.) Aparte Dios
tal pensamiento de mí.
Contento os tendré yo aquí,
como estéis contento vos.

THEUDIA

Yo estaré siempre contento,
que mil noches he pasado
peor acondicionado
en mitad del campamento.

ERMITAÑO

Soldado sois?

THEUDIA

Hélo sido;
porque salí de mi tierra.

ERMITAÑO

Os cansaba ya la guerra?

THEUDIA

No; pero nos han vencido
merced á infames traidores,
y evito la suerte, huyendo,
de vivir esclavo siendo
de mis fieros vencedores.

ERMITAÑO

Mas huir...

THEUDIA

Téngase, anciano:
contra ellos se alzó bandera,
y yo voy adonde quiera
que la defienda un cristiano.
Pero fatigado estoy:
tenéis algo que cenar?

ERMITAÑO

Fruta seca os puedo dar;
no os regalo.

THEUDIA

Sobrio soy.
(El Ermitaño le pone delante algunas frutas y una vasija con agua. Theudia come y bebe.)

ERMITAÑO

Ea pues, tomad, sentáos.
Dadme la capa os la cuelgo.

THEUDIA

Que así me tratéis me huelgo;
mas yo...

ERMITAÑO

No; vos calentáos,
que bien lo necesitáis.

THEUDIA

Buen viejo, por Dios que sí.
(El Ermitaño mira á la parte de afuera, teniendo abierta la puerta.)
Pero, qué hacéis, pese á mí!
que esa puerta no cerráis?
No véis que empieza á llover
y el aire no hay quien resista?

ERMITAÑO

Eso es lo que me contrista.

THEUDIA

Pues qué nos da que temer?

ERMITAÑO

Nada: por un compañero
siento en verdad pesadumbre.

THEUDIA

Fuera está?

ERMITAÑO

Sí.

THEUDIA

Ya costumbre
tendrá en ese ruin sendero.

ERMITAÑO

Ay infeliz! No lo sé.
Dios en sus pies ponga tino.

THEUDIA

Pues no conoce el camino?

ERMITAÑO

No siempre.

THEUDIA

Torpe es á fe.

ERMITAÑO

Hablad de él con más respeto,
que aunque es hoy bien desdichado,
hombre es que no fué criado
de invectivas para objeto.

THEUDIA

Perdonad.

ERMITAÑO

De ello no hablemos;
sabedlo, que no es de más.

THEUDIA

Si es que me juzgáis quizás
útil, descender podemos
á ayudarle.

ERMITAÑO

No es preciso,
que todo el auxilio humano
le fuera ofrecido en vano;
mas estemos sobre aviso.
(Va á la puerta otra vez.)

THEUDIA

(Aparte.) (Si equivocado me habré,
y á caer habré venido
en la cueva de un bandido!
Veamos.) Buen viejo?

ERMITAÑO

(Volviendo á la escena.) Qué?

THEUDIA

Yo, como soldado, soy
algo hablador y curioso.
Decidme, pues, si enojoso
con mis preguntas no estoy:
puesto que es un compañero
ese hombre á quien aguardáis,
por qué recelando estáis
que no dé con el sendero?

ERMITAÑO

Porque es capaz por sí mismo,
si su demencia le apura,
de abrirse la sepultura
en el fondo de ese abismo.

THEUDIA

Jesús! La mente le falta?

ERMITAÑO

De lo pasado el recuerdo
le pone tan sin acuerdo,
que algunas veces le asalta
una fiebre tan cruel,
un delirio tan insano,
que no hallo remedio humano
que pueda acabar con él.
Y aunque, ó engañado estoy,
ó ningún acceso extraño
le ha acometido hace un año,
me temo que le dé hoy.

THEUDIA

Y sabe de él la razón?

ERMITAÑO

Guarda un silencio profundo
de lo que le hizo en el mundo
tan íntima sensación.

THEUDIA

Picáis mi curiosidad;
de historia debe ser hombre.

ERMITAÑO

Me ha callado hasta su nombre.

THEUDIA

Padre, os burláis?

ERMITAÑO

No en verdad:
cinco años hace que vino
á demandarme asistencia
en una grave dolencia,
y estuvo á morir vecino.
Mas sanó al fin, y tornar
no quiso al mundo otra vez,
viviendo en esta estrechez
con una vida ejemplar.
Oh! Si él su perdón no alcanza
con vida tan penitente,
no sé quién sea el viviente
que de ello tenga esperanza.

THEUDIA

Mas no decís que está loco?

ERMITAÑO

Dejóle su enfermedad
extrema debilidad
que hirió su cerebro un poco.
Y cuando en algún acceso
el desdichado no entra,
es un hombre en quien se encuentra
mucho valor, mucho seso;
mas cuando el mal le acomete,
oh! entonces es extremado.

THEUDIA

Pero nunca os ha contado...?

ERMITAÑO

Jamás; y si se le mete
conversación de su historia,
según que tiembla y se espanta,
parece que se levanta
un espectro en su memoria.

THEUDIA

Es bravo caso, á fe mia,
y que atención me merece!
Y en qué da cuando enloquece?

ERMITAÑO

En una horrible manía.
Tiene consigo una daga
que jamás del cinto quita,
y dice que está maldita
y que á su existencia amaga.
Y en su demencia al entrar,
exclama con gran pavor:
«Con ese puñal traidor,
con ése me ha de matar».

THEUDIA

Raro es, por Dios! Y conviene
con período ó día alguno
fijo su mal?

ERMITAÑO

Hoy es uno;
el más terrible que tiene.

THEUDIA

Hoy!

ERMITAÑO

Por eso es mi recelo
mayor.

THEUDIA

Sabéis si ese hombre es
de esta tierra?

ERMITAÑO

Portugués?
Creo que no.

THEUDIA

Por el cielo
que, á ser español, podría
su demencia comprender!

ERMITAÑO

Pero qué tiene que ver
ese mal con este día?

THEUDIA

Hoy es un día de hiel,
de luto y baldón y saña
para la infeliz España!
Y, ay de quien fué causa de él!
Mas hablemos de otra cosa.
Vos sois portugués?

ERMITAÑO

Sí soy;
mas hace once años que estoy
morando aquí.

THEUDIA

Y no os acosa
el deseo de saber
lo que por el mundo pasa?

ERMITAÑO

Dióme el dolor tan sin tasa
y con tal tasa el placer
ese mundo que mentáis,
que los días de mis años
conté en él por desengaños,
y huyo de él.

THEUDIA

Y lo acertáis.

ERMITAÑO

Mas callad... oigo rumor
en la maleza. Quién va?

RODRIGO

(Dentro.) Yo, hermano.

THEUDIA

Es él?

ERMITAÑO

Aquí está.

ESCENA III

EL ERMITAÑO, THEUDIA *y* DON RODRIGO *envuelto en una especie de clámide larga y entrando distraído como meditando.*

ERMITAÑO *(A don Rodrigo.)*

Me habíais puesto en temor.

RODRIGO

Gracias.

ERMITAÑO

Os perdísteis?

RODRIGO

No.

ERMITAÑO

Vísteis el nublado?

RODRIGO

Sí.

ERMITAÑO

Y dónde íbais?

RODRIGO

Qué sé yo!

ERMITAÑO

Traeréis frío.

RODRIGO

Así, así.

ERMITAÑO

Calentáos, pues.

RODRIGO

Sí haré.

(Al acercarse al fuego ve á Theudia, que escucha vuelto de espaldas á ellos.)
(Aparte al Ermitaño.)
Pero , quién con vos está?

ERMITAÑO

Un viajero que poco ha
llegó aquí.

RODRIGO

Quién es?

ERMITAÑO

No sé.

RODRIGO

No os fiéis de ningún hombre:
la doblez y la traición
abriga en el corazón
el de más prez y más nombre.

ERMITAÑO

Mas ved...

RODRIGO

Yo sé lo que digo;
preguntadle el suyo á ése,
y veré, mal que le pese,
si es amigo ó enemigo.

ERMITAÑO

De nosotros, y por qué?
Á quién jamás ofendimos?

RODRIGO

Todos, padre, delinquimos:
ved de hablarle.

ERMITAÑO

Sí que haré.

THEUDIA *(Aparte.)*

(No me gusta ese misterio
con que platican los dos.
Estaré alerta, por Dios,
que puede ser lance serio.)
(Don Rodrigo va hacia el fuego, y aparta á Theudia para poner su banquillo.)

RODRIGO *(A Theudia.)*

Hacéos, buen hombre, allá.

THEUDIA

(Pues gasta gran cortesía.)

ERMITAÑO

(Aparte á Theudia.)
(Quiere ese sitio, es manía.)

THEUDIA

Bien hace; en su casa está.
(Aparte.) (Mas ahora que bien le miro,
no es ésta la vez primera
que he visto esa faz severa...
Gran Dios! Qué idea!... Eh, deliro.)
(Un espacio de silencio.)

ERMITAÑO *(A Theudia.)*

Callado estáis.

THEUDIA

Qué queréis!
De qué os tengo yo de hablar?

ERMITAÑO

Una historia no sabéis
que podernos relatar?

THEUDIA

Sé tantas, que duraría
mi relato un año entero;
mas hoy mentarlas no quiero,
que es para mí aciago día.

RODRIGO

(Con viveza y aire sombrío.)
También para mí lo es.

THEUDIA

(Idem.) Y para todo español
lo será mientras el sol
alumbre.

RODRIGO

(Agitado.) Decidme, pues.
Conque es hoy un día aciago
para España?

THEUDIA

Sí, por Dios!
Qué, no ha llegado hasta vos
la noticia de ese estrago?

ERMITAÑO

(Queriendo interrumpirle.)
En este desierto hundidos...

RODRIGO *(Interrumpiéndole.)*

Dejadle, pese á mi estrella!
(Al Ermitaño.)
Dejadle que me hable de ella,
aunque hiera mis oídos.
Habéis en España estado? *(A Theudia.)*

THEUDIA

Bajo su cielo he nacido.

RODRIGO

Ay! Nacer os ha cabido
en país bien desdichado!
Qué pasa hoy en él?

THEUDIA

Qué pasa?
Presa es de gente salvaje,
á quien rinde vasallaje,
y que la asuela y la arrasa.
Por dar entrada en su pecho
á una venganza de amor,
ha abierto un Conde traidor
á los moros el Estrecho.

RODRIGO

Obró bien villanamente,
sí; tómele Dios en cuenta
á su rey tan torpe afrenta;
tan gran traición á su gente!

THEUDIA

Dicen que audaz le ultrajó
en su hija el rey don Rodrigo.

RODRIGO

Mas si era el rey su enemigo,
no lo era su reino, no.

THEUDIA

Con moros hizo su flete,
y hoy hace años que en Jerez
se ahogó España de una vez
en el turbio Guadalete.

RODRIGO

Sí, allí lo perdimos todo:
debajo de su corriente
yace vergonzosamente
la gloria del reino godo.
Maldito quien fué concordia
con los árabes á hacer,
y maldita la mujer
ocasión de la discordia!

THEUDIA

Sabéis esa historia!
(Creciendo el interés en ambos.)

RODRIGO

Sí.
Y me prensa el corazón.

THEUDIA

También á mí.

RODRIGO

Y con razón.

THEUDIA

Sí, que su víctima fuí.

RODRIGO

Yo también.

THEUDIA

Sois vos de España?

RODRIGO

(Reservándose de repente y con sequedad.)
No lo sé.

THEUDIA

(Afanoso.) Vos...

RODRIGO

Basta ya.

THEUDIA

No, que atenazando está
mi memoria idea extraña...
Yo en Guadalete me hallé.

RODRIGO

Conmigo.

THEUDIA

Con vos. Dios mío!
Hundirse le ví en el río,
y á ayudarle me arrojé,
pero ya no le ví más.

RODRIGO

Theudia!

THEUDIA

Señor. *(Queriendo arrodillarse.)*

RODRIGO

Alza, necio!
Del mundo soy ya desprecio.

THEUDIA

Pero de Theudia jamás.

RODRIGO

Padre, un escaso momento
dejadnos solos.

ERMITAÑO

(A Theudia.) Por Dios,
no le excitéis mucho vos.

THEUDIA

Descuidad; de su contento
no son excesos extraños,
que somos amigos viejos,
y de nuestra patría lejos
nos vemos, tras largos años.
(El Ermitaño entra en el interior de la cabaña por la izquierda.)

ESCENA IV

DON RODRIGO *y* THEUDIA. *(Llueve.)*

RODRIGO

Háblame de mi España, Theudia amigo;
háblame de ella tú, que fuiste el solo
en quien traición tan fea no halló abrigo,
en quien tu pobre rey no encontró dolo.
Díme, conserva aún el pueblo hispano
recuerdo alguno de la antigua gloria?
Qué piensa del vencido soberano?
Theudia, qué sitio ocupa en su memoria?

THEUDIA

No me lo preguntéis.

RODRIGO

Ah! Te comprendo:
me culpa sólo á mí.

THEUDIA

Sois el vencido.

RODRIGO

Desengaño es á un rey duro y tremendo.
Conque sólo me dan...?

THEUDIA

Mengua ú olvido.
Mas, basta ya, que vuestro afán entiendo.
Y cómo os hallo aquí?

RODRIGO

Triste es mi historia,
Theudia.

THEUDIA

Y la mía.

RODRIGO

Y yo, cómo te hallo?

THEUDIA

Huyendo de los moros.

RODRIGO

La victoria
llevan?

THEUDIA

Ya es nuestro pueblo su vasallo.

RODRIGO

Tierra infeliz!

THEUDIA

Sí, á fe. Toda la ocupan
esos infieles ya.

RODRIGO

Ya nada resta?

THEUDIA

Un rincón en Asturias, do se agrupan
los que escaparon de la lid funesta.

RODRIGO

Pero podrán allí...?

THEUDIA

No pueden nada,
por más que de ira y de venganza rayo,
levantó su pendón con alma osada
vuestro valiente primo don Pelayo.

RODRIGO

Y mis nobles con él?

THEUDIA

No, no hay ninguno.

RODRIGO

Ninguno dices!

THEUDIA

Perecieron todos
á manos de los moros uno á uno.

RODRIGO

Qué resta, pues, de los ilustres godos?

THEUDIA

Vos y yo nada más; porque no cuento
al que con vil traición nos ha vendido.

RODRIGO

Aun vive don Julián?

THEUDIA

Para escarmiento
de los que á sus contrarios han servido.

RODRIGO

Vive! Y qué es hora de él?

THEUDIA

En una torre
estuvo largo tiempo, mas con maña
huyó de allí... Su estrella le socorre.

RODRIGO

Sí, sí; mi estrella tan fatal á España.
Ay! Bien mi corazón me lo decía:
su estrella marcha con la estrella mía!

THEUDIA

Qué es lo que habláis, señor?

RODRIGO

Es mi secreto.
(No para tí, de mi amistad objeto.)
Es agüero fatal que á fin terrible
de mi existencia el término ha sujeto.

THEUDIA

Y en agüeros creéis! Es imposible.

RODRIGO

Theudia, son los destinos celestiales
inmutables, y es justo su castigo
para los que han causado tantos males
en la tierra cual yo.

THEUDIA

Soñáis os digo.
El noble osado que su suerte afronta,
hace cejar á su enemiga suerte,
ó halla tranquilidad segura y pronta
en el reposo de gloriosa muerte.
Eso es superstición.

RODRIGO

Ya yo sabía
que el insensato mundo
miedo ó superstición lo llamaría.
Mas, ay! que es la verdad!

THEUDIA

Y á ese villano...

RODRIGO

El cielo, de los godos enemigo,
para que acabe al fin, guarda su mano,
con todos de una vez dando conmigo.

THEUDIA

Ay si yo doy con él! En la frontera
le perdí.

RODRIGO

Le seguíais?

THEUDIA

Desde el día
que ví frente á las nuestras su bandera,
vengar de ello juré á la patria mía.
Y de soldado suyo disfrazado,
de aventurero ya, ya de mendigo,
fuí su sombra doquier, doquier he estado
de él en acecho y la traición conmigo.
Mas un poder oculto le defiende;
jamás en ocasión hallarme pude.

RODRIGO

En vano, sí, tu lealtad pretende
que el cielo en ello vengador te ayude.

THEUDIA

Ay si me vuelvo á ver sobre su huella!
Ay si algún día mi furor le alcanza!
No ha de valerle contra mí su estrella.
Será, como él, traidora mi venganza.

RODRIGO

No, Theudia, es imposible... inútil brío.
Oye, y ésta conserva en tu memoria

página triste de mi triste historia.
Al salir de las aguas de aquel río
do me vistes caer sin la victoria,
y en cuya agua se hundió cuanto fué mío,
abandoné el caballo y la armadura,
cambié con un pastor mi vestidura,
y con todo el pesar del vencimiento,
despechado me entré por la espesura,
cual de esperanzas ya, falto de aliento.
Cuánto, Theudia, sufrí! Triste, perdido,
de mi reino crucé por las llanuras
en hambre y soledad, como un bandido
que huyendo de la ley camina á oscuras.
Era la hora en que la luz se hundía
tras las montañas, y la niebla densa
por todo el ancho de la selva umbría
iba tendiendo su cortina inmensa.
Con el cansancio, y el temor y el duelo,
fiebre traidora me abrasaba ardiente,
sin ver dónde acudir en aquel suelo
en que nunca tal vez habitó gente.
Cuanto con más esfuerzos avanzaba,
viendo si al llano por doquier salía,
más la selva á mis pasos se cerraba,
más en la negra soledad me hundía.
Un vértigo infernal apoderóse
de mi alma... y sin luz y sin camino,
á mi exaltada mente presentóse
toda la realidad de mi destino.
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
en mi raza extinguido el reino godo,
sin esperanza, sin honor, sin nombre,
perdido, Theudia, para siempre todo.
Cuán odioso me ví! Despavorido
á pedir empecé con grandes voces
auxilio en el desierto, mas perdido
fué mi acento en las ráfagas veloces
á espirar en los senos del espacio...
y á impulso entonces del furor interno,
maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
con sacrílega voz llamé al infierno.

THEUDIA

Cielos!

RODRIGO

Y él me acudió: sulfúrea lumbre
rauda encendió relámpago brillante,
y en mi pecho siniestra incertidumbre.
Sentí algo junto á mí, miré un instante,
y á la sulfúrea luz, monje sombrío
á mi lado pasó, y á su presencia
tembló mi corazón, cedió mi brío.
Pedíle amparo, mas fatal sentencia
me fulminó diciendo: «Vaya, impío,
que él, á quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno,
con tu mismo puñal, á hendir tu seno!»
Dijo, y por entre la niebla arrebatado,
huyó el fantasma y me dejó aterrado.

THEUDIA

Sueño vuestro, fantasma peregrino
fué de la calentura abrasadora.

RODRIGO

No, Theudia; voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Theudia, no hay para mí paz ni reposo;
doquiera el paso sin piedad me cierra
ese espectro á mi raza peligroso.
Ves el puñal que cuelga en mi cintura?
Con él me ha de matar, es mi destino:
Theudia, no hay tierra para mí segura;
ese hombre ha de bajar por mi camino.

THEUDIA

Y eso creéis!... Calládselo á la gente,
y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
amenguó de vuestra alma la grandeza
y amenguó la razón de vuestra mente.

RODRIGO

Tiene en mi corazón sacro prestigio,
Theudia, te lo confieso, y me amedrenta
aquella predicción y aquel prodigio.

THEUDIA

Prodigio lo llamáis! Y no os afrenta
tan vil superstición?

RODRIGO

Sea en buen hora,
mas creo en ella; á ser fascinadora
de la mente aprensión, despareciera

con el tiempo; el ayuno y el cilicio
arrancado á la mente se la hubiera.

THEUDIA

La arrancara mejor trompa guerrera
y de la lid revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor á vuestra raza;
en vez de esta cabaña y ese sayo,
la blanca tienda y la ferrada maza
y el bruto cordobés hijo del rayo.
Sí; mientras viva Theudia y por amigo
queráis tenerle, con bizarro alarde
os dirá, de la paz siempre enemigo,
que el noble que no lidia es un cobarde.

RODRIGO

Traidor!

THEUDIA

Hola! Vuestra alma se despierta
á la voz del honor; así os quería;
veo que aun vuestra sangre no está muerta
y alienta el corazón con hidalguía.
Escuchadme, señor, y ved despacio
el peso y la razón de lo que os digo,
que es mengua, sí, que quien nació en palacio
aguarde con pavor á su enemigo.
Perdido estáis; sin esperanza alguna,
no hay para vos ni fuerza ni derecho,
no hay para vos ni gente ni fortuna;
el moro vuestro ejército ha deshecho,
y atropelló á la cruz la media luna;
mas hay un corazón en vuestro pecho
que á vuestro antiguo honor cuentas deman-
y un corazón de rey debe ser grande. [de,
Si á las manos morir es vuestro sino
de ese Conde traidor que nos vendiera,
la mitad evitadle del camino
tras él saliendo con audacia fiera.
Provocad con valor vuestro destino;
con él trabáos en la lid postrera,
y arrostrad ese sino que os espanta
vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no tenéis ni ejércitos ni enseñas,
mas os resta un amigo y un vasallo,
y las lunas del mundo no son dueñas,
ni es de la suerte irrevocable el fallo.
Dejad, pues, el misterio de estas breñas;
asíos de una lanza y un caballo,
y con caballo y lanza y yo escudero,
si no podéis ser rey, sed caballero.

RODRIGO

Basta, Theudia; ese bélico lenguaje
cumple á los corazones bien nacidos,
y en el mío despiertan el coraje
de tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje;
sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Theudia, tienes razón; de cualquier modo
morir me cumple, cual monarca godo.
Sí; ya á mi olfato y mis oídos siento
que trae el aura que las tiendas mece
el militar olor del campamento
y el clamor de la lid que se embravece,
y del clarín agudo el limpio acento
que á los nobles caballos estremece;
y esa guerrera y bárbara armonía
la prez me torna de la estirpe mía.
Indigna es de un monarca y de un guerrero
esta debilidad que me avergüenza;
de mi superstición reirme quiero;
no quiero, Theudia, que el pavor me venza.

THEUDIA

Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo;
buscar al Conde y perecer vengado,
ó guareceros del pendón amigo
y acabar con honor como soldado.

RODRIGO

Cumple eso más al corazón que abrigo:
Theudia, olvidémonos de lo pasado,
y en la desgracia de rencor ajenos,
bajemos á la tumba de los buenos.
Esta arma vil que á mi existencia amaga,
quédese aquí después de mi partida,
(Clava el puñal en el poste que sostiene la choza.)
y quede en este tronco con mi daga
enclavado el misterio de mi vida.
Dices que ha levantado en la montaña
pendón un noble, de venganza rayo?
Pues bien, qué hacemos en la tierra extraña?
Lejos de mí mi penitente sayo!

Vamos, Theudia, á lidiar por nuestra España,
y á triunfar ó caer con don Pelayo;
no diga nunca el mundo venidero
que ni supe ser rey ni caballero.

THEUDIA

Ahora os conozco, vive Dios!

RODRIGO

Mañana
partiremos á Asturias.

THEUDIA

Franco paso
nos dará el Portugal que nos dió asilo.

RODRIGO

Hasta mañana, pues; duerme tranquilo.
Duerme, Theudia.

THEUDIA

Señor, velando acaso
váis á quedar mi sueño!

RODRIGO

Desde ahora
no hay de los dos segundo ni primero.

THEUDIA

Señor...

RODRIGO

Déjame solo hasta la aurora;
pues no soy más que un pobre aventurero,
seré, en vez de tu rey, tu compañero.
(Váse Theudia al aposento contiguo de la izquierda.)

ESCENA V

DON RODRIGO

Bien dice ese leal. Más vale al cabo
caer en una lid por causa extraña,
que de servil superstición esclavo
llorar imbécil la perdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
con mi contraria suerte por herencia,
velando en el misterio más profundo
el secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero:
encerrado desde hoy en mi armadura,
seré en mi propia causa aventurero,
sin esperar jamás prez ni ventura.
Mas al caer lidiando en la campaña,
al pueblo diga mi sangrienta huella:
«Ved; si no supo defender á España,
supo á lo menos sucumbir por ella.»
Mas, ay triste de mí! mi pueblo mismo,
que me tiene en horror, con frío encono
me verá descender hacia el abismo
como me ha visto descender del trono.
Sí; aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
Y todo es obra tuya, Conde infame;
por tí desprecio soy del universo.
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(Viendo el puñal.)
Mas, Dios santo, ahí estás! Húyeme, aparta,
sueño fascinador, que esquivo en vano;
nunca de sangre de los godos harta,
esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
ser exterminador de mi familia,
uno sólo de entrambos quede vivo;
veamos el infierno á quién auxilia.
Mi razón, mi creencia lo repele,
mas nunca echar de mí puedo esta idea;
ese día fatal, oh infierno! impele;
tráenosle de una vez, y pronto sea.
Vértigo horrible el corazón me acosa,
sed de su sangre el corazón me irrita...
Ó huye por siempre, pesadilla odiosa,
ó ante mis ojos ven, sombra precita!
(Abrese la puerta con ímpetu, y al par que ilumina el fondo un relámpago, entra en la escena el Conde don Julián.)

ESCENA VI

DON RODRIGO *y* EL CONDE

CONDE

Gracias al diablo que llegué á la cumbre.

RODRIGO

Quién es? Do va? Qué busca? Quién le trae?

CONDE

Rápido preguntar! Mas si es costumbre,
oid. Un hombre, á Portugal, y lumbre
para secarme del turbión que cae.
Hay más que preguntar?

RODRIGO

Mal humor gasta.

CONDE

Lo mismo que pregunta le respondo.
Tiene algo que cenar?

RODRIGO

Nada.

CONDE

Pues basta.
La cuestión por mi parte ha dado fondo.
(Se sienta con calma á la lumbre.)

RODRIGO

Desatento venís donde os alojan.

CONDE

Pues sin brindarme vos yo me aparezco,
y esos nublados hasta aquí me arrojan,
ni vos me la ofrecéis, ni os la agradezco.

RODRIGO

Me obliga, por mi fe, la cortesía,
mas no soy hombre que á sufrir me avengo
razones de tamaña altanería.

CONDE

Tampoco yo, que despechado vengo
y harto estoy de la vida.

RODRIGO

Y yo lo mismo.

CONDE

Yo tras la muerte, con deseo insano,
debo partir mañana muy temprano.

RODRIGO

Y yo también.

CONDE

Y adónde?

RODRIGO

A España.

CONDE

De ella
vengo.

RODRIGO

Sois de ella?

CONDE

Por desdicha mía.

RODRIGO

Cúpome á mí también tan mala estrella.

CONDE

Que la mía peor nunca sería.

RODRIGO

Puede que sí.

CONDE

Lo dudo.

RODRIGO

Allí he perdido
cuanto amé.

CONDE

Yo también.

RODRIGO

Padres, hermanos...

CONDE

Yo también.

RODRIGO

Mis amigos me han vendido.

CONDE

También á mí.

RODRIGO

Fuí mofa á los villanos.

CONDE

También yo.

RODRIGO

Y el honor de mis blasones
ultrajó un hombre vil.

CONDE

Y otro los míos.

RODRIGO

Yo he tenido que huir.

CONDE

Como ladrones
nos desbandamos sin poder ni bríos
mis soldados y yo. Todos ingratos
me han sido á mí.

RODRIGO

Y á mí todos traidores.

CONDE

Nada espero.

RODRIGO

Ni yo. Mas pienso á ratos
en venganzas horribles.

CONDE

No mayores
que las mías serán.

RODRIGO

Oh! Sí. Son tales
que vértigos terribles me producen.

CONDE

Los míos á la rabia son iguales.

RODRIGO

Y los míos á España me conducen
nada más que á morir.

CONDE

Y á mí lo mismo:
vengo á buscar un hombre á quien detesto,
y ante uno de los dos se abre el abismo.

RODRIGO

Yo busco á otro hombre para mí funesto,
y guardo ese puñal de mi familia,
que del uno es el fin de todos modos.
(El Conde lo mira y lo reconoce. Esto depende de los actores.)

CONDE

Es tuyo ese puñal?

RODRIGO

Sí.

CONDE

Dios me auxilia!
Ese hierro es la muerte de los godos.

RODRIGO

Godo soy.

CONDE

Yo también, mas su enemigo.

RODRIGO

Quién hará de ello ante mi vista alarde?

CONDE

Tú eres el torpe rey!...

RODRIGO

Tú el vil cobarde...

CONDE

Yo el Conde don Julián.

RODRIGO

Yo don Rodrigo.
(Quedan un momento contemplándose.)

CONDE

Nos hallamos al fin.

RODRIGO

Sí, nos hallamos.
Y ambos á dos execración del mundo,
la última vez mirándonos estamos.

CONDE

Eso apetece mi rencor profundo.
Mírame bien; sobre esta faz, Rodrigo,
echaron un baldón tus liviandades,
y el universo de él será testigo,
y tu torpeza horror de las edades.

RODRIGO

Culpa fué de mi amor la culpa mía;
de Florinda me abona la hermosura;
mas, quién te abonará tu villanía?

CONDE

De mi misma traición la desventura.
Deshonrado por tí, perdílo todo,
mas no saciaba mi venganza fiera
tu afrenta nada más; menester era
toda la afrenta del imperio godo.

RODRIGO

De un traidor como tú fué digna hazaña!
Cumplieras con tus viles intenciones
yendo á matarme con silencio y maña,
ó contra mí sacaras tus pendones
y bebieras mi sangre en la campaña,
mi corazón echando á tus legiones;
mas no lograras con tan necio encono
vender á España, por hollar mi trono.

CONDE

Todo lo ansiaba mi tremenda saña;
no hartaba mis sangrientas intenciones
beber tu sangre con silencio y maña,
ó en contra tuya levantar pendones;
dar quise tu lugar á estirpe extraña,
y tu raza borrar de las naciones:
eso quería mi sangriento encono,
vender tu reino y derribar tu trono.

RODRIGO

Y lo lograste!

CONDE

Sí; logré que al cabo
el mundo á ambos á dos nos aborrezca,
y á tí de torpes vicios por esclavo,
y á mí por mi traición, nos escarnezca.

RODRIGO

Tanta maldad de comprender no acabo!

CONDE

Hice más.

RODRIGO

Imposible es ya que crezca
tu infamia.

CONDE

Escucha, pues, oh rey Rodrigo,
á cuánto llega mi rencor contigo!
Yo solo quedo de mí raza; presa
los demás de los moros, á pedradas
fué muerta ante mis ojos la Condesa,
y á la mar arrojados á lanzadas
mis hijos de Tarifa en la sorpresa;
mas te traigo una nueva que pagadas
todas me deja las desdichas mías:
supe tiempo ha que en Portugal vivías.

RODRIGO

Dios!

CONDE

Por un monje que te halló en la selva.

RODRIGO

Un monje! *(Con temor.)*

CONDE

Sí, mi hermano, cuyos votos
le impiden hoy que contra tí se vuelva,
mas cuya astucia para siempre rotos
los anillos dejó de mis cadenas
para seguir tus pasos noche y día,
y para que la sangre de tus venas
la mancha lave de la afrenta mía.

RODRIGO

Y es cierto? Y ese monje era tu hermano?
Era un hombre no más? No era un fantasma?
Nada había en su ser de sobrehumano?

CONDE

Que tal preguntes en verdad me pasma!
Él me salvó y me dijo: «Ve á buscarle,
mas antes de matarle,
díle que su castísima Egilona
con su amor ha comprado otra corona.»

RODRIGO

Mi esposa!

CONDE

Sí, Abdalasis te la quita,
ó por mejor decir, vendiósela ella.
Y bien la raza en que nació acredita,
y de su esposo bien sigue la huella.
(Con mofa.)
Una reina cristiana favorita
de un árabe... Oh, nació con brava estrella!
No penes, pues, por tan leal matrona,
que esposo no la falta ni corona.

RODRIGO

Basta, basta, traidor; la estirpe goda
deshonrada por tí, por tí vendida,
clama sedienta por tu sangre toda.
(Don Rodrigo va á coger el puñal que está clavado en el poste, pero el Conde don Julián se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede dos pasos con supersticioso temor.)

CONDE

Con la tuya á la par sea vertida.
El mismo cieno nuestro timbre enloda,
la misma tumba nos dará cabida.
(El Conde se arroja sobre don Rodrigo, mas Theudia se presenta de repente entre los dos con el hacha de armas empuñada.)

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIÁN, THEUDIA *y* EL ERMITAÑO

THEUDIA

Mientes! Aun queda quien su honor repare
y del traidor al infeliz separe.
(Da al Conde un golpe mortal y cae.)

RODRIGO

Theudia!

THEUDIA

Señor, cumplí conmigo mismo,
que al vengaros á vos, vengué á la España.

RODRIGO

Gracias, Theudia! Hoy me arranca tu he-
[roísmo
mi ruin superstición, á un noble extraña.
Sí; mi pavor con él baje al abismo;
partamos con Pelayo á la montaña,
y logremos, oh Theudia! por lo menos
morir en nuestra patria como buenos.
(Al Ermitaño.)
Padre, dad á ese tronco sepultura
donde repose en paz; mi justo encono
no pasa, no, de su mansión oscura,
aunque el honor de España esté en mi abono.
Yo vuelvo al campo á la pelea dura,
y aunque muera sin huestes y sin trono,
siempre ha de ser para quien muere honrado
tumba de rey la fosa del soldado.
(Váse con Theudia y cae el telón.)

EL RELOJ

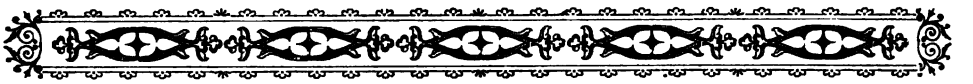
Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría
con la luna cenicienta
de un alto reloj se cuenta
la voz que dobla á compás;
si al cruzar la extensa plaza
se ve en su tarda carrera
rodar la mano en la esfera
dejando un signo detrás,
Se fijan allí los ojos,
y el corazón se estremece;
que, según el tiempo crece,
más pequeño el tiempo es;
que va rodando la mano
y la existencia va en ella,
y es la existencia más bella
porque se pierde después.
Tremenda cosa es pasando
oir entre el ronco viento
cuál se despliega violento
desde un negro capitel
el son triste y compasado
del reloj, que da una hora
en la campana sonora
que está colgada sobre él!
Aquel misterioso círculo,
de una eternidad emblema,
que está como un anatema
colgado en una pared,
rostro de un ser invisible,
en una torre asomado
del gótico cincelado
envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
la hora de romper el nudo
que ata el orbe, y cuenta mudo
las horas que ve pasar;
y avisa al mundo dormido,
con la punzante campana,
las horas que habrá mañana
de menos al despertar.
Parece el ojo del tiempo,
cuya viviente pupila
medita y marca tranquila
el paso á la eternidad;
la envió á reir de los hombres
la Omnipotencia divina;
creó el sol que la ilumina,
porque el sol es la verdad.
Así, á la luz de esa hoguera
que ha suspendido en la altura,
crece la humana locura,
mengua el tiempo en el reló;
el sol alumbra las horas,
y el reloj los soles cuenta,
por que en su marcha violenta
no vuelva el sol que pasó.
Tremenda cosa es, por cierto,
ver que un pueblo se levanta,
y se embriaga y ríe y canta
de una plaza en derredor;
y ver en la negra torre
inmoble un reloj marcando
las horas que va pasando
en su báquico furor.

Tal vez detrás de la esfera
algún espíritu yace
que rápidamente hace
ambos punzones rodar.
Quizá, al declinar el día
para hundirse en Occidente,
asoma la calva frente
el universo á mirar.
Quizá, á la luz de la luna,
allá en la noche callada,
sobre la torre elevada
á meditar se asentó;
y por la abierta ventana,
angustiado el moribundo,
al despedirse del mundo,
de horror transido le vió.
Quizá, asomando á la esfera,
las noches pasa y los días,
marcando la hora postrera
de los que habrán de morir;
quizá, la esfera arrancando,
asome al oscuro hueco
el rostro nervioso y seco
con sardónico reir.

—

Ay! Que es muy duro el destino
de nuestra existencia ver
en un misterioso círculo
trazado en una pared.
Ver en números escrito
de nuestro orgulloso ser
la miseria... el polvo... nada,
lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oir de una péndola
el compasado caer,
como se oyera el ruido
de los descarnados pies
de la muerte que viniera
nuestra existencia á romper;
oir su golpe acerado,
repetido una, dos, tres,
mil veces, igual, continuo
como la primera vez.
Y en tanto por el Oriente
sube el sol, vuelve á caer;
tiende la noche su sombra,
y vuelve el sol otra vez,
y viene la primavera,
y el crudo invierno también;
pasa el ardiente verano,
pasa el otoño, y se ven
tostadas hojas y flores
desde las ramas caer.
Y el reloj, dando la horas
que no habrán más de volver,
y murmurando á compás
una sentencia cruel,
susurra el péndulo: *¡Nunca! ¡nunca! ¡nunca!* vuelve á ser
lo que allá en la eternidad
una vez contado fué.



LA LUNA DE ENERO

El prado está sin verdura,
y los jardines sin flores;
no cantan los ruiseñores
amores en la espesura.
No se oye el dulce murmullo
del viento, que ronco brama;
no brota en la seca rama
tierno y pintado capullo.
No saltan serenas fuentes
por entre sutiles bocas;
que ruedan desde las rocas,
en vez de arroyos, torrentes.
La luz que los aires puebla,
pesada, amarilla y tarda,
se pierde en la sombra parda
de la perezosa niebla.
Se viste el color del cielo
color de los funerales,
y son del alba cristales
los carámbanos de hielo.
Brota á los rudos estragos
con que el invierno la abruma,
la tierra, nieblas y lagos;
el mar, montañas de espuma.
Y hacinados, de ancha hoguera
los hombres en derredor,
contemplan el resplandor
que asalta la azul esfera.
Y baja amarillo el río,
y entre sus ondas pesadas
trae las ramas desgajadas
al furor del cierzo impío.

—

Mas la noche silenciosa
por el firmamento sube,
sin que la manche una nube,
engalanada y vistosa.
Que en vez de sombra importuna,
vienen siguiendo sus huellas
mil ejércitos de estrellas,
cortesanas de la luna.
Que la noche, en recompensa,
callando los vendavales,
enciende sus mil fanales
sobre la atmósfera inmensa.
Qué bella es la luz de plata
con que la noche se viste,
después del día más triste
de la estación más ingrata!
Se ven en la oscuridad,
como soldados que velan,
cuál con la lluvia rielan
las torres de la ciudad.
Se sienten rodar inquietas,
lanzando un grito violento
al brusco empuje del viento,
sobre el punzón las veletas.
Y en las mansiones vecinas,
los vidrios de las ventanas
remedan las luces vanas
colgadas en las esquinas.
No hay sombra en que no veamos
alguna fantasma oculta;
que, porque más la temamos,
la noche la sombra abulta.
Pues, por completa ilusión,
la noche miente tan bien,

que las cosas que se ven
no son las cosas que son.
El aire cristales miente,
plata los pliegues del río,
lluvia de ámbar el rocío,
nácar y perlas la fuente.
Y alza á lo lejos el monte,
como filas de soldados,
mil peñascos apiñados
que guardan el horizonte.
Bello es entonces cantar
con enamorado acento
versos que cruzan el viento
para nacer y espirar!
Bello es en la sombra oscura
ver una ondulante falda,
y adivinar una espalda
sobre una esbelta cintura.
Pensar un velo sutil
ocultando un blanco cuello,
y buscar detrás de aquéllo
un elegante perfil.
Y alcanzar por entre el velo
dos ojos ó dos centellas,
que iluminan como estrellas
el espacio de aquel cielo.
Hasta la misma amargura
es tal vez menos amarga;
que cuanto la noche alarga
adquiere más hermosura.
Que en una noche tranquila
parece el cielo, en verdad,
ojo de la eternidad,
y la luna su pupila.

—

Reina de los astros, ¡Luna!
como tu luz no hay ninguna;
si el alba tiene arrebol,
si tiene rayos el sol,
su luz de fuego importuna.
Cansa, por cierto, ese ardor
con claridad tan extrema;
bello es del alba el color,
bello del sol el calor,
pero tanta lumbre quema.
Oh, de la tuya templada
es fantástico el imperio!
Tú, con tu luz plateada,
das de la sombra á la nada
los contornos del misterio.
Oh, noches encantadoras,
volved con tanta riqueza!
Hermosas son vuestras horas,
que embellecen seductoras
del ánima la tristeza!
Como aquéllas no hay alguna!;
que en vez de sombra importuna
traen, por orgullo, con ellas
mil ejércitos de estrellas,
cortesanas de la luna.

Á UNA MUJER

Ayer el alba amarilla,
al anunciar la mañana,
pintaba de tu ventana
el transparente cristal;
ayer la flotante brisa
daba á la atmósfera olores,
meciendo las gayas flores
sobre el tallo desigual.

Ayer, al rumor tranquilo
de la corriente vecina,
en la orilla cristalina
se bañaba el ruiseñor;
y pájaros, flores, fuentes,
saludando al nuevo día,
le prestaban armonía
en cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,
el cielo azul y sereno,
el jardín fresco y ameno,
y delicioso el vivir;
eras tú niña y hermosa,
sin rubor sobre la frente;
tu velar era inocente,
inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas,
niña ó ángel, en el suelo,
y tus risas en el cielo
eran guirnaldas tal vez;
estrellas eran tus ojos,
cántico vago tu acento,
blando perfume tu aliento,
luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
no resonaban las horas,
ni apenaban seductoras
fantasmas al corazón;
no te pintaba tu sueño,
entre la sombra callada,
un suspiro, una mirada
en voluptuosa ilusión.

Para tí no había tiempo;
todo era paz, todo flores;
no había infierno de amores,
ni fastidio del placer;
un poeta te cantaba
melancólicos cantares,
y la voz de sus pesares
no comprendías ayer.

Pobre niña! Qué se han hecho
los delirios de tu infancia?
Qué has hecho de tu fragancia,
marchita olvidada flor?
Tus hojas yacen quemadas,
tu cáliz vacío y seco,
tu tallo quebrado y hueco;
el sol no te da color.

Niña de los negros ojos,
á qué viniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
qué esperas del mundo, dí?
Una brisa corrompida,
fétida, hedionda, te mece;
tu aroma se desvanece...
Quién demandará por tí?

Angel mío, vuelve al cielo
antes que el mundo te vea;
que los placeres del suelo
placeres malditos son.
Oh! Por el gozo de un día
no compres, no, tu tormento;
el cielo es sólo, alma mía!
de los ángeles mansión.

—

Hoy es tarde... eres mujer!
Leo en tu frente humillada
el porvenir de la nada
entre las huellas de ayer.
Veo en tu rostro bullir
ese torcedor secreto...
Tu velar es hoy inquieto,
es inquieto tu dormir.
Lívida está tu mejilla,
en desorden tus cabellos...
mujer, mal prendida en ellos,
olvidada una flor brilla.
Anoche, en vez de oración,
desesperada en el lecho,
exhalaste de tu pecho
sacrílega maldición.
Que en el cristal transparente
contemplastes aterrada
del negro crimen, grabada
la marca infame en la frente.
Que mal sujeta á tus flores
entre tus gasas y lazos,
rasgando van á pedazos
tu hermosura los dolores.
Ay! Inútilmente lloras
el desvanecido encanto;
entre las ondas del llanto
no vuelven, mujer, las horas.
Dióte el mundo oro y placeres,
cumpliendo al fin tus afanes,
ídolo de los galanes,
envidia de las mujeres,
Y á la luz saliste ufana
con tu hermosura, oh mujer!
sin acordarte de ayer,
y sin pensar en mañana.

—

Ay! En la tumba concluyen
el gozar y el padecer
del mundo vano.
Y los vicios nos destruyen,
y nos matan, oh mujer!
tarde ó temprano.

Y tú, caída palmera...
porque vendiste tu amor
á precio infame,
has querido, vil ramera,
que á tus puertas el dolor
más presto llame.

.....
.....

Tal vez lúbrico magnate
te inundó por un placer
de oro y cariño,
y, mientras su rey combate,
él te cobija, mujer,
bajo su armiño.

Tal vez coronada frente
descansó en tu impuro pecho,
tu amor comprando,
y hoy el mendigo indigente
te negará el pobre lecho,
tu frente hollando.

Pasaron, niña, los días;
con ellos las ilusiones
infantiles;
con ellos vienen impías
las tormentas y aquilones
de tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
remordimiento, amargura
y desengaños;
que en sus pliegues roedores,
gala, placer y hermosura
hunden los años.

—

Murió! La voz de la fatal campana
apagó su memoria y su oración;
nadie su nombre buscará mañana;
yace su tumba en fétido rincón.
Aquel clamor fatídico y doliente
se plegó entre las flores del jardín,
vibró con los cristales de la fuente,
rodó sobre los brindis del festín.

Y en oculto elegante gabinete,
brusco y agudo penetró también,
y se estrelló entre el humo del pebete
de alguna hermosa en la tocada sien.
Pero una sola lágrima, un gemido
sobre sus restos á ofrecer no van;
que es sudario de infames el olvido...
Bien con su nombre en su sepulcro están!

LA CALENTURA

(CONTINUACIÓN DE «EL PUÑAL DEL GODO»)

DRAMA FANTÁSTICO EN UN ACTO

PERSONAJES	ACTORES
Florinda	Doña Matilde Díez.
Don Rodrigo	D. Julián Romea.
Theudia	D. Florencio Romea.
El Monje Romano	D. Pedro López.

Nota. *Los versos que van marcados con esta señal * se suprimen en la representación.*

Al Señor

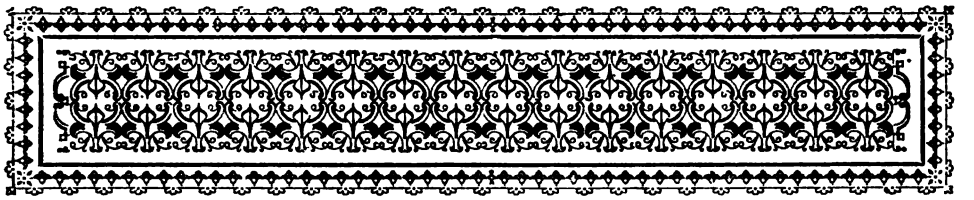
D. Leopoldo Augusto de Cueto

Encargado de Negocios por S. M. C. en Dinamarca

Querido Leopoldo: Te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envío, para que lleves á Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague, acuérdate de tu mejor amigo

José Zorrilla.

Madrid 3 de Octubre de 1847.



LA CALENTURA

ACTO ÚNICO

Cabaña del Monje Romano

ESCENA PRIMERA

ROMANO *solo*

Señor, Tú, que al más mezquino
gusano infundes aliento
para que pueda contento
cumplir su vital destino;
Tú, cuyo soplo divino
á cuanto crece y respira
fe en tu omnipotencia inspira,
no dejes que sólo el hombre
tu poder tenga y tu nombre
por una inútil mentira.
Fué rey, y se ve sin trono;
noble, y se ve sin honor;
soldado, y perdió el valor.
Qué le resta en su abandono?
Doquier cree tu eterno encono
ver; nadie en su mal le abona;
todo el mundo le abandona;
yuelve, oh Dios! al que olvidado
se ve rey, noble y soldado,
sin valor, honra y corona.
Jesús, hijo de María,
redentor del universo,
por el justo y el perverso
espiraste el mismo día.
Duélete de su agonía
por la que en la cruz sufriste,
y que no imagine el triste
que, si por todos bajaste,
al desdichado olvidaste
y al pecador redimiste.
Mas ya es de noche; el nublado
espesa; brilla la llama
del relámpago; el mar brama
á lo lejos irritado.
Infeliz! Él, descarriado,
ni aun verá los elementos
turbarse, y á pasos lentos
cruzando el monte sin tino,
le arrastrará el torbellino
de sus tristes pensamientos.
En fin, Dios cuidará de él.
Nada se puede esperar
de tan intenso pesar
ni de infortunio tan cruel.
Henchido tiene de hiel
su corazón, y enemigo
siempre invencible, consigo

le lleva siempre. *(Escuchando.)* Ya creo
que sube... Pero, qué veo!
(Entra Theudia embozado.)
Quién es?

THEUDIA

(Mostrándose.) Un antiguo amigo.

ESCENA II

ROMANO *y* THEUDIA

ROMANO

Theudia!

THEUDIA

Yo soy, buen anciano.

ROMANO

Qué os vuelvo á ver!

THEUDIA

Ay de mí!
Por imposible lo dí,
mas Dios me tendió su mano.

ROMANO

Decís bien, Dios está en todo,
y pues os trae á mi amparo
segunda vez, está claro
que es el mejor acomodo.
Ea, sentáos; tomad
posesión de mi chozuela;
(Siéntase Theudia á la lumbre.)
calentáos; no os consuela
esa llama?

THEUDIA

Sí en verdad.

ROMANO

Acercáos más, así.
Traeréis hambre?

THEUDIA

De dos días.

ROMANO

Viandas hay, aunque frías.

THEUDIA

Dadme; aun hay calor en mí
que suplirá al de la lumbre,
y comer frío no daña
á quien trae de la campaña
la privación por costumbre.

ROMANO

Entrad, pues, á ese pastel
como si fuera á una plaza
enemiga.

THEUDIA

Buena traza
tiene!

ROMANO

Pues firme con él.
Aquí tenéis un vasijo
con vino añejo de Oporto.

THEUDIA

Padre, me dejáis absorto.
Aquí vino?

ROMANO

Bebed, hijo;
(Theudia come y bebe.)
gozad el bien que os da Dios,
y aprended que en Él tan sólo
no cabe falta ni dolo;
y pues os crió, de vos
cuida su paterna mano;
porque sin su voluntad
no bulle en la inmensidad
ni el átomo más liviano.

THEUDIA

Anciano, tenéis razón;
y nadie en su gran poder
mayor fe puede tener
que Theudia en su corazón.
Sí, padre, yo he visto al hombre

en su agonía mil veces,
y siempre le oí con preces
invocar su santo nombre.
No hay mercader tan infame
ni tan blasfemo soldado
que, por la muerte llamado,
á Dios muriendo no llame.
Y tal vez al pensamiento
que puse una noche en Dios,
debo el hallarme con vos
aquí y en este momento.

ROMANO

Os creo, Theudia; sin duda
os creo; porque los males
son recuerdos celestiales
con que nuestra fe se ayuda.
(Theudia aparta la vianda.)
No más?

THEUDIA

Soy sobrio, aunque godo;
mas el hambre y el cansancio,
por la pasta y por el rancio,
me han hecho olvidar de todo.
Dios me perdone. Ahora, hermano,
decidme...

ROMANO

No os fatiguéis
en preguntas.

THEUDIA

Oh! Sabéis
de él?

ROMANO

Sí sé.

THEUDIA

Dios soberano,
gracias! Ya desconfiaba
de volverle en vida hallar.
Qué es de él? Qué hace?

ROMANO

Vegetar
como una planta que traba
raíces en un peñón
por un turbión producida,
y espera al peñasco asida
que la arranque otro turbión.

THEUDIA

Infeliz! Cuánto ha que vino?

ROMANO

Tres meses ya. Todavía
era de noche, y dormía
yo aún, cuando un repentino
golpe en la puerta asestado
estremeció la cabaña.
Tal visita era harto extraña,
y acudí sobresaltado.
Abrí; entró: sombrío, mudo,
avanzó con lento paso,
colgó, sin hacerme caso,
espada, casco y escudo
en el pilar; se metió
en la pieza que ocupaba
la otra vez, y como estaba
sobre una piel se tendió.
Durmióse al punto. Ay de mí!
Cómo venía el cuitado!
Herido, roto, embarrado...
Lloré cuando tal le ví.
Llaméle, mas no dormía.
Fuerza febril le sostuvo
hasta llegar, mas cuando hubo
el fin que se proponía
tocado, le abandonó
su vigor calenturiento,
y en un aletargamiento
anonadado cayó.
La hambre, el pesar, la fatiga,
que al par en él presa hicieron,
ví que á la par le rindieron.
Con solicitud amiga
desnudéle, y le abrigué
de unas pieles al calor;
espirituoso licor
vertí en su boca, y dejé
que con el sueño cobrara
las fuerzas que abandonado
le habían; me eché á su lado,
y esperé á que despertara.

THEUDIA

Oh, buen amigo, dejad
que os bese la noble mano!

ROMANO

Él infeliz, yo cristiano,
cumplí con la caridad.

THEUDIA

Bendígaos Dios!... Mas... seguid,
seguid.

ROMANO

El sol se ocultaba
ya, cuando él se despertaba
poco á poco.

THEUDIA

Y qué hizo?

ROMANO

Oid.
Tendió una vaga mirada
en torno de sí; me vió,
y el infeliz sonrió,
sin poder decirme nada;
porque al hallar un amigo
que lloraba junto á él,
su suerte vió menos cruel,
y echóse á llorar conmigo.

THEUDIA

Oh, se comprende muy bien!

ROMANO

Vistióse, tomó alimento
y oramos por un momento.
Hízolo él como quien
pone en Dios una fe santa,
y en alas de su oración
entero su corazón
al trono de Dios levanta.
Tranquilo después le ví,
y tendiéndome la mano,
dijo: «Ya lo véis, hermano,
vuelvo á vos, mirad por mí.»
De entonces acá ni aun tiene
voluntad: orad, le digo,
y se arrodilla conmigo;
id ó venid, y va ó viene.

THEUDIA

Y nunca os dijo...?

ROMANO

Jamás;
como en el tiempo pasado
en silencio se ha encerrado,
y yo nunca quise atrás
la vista hacerle volver,
por no renovar la herida
que el recuerdo de su vida
le debió en el alma hacer.
Mudo así, pero tranquilo
vive, y tengo á buen consejo
dejarle como le dejo
vivir, quieto en este asilo.
Mi hospitalidad recibe
con gratitud; no desdeña
bajar al monte por leña,
sacar agua del aljibe,
encender fuego, arreglar
los trastos de la cabaña;
nada le ofende ni extraña;
conmigo vive á la par,
y todo á ambos es común.
Para él pedí á mi convento
más nutritivo alimento;
se lo sirvo; pero aún
no ha dado señal ninguna
de ver si hay más que agua y pan:
come de lo que le dan,
sin notar mudanza alguna.
Mas á veces, como á impulso
de algún vértigo arrastrado,
sale desatalentado
de la cabaña, y le llamo
en vano; de risco en risco
huye montaraz, arisco,
como un acosado gamo
que huyendo va del ojeo,
y metido en la espesura
se está, hasta que cierra oscura
la noche. Ay! Entonces veo
en su cara macilenta

y el cansancio que le abate,
las huellas de la tormenta
interior que le combate.
Le hago orar, y se consuela;
mas bajo el sayo eremita
la sangre real se le irrita
y el corazón se rebela.
Hoy tarda ya. El desdichado,
hoy como nunca sombrío,
me dijo: «Orad, padre mío,
por este desventurado.
Orad más que ningún día
hoy, porque yo os aseguro
que es el día más oscuro
que hay en la existencia mía.»

THEUDIA

Hoy? Quién sabe el día fijo
á su recuerdo más cruel?
Son tantos! Padre, por él
oremos.

ROMANO

Oremos, hijo.
(Al irse á arrodillar ambos, Theudia, que escucha, detiene al Ermitaño.)

THEUDIA

Mas aguardad un momento,
pues, ó me engañó el oído,
ó á lo lejos he creído
oir un grito.

ROMANO

Fué el viento
de la tempestad acaso.
(Abre la puerta del fondo; se ve relampaguear.)
Ved cómo el nublado avanza.

THEUDIA

Mi oído es fino, y alcanza
de alguno que sube el paso.

ROMANO

Tenéis razón, es su huella,
la reconozco.
(Óyese muy á lo lejos un grito lúgubre.)

THEUDIA

Dios santo!
Qué grito es ése?

ROMANO

Es de espanto,
de agonía.

THEUDIA

Ah, si se estrella
algún barco!

ROMANO

Vamos, pues,
al mar; tal vez tiempo haya
de atraer hacia la playa
al náufrago, si lo es.
(Romano y Theudia van á salir; Romano delante.—Don Rodrigo entra al mismo tiempo, y encarándose sólo con Romano, sin reparar en Theudia, le dirige la palabra.—Theudia permanece en el fondo.)

ESCENA III

DICHOS Y DON RODRIGO

THEUDIA

Padre, no os mováis de aquí;
no, no es náufrago el que grita.

ROMANO

Quién es?

RODRIGO

La sombra maldita
que viene detrás de mí.
Cerrad, cerrad.

ROMANO

Son antojos
que os forja algún desvarío.

RODRIGO

No; oí su voz, padre mío,
y la he visto por mis ojos.
Como un pájaro marino,

como un vapor avanzaba
por sobre el mar, que la daba
sobre sus ondas camino.
Á la torva claridad
de un relámpago la ví,
maldita sombra! Ay de mí!
Me la trae la tempestad.
(Don Rodrigo se sienta junto á la lumbre, tapándose la cara con las manos.)

ROMANO *(A Theudia.)*

Aun no ha reparado en vos;
no os mováis de ahí.
(A don Rodrigo.) Hijo mío,
con ese vértigo impío
luchad: acudid á Dios.

RODRIGO

Ay, padre! Dios no me escucha,
y á Satanás á la tierra
ha enviado á moverme guerra,
y es desigual esta lucha.
Yo á todo mi ánimo apelo;
pero, por grande que sea,
quién, quién á un tiempo pelea
contra sí mismo y el cielo?
Ya os he dicho esta mañana
que hoy era mi día aciago,
y témome algún estrago
contra el que mi fuerza es vana.

ROMANO

Indigna superstición,
hija de la fantasía.

RODRIGO

Del acíbar que se cría
en mi triste corazón.
Hija de la sangre amarga
que por celestial sentencia
envenena mi existencia,
cuanto más triste, más larga.
Qué me resta ya que hacer?
Llamé al cielo, y no me oyó;
me mostré á la tierra, y no
me quiso reconocer.
Sí, sí; ésta es la misma hora
del crimen; éste el fatal
día de tan criminal
aniversario, y ahora
la sombra debe venir
á mis puertas á llamar,
sin que la pueda ahuyentar...
Dejadme, pues, sucumbir.
Del Africa viene, sí;
yo la he visto balancearse
sobre el agua, y acercarse
á la playa contra mí.
No habéis oído en la calma
nocturna un horrendo grito?
Fué el espíritu maldito
que viene á pedir mi alma.

ROMANO

Serenáos, don Rodrigo.

RODRIGO

Jamás me llaméis así;
bajo ese nombre perdí
todo cuanto tuve amigo.
Solo en la tierra me hallo;
pereció cuanto leal
era á ese nombre fatal,
hasta mi último caballo!
(Don Rodrigo se levanta, transportado por los recuerdos á los tiempos pasados. Varía de carácter hasta volver á caer en su desvarío al fin de esta escena.—Depende del actor.)
Un generoso corcel,
con paramentos de malla;
todo un corcel de batalla.
Qué bizarro iba yo en él!
Sobre él de venganza rayo,
encerrado en mi armadura,
llegué en una noche oscura
al campo de don Pelayo.
Con él al pie de una encina
pasé aquella noche horrenda,
y abrigo, falto de tienda,
le dí con mi capellina.
Apenas el alba nueva
por el Oriente asomaba,
ya sobre él caracoleaba
por las márgenes del Deva;
y al escuchar los clarines
del feroz morisco bando,

su noble raza mostrando,
bufó y erizó las crines.
Al combate me lancé
sobre él; con él me metí
entre los moros, y á mi
sabor los alanceé.
Tras de su tropel impío,
cuando ya huían deshechos,
tenaz se arrojó de pechos
conmigo en mitad del río.
La corriente nos llevó;
llegué yo hiriendo y matando
hasta Causegadia, cuando
el monte se desplomó.
Cuantos árabes delante
llevaba, huyendo de mí,
se sepultaron allí,
bajo el peñasco gigante.
Mas de entre el golfo de espuma
que alzó el peñón desplomado,
sacóme á la orilla á nado,
flotando como una pluma.
Allí dí en tierra con él,
rendidos al fin los dos:
yo tendí la diestra á Dios,
y la siniestra al corcel.
Leal junto á mí yacía,
y al ir perdiendo el sentido,
me apercibí conmovido
que la mano me lamía.
Era el amigo postrero
que tenía, y yo pensaba
que á par de él aun espiraba,
si no rey, buen caballero.
Mas Dios no lo quiso así!
Al volver de mi desmayo,
de las gentes de Pelayo
cercado en torno me ví.
Halláronme al explorar
el campo al siguiente día.
Mas hiel allí todavía
restábame que apurar!
Pelayo me dijo: «Amigo,
quién eres? Por tí vencí.»
Yo ufano, necio de mí,
contesté: «Soy don Rodrigo.»
Todo el mundo se echó atrás
con horror, y replicó
don Pelayo: «Ya se hundió
para no alzarse jamás
don Rodrigo; y de su nombre
no habrá ya rey en España;
mas tú has hecho en la campaña
cuanto puede hacer un hombre,
y en premio de tu valor,
á faz del pueblo te abono
yo; libre eres; te perdono,
por lo bravo, lo impostor.»
De sangre con una venda
cegó mis ojos la ira
al oir que de mentira
era mi palabra prenda.
Quedé inmóvil de coraje;
y teniéndome por loco,
dejáronme poco á poco
á solas con tal ultraje.
Solo aquella vil canalla
por quien lidié me dejó!
Mas no estaba solo, no,
mi fiel corcel de batalla
pacía en una ladera;
sobre la silla me eché,
el acicate le hinqué,
y se lanzó á la carrera.
Pensé en vos y en Lusitania,
y hacia vos me dirigí;
mas era sino, ay de mí!
perder en mi ciega insania
todo cuanto me era fiel!
En mi vértigo infernal,
me olvidé que era mortal
mi desdichado corcel!
Desbocado le traía
día y noche sin cesar.
Á mí la hiel del pesar
de alimento me servía
del universo enemigo
para huir; mas á él que no,
noble animal! espiró,
y con él mi último amigo.

(Don Rodrigo, al volverse, da con Theudia, que se ha puesto de rodillas á su lado á sus últimas palabras, y que le dice:)

THEUDIA

Señor, aun os quedo yo.

RODRIGO

Theudia!

THEUDIA

No echéis un caballo
de menos; mientras yo viva,
aun la fortuna no os priva
de un amigo y de un vasallo.

RODRIGO

Alza, y que yo te reciba
en mis brazos. Ay! Creí
que tú también, como todos
ingrato, harías allí
causa común con los godos,
volviéndote contra mí.

THEUDIA

Yo contra vos hacer bando!
No; si ante vos estallando
la tierra se nos derrumba,
para entonces yo os demando
la mitad de vuestra tumba.

RODRIGO

Sí, te reconozco bien;
tú sólo fueras capaz
de mirarme sin desdén.

THEUDIA

Y de vengaros también
del mundo entero á la faz.

RODRIGO

Mas, cómo hiciste jornada
hacia aquí?

THEUDIA

Allá en Covadonga,
viendo que era hombre de espada,
me pusieron de avanzada
por la noche. Que me exponga
yo más que éstos justo es,
me dije. Soy un soldado,
y no hay completo un arnés
en campo tan mal armado;
de facción quedéme pues.
Creí juntarme con vos
á la aurora, mas la lucha
se trabó antes; yo os fuí en pos,
pero la gente era mucha
y quiso apartarnos Dios.
Caí herido; de un paisano
lleváronme á la cabaña,
y cuando ya me ví sano,
volviendo al campo de España,
nuevas de vos pedí en vano.
Mas comprendí que vivíais
por un soldado que habló
de uno que por rey se dió;
y juzgando que os vendríais
aquí, tras vos eché yo.
Orillas del Duero dí
con los huesos de un corcel;
cerca los pedazos ví
de un arnés; fijéme en él,
y el vuestro reconocí.

RODRIGO

No viniste, pues, por mar?

THEUDIA

No. Y que lo penséis me asombra.

RODRIGO

Conque al llegar yo...?

THEUDIA

De entrar
acababa.

RODRIGO

Horrendo azar!

THEUDIA

Qué hay?

RODRIGO

No eras tú aquella sombra!

ROMANO

Señor...

RODRIGO

Dejadnos, anciano,
á solas por un momento.

ROMANO

(A Theudia.) Idle, por Dios, á la mano.

THEUDIA

(A Romano.) Yo procuraré con tiento
calmar su espíritu insano.

ESCENA VI

DON RODRIGO *y* THEUDIA

RODRIGO

Theudia!

THEUDIA

Señor.

RODRIGO

Escúchame. Tenía
sed de volverte á ver, de hablar contigo,
porque tú ves la desventura mía
tan inmensa cual es; porque testigo
de mi poder y de mi gloria un día,
tú sólo puedes consolarme amigo;
*porque rey, necesito un caballero,
*no un monje en mi pesar por compañero.

THEUDIA

*Es un siervo de Dios.

RODRIGO

*Mas nunca ha sido
*ni soldado ni rey; ni nació godo;
*ni vió jamás su nombre escarnecido
*y su honor arrastrado por el lodo;
*ni se vió de su pueblo maldecido,
*y rechazado, en fin, del mundo todo.
*Qué decir puede semejante amigo
*al inmenso dolor de don Rodrigo?
*Nada.—Siento exaltarse mi cabeza
*en esta soledad, y se enloquece
*débil ya mi razón. Sí; la pereza
de esta vida inactiva me enflaquece.
Theudia, bullir en mi cerebro siento
mil siniestras imágenes, que aumenta
como una inundación cada momento.

THEUDIA

Quimeras son con que Satán os tienta.

RODRIGO

Pero odiosas, proféticas acaso!
Tentaciones horribles que no puedo
vencer!—Qué vida tan horrenda paso,
Theudia!—Ah, no me abandones! Tengo
[miedo.

THEUDIA

Miedo, señor! De qué?

RODRIGO

Theudia, de todo;
de todo cuanto siento y cuanto miro,
de todo cuanto lleva un nombre godo,
de Dios, de mí, del aire que respiro.

THEUDIA

De Dios? No es infinita su clemencia?

RODRIGO

Y también su justicia. *Crees que alcanza
*un día de forzada penitencia
*el rayo á detener de su venganza?
*No; un reino entero pereció á mis manos
*por mi crimen fatal, y un pueblo entero,
*esclavo de los fieros africanos,
*venganza pide contra mí... y yo infiero
*que Dios se la ha de dar!—La tierra hispana
*tinta en la sangre de mi pueblo humea;
*sangre doquiera que la huella mana;
sangre por mí vertida!—Hay una idea
arraigada en mi mente, una profunda
convicción en mi seno guarecida
en que mi sino proverbial se funda,
y que es, Theudia, el tormento de mi vida.

THEUDIA

*Superstición.

RODRIGO

*Tal vez; pero se aferra
*más cada día al corazón; se extiende
*más cada día por mi mente, y cierra
*más mi horizonte á cada punto; atiende.

*Es la ley celestial; sobre la tierra
*abre Dios un infierno al rey que vende,
*cual yo, á sus pueblos; á este rey malvado
*le señala un espíritu que impío
*le acosa, al pueblo hasta dejar vengado;
*y yo siento ese espíritu á mi lado
que venga de su rey al reino mío.

THEUDIA

Superstición!

RODRIGO

No, no; yo sé, yo creo
que, de Dios mensajero, tras mí vaga
místico ser que por doquier me amaga
y por doquiera junto á mí le veo.

THEUDIA

Mas quién es ese ser?

RODRIGO

No sé; un fantasma
que marcha tras de mí cuando camino;
su huella siento y de terror me pasma;
va á mi lado, es mi sombra, mi destino.
Escucha. A veces, á la luz postrera
del día, bajo hacia la mar; me place
verla estrellarse humilde en la ribera
al triste son que con sus ondas hace.
Qué busco allí? No sé. Voy arrastrado
allí por un instinto poderoso
á esperar al fantasma, amedrentado;
porque le temo aunque le busco ansioso:
y no en vano. Del África viniendo
acercarse le veo de ola en ola,
su caprichosa oscilación siguiendo
la playa hasta tocar callada y sola.
Huyo al verle llegar, y me parece
(yo no sé si es el viento que murmura),
mas creo que se ríe y me escarnece,
y en lengua que no sé, volver me jura.

THEUDIA

Mísero!

RODRIGO

Hoy le esperé: del horizonte
destacarse le ví, crecer, llegarse
más que nunca visible; huí hacia el monte,
mas mi sangre sentí paralizarse
cuando le oí lanzar hondo lamento
que estuvo en tierra para dar conmigo,
y gritarme le oí: «Vuelve, Rodrigo!»
Y esta vez fué su voz, no la del viento.

THEUDIA

Fué, señor, vuestra loca fantasía;
fué que la soledad y la abstinencia
exaltan vuestra mente cada día
más, y os minan la frágil existencia.

RODRIGO

*Theudia, ya te lo he dicho: esta es la hora
*del crimen; es el de hoy el día mismo
*del año, y esa sombra vengadora
sale hoy á reclamarme del abismo.
El eco de su voz en mi memoria
toda entera evocó la edad pasada;
sí, todo cuanto fué, toda mi historia;
fué voz por un espíritu lanzada.

THEUDIA

Fué voz por vuestro espíritu forjada.

RODRIGO

Ah! Lo ignoras tal vez. Hoy ha diez años
que á Florinda ultrajé.
(Theudia va á hablar; don Rodrigo le pone la mano en la boca.)
No lo repitas.
Hay en la soledad ecos extraños
que te devolverían mis malditas
palabras... pero sábelo: á esta hora...
en mi palacio de Toledo... aún veo
aquella escena amante, abrasadora;
veo aún su rostro virginal que llora...
y aun, sacrílego amor! que la amo creo.

THEUDIA

*Señor!

RODRIGO

*Tú alguna vez en el seguro
*recinto del palacio no la viste?

THEUDIA

*Jamás la conocí; mas la maldigo!

RODRIGO

*Theudia!—Inocente fué; yo te lo juro.

THEUDIA

*Pero os perdió su amor.

RODRIGO

*Quién le resiste
cuando Dios nos le da para castigo?

THEUDIA

Infeliz!

RODRIGO

Lloras, Theudia! Te comprendo;
te inspiro compasión.

THEUDIA

*Señor, si lloro
*es porque vos no véis, y yo estoy viendo
*que Dios, que de piedad es un tesoro,
*á vos me guía por su propia mano,
*porque guíe desde hoy vuestro destino,
*porque os recuerde yo que el ser humano
*tiene su origen en el ser divino.
*Avergüénceos, pues, vuestra locura;
*los ojos levantad al Dios que dijo:
*«Venid á mí en las horas de amargura;
padre, os perdono en nombre de mi hijo.»
Necesitáis trabajo y ejercicio;
las fieras de la selva nos convidan
á sacudir de la pereza el vicio,
y así echaréis las sombras que se anidan,
de la inercia á favor, en vuestro juicio.
Recordáis que sois rey? He aquí un vasallo.
Que sois harto infeliz? He aquí un amigo.
Cenobita os hacéis? Como batallo
rezo: mandad, llorad, orad conmigo;
pronto á partir con vos la vida me hallo;
tendréis en mí un esclavo, don Rodrigo;
de cuanto vuestro fué yo solo os quedo;
mas aún sois para mí rey de Toledo.
Mientras que viva yo, vuestra ventura
seguiré, atado siempre á vuestra huella:
si os condena la suerte á vida oscura,
no ha de faltaros, pese á vuestra estrella,
ni un vasallo que os cave sepultura,
ni un amigo leal que os llore en ella;
y siempre queda mundo, don Rodrigo,
al que le queda Dios y un buen amigo.

RODRIGO

Theudia, tienes razón; Dios te me envía
cual aura de consuelo y de bonanza
en la borrasca de la angustia mía,
cual iris mensajero de esperanza;
tienes razón: tú irás siempre conmigo.

THEUDIA

Siempre.

RODRIGO

Y emprenderemos otra vida
mejor para mi espíritu.

THEUDIA

Y os digo
que cobraréis vuestra quietud perdida.

RODRIGO

Batiremos el monte.

THEUDIA

Y volveremos
con hambre á la cabaña.

RODRIGO

Y de la lumbre
al amor, de otros tiempos hablaremos.

THEUDIA

Y oraremos también.

RODRIGO

Tengo costumbre
de orar al acostarme.

THEUDIA

Pues lo haremos
juntos todas las noches.

RODRIGO

Me temía,
Theudia, que el campamento...

THEUDIA

Lo cristiano
en mí amenguara? Oh, no! Con alegría
sufro, y tengo fe en Dios.

RODRIGO

(Con amargura.) La corte mía
frecuentaste?

THEUDIA

Jamás: noble he nacido;
mas vivir en la corte no he querido
nunca.

RODRIGO

Por eso crees, y el alma pura
conservas y leal.

THEUDIA

Es lo que ahora
necesita, señor, vuestra amargura:
fe cierta y lealtad consoladora.
Mas se hace tarde: reposad tranquilo
esta noche, señor, y nuestra nueva
vida mañana empezará. Este asilo
es seguro, y no hay nadie que se atreva
á penetrar en esta selva.

RODRIGO

Pero
si esta noche...

THEUDIA

El pavor echad del alma;
yo estoy con vos, y yo soy un guerrero.

RODRIGO

Mas ya no te me irás?

THEUDIA

Dormid en calma,
señor, yo velo aquí.

RODRIGO

No; estás rendido
de fatiga: esta noche necesitas
reposo tú. Mi lecho muy mullido
no es, mas yo te le doy con infinitas
albricias por tu vuelta.

THEUDIA

Y vos?

RODRIGO

Un rato
quiero estarme á la vera de la lumbre
conmigo mismo á solas.

THEUDIA

Mas...

RODRIGO

Ingrato
el sueño huye de mí, y es mi costumbre
recogerme á altas horas.

THEUDIA

Hoy, empero,
no tardaréis.

RODRIGO

No á fe, que con el día
te pienso despertar. Ve, pues; lo quiero.

THEUDIA

Os obedezco.

RODRIGO

Ve, y en mí confía;
yo te despertaré.

(Va don Rodrigo á sentarse á la lumbre; Theudia, contemplándole, dice desde la puerta, levantando los ojos al cielo:)

THEUDIA

Dios justiciero,
yo adoro tu piedad! Si tardo un poco,
desventurado rey, le encuentro loco.

ESCENA V

DON RODRIGO *solo*

Y por qué si feliz ser ya no puedo
con Dios no viviré y conmigo mismo
en paz? Bien dice Theudia: sí, mi miedo

sólo es superstición, sonambulismo.
*Lejos de mí quiméricas visiones!
*Ellos reposan en la tumba todos,
*y la tea apagó de las traiciones
*el huracán que dispersó á los godos.
*En mí acabó mi raza; fué sentencia
*del sumo Dios, que condenó al misterio
*de oscuridad perpetua mi existencia,
*mas lo que vale me mostró el imperio.
*Señor, yo acato tu poder y acepto
*mi sacrificio entero. Si no pura,
*obediente mi alma á tu precepto,
el cáliz beberá de su amargura.
Sí; muerto para el mundo, en la montaña
viviré de la cruz bajo el abrigo,
y arrostraré la execración de España
en nombre del que fué rey don Rodrigo.

FLORINDA *(Dentro.)*

Don Rodrigo.

RODRIGO

Dios mío! Quién me nombra?

(Ábrese la puerta del fondo, y á la luz de un relámpago se presenta Florinda, desmelenada y las ropas en desorden. Este personaje es altamente fantástico, y la determinación de su carácter en la escena depende solamente de la actriz. Florinda presenta en su fisonomía, en sus miradas y en sus acciones, la vaguedad de la locura y la exaltación de la fiebre. Contesta maquinalmente, y no se fija en nada más que en el fuego, junto al cual se coloca con el placer de un loco que logra el capricho de su demencia, hasta que calmándose poco á poco, entra lógicamente en el sentido de la escena.)

ESCENA VI

DON RODRIGO *y* FLORINDA

RODRIGO

Una mujer!

FLORINDA *(Fijándose en la lumbre.)*

Aun arde; á tiempo llego.

(Siéntase Florinda al lado del fuego, gozando de su calor con insensata avidez.)

RODRIGO

Qué traéis? Qué buscáis?

FLORINDA

Sed, frío, fuego.

RODRIGO

Mas quién sois?

FLORINDA

Nadie ya, soy una sombra.

RODRIGO

Sombra! Quién me la trae?

FLORINDA

La mar, el viento.

RODRIGO

Y de dónde?

FLORINDA

Del África.

RODRIGO

Es la mía!
Ah! Qué quiere de mí?

FLORINDA

Vida, alimento.
Agua!... Tengo el temblor de la agonía.
Agua!

RODRIGO

Ay de mí! Yo creo que deliro.

FLORINDA

Agua!... La calentura me sustenta,
y en el momento en que me deje espiro.
Agua!

RODRIGO

Ahí la tienes. *(Señalando una vasija.)*

FLORINDA

(Después de beber.) Gracias. Dios en cuenta te lo tenga, buen hombre. Qué cansada

estoy!... Á esos peñascos he trepado
por este fuego y esa luz guiada.
Temí que me la hubieras apagado.
Qué agradable calor! Cómo consuela!
Allá en la obscuridad, qué frío hacía
sobre la mar! Pues, y en el monte? Hiela.

RODRIGO

Sobre la mar!

FLORINDA

Sin duda; yo venía
todas las noches á esta playa.

RODRIGO

Todas!

FLORINDA

Todas. Todas las noches de seis años;
siempre viendo pasar las naves godas
ante mí; y yo, qué afán! presa entre extraños.
Porque yo estaba en África cautiva,
allá en un torreón... sobre una roca
que daba al mar... mas ya no estaba viva.

RODRIGO

No estábais viva ya?

FLORINDA

No; estaba loca.
Yo lo sabía bien, porque sentía
que la razón se me iba por momentos;
mas el dolor con la razón huía,
y gozaba en mis locos pensamientos.
Un día mi señor trajo á un anciano
á la torre, y mostrándome, le dijo:
«Héla ahí.» El viejo me tomó la mano,
é hizo de mí un examen muy prolijo.
Aquel viejo era un sabio. «Pobre esclava!
(decía) mis pronósticos son ciertos;
esta es la fiebre que la vida acaba.»
«Nadie la curará?», le preguntaba
mi señor... Yo afanosa le escuchaba.
Y el viejo contestó: «Tal vez los muertos.
Si el rey que la infamó resucitase,
si á su edad virginal volver pudiera,
á su patria, á su amor, cual si tornase
de un ensueño, tal vez en sí volviera.
Tan sólo esta impresión desesperada
la podría curar. Mas id con tiento;
pues sólo por la fiebre alimentada,
cuando la deje, morirá.»—Y ya siento
que se va poco á poco.

RODRIGO

Desdichada!
El eco de su voz, ay! me estremece,
mas me atrae como imán; no sé qué encanto
siniestro tiene para mí; es el canto
traidor de una sirena que adormece.

FLORINDA

Vivifica esta llama; bien has hecho
en no apagarla. Mira, me devora
la fiebre... me consume hora por hora
la vida... Mas percibo que mi pecho
se fortalece á su calor un poco;
muy poco, porque tiene mi existencia
un plazo fijo, y á su extremo toco.
Hoy moriré tal vez: es mi sentencia.

RODRIGO

Hoy!

FLORINDA

Hoy, que es día aciago. Tú no puedes
comprenderlo, es verdad; pero yo quiero
que lo comprendas. Oye: en las paredes
de mi prisión había un agujero
que daba sobre el mar. Desde él veía
siempre atada una barca en la ribera
que encima de las ondas se mecía,
é imán eterno de mis ojos era.
En ella sobre el mar iba y venía
todas las noches yo; me aproximaba
á estas playas; en ellas percibía
un ser de quien soy sombra; le llamaba;
venía... mas mi barca se volvía
á África, y yo volvía á ser esclava.

RODRIGO

Veníais á esta playa en las tinieblas?

FLORINDA

Te he dicho eso? Ja! ja!... No; lo soñaba.

RODRIGO

Lo soñábais! Mas hoy...?

FLORINDA

Hoy en las nieblas
nocturnas descendí de la montaña.

RODRIGO

Mas cómo?

FLORINDA

Como sombra; por el viento.
Rompió la tempestad, y en un momento
mi hermano el huracán me trajo á España.

RODRIGO

Váis á España?

FLORINDA

Pues qué, no estoy en ella?

RODRIGO

Aun no.

FLORINDA

Conque es decir que ya no puedo
esta noche llegar?

RODRIGO

Dónde la huella
queríais dirigir?

FLORINDA

Voy á Toledo.

RODRIGO

Á Toledo! Y á qué?

FLORINDA

Allí he nacido.

RODRIGO

Yo también.

FLORINDA

Allí fuí rica y querida.

RODRIGO

Yo también.

FLORINDA

En su alcázar he vivido.

RODRIGO

Yo también.

FLORINDA

Allí amé; mas fuí vendida.

RODRIGO

También yo.

FLORINDA

Una corona allí he perdido.

RODRIGO

Yo también.

FLORINDA

Y allí, en fin, perdí mi vida.

RODRIGO

(Dadme fuerzas, Señor; luz en su mente
derramad, y abreviad este suplicio.)
Conque morísteis?

FLORINDA

Dí: vive realmente
el que pierde el honor, la fe y el juicio?

RODRIGO

No vive, no.

FLORINDA

Pues bien; yo estoy ya muerta:
mas soy mi sombra, y á merced del viento
sobre la tierra voy vagando incierta,
porque un secreto revelarle intento.

RODRIGO

Á quién?

FLORINDA

Al rey.

RODRIGO

Á cuál?

FLORINDA

Al de los godos.

RODRIGO

Y qué váis á decirle?

FLORINDA

Es una historia
que él sólo entenderá; no es para todos.
Nadie la sabe aún; en mi memoria
vive no más; y mira, he canecido
sólo por conservarla en ella escrita;
por ella mi nación me ha maldecido,
y por ella mi raza está maldita.

RODRIGO

Y la mía también.

FLORINDA

Odio, detesto
cuanto fuí.

RODRIGO

Yo también.

FLORINDA

Hasta el cariño
de los que ser me dieron, y el honesto
pudor de virgen y el candor de niño.
Oyela, pues; entera la recuerdo;
mas no me la interrumpas: esta fiebre
me abandona, y tal vez si tiempo pierdo,
al par mi historia con mi ser se quiebre.

RODRIGO

Habla.

FLORINDA

Yo era una flor que cultivaba
un rey en el jardín de su palacio;
con solícito afán, él me cuidaba,
y yo con mi perfume embalsamaba
de su real corazón todo el espacio.
Era aquel rey galán, rey de las flores,
y una elegir debía para esposa:
yo era entre ellas la flor de sus amores...
mas Dios me hizo brotar de los traidores
tallos de una letal flor venenosa!
Aquella flor de quien nací capullo,
en vez de contemplarme con orgullo
hija suya por ser y la elegida,
del aura de la envidia oyó el arrullo,
y envidió mi favor y odió mi vida.
Iba de noche el rey enamorado
al jardín, mientras yo casta plegaba
mis hojas sobre el cáliz delicado,
y él en silencio y á mis pies echado,
con el aroma de mi amor soñaba.
Si en la sombra hacia mí tendió la mano,
tropezó de mi honor con las espinas;
porque yo frágil flor, y él rey liviano,
recelé y me previne... y no fué en vano.
Una noche... espesísimas cortinas
de tinieblas velaban tierra y cielo;
tendióme el rey la mano; el aura errante
inclinó á mi rival hacia adelante;
no halló espinas el rey, y con anhelo
de la traidora flor gozó ignorante.

RODRIGO

Ah!

FLORINDA

Y al siguiente día, audaz, risueño,
confiado, mis hojas purpurinas
vino á besar con amoroso empeño;
yo, ajena á la traición hecha en mi sueño,
cerréme, y dí á sus labios mis espinas.
Indignó al rey galán mi fantasía,
y viendo que de noche flor liviana
á su liviano amor correspondía,
desairándole hipócrita de día,
me deshojó á la fuerza una mañana.

RODRIGO

Ah! comprendo, infeliz, tu horrenda historia

FLORINDA

Imposible!

RODRIGO

Recobra tu memoria;
de tí las nieblas del delirio aparta;

respóndeme... Una noche á tu aposento
fué el rey tras el perfume de una carta.

FLORINDA

No era mía.

RODRIGO

En la sombra el suave aliento
sintió de una mujer.

FLORINDA

El mío no era.

RODRIGO

Su mano halló otra mano.

FLORINDA

No era mía.

RODRIGO

Cuál era, pues, la flor que el rey cogía?

FLORINDA

La que el aura inclinó por que él la asiera.

RODRIGO

Cuál la que deshojó con mano fiera?

FLORINDA

La que en su cáliz virginal dormía.

RODRIGO

Ah! De una vez tus pensamientos fija:
tú la inocente flor; quién fué la rea?

FLORINDA

De su tallo nací. *(Con misterio.)*

RODRIGO

Maldita sea!

FLORINDA

Es mi madre! *(Con espanto.)*

RODRIGO

De tigres eres hija.

FLORINDA

Y tú que la maldices, tú, quién eres?

RODRIGO

Quién he de ser, sino quien fué contigo
de su generación plaga y castigo?

FLORINDA

Tú...!

RODRIGO

Mírame.

FLORINDA

Eres tú?

RODRIGO

Mira te digo.

FLORINDA

Tú... el rey infamador de las mujeres?

RODRIGO

Tú Florinda infeliz!

FLORINDA

Tú don Rodrigo. *(Pausa.)*
Mi alma se vá... la vida me abandona.
Sí; de nuevo la luz brilla en mi mente;
recuerdo... reconozco... me perdona
sin duda Dios.

RODRIGO

(Acercándosela.) Florinda!

FLORINDA

(Rechazándole.) Atrás! Detente.
Yo no soy la mujer que hundió tu trono;
yo soy mi sombra, que pasó á tu lado
al volver á su tumba solamente
para decirte: «Adiós, rey desdichado!
Yo de tu crimen, víctima inocente,
blanco seré de universal encono
y execración de la futura gente;
mas el juicio de Dios tengo en mi abono.»

RODRIGO

Florinda!

FLORINDA

Aparta... tentador... El alma

se separa del cuerpo... Dulcemente
la tierra huye de mí... Yo la abandono
sin pesar... Siento en mí la dulce calma,
la paz, la sombra del sepulcro...

RODRIGO

Ah!

FLORINDA

Tente!
Hasta la eternidad! Yo te perdono. *(Cae.)*
(Asoma Theudia.)

RODRIGO

No hay perdón para mí; yo le rechazo.
Tierra de maldición, libre muy presto
vas á verte de mí!

ESCENA VII

D. RODRIGO, THEUDIA *y* FLORINDA *muerta*

THEUDIA

Señor, qué es esto?

RODRIGO

Es que el rayo de Dios de herirme acaba;
que mi vida fatal llegó á su plazo.

THEUDIA

Una mujer!

RODRIGO

Mi sombra: ésa es la Cava.

THEUDIA

Cielos! Mas dónde váis?

RODRIGO

Á la montaña.

THEUDIA

Á qué?

RODRIGO

Á buscar en el sepulcro abrigo
del odio universal contra la saña.

THEUDIA

Esperadme, señor.

RODRIGO

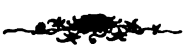
(Desde la puerta.) Nadie conmigo:
solo en la culpa, solo en el castigo;
la maldición del cielo me acompaña.
(Cierra la puerta de golpe.)

ORIENTAL

Dueña de la negra toca,
la del morado monjil,
por un beso de tu boca
diera á Granada Boabdil.
Diera la lanza mejor
del cenete más bizarro,
y con su fresco verdor
toda una orilla del Darro.
Diera las fiestas de toros,
y, si fueran en sus manos,
con las zambras de los moros
el valor de los cristianos.
Diera alfombras orientales,
y armaduras y pebetes,
y diera... que tanto vales!
hasta cuarenta jinetes.
Porque tus ojos son bellos;
porque la luz de la aurora
sube al Oriente desde ellos,
y el mundo su lumbre dora.
Tus labios son un rubí
partido por gala en dos...
Le arrancaron para tí
de la corona de un Dios.
De tus labios la ronrisa,
la paz de tu lengua mana...
leve, aérea, como brisa
de purpurina mañana.
Oh, qué hermosa nazarena
para un harem oriental,
suelta la negra melena
sobre el cuello de cristal,
El lecho de terciopelo,
entre una nube de aroma,
y envuelta en el blanco velo
de las hijas de Mahoma!
Ven á Córdoba, cristiana;
sultana serás allí,
y el sultán será, oh sultana!
un esclavo para tí.
Te dará tanta riqueza,
tanta gala tunecina,
que has de juzgar tu belleza,
para pagarle, mezquina.

—

Dueña de la negra toca,
por un beso de tu boca
diera un reino Boabdil;
y yo por ello, cristiana,
te diera de buena gana
mil cielos, si fueran mil.



Á VENECIA

Allí está Venecia, la dueña opulenta
de antiguos y nobles y libres blasones;
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
que á sueldo tenía soberbias naciones,
señora del mar.

Que cuenta que un día imperios y reyes
su gala envidiaron, su nombre temieron,
y el mar y la tierra besaron sus leyes,
y enviáronla buques, soldados la dieron,
porque ella supiera batirse y triunfar.

—

Un día á sus ojos la tierra callaba;
un día su nombre la tierra llenaba:
pasaron los días, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa sultana,
que tiene su corte ridícula y vana
allá en un palacio que el sultán la dió.

Venecia la encantadora,
la de los pardos pilares,
de las ciudades señora,
la señora de los mares,
La corona de jardines
colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
los que valen lo que vales.
Hechizo de Italia, sí;
mas del poeta la lira
no es por tí por quien suspira;
no, Venecia, no es por tí.

—

Qué valen tus gondoleros
y tus regatas vistosas,
tus republicanos fueros,
tus máscaras revoltosas
y tus timbres altaneros,
sin los ojos hechiceros
de tus hermosas?

Ay! Que tus días pasaron...
Venecia, la maravilla,
á quien monarcas doblaron
otro tiempo la rodilla,
tus timbres, ay! se borraron;
tus señores olvidaron
la hermosa villa.

Antigua reina del mar,
mal encubres tu caída
tus bodas al celebrar
con la posesión perdida.
Llora, Venecia, sí, llora;
haz duelo en amargo llanto,
que tus esclavos, señora,
escupen sobre tu manto.
Reina, tu Adriático brama
lejos ya de tus confines;
olvídale, noble dama,
entre danzas y festines.

—

Tu patrono ha encanecido,
tu raudo león no vuela;
sobre sus garras dormido,
por tu grandeza no vela;
brioso alazán herido,
su caballero ha perdido
freno y espuela.

Un capricho que pasó,
matrona opulenta, fuiste;
tu príncipe te olvidó;
hermosa, ya envejeciste,
y tu tez se marchitó.
No pienses, Venecia, no,
en lo que fuiste!

II

Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Reir hasta que, seca la garganta,
niega paso á la voz enronquecida;
cantar, hasta que el alba se levanta,
que yace en el Adriático dormida.
Opulenta Venecia, ríe y canta!
Ríe y canta, señora de los mares,
que la risa y la voz cubren el llanto;
y mientras roe el tiempo tus pilares
y deslustra la lluvia el áureo manto,
risa, y juego, y festines, y cantares...
rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
la voz de un enfermo apaga;
que un suspiro de agonía
no penetra en un festín.
Canta, Venecia la bella,
para cubrir el crujido
de tu poder, que se estrella
y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada
para apagar un gemido,
fatídica campanada,
preludio de un funeral;
melancólica armonía
que en la bóveda del templo
vibra al espirar el día,
y es un canto sepulcral.
Porque, pese á tus placeres,
á tu pompa y tu hermosura,
hoy, Venecia, sólo eres
una memoria de ayer;
un sepulcro cincelado
entre flores y perfumes,
donde yace abandonado
tu carcomido poder.
Un velo blanco de lino
de una virgen desgraciada,
ofrenda al Verbo divino
suspendida en un altar;
barro inmundo en que grabaron,
con mano desesperada,
el nombre que te legaron
tantos siglos al pasar.

—

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
reir, cantar, beber, corta es la vida!
Que en un festín espléndido y brillante
duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO

Volvió la vida á latir,
volvió el alma á delirar,
volvió el ardor de sentir,
y el infierno de vivir
y el paraíso de amar.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Bella es la luz de la rosada aurora
y una mañana del quemado estío,
cuando con tibia púrpura colora
las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
las aves en las hojas apiñadas;
cuando la tierra, saludando al día,
desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
al blando arrullo de la brisa errante,
y pasa el aura prodigando olores
su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres la ciudad dormida
vibra ronca la voz de la campana,
señal primera de que vuelve á vida
y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
cuando alza ufano la radiante esfera;
gigante que, trepando por el monte,
del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
que el ruido apaga y el espacio puebla,
cuando del mundo en la gastada alfombra
tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina
entre sublime oscuridad velada,
al opaco fulgor con que ilumina
esa luna de estrellas coronada.

Bello es el mundo, sí: la vida es bella...
Dios en sus obras el placer derrama;
sólo no encuentra su contento en ella
un corazón que el imposible ama.

Él solo melancólico suspira
cuando el alba purpúrea se eleva;
él solo melancólico la mira
cómo en sus pliegues su esperanza lleva.

Sólo él sabe que el sol, en Occidente
al sepultarse, le arrebata un día,
y la noche, al caer sobre su frente,
con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores;
ven la luz, y la sombra y las estrellas;
ven las horas rodar... y sus dolores
rodar también para volver con ellas!

Corazón que no has amado,
tú no sabes el dolor
de un corazón acosado,
carcomido y desgarrado
por amarguras de amor.

No sabes cómo se llora
con ese llanto que quema;
con la noche y con la aurora;
con ese sol que colora
en la frente un anatema.

Se llora con el placer,
se llora con el pesar,
con el recuerdo de ayer,
y mañana... hay que llorar
si nos ama una mujer.

Tú, velado á la tormenta
de borrascosa pasión,
no sabes cómo se aumenta,
cómo inflamada revienta
la pena en el corazón.

Cómo le devora eterno
ese esperar indeciso;
cómo abrasa el fuego interno
de tener hoy un infierno
donde estuvo un paraíso.

Amar y no ser amado!
Sentir y no consentir!
Morir viviendo olvidado!
Ay! Morir de enamorado
y no poderlo decir!

Bullir en el pensamiento
el bello ser de otro ser...
y ese roedor tormento
que hemos bebido en el viento,
en la voz de una mujer!

Sí; mis oídos la oyeron,
mis ojos la contemplaron;
era hermosa, y la creyeron...
mis oídos me mintieron
ó sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
para dejar sobre la tierra impía
alguna oculta maldición del cielo,
y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando:
y por único alivio en mi honda pena,
«Canta», me dijo; y la visión, flotando,
se deshizo en la atmósfera serena.

II

Á D. N. PASTOR DÍAZ

Poeta, ven y cantemos
á una voz nuestros amores;
en un arpa los lloremos,
que bien cobijarse vemos
á un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
tú cantarás mi dolor,
que igual el de entrambos fué,
y harto yo solo lloré
una mujer, un amor.

Hagamos doliente y tierno
á nuestro canto improviso
del mundo un recuerdo eterno,
y donde estuvo un infierno
alcemos un paraíso.

LA OLIVA Y EL LAUREL

ALEGORÍA

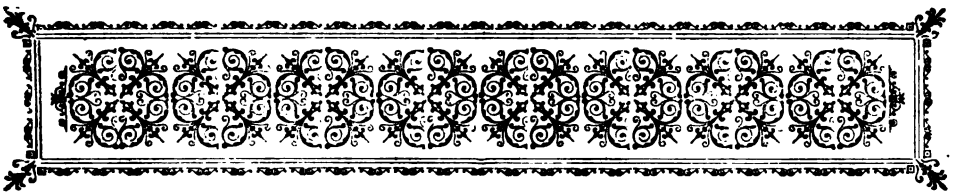
ESCRITA PARA LAS FIESTAS DE LA PROCLAMACIÓN

DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

ALEGORÍAS	ACTORES
El Genio de la Guerra, *gallardo mancebo armado*.....	Sr. Latorre.
El Genio de la Paz, *noble matrona, vestida de blanco, coronada de oliva*.....	Sra. Lamadrid (Doña B.)
La Buena Fe, *representada en un rústico y honrado labrador*.....	Sr. Lumbreras.
El Tiempo, *viejo*.....	Sr. López.
Eco, *ninfa juguetona y parlera, vestida al capricho*.....	Sra. Pérez (Doña Juana).

Genios súbditos de la Guerra, como la Peste, la Ambición, el Hambre, etc., etc.

Atributos y genios de la Paz, como el Amor, la Amistad, las Artes, etc., etc.



LA OLIVA Y EL LAUREL

ACTO ÚNICO

Mansión horrible en el alcázar del Genio de la Guerra, representada por una gruta ó antro en el centro de una montaña, con toda la agreste belleza de que es susceptible semejante cuadro. En medio un robusto y frondoso laurel. En el fondo, á cierta elevación, un lecho rústico en que se ve dormido al TIEMPO, con sus mitológicos atributos. Trofeos de armas de todas clases, antiguas y modernas, se verán esparcidos por la escena, con cuantos muebles quieran ponerse alegóricos de la guerra.

ESCENA PRIMERA

(Óyese dentro ruido de armas y voces, y salen varios GENIOS, *súbditos del de la* GUERRA, *arrastrando á* LA PAZ *al laurel en que la maniatan.)*

EL GENIO DE LA PAZ

Monstruos! Así se ultraja á una matrona?
Así me trata vuestro rey?

LOS GENIOS DE LA GUERRA

Así.

EL GENIO DE LA PAZ

Nadie mi causa compasivo abona?

LOS GENIOS DE LA GUERRA

Nadie.

EL GENIO DE LA PAZ

Y cautiva seré siempre?

LOS GENIOS DE LA GUERRA

Sí.

(La dejan atada y se apartan al fondo del escenario.)

EL GENIO DE LA PAZ

Mísera tierra! De ominoso luto
tu faz envuelve en funerales tocas,
y de jugo vital tu suelo enjuto,
en grietas hiende, cuyas anchas bocas
la sangre chupen de las lides fruto.
Fuentes de sangre manarán tus rocas,
y tus verdes encinas corpulentas,
hojas y ramas brotarán sangrientas.
Las brisas que otro tiempo perfumadas
sonaron por tus bosques y jardines,
de sangriento vapor vendrán preñadas,
arrastrando el clamor de los clarines;
y en vez de tus silvestres enramadas
de espesas madreselvas y jazmines,
verás pudrirse entre tus secos guijos
los desgarrados miembros de tus hijos.

Mísera tierra! La guerrera trompa
atronará tus ámbitos sangrientos;
y despojada de tu fértil pompa,
que hoja por hoja arrancarán los vientos,
serás sólo un pedrusco en que se rompa
la furia de los locos elementos;
desierto de arenales y peñones,
madriguera de sierpes y leones.

ESCENA II

EL GENIO DE LA PAZ, EL DE LA GUERRA *y* SUS GENIOS

EL GENIO DE LA GUERRA

(Saliendo de repente.)

Será, mujer imbécil, mi palacio;
y el campo despojado de verdura,
circo será de suficiente espacio
donde ensayarme en la pelea dura.
Y si el suelo á brotar está reacio
de sus olmos y robles la espesura,
al riego del sudor de mis corceles
le poblaré de bosques de laureles.

Qué falta nos hará tu vil descanso?
Qué valen tus pacíficos primores,
ni qué importa la orilla de un remanso
cercar de huesos ó de breves flores?
Qué más da que repita el aire manso
tus himnos ó el doblar de mis tambores?
Por qué han más de valer tus torpes vicios
que mis nobles y ardientes ejercicios?

Tú, qué has creado? Imbéciles varones
que consumen su vida en dictar leyes,
que hacen desesperar á las naciones,
y acudir á las armas á los reyes;
y al fin de sus discursos baladrones,
cuando han uncido para arar los bueyes,
que es fuerza ven para guardar su tierra
uncirlos en el carro de la guerra.

Para venir á tales resultados,
no sé por qué la tierra dividida
entrambos ha de estar; pues tus estados
por mí te tienen siempre defendida,
y tu prez y valor son mis soldados,
y mis bravos ejércitos; tu vida
protegida es igual que encarcelada;
quédate, pues, á mi laurel atada.

EL GENIO DE LA PAZ

Genio de sangre y mortandad sediento,
si guarda aún tu corazón de roca
de compasión un solo sentimiento,
una súplica atiende de mi boca.

EL GENIO DE LA GUERRA

Templo es mi pecho del altivo aliento
que mantener al vencedor le toca;
habla, y si ves que con orgullo escucho,
ve que en oirte sólo aun hago mucho.

EL GENIO DE LA PAZ

Oye un instante, pues: En una punta
de esa altanera tierra de la Europa,
una noble nación hay que se junta
contra sí misma en iracunda tropa.
Diez años dormí allí casi difunta,
del regio manto en la rasgada ropa,
y diez años guardé con pobres leyes
el combatido solio de sus reyes.

Diez años son de llanto y amargura,
en abandono y soledad pasados;
mas diez años que llevo, por ventura,
en mi memoria y corazón grabados;
y con tan honda y maternal ternura,
me aduermo en sus recuerdos encantados,
que me holgara en yacer en aquel suelo
que con tan puro azul cobija el cielo.

Pon mi cárcel allí, será mi trono;
señálame en su centro en breve espacio
mansión, y el universo te abandono,
por si te ves al fin de sangre sacio.
No más entre los dos lucha ni encono;
en pocos pies de tierra mi palacio
tendré, y bajo tus leyes de exterminio
tendrás al universo en tu dominio.

Esto conviene más á tu bravura
y al excelso esplendor de tu corona,
que dar en tal mansión cárcel obscura
á una pobre y pacífica matrona.

EL GENIO DE LA GUERRA

Bien merece un rincón por sepultura
quien todo el universo me abandona;

mas veamos: cuál es la tierra extraña
do ese rincón anhelas?

EL GENIO DE LA PAZ

Es España.

EL GENIO DE LA GUERRA

España!

EL GENIO DE LA PAZ

Sí; que en su feraz terreno
revientan las espigas entre flores,
y de sus valles el sombrío ameno
orea con purísimos olores,
en amarillas chozas, lechos de heno
que acunaron del mundo á los señores.
España, sí, donde á la par se anida
el germen del honor y de la vida.
Allí es sufrida la briosa gente;
allí el pueblo es leal, sobrio y sencillo;
allí segura la amistad no miente,
no ciega allí del oro el falso brillo;
allí se escucha á la vejez prudente;
allí ase el mozo á par espada ó trillo,
y allí, según que la ocasión requiere,
se vive labrador y héroe se muere.
Hartos siglos en guerras desastrosas,
allí siguieron tu sangriento carro,
y tuvieron sedientos sus sabrosas
aguas que serenar en rojo barro.
Déjame, pues, que las marchitas rosas
fecundice otra vez del fresco Darro,
y el son alegre de tranquila zambra
vuelva á encantar los patios de la Alhambra.

EL GENIO DE LA GUERRA

Ten esa lengua, y que jamás me pida
lo que jamás me comprarán tesoros.
Pidiérasme la Itália corrompida,
que alza á su esclavitud himnos sonoros;
pidiérasme la Grecia empobrecida,
las tostadas arenas de los moros
y cuanto el mar sobre la Europa baña,
antes que un pie de la atrevida España.
Allí nace el varón constante y fiero;
allí nace el soldado vigoroso;
allí se forja irresistible acero,
y allí se cría el bruto poderoso
que saca del combate al caballero,
ó da con él su aliento generoso;
y allí mueren invictos capitanes
los que nacieron rústicos jayanes.
Darte la España yo? Nunca; sería
cederte, imbécil, el mejor pedazo
de mi solio imperial; preferiría
sentir sin fuerzas mi potente brazo,
y sin fe el corazón; mejor querría
trocar por una rueca ó un cedazo
la ponderosa lanza, y entre flores
presa yacer de estúpidos amores.
No; mi esclava serás. Yace aquí sola,
mientras yo con mis fieros españoles
conquistaré la mar, ola tras ola,
la tierra ganaré soles á soles.

EL GENIO DE LA PAZ

Y qué esa raza logrará española
cuando con ella el universo asoles?

EL GENIO DE LA GUERRA

Sus huesos formarán una montaña
donde clavemos el pendón de España.
Allí roto jirón, mas siempre honrado,
cuando la noche con sus velos ciña
los ámbitos del mundo desolado,
derramará la luz por la campiña;
y al abrirse el Oriente purpurado,
espantará las aves de rapiña
que á guarecerse de él habrán venido
con corvo vuelo y gutural graznido.
Sus, pues, oh Genios de la Guerra hermanos!
nuestro alcázar oscuro abandonemos;
sus! y en los corazones castellanos
de las lides el vértigo soplemos.
Sangre goteen nuestras rojas manos;
y pues cautiva ya la Paz tenemos,
libres volad, oh Genios de la Guerra!
y en España caed; nuestra es la tierra.

(Váse el Genio de la Guerra seguido de los que han atado al de la Paz, y de los que han salido con él, al ruido de música marcial, que se pierde á lo lejos.)

ESCENA III

EL TIEMPO *y* EL GENIO DE LA PAZ

EL GENIO DE LA PAZ

Mísera España! Edén voluptuoso,
templo de la molicie y del amor,
qué van á hacer de tu recinto hermoso
las iras de ese Genio asolador?
Los rizos de espesísimos cabellos
á tus lindas morenas cortarán,
algún cañón para arrastrar con ellos,
del cáñamo en lugar, que no hallarán.
En vez de los dulcísimos cantares,
de su amoroso afán tierna expresión,
atronará tus viejos encinares
el estruendo del cóncavo cañón.
No bordarán tus campos gayas flores;
las golondrinas, ay! te olvidarán,
y acaso tus canoros ruiseñores
con ellas á la par emigrarán.
Mísera España! El cetro sanguinoso
no admitas de ese monstruo de furor;
no des camino en tu recinto hermoso
al carro de ese Genio asolador.
Inútil anhelar!... Mas pasos siento.
Quién en esta prisión penetrará?

LA BUENA FE *(Dentro.)*

Hola! No hay nadie por aquí?

EL GENIO DE LA PAZ

Qué acento!
Y no parece hostil. De quién será?

ESCENA IV

EL TIEMPO *en su lecho*, EL GENIO DE LA PAZ *y* LA BUENA FE

EL GENIO DE LA PAZ

Quién va?

LA BUENA FE

Y quién habla?

EL GENIO DE LA PAZ

La Paz.

LA BUENA FE

Por qué no tomas la puerta?
Yo abierta me la encontré,
y lo mismo la dejé.

EL GENIO DE LA PAZ

Confusa mi alma, no acierta
quién se atreva á hablar aquí
de manera tan extraña.

LA BUENA FE

Soy La Buena Fe de España.

EL GENIO DE LA PAZ

Reconocerte debí.

LA BUENA FE

En qué?

EL GENIO DE LA PAZ

En la franca expresión
con que tu labio se explica.

LA BUENA FE

Sus sentimientos me aplica
á la lengua el corazón;
que como yo campesino
soy, y criado en llaneza,
siempre llamé con franqueza
al pan pan, y al vino vino.

EL GENIO DE LA PAZ

Mas cómo te encuentro aquí?

LA BUENA FE

Pie á pie me han desposeído
de la tierra en que he nacido,
y de la tierra me huí;
y ese desierto quizás
travesando á la ventura,
dí con una puerta oscura,
y entréme, sin más ni más.

EL GENIO DE LA PAZ

Cuál es tu tierra?

LA BUENA FE

Castilla.

EL GENIO DE LA PAZ

Que por su honradez descuella.

LA BUENA FE

Mas fermenta en toda ella
de la doblez la semilla.
Ello es que hay duelos á miles
sobre el hispálico suelo,
y á España cubren de duelo
fieras contiendas civiles.
Contra sí mismos, insanos
revuelven sus propios hierros,
y se muerden como perros
los leones castellanos.
Qué diablo! Y no han de poder
lo que pretenden lograr,
pues todos son á mandar
y ninguno á obedecer.
Ya no hay lazos que les aten,
no hay leyes que les contengan;
éstos de aquéllos se vengan,
los otros y éstos se baten.
Yo les grité: «Sois hermanos,
bajo un mismo sol nacidos;»
mas no me dieron oídos,
y vinieron á las manos.
Me afané por su concordia;
mas sobre mí dieron luego,
guerreándome á sangre y fuego,
la colérica Discordia,
Y el Hambre descolorida,
y la Ambición de oro hinchada,
la Traición enmascarada,
y la Envidia carcomida.
Y por doquier me asaltaban,
por doquier me perseguían,
y alguna vez me adulaban,
y traidoras me vendían.
Yo sostener no pudiendo
contra tantos tan vil guerra,
abandoné al fin la tierra,
y hasta aquí me vine huyendo.

EL GENIO DE LA PAZ

Ay, infeliz campesino!
Y hasta tus pies te vendieron,
cuando hoy emprender te hicieron
de este lugar el camino.
De la Guerra huyendo vas,
la doblez y la malicia,
y por tu propia impericia
dentro de su alcázar das.

LA BUENA FE

Esto es su alcázar?

EL GENIO DE LA PAZ

Esto es.
Y aquí es fuerza, desdichado,
que te encadene á mi lado
si no te salvan los pies.

LA BUENA FE

Huye conmigo.

EL GENIO DE LA PAZ

No puedo,
que me atan estas cadenas.

LA BUENA FE

En ese caso, tus penas
contigo á llorar me quedo.

EL GENIO DE LA PAZ

Y te asirán.

LA BUENA FE

Qué remedio?
Los hombres me llaman tonto,
y á todo me encuentro pronto,
si no por virtud, por tedio.

EL GENIO DE LA PAZ

Huye, por Dios, y yo sola
llore la desdicha mía.

LA BUENA FE

Sin tí? No; renegaría
de mi buena fe española.
Contigo me he de salvar,
ó me he de quedar contigo.

EL GENIO DE LA PAZ

Huye, labrador, te digo.

LA BUENA FE

Es inútil porfiar.

EL GENIO DE LA PAZ

En todo con poco tino
ha de obrar La Buena Fe!

LA BUENA FE

Pues, de ambos á dos, no sé
quién tomó peor camino.
Que si con sana intención
doquier hallarte deseo,
á fe que ahora que te veo
te hallo en buena situación!

EL GENIO DE LA PAZ

Tórnate á España.

LA BUENA FE

No haré;
que en donde La Paz emigra,
ó muchísimo peligra,
ó estorba La Buena Fe.

EL TIEMPO *(Levantándose del lecho.)*

Errado vas, buen villano,
y tu ruda terquedad
muestra bien claro, en verdad,
tu honradez de castellano.

LA BUENA FE

Hola! El viejo nos oía,
y creí que reposaba.

EL TIEMPO

Todo en El Tiempo se graba,
todo lo escucha y lo espía.
Nada á mis ojos se esconde;
nadie hay que en mi contra arguya,
ni hay nada que no concluya
allí do le corresponde.
Y así como mi guadaña
calmó lides más impías,
yo haré que en muy breves días
calme las lides de España.

LA BUENA FE

El remedio es como tuyo,
sin duda, viejo feroz!
Tú dices: «Meto mi hoz
á ciegas, siego, y concluyo.»
Y siempre que haces alarde
de tu poder, he advertido
que al mal á que has acudido,
acudiste siempre tarde.

EL TIEMPO

Un poder más soberano
guía mi mano, labriego,
y yo le consagro ciego
todo el poder de mi mano.
Y éste jamás se equivoca,
ni se distrae, ni alucina,
que es quien los astros calcina
con el soplo de su boca.

LA BUENA FE

Bah! Quieres salvar á España
y con tal calma te estás!
Mas tú? Pues la dejarás
soberbia con tu guadaña!

EL TIEMPO

Como quien eres replicas.

LA BUENA FE

Lo que sentí siempre hablé.

EL TIEMPO

Pues oye bien, Buena Fe,
con quién es con quien platicas.
Yo antes que el cielo y que la luz nací;
la negra eternidad mi madre fué:
ileso lo pasado vive en mí,
y penetrar en lo futuro sé.
Yo las generaciones nacer ví;
yo las generaciones enterré:
y todo cuanto ha sido, es y será,
puesto al alcance de mi mano está.
Yo consumo las fuerzas del león;
yo carcomo los bordes de la mar;
yo mino el pie del colosal peñón;
yo desplomo la encina secular;

yo marco á las edades división;
yo puedo las arenas numerar;
yo doy á cuanto á luz puede salir
lugar en que nacer y en que morir.
Yo el giro de los astros señalé;
yo vida débil á las flores dí;
yo arraigo el árbol que morir las ve;
yo inspiro al ave que se anide allí.
Yo hago al gusano que le rïa el pie,
y yo, que la existencia les medí,
de ave y gusano, y flor y árbol al par,
siento el soplo y la sangre circular.
Yo cuento las escamas al reptil
para saber los años que vivió;
cuento á la tierra sus grïetas mil
para saber el jugo que perdió;
y las plumas al pájaro gentil,
y á la araña los hilos que tejió,
y sus conchas le cuento al mar azul,
y sus hojas al cárdeno abedul.
Yo juego con el mundo universal,
trastornando á placer cuanto hay en él;
yo hago jardín el árido arenal,
y torno en lago fétido el verjel.
Yo arrasé el paraíso terrenal;
yo desmonté las piedras de Babel,
y amontoné nación sobre nación,
para esparcir en polvo su montón.
Ya sabes lo que puedo y lo que soy:
escucha, pues, lo que escondido está
(Señalando el reloj de arena.)
bajo esos granos que contando voy
y un vaso en otro trasegando va.
Cuando la vuelta á ese arenero doy,
con él la vuelta la centuria da;
y cuando en él la arena entre al revés
será España feliz.

LA BUENA FE

(Con oportunidad.) Vuélvele pues.

EL TIEMPO

No; faltan granos que pasar aún:
faltan días aún de división;
mas pronto formará masa común
la arena en solo un vaso y un montón,
y vuestras horas cambiarán según
los granos cambiarán de situación,
hasta que radie bajo el *real dosel*
la coronada frente de *Isabel.*

EL GENIO DE LA PAZ

Y entre tanto los pueblos arderán
en liz sangrienta, sin honor ni prez.

LA BUENA FE

Y al incauto español su presa harán
la pérfida Ambición y la Doblez.

EL TIEMPO

Su nobleza y su fe les salvarán,
y os abrirán los brazos otra vez,
y tranquilo otra vez se alzará el sol
por cuanto abarca el ámbito español.

LA BUENA FE

Buena esperanza, mas á buena hora!

EL TIEMPO

Ten confianza en mí.

LA BUENA FE

Despacio va.

LA NINFA ECO *(Dentro.)*

Ah!

LA BUENA FE

Eh? Qué hace aquí esa voz remedadora?

ECO *(Dentro)*

Llora.

LA BUENA FE

Calla! Y quién llora entre el peñasco hueco?

ECO *(Dentro.)*

Eco.

EL GENIO DE LA PAZ

Eco? También tal vez huyendo va!

ECO *(Dentro.)*

Va.

EL TIEMPO

Es Eco, esa ninfa loca
que gime de roca en roca.

EL GENIO DE LA PAZ

Bien llegada hasta aquí sea,
aunque pese á su pie audaz.

EL TIEMPO

Sólo en repetir se emplea
lo que es de aprender capaz.

LA NINFA ECO *(Saliendo.)*

Paz.

EL TIEMPO

Esa es quien verte desea.

ECO

Sea.

ESCENA V

EL TIEMPO *que mira indiferente caer la arena de su reloj*, EL GENIO DE LA PAZ, LA BUENA FE *y* LA NINFA ECO.

EL GENIO DE LA PAZ

Cómo en lugar tan horrendo
penetrar osaste?

ECO

Huyendo.

EL GENIO DE LA PAZ

Y sobre qué tierra extraña
dejas tu albergue?

ECO

En España.

EL GENIO DE LA PAZ

Todos la huyen! Ay de mí!

ECO

Ay de mí!

EL GENIO DE LA PAZ

Todos la dejan así!

ECO

Sí.

LA BUENA FE

Bizarramente contesta:
mas á mí, si no te ofende,
me darás una respuesta?

ECO

Presta.

LA BUENA FE

Saber, pues, mi afán pretende
lo que pasa en nuestra tierra.

ECO

Aterra.

LA BUENA FE

Habla, pues, mas dílo todo
en el lenguaje y el modo
en que Castilla lo entiende.

ECO

Pues atiende:
Yo el Eco soy que domina
de España á todos los ecos
que habitan entre los huecos
de su tierra desigual,
y ninfa joven, y libre
y juguetona y risueña,
repito de peña en peña
cuanto escucho bien y mal.
Yo en la soledad del monte,
al resplandor de la luna,
las notas una por una
remedo de su rumor;
el murmullo de las hojas,
el gotear de la fuente,
y el susurro impertinente
del insecto zumbador.
Y en remedar me divierto
por los valles á deshora
de la bella labradora

los suspirillos de amor;
y en imitar me complazco,
entre los ásperos cerros,
el ladrido de los perros
y el silbar del cazador.
Así la vida me paso
embebecida y contenta,
escuchando siempre atenta
cuanto suena en derredor,
y me halagan igualmente,
de la noche entre el misterio,
de los monjes el salterio
y la gaita del pastor.
Así he vagado tranquila
desde una á otra montaña
de la deliciosa España
por el suelo encantador;
hasta que el aire aromado
de su fructífera tierra
llenó El Genio de la Guerra
con su salvaje clamor.
De entonces fué mi destino,
cambiándose de repente,
volver incesantemente
el redoble del tambor,
y el gemir del moribundo,
y el crujir de la batalla,
y el silbar de la metralla,
y el clarín del vencedor.
Poco á poco el estampido
de los cóncavos cañones
que hundían los murallones
con temeroso fragor,
ensordeció á mis hermanas,
que con tan ciega fortuna,
en sus grutas una á una
espiraron de temor.
Yo sola quedé, y errante
busqué en las chozas asilo,
y bajo el hogar tranquilo
del sencillo labrador;
mas palmo á palmo la tierra
me hicieron perder huyendo,
mis guaridas invadiendo
en tropel devastador.
De Cataluña en los riscos
creí que me salvaría,
mas cercados los tenía
somatén atronador;
huí donde orla de rosas
Guadalquivir su ancha orilla;
mas, ay! también en Sevilla
combatían con furor.
Entonces tendí los ojos
por la sangrienta campiña,
y sólo aves de rapiña
sobre ella cernerse ví;
y hallándome sin un hueco
donde murmurar en calma,
llena de pesar el alma,
dejé el suelo en que nací.

EL GENIO DE LA PAZ

No queda, pues, un pedazo
de ese mísero terreno
de desolación ajeno?

ECO

Todas son lides allí.

LA BUENA FE

Qué tal? Y ese viejo estúpido
nos auguraba venturas!

EL GENIO DE LA PAZ

Todo el campo en sepulturas
se habrá tornado, ay de mí!

ECO

Ay de mí!

LA BUENA FE *(A El Tiempo.)*

Lo ves? Ya todo la guerra
lo atropella y lo trastorna;
y tú aquí con tanta sorna,
sin acudirnos te estás!
No decías que el remedio
tenías ahí en la mano?

EL TIEMPO

Espero el último grano.

LA BUENA FE

Que caerá tarde quizás!

EL TIEMPO

Caerá cuando tiempo sea.

LA BUENA FE

Pardiez! Y en tiempo oportuno.
Cuando no quede hombre alguno
de la ventura capaz.
(Ruido dentro y lejano.)

EL GENIO DE LA PAZ

Silencio. No oís...?

EL GENIO DE LA GUERRA

(Dentro.) Victoria!

ECO

(Como volviendo el sonido.)
Victoria!

LA BUENA FE

Á qué alzas tú el grito?

ECO

Es que cuanto oigo repito.

LA BUENA FE

Tu costumbre montaraz.

ECO

Tal es mi naturaleza;
mas el rumor se aproxima.
(La Paz, Eco y La Buena Fe escuchan con ansiedad, y muestran cada vez más pavor.)

LA BUENA FE

Ruega al cielo que reprima
lo sonoro de tu voz.

EL GENIO DE LA PAZ

Es El Genio de la Guerra!

LA BUENA FE

Es el averno que se abre! *(Con miedo.)*

EL GENIO DE LA PAZ

Fuerza es que tumba nos labre
en su victoria feroz.

EL GENIO DE LA GUERRA

(Dentro.) Victoria!

EL GENIO DE LA PAZ

El trance postrero
para nosotros llegó.

EL TIEMPO

(Volviendo al lecho.)
Yo aquí indiferente espero.

LA BUENA FE

Y yo tiemblo!

EL GENIO DE LA PAZ

Y yo.

ECO

Y yo.

(El Genio de la Paz, inclinando la cabeza sobre el pecho, manifiesta el más profundo abatimiento. La ninfa Eco se guarece de una gruta, nicho ú otra cualquiera abertura proyectada á la izquierda. La Buena Fe se acoge junto al lecho de El Tiempo.)

ESCENA VI

EL GENIO DE LA PAZ, EL TIEMPO, LA BUENA FE, ECO *oculta y* EL GENIO DE LA GUERRA *seguido de los otros Genios secuaces suyos.*

EL GENIO DE LA GUERRA

Así; que vuestros gritos de victoria
la cavidad de mi recinto atruenen,
y las hojas del árbol de mi gloria
á vuestra voz estremecidas suenen.
Tejedme de laurel doble corona,
cuya sacra verdura inmarcesible
hasta el rayo de Júpiter perdona,
prestándonos valor irresistible.
Lejos de aquí las de aromosos ramos
del arrayán de Venus, que cautiva
de amor el corazón; nunca ciñamos
encina verde ni jugosa oliva.
El laurel nada más, que es lo que toca
á quien con su valor domó la tierra;

laurel que arraiga en la escarpada roca,
al dintel del alcázar de la guerra.
Y tú, de serenatas y festines
Genio entre la molicie envilecido,
yace ahí, mientras tienen mis clarines
el aire de tu España ensordecido.
Yace mientras agita la discordia
su fiera población; llorando queda,
mientras caen tus olivas de concordia
de mi carro triunfal bajo la rueda.

ECO

Rueda.

EL GENIO DE LA GUERRA

Quién remeda mi voz bajo ese hueco?

ECO

Eco.

EL GENIO DE LA GUERRA

Esa audacia, por Hércules! me admira.

ECO

Mira.

EL GENIO DE LA GUERRA

Arrastrad á mis plantas á quien sea.

ECO

Sea.

(Los Genios sacan á la ninfa Eco.)

EL GENIO DE LA GUERRA

Quién eres tú?

ECO

De hoy más soy tu cautiva.
El Eco soy de la infeliz España,
á quien traen tus combates fugitiva
de montaña en montaña.

EL GENIO DE LA GUERRA

Y quién te trajo aquí?

ECO

Mi pie extraviado.

EL GENIO DE LA GUERRA

Reconozco la mano del destino,
que me quiere dejar de tí vengado.
Yo por los campos con afán corría
de España; á lid sus pueblos convocaba,
y tan sólo mi voz se obedecía
en el círculo escaso en que sonaba.
Y eras tú quien mi voz entorpecía,
porque mi ronca voz te amedrentaba,
porque tu eco mi voz no repetía
y en tus mudas cavernas espiraba?
Pues bien; de tu traición y tu malicia
el vengarme á mi vez será justicia.
Atadla allí también con nudo recio,
y que mueran las dos.

LA BUENA FE

Son dos mujeres,
señor.

EL GENIO DE LA GUERRA

Otro extranjero? Y tú, quién eres?

LA BUENA FE

Yo... soy... La Buena Fe.

EL GENIO DE LA GUERRA

Por eso, necio,
perdón para los otros solicitas
cuando al par para tí lo necesitas,
pues que las tiende tu amistad la mano.

LA BUENA FE

Es cierto; yo jamás mentí villano.

EL GENIO DE LA GUERRA

Bien; pagaréis los tres al mismo precio.
Mueran sin compasión.

EL TIEMPO

Tente, tirano.

EL GENIO DE LA GUERRA

Fuera, estúpido viejo; aparta ahora,
y cuenta sus instantes postrimeros.

EL TIEMPO

Ni aun tu ira calma la mujer que llora?
Qué te harán esos pobres prisioneros?
Rendidos no los ves bajo tu planta?
Qué podrán estorbarte, si les dejas
con el dogal atado en la garganta?

EL GENIO DE LA GUERRA

Excusa, anciano, impertinentes quejas;
mis enemigos son, y si que vivan
dejo, y te imitan en tu porte ambiguo,
tal vez mañana libertad reciban,
y vuelvan otra vez al daño antiguo.

EL TIEMPO

Escucha, pues.

EL GENIO DE LA GUERRA

Aparta, nada escucho.

EL TIEMPO

Repara que es El Tiempo poderoso.

EL GENIO DE LA GUERRA

Quién más que yo?

EL TIEMPO

Quien, menos orgulloso,
blasona poco, pero alcanza mucho.

EL GENIO DE LA GUERRA

Inútil bravear. Yo sólo quiero
el orbe dominar, y á España toda
de mi parte tener, que al orbe entero
prefiero el germen de su sangre goda;
sí, este sol de La Paz es el postrero.

EL TIEMPO

Piénsalo bien, y al tiempo te acomoda.

EL GENIO DE LA GUERRA

Quiero ser solo, y morirá sin duda,
por más que El Tiempo á su socorro acuda.

EL TIEMPO

Mira que avanza de su triunfo el día.

EL GENIO DE LA GUERRA

Su triunfo á detener basta mi mano.

EL TIEMPO

Puede esa arena acelerar la mía.

EL GENIO DE LA GUERRA

No; caer debe hasta el postrero grano,
y quedan los de un año todavía.

EL TIEMPO

Tal vez no.

EL GENIO DE LA GUERRA

Me provocas?

EL TIEMPO

La cabeza
respeta de La Paz.

EL GENIO DE LA GUERRA

Ruegas en vano.

EL TIEMPO

No puedo con tan torpe villanía.
Ríndeme, vil, tu bárbara fiereza:
suprimo ese año en que tu rabia fía.
Mira: EL REINADO DE ISABEL EMPIEZA.
(El Tiempo vuelve su reloj de arena.)

ESCENA ÚLTIMA

(Cambia la decoración en deliciosos jardines en el alcázar de La Paz. El laurel á que ésta se halla atada, se cambia en una oliva, y abriéndose en el fondo un vistoso grupo de vapores, aparece el retrato de S. M. Doña Isabel II con cetro y corona.)

EL GENIO DE LA PAZ

Genio de sangre y lides nunca sacio,
dobla á mis plantas la cerviz altiva.

EL GENIO DE LA GUERRA

Qué es esto! Dónde estoy?

EL GENIO DE LA PAZ

En mi palacio.

EL GENIO DE LA GUERRA

Qué árbol es éste?

EL GENIO DE LA PAZ

De La Paz la oliva.

EL GENIO DE LA GUERRA

Cielos!

EL GENIO DE LA PAZ

Pasó de un punto en el espacio
á ser señora la que fué cautiva.

EL GENIO DE LA GUERRA

Y ese esplendor que tu palacio inunda?

EL GENIO DE LA PAZ

Es la sonrisa de Isabel Segunda.

EL TIEMPO

Es Isabel, quien tu furor confunde;
quien tu brazo rindió, jamás vencido;
quien las delicias de La Paz difunde
desde el augusto solio á que ha subido.
Esa es por quien mi mano un año hunde
en la lóbrega sima del olvido,
librando así de tu sangrienta saña
la dulce paz de la turbada España.

EL GENIO DE LA GUERRA

Sí; me rinde la luz de su semblante;
su tierna edad y su inocencia pura
esclavizan mi espíritu arrogante,
que esclavo es el valor de la hermosura.
Ruede á sus pies mi escudo rutilante,
caiga rota á sus pies mi lanza dura;
sépase al fin que en la española tierra
sabe ceder á la razón la guerra.

EL TIEMPO

Y yo el tiempo á los dos sabré marcar,
y entre los dos igual le partiré.
Yo sabré tu laurel inmarchitar,
yo tu oliva feraz fecundaré.
Yo sabré tu valor utilizar;
yo tus frutos doquier propagaré,
y ambos á dos unidos, su cerviz
podrá España elevar libre y feliz.
(La Paz y La Guerra se dan la mano.)

EL GENIO DE LA PAZ

Yo llenaré sus campos de verdor;
yo cubriré de naves su ancho mar;
yo inspiraré á los vicios noble horror;
yo haré la ciencia y el trabajo amar;
yo á la ley y á las artes daré honor;
yo haré la religión con fe mirar;
yo haré de España con el tiempo, en fin,
de gloria y de placer, templo y jardín.

EL GENIO DE LA GUERRA

Yo guardaré su campo al labrador;
yo haré sus leyes santas respetar;
yo daré á sus ejércitos valor;
yo les haré vencer en tierra y mar;
yo con mi escudo guardaré su honor;
yo haré el nombre español reverenciar;
y su rojo pendón llevaré, en fin,
de uno en otro recóndito confín.

A DON JACINTO DE SALAS Y QUIROGA

Es el poeta en su misión de hierro,
sobre el sucio pantano de la vida,
blanca flor que, del tallo desprendida,
arrastra por el suelo el huracán.
Un ángel que pecó en el firmamento,
y el Señor en su cólera le envía,
para arrostrar sobre la tierra impía
largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,
y una sublime inspiración su alma;
por eso el corazón de triste duelo
vestido está también.
Que por único alivio en su tormento
sólo le queda una canción inútil,
y una corona que le arranca el viento
de la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
poeta del dolor, bardo sombrío;
tú que á remotos climas has llevado
tu noble y melancólico cantar;
Como los pliegues de la parda niebla
errante cruza un ave misteriosa,
y de armonía con sus cantos puebla
la corrompida atmósfera al pasar.

Que tú á la vida naciste
como pacífico arrullo
de aislada tórtola triste;
como fuente abandonada
que levanta su murmullo
sobre la peña olvidada;
como el ósculo inocente
con que el maternal cariño
selló la tranquila frente
de su hijo más pequeño;
como el suspiro de un niño
al despertar de su sueño.

—

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra;
camina en paz, errante peregrino,
hasta leer el porvenir que encierra
el libro del destino
escrito para tí.
Hasta que espiren los revueltos días
que señaló en su mente Jehová,
y en tu destierro tu delito expías,
ay! porque escrito está
que has de salir de aquí.

—

De aquí, del hediondo suelo
donde te mandó el Señor
detener tu raudo vuelo,
para cantar tu dolor
sin que se oyera en el cielo.
Y bien pesó tu amargura
al traerte á esta mansión,
dando al hombre en su locura
una soñada ventura
que no está en tu corazón.
Que él no comprende el tormento
que tu espíritu combate,
ese amargo sentimiento
que tu noble orgullo abate,
nacido en tu pensamiento.

—«Hay una flor que embalsama
»el ambiente de la vida,
»y su fragancia perdida
»tan sólo no se derrama
»en tu alma dolorida.»—
Es un privilegio impío
mirar el placer ajeno
en su loco desvarío,
y en el corazón vacío
sentir acerbo veneno.
Y con ojo avaro, ardiente,
ver tanta mujer hermosa,
con esa tez transparente,
con esa tinta de rosa
sobre la tranquila frente.
Ver tanto feliz galán,
tanta enamorada bella,
que en plática amante van,
sin curarse *él* de su afán,
sin adivinarle *ella*.
Y el poeta en su misión
apurando su tormento!
Sin alivio el corazón,
sin más que una maldición
escrita en el pensamiento!
De su sentencia mortal
con un día y otro día
llenando el cupo fatal,
cual lámpara funeral
iluminando una orgía.

Á .....

Déjame oir tu misterioso canto,
alegre voz de tus ensueños de oro,
solo y perdido peregrino, en tanto
mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,
y es justo que le cantes y le adores;
puro y tranquilo resbaló tu día;
tu sien de niño coronó de flores.

Para tí son la risa y los festines,
la tierra para tí tiene placeres,
la tierra para tí tiene jardines,
y para tí son bellas las mujeres.

Y tiene luz el cielo transparente,
color azul y lánguidas estrellas,
y ese fanal que alumbra tristemente,
cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
quema y devora cuanto en torno nace;
arroyo que, al caer de la cascada,
en cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega el torrente á la llanura,
y arranca frutos, árboles y flores,
y al campo roba gala y hermosura,
arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
vine á surcar las hondas de la vida,
con el alma penada y fatigosa,
con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
y un nombre pido en agonía vana;
mentida luz que de verdad blasona,
pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
hecha de fuego mi alma,
sin un momento de calma
en las horas que viví.

.....

.....

Por qué en el lánguido aliento
de una mujer que suspira,
sólo el poeta respira
su amargura y su tormento?
Ay! De qué le sirve al triste
la fogosa inspiración,
si es de tierra el corazón
y su voluntad resiste?
En los góticos salones,
en las pintorescas ruinas,
canta con notas divinas
sus misteriosas canciones.
Y cree sus fábulas bellas,
y en su entusiasmo violento,
su espíritu va en el viento
por cima de las estrellas.
En la tierra... pasa el hombre
y ve su miseria en calma.
Ay, no comprende su alma
y no demanda su nombre!
Que es el poeta un bajel
que, de riquezas cargado,
surca el mar alborotado
para naufragar en él.
Mas yo ví el tronco mortal
de avaro conquistador
al amarillo fulgor
de lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,
era de mármol su frente,
doblada lánguidamente
sobre su desnudo pecho.
De mármol la mano fría
que el hierro no sujetaba;
su espalda le sustentaba:
si érase un hombre, dormía.
Ví un rey, que el trono perdió
porque al vasallo le plugo,
caminar junto al verdugo
que el cadalso levantó.
Ví una hermosa que arrastraban
sobre féretro asqueroso,
y con cántico medroso
sacerdotes la rezaban.
Ví ricos y potentados
en sus inmundos placeres,
entre orgías y mujeres,
de sus hijos olvidados.
«Vivamos hoy», se decían
en el lúbrico festín;
y otros, con ayes sin fin,
el sustento les pedían.
Y unos cayeron beodos,
y otros de hambre cayeron,
y todos se maldijeron,
que eran infelices todos.
Y en marmóreo pedestal
ví la sombra del poeta,
á quien el tiempo respeta
y el mundo llama inmortal.
Descansa sobre su lira,
y alza al cielo su cabeza,
fijos con noble fiereza
sus ojos en quien le mira.
Y al universo da leyes,
orgulloso triunfador,
intérprete del Señor
sobre la ley de los reyes.

. . . . . .

. . . . . .

Oye, sublime cantor;
si es fuerza que al fin sucumba;
si al fin bajo á innoble tumba
á dormir con mi dolor;
Si al fin con el viento vago
mis versos se perderán,
cual fuentes que á morir van
al cieno de hediondo lago,
Cuenta al mundo mi amargura,
cuéntale mi suerte impía:
que sepa al menos que un día
quise volar á la altura.
Y borra, borra mi nombre
si le han grabado en mi losa;
que no le insulte orgullosa
la imbécil planta de un hombre.

—

Sólo una flor amarilla,
que el cierzo marchitará,
entre el césped brotará
de mi sepulcro en la orilla.
Pobre flor! Por qué naciste
sobre una tumba desierta?
No temes la noche yerta,
tan solitaria y tan triste?
Pobre flor! Á qué temprana
diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
pero morirás mañana.
Ay, pobre flor amarilla!
Á qué tan presto brotar
si el cierzo te ha de agostar
de mi sepulcro en la orilla?

ORIENTAL

Corriendo van por la vega,
á las puertas de Granada,
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad,
parando su yegua blanca,
le dijo éste á una mujer
que entre sus brazos lloraba:
—Enjuga el llanto, cristiana,
no me atormentes así;
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para tí.
Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores.
Y en la venta del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
extiendo mi señorío:
ni en Córdoba ni en Sevilla
hay un parque como el mío.
Allí la altiva palmera
y el encendido granado,
junto á la frondosa higuera,
cubren el valle y collado.
Allí el robusto nogal,
allí el nópalo amarillo,
allí el sombrío moral,
crecen al pie del castillo.
Y olmos tengo en mi alameda
que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
tengo pájaros que cantan.
Y tú mi sultana eres;
que, desiertos mis salones,
está mi harem sin mujeres,
mis oídos sin canciones.
Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales;
de Grecia te traeré velos,
y de Cachemira chales.
Y te daré blancas plumas
para que adornes tu frente,
más blancas que las espumas
de nuestros mares de Oriente;
Y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello,
para los labios... amor!
—Qué me valen tus riquezas—
respondióle la cristiana—
si me quitas á mi padre,
mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
á mi padre y á mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada.—
Escuchóla en paz el moro,
y, manoseando su barba,
dijo, como quien medita,
en la mejilla un lágrima:

—Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son más bellas tus flores,
por ser tuyas, en León;
Y tú diste tus amores
á alguno de tus guerreros,
hurí del Edén, no llores;
vete con tus caballeros.—
Y dándola su caballo
y la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espalda.

SOFRONIA

TRAGEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES	ACTORES
Sofronia.....	Doña Bárbara Lamadrid.
El Emperador Majencio.	D. Antonio Pizarroso.
Publio, *Prefecto de Roma*.....	D. Carlos Latorre.
Silano, *esclavo del Emperador*.....	D. Francisco Lumbreras.
Siro, *esclavo de Publio (que no habla).*	

Roma, año de 310 de Jesucristo

A Luis Pizarro

Conde de las Navas

en prueba de amistad y cordial aprecio
dedica este trabajo su buen amigo

José Zorrilla.

Madrid 8 de Febrero de 1843.

NOTAS DEL AUTOR

Hablando del Emperador Majencio, dice el magnífico caballero D. Pedro Mejía en su *Historia Imperial y Cesárea:*

«Porque él era cruel matador y perseguidor de la gente noble y principal »de Roma, vicioso, lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo, »perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos ti»rano, etc.»

Lorenzo Echard, en su *Historia de Roma desde su fundación hasta la traslación del imperio por Constantino,* dice, hablando del mismo Emperador Majencio:

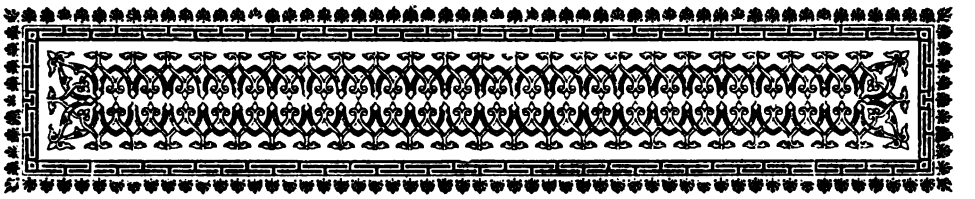
«Robaba las mujeres de los Senadores y de los primeros caballeros de Roma, »y después de haberlas gozado, las volvía á enviar á sus maridos. Habiendo »querido usar de la misma violencia con Sofronia, mujer del Prefecto de »Roma, la cual era cristiana, pidió aquella mujer unos momentos para ador»narse, y encerrándose en su cuarto, se mató: acción animosa por cierto, mas »reprensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. Majencio permi»tía á sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba, en vez de »exhortarlos á observar una exacta disciplina, les decía que se alegrasen y »no se privaran de nada que apeteciesen. Saqueaba los templos; mataba á los »ricos para tomar sus bienes; oprimía al pueblo con impuestos, y, en fin, re»dujo la ciudad de Roma á tal miseria, que faltaban en ella las cosas más »necesarias, porque el Emperador lo disipaba todo con sus desórdenes y pro»digalidad.»

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia; ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del Emperador, me he atenido estrictamente á la historia, como creo que está á la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteración, por motivos que expondré.

Publio era (según las historias) un hombre débil, que tembló delante del Emperador y casi consintió en su liviandad; Sofronia era cristiana, y se suicidó; acción criminal según nuestra fe, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara; era, pues, necesario al interés trágico borrar esta

mancha del carácter de la protagonista, para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasión, é hice, por tanto, de Sofronia una mártir, y del amor de su marido, su verdugo. Con lo cual, si no he dado gusto á los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial, que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la acción á un solo acto, por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir á los espectadores con eternos diálogos, que no están dispuestos á escuchar en nuestros actuales teatros. Y, finalmente, he escrito mi tragedia en versos aconsonantados y no en romance endecasílabo, por tres razones: La primera, porque todo un acto en un mismo asonante es más monótono é insufrible que el ruido de los mazos de un batán. La segunda, porque siendo tan fácil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo á cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera, por mi propia voluntad y capricho, que es la que más me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.



SOFRONIA

ACTO ÚNICO

Pórtico interior en el piso bajo del palacio del Emperador Majencio, que da paso á las habitaciones de Publio, Prefecto de Roma, y á los jardines. Puerta á la derecha, que da al interior del palacio. Puerta á la izquierda, que da á los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo una balaustrada de piedra, por cuyo centro se sale á los jardines del Emperador, que se extienden detrás de ella, iluminados por la luna, decorados con estátuas, fuentes, arcos, jarrones, etc., etc. A lo lejos, y cerrando el cuadro, la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecerá SOFRONIA *asomada á la balaustrada y mirando á los jardines con atención;* SILANO *aparece al quinto verso por el fondo.*

SOFRONIA

Vuelve; no hay medio ya; todo es inútil.
Acaben de una vez vanas excusas,
y repela sus bárbaros antojos
de la noble virtud la fuerza ruda.
Quiere guerra? La habrá desesperada.
Yo caeré acaso en tan horrenda lucha;
mas no me da pavor, yo la provoco;
muerta caeré, pero rendida nunca.

ESCENA II

SOFRONIA *y* SILANO

SOFRONIA

Pronto vuelves.

SILANO

Da pronto y fácil paso
puerta en esa ala del palacio oculta.

SOFRONIA

Qué dice tu señor?

SILANO

(Dándole una carta ó papiro.)
Lee lo que dice.

SOFRONIA

(Después de leer.)
Por fuerza ó voluntad he de ser suya?

SILANO

Él mismo quiere de tu misma boca
tu asentimiento oir ó tu repulsa,
y á tí vendrá dentro de poco; piénsalo;
su voluntad con tu interés consulta;
pero, si aprecias un consejo, cede.

SOFRONIA

Quién tu opinión, esclavo, te pregunta?
Silencio, y agradece si á sus plantas
con lengua vuelves en la boca inmunda.

SILANO

Esa respuesta le daré?

SOFRONIA

La misma.

SILANO

Es el Emperador.

SOFRONIA

Lo pongo en duda?

SILANO

Vas su furia á excitar.

SOFRONIA

Despeja, esclavo;
yo desprecio su amor como su furia.

SILANO

Dueño es de sus vasallos absoluto.

SOFRONIA

No llega su poder más que á la tumba.

SILANO

Te la abre ante los pies tu resistencia.

SOFRONIA

Sabré en ella caer libre de culpa.

SILANO

Eso dices?

SOFRONIA

No más.

SILANO

Quieran los dioses
valerte.

SOFRONIA

Ve.

SILANO

Tu esclavo te saluda.

ESCENA III

SOFRONIA

Primero de una vez el pecho mío
desgarren sus verdugos, y una á una
las gotas de mi sangre derramadas
el alma arranquen de la carne impura.
No me conoce aún si espera, necio,
que á sus halagos mi virtud sucumba,
ni el imperio, que se huye de sus manos,
compre mi corazón, ni le seduzca.
Si las damas romanas hoy olvidan
la alta nobleza que su sangre ilustra,
y de su Emperador se hacen esclavas
ofreciéndole, viles, su hermosura,
que alguna queda de su antigua raza
verán al menos, para mengua suya;
y alguna queda que por alto ejemplo
sin vida caiga, mas sin honra nunca.
Mas Publio.

ESCENA IV

SOFRONIA *y* PUBLIO

PUBLIO

Aún aquí tú, Sofronia mía!
Mas, qué pesar te asalta? Ese encendido
color del rostro... de tu mano fría
el temblor...

SOFRONIA

Tu ilusión!

PUBLIO

No, yo he sentido
minar mi corazón lenta y traidora

una sospecha ruin, y harto ha que veo
que tu pecho secretos atesora
que en vano espío y comprender deseo.

SOFRONIA

Publio, y has visto bien; honda tristeza
me prensa el corazón.

PUBLIO

Quién, dulce amiga,
te la pudo causar?

SOFRONIA

Esta grandeza,
este fausto de Roma me fatiga.
Ansío soledad, reposo anhelo;
pluguiérame un lugar de aquí lejano
donde más puro se gozara el cielo,
más libre el aire, y el placer más llano.
Será un capricho mujeril si quieres,
mas á mí que te adoro, esposo mío,
tú me bastas, y el lujo y los placeres,
de contento en lugar, me dan hastío.
Si tú me amas así, la pompa deja
de esta corte imperial, y los honores;
de esta continua bacanal me aleja,
donde parecen mal castos amores.
Salgamos de esta Roma corrompida,
y uno para otro amor, mutuo consuelo
dulce llevemos y envidiable vida
en más tranquilo y retirado suelo.

PUBLIO

No sé, Sofronia mía, qué adivino
de siniestro y fatal en tus palabras:
me extraña ese capricho repentino;
todo tu corazón fuerza es que me abras.
Qué temes, dí? Qué dudas? Qué recelas?
Qué secreta razón ó qué manía
á Roma te hace odiar? Por qué me velas
tu recóndito mal, Sofronia mía?

SOFRONIA

Siempre, Publio, te amé.

PUBLIO

Lo sé.

SOFRONIA

Por eso
constante siempre, y respetada esposa,
guardar supe tu honor puro é ileso
enmedio de esta Roma escandalosa.
Nunca temí que el viento corrompido
que en su recinto infame se respira,
llegara á un corazón bien defendido;
mas esta débil esperanza espira.

PUBLIO

Sofronia, si hasta á tí llegar osado
pudo algún miserable libertino,
muy mal con su razón lo ha consultado.
Nómbrale.

SOFRONIA

Es más fatal nuestro destino,
Publio. El suelo de Roma es una sima
que si con pronta fuga no evitamos,
nos sorberá por fin: mi aviso estima,
y cree á mi corazón; Publio, partamos.

PUBLIO

Todo un glorioso porvenir es fuerza
que abandonemos? Mi fortuna crece;
nada hay que mi favor derroque ó tuerza,
porque el Emperador me favorece.
Mío es su imperio; la pesada carga
del gobierno en mis hombros deposita,
y á mucho acaso mi ambición se alarga,
mucho Roma tal vez me necesita.
Te confieso, en verdad, que algunas veces
la licencia imperial me escandaliza;
mas hombre soy, y mi ambición atiza
el quererte ofrecer cuanto mereces.

SOFRONIA

No pienses, Publio, en mí; yo nada quiero;
tú eres mi único bien; mas odio á Roma,
y de ella pronto que me alejes quiero.

PUBLIO

Sofronia, ahora dejarla es imposible.
Mi cargo renunciar cuando á sus puertas

se acerca con ejército terrible
Constantino? Sospechas daré ciertas
de traición á Majencio, y será acaso
mi sentencia de muerte mi renuncia.

SOFRONIA

Nuestra vida se encierra en frágil vaso,
Publio, y cercana tempestad se anuncia.
Esta ciudad de crimen, que se aduerme
arrullando el placer de sus señores,
tal vez anhela en su reposo inerme
otra estirpe mejor de emperadores.

PUBLIO

Sofronia!

SOFRONIA

Sí; la sangre y la vergüenza
el manto son en que se envuelve Roma;
qué mucho, pues, que Constantino venza
á quien el yugo de la infamia doma?
Qué hace tu Emperador? Pisa y viola
cuantas leyes al pueblo dan amparo;
su imperio airado, y sin razón, asola,
y celebra sus vicios con descaro.
Contribuciones sin poder impuestas
en festines opíparos destruye;
embriaga al vulgo con inmundas fiestas,
y las damas romanas prostituye.
Despierta, Publio; nada está seguro:
un capricho imperial lo puede todo,
y penetra el recinto más obscuro
su malicia infernal de cualquier modo.

PUBLIO

Basta, Sofronia, basta; te comprendo.

SOFRONIA

Mira. *(Dándole la carta del Emperador.)*

PUBLIO

Y así me pagas mis servicios!
Y mientras yo tu imperio te defiendo,
víctima soy de tus horrendos vicios!
Claro lo veo al fin: tanta privanza,
tanto imperial favor, tanta ventura
mi fe y mi lealtad no me la alcanza!
Es el precio no más de su hermosura!
Basta, tirano; tu vileza entiendo.

SOFRONIA

Salgamos, pues, de Roma.

PUBLIO

Sí, salgamos;
mas en las sombras de la noche, huyendo,
antes que en su poder ambos caigamos.
Tengo, oh Sofronia mía, felizmente
regio poder, y una orden de mi mano
nos franqueará las puertas libremente,
y el furor burlaremos del tirano.
Oh, bien mi corazón me lo decía!
No en vano fermentaban mis recelos.
Tienes razón, huyamos, alma mía,
y ampareñ píos nuestro amor los cielos.

SOFRONIA

Publio, y que pronto sea, porque acaso
ya la astuta serpiente se introduce
bajo el lecho nupcial, y un solo paso
á la infamia ó la muerte nos conduce.

PUBLIO

Tienes valor?

SOFRONIA

Sí, Publio, para todo;
todo lo renuncié por amor tuyo,
y á cuanto me ordenares me acomodo:
«Quédate», y permanezco; «húyele», y huyo.

PUBLIO

Pues apréstate á huir; oro recoge
que nos compre otra vida en otra tierra,
y que halle el gavilán, cuando se arroje,
que ya la red al colorín no encierra.

ESCENA V

PUBLIO *solo*

Inútil fué mi esfuerzo: inútil, vano
mi afán en ocultarla de sus ojos;
todo lo mina su poder tirano,
y no tienen ya freno sus antojos.

Único amigo en quien fiar podía,
sólo leal que por su bien velaba,
cuanto me honraba más, más me vendía,
y en contra de mi honor más conspiraba.
Siga su suerte, pues; sígala solo:
no en él la sed de sangre se despierte,
y al fin concluyan el amor y el dolo
en vil sentencia de venganza y muerte.
Siro.

ESCENA VI

PUBLIO Y SIRO *esclavo*

Su curso al concluir la luna,
debajo de los pórticos de Vesta,
sin que lleguen á dar sospecha alguna,
tres caballos veloces nos apresta.
Si nos sacas de Roma, serás libre;
mis jardines te doy de Lucretila,
y al otro lado en viéndonos del Tibre,
cuantos caballos deje en pos, mutila.
Parte.

ESCENA VII

PUBLIO

Adiós para siempre, áureo palacio,
morada de los Césares augusta,
alcázar imperial, de cuyo espacio
se aleja la virtud triste y adusta.
Yo riqueza y poder, gloria, esperanza
renuncio sin pesar; y noblemente,
sin intentar sacrílega venganza,
delante del honor doblo la frente.
Eres mi Emperador; yo no repelo
tu ley augusta; mas si torpe mano
pones en nuestro honor, huyo al tirano,
y juzgue de ambos la razón el cielo.
(El Emperador Majencio se acerca por el fondo de los jardines.)
Mas él se acerca; rondador taimado
del ajeno tesoro, astuto emboza
con velo de amistad, el preparado
dardo traidor que en aprestar se goza.

ESCENA VIII

EL EMPERADOR *y* PUBLIO

EMPERADOR

Publio.

PUBLIO

Salud, Emperador Augusto.
Tan excelso favor mi orgullo colma.
Vos mismo descender á mi morada!

EMPERADOR

Sin duda, Publio, que descienda importa.
Graves cuidados sin cesar me abruman;
graves temores sin cesar me acosan,
y echar sobre tus hombros necesito
este peso molesto que me enoja.

PUBLIO

Mandad, señor.

EMPERADOR

Qué, Publio, me valiera
del grande imperio la soberbia pompa,
si yo mismo tuviera que ocuparme
en cuidar de mi imperio y mi corona?
Las dignidades vuestras, si eso hiciere,
inútiles al fin me fueran todas;
y en lugar del señor, fuera el esclavo
quien el sacro laurel ceñirse logra.
Yo lo entiendo mejor; lidien mis Césares,
defiendan mis Pretores las remotas
fronteras del imperio; mas, en tanto,
dulce tranquilidad disfrute Roma.
De las fiestas de Flora y Baco quiero
renovar las antiguas ceremonias;
quiero que el vulgo se divierta y goce,
y el árbol del placer nos preste sombra.
Francos los almacenes imperiales
para el pueblo romano desde ahora;
de Italia y Grecia los antiguos vinos
para la alegre muchedumbre corran.
Salgan audaces las Bacantes; salgan
de sus templos las vírgenes hermosas,
y dancen en las fiestas Lupercales
las esclavas á par con las matronas.
Mi imperio es de deleites y de dichas;
el tiempo es breve, y la existencia corta;

quiero que el pueblo, por placeres sólo,
cuente no más de mi reinar las horas.

PUBLIO

Señor, estando en rebelión doquiera
las provincias lejanas...

EMPERADOR

Me acongoja
que me hablen de provincias y de pueblos
que se rebelan! Publio, qué me importa
que vayan mis provincias á otras manos,
de las mías pasando unas tras otras?
Capaz de mil imperios es la tierra;
lógrelos, pues, quien más los ambiciona.
Cámbiese al fin cada provincia en uno,
como el imperio mío sea Roma.
Me canso de escuchar reconvenciones,
Prefecto; mi paciencia se desborda,
y hacer un escarmiento determino,
que muestre mi justicia vengadora.

PUBLIO

Hablad.

EMPERADOR

Sabes que en Roma hay una raza
que de severa rectitud blasona,
y que á todo se atreve y falta á todo,
culpando á nuestra edad de impía y loca.

PUBLIO

Los cristianos, señor.

EMPERADOR

Sí, los cristianos,
que inculcan su creencia mentirosa
en las pueriles almas de los crédulos,
y al cielo ofenden y á la ley provocan;
ante las mismas puertas del palacio,
con extraña osadía escandalosa,
han fijado pasquines esta noche,
muerte á mi estirpe amenazando pronta.
Bárbaro llaman al romano pueblo,
y de sus dioses de metal se mofan,
y con el signo de la cruz infame
sus pasquines sacrílegos coronan.
Pues bien; quiero mostrarles lo que puede
mi raza noble aún, á extinguirse próxima;
quiero que sacrifiquen ó que mueran;
perjuros han de ser, ó muertos. Toma,
(Dale pliegos.)
Publio; á cumplir disponte mis decretos;
de ellos no ha de quedar rastro ni sombra;
ocho veces han sido exterminados,
en mi reinado, pues, será la nona.
Sus cabezas pondré por los caminos;
con sus pieles haré curtir alfombras,
y expondré sus mujeres en los circos,
por diversión y escándalo de Roma.

PUBLIO

Mirad...

EMPERADOR

No miro nada; al punto, Publio,
mi voluntad publica; todos oigan
su dicha ó su sentencia, y que comiencen
su exterminio y mis fiestas con la aurora.

PUBLIO

Señor...

EMPERADOR

Silencio; sin cumplir mis órdenes,
ay de tu vida si á palacio tornas!

PUBLIO

(Aparte.)
Tirano astuto, tu intención comprendo;
lejos me quieres; mis estancias solas
porque el triunfo más fácil te figuras;
mas... ay de entrambos si mi saña enconas!

ESCENA IX

EL EMPERADOR *y* SILANO

EMPERADOR

Silano. *(Sale Silano.)*
A ese hombre por doquier se espíe;
lleva en su corazón sospecha sorda,
y de todo es capaz su ánimo osado,
á impulso de los celos que le ahogan.

SILANO

Bien espiado está; ni una palabra,

ni una acción, ni la idea más recóndita
se escapará á los linces que le cercan.

EMPERADOR

Intentará tal vez...

SILANO

Su esclavo ahora
dispone sus caballos más veloces,
y á favor de la noche protectora,
partiendo de los pórticos de Vesta,
saldrán de la ciudad él y Sofronia.

EMPERADOR

Es, pues, Silano, el disimulo inútil?
Inútil mi templanza generosa?
Fuerza será que de una vez anuncie
mi imperial voluntad?

SILANO

Su misma boca
le reveló el secreto, y ella misma
le entregó vuestra carta; nada ignora.

EMPERADOR

Tórnese, pues, en ley este capricho;
todas las vallas de mi amor se rompan,
y aprendan de una vez que á los esclavos
sólo postrarse ante el señor les toca.
De ese Publio me cansa la justicia;
su rectitud estúpida me enoja,
y no quiero escucharle los consejos [ba.
con que el placer me amengua ó me le estor-
Juez le nombro de hoy más de los cristianos;
Procónsul va de mis provincias todas
á exterminar en todas á esa raza
que de un suplicio vil el signo adora.
Así le mantendré de Roma lejos,
y de mí mismo así gozaré en Roma.
Mis antojos son ley; todos la acaten:
derecho es éste que mi sangre goza.
Cuida de que se cumplan mis mandatos;
que arda mi imperio en fiestas ostentosas,
y esa fiera beldad aquí condúceme,
Silano, y estas salas abandona.

SILANO

Halagadla, señor, que es muy altiva,
y á los amagos su cerviz no dobla.

EMPERADOR

La amo como jamás amé á ninguna;
pero si nada mi cariño logra,
soy el Emperador, y á fuerza ó ruego,
todo ante el sacro Emperador se postra.

ESCENA X

EL EMPERADOR

Lejos de mí la máscara; parezca
tal cual es la pasión que me devora,
y caiga de una vez en poder mío
de esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI

EL EMPERADOR *y* SOFRONIA

(Silano, que la conduce, se aleja por el fondo, dejándola en escena.)

EMPERADOR

(Héla aquí; su beldad admiro mudo.)
Salve, oh Sofronia!

SOFRONIA

Augusto, yo os saludo.

EMPERADOR

Deja, deja la grave ceremonia
y humilde tono para el vulgo rudo.
Tu esclavo soy no más; manda, oh Sofronia!

SOFRONIA

Excusadme, señor, frases molestas
de galanteos para mí perdidos,
que ni en mis labios hallarán respuestas,
ni hallarán atención en mis oídos.

EMPERADOR

Ya sé que mis ofertas rehusando,
mis amorosas cartas no leiste;
y ya sé que mi enojo despreciando,
á mi esclavo, tenaz, «Nunca» dijiste.
Mas tu obstinada resistencia entiendo;
conoces lo que vale tu hermosura,
y á mis ojos la estás encareciendo:

bien haces, oh celeste criatura!
Mas baste ya de tu rigor injusto;
bañe tu faz, bellísima sirena,
en vez del ceño que la entolda adusto,
sonrisa de placer dulce y serena.
De qué te sirve, oh ninfa encantadora,
tu ardiente corazón y tu hermosura,
si te se va la vida hora tras hora
en calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
mi poder y mi amor; deja que al cabo
el tuyo, hermosa, á mi pasión se rinda;
déjame que á tus pies espire esclavo.

SOFRONIA

Señor, mi corazón mentir no sabe:
no os amó nunca, y vuestro impuro halago
imposible ha de ser que de él recabe
un solo impulso del amor más vago.
Vos lo véis; encerrada eternamente,
de mi cámara oculta en el retiro,
se desliza mi vida dulcemente,
sin que el placer de esta ciudad demente
me arranque al corazón sólo un suspiro.
Noble, rica, envidiada y bien querida,
podría yo llevar si me pluguiera,
inquieta, alegre y disipada vida,
como vos la lleváis y Roma entera,
y así, dejando vuestra ley cumplida,
á tachármela nadie se atreviera;
mas yo sé bien lo que á mi honor le debo,
y vida tal porque me importa llevo.

EMPERADOR

La llevas, pobre tórtola enjaulada,
la llevas, porque nunca has sospechado
que tras los muros de que estás cercada
otra vida hay mejor que no has gozado.
Sabes tal vez cuán plácidas las horas
se van fuera de este ámbito sombrío?
Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
cuánto en delicias hierve encantadoras
esa ancha Roma del imperio mío?
Un imperio de dicha y bienandanza
donde el único fin es la ventura;
un imperio de amor donde no lanza
su rayo el duelo, y á el pesar no alcanza,
y donde reina libre la hermosura.
Pues bien; del universo soberano
no hay nada que á mi antojo se resista;
ese imperio feliz está en mi mano,
yo le pongo á tus pies, es tu conquista.

SOFRONIA

Apartáos, señor; ved que me ofende
de vuestra loca audacia la grandeza;
si la hermosura ó el amor se vende,
no se ha vendido nunca la nobleza.

EMPERADOR

Óyeme, y ve la asoladora llama
que tú en mi corazón has encendido;
fuego que más tu resistencia inflama
y á odiar me arrastra cuanto tú no has sido.
Una sola mujer no hubo en mi imperio
á quien yo no llamara esclava mía;
nunca embozó mi amor vano misterio,
y mandaba mi amor, no se rendía.
Mas no así al tuyo el corazón se atreve,
que cuanto te ama más, más se recela,
y más conoce que arrastrarse debe
ante los sacros pies del bien que anhela.
Rendido está; mas tiéndele una mano,
y tu planta en pos dél tiende á mi trono.
Reina; y si sirve de mi fe en abono,
ó halaga tu capricho soberano,
mándalo, y á tu voz polvo liviano
será esa Roma que excitó tu encono;
el orbe entero se hundirá conmigo
si una sonrisa de tu amor consigo.

SOFRONIA

Basta, señor, que me afrentáis.

EMPERADOR

Sofronia!

SOFRONIA

Ya sé que vuestro imperio abominable
avergüenza á la misma Babilonia
por vuestro ejemplo torpe y execrable.
Ya sé que en Roma, sin pudor ni freno,
no hay más Dios que el placer, más ley que el [gusto;

cuanto os halaga á vos se da por bueno;
cuanto lleva al placer se da por justo.
Ya sé que al pueblo mantenéis esclavo
con la embriaguez del vino y la licencia,
sin que haya un corazón que sepa bravo
acotar vuestra bárbara impudencia;
sé que fiestas infames se instituyen;
leyes que la hermosura os esclavizan
y á las nobles matronas prostituyen,
y los vicios y el crimen divinizan.
Mas no llega hasta mí su aliento impuro;
en mí se estrella vuestra ley tirana,
que aquí en mi pecho, tras de doble muro,
entera vive la virtud romana.
Á mis plantas ponéis vuestra corona,
Emperador Augusto? Yo la piso;
sepa Roma que aun guarda una matrona
que la tuvo á sus pies y no la quiso.

EMPERADOR

En fiera saña tu soberbia loca
encendiera mi pecho, si pudieran
palabras que han salido de tu boca
producir más que amor. En mí no alteran
el que yo te consagro, que esta llama
que un ánima vulgar sofocaría,
con tu frío desdén crece en la mía;
viento es tu voz que su volcán inflama.
Yo te adoro, Sofronia; mas escucha,
que aunque este amor no atajarán tus bríos,
de él me cercenan indulgencia mucha,
y van al fin á despertar los míos.
Mi capricho es mi ley; de hierro ó de oro
bajo mi cetro estás; de ambos elige.

SOFRONIA

Estoy en vuestras manos, no lo ignoro;
mas prefiero la muerte, ya os lo dije.

EMPERADOR

Muerte! Veamos, pues; fe ni ternura
no bastan á rendirte á mis anhelos;
derroque, pues, la fuerza tu bravura;
todo ceda á mi amor.

SOFRONIA

Valedme, cielos!

(El Emperador se lanza hacia ella, que huye, y en tal punto aparece Silano por la derecha.)

ESCENA XII

EL EMPERADOR, SOFRONIA *y* SILANO

(Apresurado y de repente.)

SILANO

Señor...

EMPERADOR

Quién osa sin licencia mía
hasta aquí penetrar?

SILANO

Perdón, Augusto,
pero así mi deber lo requería.

EMPERADOR

Qué pasa, pues?

SILANO

De vuestro edicto justo,
al oir la sentencia los cristianos,
en tumultuosa sedición, rompieron
vuestras estatuas con airadas manos.

EMPERADOR

Y mis guardias, por Hércules! qué hicieron?

SILANO

Dieron, señor, sobre ellos; pero Roma
arde en nocturna lid, y este tumulto
por todas partes incremento toma.

EMPERADOR

Su sangre toda lavará este insulto.
Al punto salga, sin piedad, Silano,
numerosa cohorte pretoriana;
no quede de esa turba ni un villano.
Te sigo; y oye tú, fiera romana:
concluye para todos mi indulgencia;
mi imperial voluntad manda, no pide.
Publio parte de Roma, es su sentencia;
un día os doy, que de los dos decide.
Mas cómo ha de acabar pesa y entiende;
mañana mismo, al espirar el día,
si aun tu arrogancia resistir pretende,
él cadáver será, tú esclava mía.

SOFRONIA

Esclava tuya quien en Roma nace,
tirano usurpador!

EMPERADOR

Así me place;
de Baco y Flora en el alegre templo
tú la primera libación mañana
conmigo harás, y servirás de ejemplo
á la alegría y bacanal romana.
Salvas á Publio así, y eso te abona;
escoge, pues, la infamia ó la corona.

SOFRONIA

Antes morir mil veces, vil tirano.

EMPERADOR

Medítalo mejor; vamos, Silano.

ESCENA XIII

SOFRONIA

Se turba mi razón; convulsa, ardiente
al corazón la sangre se me agolpa,
y la altivez, la indignación y el miedo
mi fe extravían, mi valor agotan.
«Él cadáver será, tú esclava mía»,
dijo... Sentencia bárbara y diabólica,
que con la infamia de la esposa amante
la infame vida del esposo compra!
Publio! Mi bien...! Te salvaré vendiéndote?
Yo vida te he de dar á tanta costa?
Jamás. Llama, tirano, á tus verdugos;
nuestra sangre leal mezclada corra;
con indeleble mancha al derramarse,
salpicará tu rostro cada gota.
Muramos, sí... Mas, ay! sueño, deliro,
que antes del vulgo vil nos hará mofa!
Porque, qué de virtud ni gloria entiende
esta generación torpe é hipócrita,
ni esta ciudad envilecida y ebria,
con el placer de sus inmundas órgias?
Evohé! gritarán; nuevo espectáculo
será para ellos la virtud heróica,
y al tigre azuzarán con sus ahullidos
á consumar su crimen. Espantosa
perspectiva, mas cierta! Sí, lo veo;
esos romanos nobles que ambicionan
el poder, hechos perros de sus príncipes,
mañana en una fiesta escandalosa
le cercarán, y de su boca misma
escucharán mi desdichada historia;
y le dirán: «Tenéis razón, Augusto;
es vuestra esclava, vuestro amor la honra;
rendida caiga, y de escarmiento sirva...»
Y ébrio él, me hará llevar, y allí angustiosa
yo lloraré á sus plantas arrastrándome
del solio hollado en la manchada alfombra,
mientras cantan su triunfo y mi ignominia
al son alegre de las anchas copas.
Ese es el porvenir que me preparan;
sí, que á todo los Césares se arrojan;
todo su cetro lo atropella; todo
á su absoluta autoridad se postra,
y á par con ellos la embriaguez del crimen
en su vaso imperial apura Roma.
Miserable de mí! De fuerza ó grado
en sus brazos caeré, sin que me acorran,
porque en un pueblo que su honor olvida,
fe y virtud y valor están de sobra.
Caeré... y el triste Publio deshonrado,
blanco inocente de su injusta cólera,
errante, perseguido, esclavo, muerto...
Déjame, aparta, pesadilla odiosa!
Tentación infernal, huyeme, déjame,
que á vacilar mi fe siento muy próxima!
Para tan grande prueba, oh cielo santo!
virtud me distes en verdad muy poca,
pues aun vacila el corazón de tierra
y el alma imbécil su deber ignora.
(Pausa; transición repentina; completo trastorno de ideas.)
No cederé jamás; muerta primero.
Mas si él se salva, cederé gustosa;
la fe... el amor... su muerte... mi ignominia...
no puedo más... deliro; me acongoja
este tropel de ideas... Mi cerebro,
mi corazón, mis ojos... todo es sombra.
Paso, verdugos, paso! Publio, sálvate!
Ya estoy aquí... sacrificadme... sola.
(Cae desfallecida.)

ESCENA XIV

SOFRONIA *y* PUBLIO

PUBLIO

Llego al fin; allí está. Sofronia, esposa!
Pero, ay de mí! Qué es esto? Qué afrentosa
sospecha infunde en mí tanto silencio?
Sofronia!

SOFRONIA

Atrás, verdugos de Majencio,
atrás!

PUBLIO

Sueña tal vez. Sofronia!

SOFRONIA

Cielos!
Quién me nombra? Esa voz...

PUBLIO

Sofronia mía!

SOFRONIA

Publio!

PUBLIO

Yo soy.

SOFRONIA

Tú colmas mis anhelos,
cielo santo! Perdido te creía.

PUBLIO

Y perdidos los dos sin duda estamos.

SOFRONIA

No, pues unidos otra vez nos vemos,
y sin mancilla aun nos conservamos.

PUBLIO

Qué el César...?

SOFRONIA

Juntos ya no le tememos.
Mas pasa el tiempo, Publio; los instantes
preciosos son. Y Siro, el fiel esclavo?

PUBLIO

Siro? De entre sus labios espirantes
el ay postrero de escucharle acabo.

SOFRONIA

Cómo!

PUBLIO

Es un caso horrendo.

SOFRONIA

Habla.

PUBLIO

Escucha.
Hoy el Emperador con nuevo edicto
de Roma los cristianos ha proscripto.

SOFRONIA

Á los cristianos!

PUBLIO

Sí; mas gente mucha
cuenta esa raza que, aunque ayer nacida,
y ocho veces en Roma exterminada,
cada día se ve más extendida,
y germina doquier bajo la espada.

SOFRONIA

La mantiene su fe.

PUBLIO

Su fe me asombra.
Yo, sujeto al tiránico dominio,
iba con mis lictores en la sombra
pregonando su bárbaro exterminio.
Á par mío, el Prefecto pretoriano
pregonaba también de Baco y Flora
las fiestas. Inundó el pueblo romano
las calles y las plazas á deshora;
y la alegría en unos, la pavura
en otros, lo distinto de los cultos
en la turba produjo prematura
la delación, la lid y los tumultos.
El pueblo y los soldados se metieron
en repentina lucha; los romanos
sobre la raza condenada dieron,
y se cubrió la tierra de cristianos.

SOFRONIA

De su señor en contra se volvieron?

PUBLIO

No; libres y sin armas en las manos,
de indignación y miedo sin asomos,
dijeron á una voz: *Cristianos somos.*

SOFRONIA

Oh!

PUBLIO

Me espantó su heróica osadía!
Cerró el pueblo con ellos; bajó Augusto
con cuantas haces en palacio había.
Y yo, sólo por tí sintiendo susto,
sólo pensando en su pasión funesta,
entre el tumulto huí; corrí exhalado;
busqué á Siro en los pórticos de Vesta,
mas le hallé á puñaladas traspasado,
nuestra fuga á Majencio manifiesta,
y yo también á muerte condenado
supe que fuí con él. Sofronia mía,
huyamos, si aun es tiempo todavía.

SOFRONIA

Es tarde, Publio; la imperial sentencia
por doquier nos ataja; las salidas
tomadas nos tendrán; no hay resistencia.
Demos, oh Publio! al César nuestras vidas,
pues suyas son, y al cielo soberano,
ileso demos el honor romano.

PUBLIO

Nuestras vidas al César? Yo á la muerte
te he de entregar á tí, sin que el aliento
me falte defendiéndote? Yo verte
resignado caer? No. El firmamento
antes sobre mi frente se desplome!
Sígueme, pronto, ven; que no halle presa
el león imperial cuando se asome.
Partamos, pues.

SOFRONIA

De atormentarte cesa,
Publio infeliz, que su decreto ignoras.
Viendo él mismo que nada me rendía,
de nuestras vidas aplazó las horas.
«Mañana, dijo, al espirar el día,
si rendida á mi ley, mi ley no adoras,
él cadáver será, tú esclava mía.»

PUBLIO

Villano! Conque al fin desesperados
moriremos los dos ó deshonrados?

SOFRONIA

No, sino en calma, y como á nobles toca...

PUBLIO

Tienes razón, Sofronia, te comprendo.
Sálvenos este acero *(Su puñal)*, y su ira loca
muertos nos halle aquí.

SOFRONIA

Qué estás diciendo?

PUBLIO

Noblemente es morir...

SOFRONIA

Eso es nobleza?

PUBLIO

Me confundes, Sofronia; no te entiendo.
Cómo salvar si no nuestra cabeza?

SOFRONIA

No me has dicho que has visto á los cristia-
con su humildad burlar su impía saña [nos
entregándose inermes en sus manos?

PUBLIO

En su fe, esa humildad es una hazaña;
mas en la nuestra, quien su honor aprecia,
muere como Catón, como Lucrecia.

SOFRONIA

Publio, para burlar su ley tirana
no alcanza más tu corazón pagano?

PUBLIO

No. Qué poder atajará al tirano?

SOFRONIA

El poder de mi fe: *Yo soy cristiana.*

PUBLIO

Dioses, cristiana tú!

SOFRONIA

Mi madre lo era,
su fe es la mía; mas la fuerza adora
de esta fe de los flacos protectora,
que tu honra salva y mi virtud entera.

PUBLIO

Cristiana...! Oh nueva y doble desventura!
Por tu proscripta fe blanco de su ira,
codicia de su amor por tu hermosura,
el mundo entero contra tí conspira!

SOFRONIA

Mi fe del mundo entero me asegura.
Ve, Publio, de mi Dios la omnipotencia,
pues nos alienta su creencia santa
á ofrecer con tan noble indiferencia
al hierro y al dogal nuestra garganta.
Ve el poder de este Dios que á la inocencia
y á la debilidad da fuerza tanta,
que nos hace morir dando á la vida
deseada y alegre despedida.

PUBLIO

Que á los verdugos sin piedad te arroja,
que de los brazos de mi amor te arranca.
Injusto Dios, por quien de sangre roja
teñirse veo tu garganta blanca,
y á quien no impide mi mortal congoja,
ni el llanto que en mis párpados se estanca,
que cuanto en tí esperé no me destruya
sólo porque mi fe no es la fe tuya!

SOFRONIA

No, Publio; Dios, que nuestro amor ampara,
que guarda nuestro honor ileso y puro;
Dios, cuya gloria mi baldón repara;
Dios, que me arranca del tirano impuro;
Dios, que en pos de la muerte me prepara
reino más duradero y más seguro;
Dios, en quien busco en la aflicción asilo
con fe sincera y corazón tranquilo,
ese es mi Dios, oh Publio! no esa impía
creencia terrenal de oro y placeres
que de nada nos vale en este día.

PUBLIO

Grande es el Dios por quien tan grande muere,
muy grande es ese Dios, Sofronia mía,
que á los niños inspira y las mujeres
ese valor insigne que me espanta.

SOFRONIA

Publio, el cielo es alfombra de su planta.
No hay á sus ojos sombras ni misterios;
nada pueden contra Él nuestros tiranos;
su soplo pulveriza los imperios.
Publio, ese es Dios, el Dios de los cristianos.

PUBLIO

Pues bien, Sofronia; acato su grandeza,
su majestad conozco y fortaleza;
mas no querrá ese Dios, es imposible,
que quiera que te expongas vanamente
del tirano á la cólera terrible.
Ven; justo es que antes libertarte intente
por cuantos medios procurarme pueda,
ven; si á tu salvación no hallo camino,
el muro santo de tu fe te queda;
cumple, Sofronia mía, tu destino.

SOFRONIA

Pronto se cumplirá. Mira.
(Sofronia señala al fondo, hacia donde Publio se vuelve, retrocediendo espantado.)

ESCENA ÚLTIMA

*(*El Emperador *aparece, acercándose por el fondo de los jardines, precedido de los lictores, acompañado de* Silano, *y seguido de esclavos con hachones y soldados pretorianos que se colocan detrás de la balaustrada de piedra que divide el pórtico de los jardines, y repartidos en vistoso grupo.* El Emperador *viene con su vestidura imperial y con todas las insignias de su poder, y avanza solo hasta el primer término del escenario, quedando* Silano *en el fondo delante de la balaustrada.)*

PUBLIO

(Viéndole cuando Sofronia le señala.)
Majencio!

EMPERADOR *(Á Silano.)*

Hélos allí á los dos; razón tenías.

PUBLIO

Hénos, tigre feroz.

SOFRONIA

Publio, silencio;
no provoques audaz sus tiranías.

EMPERADOR

(Bajando ya á la escena.)
Tú entre tanto, Silano, en Roma entera
desploma sin piedad mi saña fiera.
Perezcan de una vez esos villanos;
honda sed de su sangre me devora.
Me provocan! Pues bien, desde la aurora
que expongan en el circo á los cristianos;
abra sus fiestas con su sangre Flora,
y espectáculo den á los romanos.
(Á Publio con ira.)
Aquí estás tú, Prefecto? Es éste acaso
el lugar que te dí?

SOFRONIA

Perdón, Augusto.

EMPERADOR

Para nadie le habrá; un solo paso
os resta nada más, cumplir mi gusto.
Rinde tu orgullo, ó al lucir el día,
víctimas de mi ley, justa ó tirana,
él cadáver será, tú esposa mía.

SOFRONIA

No, Emperador; tu misma tiranía
me arranca á tu poder. Yo soy cristiana.

EMPERADOR

Tú cristiana también?

PUBLIO

(A los pies del Emperador.)
Perdón, Augusto;
miente. No más porque tu amor rehusa,
del falso crimen de impiedad se acusa.
Miente, miente, señor.

SOFRONIA

Pavor ni susto
la muerte no me da; mi audacia excusa,
Publio; cristiana soy; que muera es justo.

PUBLIO

Por los años, señor, que os he servido
y lides que por vos he peleado,
su falsa acusación dad al olvido;
no es cristiana, señor; os ha engañado.
Vuestra es, señor, salvadla, y vuestra ira
cébese sólo en mí, no en su mentira.

EMPERADOR

Me atosiga la cólera.

SOFRONIA *(Al pueblo y soldados.)*

Romanos,
noble soy, y de Roma ciudadana;
no puedo esclava ser; mas soy cristiana,
y me cumple morir con mis hermanos.
Esa es la ley.

EL PUEBLO Y LOS SOLDADOS

Sí, sí, muera!

EMPERADOR

En buen hora,
muera; gusto os daré; mas oye cómo.
(Á Publio.)
Yo la expondré en mitad del hipodrómo,
y escarnio de la turba mofadora
su desnudez será; su vista impura
hozará su nobleza y su hermosura.

PUBLIO

Deshonor tan infame!

EMPERADOR

Sí; y tú atado
en medio de la arena bajo un yugo,
su vergüenza verás.

PUBLIO

Antes, malvado,
sea mi propio brazo su verdugo.
(La hiere con su puñal.)

EMPERADOR

Villano!

SOFRONIA

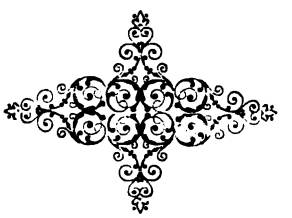
(Cayendo.) Publio, bien.
(Al Emperador.) Nada tu encono
puede ya contra mí; con honra muero.
(A Publio.)
Publio, recibe tú mi adiós postrero.
(Al Emperador, y haciendo el último esfuerzo.)
Augusto Emperador, *yo te perdono.*

EMPERADOR

Qué has hecho, miserable! Me horrorizas.
Quitádmele de aquí! Llevadle al fuego,
y esparcid por el viento sus cenizas.

PUBLIO

Yo me espanto también; llevadme luego.
Impulso fué del corazón pagano,
mas fué el impulso de su misma estrella
que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
quiero partir mi eternidad con ella.
Yo á las fieras también... *Yo soy cristiano.*



LA MEDITACIÓN

Sobre ignorada tumba solitaria,
á la luz amarilla de la tarde,
vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
por la mujer que amé.
Apoyada en el mármol la cabeza,
sobre la húmeda hierba la rodilla,
la parda flor que esmalta la maleza
humillo con mi pie.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,
levanto mis delirios de la tierra,
y leo en agrupados caracteres
nombres que ya no son.
Y la dorada lámpara que brilla
y al soplo oscila de la brisa errante,
colgada ante el altar, en la capilla,
alumbra mi oración.

Acaso un ave su volar detiene
del fúnebre ciprés entre las ramas,
que á lamentar con sus gorjeos viene
la ausencia de la luz.
Y se despide del albor del día
desde una alta ventana de la torre,
ó trepa de la cúpula sombría
á la gigante cruz.

Anegados en lágrimas los ojos,
yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
hasta que el rechinar de los cerrojos
la hace aturdida huir.
La funeral sonrisa me saluda
del solo ser que con los muertos vive,
y me presta su mano áspera y ruda,
que un féretro va á abrir.

Perdón! No escuches, Dios mío,
mi terrenal pensamiento!
Deja que se pierda impío,
como el murmullo de un río,
entre los pliegues del viento!

Por qué una imagen mundana
viene á manchar mi oración?
Es una sombra profana,
que tal vez será mañana
signo de mi maldición.

Por qué ha soñado mi mente
ese fantasma tan bello,
con esa tez transparente
sobre la tranquila frente
y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto
con pompa y mundano brillo,
se muestra anegada en llanto
al pie de altar sacrosanto
ó al pie de pardo castillo,

Como una ofrenda olvidada
en templo que se arruinó,
y en la piedra cincelada
que en su caída encontró,
la mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
con su nombre en el oído,
vengo á prosternar mi frente
ante el Dios omnipotente
en la mansión del olvido.

Mi crimen acaso ven
con turbios ojos inciertos,
y me abominan los muertos,
alzando la hedionda sien
de los sepulcros abiertos!

—

Cuando estas tumbas visito,
no es la nada en que nací,
no es un Dios lo que medito:
es un nombre que está escrito
con fuego dentro de mí.

Perdón! No escuches, Dios mío,
mi terrenal pensamiento!
Deja que se pierda impío,
como el murmullo de un río,
entre los pliegues del viento!

Á LA ESTÁTUA DE CERVANTES

Esa es su sombra... El alma avergonzada,
para más no volver, huyóse al cielo:
solitaria, sombría, abandonada,
esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo, se ignora;
mas sin duda temieron que, indignado,
de la piedra en que está salte á deshora,
según se ve de hierros circundado.
No bajará; que es noble y caballero,
y lidió por su patria el buen poeta;
acaso no encontrara un compañero
al pie del pedestal que le sujeta.
Tal vez no hallara un digno castellano,
libre y valiente, á quien llamar amigo;
á quien tender la cercenada mano;
á quien llevar en pos al enemigo.
Por eso eleva la tostada frente
al firmamento azul, noble y tranquila,
y no mira por eso transparente,
apagada á la luz, la ancha pupila.
Cervantes le llamaron otros días:
yerta figura con ajeno nombre,
como su original, arrastra impías
horas de duelo en la mansión del hombre.
Ayer cruzaba, libre é ignorado,
la turba ociosa y soldadesca inquieta,
dentro de su armadura de soldado,
ó envuelto en sus harapos de poeta.
Hoy, en la innoble colosal figura,
derramada la lluvia se destrenza,
y está sombrío en pie sobre la altura,
como sacan un reo á la vergüenza.
El pueblo ve á sus pies, negro milano
que á la boca asomó de un hormiguero,
y quiere el ojo comprender en vano
cómo allí se cobija un pueblo entero.
Y siente la carroza del magnate
rodar, y se estremece á su carrera,
y soldados que marchan al combate,
que equipados de farsa los creyera.
Y abajo, entre los árboles perdidos,
como sueños pasar contempla inquietas
las sombras de políticos caídos,
las parodias de sabios y poetas.
Y una lágrima acaso en su mejilla
alumbra el sol, bajando al Occidente,
al contemplar su revocada villa
sin porvenir, alegre ó indolente.
Hubo un *Cervantes* cuando aquél vivía,
cuando en vez de esos hierros era un hombre;
llamáronle poeta, y poseía
una espada y un libro con su nombre.
Su espíritu brotó con la tormenta,
y le escondió en su seno el torbellino;
el sepulcro su mano abrió violenta,
y hoy resuena su cántico divino.
Por qué no le dejaron con su sueño
en el sepulcro donde en paz dormía?
Á qué traerle con tenaz empeño
á sufrir otra vez la luz del día?
Á qué su sombra de la tumba alzaron
estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron
y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro, que velas
el sueño del mundo impío;
que ves con gesto sombrío
crímenes que no revelas;
Cuya negra frente calva
sufre en paz el sol que arde,
la roja luz de la tarde,
la amarilla luz del alba:

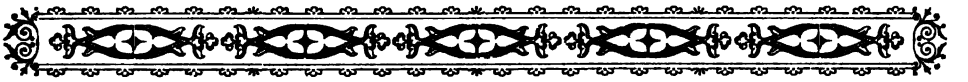
Qué piensas del mundo, dí,
tú que le dejaste ya,
cuya voz no se alzará,
cuya sombra quedó aquí?
Qué piensas de ese magnate
que ha perdido el sol de un día
embriagado en una orgía,
mientras su nación combate?
Qué piensas tú de esos reyes (1)
que arrastra un frenado bruto
entre vírgenes de luto,
huérfanas hoy por sus leyes?
Qué piensas, genio inmortal,
de ese pueblo soberano
que abre paso á su tirano
sin levantar un puñal?
Díme, coloso de hierro,
á quien condena la suerte
á sufrir desde la muerte
en tu patria tu destierro,
No es cierto que allá en su afán
espera tu desconsuelo
que te arrastre por el suelo
un revoltoso huracán?

II

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
en extranjero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *sambenito*
que vierta infamia en tu española cuna.
Hora te trajo á luz desventurada!
Español eres...? Lo tendrán á mengua,
cuando á tu espalda yace arrinconada
tu cifra en signos de tu propia lengua.
Serás acaso un busto aparecido
entre las ruinas de la antigua Roma,
recuerdo que los tiempos han roído,
que algún rico libró de la carcoma!
Maldita es tu misión sobre la tierra:
los que mueren, sus males acabaron;
todos sus restos su sepulcro encierra...
los tuyos del sepulcro los robaron.

Hélo allí, que se levanta
como fantasma furioso
que magulla con su planta
los que á su morada santa
van á turbar su reposo.
Porque su nombre y su gloria
sólo al tiempo los vendió,
para dejar su memoria
grabada en oro en la historia,
que escrita en el fango no.
Que por eso en su amargura
abortó un libro coloso
que á su renombre asegura
en las edades reposo.
Cuando los siglos le lean,
hará que los siglos vean
en su cubierta roída,
en caracteres gigantes,
dos genios con una vida:
un *Quijote* y un *Cervantes*.
Y si entre la espesa bruma
de esta edad que bulle inquieta,
de hediondo mar alba pluma,
el genio de otro poeta
despliega su blanca espuma;
si algún bardo colosal
levanta entre la tormenta
su cántico celestial,
de una centuria sangrienta
salmodiando el funeral;
Cuando el tiempo, hombre sombrío,
el orbe rompa á pedazos,
que sostenido en tus brazos
huya su cuchillo impío,
y en el día de furor,
cuando al eco atronador
de la funeral trompeta
se junte el mundo en un valle,
mándale al mundo que calle,
y díle que era un POETA.

(1) Casi inútil parece advertir que éstos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.



ELVIRA

Con furia en el bosque luchaban los vien-
del pino tronchado, sonoro estallido [tos;
se oía crujir;
y el ave agorera sus tristes lamentos
callaba, y del trueno lejano el bramido
se hacía sentir.

Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
que en surcos deformes la tierra partía,
de angustia colmada:
y al ver que en el monte mil rayos brillaban,
el hombre dijera que el mundo se ardía,
tornando á su nada.

Encina nudosa, nacida entre peñas
por donde derrumba su espuma un torrente,
se mira á lo lejos;
y apenas alumbra el rayo en las breñas
el arco ruinoso de gótico puente
con tibios reflejos.

Suspenso en la cima del árbol añoso,
de ramas tejido desciende un asiento:
en él aparece
fantástica bruja de aspecto asqueroso,
sentada y serena. Con ímpetu el viento
silbando la mece.

—Ví palacios magníficos un día,
cuando fortuna en torno me reía;
ví donceles y dueñas
que humildes me acataban;
los vientos no zumbaban
entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,
y oía al par los ecos apagados
de una lira distante;
porque es grato á las bellas
escuchar las querellas
de su bizarro amante.

Gimió el clarín, y se lanzó la guerra
bramando de furor: mustia la tierra
lloró por su venida,
y vestido de acero
fué al campo el caballero,
y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios,
respirando venganza. Sanguinarios!
Mis tierras, qué se hicieron?
Mis fieles servidores,
en medio estos horrores,
luchando sucumbieron.

Y el último era un héroe, y yo vagaba
allá en su mente á tiempo que espiraba!
Muriendo ay! me decía:
«Mi Elvira encantadora,
llora tu esposo, llora,
sobre mi tumba fría.»

Lloré, y venganza le juré á mi esposo,
y se la dí; que incendio estrepitoso
consumió los salones
que vivió su asesino:
sólo halló cuando vino
denegridos terrones.

Contra su altiva frente el cielo mismo
vibró su rayo, y el ruidoso abismo
le tragó del torrente.
Yo le miré suspenso
sobre el espacio inmenso
maldecirme demente.

Y me gozaba y aplaudía en tanto,
y daba al viento el desacorde canto
de la venganza mía;
y oí sonar cercana
la lúgubre campana
al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán;—alza bramando
tu saña contra mí:—yo iré cantando
mis himnos funerales;
con mis manos heladas
yo romperé selladas
las puertas infernales.

Cantaba la vieja: con sordo mugido
los vientos llevaron su triste canción:
del rayo, en un punto, el árbol herido
con ella caía;
su grito de muerte se oyó, y todavía
vagó por sus labios postrer maldición.

LA TARDE DE OTOÑO

Ya viene el revuelto otoño,
recogiendo fresco y flores;
pasó el sol con sus calores,
y alumbra al fin otro sol;
pasaron las alboradas
silenciosas de la aurora,
que el horizonte colora
de purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras
de la luna y los jardines;
las noches de los festines
tras el otoño vendrán.
Pasó el tiempo de las citas
á deshora entre las rejas,
los cuidados de las viejas,
de las niñas el afán.

Pasaron las serenatas
debajo de los balcones,
las rondas y las canciones
del mancebo emprendedor.
Todo es ya triste: la tierra
pierde su brillante aliño,
y el amor, que es pobre y niño,
alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche
entre su sombra importuna;
si pierde su blanca luna
y sus horas de placer;
si pierde la fresca aurora
sus aromas y sus flores,
sus nubes de cien colores,
su aureola de rosicler,

Le queda en cambio á la tarde
todo el encanto del día,
y, henchida de su armonía,
sale el sol á despedir.
Bella es la tarde que baja
por el rosado Occidente,
y se apaga lentamente
para volver á lucir.

—

Es púrpura el horizonte,
y el firmamento una hoguera;
es oro la ancha pradera,
la ciudad, el río, el monte.
Rey de los astros, el sol,
del regio trono al bajar,
su pompa querrá ostentar
en su manto de arrebol.
Por eso suspenso está
de su reino á la salida,
jurando á su despedida
que mañana volverá.
Banda de nubes de grana,
que con sus reflejos tiñe,
flotando en torno le ciñe
como turba cortesana.
Ráfagas mil que se cruzan,
filigrana de la tarde,
el sol que á su espalda arde
en colores desmenuzan.
Y al hundirse en Occidente,
partida en muchas la llama,
por el cielo se derrama
fosfórica y transparente.
Es la postrera sonrisa
del bello día que acaba;
que de esa luz arrancaba
su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma
por sobre la roca calva,
remedo de la del alba
en frescura y en aroma.
A su venida, tardías
cierran su cáliz las flores,
y trinan los ruiseñores
sus postreras armonías.
Se les ve buscar la sombra
entre las desnudas ramas,
porque sus hojas de escamas
sirven al suelo de alfombra.
Que ya el inconstante viento
del otoño que aparece,
en los árboles se mece
con brusco sacudimiento.
Flor, pronto inútil y sola,
en vez de la que él deshizo,
orlará el campo pajizo
la purpurina amapola.
Brezos y arbustos impuros
de la montaña en la falda,
vestirán su áspera espalda
con sus matices obscuros.
Grupos de nubes perdidos
como fantasmas deformes,
traen en sus pliegues enormes
vientos de invierno escondidos.
El árbol en largas hebras
hiende sus cortezas vanas,
y anuncian lluvias lejanas
las rastras de las culebras.
Da el cuervo al aire su vuelo,
graznidos á su garganta;
rey del viento, se levanta
entre la tierra y el cielo.
Se oye de alguna paloma
perdido el último arrullo,
de alguna fuente el murmullo
que entre los juncos asoma.
Queda el mundo en soledad,
y en el aire alzan su imperio
de las sombras el misterio
y el humo de la ciudad.

CADA CUAL CON SU RAZÓN

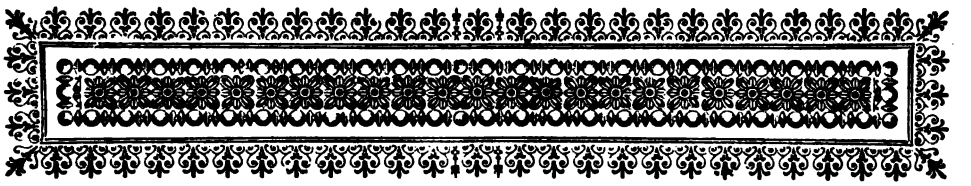
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Aprobada para su representación por la Junta de Censura de los Teatros del Reino en 14 de Julio de 1849

PERSONAJES	ACTORES
El Rey Don Felipe IV....	D. José García Luna.
El Marqués de Vélez.....	D. Pedro López.
Don Pedro.....	D. Juan Lombía.
Doña Elvira..... ..	Doña Bárbara Lamadrid.
Inés.....	Doña Jerónima Llorente.
El Conde Don Guillén....	D. N. Lumbreras.

Un Alcalde de Corte, ronda y soldados.

La escena en Madrid. El acto 1.° en el jardín de Doña Elvira; el 2.° y 3.° en la antesala de su habitación. La acción empieza el 21 de Septiembre de 1..., á las once de la noche, y concluye al día siguiente á la misma hora.



CADA CUAL CON SU RAZÓN

ACTO PRIMERO

Noche y jardín de Doña Elvira.—A un lado un asiento de piedra.—En el fondo la casa de Doña Elvira, con rejas y balcones, y más á la derecha una puertecilla que da del jardín á la calle.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ELVIRA *y* DON PEDRO

PEDRO

Decidme al menos su nombre.

ELVIRA

No le debéis conocer.

PEDRO

Y eso no es darme á entender
que amáis, Elvira, á ese hombre?

ELVIRA

Ya dije que es un secreto.

PEDRO

Mas si el secreto no sé,
cómo de él me fiaré?

ELVIRA

Por mi palabra sujeto.
Yo os amo, don Pedro, á vos;
mas creedme, y no os asombre,
os juro á Dios que de ese hombre
necesitamos los dos.

PEDRO

No lo comprendo, señora;
quién soy yo, dónde he nacido,
quiénes mis padres han sido
estoy ignorando ahora.
Vivo, desde que nací,
acaso á merced ajena,
sin que pudiera mi pena
llegar á costumbre en mí.
Siempre (inocente quizás!)
tan negro destino lloro,
mas cuando sé que os adoro
no necesito yo más.

ELVIRA

Don Pedro, sin freno váis
buscando mi perdición.

PEDRO

Me haréis perder la razón!

ELVIRA

Nada de ese hombre temáis.

PEDRO

Que nada tema decís
de un hombre que os enamora,
cuando estoy viendo, señora,
que favores le admitís?

ELVIRA

Hay, don Pedro, tal afán!
Pues yo misma no os lo digo?
Puede ese hombre ser mi amigo,
pero nunca mi galán.

PEDRO

Y cómo creeros puedo,
si sé que os habla de amor?
No dudo de vuestro honor,
mas tengo á su audacia miedo.
Cuando os contemplo con él,
Elvira, en conversación,
me rebosa el corazón,
en lugar de sangre, hiel.
Vos me lo habéis suplicado
ante mí puesta de hinojos,
y aunque es para darme enojos,
con causa os habréis hallado.
Pues tan liviana no os creo
que, para mentir mejor,
hiciérais mi propio amor
seguir con tal devaneo.
Obedezco, lloro y callo
sentencias de vuestra boca,
porque al fin sólo le toca
obedecer al vasallo.
Mas en causa tan sagrada,
aun siendo mi propio hermano,
echara menos la mano
el gavilán de mi espada.

ELVIRA

Por medio, don Pedro, estoy
en tan espinoso asunto,
y os ruego que en él ni un punto
os olvidéis de quien soy.

PEDRO

Eso sólo me contiene,
y si es fuerza que os lo diga,
eso tan sólo me obliga
á respetar al que viene.
Que os juro que de otro modo,
si en mi razón me fiara,
en la calle le esperara,
atropellando por todo.

ELVIRA

Bien; pues os vuelvo á advertir
que en paz á ese hombre dejéis,
y no más me preguntéis,
que no os puedo más decir.

PEDRO

No más os preguntaré,
pues tal es vuestra sentencia;
mas si podré mi paciencia
tener á raya, no sé.

ELVIRA

Cómo la tenéis mirad,
que porque me importa mucho,
al preveníroslo lucho
con mi propia voluntad.
Mandároslo no quisiera,
mas á faltarme él ó vos,
don Pedro, de entre los dos
yo no sé á cuál eligiera.

PEDRO

Loco me habéis de volver!
No es, decís, vuestro galán,
y evitáis con tanto afán
cuanto le puede ofender!
Que me adoráis me decís,
y á vuestro amor siendo fiel,
comparándome con él,
que dudáis me prevenís.
Decidme si podéis, pues:
es vuestro padre, señora?

ELVIRA

No por cierto.

PEDRO

Es en mal hora
hermano?

ELVIRA

No.

PEDRO

Pues quién es?
Debéisle tantos favores,
vida, hacienda, honor quizás...?

ELVIRA

No le debo á ese hombre más
que penas y sinsabores.

PEDRO

Y le amáis?

ELVIRA

No, le respeto.

PEDRO

Y el respeto solamente
puede en vos...?

ELVIRA

Andad prudente,
que tocáis en mi secreto.

PEDRO

Oh! Por cuanto sóis y amáis,
fiad el secreto en mí,
que al depositarlo aquí
en un pozo lo enterráis.

ELVIRA

Díjeos, don Pedro, que no.

PEDRO

Morir de celos me haréis!

ELVIRA

De celos no os acordéis
mientras os los guarde yo.

PEDRO

Mas ved que es duro castigo
para un amante, señora,
ser, por secretos que ignora,
de ajenas dichas testigo.
Pensad lo cruel del tormento
de esperar, puesto en un potro,
sabiendo que tiene otro
entrada en vuestro aposento.

ELVIRA

En mi aposento? Eso no;
reparad que jardín es.

PEDRO

Para estar á vuestros pies
por igual lo tengo yo.
Y aun es peor, en verdad,
que un techo de roble ó piedra,
un banco de verde yedra
y un techo de oscuridad.

ELVIRA

Callad ya, que me ofendéis,
pues con sospecha tan ruin,
á solas en mi jardín
que estáis conmigo no véis?
Y si soy quien soy con vos,
con quien á casarme voy,
dejaré de ser quien soy
con quien odiamos los dos?
Don Pedro, pensadlo bien,
y no así de celos loco
tengáis á una dama en poco,
sin razón y sin por quién.

PEDRO

Sin por quién? Pues y ese hombre
á quien váis á recibir?

ELVIRA

Necio andáis en insistir,
que nunca os diré su nombre.
Y escuchadme en conclusión,
don Pedro, porque á fe mía
que es ya larga esta porfía,
tenga ó no tenga razón.
Yo os amo. Qué más queréis?
No hubo jamás hombre alguno
que no me fuera importuno
desque vos me conocéis.

Si, cansado de mi amor,
me dejárais inconstante,
no fuera un claustro bastante
para enterrar mi dolor.
Por ello en el alma herida,
olvidando al mismo cielo,
osara en mi desconsuelo
atentar contra mi vida.
Mas es, don Pedro, preciso
que á ese hombre reciba aquí,
y ha de ser, don Pedro, así,
aunque importe el paraíso.
Mirad si causa tendré
cuando así ante vos me humillo.

PEDRO

Asombrado estoy de oillo,
y aún no lo comprendo á fe.
Que muriérais me decís
si yo os dejara de amar:
eso debéis esperar,
y sin embargo insistís?

ELVIRA

Eso esperar no debía;
mas ya que desde hoy lo espero,
espero en Dios, caballero,
que os arrepintáis un día.

PEDRO

Mas lloráis!... Decidme al fin
el secreto, y concluyamos.

ELVIRA

Mirad, don Pedro, que estamos
á solas en el jardín.

PEDRO

Oh, tanto dudar me ofende!
No puedo ayudaros yo
en ese secreto?

ELVIRA

No,
que si se aclara se vende.

PEDRO

Señora!

ELVIRA

Que desconfío
de vos nunca imaginéis;
quien le venda no seréis,
seré yo, porque no es mío.

PEDRO

Una palabra no más,
y perdonádmela, Elvira:
desconfianza os inspira
mi nacimiento quizás?

ELVIRA

Don Pedro, yo en vos no amé
la cuna en que habéis nacido;
hidalgo os he conocido,
siempre hidalgo os amaré.
Cuando en mi antigua aflicción
me hallásteis de amor ajena,
vos consolábais mi pena
sin preguntar la razón.
Nada vos sabéis de mí,
ni de vos nada sé yo;
puesto que no nos pesó,
sigamos, don Pedro, así
y retiráos.

PEDRO

Adiós,
señora, y ved lo que hacéis.

ELVIRA

Lo que he resuelto sabéis.

PEDRO

Dios os guarde.

ELVIRA

Va con vos.
Inés, á don Pedro guía
y cierra luego el portal.
(Secreto triste y fatal
que me pone en la agonía.)

(Siéntase en el banco, ocultando el rostro con sus manos con profunda agitación, mientras en el lado opuesto pasa aparte la segunda escena.)

ESCENA II

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO *y después* INÉS

PEDRO

Tan rara contradicción
no es posible comprender!
Razón deberá tener,
y muy grande en mi opinión.
Mas yo sabré la razón
antes de salir de aquí,
y ambos cumplimos así,
pues tengo que en tal aprieto
no vende Elvira un secreto
que sólo yo sorprendí.

INÉS

(Con luz.) Cuando gustéis.

PEDRO

Bien está.
(El osado siempre acierta.)
(Á Inés aparte, tomándola por la mano.)
Oye: en llegando á la puerta,
con brío un portazo da.
Despídeme en voz tan alta
que se oiga aquí.

INÉS

Para qué?

PEDRO

De esta casa no saldré.

INÉS

Eso más?

PEDRO

Aún hago falta.

INÉS

Es imposible, por Dios.

PEDRO

(Mostrando la daga, llevándola aparte.)
Dos recompensas, Inés:
de oro y hierro; elige, pues,
la que quieras de las dos.

INÉS

Mas...

PEDRO

Silencio!

INÉS

Luego...

PEDRO

Elige.
Si salgo, volveré á entrar.

INÉS

Pues mirad que á mi pesar
la necesidad lo exige.

PEDRO

No temas; desde esa reja
quiero escuchar solamente.

INÉS

No más?

PEDRO

No.

INÉS

Seréis prudente?

PEDRO

Mi razón me lo aconseja.

INÉS

Pues vamos.

PEDRO

Salgamos, pues,
que es á mi impaciencia tarde. *(Vánse.)*

INÉS

(Dentro y alto.)
Buenas noches. Dios os guarde.

PEDRO

(Dentro y alto.)
Buenas las tengas, Inés.
(Óyese un portazo.)

ESCENA III

Vuelve INÉS *al jardín, y al mismo tiempo asoma* DON PEDRO *por la ventana del fondo.*

INÉS

(Aparte.) Grande empeño acometí;
con bien me saquen los cielos.

PEDRO

(En la reja.) De mi honor y de mis celos
pongo la atalaya aquí.

ELVIRA

Le seguiste?

INÉS

Sí, señora.

ELVIRA

Le conociste?

INÉS

No sé.
Mas lo que he visto diré,
que más no puedo.

ELVIRA

En buen hora.

INÉS

Ya de Santiago á la puerta
os aguardaba, á mi ver,
con el otro.

ELVIRA

Puede ser.

INÉS

Siempre la cara encubierta.
Paréme como esperando,
vióme, miréle, miró,
y al punto me conoció,
mas siguió disimulando.
Vínose á poco hacia mí,
gané la vuelta á una esquina,
y él porfiado y yo ladina,
rogó, negué, dió y cedí.
Díjele que en vuestra casa
yo no estoy, pero que en ella
tengo amiga la doncella,
quien me cuenta lo que pasa.
Que atropellando por todo,
si aquí esta noche venía,
que os hablara dispondría,
tomando á mi cuenta el modo.

ELVIRA

Y le esperas?

INÉS

Sí, en verdad.

PEDRO

(En la reja.)
(Á qué ya aguardar el resto?
Voto á Dios! que más es ésto
que inconstancia, liviandad!)

ELVIRA

Y estás segura que es él?

INÉS

Gran respeto le mostraba
su compañero, y llevaba
lacayo, paje y doncel.
Oh! Rico y gallardo mozo
es á fe, que se le vía
una cruz de pedrería
por debajo del embozo.

ELVIRA

(Aparte.) (El paje... el doncel... la cruz...
Leales son mis recelos;
prestadme esta noche, cielos,
tiento al labio, al alma luz.)
Dístele la llave, Inés?

INÉS

Sí, señora.

ELVIRA

Y no vendrá
solo?

INÉS

Á fe que tal no hará,
si es hidalgo.

ELVIRA

Vete pues.

INÉS

(Aparte y marchándose.)
Al miedo en esta ocasión
debe el tener un testigo.

PEDRO

(Aparte.) Lo que no oí como amigo
oiré como ladrón.

ESCENA IV

DON PEDRO *en la reja y* DOÑA ELVIRA *en el jardín*

ELVIRA

Mi don Pedro, perdón si misteriosa
dando á un santo deber rostro liviano,
amiga infiel y amante mentirosa,
tu limpio amor al parecer profano.
Si ora verme pudieras y escucharme,
oh! con harta razón me detestaras;
mas cuanta más hallaras para odiarme,
mayor razón para quererme hallaras.
Tú me creyeras á tu amor perjura,
y nunca en tu cariño más constante,
en las tinieblas de la noche oscura,
cuanto muestro liviana, guardo amante.
No lo alcanzas, lo sé, mas siempre ignora
este secreto que mi honor no infama;
siempre mi firme corazón te adora,
segura amante ó sospechosa dama.

PEDRO

(En la reja.)
Á qué para venderme, misteriosa
dar á esotra pasión rostro liviano?
Por qué si no me amas, mentirosa
tu amor me velas á mi amor profano?
Oh, si pudieras verme y escucharme,
cómo mi atrevimiento detestaras!
Mas si razón tenías para odiarme,
medio mejor de despedirme hallaras!
No así liviana y á tu amor perjura,
acudiendo á misterios de constante,
en el silencio de la noche oscura
vendieras al galán con el amante.
Ese el secreto fué que ya no ignora
mi alma ofendida y que tu honor infama!
Perdióte al fin mi amor... pero aun te adora,
segura amante ó sospechosa dama.

ELVIRA

Siento pasos.

PEDRO

Sin duda de esa puerta
dióle las llaves.

ELVIRA

Ayudadme, cielos,
que mi inocencia véis!

PEDRO

Celos, alerta,
que pues sueños no son, ya no sois celos!

ESCENA V

DON PEDRO *en la reja y* DOÑA ELVIRA *en el jardín;* EL REY *y* EL CONDE DON GUILLÉN *por la puertecilla del fondo. El Rey se adelanta, y el Conde queda guardándole la espalda casi en el centro del teatro.*

REY *(A don Guillén.)*

Es aquí?

GUILLÉN *(Al Rey.)*

Sin duda alguna.

REY *(A don Guillén.)*

Llamaremos.

ELVIRA

(Aparte.) Ellos son.

REY *(A don Guillén.)*

Tantas venturas aduna,
que aun no creo en mi fortuna.

PEDRO

(Aparte.) Dios me alumbre la razón.

ELVIRA *(Al Rey.)*

Quién va allá?

REY *(A doña Elvira.)*

Sois vos, señora?

ELVIRA

Y el de Santiago sois vos?

REY

Llego tal vez en mal hora?

ELVIRA

No por cierto, ésta es la hora.

REY

Oscura noche, por Dios!

ELVIRA

Qué le hace la oscuridad?

REY

(Se sienta en el banco.)
Para sentiros y hablaros
nada, mas hace en verdad
para veros y adoraros.

ELVIRA

Esquiva tengo la faz.

REY

Hermosa como un lucero
os la he visto.

ELVIRA

Dónde?

REY

En misa.
Y con más espacio infiero
que he de verla.
(Acercándose con audacia.)

ELVIRA

Caballero!

REY

Qué?

ELVIRA

Que amáis con mucha prisa.

REY

Cómo?

ELVIRA

Aún no sabéis quién soy,
ni yo vos, y ya queréis
exigir...

REY

(Reportándose.) No; sólo voy
á pediros que os nombréis,
por conoceros desde hoy.

ELVIRA

(Con indiferencia.)
Llámome Rita Aguilera.

PEDRO

(Aparte en la reja.)
Habrá desvergüenza tal?

REY

Pues Rita, sois hechicera!

ELVIRA

Yo vuestro nombre os pidiera,
si no lo hubiérais á mal.

REY

(Con indiferencia.)
Llámanme Juan Benavente,
hijo de opulento hidalgo
de Segovia.

ELVIRA

(Aparte.) Bien lo miente!

REY

Hay quien me llama el valiente,
mas poco en el mundo valgo.

ELVIRA

Oh! No he pensado yo así
al veros.

REY

Y dónde?

ELVIRA

En misa;
noble y valiente os creí,
que por eso os elegí...

REY

(Interrumpiéndola.)
También vos amáis de prisa.

ELVIRA

Hablé con el corazón,
algo indiscreta tal vez;
perdonad...

REY

No hallo razón;
palabras sencillas son,
y es virtud la sencillez.
Por una mujer sencilla
anduve loco poco ha.
Lo sabe toda Castilla...

ELVIRA

(Interrumpiéndole.)
Qué habéis hecho en vuestra villa
que tanto os conocen ya?

REY

(Aparte.) Tiene la memoria fiel!
(Alto.) Qué queréis! Era mi novia!

PEDRO

(Aparte.) No estudió mal su papel!

ELVIRA

Conque fuísteis en Segovia
los amantes de Teruel?
Y es muy antigua esa historia?

REY

No tengo exacta memoria.

ELVIRA

Hermosa sería ella!

REY

No os igualaba en lo bella.

ELVIRA

Dios os la tenga en la gloria.

REY

Mas, qué nos importa ya?
Eso á más os probará
que sé amar.

ELVIRA

Y eso igualmente
prenda para mí será,
señor don Juan Benavente.
(Deja caer un guante.)

REY

Qué fué?

ELVIRA

Dejadlo, es el guante.

REY

(Se baja á recogerle.)
Permitid que le levante,
y en vuestra mano primero
dulce señal... *(La da un beso en la mano.)*

ELVIRA

Caballero!

REY

(Con autoridad.)
Tended la mano adelante.

ELVIRA

No será.

REY

Os le he de poner,
ó con él me he de quedar.

ELVIRA

Vos veréis lo que ha de ser;
mas mucho os váis á obligar
si eso os atrevéis á hacer.

REY

No hay obligación penosa
que yo no emprenda por vos.

ELVIRA

Vedlo bien.

REY

Sois muy hermosa,
y negaros cualquier cosa
me fuera en mengua, por Dios.

ELVIRA

Lo prometéis?

REY

Lo prometo.

ELVIRA

Ved que es muy noble el sujeto.

REY

Pues qué habrá que hacer con él?

ELVIRA

Nada; firmar un papel,
y guardar ambos secreto.

REY

Mas, á qué mi firma aquí?
Si es que os estorba un galán,
no basta, Rita, que así
me lo encomendéis á mí?

ELVIRA

No me basta.

REY

Hay tal afán!
Si es que os importa que muera,
nombradle, que morirá.

ELVIRA

Morir! Oh! Dios no lo quiera!
Por la suya el alma diera!

REY

Sólo un destierro será!

ELVIRA

Mientras sepa que está aquí,
ni respiro ni sosiego.

REY

Le teméis?

ELVIRA

No.

REY

Le amáis?

ELVIRA

Sí.

REY

Y queréis que á vuestro ruego...

ELVIRA

Su amor no os estorba en mí.

REY

Á dos amáis? Es traición.

ELVIRA

No os dé pena esa pasión,
que al nacer ya la tenía.

PEDRO

(Aparte en la reja.)
Que tan negra alevosía
cupiera en su corazón!

REY

Mas mi firma, de qué os vale?

ELVIRA

Si la ponéis toda entera,
sé que á mi deseo iguale;
con ella de Madrid sale,
y esa nuestra dicha fuera.

PEDRO

(Aparte.) Oh! Sí, de Madrid saldré;
mas, de tu amor satisfecho,
vengado á la par iré.
Tanta cólera no sé
cómo me cabe en el pecho!

REY

Mas tal porfía en firmar
es inútil.

ELVIRA

Pues el guante
volvedme, ó voy á llamar,
y podéis, don Juan, temblar
que mi gente se levante.
Prenda por prenda en buen hora;
por ese guante un papel.

REY

(Aparte.) (Sin duda que la traidora
me conoce...) Mas, señora,
qué queréis hacer con él?

ELVIRA

Y qué queréis hacer vos
del guante?

REY

Llevar conmigo
una prenda por testigo
de nuestro amor.

ELVIRA

De los dos?
Ved que yo á nada me obligo.

REY

Mas pagaréis igualmente
con el vuestro mi favor?

ELVIRA

Viviréis eternamente
en mi memoria, señor.

REY

Sois, como bella, indulgente.
Conmigo le llevaré;
recuerdo de mi fortuna,
estará donde yo esté.

ELVIRA

Yo el papel reclamaré
en hora más oportuna.

REY

Doquier que le reclaméis
os juro que le obtendréis;
mas ved que á cambio de amor.

ELVIRA

No habéis cumplido, señor,
y ya que cumpla queréis?
Sois injusto.

REY

Amante soy,
y los favores que os pido
en devolveros estoy,
que lo que os exijo mido
tan sólo por lo que os doy.
Noble nací, y os adoro;
cuanto soy, Rita, os ofrezco;
cuanto tengo, espada y oro,
que aunque tanto no merezco,
desde mi nada os imploro.

ELVIRA

Galán estáis por demás!

REY

No es á fe galantería,
sino amor, Rita.

ELVIRA

Eso más!

REY

Esto os ofende quizás?
Por Dios que lo sentiría.
Mas ya que tanto me honráis,
un favor además, Rita,
es fuerza me concedáis.

ELVIRA

Decid lo que deseáis.

REY

Repetiros la visita.

ELVIRA

Para firmar el papel
cuando gustáreis venid;
mas no cual galán infiel
que teme que den tras él
las hablillas de Madrid.
Venid con la luz del sol,
sin reserva, en claro dia,
y no á la luz de un farol,
que eso no arguye hidalguía
en un galán español.

REY

Así lo haré, descuidad.

GUILLÉN

(Aparte.) Tan poca dificultad...
Pronto rindió su albedrío.

PEDRO

(Aparte en la reja.)
Nunca creyera, Dios mío,
tan torpe infidelidad.

REY

Del guante...

ELVIRA

Dejadlo así,
que prenda al cabo será
del papel... Mas, ay de mí!
(Ruido en la puerta del jardín.)

REY

Qué tenéis?

ELVIRA

Si mal no oí...

REY

Pesárame asaz...
(El Marqués entra embozado por la puerta falsa. El Conde, al sentirle, dice:)

GUILLÉN

Quién va?

ESCENA VI

DICHOS *y* EL MARQUÉS, *que al entrar da con* DON GUILLÉN, *y se detiene á su voz.*

MARQUÉS

(Aparte.) Dios me valga! Traición es.
Habránme visto salir?

PEDRO

(Aparte, quitándose de la ventana.)
Por Cristo que ya son tres,
y tanto no he de sufrir.

GUILLÉN *(Al Marqués.)*

Quién va?

MARQUÉS

(Volviéndose.) Volveréme pues.
(Don Pedro, al salir á la escena, gana la puerta del jardín, interponiéndose al Marqués.)

ELVIRA *(Al Rey.)*

Sin duda os han descubierto.

REY *(Á doña Elvira.)*

Retiráos vos. *(Váse doña Elvira.)*

PEDRO *(Al Marqués.)*

Quién va?

MARQUÉS

(Aparte.) Por Dios, que el jardín abierto
á nuestra deshonra está.

PEDRO *(Al Marqués.)*

Responda quién va, ó es muerto.

MARQUÉS *(Á don Pedro.)*

Tened, que sólo sois vos
quien aquí ha de responder.

PEDRO

Os tengo de conocer,
mas que os pese, voto á Dios!

REY

(Llegando.) Ved de qué manerà, pues,
que si no, yo estoy demás.

PEDRO

(Poniendo mano á la espada.)
Echáos todos atrás,
ú os acuchillo á los tres.

REY

(Adelantándose.)
Pues que estoy de sobra dije
á mi vez, atrás, amigo!

PEDRO

(Con ironía.) Que sois peor enemigo
que galán, bien se colige.
No hay otro medio, señores:
(Sacando la espada.)
en las manos los aceros.
Reñid como caballeros,
ó morís como traidores.
(Viénese don Pedro á ellos, y el Rey se pone en guardia.)

REY

Adelante!

PEDRO

Háis de decir
quién sois y á qué habéis entrado,
ó por Dios crucificado
que no volvéis á salir!

REY

Caballeros como yo,
no ceden á ningún hombre.

PEDRO

Quien no dió á mi voz su nombre,
el alma á mi estoque dió. *(Riñen.)*

MARQUÉS

(Aparte.) Terrible apuro por cierto;
si les descubro quién soy,
mi vida al verdugo doy;
si callo, acaso soy muerto...
Riñamos, que es lo mejor.
(Se mete á estocadas.)

ESCENA VII

EL REY, EL MARQUÉS, DON PEDRO *y* DON GUILLÉN *riñendo;* DOÑA ELVIRA *y* CRIADOS *con luces.—Todos recatan el rostro.*

PEDRO

(Furioso.) Aquí luces!

REY *(Á don Pedro.)*

Mentecato!
Váis con tan necio arrebato
á atropellar por su honor?

ELVIRA

(Llegando.) Tanto tumulto en mi casa?

PEDRO

Aquí...

REY *(Á don Pedro.)*

Calláos ahora!
(Á doña Elvira.)
Vos perdonadnos, señora,
si esto sin disculpa pasa.
Por caso afuera reñimos,
mal pensando unos de otros;
la ronda dió con nosotros
y en el jardín nos metimos.
La puerta estaba entornada,
y aquí cada cual resuelto
á recatarse, hemos vuelto
á la pendencia empezada.

GUILLÉN

(Aparte.) Bien las urde el Benavente.

ELVIRA

(Aparte.) Esa mentira me salva!

PEDRO

(Aparte.) Razón tiene; ya es el alba,
y aún en la calle no hay gente.

REY *(Á don Pedro.)*

Luego podremos reñir.

ELVIRA

Si no era más, id con Dios.

REY *(Á doña Elvira.)*

Perdonad la ofensa vos,
y que la faz descubrir
ninguno hayamos osado,
puesto que el rostro enseñar
satisfacción era dar
á quien le hemos recatado.

ELVIRA

Váis con perdón, y salid.

MARQUÉS

(Que se ha mantenido siempre tras de todos.)
(Bien con la sombra libré!)

REY *(Á doña Elvira.)*

Quién la puerta abrió y á qué,
no sabrá nadie en Madrid.

ESCENA VIII

Decoración de calle figurando el exterior de la puerta del jardín de doña Elvira, y amanece.

EL REY, EL MARQUÉS, DON PEDRO *y* DON GUILLÉN, *saliendo*

PEDRO

En la calle estamos ya,
y, ó quiénes sois me decís,
ó aquí conmigo reñís.

REY

Mirad vos cómo será.

PEDRO

Espada y daga conmigo,
(Desenvaina ambas.)
campo con los tres haré.

MARQUÉS

(Poniéndose al lado de don Pedro.)
Dos á dos, con vos seré,
y después vuestro enemigo.

REY

(Desenvainando.)
Sea, y partida la calle,
la espada una vez desnuda,
brazo audaz y lengua muda,
por sí cada cual batalle.
(Sacan las espadas y riñen; el Rey y don Guillén de un lado, el Marqués y don Pedro de otro.)

ESCENA IX

DICHOS, UN ALCALDE DE CORTE CON RONDA *y* SOLDADOS

ALCALDE

Ténganse al rey, caballeros.

PEDRO

En mal hora habéis llegado.

ALCALDE

Dénse al rey.

REY *(Á don Pedro.)*

Dése el menguado,
que al rey no llegan aceros.
Esa es mi espada, tomad. *(Al Alcalde.)*

PEDRO *(Al Rey.)*

Entregáisla de cobarde.

REY *(Á don Pedro.)*

Volveremos, que no es tarde.

PEDRO

Sí por Dios!

REY

No en la ciudad.

PEDRO

Hoy mismo.

ALCALDE

(Mirando la espada del Rey.)
Mas este sello...
Quién sois?

REY

(Desembozándose.) Un hidalgo aquí.

ALCALDE

El rey!

TODOS

(De rodillas menos el Marqués y don Pedro.)
El rey!
(El Marqués, que se ha mantenido embozado, al oir nombrar al Rey, vuelve la espalda; algunos alguaciles le siguen.)

MARQUÉS

Ay de mí! *(Váse.)*

ALCALDE

Perdonad, señor!

REY

En ello
cumplís vuestra obligación.

PEDRO

Vive, Dios!

REY *(Á don Pedro.)*
Qué murmuráis?

PEDRO

Me pesa que el rey seáis,
que reñía con razón.

ALGUACIL

(Trayendo al Marqués siempre embozado.)
Este hombre riñó con vos,
y al conoceros, dió á huir.

REY

(Con nobleza.) Dejadle, señores, ir,
que pues no pudo, por Dios!
desembozarle mi espada,
que muestre la faz no es ley
quien riñó contra su rey
por conservarla tapada.
(Váse el Marqués.)
Decid que acerquen mi coche; *(A unos.)*
y yo os aconsejaría *(A todos.)*
que no contárais de día
lo que habéis visto de noche.
(Váse el Rey, y todos le siguen con el sombrero en la mano.)

ESCENA X

DON GUILLÉN *y* DON PEDRO

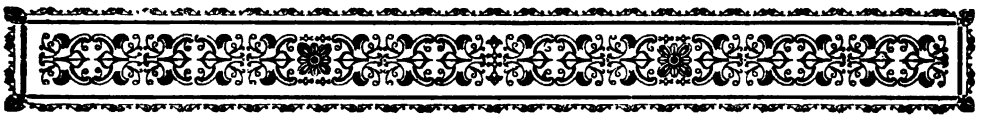
(Don Guillén lleva á don Pedro á un lado, y le dice con aire triunfante:)

GUILLÉN

Nadie á su rey puede osar
á quien su altura no asombre.
(Váse don Guillén, y antes que salga de la escena, le toma del brazo don Pedro, y llevándole aparte, le dice con desprecio:)

PEDRO

Como él bajara á ser hombre,
yo le saliera á esperar.



ACTO SEGUNDO

Antesala del cuarto de Doña Elvira, que estará á la izquierda.—A la derecha una puerta que da al exterior, y otra enfrente, que da al interior de la casa.—En el fondo un balcón, á cuyo lado derecho se ve otra puerta de celosías, que da á un pasadizo cubierto, y al izquierdo una puertecilla secreta por donde está entrando el Marqués en el momento de alzarse el telón.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS

La puerta vuelvo á cerrar.
Santo Dios, que entre hoy así,
como un ladrón, quien aquí
como dueño puede entrar!
En mis seis años de ausencia,
con ella estuve soñando...
Y estoy, vive Dios, temblando
de ponerme en su presencia!
Si ciega, tras el placer
corriendo, de mí olvidada,
me tuviera avergonzada
que salir á responder!
Si á los halagos de ese hombre
al fin su virtud rendida,
la encontrara envilecida,
indigna ya de su nombre...!
Oh, que vileza tamaña
quepa en un alma real!
Que obre, villano, tan mal
todo un monarca de España!
No debiera estar contento
quien me ha robado mi amor,
que aun llega á mi propio honor
con tan torpe atrevimiento?
Mas es fuerza que me oculte,
si al cabo de obrar con tino,
no sea que, errando el camino,
más luego le dificulte.
(Párase delante del gabinete de doña Elvira.)
No, que el rey puede tardar,
y acudir antes Elvira.
(Delante de las celosías.)
Á salvo de aquí se mira,
pero no sé cómo entrar.
Este pasadizo... cierto,
corresponde al corredor...
mas el peligro es mayor
si el corredor no está abierto.
(Delante de la puerta que da al exterior.)
Da esta escalera al jardín...
Mas desde un balcón pudiera
verme en el jardín cualquiera,
y es vano el secreto al fin...
Pobre Elvira! Elvira mía,
cómo podrás suponer
que te venga á sorprender
quien á abrazarte venía!
Pobre niña encantadora,
mitad de mi corazón;
secretos del cielo son
que el hombre imbécil ignora.
Oh, cuántos años sin verte,
hermosa luz de mis ojos;
llamé, al son de los cerrojos,

desesperado á la muerte!
Colmó mi temor por tí
mis penas y mis desvelos;
pero al fin, viven los cielos,
que de vuelta estoy aquí.
Y, ay del que pudo á tu honor
osar, niña abandonada;
no me tendrá ya la espada
el respeto ni el temor;
ni me ha de arredrar la ley,
que de ira y de celos loco,
tendré por mi honor en poco
á la justicia y al rey.
Mas, qué digo! Loco estoy!
Yo á mi rey...? Mas si es preciso...!
No, que injuriarme no quiso,
pues aun ignora quién soy.
(Mirando.) Alguno viene... Es Inés.
Dueña constante y leal,
que tan amiga en el mal
como en la fortuna es!
De ella asegurarme quiero,
que pues fiel aun la hallo aquí,
que ha de hacer tanto por mí
como por Elvira infiero.
(Se retira á un lado.)

ESCENA II

EL MARQUÉS *é* INÉS

INÉS

Jesús! Aun no me ha salido
del cuerpo el susto de ayer!
Razón tenía en temer
de don Pedro lo atrevido.
Necia de mí, á quien el miedo
la voluntad maniató...
Pero qué pude hacer yo,
Virgen Santa, en tal enredo?
Él sólo quería oir;
quién se había de figurar
que pudiera otro llegar
con intención de reñir?
(Pausa.) Yo que á don Pedro encerré,
motivando la querella,
cómo ahora delante de ella
sin vergüenza me pondré?...
«Conque así Inés en mi casa
»la lealtad de tantos años
»hoy, con tan torpes amaños,
»desacredita y traspasa?»
Eso dirá, sí por cierto,
y con razón, doña Elvira...
antes de aquella mentira
valiera más haber muerto.

MARQUÉS

(Llegando á ella.)
Quien se arrepiente pecando,
no está lejos del perdón.

INÉS

(Dando un grito.)
Ay!

MARQUÉS

Tente!

INÉS

Aparta, visión!

MARQUÉS

Inés, estás delirando?

INÉS

(De rodillas.)
Dejaste, sombra fatal,
el sepulcro que te encierra,
ó estás purgando en la tierra
tus delitos de mortal?

MARQUÉS

Alza, Inés.

INÉS

Perdón os pido,
alma de D. Juan Cisneros.

MARQUÉS

Inés!

INÉS

Malos caballeros
ya sé que vos han vendido;

que vivísteis encerrado,
que os ahorcaron...

MARQUÉS

Calla, Inés!

INÉS

Y confieso á vuestros pies
que contra vos he pecado.

MARQUÉS

Inés, vivo estoy á fe;
alza, que jamás he muerto,
que es un cuento.

INÉS

Será cierto,
mas no me levantaré!

MARQUÉS

Alza, Inés, ó vive Dios
(La coge por el brazo.)
que, si apuras mi paciencia,
te muestre con evidencia
que estoy vivo!

INÉS

Vivo vos!

MARQUÉS

Vivo, sí; véme, yo soy;
ese azoramiento calma;
yo soy en cuerpo y en alma
Juan Cisneros.

INÉS

Sin mí estoy!
Vos el Marqués, y vivís!
Por muerto os hemos llorado.

MARQUÉS

En vida estuve enterrado.

INÉS

(Retrocediendo.) Resucitado venís?

MARQUÉS

No temas.—En una torre
me encerró mi mala suerte,
y por eso de mi muerte
falsa la noticia corre.
Celos de un hombre que pudo
pusiéronme, Inés, allí:
anoche libre me ví,
y aunque lo veo, lo dudo.

INÉS

Conque vivís, mi señor?

MARQUÉS

Y tu ama?

INÉS

Por vos suspira
día y noche... Doña Elvira! *(Llamando.)*

MARQUÉS

No la llames, es mejor.

INÉS

Cómo, señor, no querríais
ver vuestro amor, vuestra perla,
vuestra vida?

MARQUÉS

Es sorprenderla,
asustarla.

INÉS

Dudaríais?
Creyera que vuestro gesto
retrata una desazón
que os destroza el corazón.
Podréis no amarla? Qué es esto,
señor?

MARQUÉS

Anoche soñé
celoso con una afrenta...
Ese afán que me atormenta,
puedes calmarme?

INÉS

No sé.

MARQUÉS

Inés, apenas cayeron
ayer las luces del día,

y en la neblina sombría
los objetos se envolvieron,
por la puerta del jardín
ansioso á veros entraba,
cuando un hidalgo que estaba
apostado en un confín
me recibió con su acero;
quíseme de él recatar,
y al huirle, vine á dar
con el de otro caballero.
Uno por la puerta entró
de la calle; sé quién es;
á los otros dos, Inés,
alguno al jardín llamó.
Por tí entraron?

INÉS

No, señor.

MARQUÉS

Luego entraron por Elvira.

INÉS

Yo... señor...

MARQUÉS

Una mentira
no ha de salvarte mejor.
Conque, Inés, lo cierto dí:
Elvira citó á aquel hombre?

INÉS

Sí, señor.

MARQUÉS

Sabe su nombre?
Responde!

INÉS

Pienso que sí.

MARQUÉS

(Con autoridad.)
Pues no hay dentro de esta casa
con Elvira otra mujer,
que sepas es menester,
Inés, cuanto en ella pasa.
Conque lo que sabes dí,
y lo que piensas excusa,
porque si luego te acusa
una mentira, ay de tí!
Sabe quién es?

INÉS

Sí lo sabe.

MARQUÉS

Y ella al jardín le citó?

INÉS

Sí, señor.

MARQUÉS

Ella le abrió?

INÉS

No, que le dí yo la llave.

MARQUÉS

Por orden suya?

INÉS

Así fué.

MARQUÉS

Claro está, viven los cielos!
Don Pedro entonces con celos
se ocultó... todo lo sé. *(Pausa.)*
Para esto en una prisión
lloraba yo tantos años?
Tan amargos desengaños
no esperó mi corazón.
Necio, miserable viejo,
que allí por su honor callaba,
mientras su honor le infamaba
una mujer sin consejo!
Y ahora, Dios mío! qué hacer?
Cómo vivir sin honor,
sin...

INÉS

Eso decís, señor,
y de Elvira!

MARQUÉS

No es mujer?

Corazón no tiene, dí?
No puede á ciegas amar?
Quien duerme junto al hogar,
al cabo se abrasa allí.
Tú sabes lo que las quejas
alcanzan de un galanteo
cuando avivan el deseo
imposibles de unas rejas?
No sabes tú cómo abrasan
los requiebros de un galán,
que al corazón siempre van
si por los oídos pasan?
No sabes á una mujer
cuánto tientan en verdad
la noche, la soledad,
las palabras de placer
que un labio audaz la prodiga,
cuando al jurar que la adora
la está llamando señora
y á ser su dama la obliga?
No sabes, Inés, por fin,
en quien con amor delira,
el fuego infernal que inspira
la frescura de un jardín?
Tú lo ignoras, mas yo no,
que mi juventud recuerdo,
porque el tiempo me hizo cuerdo
por loco que anduve yo!

INÉS

Si no lo hubiérais á mal,
á acordaros me atreviera
que nunca Elvira quisiera
sino á un hombre principal.

MARQUÉS

(Con ira.) Principal? Por vida mía,
demasiado principal!
Un galán de sangre real;
más principal le quería?

INÉS

Cómo! El rey!

MARQUÉS

Eso le abona.

INÉS

Perdón! No supe...

MARQUÉS

Ignorabas
que era á quien la llave dabas
el mismo rey en persona?

INÉS

Sí; lo juro...

MARQUÉS

Bien está.
Yo sé, Inés, que esta mañana,
por esa mujer liviana,
segunda vez volverá.
Quiero saber lo que á Elvira
dice... me entiendes, Inés?

INÉS

Oh!

MARQUÉS

Lo mando.

INÉS

Y cómo, pues,
ha de ser?

MARQUÉS

El modo mira.
La visita será aquí;
todo lo quiero escuchar,
sin que puedan sospechar
que están delante de mí.

INÉS

Pero, si no os ha de ver,
no podéis aquí quedaros,
pues por fuerza ha de encontraros
Elvira, que ha de volver.

MARQUÉS

Yo entré por aquella puerta;
mas si la tengo cerrada,
no alcanzo, Inés, á oir nada,
y quedar no puede abierta.

INÉS

Ocultaros no sé cómo.

MARQUÉS

De dos elige un castigo:
ó guardas mi honor conmigo,
(Mete mano á la daga.)
ó...

INÉS

(Aterrada.) Cielo santo!

MARQUÉS

Hasta el pomo.

INÉS

Perdón, señor! *(De rodillas.)*

MARQUÉS

Obedece.

INÉS

No supe, ese hombre al llamar,
cuánto os podía injuriar.

MARQUÉS

Tanta indulgencia agradece,
Inés, que á quien torpe abrió
á la deshonra mi puerta,
no advertida, sino muerta,
debiera dejarla yo.

INÉS

Mas...

MARQUÉS

Despacha!

INÉS

Perdonad.
Sólo tengo un aposento
en que ocultaros, y siento...

MARQUÉS

Cuál es?

INÉS

El mío.

MARQUÉS

Guiad.

INÉS

Hasta que al salón volver
podáis, estaréis allí,
y...

MARQUÉS

Adelante, Inés, que aquí
consejos no he menester.

ESCENA III

DOÑA ELVIRA *y después* INÉS

ELVIRA

Qué noche tan triste! Cual lúgubre sueño
que rueda en tinieblas medrosa pasó.
En vano á la reja por verles me empeño;
la sombra callada mis ojos cegó. [mido
Ni un paso, ni un bulto, ni un ay!, ni un ge-
llegué en las tinieblas á ver ni escuchar.
Si al duelo volvieron, alguno ha caído...
Cualquiera que caiga, tendré que llorar.
Por qué ese don Pedro se afana imprudente
mi triste secreto tenaz en saber? [cente,
Sin duda hará un crimen de un hecho ino-
que herir en la honra podrá á una mujer.
Mas, ay! Se lo dije, tal es mi secreto.
Por qué, si es que me ama, de mí no fiar?
No puede haber nunca sagrado un objeto
que obligue á una dama á mentir ó á callar?
No ve cuánto sufro? No ve cuánto duelo
me cuestan de ese hombre las citas de amor?
No ve que si á medios indignos apelo
serán mis razones de mucho valor?
Mas ah! que si al cabo descubre su nombre,
por más que inconstante tal vez me tendrá!
Conséjele el cielo, que á mí sólo ese hombre
la paz y la vida volverme podrá!
Mas, cómo tan tarde ninguno parece?
(Llamando.)
Inés! Tal vez teme mi enojo excitar;
mas yo la perdono, que no lo merece;
mandando don Pedro no hay más que callar.
(Llamando.)
Inés... Dueña!

INÉS

Qué mandáis?

ELVIRA

Cómo despiertas tan tarde?
No ves que ya es día claro?

INÉS

Dispensad...

ELVIRA

Las rejas abre,
que entre el aire.
(Inés abre el balcón, y va hacia la puerta con intento de volver á salir.)
Dónde vas?
Tan presto quieres marcharte?
Acábame de vestir;
aquestos corchetes dáme;
prende bien estos cabellos...
Torpe estás; no sé qué cause
tanto desamaño en tí;
cerca de dos horas hace
que andando estoy por la casa;
no me sentistes enantes?

INÉS

Señora...

ELVIRA

El jardín anduve
registrando.

INÉS

(Aparte.) Cristo, valme!

ELVIRA

Qué hablas?

INÉS

Nada.

ELVIRA

Me parece
que una exclamación soltaste.

INÉS

Yo, señora...

ELVIRA

Inés, despacha,
y tanto afán no te pases
por culpa que en tí no estuvo.

INÉS

Cómo, señora! Del lance
de ayer noche...

ELVIRA

No hay que hablar.
Supongo, Inés, á qué artes
acudiría don Pedro.

INÉS

Es tan violento!

ELVIRA

Adelante.
Ya sé bien que cuando manda
no es el resistirle fácil.

INÉS

Conque, al fin, perdonaréis...

ELVIRA

Ya dije que más no se hable
de ello; aunque tu indiscreción
me puso en extremo trance,
sé que eres fiel servidora
y que de necia pecaste.
Á otra cosa. Esta mañana
vendrá.

INÉS

Quién?

ELVIRA

Pues no lo sabes?
El rey.

INÉS

Conque vos sabíais
quién era?

ELVIRA

Sí.

INÉS

Y liviandades
de tal peso no os espantan?
Quien al rey sus puertas abre
cuando se muestra embozado
por una calle adelante,
no por el rey, por el hombre...

ELVIRA

(Interrumpiéndola.)
Esa torpe lengua calle,
y acuérdese que á mi casa
para obedecer la traje.

INÉS

Señora...

ELVIRA

Con él de amores
piensa la necia que trate?

INÉS

Pues de qué sino de amor
pueden tratar los galanes?
No le llamáis al jardín?
Requiebros no le escuchásteis?
No os dijo que érais hermosa?
No se llevó vuestro guante?

ELVIRA

Cómo!

INÉS

Perdonad, mas ya
no pretendo disculparme;
desde ese balcón velaba
vuestra honra.

ELVIRA

(Con indiferencia.) Muy bien hace
servidor que tanto cura
de sus amos... Á esta parte
siento ruido, ve quién entra.

INÉS

Es don Pedro.

ELVIRA

Bien, que pase.

INÉS

Pues y el rey?

ELVIRA

Qué se la importa?
Obedezca á quien la mande.

INÉS

(Aparte.) De tanta cita y visita
con bien el Señor nos saque!
Buena se arma si otra vez
vuelven todos á encontrarse.

ESCENA IV

DOÑA ELVIRA *y* DON PEDRO

PEDRO

Perdonad, si aun una vez
os soy molesto, señora;
con mi amor no vengo ahora,
que vengo con mi altivez.
No hay ya medio entre los dos;
con las razones que tengo,
no me toca, ni á más vengo,
que á despedirme de vos.
Permitidme concluir,
que no he de ser muy prolijo:
me dáis á elegir, y elijo
entre huiros y sufrir.
Fuera inconstancia en verdad
posponerme á cualquier hombre,
pero al rey... dadla otro nombre
que no sea liviandad.
Vos me habéis puesto esa ley;
yo, consultando á mi honor,
no quiero partir mi amor,
ni con hombre, ni con rey.

ELVIRA

(Con dignidad.)
Con vuestro amor no venís
y sí con vuestra altivez!

Bien; os recibo á mi vez
con la altivez que exigís.
Yo no sé si contestar
á vuestro amor; bien pudiera,
mas mengua, don Pedro, fuera
cuenta á vuestro orgullo dar.
Inconstante me llamáis
si amara tan sólo á otro hombre;
es el rey, y con el nombre
de liviana me injuriáis.
Que le amo, osado decís;
que no hay medio entre los dos;
que os engaño, decís vos;
y yo os digo que mentís.
Vos resistís á mi ley,
y yo no parto mi amor
con quien duda de mi honor,
ni por hombre, ni por rey.

PEDRO

Efugios son de mujer,
pues razón tiene en dudar
quien pudo ver y escuchar
en vuestro jardín ayer.

ELVIRA

Don Pedro, es empeño vano
que disculpas demandéis;
si obré liviana creéis,
creo que obrásteis villano.
Tiempo bastante os pedí
á poder satisfaceros;
no debísteis esconderos
para indagar más de mí.
Y, en fin, si culpada estoy,
disculpas diera tal vez
al amor, no á la altivez,
que altiva por demás soy.

PEDRO

Pues dadme, señora, alguna,
cualesquiera que tengáis;
que si al fin os disculpáis,
será disculpa oportuna.

ELVIRA

Y quién me la pide ahora,
el orgullo ó el amor?

PEDRO

El despecho y el dolor,
si habéis disculpa, señora.

ELVIRA

Pues bien, don Pedro, os adoro;
todo fué farsa, mentira.

PEDRO

Esa es la disculpa, Elvira?

ELVIRA

No véis, don Pedro, que lloro?
Y por quién sino por vos?

PEDRO

(Con indiferencia.)
Toda mi existencia diera
por una gota siquiera
de ese llanto, vive Dios;
mas, si no me acuerdo mal,
también anoche llorábais,
y en falso, Elvira, jurábais
por una disculpa igual.

ELVIRA

Y os juro que no mentí!

PEDRO

Eso más?

ELVIRA

Es mi secreto.

PEDRO

De burla me hacéis objeto?

ELVIRA

Don Pedro, os mofáis de mí!

PEDRO

Yo mofaros!

ELVIRA

No me amáis?

PEDRO

Hoy no sé qué responder.

ELVIRA

Pero me amábais ayer!

PEDRO

Oh! Sí.

ELVIRA

Y de mí no os fiáis?
Un secreto haber no puede
que siendo, don Pedro, ajeno,
baste á hacer que un hombre bueno
como sospechoso quede?
Enojaros fuera ley,
si amara á un hombre cualquiera;
mas tan tenaz con vos fuera
por ser querida del rey?

PEDRO

Mas no fingísteis el nombre
hablando anoche con él?
No pedísteis un papel
con el destierro de un hombre?

ELVIRA

Y eso no es prueba evidente
de que á vergüenza tenía
tal galán?

PEDRO

Es que él fingía
que era don Juan Benavente.

ELVIRA

Y es que no ignoraba yo
que era el rey antes de entrar.

PEDRO

Y él no se pudo informar
de vuestra persona?

ELVIRA

No.
Darle noticias no pudo
ni pariente ni vecino,
que es, don Pedro, mi destino
un misterio ciego y mudo.
En esta casa escondida,
ha seis años me véis vos,
y un solo hombre, Inés y Dios,
saben á medias mi vida.

PEDRO

No lo alcanzo á comprender.

ELVIRA

Esperad un día más,
y no os pesará quizás
lo que os dice una mujer.

PEDRO

Mas el rey...

ELVIRA

Nada temáis;
hoy tan sólo ha de venir.

PEDRO

Y le pensáis recibir?

ELVIRA

Eso, don Pedro, dudáis?

PEDRO

Esto es por demás, señora!

ELVIRA

En que otra vez le reciba
todo nuestro amor estriba;
creed á quien os adora.

PEDRO

(Aparte.) Ó estoy loco, vive Dios,
ó loca se ha vuelto ella...
Á no ser que esta querella
locos nos vuelva á los dos.

ELVIRA

Don Pedro, en ello me va
más que existencia y honor,
y os juro que no es amor,
que aquí mi secreto está.

PEDRO

Á lo mismo hemos tornado
que ayer decíais, señora,

y sin embargo, hasta ahora
aún no os habéis disculpado.

ELVIRA

Más satisfacción queréis?
Pues bien, al rey esperad,
y que os ponga tolerad
donde veáis y escuchéis.

PEDRO

Anoche le escuché y ví;
y eso qué hace á nuestro amor?

ELVIRA

Hace, don Pedro, á mi honor,
y mi honor me importa á mí.
Anoche por vez primera
al rey osé recibir;
hoy que le vuelvo á admitir,
será por la vez postrera.
Testigo fuísteis en una,
sedlo, don Pedro, en las dos,
y... haced paciencia, por Dios,
que es un golpe de fortuna.
Dejad que firme el papel,
que después que le obtengamos,
todos sin trabas quedamos,
vos conmigo y yo con él.

PEDRO

(Con enfado.)
Y el papel qué importa aquí?

ELVIRA

Más que á mí os importa á vos;
á otro hombre más que á los dos,
y más que la vida á mí.
Conque si habéis de esconderos,
seguidme; y si no ha de ser,
no puedo, don Pedro, hacer
ya más por satisfaceros.

PEDRO

No os entiendo, por mi vida!
Mas ya que así os empeñáis,
fuerza es que darme podáis
satisfacción bien cumplida.
Vamos.

ELVIRA

Tened un momento,
y ved que os vuelvo á advertir
que cuanto aquí váis á oir
es mentira y fingimiento.
Palabras serán de amor,
excesivas si queréis,
pero nunca os olvidéis
que os amo, y que tengo honor.

ESCENA V

INÉS

Válgame el Cristo de Burgos!
Yo puesta en tan duro trance!
Escondido mi señor
en mi propio cuarto, pase;
pero escondido don Pedro
por mi señora... Dios hace
milagros, y tal vez uno
de este peligro nos salve.
Voy por don Juan, y Dios quiera
ayudarnos y ayudarle.

ESCENA VI

DON PEDRO *y* DOÑA ELVIRA, *abriendo por dentro las celosías, asoman á la escena.*

ELVIRA

Este escondite, don Pedro,
sólo por dentro se abre.
Desde aquí ved y escuchad,
y mirad si os satisface
quien os llama por testigo
en la causa que acusásteis.

PEDRO

Basta que vos lo digáis,
que puesto que yo no baste
tal misterio á comprender,
vuestra palabra es bastante.

ELVIRA

Con Dios quedad, que el rey viene.

PEDRO

Permitid que os acompañe
por la escalera.

ELVIRA

Bajad
hasta el corredor si os place.

PEDRO

Cierro aquí, y dadme la mano.

ELVIRA

Tomadla, y bajad delante.
(Cierran las celosías.)

ESCENA VII

Al momento que DON PEDRO *cierra las celosías, salen* EL MARQUÉS *é* INÉS *por el mismo lado por donde entraron al retirarse en la escena segunda, y que se supone dar al interior de la casa.*

INÉS

Pronto, entrad, que doña Elvira
puede volver al instante,
y desde un balcón he visto
cruzar al rey por la calle.

MARQUÉS

Bien está, Inés; tú silencio.

INÉS

Por Dios, señor!

MARQUÉS

Calla y salte,
y como adviertas á Elvira
que estoy aquí, encomendarte
puedes al cielo.

INÉS

Que vuelve!
(El Marqués entra en el gabinete de doña Elvira. Inés se queda de espaldas á la puerta en el momento en que vuelve doña Elvira.)
Cerrad bien. (San Pedro, valme!)

ESCENA VIII

DOÑA ELVIRA *é* INÉS *en la escena;* DON PEDRO *en las celosías y* EL MARQUÉS *en el gabinete.*

ELVIRA

Inés.

INÉS

Señora.

ELVIRA

Que llaman.

INÉS

(Mirando por el balcón.)
El mismo.

ELVIRA

El rey?

INÉS

Sí.

ELVIRA

Pues abre.

INÉS

Señora, ved lo que hacéis.

ELVIRA

Obedezca, dueña, y calle. *(Váse Inés.)*
Dios mío! Véis mi inocencia.
Santa es mi causa; ayudadme.
(Ruido en las celosías. Doña Elvira se acerca.)
Don Pedro?

PEDRO

(Dentro de las celosías.)
Aquí estoy, señora.

INÉS

(Anunciando.)
Don Juan Benavente.

ELVIRA

Pase.

ESCENA IX

EL MARQUÉS *y* DON PEDRO *ocultos;* EL REY *y* DOÑA ELVIRA *en la escena*

REY

Guárdeos Dios, la de Aguilera.

ELVIRA

Señor don Juan, bien venido.

REY

Me esperábais?

ELVIRA

Siempre espera
quien bien quiere.

REY

Antes viniera,
mas...

ELVIRA

Tarde, don Juan, no ha sido.
Sentáos.

REY

Cansado estoy.

ELVIRA

Reposad.

REY

(Sentándose.) Oh! Nunca así
tan bien hallado me ví!

ELVIRA

Cuántas damas habéis hoy
visitado antes que á mí?

REY

No tenéis espejo, Rita?

ELVIRA

Por qué me lo preguntáis?

REY

Porque así me lo acredita
el que con otra creáis
que parto vuestra visita.
Dentro del pecho, al amaros,
mueren afectos añejos,
y dáisme indicios bien claros
de que, ó no sabéis miraros,
ó no usáis vuestros espejos.

ELVIRA

Galantería extremada,
don Juan!

REY

No; por Dios que no.

ELVIRA

Qué sois en la corte?

REY

Nada.

ELVIRA

Por lisonja tan sobrada
cortesano os juzgué yo.

REY

Y al ver tanta discreción,
yo os juzgara una condesa.
Os reís?

ELVIRA

(Riendo.) Linda invención!
Una humilde montañesa
de los montes de León?
Mucho, don Juan, me queréis,

ó ignoráis mucho de España,
pues tan discreta me hacéis,
cuando Aguileras sabéis
que es familia de montaña.

REY

No os extrañe eso, señora,
pues que ignore extraño no es
vuestro ser y estado agora,
quien ve en vos, y en vos adora,
un prodigio montañés.

ELVIRA

Por tan bella me juzgáis?

REY

Más no alcanzara el pincel
de Murillo.

ELVIRA

Ponderáis!
Mas si amáisme...

REY

Eso dudáis?

ELVIRA

Pues firmadme este papel.

REY

(Aparte.) (Linda flema, por mi vida,
tras de tanto desbarrar!)
Pronto queréis ser servida.

ELVIRA

Fué condición prometida
no volver sino á firmar.

REY

(Aparte.) (Oh, pues me apura por Dios;
qué responderla no sé!)
Mas sin ver qué queréis vos
que firme, no firmaré.

ELVIRA

Es un pacto entre los dos.

REY

Mas qué nos obliga en él?

ELVIRA

Á vos, perdonar á un hombre,
y á mí, seros siempre fiel,
por respeto á vuestro nombre,
escrito en este papel.

REY

(Aparte.) Situación más apurada...
Mas... ocurrencia excelente!

ELVIRA

Firmáis?

REY

Estáis empeñada...
(Firmaré Juan Benavente,
con lo cual no firmo nada.)
Dadme una pluma.

ELVIRA

(Con coquetería.) Ay de mí!

REY

Qué?

ELVIRA

Que no hay plumas aquí.

REY

Que las busquen.

ELVIRA

Es el caso...
mas ya está.

REY

Dísteis acaso
con ellas?

ELVIRA

Mucho que sí.
Con ese anillo es igual.
(El que el Rey lleva en el dedo.)

REY

(Aparte.) (Qué diabólica invención!)
Reparad...

ELVIRA

Vuestro blasón
no es ése?

REY

(Aparte.) Lance fatal.

ELVIRA

Tanto vale en conclusión.
Tomad; no le negaréis;
sobre esta oblea...
(Toma el papel, le pone una oblea, y se le da al Rey de manera que no le quede otro remedio.)

REY

Advertid...

ELVIRA

Vamos, en qué os detenéis?

REY

Mas...

ELVIRA

Fuerza es que eso selléis
ó de mi casa salid.
Pues habéis, don Juan, venido
con condición de firmar,
cumplidme lo prometido,
que el precio habéis admitido
de amor por papel trocar.

REY

Pues prometí, cumpliré,
que al fin caballero soy.
Mas, me juráis...

ELVIRA

Sí, á mi fe!
Nada innoble os propondré.

REY

Pues tomad. *(Sella y dale el papel.)*

ELVIRA

Gracias os doy.

REY

(Con satisfacción.)
Y ahora, pues, que yo cumplí,
Rita, que cumplas es ley.
Me amas?

ELVIRA

Sin duda que sí.

REY

Mucho?

ELVIRA

Mucho.

REY

Cuánto, dí?

ELVIRA

Cuanto amar pudiera al rey.

REY

Os burláis?

ELVIRA

Por qué no acierto...

REY

Más esperaba de vos.

ELVIRA

Díjeos algún desacierto?
El rey, don Juan, es de cierto
primero después de Dios.
Y si os amo como al rey,
no alcanzo de qué os quejáis.

REY

(Aparte.) (Ya respiro!) Eso extrañáis?
No admite igualdad en ley
con nadie el que vos amáis.

ELVIRA

Venís, don Juan, lisonjero!

REY

(Con osadía.) Eres bella como el sol,
tu mirar es hechicero;
te amo, Rita.

ELVIRA

Caballero,
sois audaz.

REY

Soy español.
Dadme que esa linda mano
acaricie, hermosa Rita.

ELVIRA

No será. (Dios soberano!)

PEDRO

(Aparte, entreabriendo las celosías.)
Que sea un rey tan villano!
Por los cielos que me irrita.

REY

(A doña Elvira.)
Qué, tu palabra me niegas?
Ser mía no prometiste?

ELVIRA

Noble soy. *(Con orgullo.)*

REY

(Con audacia.) Mal voto alegas.

PEDRO

(Sacando el medio cuerpo por las celosías.)
(Oh, león regio, te perdiste
si así con el tigre juegas!)

MARQUÉS

(Asomando por el gabinete de doña Elvira.)
(Oh, por Cristo, que me infama!)

PEDRO

(Viendo al Marqués.)
Mas, qué veo?

MARQUÉS

(Viendo á don Pedro.)
Voto á Dios!
Tantos hoy contra mi fama!

PEDRO

(Saliendo.) Conque tres para una dama?
Salid, viejo. *(Al Marqués.)*

MARQUÉS

(Con ira.) Soy con vos.

ESCENA X

EL REY, DOÑA ELVIRA, DON PEDRO *y* EL MARQUÉS

(El Rey recobra la majestad de su persona, aparentando su afectada galantería. Doña Elvira muestra temor, don Pedro celos, y el Marqués sigue recatando el rostro como en el acto primero.)

REY

(Con arrogancia.)
Quién sois vosotros que doquier tenaces
seguís á vuestro rey? Dáis al olvido
que ahuyenta las salvajes alimañas
del soberbio león ronco el rugido?
Me entendéis? Despejad.

PEDRO

(Adelantándose con orgullo.)
Mucho te engañas
si piensas aterrarme con tus voces.
Si imbéciles reptiles de repente
á la voz del león huyen veloces,
atrevida le aguarda la serpiente.
Bajo tu ley nací, nací vasallo,
mas también á su dueño se somete
el orgulloso y lidiador caballo,
y tira, sin embargo, á su ginete.
Óyeme, oh rey! y mi cuestión decide.
(El Rey se cala su sombrero, que habrá dejado sobre el velador en la anterior escena, y sentándose en el sillón, dice con la altivez y majestad que requiere la situación.)

REY

Valiente me pareces; ya te escucho;

habla, y con tiento tus palabras mide,
que hablando con tu rey te importa mucho.

PEDRO

No sé quién soy; el nombre con que firmo
no sé, Felipe cuarto, á quién le debo,
mas ó villano ó real me le confirmo,
y con audacia y altivez le llevo.
Ignoro todavía por qué mano
de oro y consejos mi porción recibo;
mas buenos son, de noble y castellano,
y humilde yo los obedezco y vivo.
No conocí ni padres ni parientes,
que me esquivó el placer desde la cuna;
sólo he vagado entre diversas gentes;
esto es mi porvenir y mi fortuna.
(Mostrando la espada.)
Llegué un día de Flandes á esta casa
que en anónima carta me mostraron
como un asilo en mi orfandad, y pasa
de años seis que sus puertas me franquearon.
Aquí á Elvira encontré, y aquí amé á Elvira.
La adoro, oh rey! Y voto al firmamento
que, si no ha sido su pasión mentira,
su amor con nadie en dividir consiento.
Yo no tengo más padres, más hermanos,
más ilusión que Elvira, y más fortuna;
robármela, es ahogar con necias manos
al tigre sus cachorros en la cuna.
Ahora bien; pues no tengo otra esperanza,
ni otra ventura en mi existencia quiero,
tigre seré que por la selva avanza
vengador de sus hijos carnicero.
No transijo con rey ni con villano,
y meditadlo bien, que yo altanero,
si noble no nací ni caballero,
me siento con aliento soberano.

MARQUÉS

Basta, mancebo, basta; tu nobleza
bien la audacia atestigua de tu boca;
tu causa acaba do la mía empieza;
cédeme tu lugar, que á mí me toca.
(Pónese delante del Rey, recatando el rostro como hasta aquí.)
(Al Rey.)
Yo amaba á una mujer más que á mi vida;
era el único bien que me quedaba,
luz de mis ojos, para mí perdida;
presa de la vejez, qué me restaba?
Un mancebo, señor, fué sin consejo
el bien á hurtarme que perdido lloro,
la sedujo, le amó, y el pobre viejo
quedó en su soledad sin su tesoro.

REY

Sin espada os dejó? Qué hicísteis de ella?

MARQUÉS

No me atreví con él.

REY

Cobarde fuísteis.

MARQUÉS

No era esquivar por eso la querella.

REY

Entonces, por qué, pues, lo consentísteis?

MARQUÉS

Porque noble nací.

REY

Y eso es nobleza?

MARQUÉS

Yo, ni ultrajado, con mi rey me atrevo.

REY

Mentís, anciano?

MARQUÉS

(Desembozándose.) Por mejor certeza
doña Ana era mi amor, vos el mancebo.
(El Rey se levanta y le mira. Don Pedro pone mano á la daga, y doña Elvira exclama:)
Padre mío!

PEDRO

Su padre!

MARQUÉS

(Á doña Elvira.) Aparta.
(Á don Pedro.) Tente!
(Al Rey.) Perdonar pude al Príncipe, debía;

mas al futuro rey mengua sería
igualar con don Juan de Benavente.

REY

Me amenazáis?

MARQUÉS

No sé, mas escuchadme.
El rey gozó mi amor, y por cubrillo...
que lo diga teméis? mas perdonadme,
me encerrásteis, señor, en un castillo.

REY

Basta, Marqués; si en el castillo os tuve,
fué por traidor no más, que vuestra gente
alzásteis contra mí; mas presto anduve
y sofoqué la hoguera de repente.
Calláis? Vos el rebelde fuísteis; sólo
lo sabemos los dos bien á conciencia;
pagarnos fué no más dolo por dolo;
por eso fué prisión vuestra sentencia.

MARQUÉS

Mal lo entendéis; no os pido de doña Ana
cuentas aquí, que de mi honor las pido.

REY

(Con desprecio.)
Si hija hubiérais á fe menos liviana,
jamás hubiera por su amor venido.

MARQUÉS

(Avergonzado.)
Oh, que tenéis razón!

PEDRO

Yo no soy padre.
Yo también de su amor os pido cuenta;
mirad si me la dáis.

REY

Tal vez te cuadre
que olvide que soy rey! No te contenta?

PEDRO

Pláceme, vive Dios! Y defendéos.

REY

(Sin hacer caso de don Pedro.)
Marqués, por el balcón llamad mi gente,
y que os prenda otra vez.

ELVIRA

(Dando el papel á su padre.) Señor, tenéos,
que perdonado estáis, si no inocente.

REY

Qué es eso?

ELVIRA

Su perdón; lo habéis sellado.

MARQUÉS

Hija mía!

ELVIRA

Mirad si obré liviana;
tanto á vos por mi padre me he humillado.

REY

(Después de un momento de silencio.)
Dos partes tiene esa promesa insana;
os perdono, Marqués; cumplo la mía.
(Don Pedro se adelanta hacia el Rey. El Rey, sin hacerle caso, se dirige primero á doña Elvira.)

PEDRO

Que falta ved la de quien no perdona.

REY *(Á doña Elvira.)*

Para cumplir la vuestra os doy un día;
(Á don Pedro con desprecio)
y á vos... ved quién os presta una corona.
(El Rey sale apartando á don Pedro, y cae el telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

DOÑA ELVIRA *y* DON PEDRO

PEDRO

Yo, Elvira, quedarme aquí?
No, imposible, iré con vos.

ELVIRA

Y eso podemos los dos?

PEDRO

Conque al cabo huís de mí?
Nada os importa mi amor,
ó al rey teméis según veo.

ELVIRA

Y qué hacer cuando el deseo
es contrario del honor?
De ese amor no hago querella,
que sin vos no sé vivir;
mas, cómo podéis seguir
sin disfama á una doncella?
No soy vuestra esposa yo,
y va mi padre conmigo...
por galán ó por amigo
creéis que os consienta? No.
Igual ha de ser la ley
de mi honor para los dos,
y nunca ha de huir con vos
quien huyendo va del rey.

PEDRO

Bien, Elvira, ya os comprendo
que, con el rey compararme,
es con decoro anunciarme
que váis de don Pedro huyendo.
Y si es así, hablad, Elvira,
decídmelo de una vez,
que hiere más mi altivez
que un desaire, una mentira.

ELVIRA

Demente estáis, y os perdono
vuestro insulto.

PEDRO

Lo es quizás?

ELVIRA

No os dije que tengo en más
vuestro cariño que un trono?
Mas ya oísteis que tachó
mi conducta de liviana,
y fuera mengua mañana
que lo acreditara yo.

PEDRO

Y porque él no crea tal
yo sin vos me quedaré?
Nunca, Elvira; os seguiré,
que la ley es desigual.

Él dudó de vuestra fama,
robaros quiso el honor,
y tratáis con más rigor
que al que os ofende, al que os ama.
Si no me quiere admitir
vuestro padre como amigo,
como importuno testigo
doquiera os he de seguir.
Y nada por vos me abate;
iré como vuestro esclavo,
y si á vuestro padre al cabo
le ofendo así, que me mate.

ELVIRA

Don Pedro, estáis delirando?
Qué desafueros son éstos?
Para tan torpes denuestos
os he dado causa? Cuándo?
No os amé como á mi vida?
No os dije que al exponerla
de perderos ó perderla
la daba por bien perdida?
Mi padre, en qué os injurió?
Del rey temiendo el ultraje,
prepara esta noche el viaje;
puedo impedírselo yo?
Contra el rey ha de ponerse?
Á quien tan de alto pelea,
no es ceder acción tan fea,
que el huir es defenderse.
Si vuestra suerte importuna
de por medio se metió,
no tengo la culpa yo,
sino la mala fortuna.

PEDRO

Pues bien; de hinojos tenaz
por esposa os pediré.

ELVIRA

Y os lo negarán.

PEDRO

Por qué?

ELVIRA

La conversación mudad.

PEDRO

Escucharla no queréis?

ELVIRA

Dejadla, yo os lo aconsejo.

PEDRO

Pues que os ofende, la dejo;
mas la razón me diréis.
Dadme al fin un desengaño;
no me amáis ya? Hablad, Elvira.
Sois mujer... Si al aire gira
la veleta, no es extraño!
Pero lloráis! Vive Dios,
de misterios concluid,
y quién estorba, decid,
la ventura de los dos.

ELVIRA

No lo preguntéis, don Pedro,
que habrá de pesaros mucho!

PEDRO

No temáis, sereno escucho;
de mi suerte no me arredro;
decidlo.

ELVIRA

Fuera un baldón.

PEDRO

Acabad.

ELVIRA

Váis á ofenderos.

PEDRO

Pronto!

ELVIRA

(Con dignidad, pero sin altanería.)
Elvira de Cisneros
me llamo.

PEDRO

Tenéis razón.
Por mucho amaros quizás,

que os llamábais olvidé
Cisneros y Santa-Fe,
y yo don Pedro no más.
Tenéis razón! Cómo osara
alzarse hasta vos, señora,
un vagabundo que ignora
el padre que le engendrara?
Nacida en hidalga cuna,
cómo pudiérais tomar
marido que os ha de dar
amor en vez de fortuna?
Oh, no faltaría alguno
de vuestra raza altanera,
que os casábais, os dijera,
con el hijo de ninguno!
Por Dios que tenéis razón!
Qué importa al tomar marido,
si os le dan con apellido,
que os le den sin corazón!

ELVIRA

Y pensáis que yo le tome?
Pensásteis que hablé por mí?
No; vuestro amor está aquí,
y las entrañas me come.
Me juzgáis tan altanera
que os negara mi pasión
por un inútil blasón
que le dan hoy á cualquiera?
Mal lo entendísteis, por Dios!
Si corre ya el mundo así,
por qué me culpáis á mí?
Podéis remediarlo vos?

PEDRO

Perdón, señora, perdón;
lo que os he dicho no sé;
pero es muy amargo á fe
que tengáis tanta razón.
Perdonad; tanto tiempo ha
que no pienso en otra cosa,
que una idea tan odiosa
no cabe en mi mente ya.
Cuando de Flandes volví *(Con ternura)*
mal curado de mi herida,
sólo por vos esta vida
en conservar consentí.
Cuando acudir á mi Dios
los médicos me mandaban,
mis potencias se elevaban,
no á los cielos, sino á vos.
Al porvenir me decían
mirase, y en aquel punto
á vuestro bello trasunto
mis sentidos atendían.
Si clavados en el cielo
mis ojos, por un instante
se inundaba mi semblante
de esperanza y de consuelo,
no era que blanca visión
en su azul me sonreía,
érais vos, que yo os veía,
señora, en mi corazón.
Os acordáis?

ELVIRA

Sí me acuerdo...!
Fuera olvidarlo morir;
mas pienso en el porvenir
y en su inmensidad me pierdo.
Con tan hermosas visiones
doré mi vida, y en tanto,
que fué para vos mi llanto,
para vos mis oraciones.
Mi vida ofrecía á Dios
en inspiración cristiana,
mas nunca llegó profana
hasta los cielos, por vos;
que hasta el cariño filial
con el vuestro dividía,
pues de otro modo creía
que era emplearle muy mal.
Mas quién creyera que ese hombre
que nos debía salvar,
nos viniera á condenar
ante la ley de su nombre?

PEDRO

Tenéis razón, vive Dios!
Mas pues no soy criminal,
yo solo en su tribunal
responderé por los dos.

ELVIRA

Qué estáis diciendo?

PEDRO

Hombre soy
sin derecho y sin fortuna;
puede que el rey tenga alguna,
y á que me la preste voy.

ELVIRA

Eso pensáis?

PEDRO

Eso pienso.

ELVIRA

Por Dios, don Pedro...!

PEDRO

Quitad.

ELVIRA

Si es que me amáis...

PEDRO

Sí, en verdad;
con amor insano, inmenso.
No sé ya sin él vivir;
mi alma, el vuestro necesita;
por eso á quien me le quita
se le he pensado pedir.

ELVIRA

Váis á perderos; la ley
por quien la hace ha de fallar.

PEDRO

Pues para reñir y amar
soy tan hombre como el rey.
Á su alcázar llegaré.
(El Marqués asoma á escuchar.)

ELVIRA

Y subir no os dejarán.

PEDRO

Haré frente.

ELVIRA

Y os la harán.

PEDRO

A mí?

ELVIRA

Á vos.

PEDRO

Le esperaré,
y una vez ha de salir,
y sea de día ó de noche,
salga á pie, á caballo, en coche,
voto á Dios! que me ha de oir.

ELVIRA

Os apartarán.

PEDRO

Por qué?

ELVIRA

Porque al rey cedáis el paso.

PEDRO

Dios de Dios! En ese caso,
como vil le mataré.

ESCENA II

EL MARQUÉS *sale de repente, dirigiéndose á* DON PEDRO; *éste contesta como hombre resuelto á no ceder un punto de su opinión.*

MARQUÉS

Regicida!

PEDRO

Bien está;
mi único bien es Elvira;
quien contra mi bien conspira,
vasallo ó rey, morirá.

MARQUÉS

Qué estás diciendo, insensato!
El labio insolente cierra;
quien al rey osa en la tierra,

hace á Dios un desacato.
Y ni es noble ni español
quien la vida le consiente.

PEDRO

(Con ira.)
Ved que habláis...

MARQUÉS

(Interrumpiéndole.) Con un demente
que escupe sin juicio al sol.
Don Pedro, si á tal ultraje
fuéreis capaz de atreveros,
mientras viva Juan Cisneros
hallaréis quien os ataje.
Tal vez me tiembla la mano
para defender mi honor,
más darála harto vigor
el honor del soberano.
Lo dije: si os atrevéis
crimen tamaño á intentar,
por aquí habéis de pasar
primero que al rey lleguéis.

PEDRO

Mi espada no tiene punta
contra vuestro corazón,
mas guardad vuestra opinión
cuando nadie os la pregunta.
Y permitidme advertir
que no sé con qué derecho
tutor mío os habéis hecho,
y me osáis reconvenir.

MARQUÉS

Derecho tengo.

PEDRO

No le hallo.

MARQUÉS

No halláis derecho en la ley
que defender á su rey
manda á todo buen vasallo?

PEDRO

Cómo, si sois tan leal,
el rey os llamó traidor?

MARQUÉS

Á informarse el rey mejor
no me lo llamara tal.

PEDRO

Mas callásteis!

MARQUÉS

Es quien es,
y era fuerza consentillo.

PEDRO

Os acordáis del castillo
y al león besáis los pies.

MARQUÉS

Bien, don Pedro; en conclusión,
al rey os mando olvidar;
ved que os lo puedo mandar
con razón y sin razón.

PEDRO

Ya os toleré demasiado,
que tengo sangre española;
con una condición sola
me daré por obligado.

MARQUÉS

Decid.

PEDRO

Amo á vuestra hija,
y pues hay quien la deshonra,
que fíe en alguien su honra,
y entre el rey y yo, que elija.

MARQUÉS

Tanta osadía me extraña!
Entre él y vos escoger?
Desde cuándo queréis ser
igual con el rey de España?

PEDRO

Como ladrón de su honor
de noche el rey ha venido,
y más vale un mal marido
que el mejor galanteador.

MARQUÉS

Don Pedro, mientras yo viva
del rey no ha de ser la dama;
mas ya que su honra y su fama
en la de su esposo estriba,
aconséjoos que miréis,
pues la pretendéis tan vano,
al ofrecerla la mano,
el nombre que la ofrecéis.

PEDRO

Me insultáis?

MARQUÉS

Una verdad
no es un insulto, por Dios.

PEDRO

Y quién sois que tanto vos
jugáis con mi vanidad?
Cuando á la corte al venir
aquí mi pie dirigieron,
sin duda que bien supieron
á quien íbais á admitir.
Si eso fué por amistad,
mi nombre no es un borrón;
y si fué por compasión,
nada os debo en realidad.
Si soy noble ó soy villano,
no lo sé; mas, caballero,
tanto acosáis al cordero,
que os ha de morder la mano.
Yo no me igualo á mi rey;
mas Dios, al crear los hombres,
no hizo distinción de nombres
en la igualdad de su ley.

MARQUÉS

Pues entendedlo mejor:
si el rey tan tirano fuera
que á sus pueblos se atreviera
en conciencia y en honor;
si para su osada huella
en el rincón más obscuro
no hubiera un honor seguro
en casada ni en doncella;
si por odio á sus vasallos,
tanto en ellos se ensañase
que á su coche les atase
á la par con sus caballos,
pudieran, sí, todos ellos
toda su sangre agotar...
Y vos, no podéis tocar
al menor de sus cabellos.

PEDRO

Luego vos sabéis quién soy?
Decídmelo, pues, al punto.

MARQUÉS

No.

PEDRO

(Conteniéndose.)
De modo os lo pregunto
que pruebas de humilde os doy.

MARQUÉS

Don Pedro, no os lo diré.

PEDRO

Mirad que si así el camino
me cerráis de mi destino,
cuanto pueda tentaré.

MARQUÉS

Todos los podéis tentar.

PEDRO

Pues adiós.

MARQUÉS

Quedad aquí.

PEDRO

Es mandar?

MARQUÉS

Lo mando, sí.

PEDRO

Y quién sois para mandar?

MARQUÉS

Escúchame, pues lo quieres,
y después de mis razones

desprecia mis opiniones,
insensato, si pudieres.
Unas cartas no recibes
en que consejos te dan?

PEDRO

Sí.

MARQUÉS

Y con ellos, dí, no van
los dineros con que vives?

PEDRO

Sí.

MARQUÉS

Y en ocasión alguna
oro ó carta te faltó?

PEDRO

Nunca.

MARQUÉS

Y á quien tal te dió,
pesarále tu fortuna?

PEDRO

No, por Dios.

MARQUÉS

Tendrá derecho
á exigir por la existencia
que te aguarda, tu obediencia?

PEDRO

Y quién por mí tanto ha hecho?
Quién de mí tanto curó?

MARQUÉS

Merece respeto?

PEDRO

Sí;
mas, quién es? Dónde está?

MARQUÉS

Aquí.
Don Pedro, ese hombre soy yo.

PEDRO

Vos!... Quién soy, decidme pues.

MARQUÉS

Imposible.

PEDRO

Pues mirad
que secreto por mitad
callado, secreto es.

MARQUÉS

Imposible.

ESCENA III

DICHOS *é* INÉS, *que entra apresurada;* EL MARQUÉS *la dice con aspereza*

MARQUÉS

Qué queréis?

INÉS

Señor, un hombre embozado
esta carta me ha entregado.
(Dále la carta.)

MARQUÉS

Para mí?

INÉS

Vos lo veréis.

MARQUÉS

(Mirando el sobre.)
(Á doña Elvira Cisneros...) *(Aparte.)*
El sello y firma real... *(La abre.)*
(Lee y dice volviendo á doblar la carta.)
Que un hombre tan principal
cometa estos desafueros?

ELVIRA

Qué dice aquese papel,
que os ha faltado el color?
Decid lo que trae, señor.

MARQUÉS

La muerte viene con él.

PEDRO

(Con inteligencia.) Dice el rey...?

MARQUÉS

(Con sequedad.) Que volverá.

PEDRO

Esta noche?

MARQUÉS

Sí por cierto.

PEDRO

Antes que entre será muerto.

MARQUÉS

No, por Dios!

PEDRO

Cómo?

MARQUÉS

(Con brío.) Entrará.

PEDRO

Entrará?

MARQUÉS

Sí; por qué no?
No es el rey?

PEDRO

(Con aire sombrío, saludando y volviendo la espalda.) El cielo os guarde.

MARQUÉS

Dónde?...

PEDRO

Lo sabréis más tarde.

MARQUÉS

Tened, que os lo mando yo.
(El Marqués va á detenerle. Don Pedro se adelanta á la puerta.)

PEDRO

Hacéos, buen viejo, atrás:
qué tengo que agradeceros?
Vos sois don Juan de Cisneros,
y yo don Pedro no más. *(Váse y cierra.)*

ELVIRA

(Aparte.) Dadle prudencia, Señor!

INÉS

Ved que va desesperado.

MARQUÉS

Dejadle; va enamorado
y harále volver su amor.
Vos, dueña, despejad.

ESCENA IV

EL MARQUÉS *y* DOÑA ELVIRA

MARQUÉS

Y tú, hija mía,
á salir de esta casa te apercibe;
yo lidiaré con mi desdicha impía.

ELVIRA

Padre, jamás.

MARQUÉS

Mi bendición recibe:
si oyes que presa de fatal fortuna
por tí perdí la vida...

ELVIRA

Padre mío,
vos me arrullásteis en hidalga cuna;
no temo el porvenir, le desafío.
Si al rey le pesa que el perdón astuta
yo le arrancara, y por vengarse infame
me iguala con la torpe prostituta,
que llame sus verdugos, que los llame.
Por vos expuse mi virtud al vicio;
por vos tal vez me llamarán liviana;
iré, padre, con vos al sacrificio,
y por entrambos doblarán mañana.

Abrid, señor, las puertas y balcones;
á afrontar su insolencia basto sola,
que manche no temáis vuestros blasones;
hija vuestra nací, nací española.

MARQUÉS

Sí, vive Dios! Nacistes hija mía,
bien lo muestran tu intento y tus palabras,
pero joven aún, tu fantasía
mengua el peligro, y tu peligro labras.
Ah! Tú eres una mísera ovejuela
sin más armas que intentos inocentes:
qué ha de valerte tu infantil cautela
contra el león que trae garras y dientes?

ELVIRA

Pues huyamos los dos.

MARQUÉS

Es imposible.
Tigre sin presa, cuanto ve devora.
Se creyera el audaz irresistible...
oh! y contará con lengua mofadora
que en sus lazos caístes; que una noche,
ciega de amor, te recibió en sus brazos;
que el suyo ansiando, te prestó su coche
donde tu limpio honor llevó en pedazos;
que eres suya, y le aguardas amorosa
en escondida quinta... No, hija mía!
Que encuentre presa, y que su sed impía
sacie, si quiere, en sangre generosa.

ELVIRA

Pues bien, padre, los dos nos quedaremos;
duda no ha de dejar mi torpe fuga,
porque el cendal en que el honor tenemos
no admite mancha, ni vapor, ni arruga.

MARQUÉS

Á entrambos alcanzara su venganza.

ELVIRA

Entonces, padre, en tan extrema hora
matadme, sí, y acabe su esperanza,
que sangre que liberta no desdora.

MARQUÉS

Tú, hija, morir! Oh, no; partamos.

ELVIRA

Al punto.

MARQUÉS

Sí, dispón nuestra partida.

ELVIRA

Pronto, padre, estará.

MARQUÉS

Ve que arriesgamos
en cada instante nuestra pobre vida.

ESCENA V

EL MARQUÉS

Sí, partiremos en la noche obscura,
y escondiendo al huir nuestras facciones,
iremos como va por la espesura
cuadrilla de rebeldes ó ladrones.
Acaso al verse en su ilusión burlado,
empañando la fe de los que huyeron,
seguidles por doquier dirá irritado,
que á su patria y su rey traidores fueron!
(Pausa.)
Tal mancha sobre mí! Oh, y los que queden,
oyéndole, ignorantes cortesanos,
crédito dar á su despecho pueden,
y dirán sin razón: fueron villanos.
No partiremos, vive Dios...! Elvira...
(Llamando.)
Tente, viejo infeliz; cómo dejarla,
por el necio temor de una mentira,
en poder del que así podrá ultrajarla?
Oh, partiremos!—Para tanta mengua,
en injusta prisión por tantos años
su honor velando encadené mi lengua?
Me excusara á matarle tantos daños!
No pude hacerlo con razón bastante?
No le encontré en los brazos de doña Ana?
Y no era, á fe, la ofensa del amante
igual con la vileza soberana?
(Reportándose.)
Miento, jamás! Si en honra había nacido,

necia razón en mis blasones hallo.
Robó mi amor, dejóme envilecido,
mas obré cual debí, que era el vasallo.
Partiremos, sí, por Dios.

ESCENA VI

EL MARQUÉS *é* INÉS

INÉS

Señor! Señor!

MARQUÉS

Qué traéis,
que ni hablar, dueña, podéis?

INÉS

Ahí están.

MARQUÉS

Quiénes?

INÉS

Los dos.

MARQUÉS

Quién son los dos?

INÉS

Por la puerta
del jardín entrando están.
Ved que son ellos, don Juan.

MARQUÉS

Mas, quién son?

INÉS

Estoy muy cierta
que es el rey.

MARQUÉS

El rey!

INÉS

(Señalando al balcón.) Miradle.

MARQUÉS

(Azorado.) Guardad las puertas, Inés;
detenedle.

INÉS

Inútil es,
que entra ya.

MARQUÉS

(Poniendo mano á la daga, y mirando al cielo.)
Señor, salvadle!
Bien; á Elvira me llamad. *(Váse Inés.)*
Pronto, dueña, Santo Dios,
libres saldremos los dos,
ó muertos de la ciudad.
(Con profunda agitación.)
Mataré al rey; es su estrella...
No, por Cristo! Noble soy;
matarla prefiero á ella.
Mas cómo, siendo tan bella,
tan sin culpa?—Loco estoy.
Venceré tal enemigo
muriendo yo... Seré cruel
tan solamente conmigo.
Mas dejándola con él,
en mi muerte qué consigo?
Á ella?... Nunca, que es mi amor.
Á él?... No puedo, que es mi rey.
Á mí?... En peligro mayor
la dejo... Maldita ley
del orgullo y del honor!
Conque valerme no puedo
contra un hombre que me ultraja?
Conque habré de estarme quedo,
cual si me infundiera miedo
quien mis puertas descerraja?
Mas no viene contra mí?
Y no es defenderme ley
de quien va á ofenderme?—Sí.
Mas cómo puedo, ay de mí!
defenderme contra el rey?
Pasos allá abajo siento;
miraré por el balcón.
Mas... cielos, qué pensamiento!
Dios me da en este momento
tan osada inspiración.
(Se sienta en el velador, escribe una carta, la cierra, la pone junto á la lámpara, pone el velador junto al sofá y llama.)
Oh, sí!... Escribo... bien está;

dejo á la luz el papel...
cerca de ella... á hablarla irá,
verá el papel, le leerá,
y en sí volverá con él.
Elvira! Inés! *(Llamando.)*

INÉS *y* ELVIRA

(Saliendo.) Qué mandáis?

MARQUÉS

Una copa.

INÉS

En vos estáis?

MARQUÉS

(Á Inés, que sale.)
Calle!...
(Á doña Elvira señalando el sofá.)
Reclínate aquí,
y haz que duermes.

ELVIRA

Mas miráis
que á solas...?

MARQUÉS

Yo estaré allí. *(Al interior.)*
(La dueña trae las copas; el Marqués las deja sobre el velador, quita la luz de los ojos de doña Elvira, que se habrá reclinado en el sofá, mira por el balcón, etc., etc., todo con el cuidado más prolijo, como quien pone á riesgo en ello cuanto puede tener de más interés el corazón de un buen padre.)
(Á doña Elvira.)
Por más que intente apurar,
no despiertes, por tu vida.
Por el balcón ha de entrar,
le abro.
(Abre el balcón, va á salir, y vuelve para decir á doña Elvira.)
Ve que eres perdida
si no sabes despertar.

ESCENA VII

DOÑA ELVIRA *en el sofá fingiendo profundo y letárgico sueño, y* EL REY *entrando por el balcón.*

REY

(Hacia fuera.)
Alerta estad, don Guillén!
El papel me sorprendió,
mas á mi vez vengo yo
á sorprenderles también.
(Viendo á doña Elvira.)
Qué veo! Me engaño?... Oh, no!
Duerme. Cuán hermosa está!
(Vuelve la luz de modo que la dé en los ojos.)
No manchan tintas extrañas
su tez, y el fulgor que da
la luz, prolongando va
la sombra de sus pestañas.
Nunca ví rostro como él!
Sublime á par que sencillo,
dióle, con dócil pincel,
sus contornos Rafael
y su misterio Murillo.
Al contemplarla tan bella
en su imprudente descuido,
mi audacia en su faz se estrella,
y estoy, vive Dios, corrido
al verme delante de ella.
Cuál se agita mansamente
con la igual respiración!
Qué sueño tan inocente!
El blando compás se siente
con que late el corazón.
Á interrumpírsele voy,
y á sus pies me arrojaré.
(Dudando.)
No, que duerma... Necio estoy.
Su fe no ha empeñado hoy?
Sí; pues que su amor me dé.
(Llamándola.)
Elvira...? No me responde.
Elvira...? Sueño tenaz!

Si lo fingiera falaz...!
No, que su pecho no esconde
tan villana liviandad.
Elvira... Mi bien... Mi dueño...
Calla! Qué piense no sé.
Bastara si fuera empeño;
mas en mujer no ví, á fe,
jamás tan profundo sueño.
Túrbase más mi deseo
cuanto dudo en su virtud.
(Ve la carta.)
Mas... Cielos, qué es lo que veo?
Aquí hay una carta creo,
puesta de intento á la luz.
(Mirándola.)
Mi necia ilusión me engaña?
Es el sobre para mí?
Sí... Claro está; cosa extraña!
Felipe cuarto de España...
Entero está el nombre, sí.
Ábrola y leo: *(Lee.)* «*Señor:*
Morir así fué su estrella;
yo, mirando por mi honor,
matéla tan sólo á ella,
que á vos no tuve valor.
El sueño en que la encontráis,
sueño es de mortal veneno;
vos muerte, señor, la dáis;
que despierte no temáis,
que no hay ya vida en su seno.»
El alma á creer no acierta
tan extrema bizarría!
Elvira...! No, no despierta.
Conque es verdad que está muerta...
y pensaba que dormía?
Conque por mí te mataron,
casta y celestial belleza?
Por mí al mundo te robaron?
Por mí tu cristal quebraron,
vaso de limpia pureza?
Aún que respira parece,
aún tenue calor conserva,
cual seca y estéril crece,
en muralla que envejece,
recia é inútil la hierba.
(Ruido de espadas dentro.)
Mas, qué rumor...! Por quien soy
que es de acero contra acero!
Hay más desventuras hoy?
De mí mismo huyendo voy.
(Va á salir por el balcón, y al mismo tiempo salta por él don Pedro en la escena, diciendo:)

PEDRO

Buenas noches, caballero.

ESCENA VIII

EL REY, DON PEDRO *y* DOÑA ELVIRA *en el sofá*

REY

Esto más!

PEDRO

(Resuelto.) En el jardín
dejo á un hombre...

REY

(Con asombro.) Cómo!

PEDRO

Muerto;
y estando el balcón abierto,
nos encontramos por fin.

ELVIRA

(Aparte.) Dios mío!

PEDRO

Cojo la escala, *(Lo hace.)*
la doblo, y el balcón cierro.
El que salga hará el entierro
del que muera en esta sala.

REY

Alguno hace falta ya;
mirad. *(Mostrando á doña Elvira.)*

PEDRO

La matásteis vos?

REY

Matóla, ultrajando á Dios...

PEDRO

Quién?

REY

Su padre.

PEDRO

Bien está.
Si ella á su fatal fortuna
dió su vida, qué me importa?
La nuestra será bien corta,
que es por demás importuna.
No vine esta noche aquí,
menguado, á llorar por ella,
que vine... porque mi estrella
lo quiso esta noche así.

REY

(Con calma.) Su vida os importa poco,
y la amábais, según creo?
Mancebo, por lo que veo,
os estáis volviendo loco.

PEDRO

Loco debiera de estar,
según de amarga es mi vida,
mas todo en ella se olvida
si hay injurias que vengar.
Por ese balcón trepé
tras de vos, por encontraros.

REY

Y vinísteis...?

PEDRO

Á mataros.

REY

La razón?

PEDRO

Yo me la sé.

REY

(Con altivez.) Vasallo! A quién la razón
contra su rey no le falta?

PEDRO

Mentís; no es rey quien asalta
las casas por el balcón.

REY

Y quién pudo haceros juez
en causa tan soberana?

PEDRO

Vuestra injuria esta mañana,
y esta noche mi altivez.
(Con brío.) Para darme una razón
corona me habéis pedido,
la vuestra se os ha caído
al subir por el balcón.

REY

Mirad, mozo, que os perdéis!

PEDRO

Iguales estamos ya;
que yo la traíga, eso da
como que vos la dejéis.

REY

Que me conocéis mirad.

PEDRO

Haré que no os conocí,
que es de noche.

REY

Hay luz aquí.

PEDRO

La apagaré, descuidad.
(La tira una cuchillada, y la mata.)
Ea, reñid.

REY

Miradlo, á fe.

PEDRO

Lo miro; por los balcones
no entran más que los ladrones;
que os tuve por tal diré.

ELVIRA

(Levantándose) No puedo más, ay de mí!

PEDRO *(Al Rey.)*

Tenéos, viven los cielos!
que han despertado mis celos
unos lamentos que oí.

ELVIRA

Sí, tenéos, que es razón!

REY

No es esa la voz de Elvira?

PEDRO

Muerta no sois?

ELVIRA

Fué mentira.

REY

Tal engaño!

PEDRO

Tal traición!
Conque vos quien érais siendo
mentís con tal villanía
que os hace el rey compañía
y estáis para mí durmiendo?
Reñid. *(Al Rey.)*

REY

Reñid, que por Dios
que sólo cuando venís
está despierta!

PEDRO

Mentís!

REY

Al rey un mentís?

PEDRO

Á vos.
(Se buscan en la oscuridad, cruzan las espadas y doña Elvira da con don Pedro.)

REY

Acercáos.

PEDRO

Defendéos.

ELVIRA *(Á don Pedro.)*

Qué váis á hacer, insensato?

PEDRO

Quitad, señora, ó vos mato...
sin más respetos!

ESCENA IX

DICHOS Y EL MARQUÉS *con una luz*

MARQUÉS

Tenéos!

PEDRO *(Al Marqués.)*

Echáos fuera!

REY

Apartad.

MARQUÉS *(Á don Pedro.)*

Es tu padre!

PEDRO

Acabas hoy,
suerte cruel?

REY

Soñando estoy!
Qué habéis dicho?

MARQUÉS

La verdad.

PEDRO

(Cayendo de rodillas á los pies del Rey.)
Padre...! Perdón si, villano,
tanto con vos me atreví,

que hervía, señor, en mí
vuestro valor soberano.

MARQUÉS

(Inclinándose con el mayor respeto.)
Vos me quitásteis mi amor,
y yo con afán prolijo
me he vengado en vuestro hijo
como quien era, señor.

REY

(Con nobleza.)
Todos sois nobles aquí;
dadme los brazos, don Juan;
vuestras virtudes están
avergonzándome á mí.
(Á don Pedro.)
Alzáos, duque de Olmedo.
(Le echa el toisón de oro.)
Llegad, vuestra esposa es ésa;
ese es mi hijo, duquesa,
mirad qué más daros puedo.
En palacio viviréis;
será real vuestro apellido...

MARQUÉS

Señor, que miréis os pido
el que ser quien sois tenéis.
Atad al vulgo la lengua;
pues que hijo mío á ser va,
dejadlo estar como está,
que os es pregonarlo mengua.
(Á don Pedro.)
Mi hijo sois; llevad mi nombre,
que no os ha de avergonzar,
pues bien le puede llevar,
incluso el rey, cualquier hombre.

PEDRO

Sí, le admito.

REY

En conclusión,
Marqués, la razón os sobra.

MARQUÉS

En palacio, señor, obra
cada cual con su razón.

INDECISIÓN

Bello es vivir; la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;
un sol de fuego iluminando el día;
aire de aromas, flores apiñadas;
Y en medio de la noche majestuosa,
esa luna de plata, esas estrellas,
lámparas de la tierra perezosa,
que se ha dormido en paz debajo de ellas.
Bello es vivir! Se ve en el horizonte
asomar el crepúsculo que nace;
y la neblina que corona el monte
en el aire flotando se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento
cambia su azul en franjas de colores;
y susurran las hojas en el viento,
y desatan su voz los ruiseñores.

. . . . . .

. . . . . .

Y la noche las orlas de su manto
arrastra fugitiva en Occidente,
y la tierra despierta al fuego santo
que reverbera el sol en el Oriente.
Bello es vivir! Se siente en la memoria
el recuerdo bullir de lo pasado;
camina cada ser con una historia
de encantos y placeres que ha gozado.
Si hay huracanes y aquilón que brama;
si hay un invierno de humedad vestido,
hay una hoguera, á cuya roja llama
se alza un festín con su discorde ruido,
Y una pintada y fresca primavera,
con su manto de luz y orla de flores,
que cubre de verdor la ancha pradera,
donde brotan arroyos saltadores.
Y hay en el bosque gigantesca sombra,
y desierto sin fin en la llanura,
en cuya extensa y abrasada alfombra
crece la palma como hierba obscura.
Allí cruzan fantásticos y errantes,
como sombras sin luz y apariciones,
pardos y corpulentos elefantes,
amarillas panteras y leones.
Allí, entre el musgo de olvidada roca,
duerme el tigre feroz, harto y tranquilo,
y de una cueva en la entreabierta boca,
solitario se arrastra el cocodrilo.
Bello es vivir; la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;
un sol de fuego iluminando el día;
aire de aromas, flores apiñadas...

—

Arranca, arranca, Dios mío,
de la mente del poeta
este pensamiento impío
que en un delirio creó;
sin un instante de calma,
en su olvido y amargura,
no puede soñar su alma
placeres que no gozó.
Ay del poeta! Su llanto
fué la inspiración sublime
con que arrebató su canto
hasta los cielos tal vez;
solitaria flor que el viento
con impuro soplo azota,
él arrastra su tormento
escrito sobre la tez.

Porque tú, oh Dios! le robaste
cuanto los hombres adoran;
tú en el mundo le arrojaste
para que muriera en él;
tú le dijiste que el hombre
era en la tierra su *hermano;*
mas él no encuentra ese nombre
en sus recuerdos de hiel.
Tú le has dicho que eligiera
para el viaje de la vida
una hermosa compañera
con quien partir su dolor;
mas, ay! que la busca en vano,
porque es para el ser que ama
como un inmundo gusano
sobre el tallo de una flor.
Canta la luz y las flores,
y el amor en las mujeres,
y el placer en los amores,
y la calma en el placer;
y sin esperanza adora
una belleza escondida,
y hoy en sus cantares llora
lo que alegre cantó ayer.
Él con los siglos rodando
canta su afán á los siglos,
y los siglos van pasando
sin curarse de su afán.
Maldito el nombre de gloria
que en tu cólera le diste...!
Sentados en su memoria
recuerdos de hierro están.
El día alumbra su pena,
la noche alarga su duelo;
la aurora escribe en el cielo
su sentencia de vivir:
fábulas son los placeres;
no hay placeres en su alma,
no hay amor en las mujeres:
tarda la hora de morir.
Hay sol que alumbra, mas quema;
hay flores que se marchitan;
hay recuerdos que se agitan,
fantasmas de maldición.
Si tiene una voz que canta,
al arrancarla del pecho
deja fuego en la garganta,
vacío en el corazón.

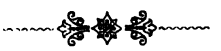
—

Bello es vivir! Sobre gigante roca
se mira el mundo á nuestros pies tendido;
la frente altiva con las nubes toca...
Todo creado para el hombre ha sido.

Bello es vivir! Que el hombre descuidado
en los bordes se duerme de la vida,
y, de locura y sueños embriagado,
en un festín el porvenir olvida.

Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
el tiempo entre sus pliegues roedores
ha de llevar el bien que no gocemos,
y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,
hasta que el son de la fatal campana
toque á morir. Cantemos descuidados,
que el sol de ayer no alumbrará mañana.



Eran aún los agitados días
en que mi juventud abandonada
adivinó tal vez horas impías
entre el crespón de la insondable nada.

Cuando con ojo avaro y penetrante,
aun no poeta, el porvenir medita
el niño, y ve pasarle por delante
árida nada que su sed irrita;

Cuando el nombre del niño no es un nom-
cuando la idea informe no es idea, [bre;
y en el alma del niño nace el hombre
que idea y nombre se conquista y crea,

Entonces, de la vida en el vacío,
soñé un bello fantasma que rodaba;
gota brillante y fresca de rocío
en flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente,
puro y tranquilo como sol que nace;
como se rompe el agua de la fuente
y rodando en la hierba se deshace.

Era la forma transparente y vaga
de un arcángel que cruza el firmamento;
era un pliegue del viento, que una maga
vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde
entre el leve vapor de ancha laguna,
en cuyo fondo, con las algas verde,
tibia se mece amarillenta luna.

Era, en la mente perdida
entre suspiros de gloria,
la esperanza y la memoria
del amor de una mujer;
recuerdo en alma de niño,
amor en alma de hombre,
blanco fantasma sin nombre
y sin hora en que nacer.
Permite, dulce embeleso,
que mis labios en tus labios
pongan un ardiente beso
que se oiga en el corazón;
que la mente del poeta,
en su entusiasmo violento,
beba en tu mirada inquieta
la fogosa inspiración.
Que en la noche tempestuosa
será bello, amada mía!
de la lluvia áspera y fría
al desigual susurrar,
tener contigo un poeta
sentado á la roja llama,
con un corazón que ama
y una voz para cantar.
Será bello, en puro día
de fragante primavera,
su fantástica armonía
escuchar en un jardín;
y que en la ruidosa fiesta
levante robusto canto,
y que te vele tu siesta
después de largo festín.

Te diga los caballeros
que por tus favores lidian,
y las damas que te envidian
el cantar del trovador;
y en la tibia madrugada,
tus labios sobre su frente,
duermas tú tranquilamente
soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
y tu mano con su mano,
con un mismo pensamiento
que os halague al despertar,
os encuentre la mañana
y resbale vuestra vida,
como parda luz lejana
de una tarde sobre el mar.

ORIENTAL

Mañana voy, nazarena,
á Córdoba la sultana;
mi amorosa cantilena
ya no sentirás mañana
al compás de mi cadena.

Cuando vuelvan los cristianos,
de los moros vencedores,
lee mis destinos tiranos,
la historia de mis amores,
en la sangre de sus manos.

Valiera más que cautivo
en esa torre acabara
la triste vida que vivo;
que la vida que hoy recibo
me la vendes, ay! bien cara.

Adiós! tu esclavo mañana
ya no ha de causarte enojos;
pero es esperanza vana:
cautivo quedo, cristiana,
en la prisión de tus ojos.

Maldita, hermosa, mi estrella!
Qué ha de valerme la vida,
si no he de hallarte con ella
ni en Granada la florida,
ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol
una lámpara importuna:
hija del suelo español,
tú eres mi sol y mi luna...
la aurora y el arrebol.

Pues en tí pierdo el sol hoy,
sin tu sol no he de vivir:
sultana, á Córdoba voy,
que, en las tinieblas que estoy,
presto, á fe, que he de morir.

Ha prometido Mahoma
un paraíso, una hurí...
Tú habrás de ser ángel, sí,
en esa región de aroma,
y hemos de amarnos allí.

ROMANCE

La noche no tiene ruido;
en la sombra no hay color;
no hay en los viejos cuidado;
las dueñas no tienen voz;
pero, cuando todos duermen,
estamos velando dos:
ella en la reja sentada,
y al pie de la reja *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,
no ven su tez transparente,
no ven su rosada frente,
ni su sonrisa de amor;
no ven el rubor de virgen
que sus mejillas colora;
tiene quince años ahora...
Las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros
su casi desnuda espalda,
ni entre la revuelta falda
asomado el blanco pie;
como en la orilla de un río,
rompiendo la inquieta espuma,
tender la flotante pluma
nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros
el alto pecho imagino,
ni por su rostro adivino
del corazón la inquietud;
y tiene la áspera reja
centinela desvelado,
delante el amor osado,
detrás la frágil virtud.

Mas, pese á la densa reja,
pese á la noche sombría,
yo tengo, paloma mía!
el alma bañada en tí!
Tengo mis labios de fuego
sobre tus labios de rosa,
y en tu pecho late, hermosa,
un corazón para mí.

Adiós! Que por el Oriente
la luz importuna sube,
y envuelto en húmeda nube
las tinieblas rasga el sol;
y para una niña en vela,
y el galán que la enamora,
mucha luz tiene la aurora
en el brillante arrebol.

—

Vierte el alba en su sonrisa
su armonía y su color,
y se columpia la brisa
en el cáliz de la flor:
de rosa, lirio y claveles,
robando el fragante olor,
cuelga en los anchos laureles
gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
bajo el manto de cristal,
y gime lánguidamente
la tórtola angelical;
y enamorada paloma
bebe la luz matinal,
meciendo el aura de aroma
con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
el ancho jardín cruzó,
murmurando por lo bajo
enamorada canción.
—«Oh! Vuelve, noche, sin ruido,
con tu sombra sin color,
con tus viejos sin cuidado
y con tus dueñas sin voz;
por que, cuando todos duerman,
volvamos á velar dos:
ella en la reja sentada,
y al pie de la reja *yo*.»—

CAÍN, PIRATA

CUADRO DE INTRODUCCIÓN AL DRAMA

TITULADO

UN AÑO Y UN DÍA

EN TRES ACTOS

CAÍN, PIRATA

PERSONAJES	ACTORES
Caín, *Capitán pirata*	Sr. López.
Rodulfo	Sr. Latorre.
Elena	Sra. Lamadrid (B.).
Pedro	Sr. Pizarroso.
Tomás	Sr. Lumbreras.
Un marinero de la Marina real.	Sr. Espontoni.

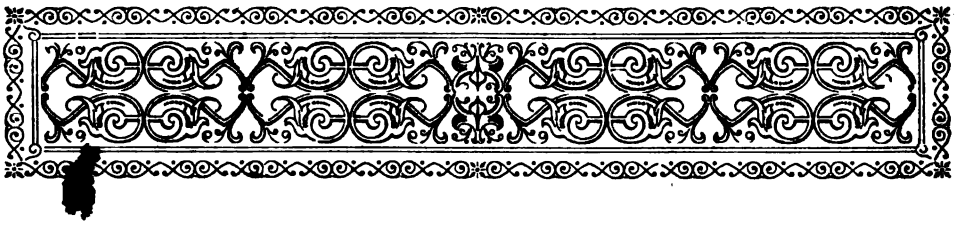
Dos marineros piratas.—Dos de la Marina real

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII

UN AÑO Y UN DÍA

PERSONAJES	ACTORES
El Conde Reinaldo	Sr. López.
Don Juan	Sr. Latorre.
Don Pedro	Sr. Pizarroso.
Isabel	Sra. Valero.
Elena *(mujer con manto en el acto primero)*	Sra. Lamadrid.
Clara	Sra. Lapuerta.
Juan	Sr. Eusebi.
Gil	Sr. Azcona.
Tomás	Sr. Lumbreras.
Un Capitán de guardacostas	Sr. Sánchez.
Un Soldado *(marinero en el prólogo)*	Sr. Espontoni.

La escena en Lubrín, pueblecillo cercano á la costa y al valle de Purchena, en Andalucía.



CAÍN, PIRATA

INTRODUCCIÓN

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo. Rocas á la derecha. La acción empieza al anochecer de un día de Junio.

ESCENA PRIMERA

El mar empieza á calmarse después de una tempestad, y la noche va cerrando; PEDRO *aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.*

PEDRO

Esto va malo, Perico!
No es esta vida salvaje
para quien ha estado siempre
entre seres racionales.
Ello es verdad que no habiéndolos
aquí, tampoco hay percances
de escribanos ni alguaciles...
y esto, qué diablo! algo vale.
Aquí nadie me pregunta,
ni exige pruebas legales
que acrediten que soy Pedro,
Diego, Juan, Antonio ó Jaime;
mi oficio, mi ocupación,
qué casa vivo y qué calle.
Todo eso es verdad, sin duda,
y una ventaja muy grande
para hombres que, como yo,
no gustan de que se hable
mucho de ellos; mis asuntos
al cabo á nadie le atañen.
Pero ajustando las cuentas
en limpio, y por otra parte
viendo el negocio, es muy duro
que un hombre la vida pase
como un lobo entre las peñas,
los espinos y los árboles,
durmiendo en una caverna,
de peces alimentándose,
y esperando á que la mar
le arroje algo que le cuadre,
presa arrancada á otro pobre
por traidores temporales.
Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!
Hizo noche á media tarde.
Esto va malo, Perico...
Mas de la vista al alcance
flota en el agua un objeto,
dos, tres... bah! Dios te lo pague,
Levante amigo, que empujas

hacia tierra el oleaje.
Y es un barril...! Haga el diablo
que no sea de vinagre,
que á fe que no necesito
ácidos que abran el hambre!
Hola, hola, y cómo pesa!
Y allí viene un cajón grande,
y más allá veo un fardo,
y otro barril. Oh santo ángel
de mi guarda! Y esto es vino,
y esto pólvora.

UNA VOZ EN EL MAR

Amparadme,
santo Dios!

PEDRO

Cielos, qué acento!

LA VOZ

Ay de mí!

PEDRO

(Mirando.) Del agua sale.
Oh! Sí, lo veo, es un náufrago.
(Haciendo seña con las manos.)
Eh! Buen hombre, ánimo; nade
un poco más, y está en salvo.
No me escucha... Oh! Se desase
del palo á que se agarraba;
no puede más... Á salvarle
voy, si es que alcanza su vida,
hasta que llegue, á esperarme.
(Se arroja al mar y queda un momento sola la escena.)

ESCENA II

PEDRO *y* ELENA

(Pedro trae á Elena desmayada y la pone sobre las piedras.)

PEDRO

Dios quiera que aún sea tiempo
de salvarla... Oh! Hubo un instante
en que temí por los dos
del agua con los embates!
Infeliz! Perdió el sentido
antes de que yo llegase,
y ya, á merced de las olas,
estaba próxima á ahogarse.
Si un sorbo de vino al menos
pudiera hacer que tragase...
Vamos á ver!
(Toma una concha; vierte en ella unas gotas del licor que contiene el barril, y se lo hace tragar.)

ELENA

Ay!

PEDRO

Respira.

ELENA

Dónde estoy?

PEDRO

En un paraje
seguro ya, aunque no ofrece
sobradas comodidades.
Ea, bebed, que ahora es fuerza
reponerse y calentarse,
porque el baño ha sido largo
y peliagudillo el lance.

ELENA

Y vos, hombre generoso,
que sin duda por salvarme,
vuestras ropas aún mojadas
muestran que al mar os echásteis,
quién sois? Qué país es éste?

PEDRO

Contestación no muy fácil
tienen esas dos preguntas,
señora... Mas escuchadme,
aunque no den mis palabras
gran consuelo á vuestros males.
La tierra en que estáis es una
de las Islas Baleares.

ELENA

Oh! Cuál de ellas?

PEDRO

La Cabrera.
Pero no hay más habitantes
que nosotros en su suelo;
y no siendo útil á nadie,
rara vez aporta un buque
á sus riberas salvajes.
Ha tiempo había una torre,
de la cual eran guardianes
diez soldados españoles;
mas dos ó tres años hace
que un día los degollaron
unos piratas de Tánger.
Por lo que toca al país
os he dicho lo bastante;
y en cuanto á mí, de mi historia,
no habrá mucho que relate.
Soy mallorquín; mis negocios
me hicieron al mar lanzarme,
de un pescador en un bote,
y el mar me echó á estos lugares.
Un mes ha que estoy en ellos,
y puesto que á ellos llegásteis,
contándoos cómo vivo,
no hay para qué más os canse.

ELENA

Ay de mí! Conque en tal caso
no hay medio de abandonarles?

PEDRO

Ninguno; como algún buque
no nos descubra, que pase,
ó algún águila marina
de los pelos no nos saque;
lo cual, señora, ya véis
que sería extraño viaje.

ELENA

Y qué hacer?

PEDRO

Nada; ponerse
en manos de Dios; estarse
noche y día en atalaya
por si llegar vemos alguien
que nos socorra, y vivir
en soledad agradable,
como allá en el paraíso
nuestros primitivos padres.

ELENA

Misericordia de Dios!

PEDRO

No está demás invocarle.
Mas decidme (esto, señora,
si es que se puede y os place),
cómo llegásteis aquí.

ELENA

Un barco de catalanes,
á cuyo bordo á Mallorca
pasaba desde Alicante,
naufragó, perdido el rumbo
con la borrasca, y salvarme
logré asida á ese madero,
luchando toda la tarde
con la mar, desesperada
de lograrlo á cada instante.
Esta es mi historia, buen hombre.

PEDRO

Ea pues, Dios nos depare
buena suerte, y buen auxilio.
Entre aquestos peñascales
tengo una mala barraca;
ocupadla, y que descanse
dejad al cuerpo unas horas
mientras que pongo remate
á la colección de frutos
que la marea nos trae,
y tiempo hay de discurrir
lo que conviene.

ELENA

Ayudadme,
que estoy entumida toda.

PEDRO

Dadme el brazo, y animarse.
Voto va el diablo!
(Éntranse por la derecha, y vuelve luego Pedro solo.)

ESCENA III

PEDRO

Ea pues,
héme aquí ya, vive Dios!
en medio de este desierto,
y á la tormenta deudor
de una nueva compañera
que en mi soledad me dió.
Vaya, veamos qué es esto.
Hola! Barrica de ron,
un baúl...
(Lo rompe con una piedra para abrirlo.)
ropa... pistolas...
un collar, un libro, dos,
tres, cuatro... esto era de un sabio;
veamos qué libros son.
«Historia de Carlo Magno»
y «Los doce pares...» Oh!
Gran libro! Tomo tercero,
«Comedias de Calderón».
Siempre que no hablen en ellas
más personajes que dos,
bien las podemos hacer
esa compañera y yo.
(Sigue recogiendo cajones y demás objetos que el mar arroja á la playa.)

ESCENA IV

PEDRO *y* ELENA *dentro*

ELENA

Eh! Mirad, mirad.

PEDRO

Qué es ello?

ELENA

Un barco.

PEDRO

Poder de Dios!
(Aparece á lo lejos un bergantín.)
Y es cierto; hagámosle seña;
ahí tenéis ese jirón
de mi manta... Mas, qué es esto?
Ó veo visiones yo,
ó á las velas cogen rizos;
sí, sí, viran á estribor,
dirigen aquí su rumbo.

ELENA

(Desde las peñas.)
Oh! Mis ruegos escuchó
el cielo, y en ese barco
nos envía salvación.

PEDRO

Botan al agua una lancha;
pero, válgame el Señor!
buen amparo nos envía.

ELENA

Qué decís?

PEDRO

Pues! Ellos son.

ELENA

Quiénes?

PEDRO

No véis los arreos?
Piratas.

ELENA

Cielos! Hay hoy
más desdichas que apurar!

PEDRO

Pronto, ocultáos, si no
queréis que seamos hechos
cautivos ambos á dos.
Metéos entre las peñas;
puede que su expedición
no sea más que á hacer agua;
y con prudencia y valor,
puede que salgamos bien
y que nos ayude Dios.

ELENA

Si él no lo hace...

PEDRO

Ea, venid.
Y dejadme que obre yo,
que para perdernos ambos,
siempre ha de ser ocasión.
(Vánse por la derecha.)

ELENA

Piratas!—Ay esperanza
de sueño fascinador!

ESCENA V

CAÍN, RODULFO, TOMÁS *y* DOS PIRATAS *en una lancha con trajes sicilianos, pistolas al cinto, etc., etc.*

CAÍN

Sacad á tierra esas pipas;
bajadlas á la caverna
en que el manantial se oculta,
y avisad cuando estén llenas.
(Los marineros sacan dos toneles y los llevan por detrás de las peñas á la derecha.)
(Á Tomás.) Preside tú esa maniobra,
y cuida de que obedezcan;
y tú, Rodulfo, colócate
de atalaya entre las peñas.
Si algo repentino ocurre
que reclame mi presencia,
la tierra de la isla es poca,
y oiré al punto la seña.
(Vánse Caín por la izquierda y Rodulfo por la altura de la derecha.)

ESCENA VI

TOMÁS

Oscura cierra la noche,
hierve el mar, y el viento arrecia.
Ya darnos caza no pueden;
nuestra nave es más velera,
y traen mucha gente inútil
y poca marina diestra.
Ay de mí! Quién otros días
suerte tal me predijera!
Así las cosas del mundo
se eslabonan y encadenan,
las unas tras de las otras,
y nos arrastran por fuerza
del obscuro porvenir,
á la sima de tinieblas.

ESCENA VII

PEDRO *aparece sacando la cabeza con precaución por los peñascos;* TOMÁS *le descubre al punto, y le encañona una pistola.*

PEDRO

No siento nada; tal vez
se internaron por la tierra.

TOMÁS

Quién va?

PEDRO

Cielos! Soy perdido!

TOMÁS

Eh! Buen hombre, sea quien sea,
échese al punto, ó le meto
dos balas en la cabeza:
entregáos.

PEDRO

Ya me entrego.

TOMÁS

Solo estáis?

PEDRO

Solo.

TOMÁS

Desierta
está hace tiempo esta isla;
cómo os encontráis en ella?

PEDRO

Huyendo de enemistades

y voluntades siniestras,
echéme al mar en Mallorca,
y el mar me echó á esta ribera.

TOMÁS

Nadáis, pues, como un salmón?

PEDRO

No nadé, que vine á fuerza
de remos en una barca
de un pescador.

TOMÁS

Cosa es ésa
que se acerca á la verdad;
mas, y el bote? *(Mirando al agua.)*

PEDRO

La marea
se lo tragó, y ya hace un mes
que habito aquí entre las peñas,
como un animal salvaje.

TOMÁS

Y á Mallorca no quisiérais
volver?

PEDRO

Á Mallorca? Oh, no.

TOMÁS

Tenéis en aquella tierra
muchos amigos, sin duda,
pues la hacéis tal preferencia.

PEDRO

Qué queréis! Cosas del mundo.

TOMÁS

Ya. Si este hombre á mis ideas
contribuyese. *(Examinándole.)*

PEDRO

(Qué diablos
me examina con tal flema!)

TOMÁS

(Veamos.) Buen hombre, hablemos
ambos á dos con franqueza.
Yo necesito de vos,
y vos de quien os proteja.
Si me servís, yo os prometo
que sois libre, y las entenas
de aquel bergatín pirata
no han de saber lo que pesa
el cuerpo de un mallorquín
suspendido en una verga.

PEDRO

Oh, sí; sea la que fuere,
acepto vuestra propuesta.

TOMÁS

Decidme, pues: para ser
hombre de bien en la tierra,
qué os hace falta?

PEDRO

Dos cosas.

TOMÁS

Bien; dinero es una de ellas.

PEDRO

Precisamente.

TOMÁS

Y la otra?

PEDRO

Otro nombre y otras señas
en mi individuo.

TOMÁS

Queréis
cambiar conmigo las vuestras?

PEDRO

Con vos?

TOMÁS

Nada os dé cuidado;
caí, volviendo de América,
en las manos de esa gente;
y aunque hay razones secretas
que abandonarla me impiden,

no hay hombre alguno que pueda
reconocerme en mi patria,
pues años ha salí de ella.

PEDRO

Si no hay peligro en mostraros...

TOMÁS

Ninguno.

PEDRO

Pues cosa hecha.

TOMÁS

Pues tomad. Todos los años
volveréis por esta época
á esta isla, y hallaréis
una cantidad como esa
donde queráis enterrada.

PEDRO

Pero qué hay que hacer por ella?

TOMÁS

Oid. Con esos papeles
que contiene esa cartera
acreditaréis que sois
Tomás Ruiz de Villanueva.

PEDRO

Que sois vos.

TOMÁS

Seguramente.
Escrita en una hoja de esas
veréis mi historia, que es breve;
usadla como os convenga.

PEDRO

Bueno.

TOMÁS

Y siendo Tomás Ruiz
arribaréis á Marbella,
á Alicante, á cualquier punto
de España, donde os parezca.
Iréis luego á Andalucía,
y en el valle de Purchena
hallaréis un lugarcillo
de seis casucas de tierra.
Preguntaréis por vos mismo,
tomaréis todas las señas,
y noticias que allí os den
de vuestra mujer.

PEDRO

La vuestra.

TOMÁS

Por supuesto. Allí hallaréis
(si por ventura no es muerta)
una hija que Dios me dió;
amparadla, protejedla,
decidla que sois su padre;
no le digáis la manera
con que vivo, y sed vos bueno,
sed indulgente con ella.
Si yo no parezco más
(lo que es fácil que suceda),
os doy todos mis derechos;
persona fiel y secreta
os llevará la noticia
de mi muerte, y suma inmensa
os entregará en mi nombre;
mas si el mensaje no llega,
seguid haciendo mis veces,
y esperad á que yo vuelva.
Aceptáis?

PEDRO

Acepto.

TOMÁS

Ahora
tomo sobre mi conciencia
todo el mal que hayáis vos hecho.
Á esta isla una galera
llegará que nos da caza,
y sabe que en estas peñas
hay una fuente, que usamos;
podéis acogeros á ella,
y pues sois ya Tomás Ruiz,
empezad vuestra comedia.

PEDRO

Está bien.

TOMÁS

Pues ocultáos;
y no os paséis en la cuenta,
que aunque me fío de vos
de tan extraña manera,
no faltará quien me vengue
si olvidáis vuestras promesas.

PEDRO

De todas mis fechorías
sería esa la más necia,
cuando me reporta á mí
más que á nadie conveniencia.

TOMÁS

Contad, pues, con un amigo,
y andad, que alguno se acerca.

ESCENA VIII

TOMÁS *y* RODULFO

TOMÁS

Quién sabe! Acaso el destino
me depara un hombre fiel
para que encuentre por él
de mi ventura el camino.
Ah! Sin el fatal secreto
que á esos inicuos me ata,
fuera yo por el pirata
antes muerto que sujeto.
Mas Rodulfo, desdichado!
Destino tal no merece,
y su destino parece
en acosarle empeñado.

RODULFO

Tomás!

TOMÁS

Rodulfo. Imprudente!

RODULFO

No pases, buen viejo, afán;
lejos está el capitán,
y en tranquilidad la gente.
Y pues un momento aquí
nos hallamos en sosiego,
aconséjame te ruego.

TOMÁS

Aconsejarte!

RODULFO

Oye.

TOMÁS

Dí.

RODULFO

Tomás, hasta aquí llegó;
aquí mi padre me mata
primero que del pirata
al barco me vuelva yo.
No volveré á ver izar,
en combinación extraña,
de la Inglaterra y la España
las banderas á la par.
No quiero ver que en un viaje,
si topamos tres bajeles,
entramos, como de infieles,
en los tres al abordaje.
Bajo un pabellón lidiar,
sea el que sea, eso es valor;
no lo es, á todos traidor,
correr con todos la mar?
Y, en fin, es cosa segura,
pese al capitán ó no;
en esta isla tendré yo
libertad ó sepultura.

TOMÁS

Tan resuelto!

RODULFO

Sí, Tomás;
y, pues tú mi solo amigo
fuiste siempre, tú conmigo
libre ó muerto quedarás.

TOMÁS

Ah! El capitán, pobre niño,
tal vez te dé esa licencia,
porque, en Dios y en mi conciencia,

te tiene mucho cariño.
Pero á mí... nunca lo esperes.

RODULFO

Y por qué? No sabe acaso
que sin tí no he dado un paso
desde que nací? Que me quieres
como á un hijo? Oh! Yo me atrevo
á asegurar que consiente
en que dejemos su gente.

TOMÁS

Y yo consentir no debo
que en mi nombre le supliques,
porque á la primer sospecha,
Rodulfo, á la mar nos echa...

RODULFO

Por Dios, Tomás, que te expliques.

TOMÁS

Mira, Rodulfo: yo fuí
quien los primeros abrazos
te dió, y en mis propios brazos
al nacer te recogí.
Desde aquel día fatal
no me he separado un punto
de tí, y pensaba difunto
dejar compañía tal.
Tú, que no puedes memoria
conservar de tu niñez,
ni aun te imaginas tal vez
tu desventurada historia.
Mas yo, que la tengo escrita,
Rodulfo, en mi corazón,
medito tu salvación,
y hasta el descanso me quita.
No, no; con razón ninguna
podemos, ni tú ni yo,
vivir con quien nos juntó
nuestra maldita fortuna.
Pero sigue mi consejo:
si tú te quieres salvar,
á mí no me has de nombrar,
que los conozco y soy viejo.

RODULFO

No sé, Tomás, qué adivino
de siniestro en tus palabras.

TOMÁS

Sigue mi consejo, y labras
tu destino y mi destino.

RODULFO

Y qué me tengo de hacer
sin tus consejos en tierra,
si en el llano ó en la sierra
no sé los peligros ver?
Los que en la mar nos pasamos
nuestra vida, qué valemos
en tierra si no tenemos
uno tras de quien vayamos?
Seré... infeliz ó dichoso;
pero, piensas que sin tí
pueda olvidar que hoy aquí
dejo un hombre generoso?
Ya me depare mi suerte
una opulenta fortuna,
ya oscura como mi cuna
ruede mi vida á mi muerte,
Tomás, tú en mi corazón
vivirás siempre conmigo,
en mis placeres amigo,
y consuelo en mi aflicción.
Sí, pediré al capitán
nuestra licencia; los dos
juntos, que juntos por Dios
nuestros destinos están.

TOMÁS

Hijo mío! Así te quiero,
noble y generoso, así.
(Con entusiasmo.)
Bien veo, Rodulfo, en tí,
tu valor de caballero!

RODULFO

Qué dices, Tomás! Mi padre...

TOMÁS

Calla por Cristo, imprudente!

RODULFO

Pero...

TOMÁS

Á pesar de esa gente,
vive en tí tu noble madre.

RODULFO

Mi madre! *(Con tristeza.)*

TOMÁS

Qué te entristece?
Te pesa de asemejarte
á tu madre?

RODULFO

Á confesarte
la verdad, no me parece
bastante esa semejanza.
De mi padre la quisiera,
porque con ella creciera
más hidalga mi esperanza.

TOMÁS

Pues, en fin, al tiempo aguarda,
que quien tuvo buena madre,
bien puede tener buen padre.

RODULFO

Ó ella una pasión bastarda.
Porque mi padre, lo ves,
es ya de rapiña un ave,
que sólo hacer presa sabe
con las alas y los pies.
Tomás, Dios me lo perdone!
Pero siento, á mi pesar,
que jamás le podré amar,
aunque el ser padre le abone.
Y si no es por el amor
que tú siempre me has mostrado,
al mar me hubiera arrojado
mil veces en mi furor.

TOMÁS

Ay! Rodulfo, ya lo sé.
Yo que á tu lado he dormido
tantos años, conocido
tu corazón tengo á fe.
Cuántas veces escuchándote,
bajo pesadilla horrible
luchar, á la lid terrible
puse yo fin despertándote.
Cuántas veces al salir
ese fatal pensamiento
de tu boca, ahogué tu aliento
por si él lo podía oir!
Rodulfo, tienes razón;
ya acompañarnos no debes,
y si á dejarnos te atreves,
no pierdas esta ocasión.

RODULFO

Sin tí, imposible será.

TOMÁS

De rodillas te lo pido;
no me nombres, ó perdido
tu porvenir todo está.

RODULFO

No alcanzo por qué misterio...

TOMÁS

No le intentes comprender,
porque es forzoso ceder
á su poderoso imperio;
y te lo digo otra vez,
aunque te canse mi afán...
Mas viene allí el capitán,
ten en cuenta su altivez.

RODULFO

Mi puesto voy á ocupar,
Tomás; y antes de partir
mi padre, aquí me ha de oir,
ó aquí me habrá de matar. *(Sube.)*

TOMÁS

Oh bizarro corazón!
Cómo tu sangre conoces!
Y cómo te dice á voces
tu origen, tu inclinación.

ESCENA IX

TOMÁS *y* CAÍN

CAÍN

Qué hace esa gente? Tenemos
acaso el tiempo de sobra,
cuando ingleses nos dan caza
y está cercana la aurora?
Baja á la gruta y aguíjalos.

TOMÁS

Capitán, ved que son hondas
las pipas.

CAÍN

Eh! Que las llenen
pronto, y si no que las rompan.

ESCENA X

CAÍN *y después* PEDRO

CAÍN

Nada penetran los ojos
por esas tinieblas lóbregas;
mas quién sabe lo que ocultan
en su oscuridad recóndita?
Adónde está ese muchacho?
(Al subir por las rocas, como buscando á Rodulfo, ve la entrada de la cueva donde se oculta Pedro.)
Pero qué tenemos? Hola!
No conozco esta abertura,
y allá arriba hay una choza
metida entre los peñascos:
quién este desierto mora?
Ese rumor... aquí hay gente
guarecida... una pistola
meto dentro... Eh! En esa gruta
quien quiera que esté responda,
ó muere como un gazapo.

PEDRO

Tenéos, tenéos.

CAÍN

Hola!
Quién eres tú?

PEDRO

Yo? Un perdido
á quien echaron las ondas
á estas riberas desiertas.

CAÍN

De dónde eres?

PEDRO

De Mallorca.

CAÍN

Quién está contigo?

PEDRO

Nadie.

CAÍN

Pues qué, el mar se tragó toda
la tripulación del barco
que montabas?

PEDRO

Más persona
no había dentro que yo.

CAÍN

Explícate, y sea con pocas
palabras si amas tu vida
y conservarla te importa.

PEDRO

Pues bien, yo hice en mi país
unas cuantas de esas cosas
en que contra gusto de uno
cartas la justicia toma,
y no gustándome mucho
que de cerca me conozca,
así un bote á un pescador
y echéme á la mar traidora.

CAÍN

Y poco diestro sin duda...

PEDRO

En eso acaba mi historia.

CAÍN

Oh! Parece que eres hombre
capaz...

PEDRO

De cualquiera cosa.

CAÍN

Y ahora, qué piensas hacerte?

PEDRO

Aguardar la suerte loca;
nada tengo que perder;
cuanto logre, pues, me sobra.

CAÍN

Tienes afición al mar?

PEDRO

No mucha, que es veleidosa
el agua, y se muda inquieta
según el viento que sopla.

CAÍN

Y si te vieras en tierra,
fueras hombre cuya boca
guardar supiera un secreto
y mandar una maniobra?

PEDRO

Sin duda.

CAÍN

Serías hombre
para acudir á la costa
en un día convenido
con una respuesta pronta?

PEDRO

Qué inconveniente tendría?
Nadie me sujeta ahora,
y al servicio de cualquiera
puedo entrar, si me acomoda.

CAÍN

Tienes talento y constancia
para armar una tramoya
y enredar una novela?

PEDRO

No habrá juglar que se ponga
tanto disfraz como yo,
si usar de muchos importa.

CAÍN

Y si te ponen á prueba,
cantarás la palinodia?

PEDRO

Lo que está en mi corazón
allí se pudre y se ahoga.

CAÍN

Y si con harpones de oro
te lo pescan?

PEDRO

Si en mi bolsa
hay una sola moneda,
en vano han de echarlos.

CAÍN

Toma;
para dos meses hay harto;
al fin de ellos á la costa
te acercarás de Marbella,
sabiendo cuántas personas,
cuántos bienes, cuántas rentas,
en fin, cuanto corresponda
á la familia de un conde
que á una expedición remota
salió de España.

PEDRO

Su nombre?

CAÍN

Cuanto á este negocio toca,
de mi bergantín á bordo
sabrás; te daré las notas
y documentos precisos
para cambiar tu persona
en la de otro hombre, que á bien
que no saldrá de las ondas
á desmentirte, y te haré
tomar tierra en cierta costa
adonde no ha de alcanzarte
la justicia de Mallorca.
Te acomoda?

PEDRO

Sí.

CAÍN

Está bien;

y si mis planes se logran,
tendrás tierras é hidalguía,
y aun puede que esclavos y honra.
(Hace Caín una señal con un pito que lleva colgado al cuello, y mientras aparece á esta señal Tomás, dice Pedro:)

PEDRO

Fortuna te dé Dios, hijo,
dice el refrán, y te sobra
lo demás.—Esta mañana
mi esperanza era tan corta,
que no ocupaba extendida
el espacio de una ostra;
me estorbaba hasta mi nombre,
y al cabo de pocas horas
tierra y mar tengo por mío;
represento tres personas,
dirijo grandes negocios,
y espero hidalguía y honra.
Bah, tiene razón quien dice
que este mundo es una bola,
y que la empuja el demonio
del lado que se le antoja.

ESCENA XI

CAÍN, PEDRO *y* TOMÁS

CAÍN

Ve aquí un nuevo compañero
que ha de venir con nosotros,
mas la alianza es secreta.
Cuando volvamos á bordo
con nosotros ha de ir;
llévale, pues.

TOMÁS *(Á Pedro.)*

Si capcioso
lazo me tiendes, te juro
que ves de la mar el fondo.

PEDRO

Díme, impiden tus asuntos
los que interesan á otro?
No puede un hombre de dos
ser agente de negocios?

TOMÁS

Pues bien; ni tú me conoces
desde hoy, ni yo te conozco;
no haya palabra ni seña
en el buque entre nosotros;
sirvámonos mutuamente,
mas en secreto.

PEDRO

En un pozo
echaste el tuyo.

TOMÁS

Él conserva
tu cabeza entre tus hombros.

PEDRO

Juguemos limpio y vivamos.

TOMÁS

Eso mismo te propongo.

PEDRO

Y eso admito.

TOMÁS

Vamos pues.
Caín gusta de estar solo.

ESCENA XII

CAÍN

Sí, sí; fuera del mar se necesita
una morada incógnita y segura;
ya mi sed de vagar se debilita,
ya deseo quietud, calma y holgura.
Hoy un oculto espíritu me incita
otra vida anhelar y otra ventura.
Con el oro que tengo y con mi aliento,
á qué no puede osar mi pensamiento?
Buques tendré en el mar que me acarreen
espléndido botín; tendré en la tierra
viles esclavos que su vida empleen
mi reposo en velar; tendré en la sierra
monteros que á mi antojo me la ojeen,

y haré á los osos y á los ciervos guerra;
y, en fin, con mi osadía y con mi plata,
más que cualquiera rey, será el pirata.
(Elena asoma.)
Sí; tomaré ese nombre, y esa historia;
dentro de mí se encerrarán dos seres,
ambos con gran poder, ambos con gloria;
y si hay alguien que pueda mis placeres
turbar, guardando de quien fuí memoria,
antes que ose traidor decir «tú eres...»
aunque tenga por medio una Alpujarra,
le cortará la voz mi cimitarra.

ESCENA XIII

ELENA *y* CAÍN

ELENA

No tan pronto será que no te lance
tu ingratitud al rostro.

CAÍN

Dios, qué veo!

ELENA

Ni tan pronto será que no te alcance
su suplicante voz.

CAÍN

Que sueño creo!
Oh! Y es en realidad la misma Elena,
ó es ilusión que engaña mis sentidos?

ELENA

No, no; de amor y esperanza llena,
Elena es la que habla á tus oídos.

CAÍN

Quién te trajo á esta playa?

ELENA

El aire incierto,
la tempestad, el mar, tu mala estrella.

CAÍN

La tuya sí, que te ofreció mal puerto,
pues que te trajo á dar conmigo en ella.

ELENA

Oh! No tan malo si á encontrarte acierto,
que largo tiempo rastreé tu huella,
y navegué segura de encontrarte,
sin más rumbo ni afán que el de buscarte.

CAÍN

(Con frialdad.)
Pues bien, héme aquí ya; dí, qué me quieres?

ELENA

Eso preguntas tú que me conoces?
No tienes corazón? De mármol eres?
No te lo dice tu conciencia á voces?
Me amaste y te adoré; partí contigo
el placer y el dolor; en la montaña
á los tuyos y á tí franqueé un abrigo...
Hallarme, si esto sabes, qué te extraña?

CAÍN

Y bien: qué te se antoja? qué apeteces?
Oro? Rica serás. La tierra es tuya;
libre como las aves y los peces,
busca mansión, mas húyeme.

ELENA

Que huya,
hombre sin corazón! Con tierra y oro
pagarás el amor que hay en el mío?
Quieres pagar con brezos un tesoro!
Mas tiembla.

CAÍN

(Con desprecio.) Eh! De esa cólera me río.

ELENA

Te olvidas de que fuí tu compañera?
Que sé desde el momento en que naciste
tu historia toda entera?
Te olvidas que mi amor y mi esperanza
pueden tornarse en bárbara venganza,
tus crímenes contando por doquiera?

CAÍN

Cuéntalos en buen hora. Qué hay en ellos
que no tenga su origen
en esas leyes que á los pueblos rigen,

y que dan á sus súbditos los reyes
sin preguntar si necesitan leyes?
Yo buscaba en Sicilia
mi pobre vida; en mi batel pasaba
una y otra vigilia,
y un pedazo de pan á mi familia
con mi sudor compraba.
Te amé, y viví feliz entre peligros
que siempre desprecié; pero, qué hicieron
las leyes con nosotros? Remolcaron
nuestro barquillo, y en la mar lo hundieron;
después, defraudadores nos llamaron;
por las peñas después nos persiguieron,
y al pobre que cogieron,
en los robles del monte le colgaron.
Qué pudimos hacer? Como nosotros,
nuestros padres también vivido habían;
no nos dejaron otros
oficios ni caudales, ni podían.
Cual fieras acosados,
de nuestro hogar lanzados,
sin amparo en la tierra,
la sociedad nos arrojó en su encono;
y salimos al mar á hacerla guerra,
y en él buscamos libertad y trono;
y desde entonces, sí, la tierra toda
nuestra enemiga fué, y la tierra ingrata
pagó tributo al vencedor pirata.
Tal es mi historia, y de lo que haya en ella
á la razón contrario,
no me culpen á mí, sino á mi estrella.

ELENA

Mas cuando al mar salías
por la primera vez, y á las bravías
olas del mar tu porvenir fiabas,
el solo ser de quien fiar podías
en la ribera sin piedad dejabas.

CAÍN

(Con amargura.)
Y allí dejé también padres y hermanos;
cuanto pude querer quedó en Sicilia.
La sangre en que á teñir iba mis manos,
alcanzara á mi amor, á mi familia?
No. Cómo fuera el tigre carnicero
camarada del tímido cordero?

ELENA

La falta de poder, amor la abona;
sí, la mujer que osaba en la montaña
contra la ley abrirte su cabaña,
hubiera sido junto á tí leona.

CAÍN

Tú deliras, mujer. Sobre mi nave
sería tu presencia
de la muerte de entrambos la sentencia.

ELENA

Tu salvación, quién sabe?

CAÍN

Ea, no hablemos más; he renunciado
á todo cuanto he sido,
ignoro mi pasado,
y de mi porvenir tampoco cuido.
Mujer, no hablemos más, se me ha olvidado
si en tiempo más feliz te he conocido.

ELENA

Conque quiere decir que así inhumano...

CAÍN

Quiere decir que sé tu desventura,
mas no tendré la estúpida locura
de tenderte una mano.
Tu suerte en esta isla te dió puerto,
y no saldrás por mí de este desierto.

ELENA

Pues bien, sea en buen hora;
abandóname y huye, porque acaso
antes que raye la vecina aurora
una nave velera
que á la tuya da caza
en esa roca alcanzará una hoguera.

CAÍN

Ira de Dios! Y entonces...

ELENA

Entonces... Lo que en ella aun no se sabe
se sabrá... Sí: las señas, patria, nombre,

y la historia, por último, del hombre
que va en aquella nave.

CAÍN

Pues tú también la montarás conmigo,
pero el mar te abrirá tumba escondida.

ELENA

Yo no temo la mar; es mi destino
que respete mi vida
para abrir contra tí siempre el camino;
dos veces me tragó y me dió salida.

CAÍN

No me tientes, mujer. Calla, y no cierres
la suya á tu existencia,
á prueba tal poniendo mi paciencia.

ELENA

No hay medio, no: ó amigo ó enemigo;
si aceptas la amistad, pronto partamos;
si enemistad, veamos;
el cielo y la razón están conmigo.

CAÍN

Pues bien; tu cielo y tu razón si pueden,
contra mi fiera voluntad te ayuden.
(Pone mano á una pistola del cinto. Elena huye, subiendo por los peñascos. El pirata espera á que llegue á lo alto, y apuntándola seguramente, hace fuego. Elena da un grito y cae del otro lado de las peñas, fuera de la vista del público.)
Veremos el favor que te conceden,
y en tu favor los cielos cómo acuden.

ESCENA XIV

CAÍN, TOMÁS, RODULFO *y* PEDRO

TOMÁS

Qué es esto?

CAÍN

Nada.

RODULFO

Padre, y ese tiro?

CAÍN

Contad si de vosotros falta alguno.

RODULFO

Al revés, según veo, sobra uno.

CAÍN

Entonces, vive Dios, sólo fué ruido.
Ya sabéis que aun en medio de las olas
no erró el plomo jamás de mis pistolas.
Y nuestra gente?

TOMÁS

Ya espera
en el bote con la carga.

CAÍN

Al agua, pues, que no es larga
la noche, como quisiera.

RODULFO

Antes, padre, de partir,
quisiera hablaros á solas.

CAÍN

Mi gente es sorda, y las olas
tus palabras no han de oir.
Me lo dirás en el mar.

RODULFO

En el imposible toca;
lo que salga de mi boca
en tierra se ha de quedar.

CAÍN

Rodulfo, el tiempo nos falta,
déjalo para después.

RODULFO

Capitán, imposible es.

CAÍN

Pues en la verga más alta,
sobre una cuerda, y... cuidado
con ocuparla.

RODULFO

Ese extremo

de vuestra crueldad no temo,
que estoy bien determinado.
Acordáos de una tarde
en que debísteis la vida
á que recibí esta herida, *(La muestra.)*
que os destinaba un cobarde.
Entonces me concedísteis
lo primero que os pidiera,
y esta es la ocasión primera;
cumplid lo que prometísteis.
En tierra os tengo de hablar,
ó mirad lo que escogéis;
prefiero que me matéis
á volver con vos al mar.

CAÍN *(Á Tomás.)*

Tomás; si llego á entender
que fué tu lengua atrevida,
puedes rezar por tu vida.

TOMÁS

Lo haré así, si es menester.

CAÍN

Pues ve á esperar tu sentencia.

ESCENA XV

CAÍN *y* RODULFO

CAÍN *(Á Rodulfo.)*

Empieza tú, que ya escucho,
pero no te alargues mucho,
que tengo poca paciencia.

RODULFO

Lo que tengo que deciros
no os causará largo afán;
se reduce, capitán,
á que no quiero seguiros.

CAÍN

Qué, tienes miedo á los peces?
Ó es que la gente que tengo
no te acomoda? Convengo
en que algo ruda es á veces.
Mas, qué lo quieres hacer?
No se puede un bando echar
para que vengan al mar
piratas donde escoger.
Y á más, no encuentro motivo,
porque siendo mi hijo tú,
quien te ofenda, Belcebú
me lleve! si queda vivo.

RODULFO

Padre, os lo dije; no quiero
vivir más en una nave
cuyo capitán no sabe
cuál bandera usar primero.

CAÍN

Y no es fortuna, en verdad,
por entre el mundo enemigo
poder arrastrar consigo
su mundo y su libertad?
Qué califa te da leyes?
Quién puso á mi barco nombre?
Quién dijo mandan á ese hombre
esos ó los otros reyes?
Todos los mares visito,
y siempre por mi valor
en todos como señor
tomo lo que necesito.
Y si hay razón para dar
á un hombre un reino en la tierra,
por qué no ha de hacerse guerra
por el imperio del mar?

RODULFO

Es otro mi pensamiento,
padre.

CAÍN

Y á dónde has de ir
que no tengas que decir
tu nombre y tu nacimiento?
Piensas que ha de darte plata
y fortuna tu conciencia?

RODULFO

Y qué, no hay otra existencia
que valga la del pirata?
Vos, ceñidas las pistolas
para dormir y velar,

no hacéis más que cavilar
vuestros secretos á solas.
No lleváis jamás con vos
ni otro hermano ni otro amigo;
el mar es vuestro testigo
y la suerte vuestro Dios.
La fuerza es la única ley
que en el barco se respeta;
y si esa ley os sujeta,
de qué os vale ser el rey?
República del más fuerte,
porque otro no os avasalle,
no hay más medio que aplicalle
una sentencia de muerte.
Una queja suelta apenas
de los labios, basta á veces
para llamar á los peces
colgado de las entenas.
Eso es vida? Eso es fortuna?
Qué vale tanto botín,
si para gastarlo al fin
no llega ocasión alguna?
Y, por último, señor,
ó en tierra me abandonáis,
ó lo que de amor no hagáis,
yo lo he de hacer de furor.
Á la mar me arrojaré.

CAÍN

Hola, y el mozo está lleno
de bríos, y de algo bueno
será capaz.

RODULFO

Sí, seré;
y así, capitán, lo espero;
mas pues cada cual se fragua
su suerte, cual vos en agua,
en tierra la mía quiero.

CAÍN

Y desde hoy te quiero más,
que mozo con tanto brío,
que hacer dará al lado mío,
aun al mismo Satanás.
Conque vaya, echa adelante,
que en la primera ocasión
donde gastar un doblón
no ha de faltar á un tunante.

RODULFO

Padre, un paso no daré,
ya os lo dije. Y que no ha habido
nadie que os haya pedido
lo que yo, también lo sé.
Pero en vano me acosáis;
con vuestra gente no puedo,
y en esta isla me quedo,
ó en esta isla me matáis.

CAÍN

Ira de Dios! Cosas tales
están pasando por mí,
que estoy por saciar en tí
todo el furor de mis males.

RODULFO

Hacedlo si se os antoja,
y acabad los míos hoy,
porque vuestra sangre soy
y os juro que me sonroja.
Tener padre, y padre tal,
sin patria y sin religión,
está con mi corazón
aviniéndose muy mal.

CAÍN

Víbora de sangre ingrata!
Así pagas, pese á mí!
la existencia que te dí?

RODULFO

(Con desprecio.)
Con el nombre de un pirata!

CAÍN

(Con brío.) Con su nombre y su poder,
con su oro y su libertad.

RODULFO

Y una horca en la ciudad
donde irlo todo á perder.

CAÍN

Voto á... Mas dejemos eso,

porque siento que si dura
me va á faltar la cordura...
y el amor que te profeso
no ha de poderme tener:
y pues tan claro me anuncias
que á mis favores renuncias,
tú sólo lo has de perder.
Acércate aquí, rapaz,
y escucha lo que te digo,
que soy tu padre, y tu amigo,
aunque eres algo tenaz.
Lléveme el diablo si atino
qué afán tienes en largarte
á tierra, mas por mi parte
busca en ella tu destino.
Mas oye: si otro que tú
tal intento me propone,
hoy mismo en marcha se pone
á cenar con Belcebú.
Te haré parte en el botín:
vive, y en ninguna parte
vuelvas, Rodulfo, á acordarte
de tu capitán Caín.
Aquí la gente...

RODULFO

Señor,
pues parto, y largo quizás...

CAÍN

Muchacho, no hables ya más,
que no eres predicador.

ESCENA XVI

CAÍN, RODULFO *y* LOS PIRATAS

CAÍN

Oid: habida atención
á lo bien que se ha batido,
la vida le he concedido
á este mozo, á condición
de que aquí se ha de quedar,
en donde nadie reside;
y que si otro me lo pide
le echo por respuesta al mar.
Lo oís? Ea pues, al bote.
(Dispérsanse todos.)
(Á Rodulfo.) Toma ese oro que te toca:
(Á los suyos.) y el que descosa la boca
está mal con su cogote.
Tomás?

ESCENA XVII

CAÍN, RODULFO *y* TOMÁS

CAÍN *(Á Tomás.)*

Te has portado bien;
y pues de todo ignorante
va, sea libre y que medre;
que hombre es, y la tierra grande.

TOMÁS

(Si un día me ayuda el cielo,
vive Dios que ha de pesarte.)

CAÍN

(Ya no hay nadie que me venda;
que hablen los muertos, no es fácil.)
Conque al agua. Adiós, muchacho.

TOMÁS

Rodulfo, que Dios te ampare.

RODULFO

Así se olvida de un hijo?
Tomás, bien hago en dejarle.

ESCENA XVIII

(Los piratas y Pedro entran en el bote y desaparecen. A poco el bergantín pirata tiende velas y sigue su rumbo. Rodulfo queda en la playa viéndolo partir.)

RODULFO

Héme aquí solo, ay de mí!
Pero estar solo más vale,
que en la odiosa compañía
de esos corsarios infames.
Mas no pensemos en ello;
Dios, que los secretos sabe
del corazón de los hombres,

no querrá desampararme.
Aquí hay pólvora, y un arma;
en aquestos peñascales
voy á encender una hoguera,
por si algún buque al alcance
pasa de esta isla, que entienda
que implora su auxilio alguien.
(Mete unas hojas en la cazoleta de una pistola, y al fogonazo las enciende, levantando á poco llama, que alimenta con brezos, etc.)
Y aquí me siento á espiar
la inmensidad de los mares,
y á esperar á que sus hondas
me den camino ó me traguen.
Llama en que arde mi esperanza,
dura, dura, y no te apagues,
y cual te doy yo alimento,
fuerza y esperanza dáme.

ELENA

(Dentro.) Ay!

RODULFO

Qué voz! De ese desierto,
quién puede ser habitante?
Ilusión mía, sin duda;
no; entre aquellos matorrales
oigo rumor; algo veo
que se agita en su ramaje.
Quién va allá?

ELENA

(Dentro.) Quien quier que seas,
por el cielo santo ampárame.

RODULFO

Dónde estás?

ELENA

Estoy acaso
de la vida en los umbrales.

RODULFO

Aguarda á ese precipicio
que busque por donde baje.
(Desaparece por detrás de las peñas, y vuelve con Elena.)

ESCENA XIX

RODULFO *y* ELENA

ELENA

No puedo ya más, detente;
déjame aquí que descanse.

RODULFO

Recóbrate, y dí qué puedo
hacer por tí. Cielos! Sangre!
Oh, sí, sí; comprendo ahora
el pistoletazo de antes!

ELENA

Ay! Las fuerzas me abandonan,
fallezco!

RODULFO

Ah, no, no; aun late
su corazón, late el pulso.
(Un buque pasa á lo lejos.)
Santos del cielo, una nave:
si distinguirán mi hoguera?
(El buque sigue cruzando.)
Pasa... sí, todo es en balde!
Ah, probemos. *(Tira un pistoletazo.)*
Pasa: inútil!
El ruido sofoca el aire;
no hay esperanza ninguna.
(El buque tira un cañonazo.)
Gracias, Dios mío! Dios grande!
Por aquí llega una lancha;
ea, corazón, ensánchate;
la suerte te da la mano,
y un nuevo mundo te se abre.
(Llega el bote con marineros.)

ESCENA XX

RODULFO, ELENA *y* DOS MARINEROS

MARINERO

Es un pirata.

RODULFO

Ellos fueron

quien, en esta isla dejándome,
á morir me condenaron.

MARINERO

Sí, es de ellos.

RODULFO

Amigos, padre,
cuanto amé les abandono
por no seguirles.

MARINERO

Y qué hace
ahí esa mujer? Quién es?

RODULFO

Víctima de sus maldades.

MARINERO

Vive?

RODULFO

Sí.

MARINERO

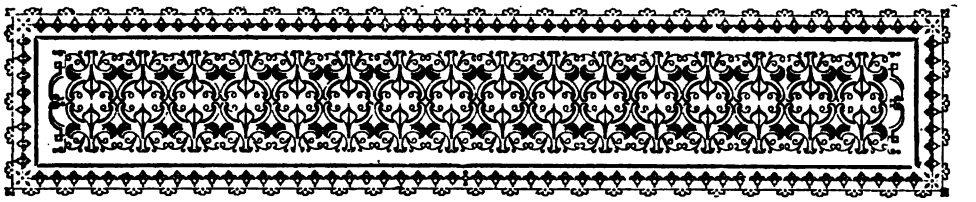
Venga á la lancha.

RODULFO

Gracias. *(Ponen en el bote á Elena.)*

MARINERO

Remar y adelante.
(Entra Rodulfo en el bote y se alejan remando.)



UN AÑO Y UN DÍA

ACTO PRIMERO

Habitación amueblada al gusto del siglo XVII. Puerta en el fondo y otra á la derecha. A la izquierda otra secreta y una ventana. Un reloj que marca el tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos. Nada de lujo.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO

La media ha dado... Ya tarda,
y si se pasa la hora...
Ah, ni vivo ni sosiego
hasta ver cómo se logran
mis planes, y cómo salgo
de tan infernal tramoya.
Sí, sí; fuerza es dar un brinco
antes que el velo se rompa
y el tiempo aclare los hechos;
mas aún no parece... Hola!
Oigo ruido en la escalera;
él es... él es... Arda Troya!
(Va hacia la puerta á recibir al Conde, que llega vestido con lujo.)

ESCENA II

DON PEDRO *y* EL CONDE

CONDE

Dios sea contigo, Pedro.

DON PEDRO

Bien venido, Conde.

CONDE

Es hora?

DON PEDRO

Para nuestra cita, la única;
temprano para la otra.

CONDE

Á qué hora se cumple el plazo?

DON PEDRO

Á las doce en punto.

CONDE

Todas
mis órdenes se han cumplido?

DON PEDRO

Sí, señor Conde.

CONDE

Está pronta
la mojiganga de escribas
y el aparato de boda?

DON PEDRO

Nada falta.

CONDE

Vamos, pues,
á tratar de lo que importa.
Vendrá el capitán?

DON PEDRO

Vendrá.
Su última carta amorosa
se reduce á asegurar
á la muchacha su próxima
vuelta; ya sabéis que yo
se las intercepto todas.

CONDE

Y qué fecha tiene la última?

DON PEDRO

Si la cuenta no equivoca
mi aritmética, es hoy mismo
cuando llega; y esta sola
circunstancia me obligaba
á esperaros con zozobra.

CONDE

Desecha todo temor;
gente leal y briosa
he apostado por doquiera
que por todo el valle ronda.
Oh! Aunque vuelva el capitán,
llegará tarde.

DON PEDRO

En buen hora.
Y de la mar, qué tenemos?

CONDE

Todo va á pedir de boca;
un día de éstos, mi barco
vendrá á fondear en la costa.

DON PEDRO

Y de aquel hombre hay noticias
exactas?

CONDE

Su mano propia
fué quien escribió la carta
en que me anuncia tal cosa.
Pero te alarma esta nueva?

DON PEDRO

Á mí, por qué?

CONDE

Tu faz toma
mal color. Te sientes malo?

DON PEDRO

No, por Dios. Vaya! Es graciosa
la aprensión! Seguid, seguid.
Qué puede haber en mi contra
en la vuelta de un marino
que vuestra privanza goza?
No es un amigo leal
que nos sirve y nos apoya?

CONDE

Tienes razón.

DON PEDRO

Vaya, hablemos
de nosotros mismos.

CONDE

Oiga!
No olvidaste...?

DON PEDRO

No, por cierto;
cada uno atiende á su propia
conveniencia, y para ella
tengo yo buena memoria.

CONDE

Sea, pues; tiempo es de echar
esta máscara enfadosa,
y mostrar uno cuál es
su pensar y su persona.
Un año entero aguardé
por no dar una sonora
campanada que se oyera
diez leguas á la redonda.
Tres años ha estoy aquí,
metido como una zorra
en ese negro castillo,

sin que nadie me conozca
ni me vea cara á cara;
mas no será desde ahora
lo mismo, porque ya me hallo
con poderes que me sobran.
Si se harta de mí esta tierra,
ó á mí la tierra me enoja,
en la mar tengo mi barco,
y allí mi fortuna próspera.
Como he comprado este valle
de España, si se me antoja
iré á comprar todo un puerto
en otra playa remota.

DON PEDRO

Sí, pero estáis, señor Conde,
en Purchena por ahora;
y está tan cerca Granada,
y es esta gente tan tosca,
que si prudentes no andamos,
el pan nos cuesta una torta. .
El plazo está al concluir;
una escena escandalosa
no conviene en modo alguno;
en este plazo no hay prórroga;
ó el capitán viene ó no;
si retardarle se logra,
vuestra es Isabel... Mas falta...

CONDE

Entiendo; tapar la boca...

DON PEDRO

No, estimar el sacrificio
de su voluntad; os odia,
y sin embargo se entrega
resignada vuestra esposa,
si no vuelve el capitán;
y esta abnegación no es poca.

CONDE

Y bien, en cuánto se aprecia?

DON PEDRO

No se aprecia, que se dora;
y doradas, muy distintas
parecen todas las cosas.

CONDE

Mi palabra es como el sol:
fija.

DON PEDRO

Pues tenéis esposa.
Y el capitán...?

CONDE

Cumple tú,
que yo haré lo que me toca.

DON PEDRO

Pues salid, que la oigo ya.
Y, señor Conde, ya os consta
que fué condición no veros
hasta el plazo.

CONDE

Y bien gustosa
puede estar de mi obediencia.
Adiós, pues. (Como yo coja
la muchacha, ya irás tú
donde el secreto no te oigan.) *(Váse.)*

ESCENA III

DON PEDRO

(Como la venta sea buena
y yo á caballo me ponga,
aunque tenga más prosapia
que la dinastía goda.)
Oh! Y salga por donde quiera,
porque despacio mirándolo,
el demonio va enredándolo
de muy extraña manera.
Y si antes que me eche fuera
viene el otro á darme un susto...
No, no; ese hombre está en lo justo;
me libra de ese cuidado,
y él se queda muy holgado
saliéndose con su gusto.

ESCENA IV

DON PEDRO *é* ISABEL

ISABEL

Ay, padre, sin vida estoy!

DON PEDRO

No hay ya remedio, Isabel.

ISABEL

Y ha un año que no sé de él.

DON PEDRO

Y el plazo se cumple hoy;
tú misma lo propusiste,
y no has de volverte atrás.

ISABEL

No me imaginé jamás
un desengaño tan triste.
Un año entero, ay de mí!
sin ver una letra suya!
Yo no sé, padre, qué arguya!
Me olvidó!

DON PEDRO

Creo que sí.

ISABEL

Sí, decís! Tal vez por cierto
lo dáis... Acabad, señor,
que no es posible á mi amor
vivir otro día incierto.
Hoy este plazo concluye;
si al fin él no ha de volver,
mejor quisiera saber
que me aborrece y me huye.

DON PEDRO

Qué otra cosa imaginarse?
Tan amante y tan resuelto
al partir, y ni aun ha vuelto
con una carta á anunciarse.
Si no te olvidó inconstante
al verse lejos de tí,
sospecho que murió allí
en guerra y país distante.
De cualquier modo, Isabel,
don Juan, inconstante ó muerto,
pues ni aun escribe, es lo cierto
que nada hay que esperar de él.

ISABEL

Pero si suerte fatal
se lo impidiera, y me amara,
por quien soy, que le esperara!

DON PEDRO

Isabel, no hicieras tal!
No; yo no tengo, hija mía,
de ese hombre noticias ciertas;
mas considera, y lo aciertas,
que hoy es de tu boda el día.
Ni yo propondré más plazos,
ni los admitiera el Conde;
al que llegue corresponde
tu amor.

ISABEL

Pero, y si á mis brazos
llegan á un tiempo los dos?

DON PEDRO

Los dos se lo arreglarán,
aunque á fe que no serán
tan exactos, vive Dios!

ISABEL

Ay padre, que puede más
el vuestro en vos que mi empeño,
y estoy ahora en vuestro ceño
viendo mi suerte quizás.

DON PEDRO

Isabel, te has vuelto loca?

ISABEL

Mejor lo quisiera estar,
señor, para no arrostrar
la suerte cruel que me toca.
Él es pobre y es soldado;
el Conde es rico y es noble,
y esto hace que el mal se doble
contra el otro desdichado.

DON PEDRO

Y acaso crees, hija ingrata,
que te tuviera en tan poco,
que así te cambiara loco
por un puñado de plata?

ISABEL

Yo nada creo, señor.

DON PEDRO

Ó piensas que el Conde fuera...?

ISABEL

Padre, el Conde es una fiera,
y cualquier otro es mejor.
El vulgo, el tigre le llama,
y caverna á su palacio;
considerad con despacio
si esposo con esa fama
conviene á mujer alguna.

DON PEDRO

Entre ambos has elegido,
y uno ha de ser tu marido;
válgate, pues, tu fortuna.

ISABEL

Padre, por piedad! *(De rodillas.)*

DON PEDRO

Aparta.

ISABEL

No, no podéis en conciencia
fulminar una sentencia
tan cruel!

DON PEDRO

Mi paciencia es harta
para tu llanto, Isabel,
y sea afición, sea capricho,
si antes llega, ya está dicho,
tu marido ha de ser él.
Tu padre soy, y solemne
palabra á entrambos les dí;
y aunque ella te pese á tí,
mi palabra está perenne.

ISABEL

Ay, padre! Y toda la vida
seré de quien odio presa,
por una fatal promesa?

DON PEDRO

Que hoy ha de quedar cumplida;
con ese reloj consulta,
que desde aquí al medio día
hay un cuarto todavía;
mira bien lo que resulta. *(Váse.)*

ESCENA V

ISABEL

Un cuarto falta, ay de mí!
Y si fe don Juan me guarda,
solamente porque tarda
habrá de perderme así?
Él, tan noble y tan honrado,
si es que su amor alimenta,
no vendrá á pedirme cuenta
del amor que me ha dejado?
Mas, si no viene don Juan?
Si sin que nada lo impida,
del plazo antiguo se olvida,
cual sus promesas lo están?
Entonces... saben los cielos
que le aguardaré también,
mientra incompletos estén
con mi plazo, mis recelos.
Y á ser cierto... Ay de mí triste!
Ni á imaginarlo me atrevo,
que á este desengaño nuevo
mi corazón se resiste.
Ni una carta en todo un año...!
Mas... él no pudo escribir
y otro sus cartas abrir,
interesado en mi daño?
Mi padre...! Tal vez atino!
Y acaso todos los días
que han fingido cartas mías
para engañarle, imagino.
Ay, si él me pudiera oir!
Si á sus oídos llegara

mi voz, y le recordara
que el plazo se va á cumplir!
Si él engañado y yo ciega,
y amándonos todavía,
pasa el año y pasa el día,
y yo aguardo y él no llega!
Ay! Y él mismo me advirtió
que si por muerto le daban
del plazo antes, me engañaban;
sin duda que sospechó.
Oh! Desdichado don Juan,
si te dicen que inconstante
te he olvidado un solo instante,
juro á Dios que mentirán.
Sí, sí; los oídos cierra
á tan pérfida ficción,
que sólo mi corazón
tu amor y tu nombre encierra.
Diez minutos... Ah...! Deliro!
(Mira al reloj.)
Á cada instante que pasa
mi esperanza es más escasa,
y por que pase suspiro.
(Dirigiéndose al reloj.)
Y tú, máquina infernal,
que con monótona lengua
me adviertes lo que se mengua
cada minuto fatal,
cesa, por Dios, de correr;
un día en tu curso cesa;
da otro día á mi promesa...
Mas, ay! Si no ha de volver;
si él inconstante me olvida,
y de ese monstruo en los brazos...
No... no; primero á pedazos
me habrán de arrancar la vida.

ESCENA VI

EL CONDE *é* ISABEL

ISABEL

Ah! *(Al ver al Conde.)*

CONDE

No sé qué os extrañáis,
Isabel, de mi venida,
pues mi ausencia está cumplida,
y vos al reloj miráis.

ISABEL

Es, señor Conde, que advierto
que antes del plazo venís.

CONDE

De que faltan me advertís
unos minutos? Es cierto.
Veo que tenéis memoria,
y que no habéis olvidado
un punto de lo pactado,
es verdad; es nuestra historia.
Mas juré volver también
á las doce de este día;
si no han dado todavía
aguardaré hasta que den. *(Se sienta.)*
Conque no os paséis afán,
porque cualquiera conoce
que, si no han dado las doce,
y el reloj suena, darán.

ISABEL

Señor Conde, á lo que creo,
volvísteis con intención
de insultarme en mi aflicción.

CONDE

Por Dios que insulto no veo
en cumpliros mi promesa,
que aunque un poco anticipada,
seis minutos no son nada
cuando un año se interesa.

ISABEL

Sí, pero debéis saber
que entra en la lista un tercero,
y en seis minutos no infiero
que no pueda aparecer.

CONDE

En verdad que si estuviera,
señora, en ese pasillo,
que llegara era sencillo
con pocos pasos que diera.
Mas como yo para mí,
salvo error, tengo por cierto

que no vuelve ningún muerto,
aunque lo prometa así...

ISABEL

¡Qué decís!

CONDE

Yo nada digo.

ISABEL

Qué...! Don Juan...!

CONDE

Con honra y prez
alcanzó á don Juan su vez
en un balazo enemigo.

ISABEL

Y á tal momento venís
con tan infausta noticia?
No véis que arguye malicia?

CONDE

Hasta hoy se ignoró.

ISABEL

Mentís.

CONDE

Miento! Leed y pensad
que sobre esa firma deja
lo que tener aconseja
por su postrer voluntad.
(La da una carta.)

ISABEL

Mentís.

CONDE

Y de ello testigo,
nos la ha traído un soldado
que fué en el campo lisiado
con él, y fué muy su amigo.

ISABEL

Mentís.

CONDE

Tomad el papel.

ISABEL

Es la letra de don Juan!

CONDE

Ya véis que os fué el capitán
hasta morir siempre fiel.

ISABEL

(Lee.) En vano fué, Isabel mia,
mi fortuna y mi valor,
que acabó aquí con mi amor
antes del año y el día.
Y pues por suerte fatal
no he de cumplir mi promesa,
adiós; sé que te interesa
casarte con mi rival.
Si fuera cierto...

CONDE

Yo sé
que tras de aqueste pesar
no os debiera recordar
ni mi razón ni mi fe;
que esperé un año y un día,
como lo habíais propuesto;
ni que del lance funesto
sabedor, á ello venía.
Con vuestro padre de acuerdo
vengo á deciros, señora,
que pues esta casa ahora
no es más que un triste recuerdo
que os prensará el corazón,
que os vengáis á mi palacio,
donde habréis con el espacio
de templar vuestra aflicción.
Galas, fiestas ni placer
allí no os han de faltar,
y así os podéis consolar,
pues hay tiempo y sois mujer.

ISABEL

Yo con vos el mismo techo
tengo, Conde, de partir?

CONDE

Y aun en mi cuarto vivir,
si el vuestro os parece estrecho.
Conque vamos.

ISABEL

Apartad;
señor Conde, esta es mi casa,
y de lo admisible pasa
(Con ironía.)
vuestra noble caridad.
Si estos objetos que adoro
no consuelan mi dolor,
tan sólo le harán mayor
vuestros artesones de oro.
Y si os prometí mi mano
pasado un año y un día,
fué sólo porque quería
dar tiempo á don Juan; y en vano
alucinarme pensáis
con fábulas que no creo,
señor Conde, porque os veo
las cartas con que jugáis.

CONDE

Desconocéis, pues, su letra?

ISABEL

Conozco á don Juan mejor,
y una mujer con amor,
aun imposibles penetra.
Si él escribió este papel
ó no, yo lo ignoro, Conde;
mas tampoco se me esconde
la razón y origen de él.

CONDE

Es decir que no creéis
lo que esa carta os anuncia,
y aunque él á su amor renuncia,
vos renunciar no queréis?

ISABEL

Él, tan amante y tan fiero,
renunciar mi amor por vos...?
Y al morir? Soñáis, por Dios;
se condenara primero.
Ya os conocía al partir,
pues me aconsejó, por suerte,
que no creyera en su muerte
el plazo antes de cumplir.

CONDE

Pues mirad ese reló,
y pensad lo que os conviene,
porque don Juan ya no viene;
basta que os lo diga yo.

ISABEL

Monstruo! Habéis comprado acaso
su sangre!

CONDE

Aun no lo pensé;
mas como obréis, obraré;
conque no déis un mal paso.

ISABEL

Hombre vil, para qué plazos
infamemente poner
si los habías de hacer
con mi corazón pedazos?

CONDE

Y oidme en fin, Isabel,
porque esta historia, aunque corta,
mucho saberla os importa,
cuando no por vos, por él.
Yo soy... quien soy; ahora un conde
rico, tenaz, iracundo,
que aprendí un poco de mundo,
no importa saber en dónde.
Tengo un repleto tesoro,
independencia y poder,
mas fáltame una mujer
que me ayude á gastar oro.
Yo que he pasado mi vida
allá en larga soledad,
no quise en la sociedad
agenciarme una querida.
Porque un hombre como yo,
que fué un valiente y no más,
es algo brusco quizás
para enamorar... y no
quise comenzar tampoco
por hablar de mi bolsillo,
que obrara como un chiquillo,
y me avergonzara un loco.
En tal situación os ví,

y como yo en mi futura
sólo buscaba hermosura,
me dije pues: ya está aquí.
Os pretendí en toda forma;
os negásteis; cavilé,
inquirí y averigüé,
y al cabo dí con la horma
de mi zapato; era un mozo
militar, que está ausente;
yo os abordé, y vos valiente
resistísteis, que fué gozo.
Al fin, porque no venía,
sin dar á torcer el brazo,
me señalásteis un plazo
fatal de un año y un día.
Esperé el día y el año,
mas no con descuido tal,
que al fin viniera fatal
tras el tiempo el desengaño.
Yo á ese don Juan nunca ví,
pues no estaba en mi papel
el acercarme yo á él,
sin que él se viniera á mí!
Vuestro padre, que primero
os dejó vuestro albedrío,
fué después amigo mío,
y encontró en mí un caballero.
Prometióme vuestra mano
si el plazo fuere cumplido,
y está todo prevenido
con cura y con escribano.
Ahora bien; Dios me es testigo
de que si voy desairado,
vuelva ó no vuelva el soldado,
por fuerza os casáis conmigo.
Luego, vuelva en hora buena,
que puesto yo en alta mar,
con cualquier viento sé andar
día y noche á vela llena.
Conque elegid.

ISABEL

Dios eterno!
Qué hombre es éste, cuyo antojo
atropella vuestro enojo
y se ríe del averno?

CONDE

Mirad que á escoger os dí,
y basta de vituperios,
porque todos los misterios
se acabaron para mí.
Yo os amo, y la resistencia
que habéis dado en oponerme
no hace más que convencerme
de que basta de paciencia.

ISABEL

(Á la ventana.)
Oh! Vuelve, vuelve, don Juan;
morir prefiero contigo
á tenerle por amigo.

CONDE

Es inútil vuestro afán.
Ved mi gente á vuestra puerta.
Creéis que si á ella llegara
con vida el dintel pasara?

ISABEL

Virgen santa, yo estoy muerta!
Allí esperándole están;
los tuyos son, tigre astuto...

CONDE

Mirad que falta un minuto,
y es la suerte de don Juan.

ISABEL

Conque aun vive?

CONDE

Y qué sé yo?

ISABEL

Lo has dicho.

CONDE

No insistas más.
que no has de verle jamás
mientras que yo viva, no.
Yo estoy mal acostumbrado
á haber cuanto necesito;
lo que no me dan, lo quito,
y así nada me ha faltado.
Tras un año de esperar,
crees tú que te he de perder?
No; tú serás mi mujer.

ISABEL

Primero me has de matar.

CONDE

Eso no suele efectuarse,
aunque se suele decir,
que entre casarse y morir
siempre vale más casarse.

ISABEL

Oh! Sí, sí, razón tenéis;
olvidad lo que os he dicho,
mas en vos es un capricho
mi amor, porque los tenéis
vosotros los grandes, sí,
y os fingís en vuestro orgullo
que el vulgo alzará murmullo
si desistís, no es así?
Mas mejor vuestra grandeza
y justicia acreditáis
cuando razón otorgáis
si os la exponen con nobleza.
Ved mis lágrimas, señor;
yo en este valle escondida,
no ví ni tuve en mi vida
ni otro don Juan ni otro amor.
Él fué mi sola esperanza;
en él cifré mi ventura;
por él amé la hermosura
que acaso mi rostro alcanza.
Yo soy sólo una mujer
que por mí no puedo nada;
mi pasión fué desdichada;
pero, señor, qué he de hacer?
Él no tiene más que á mí
á quien amar en la tierra,
y toda, señor, se encierra
la dicha de ambos aquí.
Si os dije que moriría,
mentí, Conde, estaba loca;
lo que decía mi boca
mi corazón no sabía.
Volvedme á don Juan, señor,
que al fin á vuestros placeres
no os han de faltar mujeres
que os puedan vender su amor.

CONDE

Hechiceras, vive Dios,
son vuestras frases, y á fe
que elección soberbia fué
la que hizo don Juan en vos.

ISABEL

Eso decís? Conque bien
puedo esperar que don Juan...?
(Se oyen muy á lo lejos las doce en un reloj de torre.)

CONDE

Escucha; las doce dan.
Si él te quiere, yo también.

ISABEL

Ay de mí!
(El Conde pronuncia sus últimas palabras señalando á la puerta, por donde asoma en este momento don Pedro con el acompañamiento de boda.—Isabel se desmaya.)

ESCENA VII

(Toman á Isabel en la silla donde ha caído; la cubren con un velo y la sacan de la escena, siguiéndola todos. El Conde y don Pedro, que salen los últimos, se encuentran en la puerta.)

CONDE

Estás contento de mí?

DON PEDRO

Sí.

CONDE

Está abajo mi litera?

DON PEDRO

Todo está, y abajo espera.
Y vos, váis contento?

CONDE

Sí.
(Don Pedro va á la puerta de la derecha á

llamar á Gil. El Conde le espía y llama á Juan desde la puerta del fondo. Aparecen dos criados que atienden á cada uno de los dos.)

DON PEDRO

Gil!

GIL

Señor.

DON PEDRO

(Aparte á Gil.) El potro negro
ensilla al anochecer.

CONDE

Juan!

JUAN

Señor.

CONDE

(Aparte á Juan.) No hay que perder
de vista un punto á mi suegro.
(Á estos últimos versos empiezan á dar las doce en el reloj que habrá en la escena, durante cuyo espacio el teatro quedará solo. Á la última campanada entra don Juan por una puerta lateral, y mirando al reloj, se sienta satisfecho.)

ESCENA VIII

DON JUAN

Llego á tiempo todavía:
las doce acaban de dar,
y hoy cumple el año y el día;
la acierto, por vida mía,
si me llego á descuidar! *(Se sienta.)*
Pero qué piense no sé!
En este cuarto es la cita,
y á nadie llegar se ve;
no parece, por mi fe,
que se aguarda mi visita.
Si con el tiempo y la ausencia
se habrá mudado Isabel?
No escribirme fué prudencia;
no aguardarme indiferencia
sería y fortuna cruel.
Pero delirando estoy;
en mis cartas la decía
siempre que vendría hoy;
mas si no olvidó quién soy,
la hora adivinar podía.
Mas, si no las recibió?
Si fué cierta la noticia
que de su padre...? Eso no;
ni puedo entenderlo yo,
ni hay tal padre, y fué malicia
del vulgo murmurador.
Y á más, qué conseguiría?
Un escándalo mayor
que á hacer mi razón mejor
tan sólo conspiraría.
Eh! Temores de soldado,
que á dudar acostumbrado
sin cesar del enemigo,
hasta duda del amigo
y la mujer que ha adorado.
Isabel! Mi bien, mi cielo,
ya estoy junto á tí otra vez,
rico, honrado, y no hay recelo
de que, si á tu amor anhelo,
vuelvan á hollar mi altivez.
No hay medio que me despida
padre ó rival, rico ó noble,
y á tí acercarme me impida,
á quien yo cuenta no pida
de esta injuria ó se la doble.
Oh! Dichoso este momento
con que viví todo un año!
No tuve otro pensamiento,
ni otra esperanza alimento
á toda ventura extraño.
Allá en país enemigo
lanzado en guerra cruel,
sólo he tenido conmigo
á mi Dios para testigo,
y para premio á Isabel.
Lidié, derroté, vencí;
sangre y lauros son mi huella;
honréme y enriquecí,
mas, vive Dios! no por mí;
yo nada quiero sin ella.

Mas alguien llega sin duda.
Dios mío, prestadme ayuda!
Tiempo y lugar convenido,
fuerza es que, el plazo cumplido,
alguno á la cita acuda.
Los pasos son de mujer:
con qué inquietud los escucho!
Si será...? Y quién ha de ser?
Oh... Para esperado es mucho
tanto tiempo este placer.
(Va á salir con curiosidad y se encuentra con Clara.)

ESCENA IX

DON JUAN *y* CLARA

CLARA

Santo Dios! Un hombre aquí!

DON JUAN

No es ella!

CLARA

Quién sois? Qué hacéis?
Por do entrásteis? Qué queréis?

DON JUAN

Qué quiero? No esperan, dí,
en esta casa hoy á alguno?
De un plazo no oiste hablar?

CLARA

Eso sí; pero aguardar,
me parece que á ninguno.

DON JUAN

Cómo no?

CLARA

Pasó la hora
que tenían convenida,
y era cosa decidida;
casaron á mi señora.

DON JUAN

Voto á Dios! Qué estás hablando?
La hora que se aguardaba
se pasó, y cuando yo entraba
estaban las doce dando?
Ríes! Desde esa ventana
tal vez me habréis visto entrar,
y me queréis engañar...
Pero es diligencia vana.
Ve; dí á Isabel que aquí estoy,
que se apresure á venir.

CLARA

No os lo acabo de decir?
Mi ama se casa hoy.

DON JUAN

Hoy se casa, ya lo sé;
crucé yo la España toda
por asistir á su boda;
ve tú si lo ignoraré.

CLARA

Pues entonces, caballero,
un poco os habéis tardado,
y hubiérais mejor obrado
yendo á la iglesia primero.

DON JUAN

Muchacha, no te comprendo.
Yo á la iglesia? Y para qué?

CLARA

Pues no sabéis? Ya se ve;
pero yo lo estuve oyendo
tras esa puerta. Escuchad.
Yo creo que se aguardaba
á un don Juan, que no llegaba;
y le hubieran en verdad
por mucho tiempo aguardado,
porque el pobrecito ha muerto.

DON JUAN

Muerto don Juan?

CLARA

Sí por cierto.
En Flandes; era soldado.

DON JUAN

Muerto don Juan! Impostura.

CLARA

Yo misma al Conde lo oí.

DON JUAN

Al Conde Reinaldo?

CLARA

Sí.

DON JUAN

Maldito sea!

CLARA

Y segura
es su muerte, aunque Isabel...

DON JUAN

Qué?

CLARA

Creerla no quería;
y aunque á voces respondía
que no amaba más que á él...

DON JUAN

Acaba.

CLARA

Sentí venir
por la sala á mi señor,
y eché por el corredor,
porque no me viera, á huir.

DON JUAN

Voto á...

CLARA

Mas... de una tronera
donde me asomé á mirar,
ví á doña Isabel llevar
cerrada en una litera.

DON JUAN

Á la iglesia?

CLARA

No, al palacio.

DON JUAN

Del Conde?

CLARA

Del Conde.

DON JUAN

Cielos;
ó treguas dad á mis celos,
ó á mis venganzas espacio!

CLARA

Qué tenéis?

DON JUAN

Qué he de tener,
sino cólera y furor!

CLARA

Dios mío! Qué os da, señor,
que os veo palidecer?
Qué tenéis?

DON JUAN

Tengo un volcán
en que abrasándome estoy.

CLARA

Mas, quién sois?

DON JUAN

La muerte soy.
Quién seré más que don Juan?
(Don Pedro aparece en la puerta del fondo.)

CLARA *y* DON PEDRO

Don Juan!

CLARA

El difunto.

DON JUAN

Sí.
Hoy hace un año y un día
que juré que volvería;
las doce son, y héme aquí.

DON PEDRO

Despeja, Clara.

ESCENA X

DON JUAN *y* DON PEDRO

DON JUAN

Buen viejo,
venid acá y contestad.
Me esperábais?

DON PEDRO

No, en verdad.

DON JUAN

No mintáis, os lo aconsejo.
Yo sé que algún impostor
me dió en el campo por muerto.

DON PEDRO

Pésame, don Juan, por cierto,
pues sois mozo de valor,
el dejaros desairado;
mas ella misma lo quiso,
y casarla fué preciso.

DON JUAN

Y el plazo?

DON PEDRO

Las doce han dado.
Y estaba tan empeñada,
que puesta frente al reloj,
dijo: «Vamos.»

DON JUAN

Y partió?

DON PEDRO

Á la primer campanada.

DON JUAN

Y no os sugirió siquiera *(Con sarcasmo.)*
vuestra atención previsora
que daban la misma hora
la última y la primera?

DON PEDRO

Yo la quise detener:
recordé vuestra afición,
mas dijo: «Las doce son;
si vuelve, tarde ha de ser.»
El Conde, era natural,
exigía la postrera
decisión, y su litera
aguardaba en el portal.
Siguióla, y nada reacio,
pues así le convenía,
llevóla en su compañía
como esposa á su palacio.

DON JUAN

Pues, y ella naturalmente *(Con sarcasmo.)*
fuese con él muy contenta,
como quien paga una cuenta
recibida anteriormente.
Y acabando de decirle
que jamás le había querido,
como quien muda vestido
propuso al punto seguirle.
Ya comprendo, vive Dios!
toda esa trama infernal
que habéis fraguado tan mal,
don Pedro, entre el Conde y vos.

DON PEDRO

Don Juan, lo que habláis mirad;
si ya no os ama Isabel,
no es culpa mía ni de él.

DON JUAN

Callad, mal padre, callad.
Si ella me hubiera olvidado
como decís, no aguardara
á que el plazo se pasara
con tan rígido cuidado.
La habéis de grado ó por fuerza
casado, y decís: «Ahora
vuelva don Juan en buen hora.»
Mas guay que el juego se os tuerza!

DON PEDRO

Don Juan, al Conde eligió,
y se la dí á su marido.

DON JUAN

Mentís! Se la habéis vendido

al que antes os la compró.
Dijísteis, mozo y soldado,
si vuelve don Juan de Flandes,
hará desaciertos grandes
de mozo y de enamorado.
Le culparemos al Conde,
cometerá un atropello,
la justicia vendrá en ello
y el fin á nadie se esconde.
Lo veo y no lo concibo;
pero, don Pedro, os lo juro,
si de ello quedo seguro,
nos veremos, por Dios vivo!

DON PEDRO

Lo que quisiéreis pensad,
porque de cualquier manera,
hija mía Isabel era
y ésta fué mi voluntad.
Ó queréisme hacer la afrenta
de no hallarme con derecho
de poder hacer lo hecho
sin ir á pediros cuenta?

DON JUAN

Es que habéis contado mal,
aunque en esas cuentas ducho,
que aprendí, don Pedro, mucho
en Flandes y en Portugal.
Á mis sospechas primeras
á España me hubiera vuelto,
mas yo me partí resuelto
á morir con mis banderas.
Mucho me aguijó el amor,
mas mucho el honor me tuvo,
y en duda un punto no estuvo,
lo primero era el honor.
Quedéme, y nada temí,
en su constancia fiado,
porque á fe que tan malvado
nunca, don Pedro, os creí.

DON PEDRO

Mirad que soy...

DON JUAN

Ya lo sé.
Si en vos su padre no viera...
Mas echad temores fuera,
yo siempre os respetaré.
Y en fin, qué me contestáis?
Me dáis á Isabel, ó no?
Porque á tiempo llegué yo,
y vos aun á tiempo estáis.
Dársela al Conde es venderla;
yo he vuelto; y rico y honrado,
buen marido y buen soldado,
puedo honrarla y protejerla.

DON PEDRO

Pues don Juan, si sois tan hombre,
y la amáis como decís,
os la daré si añadís *(Con intención.)*
apellido á vuestro nombre.

DON JUAN

Y decidme, ira de Dios! *(Colérico.)*
pues me hacéis tal vituperio
y vivís con tal misterio,
qué apellido tenéis vos?
Cuál es vuestra patria? Cuál
vuestro nombre?

DON PEDRO

(Dios, qué escucho!)

DON JUAN

Ya véis que he aprendido mucho
en Flandes y en Portugal;
y que no sois vos tan diestro
dando en que sin nombre estoy,
cuando yo también sé hoy
que tenéis doblado el vuestro.

DON PEDRO

Pues bien; ya que declaráis
que tan bien me conocéis,
los secretos que sabéis
mirad cómo los guardáis.
Porque todos caminamos
con una sombra detrás
que no nos pierde jamás,
y va, don Juan, donde vamos.

DON JUAN

Sí; mas todos recibimos

al nacer un ángel bueno
que, de peligros ajeno,
nos guarda mientras vivimos.

DON PEDRO

Pedidle que de su mano
un solo instante no os deje. *(Váse.)*

DON JUAN

Y al vuestro que os aconseje
proceder menos villano.

ESCENA XI

DON JUAN

Todo á un golpe lo aventuro,
mas no olvidaré el aviso;
librarnos de él es preciso
por cualquier medio seguro.
Ahora bien, tiempo es de obrar;
jamás lo quise creer,
mas no hay tiempo que perder;
si me ama, la he de salvar.
(Saca una carta con otra dentro.)
Aquí está la misteriosa
carta; en ella me asegura
no sé quién, que en mi ventura
se interesa... una gran cosa.
(Lee.) «Si es que os niegan á Isabel
(dice), *y estáis en amarla,*
creed, para recobrarla,
lo que dice este papel.
Pero si sois caballero,
por vana curiosidad
no le leáis... aguardad
á que os la nieguen primero.»
Y pues ya me la negaron,
ábrole, y...

ESCENA XII

Sale UNA MUJER *con manto, etc.*

MUJER

Es don Juan
con quien hablo? Un capitán
que en Flandes...?

DON JUAN

No os engañaron
en mis señas... don Juan soy.

MUJER

Un carta recibísteis
y otra con ella, que debísteis
no abrir ni leer... hasta hoy?
(Mirando al reloj.)

DON JUAN

Es cierto.

MUJER

Pues si sois hombre
cual os pregona la fama,
una cita de una dama
debéis admitir.

DON JUAN

Su nombre?

MUJER

Es un secreto.

DON JUAN

Es ahora
imposible... y permitidme...

MUJER

(Haciéndose la desentendida.)
Desconfiáis? Pues oidme,
y os daré el sitio y la hora.

DON JUAN

Mas... *(Amostazado.)*

MUJER

(Recitando con intención.)
«Si os niegan á Isabel
y os empeñáis en amarla,
haced para recobrarla
lo que os dice ese papel.»

DON JUAN

Cielos! Qué escucho? Sois vos...
quien escribió...?

MUJER

Leed y obrad.

DON JUAN

Pero decidme...

MUJER

Acabad,
don Juan; leedlo por Dios!

DON JUAN

(Lee.) «Si un día os dan una cita
y á esta carta se remiten,
admitid doquier que os citen.
Quien la escribe os necesita
para abriros un camino
que os hará tener sujetos
del Conde muchos secretos
y dueño de su destino.»
Hablad, hablad.

MUJER

Imposible
en este sitio, don Juan,
que acaso espiando están
mis pasos ya.

DON JUAN

Oh, qué insufrible
tormento! Y cuándo ha de ser?

MUJER

Si de mí queréis serviros,
en la Cruz de los Suspiros
estad al anochecer.
Si sois hombre de valor,
vuestro amor recobraréis;
y os advierto que os guardéis:
hasta la noche, señor. *(Váse.)*

ESCENA XIII

DON JUAN

Hasta la noche, eso sí,
seas quien quieras, misteriosa
mujer, de cuya amorosa
voz esperanzas oí;
donde quiera iré tras tí,
por doquier te seguiré,
tierra y mar recorreré
por ese nombre bendito
que invocaste, y que repito
como norte de mi fe.

ESCENA XIV

D. JUAN *y* UN HOMBRE EMBOZADO *(Juan)*

EMBOZADO

Sois don Juan...? Vuestro apellido
no recuerdo.

DON JUAN

Qué queréis?

EMBOZADO

Si sois hombre de valor,
como os quieren suponer,
yo vengo aquí á proponeros
un desafío.

DON JUAN

Con quién?

EMBOZADO

No me lo dijo.

DON JUAN

La causa?

EMBOZADO

La causa? Vos la sabréis;
lo único que advertiros
me mandó en su nombre, fué
que al lugar que ha señalado
tan despacio no lleguéis,
como á la cita del plazo
y de las doce después.

DON JUAN

(Resuelto.) Las armas?

EMBOZADO

Las que llevéis.

DON JUAN

La hora?

EMBOZADO

Al anochecer.

DON JUAN

El sitio?

EMBOZADO

En la Cruz de los
Suspiros; sabéis dónde es?

DON JUAN

Sí; pero tengo otra cita
á esa hora, y no puede ser.

EMBOZADO

Y será más importante
que un desafío?

DON JUAN

Sí, á fe.

EMBOZADO

Es decir que rehusáis?

DON JUAN

(Con desprecio.)
Esclavo, la lengua ten,
ó pronto con esta daga
te la clavo en la pared.
Díle que allí ha de encontrarme
una hora antes ó después.

EMBOZADO

Sea después.

DON JUAN

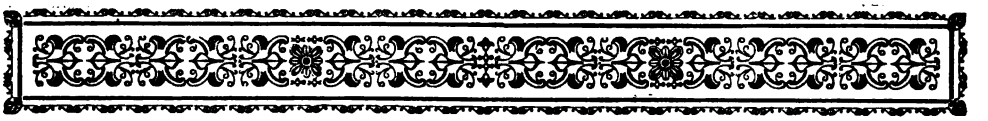
En horabuena.

EMBOZADO

Allí irá?

DON JUAN

No faltaré.
Podré matarle ó morir,
pero sabiendo quién es.
(Váse el embozado por la puerta del fondo y don Juan por la lateral.—Cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

Campo. A la derecha una caseta, ó ruina de ermita, cuyo interior esté á la vista. A la izquierda, en el fondo, una cruz de hierro con una puerta ó trampa secreta en el pedestal. Árboles y maleza.—Anochece.

ESCENA PRIMERA

GIL, *que aparece en escena al alzar el telón*

Receloso anda don Pedro;
parece que su amistad
con ese Conde... Ha visto uno
tantas de estas cosas ya!
En fin, todo en esta vida
se acaba, y no es de extrañar
que amistades mal trabadas
vengan á acabarse mal.
Mas, tarda mi amo; el caballo
mandóme á esta hora ensillar,
y sacársele á este punto,
y á esta hora... Y dónde irá?

ESCENA II

GIL *embozado y* JUAN

JUAN

(Allí está Gil.)

GIL

(Álguien llega!)

JUAN

(Oh! Disimula el truán.)

GIL

(Parece que está despacio.)

JUAN

(Llégome á él.)

GIL

Quién va allá?

JUAN

(Calla! Ó me engaña la voz...)
Oh, mi buen Gil!

GIL

Oh, buen Juan!

JUAN

Tú por aquí?

GIL

Ya lo ves!

JUAN

Y, qué diablo haces?

GIL

Pasear.

JUAN

Pues yo ha tiempo que te miro,
y un paso no has dado.

GIL

Bah!
Qué necio eres!

JUAN

Ciego en caso
me debías de llamar,
pues no ví si te movías.

GIL

Y ciego sin duda estás.
No ves la Cruz?

JUAN

Ah, rezabas!

GIL

Pues es claro! He de pasar
junto á ella como un perro
que sobre su rastro va?

JUAN

Tienes razón. Mas, quién diablos
se había de imaginar
que pascaras á estas horas
con frío y con niebla tal?

GIL

Caprichos con que uno nace.

JUAN

Vaya un capricho!

GIL

Ahí verás!

JUAN

(Solapado es el buen Gil.)

GIL

(Importuno es el buen Juan.)

JUAN

Gil, tú estás de mal humor.

GIL

No por cierto.

JUAN

La verdad;
no estás contento con tu amo?

GIL

Al revés, lo estoy demás.

JUAN

Te paga bien?

GIL

Más que quiero.

JUAN

Y tú le sirves...?

GIL

Leal;
duermo á su lado, y le busco
cuanto puede desear.
Y á tí, Juan, en el castillo,
te va bien?

JUAN

No me va mal.
Mas díme: dicen que tu amo
es algo particular;
que tiene una historia larga,
borrascosa.

GIL

Sí, tendrá...

JUAN

Vamos, que algo sabrás tú.

GIL

Si me la habrá ido á contar!
No te parece?

JUAN

Eh, quien sirve
siempre al olorcillo está
de lo que guisan sus amos.

GIL

Sí, eh? Pues entonces, Juan,

díme: Es cierto que tu amo
encubre y es capataz
de cuantos contrabandistas
en estos contornos hay?

JUAN

(No es tonto Gil!) Qué locura!

GIL

Pues el vulgo lenguaraz
lo susurra.

JUAN

Ya lo sé;
mas tiene tanta verdad,
como decir que tu amo
á todo el mundo nos da
gato por liebre, y no es quien
él dice.

GIL

Qué necedad!

JUAN

Pues el vulgo lo murmura.

GIL

Pues se engaña.

JUAN

Así será.
(Ni con palancas le sacan
lo que se cierra en callar.)

GIL

(Está visto, Juan me espía.)

JUAN

(Claro, esperándole está.)

GIL

(Veamos.)

JUAN

(Vamos á ver.)
Oye, Gil.

GIL

Escucha, Juan.

JUAN

Dí.

GIL

Dí tú.

JUAN

Es tuyo aquel potro?

GIL

Eh! Qué potro?

JUAN

Aquel que está
atado á aquel sauce.

GIL

Ah! Sí.
Mas no es ya potro.

JUAN

Qué edad
tiene?

GIL

Ocho años, y muermo,
y un horrendo esparabán.

JUAN

Pues lo disimula mucho.

GIL

Ha sido un bravo animal;
le has visto de día?

JUAN

Vaya,
le conozco meses ha;
le monta siempre don Pedro.

GIL

Sí; como monta muy mal,
y es tan dócil... (Pues señor,
en vano es disimular.)

JUAN

(Pues señor, eso es.) Tu amo
se marcha?

GIL

Sí.

JUAN

Dónde va?

GIL

Á ese lugar inmediato.

JUAN

Y por mucho tiempo?

GIL

Quiá!
Ha de volver esta noche
á casa.

JUAN

Listo ha de andar.

GIL

Es corredor el caballo.

JUAN

Sí? Pues y el esparabán?

GIL

No hará más que hincharse un poco;
hay media legua no más.

JUAN

(Al fin ya desembuchó.)
Vaya, adiós Gil. *(Váse Juan y vuelve.)*

GIL

Adiós, Juan.
(Mucho apuraba el tunante;
nunca le ví tan tenaz!
Torzamos rumbo; su encuentro
muy mala espina me da.)

JUAN

(Saliendo.) Oye, Gil.

GIL

Calla! Estás ahí?

JUAN

No me he querido marchar
sin darte algún buen consejo.

GIL

Estimo la caridad.

JUAN

Mira, muchas, muchas noches
no vengas á este lugar.

GIL

Por qué?

JUAN

No sabes?

GIL

Yo? Nada.

JUAN

Ves esa ermita?

GIL

Sí tal.

JUAN

Pues ahí vive una bruja.

GIL

Cómo!

JUAN

No has oído hablar
de ella en el pueblo?

GIL

Mil veces.

JUAN

Pues mora ahí.

GIL

San Julián!
Y cuentan cosas atroces
de su poder infernal.

JUAN

Y si te encuentras con ella,
maleficiarte podrá
con un soplo.

GIL

Dios me asista;
no aportaré yo aquí más.

JUAN

Harás bien.

GIL

Corriendo á casa
vóime.

JUAN

Adiós, Gil. *(Váse.)*

GIL

Adiós, Juan.
(Á apostarme en otro sitio
voy, y á don Pedro á aguardar.) *(Váse.)*

ESCENA III

Por otro lado UN OFICIAL DE GUARDACOSTAS *con* UN SOLDADO, *embozados*

OFICIAL

Conque todo está hecho?

SOLDADO

Todo.
El valle cercado está.

OFICIAL

Bien; que estén todos dispuestos
á la primera señal.

SOLDADO

Conque la noticia es cierta?

OFICIAL

Terminante el pliego está:
del mismo rey es la orden,
y con gran severidad
fuerza es tratar el asunto.
Alerta, pues.

SOLDADO

Descuidad.

OFICIAL

Aquí es la cita, y ya es hora;
pronto la oración dará.
Me ocultaré, no dé con
algún curioso quizás.

ESCENA IV

TOMÁS, *embozado*

Este es el lugar sin duda
que aquel hombre me marcó.
Sí; allí el pueblo, aquí la ermita,
la Cruz allá... Quiera Dios
que no haya olvidado el día,
y oiga el dar de la oración!
Ya estoy al fin en mi patria;
sí, libre y resuelto estoy;
no más obrar ni vivir
contra mi propia razón.
Ya es tiempo de que se espíe
aquel atentado atroz.
(Un momento de pausa. Tomás se pasea; las campanas á lo lejos tocan á la oración.)
Esta es la hora convenida;
esperaré.

ESCENA V

TOMÁS *y* EL CAPITÁN DE GUARDACOSTAS

OFICIAL

En rededor
de aquella cruz veo un bulto.

TOMÁS

Quién va?

OFICIAL

Quién viene?

TOMÁS

Quien hoy
busca puerto en que fondear.

OFICIAL

(Él es.)

TOMÁS

(Él es.)

OFICIAL

Eh, patrón,
de qué lado sopla el viento?

TOMÁS

De la costa y de babor.

OFICIAL

Vos sois, pues, á quien yo busco.

TOMÁS

Y á quien espero sois vos.
Buenas noches.

OFICIAL

Buenas noches.
Cumplido habéis?

TOMÁS

Hombre soy
que no ha mentido jamás;
y aunque muestra mi exterior
la librea del delito,
puro está mi corazón.

OFICIAL

Dónde está el barco?

TOMÁS

Aguardando
mi señal.

OFICIAL

La relación
escrita?

TOMÁS

Aquí está, tomadla;
no será muy superior
su lenguaje, pero es claro
y tán cierto como el sol.

OFICIAL

En qué año fué?

TOMÁS

Ya hace veinte;
la fragata se abordó.
Yo lidié desesperado
al lado de mi señor,
pero fué inútil; ninguno
de nuestra tripulación
pudo escapar con la vida
más que un pobre niño y yo.

OFICIAL

Y cómo, pues?

TOMÁS

Oh! Le amaba
con todo mi corazón,
y hubiera muerto antes que él,
según era mi furor;
mas les asombró mi audacia
y el capitán nos salvó.

OFICIAL

Y fuísteis sus compañeros.

TOMÁS

Esclavos decid mejor.

OFICIAL

Explicáos.

TOMÁS

Esta historia
nos toca sólo á los dos;
conque dejadla que quede
para siempre entre él y yo.

OFICIAL

Mas vos su lugar-teniente
habéis sido, y aun lo sois.

TOMÁS

Cuando ese papel leáis,
veréis que si me nombró
fué para tenerme lejos
cautelosa precaución.

OFICIAL

Mas, no podíais mandar
cuanto os diere gana vos?

TOMÁS

Sí; mas fondear no podía
sino á antojo y elección
de un piloto, á cuyas órdenes
taimado me sujetó
mientras á vista de tierra
se hallara la embarcación.

OFICIAL

Y qué premio á este servicio
pensáis pedir para vos?

TOMÁS

Me entrego á vos, capitán,
y si me hacéis concesión
de unos días para ver
qué es lo que ha dispuesto Dios
de la gente que dejé
al partir con mi señor
para América, me basta.

OFICIAL

No vale más que perdón
en un memorial pidáis?

TOMÁS

Confesárame traidor
si lo hiciera, y las desdichas
en nadie crímenes son.

OFICIAL

Mas ahora que delatáis...

TOMÁS

(Interrumpiéndole.)
Á nadie; yo sólo soy
de la justicia divina
instrumento vengador.
Si sólo de mis desgracias
le culpara, acusación
contra ese hombre no entablara;
mas del mundo en rededor
anda algún otro, tal vez
sin amigos, sin mansión,
y sin fortuna y sin nombre,
y á fe que en honra nació,
de lo que goza usurpado
mejor que él merecedor.

OFICIAL

Aquí hay un misterio grande
que escapa á mi comprensión,
mas convencerme no puedo
de que seáis un impostor.

TOMÁS

No, juro á Dios.

OFICIAL

No juréis,
y oid: en disposición
estáis de comparecer
en el tribunal?

TOMÁS

Sí estoy,
y á jurar cuanto hay escrito
en esa carta ante Dios;
y tales pruebas daré
que disipen todo error.

OFICIAL

Si yo os llamo...?

TOMÁS

Estaré siempre
pendiente de vuestra voz.

OFICIAL

Á cualquier tiempo?

TOMÁS

Á cualquiera.

OFICIAL

De esa manera, id con Dios.

Veinticuatro horas tenéis
á vuestra disposición.

TOMÁS

Aquí me tendréis mañana.

OFICIAL

Á qué hora?

TOMÁS

Al ponerse el sol.

OFICIAL

(Voy, pues, á cercar desde ésta
todo el valle en derredor.) *(Váse.)*

ESCENA VI

TOMÁS

Espíritus sin sepulcro,
inmolados á traición,
aún tenéis sobre la tierra
un amigo, un vengador.
Si aun queda de vuestra raza
el solo que se salvó,
verá que no he olvidado
mi fe, ni mi obligación.
Mas no hay tiempo que perder;
ya es fuerza pensar en mí,
(Va á retirarse y ve á lo lejos á Elena, que llega.)
y ver si me dan aquí
luz alguna... Una mujer!
Un farol trae en la mano
que su camino la alumbre...
Lo que puede la costumbre
en el corazón humano!
Un ser sobrenatural
la creyera un campesino
cruzar viéndola el camino
con paso y figura tal!
Mas me ocurre un pensamiento;
si de ella pudiera acaso...

ESCENA VII

TOMÁS *y* ELENA

ELENA

(Aquel hombre no da un paso;
si será él?)

TOMÁS

(Me iré con tiento,
sin embargo.)

ELENA

(Harto esperar
es á la impaciencia suya.
Si es él, no sé lo que arguya.
No importa, voy á pasar
junto á él; puede no haberme
desde lejos conocido.)

TOMÁS

(Se acerca, yo me decido.)
Buena mujer, si ofrecerme
podéis ayuda, yo os ruego...

ELENA

(No es él.) Qué queréis de mí?

TOMÁS

De muy lejos llego aquí,
y descaminado llego.
Me diréis si en el que estoy
es, en verdad, mi camino?

ELENA

Y á dónde es vuestro destino?

TOMÁS

Al palacio moro voy.

ELENA

(Cielos!)

TOMÁS

Dista mucho?

ELENA

No;
mas la subida es fatal,

y á esta hora haréis muy mal
en emprenderla.

TOMÁS

Si yo
el terreno conociera,
á emprenderla me arriesgara,
ó en algún pueblo buscara
una posada, si hubiera.

ELENA

Inmediato está Lubrín:
por ese sendero estrecho
váis á este lugar derecho,
que en sus calles tiene fin.

TOMÁS

Habitáis en él?

ELENA

No, á fe;
y á lo que oyéndoos infiero,
que todavía extranjero
sois aquí, claro se ve.

TOMÁS

Decidme: por qué razón?

ELENA

Porque si no fuera así,
no os encontrárais aquí
tan cercano á mi mansión.

TOMÁS

Pues qué hay de ella que temer?

ELENA

Nada sin duda; esta ermita
hace ya años que la habita
solamente una mujer.
Pero tened muy presente
que, desde que el sol se pone,
rarísima vez se expone
á pasar por aquí gente.
Seguid, pues, vuestro camino,
y buenas noches.

TOMÁS

Qué es esto!

ELENA

(Que dejar le hará imagino
(Elena entra en la ermita.)
la superstición el puesto.)

TOMÁS

Aquí hay misterio: el retiro
y el secreto necesita
tal vez, y dió á aquesta ermita
ese misterioso giro,
que el vulgo supersticioso
respetará... Pero á mí,
qué me importa que obre así?
Déjola, pues, en reposo,
y á lo que me atañe voy.
(Va á salir, y se encuentra con don Juan.)

ESCENA VIII

DON JUAN *y* TOMÁS

DON JUAN

Quién va allá?

TOMÁS

Un hombre.

DON JUAN

Qué pasa,
ó qué espera?

TOMÁS

Busca casa.

DON JUAN

Sois forastero?

TOMÁS

Sí soy.

DON JUAN

Mi posada os ofreciera
si pudiera á ella tornar.

TOMÁS

Vecino sois del lugar?

DON JUAN

Lo mismo que si lo fuera,
porque como es tan pequeño...

TOMÁS

Conocéis su población?

DON JUAN

Sí.

TOMÁS

Podríais dar razón...

DON JUAN

De cualquiera á quien empeño
trajéreis en encontrar.

TOMÁS

Me haréis muy grande favor.

DON JUAN

Pero con otro mayor
me lo tendréis que pagar.

TOMÁS

Decid.

DON JUAN

Tengo en este instante
dos citas á que acudir:
en la una voy á reñir;
en la otra un importante
secreto voy á saber,
el cual tal vez asegura
mi felicidad futura
y el honor de una mujer.
Cumplir á un tiempo las dos,
si me tardo en la primera,
no me es posible, aunque quiera;
tomad una sobre vos.

TOMÁS

Cómo!

DON JUAN

Si sois caballero,
una de ellas elegid,
ó á oir el secreto id...

TOMÁS

Eso no, reñir prefiero.

DON JUAN

Oh! Gracias; pero preciso
no será tanto sin duda;
cuando mi contrario acuda,
si yo no estoy, dadme aviso.

TOMÁS

Bien, bien; yo haré mi deber,
que tenga ó no de reñir.

DON JUAN

Y ahora me podréis decir
á quién queréis conocer?

TOMÁS

Sí; busco á un hombre, un villano,
cuya historia es algo extraña;
pasó ha tiempo á Nueva España;
de un corsario siciliano
fué cautivo...

DON JUAN

(Con amargura.) Ah! Sé de un hombre
á quien conviene esa cruel
historia!

TOMÁS

Y qué ha sido de él?

DON JUAN

Sábelo Dios!

TOMÁS

De su nombre
os acordáis?

DON JUAN

Si eso prueba
que con el alma le amaba...

TOMÁS

Oh, concluid! Se llamaba
Tomás Ruiz de Villanueva?

DON JUAN

Sí, sí; conocéisle vos?
Dónde está?

TOMÁS

Y vos, que afán tal
mostráis por él, cuál es, cuál
vuestro nombre? Entre los dos,
qué relación hay?

DON JUAN

La vida,
que en sus brazos recibí;
cuanto soy, y cuanto fuí.

TOMÁS

Ah! Si esa historia es mentida,
apártate, tentador.

DON JUAN

No, no; esa historia es la mía.

TOMÁS

Entonces, Virgen María...!

DON JUAN

Tú eres... Cielo vengador!

TOMÁS

Rodulfo!

DON JUAN

Tomás!

TOMÁS

Abrázame.

DON JUAN

Sí, sí; el placer me sofoca.
(Abrázanse.)

TOMÁS

Y mis lágrimas provoca.
(Vuélvense á abrazar.)

DON JUAN

Aprieta, así; despedázame.
Pero, qué recuerdo horrible!
Y mi padre? En qué paró?

TOMÁS

Qué, no has vuelto á verle?

DON JUAN

No.

TOMÁS

Santos del cielo, es posible!
Por quién te vas á batir?

DON JUAN

Por Isabel, por mi amor.

TOMÁS

Y con quién?

DON JUAN

Con su raptor;
si es que se atreve á venir.

TOMÁS

Quién es?

DON JUAN

Un conde extranjero.

TOMÁS

(Apresurado.) Que habita en ese castillo
que ocupa ese montecillo?

DON JUAN

Sí.

TOMÁS

(Lazo infernal!)

DON JUAN

Mas quiero
saber antes si hay camino
que me haga tener sujetos
de ese hombre muchos secretos
y dueño de su destino.

TOMÁS

Y cómo lo has de saber?

DON JUAN

Una mujer misteriosa,
que por mí vela afanosa,
me lo ha prometido hacer.

TOMÁS

La conoces?

DON JUAN

No por cierto.

TOMÁS

Y si es un lazo?

DON JUAN

No, no;
más de un año ha que me dió
una carta, que hoy he abierto,
ofreciéndome su amparo
si me hurtaban el tesoro
de la mujer que yo adoro,
con que podía...

TOMÁS

Está claro.
Mas dónde está?

DON JUAN

No lo sé.
Ya es la hora que me dió.

TOMÁS

Y aquí mismo te citó?

DON JUAN

En esa cruz.

TOMÁS

Oye.

DON JUAN

Qué?

TOMÁS

Oigo dentro de esa ermita
rumor.

DON JUAN

Apártate á ver.
(Se apartan y aparece Elena.)

ELENA

(Ya esperará.)

DON JUAN

Una mujer,
y es ella.

TOMÁS

La de la cita?

DON JUAN

Sí; aléjate de su luz,
no se esquive viendo dos,
y no me faltes, por Dios,
si acude ese hombre á la Cruz.

TOMÁS

Rodulfo, ve sin temor.
(De cualquier modo que sea,
preciso es que no le vea
ese corsario traidor,
aun á costa de mi vida.)
(Váse y se oculta detrás de la cruz.)

ESCENA IX

ELENA, DON JUAN *y* TOMÁS

ELENA

Es don Juan?

DON JUAN

Sí, don Juan soy,
y esperándoos estoy.

ELENA

Vine á la hora convenida,
mas encontré á un extranjero
que me dió que sospechar,
y que dejara el lugar
quise, de veros primero.

DON JUAN

En fin, ya estamos aquí,
y no hay tiempo que perder.

ELENA

Mucho por vos puedo hacer,
y vos mucho más por mí.

DON JUAN

Lo que gustáreis mandad,
si yo basto á conseguirlo.

ELENA

Entrad en mi casa á oirlo,
que habrá más seguridad. *(Entran.)*

TOMÁS

Entró con ella... Por Dios
que entre la cruz y la puerta
puesto, he de estar bien alerta...
Desconfío de las dos!
(Tomás queda paseando fuera. Elena y don Juan dentro de la ermita.)

ELENA

Os extraña este misterio,
don Juan, y esta habitación?
Tiene la superstición
en el vulgo mucho imperio,
y por eso la elegí;
mil patrañas de ello cuentan,
y cuanto más las aumentan,
más segura estoy aquí.

DON JUAN

Comprendo vuestra razón.

ELENA

Un año ha que espío al Conde,
y nada de él se me esconde
á merced de esta mansión.

DON JUAN

Mi tiempo es breve; mirad
lo que decirme queréis.

ELENA

Don Juan, poco esperaréis.

DON JUAN

Pues ya os escucho, empezad.

ELENA

Conocéis al Conde?

DON JUAN

No.

ELENA

Pues bien, yo le he conocido
casi desde que ha nacido,
y á ser lo que es no nació.
Sus títulos, sus haciendas,
nada es suyo; es un engaño.

DON JUAN

Los hubo en país extraño
en políticas contiendas?

ELENA

No lo sé; su poseedor
verdadero estuvo ausente
largo tiempo; de repente
presentóse él sucesor.
Trajo cuantos documentos
necesitó; declaróse
como conde, é instalóse
por tal sin más miramientos.
Desmentir su identidad
su semblante no podía,
porque quince años hacía
que de aquí faltaba; edad
que á cualquiera desfigura;
y hacinando precauciones,
esquivó las relaciones
como cosa más segura.
Pocos meses adelante
vino don Pedro, y con él
vino esa hermosa Isabel
de quien sois tan fino amante.

DON JUAN

Oh! Seguid, seguid.

ELENA

Hacía
mucho tiempo que olvidada

vivía en pobre morada
y huérfana se creía.
Él dijo: su padre soy;
tomóla de unos parientes
que por ser tan indigentes
en que la dieron estoy.
Compró casa; con decoro
en ella la hizo habitar,
y á nadie dió que pensar
el verle volver con oro,
pues de América volvía;
mas yo conozco también
á don Pedro, y sé muy bien,
señor don Juan, que mentía.

DON JUAN

No es su padre?

ELENA

Acaso no.

DON JUAN

Ah! Seguid.

ELENA

Noté que amigo
del Conde era, y que al abrigo
del exterior que tomó,
era el único que entraba
en su torre, y armonía
con sus gentes mantenía,
y noches con él pasaba.
Entonces vinísteis vos
con vuestro destacamento,
y hubo entonces un momento
de treguas entre los dos.
Yo, tras de mucho afanar,
de un anciano campesino
supe un secreto camino
al castillo para entrar.
Varias noches me introduje,
en hora muy avanzada,
en un ala abandonada;
y la impresión que produje
tan favorable me fué,
que el vulgo supersticioso
por fantasma misterioso
ocupada ahora la cree.
Yo de bruja en esta ermita
tal vez haciendo un papel,
os hallé con Isabel
en una y en otra cita.
Supe vuestro plazo al fin,
y me interesé por vos,
temiéndome de los dos
alguna emboscada ruín.
Espié, velé, inquirí,
y al cabo yendo y viniendo,
sus maldades conociendo,
á Flandes os escribí.
Y no dudéis que Isabel,
víctima sacrificada,
es prenda al Conde entregada.

DON JUAN

Por don Pedro?

ELENA

Sí, por él.

DON JUAN

Eso no tiene, señora,
ni aun asomos de razón;
á qué aguardar condición
ni plazos...?

ELENA

Oidlo ahora.
Si tanto tiempo aguardando
á que espirara estuvieron,
fué porque de vos temieron.

DON JUAN

Por qué?

ELENA

Por su contrabando.

DON JUAN

Qué decís!

ELENA

Esas montañas
llenas de su gente están;
por eso es todo su afán,
esas todas sus hazañas.

DON JUAN

No lo acierto á comprender.

ELENA

Creedlo, ese hombre es un bandido,
y nunca otra cosa ha sido,
ni otra cosa sabrá ser.

DON JUAN

Por eso hoy á mi venida
topé con una emboscada,
y á no por inesperada
ayuda, pierdo la vida.
Pero de esa relación
en el dédalo enredado,
con vuestro intento no he dado.

ELENA

Ay! Está en mi corazón;
todo descubierto está.
Esos peñascos cercados
están ya por los soldados,
y todo á perderse va.

DON JUAN

Y bien, qué queréis de mí?

ELENA

Don Juan, queréis á Isabel?

DON JUAN

Oh, sí!

ELENA

Pues salvadle á él,
y huya conmigo de aquí.

DON JUAN

Con vos?

ELENA

Sí, le amé; y ahora
que todos á abandonarle
van, yo, yo quiero salvarle,
quiero ser su valedora.
Él me abandonó traidor,
atentó contra mi vida,
mas todo el amor lo olvida,
y á todo alcanza mi amor.
Si á la costa se le auxilia
osadamente á llegar,
aun puede abrirnos el mar
camino á nuestra Sicilia;
favor por favor, don Juan.
Ó así le salváis á él,
ó á perder váis á Isabel.

DON JUAN

Y entonces perecerán
todos, vive Dios, tras ella!

ELENA

No os halague esa esperanza,
que es temible su venganza,
y es muy fatal vuestra estrella,
capitán.

ESCENA X

DON JUAN *y* ELENA *dentro de la ermita;*
DON PEDRO *y* TOMÁS *fuera*

TOMÁS

Quién va?

DON PEDRO

Yo soy.

TOMÁS

(Quién es?)

ELENA *(Á don Juan.)*

Decid.

DON JUAN *(Á Elena.)*

Escuchad:
no oís rumor?

ELENA

Sí.

DON JUAN

(Escuchando.) Callad.

DON PEDRO

Estáis solo?

TOMÁS

Solo estoy.

DON PEDRO

Pues vamos.

TOMÁS

Vamos.
(Poniendo mano á su espada.)

DON PEDRO

Qué es eso?

TOMÁS

Á reñir no habéis venido?

DON PEDRO

No es Gil! (Oh, me habrá vendido!)
Caballero, yo os confieso...

TOMÁS

Esa voz... Estoy soñando.

DON PEDRO

Perdonad; os tomé á vos
por otro; quedad con Dios.

TOMÁS

No os iréis!

DON PEDRO

Qué estáis hablando?

TOMÁS

No; de aquí no os moveréis
sin que quién sois me digáis.

DON PEDRO

(Qué apuro!) Si os empeñáis...

TOMÁS

Sí, por Dios.

DON PEDRO

Pues lo sabréis.
Yo soy don Pedro Zapata.

TOMÁS

Téngame Dios de su mano!
Ese que nombras, villano,
murió á manos de un pirata.
Sí, y ese nombre me prueba
que eres quien buscando voy.

DON PEDRO

Yo soy don Pedro.

TOMÁS

Y yo soy
Tomás Ruiz de Villanueva.

DON PEDRO

Oh!

TOMÁS

Dí, qué has hecho, traidor,
del nombre que yo te dí?
Qué es lo que has hecho por mí?
Qué es de la hija de mi amor?

DON PEDRO

En el castillo.

TOMÁS

En poder
del Conde?

DON PEDRO

Sí.

TOMÁS

Miserable!
Este enredo abominable
llego al fin á comprender.
Reza, si es que sabes algo
con que dirigirte á Dios.
(Tomás y don Pedro forcejean mientras hablan los otros.)

DON JUAN

No oigo bien, pero son dos.
(Va á salir y Elena le quiere tener.)

ELENA

Dónde váis?

DON JUAN

Al campo salgo.
Me esperan para reñir,
y otro toma mi lugar.

ELENA

Tened.

DON JUAN

No!
(Sale don Juan de la ermita, y Elena tras él.)

TOMÁS

Vas á acabar
como has querido vivir.

DON PEDRO

Ah! *(Cayendo.)*
(Mientras don Juan y Elena detrás salen, aparece Juan con gente.)

ESCENA XI

TOMÁS, DON PEDRO, JUAN *y* VARIOS CONTRABANDISTAS

JUAN

Ese es don Juan. *(Señalando á Tomás.)*

TOMÁS

Tal traición
me sospechaba!

JUAN

Ea, atadle
pronto; al castillo llevadle.

UNO

Mira.

JUAN

(Mirando.) Qué...? Soldados son.
Vamos pronto. *(Vánse.)*

DON JUAN

(Saliendo.) Adónde están?
Mas si es él? *(Viendo á don Pedro.)*

DON PEDRO

Ah, el capitán!

DON JUAN

Don Pedro aquí!

DON PEDRO

Huid, por Dios;
se llevan á otro por vos.

DON JUAN

Adónde?

DON PEDRO

Al castillo van.

DON JUAN

Antes que lleguen...
(Va á seguirlos, y Elena le detiene.)

ELENA

Qué hacéis?

DON JUAN

Seguirlos.

ELENA

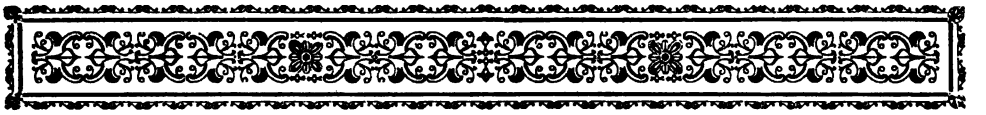
Seguidme á mí,
si llegar antes queréis.

DON JUAN

Y por dónde?

ELENA

Por aquí.
(Abre la cruz, y éntranse al tiempo que don Pedro toca arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones sin movimiento.—Cae el telón.)



ACTO TERCERO

Salón del castillo llamado *Palacio Moro*, que habita el Conde. Puerta á la derecha, y secreta en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja

ESCENA PRIMERA

ISABEL

Cielos, qué va á ser de mí
en esta mansión fatal?
Para tratarme tan mal,
qué delitos cometí?
Sola, pobre y desvalida,
allá en oculta cabaña,
al amor y al mundo extraña,
pasaba feliz mi vida.
Huérfana, sí, mas dichosa,
sin deseo ni esperanza,
mi barquilla iba en bonanza
por la mar tempestuosa.
Largos años viví así,
cual silvestre pasionaria
que en campiña solitaria
nace y crece y muere allí.
Ay! Por qué de aquel desierto
me vinieron á sacar,
para echarme al negro mar
de este porvenir incierto?
Por qué de mi corazón
con impulso repentino
al cambiarse mi destino
se cambió la condición?
De la soledad salí
y con fortunas soñé;
soñé con amor y amé,
mas, cuán desdichada fuí!
El interés vino en pos
del amor; ató el deber
mi voluntad... Cuál va á ser
el más fatal de los dos?
El amor...? Ileso, intacto,
puro en mi alma quedará.
El deber...? Cumplido está,
padre cruel, vuestro pacto.
Mi padre, ay Dios! se figura
que en el oro y la grandeza
está la fe y la belleza,
el placer y la ventura.
El alma de la mujer
así, insensato, comprende,
y así me entrega, me vende
al que más llega á ofrecer.
Mas tócame ahora á mí;
él cumplió ya, era justo,
y ya no hay más que mi gusto
ó mi desventura aquí.
Con nobleza elegiré;
pero, mirando hacia atrás,
no, no romperé jamás
mi palabra ni mi fe.

ESCENA II

ISABEL *y* EL CONDE

CONDE

Buenas noches.

ISABEL

Qué queréis?

CONDE

Bella pregunta, á fe mía;
no os lo dije á medio día?
(Cierra la puerta por dentro.)

ISABEL

Qué hacéis?

CONDE

Cerrar, no lo véis?
Mi palacio esquiva y fiera
desdeñásteis hasta ahora
habitar como señora;
sois, pues, en él prisionera.

ISABEL

Y con cuán negra traición
lo habéis al fin conseguido!

CONDE

Las cosas se hacen si ruido
mejor y con precaución.
El vulgo me odia, lo sé,
y si el plazo hubiera roto,
armara necio alboroto;
por eso un año aguardé.
Ahora escucha atentamente
la suerte que te prevengo,
y lo que á decirte vengo
piensa bien, y sé prudente.
De hoy no ha de verte ni el sol,
no; dentro de estas murallas
como en un sepulcro te hallas;
pasará por el crisol
de esta eterna soledad
tu amor y tu fortaleza,
y tu llanto y tu belleza
jamás obtendrán piedad.
Entre peligros viví,
crecí entre sangre y horrores,
y amenazas ni clamores
nada alcanzarán de mí.
Mi amor, mi fe, mi esperanza,
al fin de una y otra injuria,
tornaránse en odio, en furia,
en sed de fatal venganza.
Cederte á otro hombre después
de aguardarte un año entero,
es imposible; prefiero
verte sin vida á mis pies.
Conque elige bien, y aparta
sueños de fe y de virtud:
ó esta estrecha esclavitud
(si antes de ella no se harta
mi paciencia), ó con tu amor
pagar voluntaria el mío;
dejo el ser á tu albedrío
tu galán ó tu señor.
El mundo es grande, Isabel;
yo te idolatro, te adoro;
con mi brazo y con mi oro
buen lugar tendrás en él.
Y puedo hacértele tal,
cuando admitas mis promesas,
que te envidien mil princesas
tu regia pompa oriental.

ISABEL

Habéis concluído?

CONDE

Sí.

ISABEL

Pues vuestras ofertas todas,
cual la farsa de mis bodas
serán miradas por mí.
Esta mañana rehusé
llegarme al profano altar,
y no habré de renegar
esta noche de mi fe.
Nací entre peñas; crecí
de pobreza entre rigores,
y amenazas ni clamores
nada alcanzarán de mí.
Mi amor, mi fe, mi esperanza,
firmes á halago y á injuria,
sabrán despreciar tu furia
y arrostrar tu vil venganza.
Oye pues: todo tu afán
es en vano; yo le adoro,
y no vale todo tu oro
un cabello de don Juan.

CONDE

Esa es tu respuesta?

ISABEL

Esa es,
sí; después de un año entero,
ser tuya? Jamás; prefiero
caer sin vida á tus pies.

CONDE

Caerás, sí, pero no esperes
que así tu vida concluya,
porque irá antes de la tuya
la de ese á quien tanto quieres.

ISABEL

Mi constancia y su constancia
en el bien como en el mal,
siempre firmes por igual
se mofan de tu arrogancia.

CONDE

Veremos si tu entereza
á tanto heroísmo alcanza,
ó si cede la balanza
al peso de su cabeza.

ISABEL

Me río de esa villana
amenaza que te inspira
quien te inspiró la mentira
del papel de esta mañana.

CONDE

Necia! Mientas el papel,
y aún conservas confianza?
Pues disipa la esperanza
que concebiste por él.
Aprende lo que no sabes,
y aprendiendo á conocerme,
decídete á obedecerme,
y tu situación no agraves.
Piensas que al plazo faltó
tu constante capitán?
No, burló todo mi afán;
daba aun las doce el reloj
cuando él acudió á la cita.

ISABEL

Cómo!

CONDE

Mas fía en su brío
el necio, y mi desafío
admitió.

ISABEL

Infamia inaudita!

CONDE

De noche, y en despoblado,
y solo, prometió ir.

ISABEL

Cielos!

CONDE

Puedes presumir
que habré mi gente apostado.

ISABEL

Hombre vil!

CONDE

Óyelo todo:
mandé, haga ó no resistencia,
que desde allí á mi presencia
le traigan de cualquier modo.
Ahora, creas ó no creas
de grado lo que te digo,
de ello vas á ser testigo,
y creerás cuando lo veas.
(Óyese un clarín.)
Oye; esa la señal es
para franquear el rastrillo;
ya están al pie del castillo,
decídete pronto pues.
Y no te andes con pereza,
porque juro, vive Dios,
que eliges una de dos:
ó mi amor, ó su cabeza.

ISABEL

No puede mi alma con tanta
increíble atrocidad;
tu fría ferocidad,
monstruo pérfido, me espanta.

CONDE

Esperé, callé y sufrí
mientra el plazo se cumplía,
y al castillo te traía
sin dar sospechas de mí.
De hoy todo será traición,
y ese vulgo que murmura,
creerá mansión de ventura
la que será tu prisión.
Mas suben, ya están aquí.

ESCENA III

ISABEL, EL CONDE *y* JUAN

CONDE

Hola! Eres tú!

JUAN

Sí, yo soy.

CONDE

Traes al capitán?

JUAN

Le traigo.

CONDE

Ya lo ves. *(Á Isabel.)*

ISABEL

Cielos!

JUAN

(Aparte al Conde.) Señor,
echad ahora esos imbéciles
amoríos á un rincón,
y pensad en lo que importa.

CONDE

Qué hay pues?

JUAN

Huyamos; si no
todo el valle á desplomarse
va muy pronto sobre vos.

CONDE

Cómo!

JUAN

De tropas y hogueras
cercado está en derredor.

CONDE

Tengo mi barco en la costa,
que ha dos días que fondeó
en esas rocas vecinas.

JUAN

Mas ved que un enjambre son.

CONDE

Serénate, Juan, no temas,
que tal lo he dispuesto yo,
que por entre ellos pasemos
como por un vidrio el sol.

JUAN

No lo sé.

CONDE

Habrá algunos tiros,
habrá un cadáver, ó dos;
mas tras el primero á tierra
saldrá mi tripulación,
y habrá al mismo tiempo fuego
de babor y de estribor.
Tiempo ha que he determinado
salir de este boquerón,
pero saldremos despacio,
con botín y con honor.
Ve, Juan, que todo esté á punto
para el despuntar del sol;
mi barco aguarda esa hora.

JUAN

Cumpliré mi obligación.
Mas de ese don Juan, qué hacemos?

CONDE

Que aguarde un punto; ve.

JUAN

Voy.

ESCENA IV

EL CONDE *é* ISABEL

CONDE

Ya lo ves, está en mis manos;
firme es mi resolución,
y única; elige, Isabel,
ó su cabeza ó mi amor.
No más misterios; no más
disimulos ni ficción;
necia honradez, medianía
servil no te ofrezco yo.
No una alquería en un valle,
y un olivar que agostó
el abandono de un año,
y una lanza y un bridón,
con un corazón voluble
que tal vez otra secó,
no; yo te ofrezco un tesoro
de libertad y de amor;
todo el imperio del mar,
que rey ninguno acotó,
y donde soy con mi barco
más grande que el rey mayor.
Nada habrá que te se antoje
que darte no pueda yo;
si el mar te cansa, de tierra
puedo darte, no un rincón
donde vivir olvidada,
sino el palacio mejor.
La opulencia de los ricos,
del noble la ostentación,
y toda la altanería
del lujo fascinador.
Si Europa no da á un valiente
acogida y protección,
un nuevo mundo en América
se nos abre, vive Dios!
Allí está virgen la tierra
esperando á su señor,
y conmigo su conquista
dividirá el español;
que harto mi brazo y mi oro
valen en contra ó en pro
para que no los acepte,
ó esclavo ó conquistador.

ISABEL

Basta, insensato, de ofertas
que sólo quimeras son.
Crees tú que están mis oídos
insensibles á la voz?
Piensas que la de ese esclavo
en ellos no resonó?
Va á desplomarse, te dijo,
todo el valle sobre vos:
palideciste al oirle
decir que un enjambre son,
y mi corazón oyéndolo
de gozo se estremeció;
y firme, como la tuya,
es ya mi resolución.

CONDE

Pobre insensata, cual siempre
te engaña tu corazón;
mi barco tengo en la costa;
cuanto tengo de valor,
mis tesoros, mis secretos,
en él se depositó
con cauteloso sigilo
y exquisita precaución.
Á mi poder y á mi dicha
sólo me falta el amor;
una mujer, que eres tú,
y sin la cual no me voy.

ISABEL

Primero que del pirata
la opulencia acepte yo,
hágame un esclavo vil
pedazos el corazón.

CONDE

Mira que á don Juan sentencias.

ISABEL

Á mi honra y á su valor
mejor nos está morir
que verme en tus brazos.

CONDE

Oh!
Un mundo entero no pudo

arrostrar mi indignación,
y hoy una débil mujer
osa arrostrar mi furor!
Piénsalo bien, cierva presa
en las garras del león.

ISABEL

Piensa tú que de tu cueva
se apiñan en derredor
lobos que huelen la sangre
de quien pavura les dió.

CONDE

Mira que no hay esperanza.

ISABEL

Yo he puesto la mía en Dios.

CONDE

Por última vez, aceptas?

ISABEL

Por la vez última, no.

CONDE

Sea, y cúlpate á tí sola
de la suerte de los dos.
Tenéis de vida un minuto,
y aquí, este mismo salón
será de entrambos sepulcro
ó templo de nuestro amor.

ISABEL

(De rodillas.)
El cielo que me dió fuerzas
para tal resolución,
hará que á cabo la lleve,
ó será mi protector.

CONDE

(Con mofa.)
Quién dentro de estas murallas
podrá protejerte?

ELENA

(Saliendo por la puerta falsa.) Yo.

ESCENA V

EL CONDE, ISABEL *y* ELENA

(Elena se coloca entre Isabel y el Conde; Isabel continúa de rodillas.)

CONDE

Qué es esto, cielos! Elena.

ELENA

Sí, bárbaro, Elena soy.

CONDE

Espectro horrendo, qué quieres?
Quién ante mí te evocó?
Por qué del sepulcro sales,
enemiga aparición?

ELENA

Deliras, Caín, deliras;
no soy un espectro, no;
vivo, y me guarda tu estrella
para ser tu salvación.

CONDE

Mi bala no ha errado nunca.

ELENA

Pues en la Cabrera erró.

CONDE

Sin duda estoy siendo víctima
de una pesadilla atroz!

ELENA

Acabemos de una vez,
y sal, Caín, de tu error.
Ya no tienes en el mundo
más esperanza que yo.

CONDE

Tú!

ELENA

Sí, todos te abandonan;
mas si audaz resolución
tomas, aun puedes salvarte
huyendo conmigo.

CONDE

No.

ELENA

Eso es lo que aún ofrecerte
puede quien tuvo valor
para vivir junto á tí
en escondido rincón
dos años en este valle;
sí, quien te guardó hasta hoy,
en vez de infame venganza,
la fe de su corazón.
Y esto es lo que va á ofrecerte
otro enemigo mayor
en este momento mismo
con igual condición.

CONDE

Quién?

ELENA

Don Juan.

CONDE

Necia! Ese engaño
crees que me infunde pavor?
Don Juan está en mi poder;
y ahora mismo, al de mi voz,
ante vuestros mismos ojos
voy á ponerle.
(Asoma don Juan, mientras Caín se dirige á la puerta contraria.)

ESCENA VI

Dichos y DON JUAN, *saliendo por la puerta secreta*

DON JUAN

Aquí estoy.

ISABEL

Don Juan!

DON JUAN

Isabel! *(Abrázanse.)*

CONDE

Qué es esto?

DON JUAN

(Viendo al Conde.)
Qué veo! Dios vengador!
Mi padre!

CONDE

Ese hombre es don Juan?

DON JUAN

Noche de condenación!
Yo soy don Juan, soy Rodulfo.
Capitán, vuestro hijo soy,
que salí de la Cabrera
para infierno de los dos!

CONDE

Oh rabia!

ELENA

De la Cabrera?

DON JUAN

Allí ese hombre me dejó.

ELENA

Dióme allí un mancebo amparo,
y una lancha salvación.

DON JUAN

En la Cabrera?

ELENA

Sí.

DON JUAN

Entonces
ese mancebo soy yo!

ELENA

Sí.

CONDE

Todo lo entiendo ahora!

DON JUAN

Y yo también, vive Dios! *(Desesperado.)*
Yo también, que del destino
bajo fatalismo atroz,
he sido siempre el juguete
desde la hora en que ví el sol.

CONDE

(Oh dicha! Pues el destino
á todos me los juntó,
de todos me libro á un tiempo.)
Rodulfo, tienes razón;
el uno en contra del otro
la suerte nos colocó;
y es fuerza sacrificarse
uno de ambos por los dos.

DON JUAN

Partámonos uno de otro,
padre; dejadme mi amor,
y huid mientras tenéis tiempo
y yo quedo tras de vos.
Si mi fuerza ó mis engaños
os consiguen salvación,
para siempre separémonos,
y que nos ayude Dios.

ELENA

Qué historia espantosa es ésta
que á mis celos escapó!
Caín, tan negro misterio
no cabe en mi comprensión.
Es hijo tuyo ese hombre?

CONDE

Mujer, cierra el labio.

ELENA

No;
fuerza es que se aclare todo
este misterio de horror.

CONDE

Pues bien; aclárese al punto,
porque ahora mirando estoy
que si ese es don Juan, hay otro
que su lugar usurpó.
Hola! Traed á ése.

ESCENA VII

DICHOS, JUAN, TOMÁS *y* PIRATAS

JUAN

Aquí está.

CONDE

Quién eres tú?

TOMÁS

Tomás soy.

CONDE

Gracias, fortuna! Salid.
(Váse Juan y los que con él han salido.)

ESCENA VIII

CONDE, TOMÁS, DON JUAN, ELENA *é* ISABEL

CONDE

Quién manda mi barco?

TOMÁS

Yo.

CONDE

Está en la costa?

TOMÁS

Está allí.

CONDE

Y á buscarme vienes?

TOMÁS

Sí.

CONDE

Para que partamos?

TOMÁS

No.

CONDE

Cómo!

TOMÁS

Escúchame, pirata;
acabo á uno de matar
el bosque al atravesar.

CONDE

Á quién?

TOMÁS

Á Pedro Zapata.

CONDE

De un bribón nos has librado.

TOMÁS

Sí, mas en otra ocasión
conocí yo á ese bribón,
y todo me lo ha contado.

CONDE

Y qué?

TOMÁS

Por él supe allí
que la única hija mía
que encomendado le había,
está en tu poder aquí.

CONDE

Tu hija!

TOMÁS

Él hizo papel
de padre suyo en mi nombre.

ISABEL

No era mi padre aquel hombre!

CONDE

Es hija tuya Isabel!

TOMÁS

Sí.

ISABEL

(Arrojándose á sus brazos.)
Padre!

TOMÁS

(Abrazándola.) Hija mía! Ahora,
pirata, no más doblez;
no más ficción; á tu vez
de Dios tu perdón implora.

ELENA

Aún hay más misterios?

TOMÁS

Sí.
Ya mi hija, mi afán logré;
mi hija, que la causa fué
de mi silencio hasta aquí.
Veinte años ha que te sigo,
de tu barco en el encierro;
veinte años que como un perro
camino y duermo contigo
por eso; ahora el dueño soy
de tu más fatal secreto,
y por verte en él sujeto
héme afanado hasta hoy.

CONDE

Guárdalo, esclavo, hasta el fin,
como hasta aquí lo has guardado.

TOMÁS

Más de seis años forzado
lo guardé en tu bergantín;
no, tú los lazos has roto
con que á callar me obligabas,
Caín, cuando me dejabas
esclavo de tu piloto.
Temistes que cuando en tierra
saltara te vendería;
pensastes bien, este día
llegó, que tanto te aterra.
Te acuerdas, feroz pirata,
de aquel horrendo abordaje
con que distes fin al viaje
de una peruana fragata?
Con vida tan sólo allí
quedamos un niño y yo.

CONDE

Y quién os la concedió?

TOMÁS

Tú; pero á qué precio, dí?
Siendo parte de tu bando,
y los rayos de la ley
con tu sanguinaria grey
sobre nosotros llamando.
Te la compramos, pardiez!
Él con su fortuna entera,
con su suerte venidera,
yo con toda mi honradez.

CONDE

Basta, traidor, basta ya.

TOMÁS

Lo que adivinas te espanta!

CONDE

No saldrá de tu garganta
lo que resta.

TOMÁS

Oh, sí saldrá!

CONDE

Primero que lo pronuncies
tendrá cabo tu existencia.
Hola!
(Va á salir, y Tomás, acudiendo antes que él á la puerta, pasa el cerrojo y se coloca delante de ella.)

TOMÁS

Á toda resistencia
es forzoso que renuncies;
no en vano á la fuerza apeles;
tu barco al rey he vendido.

CONDE

Traidor!

TOMÁS

Y le he remitido
tu tesoro y tus papeles.

CONDE

Oh furia!

TOMÁS

Y por conclusión,
envié escrita de mi mano,
del abordaje inhumano,
una exacta relación.
No hay, pues, para tí, Caín,
ni remedio ni esperanza,
qué te aprestó mi venganza
en un cadalso tu fin.

DON JUAN

Eso jamás, vive Dios!
Mi padre le hizo el destino,
y yo le abriré camino,
ó moriremos los dos.

ELENA

Y antes que á trance tan cruel
le lleve tan vil traición,
pisarán mi corazón
para llegar hasta él.
Capitán, por cuanto caro
tengáis en el universo,
que en un trance tan adverso
no le dejéis sin amparo.
Habéis en su compañía
por largo tiempo vivido;
su fortuna habéis seguido,
y por su sangre os quería.

DON JUAN

No por Dios! Aunque me afrente,
su sangre no negaré.
(Al Conde.)
Vuestro lugar tomaré,
y mientras secretamente
por ese oculto camino
salís al campo los dos,
yo me quedaré por vos
á arrostrar vuestro destino.
Tomad y huid.
(Le ofrece su espada. Tomás se va á acercar. Don Juan se dirige á él con nobleza.)

TOMÁS

Tente!

DON JUAN *(Á Tomás.)*

Atrás.
Si tú vengas tu opresión,

yo cumplo la obligación
que hay en mi sangre, Tomás.

TOMÁS

Rodulfo!

DON JUAN

Si das un paso
para tocarle un cabello,
Tomás, por todo atropello;
tente á tu vez, ó te abraso.
(Con una pistola.)

ISABEL

Padre! Don Juan!

DON JUAN

Id, volad.

TOMÁS

Pues bien, noble corazón,
aprende la obligación
de tu sangre en realidad.
No es la de ese monstruo fiero
la que corre por tus venas,
no; él colgó en sus entenas
á tu padre verdadero.

DON JUAN *é* ISABEL

Oh, no es {mi / su} padre ese hombre!

TOMÁS

No. Abordó nuestra fragata,
y dejó de ser pirata
con su título y su nombre.
(El pirata lo oye todo con calma y fiereza.)

DON JUAN

Ira de Dios!

TOMÁS

Y ve aquí
la venganza que apresté;
sí, cuando en ella pensé,
pensé en tu padre y en tí.

DON JUAN

(Volviendo la pistola que tiene en la mano al pirata.)
Cúmplase pues... Reza, infame,
tu postrimera oración.

CONDE

(Presentando el pecho.)
Tira; aquí está el corazón;
no creas, no, que reclame
ni clemencia ni piedad
la fiereza del pirata,
que no eres tú quien le mata,
sino su fatalidad.
Tira; esa ha de ser mi suerte,
de una ó de otra manera;
conque venga como quiera,
nunca he temido la muerte.

ELENA

Perdón, capitán.

ISABEL

Perdón,
don Juan.

TOMÁS

Tente; á la justicia
toca, y arguye malicia
impedir su obligación.
(Se oyen voces dentro, y luz de antorchas por detrás de la ventana. Algunos tiros muy á lo lejos.)

CONDE

Mas qué es esto?

TOMÁS

Ya lo ves,
cercado el palacio está.

CONDE

Mas mi gente lidiará,
vive Dios.

TOMÁS

Inútil es;
no se trata de batallas

ni abordajes, y aplicado
habrán prontos, de contado,
escalas á las murallas.

JUAN

(Dentro.) Capitán!

CONDE

(Asomando á la reja.) Quién va?

JUAN

(Dentro.) Pronto, que ya los soldados
tienen los puentes forzados
y huye mi gente; venid.

CONDE

Mis dueños sois, responded;
mandad lo que os venga á tino;
yo arrostraré mi destino,
pero sin pedir merced.

TOMÁS

(A la reja.) Rendíos á discreción;
no hay más remedio ni espacio,
porque he vendido el palacio.
(Vocería lejana.)

ELENA

(De rodillas.) Perdón, capitán, perdón;
os hizo una injuria cruel,
mas también os dió la vida,
y me tenéis prometida
la suya por Isabel.
Oh! Tenéis tiempo y favor;
sed generoso, don Juan;
no atropelléis, capitán,
vuestra palabra y mi amor.

CONDE

Alza, y no ruegues villana,
y pues que tanto me quieres,
vamos á ver cómo mueres
como buena siciliana.

ELENA

Ah, rendíos capitán;
veo que en vuestra nobleza
la ruindad y la grandeza
luchando en silencio están.

DON JUAN

No, no; él en su barco á mí
guardóme y me protegió;
con mal no he de pagar yo
el bien que dél recibí.
Sea: partid... por aquí,
(Por la puerta secreta.)
tal vez en la obscuridad,
podéis; la ermita ganad,
y estad ocultos allí.
Si mañana ambos á dos
vivís, un barco tendréis
para que á la vela os déis.
Id, y que os ayude Dios.

ELENA

Oh! Dejad que á vuestros pies...

DON JUAN

Id, que me estáis dando afán.

CONDE

Gracias, y adiós, capitán.

DON JUAN

No os detengáis.

CONDE

Vamos pues.

ESCENA IX

DON JUAN, ISABEL *y* TOMÁS, *que quiere hablar; don Juan le ataja la palabra.*

DON JUAN

Tomás, ninguna objeción
admito; cumplí y cumpliste;
tú con mi padre, debiste,
y yo con mi corazón.
No pensemos más en él,
y sólo el placer gocemos
de ver que entrambos tenemos
nuestra dicha en Isabel.

TOMÁS

Honra tamaña, señor,
á nuestra humildad villana!

DON JUAN

Todo tu lealtad lo gana,
todo lo iguala el amor.
(Ruido en el paso secreto.)
Mas qué ruido...! Volverá
ese hombre? Llegan. Quién va?

ESCENA ÚLTIMA

EL CAPITÁN DE GUARDACOSTAS *aparece por la entrada del camino subterráneo, seguido de algunos* SOLDADOS *con armas y antorchas.*

CAPITÁN

Yo.

DON JUAN

Y quién de esa galería
os mostró el paso profundo?

CAPITÁN

Un hombre que moribundo
al pie de la Cruz yacía.

DON JUAN

Oh! Y los hallásteis?

CAPITÁN

Los dos
despechados resistieron.

DON JUAN

Se salvaron?

CAPITÁN

No, murieron.

DON JUAN

Ay! Fué justicia de Dios!

Á UN TORREÓN

Gigante sombrío, baldón de Castilla;
castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
por cuyos salones, en vez de tu gente,
reptiles arrastran su piel amarilla.
Díme: qué se hicieron tus nobles señores,
tus ricos tapices de sedas y flores,
tu gente de guerra, tus cien trovadores
que alzaron ufanos triunfante canción?
Tú estás en el valle, cadáver podrido: [do,
guerrero humillado que el tiempo ha rendi-
tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,
el mundo no sabe que existe *Muñón*.

Tus pardas ruínas me son de tormento;
con negros recuerdos corroen mi alma...
Tú estás en mi mente, maldecida palma
quemada del rayo, batida del viento!
Yo, errante poeta, proscrito en el mundo,
tal vez en el polvo de féretro inmundo,
sin nombre, sin gloria, para siempre hundo
mi frente abrasada de inútil sudor;
por tí, resto infame, fantasma de duelo,
morada maldita de un ángel del cielo
que amé y me robaron... maldito tu suelo,
maldito tu nombre... maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura,
á la vergüenza del llano,
castillo sin castellano,
matrona sin hermosura.
De tí el tiempo se rió,
tus torres se derribaron,
tus vasallos te ultrajaron,
tu señor te abandonó.
Quédate, negro esqueleto,
de fértil vega mancilla,
á esa ermita de Castilla
sin sacerdote sujeto.
Sin pendones que ondear,
sin blasones á la entrada,
tu bóveda agujereada
no has podido sustentar.
Sin un eco en los salones,
sin un soldado en el muro,
hoy crece el arbusto impuro
al pie de tus torreones.
Señor muerto en tierra ajena,
olvidado de tu gente,
á pedazos de tu frente
roba el viento tu melena.
Y pasa á tus pies el hombre
sin buscarte en su memoria,
porque no leyó tu historia,
ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno que en aciago día
en tu gastada piedra escribí yo,
y el *nombre* de otro y la *vergüenza* mía
con la tuya quedó.
Cuando mi labio le nombró, mentía;
cuando mi mano le grabó, mintió;
hoy... ya no existe; en su carrera impía
el tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
que el tiempo devoró al fin,
una mujer, por mi mal,
le arrebató á un serafín:
el huracán de la vida
sólo dejó, oh mi querida!
para mi eterno tormento,
en prenda de maldición,
tu nombre en mi pensamiento,
tu amor en mi corazón.

La noche de Invierno

A D. Jenaro Villaamil

Pintor, el viento se estrella
bramando en esa ventana;
en pos de su airada huella
la lluvia y la noche van:
prepara lienzo y pinceles,
yo escribiré tu pintura,
y conquistemos laureles
al través del huracán.

Agua las nubes abortan;
se ve la lumbre amarilla
de las centellas, que cortan
nubes y lluvia al caer;
se oyen girar las veletas
sobre la gigante torre,
y las pizarras sujetas
agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,
del crudo viento impelidos,
que por los vidrios hendidos
penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
que unos con otros se chocan,
son escudos conquistados
y blasones para tí.

Y se oye el son temeroso
de campanas que, rompiendo
de los hombres el reposo,
conjuran la tempestad:
se oye en la calle azorado,
de alguno que huye la lluvia,
el paso precipitado
cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera
cuya roja llama alumbre
esos rostros en hilera
colgados en la pared;
que mecidos por el viento
y animados por la llama,
nos darán un pensamiento,
y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
galerías, catedrales,
y todo el lujo de Oriente
y un mundo para pintar:
tú tienes en tus pinceles
derruídos monasterios,
con aéreos botareles
y afiligranado altar.

Tienes torres con campanas
y transparentes labores;
castillos con castellanas
que aguardan á su señor;
y bóvedas horadadas,
y silenciosas capillas,
donde en marmóreas almohadas
yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
que, por el tiempo roídas,
cuentan al tiempo verdades
que él se desdeña escuchar:
tienes en el valle fuentes,
peñascos en la montaña,
y en los peñascos, torrentes
que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas
con ciudades y jardines,
y en los jardines festines,
y en los festines placer...
Prepara lienzo y pinceles,
y deja que el viento brame,
y la lluvia se derrame
y estalle el rayo al caer.

Á inspirarnos han venido
la noche con sus tinieblas,
el rayo con su estampido,
la lluvia con su rumor:
tú pintarás lo que sientas;
yo escribiré lo que siento
en el empuje violento
del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
el vendaval en tus torres;
cómo entre las jarcias cruje
del buque que va á anegar;
cómo zumba en las almenas
con que ciñes tus castillos;
cómo silba en las cadenas
que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
la humana voz en las rocas,
y como el milano grita
y ruge como el león,
silba como la serpiente,
sorbe como la lechuza,
la voz de un incendio miente
al cruzar un torreón.

Miente el graznido del cuervo,
brama como el ronco toro,
remeda el distante lloro
de una garganta infantil;
y, azotando los cristales,
finge el fantástico vuelo
de espíritus infernales
que pasan de mil en mil.

É imita el rumor confuso
de clarines y de aceros,
de carros y caballeros
que van marchando detrás;
y de un lejano combate
los alarmantes clamores,
y el ruido de los tambores
que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña
entre la niebla sombría;
pintarás la lluvia fría
derramada desde allí;
los alcázares morunos,
los pilares bizantinos,
monumentos peregrinos
embellecidos por tí.

Pintarás los gabinetes
cincelados de la Alhambra,
y el humo de los pebetes,
y las bellas del harem.
Tú pintarás las memorias
que nos quedan, por fortuna;
yo escribiré las historias
que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
de las aguas destrenzadas,
y el melancólico arrullo
de la tórtola que amó;
te diré cómo se mecen
las flores sobre los tallos;
cómo nacen, cómo crecen,
cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
con su choza ó su palacio,
y yo te diré su nombre
y lo que en el mundo fué;
tú al mundo darás colores,
yo le daré lengua y vida;
tú pintarás los amores,
y yo te los cantaré.

Pintor! Que la noche ruede
con el ronco torbellino;
que envuelta en tormentas quede
la desvelada ciudad:
nosotros, lejos del mundo,
otro mundo gozaremos,
de la hoguera que encendemos
á la roja claridad.

Calderón, Murillo, Ercilla,
colgados por las paredes
con su estoque y su golilla,
forman nuestro mundo aquí.
Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano...
con tintas para tu mano
é inspiración para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
despliega tu fantasía:
cuando nos sorprenda el día,
que alumbre una creación.
Pintor: ese torbellino
ha venido á visitarnos;
en él nos trajo el destino
la violenta inspiración.

RECUERDOS DE TOLEDO

LA CATEDRAL

INTRODUCCIÓN

Ese montón de piedras hacinadas,
morenas con el sol que se desploma;
monstruo negro de escamas erizadas,
que alienta luz y música y aroma;
Á quien un pueblo inválido rodea
con pies de religión, frente de miedo,
que tan noble lugar mancha y afea,
es catedral de lo que fué Toledo.
Pálida y triste, pobre y abatida,
llora el favor de los hundidos años;
reina sin corte, anciana y desvalida,
por sus hijos robada, y los extraños.
Por vestir el espectro de su nada,
hoy convoca sus hijos á las fiestas,
celebrando su mal, desesperada,
con campanas, con órganos y orquestas.
Gigante que, muriendo en la llanura
á manos de contrario más valiente,
con voz tremenda su venganza jura,
y fuerza y vida en sus palabras miente.
Una tribu elegante y voluptuosa
de otro país de fuentes y de flores,
los cimientos fundó donde reposa,
para otro Dios de guerras y de amores.
Y un rey, ó más piadoso ó más prudente,
cambióla en templo por sellar su gloria;
y tal vez dijo al Dios omnipotente:
Tuyo es el nombre, mía la memoria.
Quedóse al fin en templo consagrado
del Sumo Dios bajo el excelso nombre,
para ser á los tiempos revelado
como página histórica de un hombre.
Mas, apilando el tiempo los despojos
de los mismos valientes que la hicieron,
vasto sepulcro levantó á sus ojos
donde un palacio levantar creyeron.
Y hoy, al caer del templo la grandeza,
muestra el coloso, al espirar su imperio,
que ha cobijado su mortal corteza
templo, historia, palacio y cementerio.

I

Con ceño sombrío mira
el Tajo que á sus pies corre,
y al despecho que la inspira,
con las gargantas suspira
de sus campanas la torre.
Que tiene para consuelo,
en su abatimiento y mengua,
la frente cerca del cielo;
y, para hablar con el suelo,
trece campanas por lengua.
Con tan gigante armonía
todo su cuerpo estremece,
y al oirla se creería
que crece así su alegría
cuanto su estrépito crece.
Á ese clamor tan violento,
incapaz de tanto ruido,
vibra fatigado el viento,
dejando el confuso acento
por la atmósfera perdido.
Que en su canto desigual
hay música tan liviana,

que en su murmullo infernal
canta y llora y ríe insana
con sus lenguas de metal.
Que ellas pregonando van
lo que sus clamores son;
que á veces tristes están,
pidiendo por los que van
á eterna condenación.
Y en su clamor muestran bien
otras el alegre fin,
pues revoltosas se ven,
cual si colgadas estén
por heraldos de un festín.
Otras, en su inquieto afán,
ruedan y vibran, según,
con los clamores que dan,
al mundo anunciando están
placer ó luto común.
Y en vez de agudo esquilón,
de la tarde anuncia el fin
el doblar de la oración,
que apaga su ronco son
del horizonte al confín.
Y á su movimiento enorme
rueda en el cóncavo hueco
de la bóveda, el informe
postrer quejido del eco
con vibración uniforme.
Á su paso, estremecidas,
oscilan allá en las sombras
las lámparas suspendidas,
dibujando en las alfombras
sombras y luz confundidas.
Cobra entonces movimiento
todo el templo y se estremece,
cual fantasma de un momento
que alza el rostro macilento
y al punto se desvanece.
Van luego dejando ver
los vacilantes reflejos,
las sombras al repeler,
los objetos á lo lejos
sus formas desenvolver.
Se van mostrando despacio
las verjas de oro amarillas,
canceles de aquel palacio
que dividen el espacio
de la nave y las capillas.
Se ven en turbios colores,
detrás de los altos hierros,
entre marmóreas labores,
cumpliendo así sus destierros,
dormidos los fundadores.
Se ven, al rayar el día,
en los pintados cristales,
cómo luchan á porfía
la claridad que lucía
y los rayos matinales.
Entonces, el sol brillante
que á las ventanas asoma,
su fogosa luz gigante
en la llama agonizante
de las lámparas desploma.
Dejan torre y capitel,
y entran por los rosetones
las sombras huyendo dél,
plegándose en los rincones
en fantástico tropel.
La luz del templo señora,
por el templo derramada,
saluda al Dios que ella adora,
por las losas prosternada
ante el ara que colora.
Ciñe la bóveda, avara,
y en los robustos pilares
se quiebra picante y clara;
y bulliciosa se ampara
del oro de los altares.
Que joven y rica y bella
en la riqueza se posa,
y en los diamantes destella,
y en la joya más vistosa,
para competir con ella.
Porque el astro rey la envía
á que sus galas ostente,
y en la bóveda sombría
vierta la lumbre del día,
revoltosa y transparente.

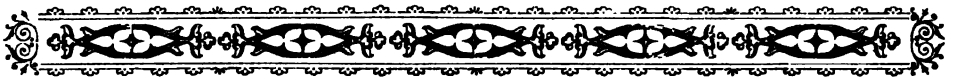
II

Se oyen después los pasos mesurados
del sacerdote, y la crujiente seda
del manto que, los lienzos desplegados,
por el sonoro pavimento rueda;
Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
con que á cumplir con su misión le incitan,

soplando bajo el mudo pavimento,
las osamentas que á sus pies dormitan.
Se coronan de antorchas los altares,
se sienten rechinar las verjas de oro,
se escuchan los católicos cantares
vibrar sublimes desde el hondo coro.
Se ve el pueblo llegar y reverente
postrarse humilde, y bendecir la vida,
y alzar del suelo la humillada frente,
de la luz de los ángeles ceñida.
Y se alza del altar la voz tremenda
que las palabras del Señor repite,
cantadas por que el pueblo las comprenda,
solemnes por que el pueblo las medite.
Y el órgano despliega rebramando
la voz robusta de las trompas de oro,
como por la cascada caen rodando
aguas y espumas en tropel sonoro.

—

Y en los aires á torrentes
vierte la música santa
por la céntuple garganta
de los tubos de metal;
y en sus cánticos remeda,
con el prolongado acento,
el ronco bramar del viento
ó el crujir del vendaval.
Ó finge en son temeroso
la aguda lengüetería
la discorde gritería
del infierno en rebelión;
ó con lamento apagado
canta al justo moribundo,
saliendo alegre del mundo,
sin ira en el corazón.
Canta el placer de la esposa
que inquieta al esposo aguarda;
canta al esposo que tarda
á sus puertas en llamar.
Ó entonando del Profeta
la sacrosanta salmodia,
sublimemente parodia
el fuego de su cantar.
Y llora con Jeremías,
y entona en arpa de flores
los voluptuosos amores
del sabio rey Salomón;
canta los cedros del Líbano,
la castidad de Susana,
y Jezabel la profana,
y el vigoroso Sansón.
Ó, en tonos más desmayados,
la postrera despedida
que dió á la penosa vida
el Hacedor de la luz;
ó más lánguido remeda
las lágrimas de María
cuando, en el terrible día,
lloraba al pie de la cruz.
Mas pasan las santas horas
y cesa la voz que canta,
y el pueblo que se levanta
murmura á su vez también:
se oye el rumor de sus pasos
que por las naves se alejan,
y las capillas que dejan
abandonadas se ven.
Apenas un sacerdote
que sordas preces murmura,
cruza con planta insegura
por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
y las cortinas de seda;
y, hacinadas en manojos,
se oyen las llaves chocar.
No queda en el santo templo
más que el ambiente de aroma,
la luz del sol que se asoma
por el pintado cristal;
las tumbas de las capillas
y los pálidos reflejos
de lámparas que á lo lejos
penden de un arco ojival.
Pasa el sol, viene la tarde,
y el día desaparece,
y la negra sombra crece,
y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
en la calada ventana,
y lo que *ayer* fué *mañana*,
mañana se dice *ayer*.



EL DÍA SIN SOL

Dies iræ, dies illa,
Solvet seclum in favilla (1).

INTRODUCCIÓN

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
que tanto para hacerle fué preciso;
hízole de la tierra soberano,
y le dió por palacio el paraíso.
Ágil de miembros; la cerviz erguida,
orlada de flotante cabellera;
los claros ojos respirando vida;
luenga la barba y con la voz severa.
Hechos para el deleite sus sentidos,
vieron los ojos luz, gustó la boca,
olió el olfato, oyeron los oídos;
todo es placer cuanto pasando toca.
La hierba perfumada en la colina
dióle un lecho do yace blandamente,
y derramóse en torno cristalina,
desecha en perlas, la sonora fuente.
Y vertieron las aves en el viento
regalada y dulcísima armonía,
desde el follaje vasto y opulento
que fácil teje la alameda umbría.
Y al dormido murmullo de la brisa
que vaga suave, inquieta y juguetona,
dobló la frente, y con igual sonrisa
el sueño muellemente le corona.
Las fieras cuidadosas evitaron
con su ruido turbar su manso sueño,
y volando las aves arrullaron
el reposar de su tranquilo dueño.
Dios, que su soledad miró enojosa,
de tornarla en placer buscó manera,
y una mujer bellísima, amorosa,
le ofreció liberal por compañera.
Era la hermosa de gentil talante,
acabada de pechos y cintura,
de enhiesto cuello y lánguido semblante,
rebosando de amor y de ternura.
Clara la frente, altiva y despejada,
negras las cejas, blanca la mejilla,
rasgada de ojos, blanda la mirada,
do turbio el sol en competencia brilla,
Tendida por los hombros la melena,
la blanca espalda de la luz velando,
hallóla Adán al despertar serena,
sus varoniles formas contemplando.
Ciñóla, sorprendido, en su embeleso
con brazo enamorado y reverente;
mil veces la besó, y á cada beso
trémula su cristal vibró la fuente.
El bosque susurró manso murmullo,
los peces en las ovas asomaron,
las tórtolas alzaron casto arrullo,
y amorosos los céfiros soplaron.
—Alma mía, mi amor, paloma mía...!—
el hombre sollozando murmuraba;
ella muerta de amor le sonreía,
y él muriendo de amor la enamoraba.
Posábale en su labio el labio amante,
aspirando con ámbares y aroma

(1) Esta paráfrasis fué expresamente escrita para D. Nicomedes Pastor Díaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

el aire de su pecho vacilante,
la luz de sus pupilas de paloma.
Tú, rojo sol, entonces, si los viste,
por qué amantes y solos les dejaste,
y la infernal serpiente no adormiste,
que envidiosa del bien cerca alumbraste?
Ay, cuánto ahorraras de miseria y llanto
del hombre flaco á los mortales ojos!
Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
al mismo Dios de cólera y enojos!
Era un árbol no más en los jardines
vedado al paladar de los nacidos;
no anidaban en él los colorines,
ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.
Yacía Adán en brazos de su amada,
y Eva miraba el prohibido fruto;
al lado de la poma codiciada,
traidor velaba el enemigo astuto.
—«No comerás—le dijo la serpiente—
»criatura de origen soberano?
»Pudieras, como Dios omnipotente,
»otro mundo crear de polvo vano.
»No comerás, y quedarás sujeta
»al privilegio inútil de su hechura;
»quedará el alma entre su nada quieta,
»y á tí te llamarán la criatura.»
Sintió el orgullo la mujer curíosa
que brotaba en carmín á la mejilla,
y á la fruta tendió la mano ansiosa,
vertiendo de ella la mortal semilla.
Aplicóla á los labios, y callaron
árboles, aves, céfiros y fuentes,
y en su lugar fatídicos quedaron
troncos, buitres, tormentas y torrentes.
Rugió el león, crespando la melena;
lanzó el tigre su ardiente resoplido;
bufó en el bosque la traidora hiena;
el toro levantó ronco mugido.
Huyeron, azotándose las alas,
las aves por el aura agonizante;
el fresco valle marchitó sus galas;
tembló el mundo en los ejes de diamante.
Despertó el triste Adán absorto y mudo
al desusado y bronco clamoreo,
y avergonzado se miró desnudo
la carne henchida de brutal deseo.
Tembló al mirar las fieras espantadas
guarecerse en tropel de los peñascos,
y buscar sus guaridas socavadas
de las montañas en los hondos cascos.
Hirióle el sol las débiles pupilas
al recio impulso de fogosa lumbre,
y halló en el cielo, en aplomadas filas
de frías nubes, torva muchedumbre.
Y sintió que perdía de improviso
la gracia de su Dios con la inocencia,
y trocóle en infierno el paraíso
el nuevo torcedor de la conciencia.
Viéronse con rubor ambos nacidos,
que con rubor entrambos no nacieron,
y, del crimen común arrepentidos,
uno del otro con vergüenza huyeron.
—Adán!—exclamó Dios llamando al hom-
y el eco en las montañas respondía; [bre;
—Adán!—repitió Dios, y el mismo nombre
el eco mismo á repetir volvía.
Do estaba Adán? Llorando prosternado,
por vez primera de su Dios temblaba,
y, humillado en el polvo — Yo he pecado!
respondía á la voz que le llamaba. [ras,
—«Adán!—gritó el Señor—cuenta tus ho-
»porque vendrá una hora en que te veas
»dando cuentas al Dios ante quien lloras;
»y hasta entonces, Adán, maldito seas!»

I

—«Naciste, Adán, en el polvo,
»y en el polvo morirás
»tú, y tus hijos, y tu raza,
»y cuantos hombres serán.
»Sudaréis sobre la tierra
»los hijos por sustentar,
»mientras los hijos rebeldes
»con sus padres lidiarán.
»La tierra brotará espinas,
»el tiempo ahogará la paz,
»y sin número los hombres
»á su Dios olvidarán.
»Entonces hambres y pestes
»y de miserias un mar,
»acosará el impio mundo
»sin descanso ni solaz.
»Y habrá ejércitos y buques
»que agua y tierra infestarán;
»y habrá esclavos y habrá reyes,

»y pueblos y sociedad.
»Y habrá amor, y habrá amistades
»que, en vez de consuelos dar,
»os darán con dulces nombres
»amargas horas de afán.
»Y habrá el corazón pasiones
»á cuyo impulso fatal
»hermano robará á hermano
»cuanto bien pudo alcanzar.
»Será la mujer voluble,
»será el hombre desleal;
»y amor tornaráse en celos,
»y en envidia la amistad.
»Y en raza de un mismo origen,
»todos con derecho igual,
»el poder será la fuerza
»y el miedo la autoridad.
»Nacerán conquistadores
»las tierras á deslindar,
»y donde uno puso un trono,
»otro un cadalso pondrá.
»Pero YO, que os hice en polvo
»y en polvo os he de tornar,
»haré un día de justicias
»para todos por igual;
»haré un infierno y un cielo
»y una inmensa eternidad,
»en que grandes y pequeños
»confundidos entrarán.»
Dijo así Dios, reduciendo
los tiempos á cantidad,
cuando dió al primer nacido
el triste apodo de *Adán*.

II

Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.

Ancho panteón de gente condenada,
condenado á morir como su gente,
caerá el mundo en el pozo de la nada,
rota en pedazos la caduca frente.
La impía raza en las tumbas cobijada,
otra vez se alzará mustia y doliente,
roto el dogal que al polvo la sujeta,
al vivo son de la final trompeta.
Ya para entonces el tremendo día
del daño universal será cumplido;
el sol que del Oriente nos venía,
apagada su luz, habrá caído;
la luna, que flotando se mecía
en el azul del cielo adormecido,
seguirá al fin sus moribundas huellas,
llevando en pos las lánguidas estrellas.
Y la tierra sin sol que la fecunde,
seca, no brotará hierba ni flores;
y harán que, reventado el mar, la inunde
los temporales de la mar señores;
y á las manos del tiempo, que confunde
cuantos un día desplegó primores,
la tierra, que de césped se matiza,
campo será de pálida ceniza.
En sus mohosas grietas, asomados
estarán los desnudos esqueletos
al juicio de su Dios aparejados,
silenciosos, estúpidos y quietos;
y á trechos, en montones apilados,
el plazo aguardarán juntos y prietos,
con sus despojos reemplazando enjutos,
templos, palacios, árboles y frutos.
No dará luz el cielo blanquecino,
ni hará murmullo el ondular del viento,
ni en las rocas el eco campesino
repetirá lejano algún acento;
noche y alba sin horas ni camino
ahogarán su crepúsculo opulento,
y serán presa de arrecidas nieblas
sin aurora ni noche las tinieblas.
No habrá en este pantano *dentro* y *fuera*,
ni habrá cosa con cotos ni lugares;
las tierras no hallarán mar ni ribera,
ni hallarán playas los disueltos mares;
barro será la agonizante esfera,
sin medidas, ni bordes ni vallares,
cual masa por los siglos preparada
á tornar al origen de su nada.
Las almas volverán, mudas de asombro,
los cuerpos á buscar en que vivieron,
cuando, á través del cenagoso escombro,
vayan tras el lugar do los perdieron:
sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
la carne vestirán con que nacieron,
porque escuche la carne la sentencia
que oyó el alma al pasar á otra existencia.
Y cuando nada en el silencio aliente,

cuando nada mortal quede con vida,
á la voz del airado Omnipotente,
de los muertos la turba estremecida
iremos ante Dios, baja la frente,
amedrantada el alma en su guarida,
á obedecer sus leyes inmortales,
y ante la santa ley, todos iguales.

III

Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet aparebit,
Nihil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno
privilegio ni exención;
sin justicia no habrá alguno,
porque iremos uno á uno,
por pena ó por remisión.
Será con todos igual,
justiciero para todos
el tremendo tribunal,
é irán de distintos modos
el justo y el criminal.
En la frente irán escritos
los secretos de la vida,
y las conciencias á gritos
apartarán los malditos
de la prole bendecida.
Que ni entonces una vez
la virtud se manchará
del vicio con la hediondez,
ni la ramera soez
junto á la virgen irá.
Allí irán los que, altaneros,
á los pueblos dieron leyes,
á acusar sus desafueros,
sin lanza los caballeros
y sin corona los reyes.
Allí irá la hipocresía
con el disfraz en la mano,
y sabremos aquel día
qué pechero hubo hidalguía
y qué hidalgo fué villano.
Irá el pálido mendigo
en pos del rico avariento
acusador y testigo,
demandando el pan y abrigo
de su alcázar opulento.
Irá el amigo traidor
tras el amigo engañado,
el semblante sin color,
como esclavo maniatado
que llevan á su señor.
Irá el pérfido galán
tras las vendidas mujeres,
que descontándole irán
por las horas de su afán
las horas de sus placeres.
Irá el señor sin piedad,
é irán los siervos tras él,
pidiendo á su vanidad
la perdida libertad
en iracundo tropel.
Irán los conquistadores;
y, asidos á sus cabellos,
los vencidos vencedores
serán allí sus señores,
como aquí lo fueron ellos.
Irá la falsa mujer
que al esposo juró amor,
y el juramento de ayer
empeñó por un placer
al disoluto amador.—
Irá el audaz pendenciero
con el muerto en desafío;
acuchillado el primero,
y el otro en el pecho impío
escondido el rojo acero.
Que el día de la verdad,
el fantasma del valor
será necia ceguedad,
y no más que vanidad
el fantasma del honor!
Irá el corrompido juez
tras la víctima inocente,
y en torno suyo á la vez
clamarán en voz doliente
la orfandad y la viudez.
Irán los monjes carnales
tras las forzadas doncellas,
desgarrados los sayales,
los cordones por dogales
atados al cuello de ellas.
Los labios que un tiempo dieron
blando y sacrílego son
con los besos que vertieron,

que torpe hoguera encendieron
en el brutal corazón.
Allí arderán en tal lumbre,
en fuego tan infernal,
cuanto á Dios fué pesadumbre
bajar á la podredumbre
de su pecho criminal.
Y allí iremos los cantores,
falsas flores del Edem,
que en vez de santos loores,
cantamos himnos de amores
á las puertas de un harem.
Allí del liviano mundo
habrá fin la imbécil farsa:
todos en montón inmundo,
sin primero ni segundo,
iremos en la comparsa.
Qué será ver hombre tanto
nacido para morir,
ciegos los ojos de llanto,
ciega el ánima de espanto,
al valle inmenso venir?
Qué será ver al tirano
balbuciente al responder
de la sangre de su hermano
en que irá tinta la mano,
sin que la pueda esconder?
Qué será ver tantos reyes
que, por saciar su ambición,
pusieron la religión
por rúbrica de unas leyes
de equívoca explicación?
Tantas gentes y naciones,
de tan distintas regiones,
de distintos caracteres,
y de distintos placeres
y distintas religiones!
Los de Judá temerosos,
los de Esparta y Macedonia,
los de Oriente voluptuosos,
los fecundos en colosos
de Ménfis y Babilonia!
Los de los anchos desiertos,
avezados al pillaje,
de tiempo y dioses inciertos;
los que devoran sus muertos
en algazara salvaje!
Los de América indolentes,
los impuros de Sodoma,
los de Tebas penitentes,
los de Sagunto valientes;
y los triunfantes de Roma!
Todos, muertos é inmortales,
de hinojos ante su Juez,
que con leyes eternales
nos hará á todos iguales
ante la ley una vez!

—

É irán las tiernas almas
de los alegres niños,
en túmulos de palmas
y lechos con armiños,
al pie del trono espléndido
del Santo de Israel.
Sus ángeles hermanos
haránles grata sombra
con sus rosadas manos,
y les harán alfombra
con sus alas magníficas
y almohadas y dosel.
La paternal sonrisa
del Dios omnipotente
seráles blanda brisa
que arrulle mansamente
el contorno suavísimo
de su tranquila sien.
Y dormirán de espumas
al dulce hervir sonoro,
y de ondulantes plumas,
y de incensarios de oro,
á la acordada música
del prometido Edén.
É irán las no tocadas
castísimas mujeres
que huyeron avisadas
el mundo y los placeres,
y dieron al Altísimo
intacto su pudor,
ceñida la cintura
de blancas azucenas,
radiantes de hermosura,
y en dulces cantilenas
loando en son angélico
al eternal amor.

Y todas tan hermosas
como la tibia luna,
y todas ruborosas
como al dejar la cuna,
todas ofrendas cándidas
de paz y de placer.
Purísimas palomas
que el cielo halaga y cría;
balsámicos aromas
que, en prendas de alegría,
entre dolor y lágrimas,
da al cielo la mujer.
Y qué será en tal hora
de duelos y de enojos
su calma encantadora,
y de sus bellos ojos
contemplar el pacífico
brillante tornasol?
Y qué será en sus labios
su sonreir de amores,
cuando grandes y sabios,
y reyes y señores,
el día verán trémulos
sin tinieblas ni sol?

IV

Y qué será de nuestro dulce canto,
qué será de nosotros los cantores,
los que lloramos cántigas de llanto,
los que reímos cántigas de flores?
Qué será de la hermosa á quien un día
himnos de amor y de placer cantamos,
que en nuestros labios el amor bebía,
y en cuyos labios el amor gozamos?
Qué será de sus ojos, los espejos
do nuestra imagen retratada vimos;
do, al lánguido rielar de sus reflejos,
su secreto de amor la sorprendimos?
Qué será del amigo cariñoso
que amar nos hizo la falaz fortuna,
del triste que veló nuestro reposo
al resbalar de la furtiva luna?
Acaso el corazón le desgarraba
el peligro fatal del que dormía,
y su afán compasivo nos callaba,
doblando su silencio su agonía.
Ay! Qué será del padre y del hermano,
qué será del esposo y de la esposa,
cuando aparte Jehová con justa mano
del torpe vicio la virtud dichosa?
Cuando se abran las puertas eternales
al eterno gozar del Paraíso,
y les sea á los tristes criminales
al duelo eterno caminar preciso!
Ay de mí, con cuán hondo desconsuelo
los ojos tornarán desesperados
la postrimera vez mirando un cielo
á que también nacieron destinados!
Oh tristísima y larga despedida,
eterna muerte, eterna bienandanza,
donde, perdiendo de una vez la vida,
se pierde de morir toda esperanza!

—

Qué dulce será vivir,
vivir una eternidad,
sin pensar más en morir,
ni pensar en reducir
á guarismo nuestra edad!
Qué dulce será vagando
por la viviente mansión,
ir al compás escuchando
de las arpas de Sión,
eternamente gozando,
Aquella aura perfumada,
y aquel manso susurrar
de la floresta encantada,
y aquella luz reflejada
de soles en un millar,
Y aquel gotear de las fuentes,
y aquel trinar de las aves,
y aquel hervir los torrentes,
y aquellos mares vivientes,
sin monstruos, vientos ni naves!
Y si, en la fresca ribera,
quien amó en vida encontrara
la amorosa compañera
que, antes que el mundo muriera,
muerta en el mundo quedara,
Qué dulce fuera vivir,
vivir una eternidad,
sin pensar más en morir,
ni pensar en reducir
á guarismo nuestra edad!

Oh, ven, ven, arpa sonora,
en las penas de mi vida
mi tierna consoladora,
esperanza seductora
de mi esperanza perdida!
Tú que templas en el suelo
nuestros dolores mundanos
con ilusiones de cielo,
consuela mi desconsuelo
con tus compases livianos.

Y déjale que delire
con el cielo al corazón,
y déjale que suspire,
que el ámbar feliz aspire
de su dulce religión.
Porque, en tanto que suspira
por la postrimera paz,
vive Dios que no delira
con la nada y la mentira
de la existencia falaz!

DON JUAN TENORIO

DRAMA RELIGIOSO-FANTÁSTICO

EN DOS PARTES

Aprobado para su representación por la Junta de Censura de los Teatros del Reino en 4 de Junio de 1849

PERSONAJES DE TODO EL DRAMA

Don Juan Tenorio.
Don Luis Mejía.
Don Gonzalo de Ulloa, *Comendador de Calatrava.*
Don Diego Tenorio.
Doña Inés de Ulloa.
Doña Ana de Pantoja.
Christófano Buttarelli.
Marcos Ciutti.
Brígida.
Pascual.
El Capitán Centellas.
Don Rafael de Avellaneda.
Lucía.
La Abadesa de las Calatravas de Sevilla.
La Tornera de ídem.
Gastón.
Miguel.
Un Escultor.
Alguaciles 1.° y 2.°
Un Paje *(que no habla).*
La estatua de Don Gonzalo *(él mismo).*
La sombra de Doña Inés *(ella misma).*

Caballeros sevillanos, encubiertos, curiosos, esqueletos, estatuas, ángeles, sombras, justicia y pueblo

---

La acción en Sevilla, por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años después y en otra noche.

Al Señor

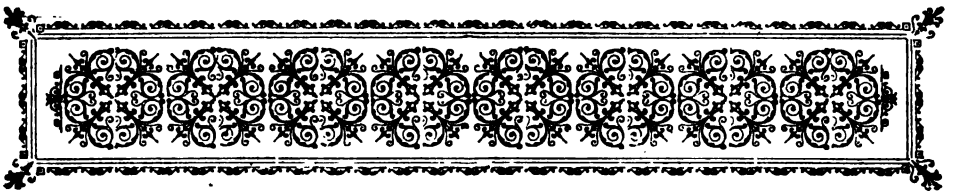
Don Francisco Luis de Vallejo

en prenda de buena memoria

Su mejor amigo

José Zorrilla.

Madrid — Marzo de 1844.



DON JUAN TENORIO

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO

LIBERTINAJE Y ESCÁNDALO

Hostería de Christófano Buttarelli.—Puerta en el fondo, que da á la calle; mesas, jarros y demás utensilios propios de semejante lugar

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, *con antifaz, sentado á una mesa escribiendo;* CIUTTI *y* BUTTARELLI *á un lado esperando. Al levantarse el telón se ven pasar por la puerta del fondo máscaras, estudiantes y pueblo con hachones, músicas, etc., etc.*

DON JUAN

Cuál gritan esos malditos!
Pero mal rayo me parta
si, en concluyendo la carta,
no pagan caros sus gritos!
(Sigue escribiendo.)

BUTTARELLI *(Á Ciutti.)*

Buen Carnaval.

CIUTTI *(Á Buttarelli.)*

Buen agosto
para rellenar la arquilla.

BUTTARELLI

Quiá! Corre ahora por Sevilla
poco gusto y mucho mosto.
Ni caen aquí buenos peces,
que son casas mal miradas
por gentes acomodadas
y atropelladas á veces.

CIUTTI

Pero hoy...

BUTTARELLI

Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti; se ha hecho buen trabajo.

CIUTTI

Chist! Habla un poco más bajo,
que mi señor se impacienta
pronto.

BUTTARELLI

Á su servicio estás?

CIUTTI

Ya ha un año.

BUTTARELLI

Y qué tal te sale?

CIUTTI

No hay prior que se me iguale;
tengo cuanto quiero, y más.
Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.

BUTTARELLI

Cuerpo de tal, qué destino!

CIUTTI

(Señalando á don Juan.)
Y todo ello á costa ajena.

BUTTARELLI

Rico, eh?

CIUTTI

Varea la plata.

BUTTARELLI

Franco?

CIUTTI

Como un estudiante.

BUTTARELLI

Y noble?

CIUTTI

Como un infante.

BUTTARELLI

Y bravo?

CIUTTI

Como un pirata.

BUTTARELLI

Español?

CIUTTI

Creo que sí.

BUTTARELLI

Su nombre?

CIUTTI

Lo ignoro en suma.

BUTTARELLI

Bribón! Y dónde va?

CIUTTI

Aquí.

BUTTARELLI

Largo plumea.

CIUTTI

Es gran pluma.

BUTTARELLI

Y á quién mil diablos escribe
tan cuidadoso y prolijo?

CIUTTI

Á su padre.

BUTTARELLI

Vaya un hijo!

CIUTTI

Para el tiempo en que se vive,
es un hombre extraordinario.
Pero calla...

DON JUAN

(Cerrando la carta.) Firmo y plego;
Ciutti?

CIUTTI

Señor.

DON JUAN

Este pliego
irá, dentro del Horario
en que reza doña Inés,
á sus manos á parar.

CIUTTI

Hay respuesta que aguardar?

DON JUAN

De el diablo con guardapiés
que la asiste, de su dueña
que mis intenciones sabe,
recogerás una llave,
una hora y una seña;
y más ligero que el viento,
aquí otra vez.

CIUTTI

Bien está. *(Váse.)*

ESCENA II

DON JUAN *y* BUTTARELLI

DON JUAN

Christofano, vieni quà.

BUTTARELLI

Eccellenza!

DON JUAN

Senti.

BUTTARELLI

Sento.
Ma hò imparatto il castigliano,
se è più facile al signor
la sua lingua...

DON JUAN

Sí, es mejor;
lascia dunque il tuo toscano,
y díme: don Luis Mejía,
ha venido hoy?

BUTTARELLI

Excelencia,
no está en Sevilla.

DON JUAN

Su ausencia
dura en verdad todavía?

BUTTARELLI

Tal creo.

DON JUAN

Y noticia alguna
no tenéis de él?

BUTTARELLI

Ah! Una historia
me viene ahora á la memoria
que os podrá dar...

DON JUAN

Oportuna
luz sobre el caso?

BUTTARELLI

Tal vez.

DON JUAN

Habla, pues.

BUTTARELLI

(Hablando consigo mismo.)
No, no me engaño;
esta noche cumple el año;
lo había olvidado.

DON JUAN

Pardiez!
Acabarás con tu cuento?

BUTTARELLI

Perdonad, señor; estaba
recordando el hecho.

DON JUAN

Acaba,
vive Dios, que me impaciento.

BUTTARELLI

Pues es el caso, señor,
que el caballero Mejía
por quien preguntáis, dió un día
en la ocurrencia peor
que ocurrírsele podía.

DON JUAN

Suprime lo al hecho extraño;
que apostaron me es notorio,

á quién haría en un año,
con más fortuna, más daño,
Luis Mejía y Juan Tenorio.

BUTTARELLI

La historia sabéis?

DON JUAN

Entera;
por eso te he preguntado
por Mejía.

BUTTARELLI

Oh! Me pluguiera
que la apuesta se cumpliera,
que pagan bien y al contado.

DON JUAN

Y no tienes confianza
en que don Luis á esta cita
acuda?

BUTTARELLI

Quiá, ni esperanza;
el fin del plazo se avanza,
y estoy cierto que maldita
la memoria que ninguno
guarda de ello.

DON JUAN

Basta ya.
Toma.

BUTTARELLI

Excelencia, y de alguno
de ellos sabéis vos?

DON JUAN

Quizá.

BUTTARELLI

Vendrán, pues?

DON JUAN

Al menos uno;
mas por si acaso los dos
dirigen aquí sus huellas
el uno del otro en pos,
tus dos mejores botellas
prevénles.

BUTTARELLI

Mas...

DON JUAN

Chito...! Adiós.

ESCENA III

BUTTARELLI

Santa Madona! De vuelta
Mejía y Tenorio están
sin duda... y recogerán
los dos la palabra suelta.
Oh! Sí; ese hombre tiene traza
de saberlo á fondo. *(Ruido dentro.)* Pero,
qué es esto? *(Se asoma á la puerta.)*
Anda! El forastero
está riñendo en la plaza!
Válgame Dios! qué bullicio!
Cómo se le arremolina
chusma... y cómo la acoquina
él solo... puf! Qué estropicio!
Cuál corren delante de él!
No hay duda, están en Castilla
los dos, y anda ya Sevilla
toda revuelta. Miguel!

ESCENA IV

BUTTARELLI *y* MIGUEL

MIGUEL

Che comanda?

BUTTARELLI

Presto, qui
servi una tabola, amico;
è del Lacryma più antico,
porta due buttiglie.

MIGUEL

Si,
signor padron.

BUTTARELLI

Micheletto,
apparechia in carità
lo più ricco, que si fa,
afrettati!

MIGUEL

Già mi afretto,
signor padrone. *(Váse.)*

ESCENA V

BUTTARELLI *y* DON GONZALO

DON GONZALO

Aquí es.
Patrón?

BUTTARELLI

Qué se ofrece?

DON GONZALO

Quiero
hablar con el hostelero.

BUTTARELLI

Con él habláis; decid pues.

DON GONZALO

Sois vos?

BUTTARELLI

Sí; más despachad,
que estoy depriesa.

DON GONZALO

En tal caso,
ved si es cabal y de paso
esa dobla, y contestad.

BUTTARELLI

Oh, excelencia!

DON GONZALO

Conocéis
á don Juan Tenorio?

BUTTARELLI

Sí.

DON GONZALO

Y es cierto que tiene aquí
hoy una cita?

BUTTARELLI

Oh! Seréis
vos el otro?

DON GONZALO

Quién?

BUTTARELLI

Don Luis.

DON GONZALO

No, pero estar me interesa
en su entrevista.

BUTTARELLI

Esta mesa
les preparo; si os servís
en esotra colocaros,
podréis presenciar la cena
que les daré... Oh! Será escena
que espero que ha de admiraros.

DON GONZALO

Lo creo.

BUTTARELLI

Son, sin disputa,
los dos mozos más gentiles
de España.

DON GONZALO

Sí, y los más viles
también.

BUTTARELLI

Bah! Se les imputa
cuanto malo se hace hoy día;
mas la malicia lo inventa,
pues nadie paga su cuenta
como Tenorio y Mejía.

DON GONZALO

Ya!

BUTTARELLI

Es afán de murmurar,
porque conmigo, señor,
ninguno lo hace mejor,
y bien lo puedo júrar.

DON GONZALO

No es necesario; mas...

BUTTARELLI

Qué?

DON GONZALO

Quisiera yo ocultamente
verlos, y sin que la gente
me reconociera.

BUTTARELLI

Á fe
que eso es muy fácil, señor.
Las fiestas de Carnaval,
al hombre más principal
permiten, sin deshonor
de su linaje, servirse
de un antifaz, y bajo él
quién sabe, hasta descubrirse,
de qué carne es el pastel?

DON GONZALO

Mejor fuera en aposento
contiguo.

BUTTARELLI

Ninguno cae
aquí.

DON GONZALO

Pues entonces trae
el antifaz.

BUTTARELLI

Al momento.

ESCENA VI

DON GONZALO

No cabe en mi corazón
que tal hombre pueda haber,
y no quiero cometer
con él una sinrazón.
Yo mismo indagar prefiero
la verdad... más á ser cierta
la apuesta, primero muerta
que esposa suya la quiero.
No hay en la tierra interés
que si la daña me cuadre;
primero seré buen padre,
buen caballero después.
Enlace es de gran ventaja,
mas no quiero que Tenorio
del velo del desposorio
la recorte una mortaja.

ESCENA VII

DON GONZALO *y* BUTTARELLI, *que trae un antifaz*

BUTTARELLI

Ya está aquí.

DON GONZALO

Gracias, patrón;
tardarán mucho en llegar?

BUTTARELLI

Si vienen, no han de tardar;
cerca de las ocho son.

DON GONZALO

Esa es hora señalada?

BUTTARELLI

Cierra el plazo, y es asunto
de perder quien no esté á punto
de la primer campanada.

DON GONZALO

Quiera Dios que sea una chanza,
y no lo que se murmura.

BUTTARELLI

No tengo aún por muy segura
de que cumplan, la esperanza;
pero si tanto os importa
lo que ello sea saber,
pues la hora está al caer,
la dilación es ya corta.

DON GONZALO

Cúbrome, pues, y me siento.
(Se sienta en una mesa á la derecha, y se pone el antifaz.)

BUTTARELLI

(Aparte.) Curioso el viejo me tiene
del misterio con que viene...
y no me quedo contento
hasta saber quién es él.
(Limpia y afila, mirándole de reojo.)

DON GONZALO

(Aparte.) Que un hombre como yo tenga
que esperar aquí y se avenga
con semejante papel!
En fin, me importa el sosiego
de mi casa, y la ventura
de una hija sencilla y pura,
y no es para echarlo á juego.

ESCENA VIII

DON GONZALO, BUTTARELLI *y* DON DIEGO
á la puerta del fondo

DON DIEGO

La seña está terminante,
aquí es; bien me han informado;
llego pues.

BUTTARELLI

Otro embozado?

DON DIEGO

Ah de esta casa?

BUTTARELLI

Adelante.

DON DIEGO

La Hostería del Laurel?

BUTTARELLI

En ella estáis, caballero.

DON DIEGO

Está en casa el hostelero?

BUTTARELLI

Estáis hablando con él.

DON DIEGO

Sois vos Buttarelli?

BUTTARELLI

Yo.

DON DIEGO

Es verdad que hoy tiene aquí
Tenorio una cita?

BUTTARELLI

Sí.

DON DIEGO

Y ha acudido á ella?

BUTTARELLI

No.

DON DIEGO

Pero acudirá?

BUTTARELLI

No sé.

DON DIEGO

Le esperáis vos?

BUTTARELLI

Por si acaso
venir le place.

DON DIEGO

En tal caso,
yo también le esperaré.
(Se sienta al lado opuesto á don Gonzalo.)

BUTTARELLI

Que os sirva vianda alguna
queréis mientras?

DON DIEGO

No; tomad.

BUTTARELLI

Excelencia!

DON DIEGO

Y excusad
conversación importuna.

BUTTARELLI

Perdonad.

DON DIEGO

Váis perdonado;
dejadme pues.

BUTTARELLI

(Aparte.) Jesucristo!
En toda mi vida he visto
hombre más mal humorado.

DON DIEGO

(Aparte.) Que un hombre de mi linaje
descienda á tan ruin mansión!
Pero no hay humillación
á que un padre no se baje
por un hijo. Quiero ver
por mis ojos la verdad,
y el monstruo de liviandad,
á quien pude dar el ser.
(Buttarelli, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo á don Gonzalo y á don Diego, que permanecerán embozados y en silencio.)

BUTTARELLI

Vaya un par de hombres de piedra!
Para éstos sobra mi abasto;
mas, pardiez! pagan el gasto
que no hacen, y así se medra.

ESCENA IX

DON GONZALO, DON DIEGO, BUTTARELLI, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA *y* DOS CABALLEROS.

AVELLANEDA

Vinieron, y os aseguro
que se efectuará la apuesta.

CENTELLAS

Entremos, pues.—Buttarelli?

BUTTARELLI

Señor capitán Centellas,
vos por aquí?

CENTELLAS

Sí, Christófano.
Cuándo aquí, sin mi presencia,
tuvieron lugar las orgías
que han hecho raya en la época?

BUTTARELLI

Como há tanto tiempo ya
que no os he visto...

CENTELLAS

Las guerras
del emperador, á Túnez
me llevaron; mas mi hacienda
me vuelve á traer á Sevilla;
y, según lo que me cuentan,
llego lo más á propósito
para renovar añejas
amistades. Conque apróntanos
luego unas cuantas botellas,
y en tanto que humedecemos
la garganta, verdadera

relación haznos de un lance
sobre el cual hay controversia.

BUTTARELLI

Todo se andará, mas antes
dejadme ir á la bodega.

VARIOS

Sí, sí.

ESCENA X

DICHOS *menos* BUTTARELLI

CENTELLAS

Sentarse, señores,
y que siga Avellaneda
con la historia de don Luis.

AVELLANEDA

No hay ya más que decir de ella,
sino que creo imposible
que la de Tenorio sea
más endiablada, y que apuesto
por don Luis.

CENTELLAS

Acaso pierdas.
Don Juan Tenorio se sabe
que es la más mala cabeza
del orbe, y no hubo hombre alguno
que aventajarle pudiera
con sólo su inclinación;
conque, qué hará si se empeña?

AVELLANEDA

Pues yo sé bien que Mejía
las ha hecho tales, que á ciegas
se puede apostar por él.

CENTELLAS

Pues el capitán Centellas
pone por don Juan Tenorio
cuanto tiene.

AVELLANEDA

Pues se acepta
por don Luis, que es muy mi amigo.

CENTELLAS

Pues todo en contra se arriesga;
porque no hay, como Tenorio,
otro hombre sobre la tierra,
y es proverbial su fortuna
y extremadas sus empresas.

ESCENA XI

DICHOS *y* BUTTARELLI, *con botellas*

BUTTARELLI

Aquí hay Falerno, Borgoña,
Sorrento.

CENTELLAS

De lo que quieras
sirve, Christófano, y dínos:
qué hay de cierto en una apuesta
por don Juan Tenorio ha un año
y don Luis Mejía hecha?

BUTTARELLI

Señor capitán, no sé
tan á fondo la materia,
que os pueda sacar de dudas,
pero os diré lo que sepa.

VARIOS

Habla, habla.

BUTTARELLI

Yo, la verdad,
aunque fué en mi casa mesma
la cuestión entre ambos, como
pusieron tan larga fecha
á su plazo, creí siempre
que nunca á efecto viniera.
Así es, que ni aun me acordaba
de tal cosa á la hora de ésta.
Mas esta tarde, sería
al anochecer apenas,
entróse aquí un caballero
pidiéndome que le diera
recado con que escribir
una carta, y á sus letras

atento no más, me dió
tiempo á que charla metiera
con un paje que traía,
paisano mío, de Génova.
No saqué nada del paje,
que es, por Dios, muy brava pesca;
mas cuando su amo acababa
la carta, le envío con ella
á quien iba dirigida;
el caballero en mi lengua
me habló, y me pidió noticias
de don Luis; dijo que entera
sabía de ambos la historia,
y tenía la certeza
de que, al menos uno de ellos,
acudiría á la apuesta.
Yo quise saber más de él,
mas púsome dos monedas
de oro en la mano, diciéndome:
«Y por si acaso los dos
»al tiempo aplazado llegan,
»ten prevenidas para ambos
»tus dos mejores botellas.»
Largóse sin decir más,
y yo, atento á sus monedas,
les puse en el mismo sitio
donde apostaron, la mesa.
Y vedla allí con dos sillas,
dos copas y dos botellas.

AVELLANEDA

Pues señor, no hay que dudar;
era don Luis.

CENTELLAS

Don Juan era.

AVELLANEDA

Tú no le viste la cara?

BUTTARELLI

Si la traía cubierta
con un antifaz.

CENTELLAS

Pero hombre,
tú á los dos no los recuerdas?
Ó no sabes distinguir
á las gentes por sus señas
lo mismo que por sus caras?

BUTTARELLI

Pues confieso mi torpeza;
no lo supe conocer,
y lo procuré de veras.
Pero silencio.

AVELLANEDA

Qué pasa?

BUTTARELLI

Á dar el reloj comienza
los cuartos para las ocho. *(Dan.)*

CENTELLAS

Ved, ved la gente que se entra.

AVELLANEDA

Como que está de este lance
curiosa Sevilla entera.

(Se oyen dar las ocho; varias personas entran y se reparten en silencio por la escena; al dar la última campanada, don Juan, con antifaz, se llega á la mesa que ha preparado Buttarelli en el centro del escenario, y se dispone á ocupar una de las dos sillas que están delante de ella. Inmediatamente después de él entra don Luis, también con antifaz, y se dirige á la otra. Todos los miran.)

ESCENA XII

DICHOS, DON JUAN, DON LUIS, CABALLEROS, CURIOSOS *y* ENMASCARADOS

AVELLANEDA

(Á Centellas por don Juan.)
Verás aquél, si ellos vienen,
qué buen chasco que se lleva!

CENTELLAS

(Á Avellaneda por don Luis.)
Pues allí va otro á ocupar
la otra silla. Uf! Aquí es ella.

DON JUAN *(Á don Luis.)*

Esa silla está comprada,
hidalgo.

DON LUIS *(Á don Juan.)*

Lo mismo digo,
hidalgo; para un amigo
tengo yo esotra pagada.

DON JUAN

Que ésta es mía haré notorio.

DON LUIS

Y yo también que ésta es mía.

DON JUAN

Luego sois don Luis Mejía.

DON LUIS

Seréis, pues, don Juan Tenorio.

DON JUAN

Puede ser.

DON LUIS

Vos lo decís.

DON JUAN

No os fiáis?

DON LUIS

No.

DON JUAN

Yo tampoco.

DON LUIS

Pues no hagamos más el coco.

DON JUAN

Yo soy don Juan.
(Quitándose la máscara.)

DON LUIS

Yo don Luis. *(Idem.)*

(Se sientan. El capitán Centellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos otros se van á ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño y amistad. Don Juan y don Luis las aceptan cortésmente.)

CENTELLAS

Don Juan!

AVELLANEDA

Don Luis!

DON JUAN

Caballeros!

DON LUIS

Oh, amigos! Qué dicha es ésta?

AVELLANEDA

Sabíamos vuestra apuesta,
y hemos acudido á veros.

DON LUIS

Don Juan y yo tal bondad
en mucho os agradecemos.

DON JUAN

El tiempo no malgastemos,
don Luis. *(Á los otros.)* Sillas arrimad.
(Á los que están lejos.)
Caballeros, yo supongo
que á ustedes también aquí
les trae la apuesta, y por mí
á antojo tal no me opongo.

DON LUIS

Ni yo; que aunque nada más
fué el empeño entre los dos,
no ha de decirse, por Dios,
que me avergonzó jamás.

DON JUAN

Ni á mí, que el orbe es testigo
de que hipócrita no soy,
pues por doquiera que voy
va el escándalo conmigo.

DON LUIS

Eh! Y esos dos no se llegan
á escuchar? Vos.
(Por don Diego y don Gonzalo.)

DON DIEGO

Yo estoy bien.

DON LUIS

Y vos?

DON GONZALO

De aquí oigo también.

DON LUIS

Razón tendrán si se niegan.
(Se sientan todos alrededor de la mesa en que están don Luis Mejía y don Juan Tenorio.)

DON JUAN

Estamos listos?

DON LUIS

Estamos.

DON JUAN

Como quien somos cumplimos.

DON LUIS

Veamos, pues, lo que hicimos.

DON JUAN

Bebamos antes.

DON LUIS

Bebamos. *(Lo hacen.)*

DON JUAN

La apuesta fué...

DON LUIS

Porque un día
dije que en España entera
no habría nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.

DON JUAN

Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: «Nadie ha de hacer
»lo que hará don Juan Tenorio.»
No es así?

DON LUIS

Sin duda alguna;
y vinimos á apostar
quién de ambos sabría obrar
peor, con mejor fortuna,
en el término de un año;
juntándonos aquí hoy
á probarlo.

DON JUAN

Y aquí estoy.

DON LUIS

Y yo.

CENTELLAS

Empeño bien extraño,
por vida mía!

DON JUAN

Hablad, pues.

DON LUIS

No, vos debéis empezar.

DON JUAN

Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, dí
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
díjeme: «Dónde mejor?
»Donde hay soldados, hay juego,
»hay pendencias y amoríos.»
Dí, pues, sobre Italia luego,
buscando á sangre y á fuego
amores y desafíos.
En Roma, á mi apuesta fiel,
fijé, entre hostil y amatorio,
en mi puerta este cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio

»para quien quiera algo de él.»
De aquellos días la historia
á relataros renuncio;
remítome á la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio.
Las romanas caprichosas,
las costumbres licenciosas,
yo gallardo y calavera,
quién á cuento redujera
mis empresas amorosas?
Salí de Roma por fin
como os podéis figurar,
con un disfraz harto ruín,
y á lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar.
Fuí al ejército de España;
mas todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su compaña
tras cinco ó seis desafíos.
Nápoles, rico verjel
de amor, de placer emporio,
vió en mi segundo cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio,
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,
no hay hembra á quien no suscriba,
y cualquiera empresa abarca
si en oro ó valor estriba.
Búsquenle los reñidores;
cérquenle los jugadores;
quien se precie, que le ataje;
á ver si hay quien le aventaje
en juego, en lid ó en amores.»
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hubo escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por donde quiera que fuí,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
á la justicia burlé
y á las mujeres vendí.
Yo á las cabañas bajé,
yo á los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
ni hubo razón ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.
Á quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme á mí
aquel á quien yo maté.
Á esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió,
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

DON LUIS

Leed, pues.

DON JUAN

No; oigamos antes
vuestros bizarros extremos,
y si traéis terminantes
vuestras notas comprobantes,
lo escrito cotejaremos.

DON LUIS

Decís bien; cosa es que está,
don Juan, muy puesta en razón;
aunque á mi ver, poco irá
de una á otra relación.

DON JUAN

Empezad, pues.

DON LUIS

Allá va.
Buscando yo, como vos,
á mi aliento empresas grandes,
dije: «Do iré, vive Dios!
»de amor y lides en pos
»que vaya mejor que á Flandes?
»Allí, puesto que empeñadas
»guerras hay, á mis deseos
»habrá al par centuplicadas

»ocasiones extremadas
»de riñas y galanteos.»
Y en Flandes conmigo dí,
mas con tan negra fortuna,
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobla á dobla, una por una.
En tan total carestía
mirándome de dineros,
de mí todo el mundo huía,
mas yo busqué compañía
y me uní á unos bandoleros.
Lo hicimos bien, voto á tal!
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal,
que entramos á saco en Gante
el palacio episcopal.
Qué noche! Por el decoro
de la Pascua, el buen obispo
bajó á presidir el coro,
y aun de alegría me crispo
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro;
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro;
reñimos, yo fuí más diestro,
y le crucé sin reparo.
Juróme al punto la gente
capitán, por más valiente;
juréles yo amistad franca;
pero á la noche siguiente
huí y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refrán
de que quien roba al ladrón
ha cien años de perdón,
y me arrojé á tal desmán
mirando á mi salvación.
Pasé á Alemania opulento,
mas un Provincial Jerónimo,
hombre de mucho talento,
me conoció, y al momento
me delató en un anónimo.
Compré á fuerza de dinero
la libertad y el papel,
y topando en un sendero
al fraile, le envié certero
una bala envuelta en él.
Salté á Francia. Buen país!
Y como en Nápoles vos,
puse un cartel en París
diciendo: «*Aquí hay un don Luis*
que vale lo menos dos.
Parará aquí algunos meses,
y no trae más intereses
ni se aviene á más empresas,
que adorar á las francesas
y á reñir con los franceses.»
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
París, no hubo lance extraño,
ni hubo escándalo ni daño
donde no me hallara yo.
Mas, como don Juan, mi historia
también á alargar renuncio;
que basta para mi gloria
la magnífica memoria
que allí dejé con mi anuncio.
Y cual vos, por donde fuí
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
á la justicia burlé
y á las mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
tres veces; mas se me antoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan,
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
Á esto don Luis se arrojó,
y escrito en este papel
está lo que consiguió;
y lo que él aquí escribió
mantenido está por él.

DON JUAN

La historia es tan semejante,
que está en el fiel la balanza;
mas vamos á lo importante,
que es el guarismo á que alcanza
el papel; conque adelante.

DON LUIS

Razón tenéis en verdad...

Aquí está el mío; mirad:
por una línea apartados
traigo los nombres sentados
para mayor claridad.

DON JUAN

Del mismo modo arregladas
mis cuentas traigo en el mío;
en dos líneas separadas
los muertos en desafío
y las mujeres burladas.
Contad.

DON LUIS

Contad.

DON JUAN

Veintitrés.

DON LUIS

Son los muertos.—Á ver vos.
Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

DON JUAN

Son los muertos.

DON LUIS

Matar es.

DON JUAN

Nueve os llevo.

DON LUIS

Me vencéis.
Pasemos á las conquistas.

DON JUAN

Sumo aquí cincuenta y seis.

DON LUIS

Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.

DON JUAN

Pues perdéis.

DON LUIS

Es increíble, don Juan!

DON JUAN

Si lo dudáis, apuntados
los testigos ahí están,
que si fueren preguntados
os lo testificarán.

DON LUIS

Oh! Y vuestra lista es cabal.

DON JUAN

Desde una princesa real
á la hija de un pescador,
oh! ha recorrido mi amor
toda la escala social.
Tenéis algo que tachar?

DON LUIS

Sólo una os falta en justicia.

DON JUAN

Me la podéis señalar?

DON LUIS

Sí, por cierto; una novicia
que esté para profesar.

DON JUAN

Bah! Pues yo os complaceré
doblemente, porque os digo
que á la novicia uniré
la dama de algún amigo
que para casarse esté.

DON LUIS

Pardiez, que sois atrevido!

DON JUAN

Yo os lo apuesto si queréis.

DON LUIS

Digo que acepto el partido.
Para darlo por perdido,
queréis veinte días?

DON JUAN

Seis.

DON LUIS

Por Dios que sois hombre extraño!

Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

DON JUAN

Partid los días del año
entre las que ahí encontráis.
Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas,
y una hora para olvidarlas.
Pero la verdad á hablaros,
pedir más no se me antoja,
porque, pues váis á casaros,
mañana pienso quitaros
á doña Ana de Pantoja.

DON LUIS

Don Juan, qué es lo que decís?

DON JUAN

Don Luis, lo que oído habéis.

DON LUIS

Ved, don Juan, lo que emprendéis.

DON JUAN

Lo que he de lograr, don Luis.

DON LUIS

Gastón!

GASTÓN

Señor.

DON LUIS

Ven acá.

(Habla don Luis en secreto con Gastón, y éste se va precipitadamente.)

DON JUAN

Ciutti!

CIUTTI

Señor.

DON JUAN

Ven aquí.

(Don Juan ídem con Ciutti, que hace lo mismo.)

DON LUIS

Estáis en lo dicho?

DON JUAN

Sí.

DON LUIS

Pues va la vida.

DON JUAN

Pues va.

(Don Gonzalo, levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con don Juan y don Luis.)

DON GONZALO

Insensatos! Vive Dios,
que á no temblarme las manos,
á palos, como á villanos,
os diera muerte á los dos.

DON JUAN *y* DON LUIS

Veamos.

DON GONZALO

Excusado es,
que he vivido lo bastante
para no estar arrogante
donde no puedo.

DON JUAN

Idos, pues.

DON GONZALO

Antes, don Juan, de salir
de donde oirme podáis,
es necesario que oigáis
lo que os tengo que decir.
Vuestro buen padre don Diego,
porque pleitos acomoda,
os apalabró una boda
que iba á celebrarse luego;
pero por mí mismo yo,
lo que érais queriendo ver,
vine aquí al anochecer,
y el veros me avergonzó.

DON JUAN

Por Satanás, viejo insano,
que no sé cómo he tenido
calma para haberte oído
sin asentarte la mano!
Pero dí pronto quién eres,
porque me siento capaz
de arrancarte el antifaz
con el alma que tuvieres!

DON GONZALO

Don Juan!

DON JUAN

Pronto!

DON GONZALO

Mira, pues.

DON JUAN

Don Gonzalo!

DON GONZALO

El mismo soy.
Y adiós, don Juan; mas desde hoy
no penséis en doña Inés.
Porque antes que consentir
en que se case con vos,
el sepulcro, juro á Dios!
por mi mano la he de abrir.

DON JUAN

Me hacéis reir, don Gonzalo;
pues venirme á provocar,
es como ir á amenazar
á un león con un mal palo.
Y pues hay tiempo, advertir
os quiero á mi vez á vos
que, ó me la dáis, ó por Dios
que á quitárosla he de ir.

DON GONZALO

Miserable!

DON JUAN

Dicho está;
sólo una mujer como ésta
me falta para mi apuesta;
ved, pues, que apostada va.

(Don Diego, levantándose de la mesa en que ha permanecido encubierto mientras la escena anterior, baja al centro de la escena, encarándose con don Juan.)

DON DIEGO

No puedo más escucharte,
vil don Juan, porque recelo
que hay algún rayo en el cielo
preparado á aniquilarte.
Ah!... No pudiendo creer
lo que de tí me decían,
confiando en que mentían,
te vine esta noche á ver.
Pero te juro, malvado,
que me pesa haber venido
para salir convencido
de lo que es para ignorado.
Sigue, pues, con ciego afán
en tu torpe frenesí,
mas nunca vuelvas á mí;
no te conozco, don Juan.

DON JUAN

Quién nunca á tí se volvió,
ni quién osa hablarme así,
ni qué se me importa á mí
que me conozcas ó no?

DON DIEGO

Adiós, pues, mas no te olvides
de que hay un Dios justiciero.

DON JUAN

Ten. *(Deteniéndole.)*

DON DIEGO

¿Qué quieres?

DON JUAN

Verte quiero.

DON DIEGO

Nunca; en vano me lo pides.

DON JUAN

Nunca?

DON DIEGO

No.

DON JUAN

Cuando me cuadre.

DON DIEGO

Cómo?

DON JUAN

Así. *(Le arranca el antifaz.)*

TODOS

Don Juan!

DON DIEGO

Villano!
Me has puesto en la faz la mano.

DON JUAN

Válgame Cristo, mi padre!

DON DIEGO

Mientes; no lo fuí jamás.

DON JUAN

Reportáos, con Belcebú!

DON DIEGO

No; los hijos como tú
son hijos de Satanás.
Comendador, nulo sea
lo hablado.

DON GONZALO

Ya lo es por mí;
vamos.

DON DIEGO

Sí; vamos de aquí,
donde tal monstruo no vea.
Don Juan, en brazos del vicio
desolado te abandono;
me matas... mas te perdono
de Dios en el santo juicio.
(Vánse poco á poco don Diego y don Gonzalo.)

DON JUAN

Largo el plazo me ponéis;
mas ved que os quiero advertir
que yo no os he ido á pedir
jamás que me perdonéis.
Conque no paséis afán
de aquí adelante por mí,
que como vivió hasta aquí,
vivirá siempre don Juan.

ESCENA XIII

DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTTARELLI, CURIOSOS *y* MÁSCARAS.

DON JUAN

Eh! Ya salimos del paso,
y no hay que extrañar la homilia;
son pláticas de familia,
de las que nunca hice caso.
Conque lo dicho, don Luis,
van doña Ana y doña Inés
en puesta.

DON LUIS

Y el precio es
la vida.

DON JUAN

Vos lo decís:
vamos.

DON LUIS

Vamos.
(Al salir, se presenta una ronda que los detiene.)

ESCENA XIV

DICHOS *y* UNA RONDA DE ALGUACILES

ALGUACIL

Alto allá.
Don Juan Tenorio?

DON JUAN

Yo soy.

ALGUACIL

Sed preso.

DON JUAN

Soñando estoy.
Por qué?

ALGUACIL

Después lo verá.

DON LUIS

(Acercándose á don Juan y riéndose.)
Tenorio, no lo extrañéis,
pues mirando á lo apostado,
mi paje os ha delatado
para que vos no ganéis.

DON JUAN

Hola! Pues no os suponía
con tal despejo, pardiez!

DON LUIS

Id pues, que por esta vez,
don Juan, la partida es mía.

DON JUAN

Vamos, pues.
(Al salir, los detiene otra ronda que entra en la escena.)

ESCENA XV

DICHOS *y* UNA RONDA

ALGUACIL

(Que entra.) Ténganse allá.
Don Luis Mejía?

DON LUIS

Yo soy.

ALGUACIL

Sed preso.

DON LUIS

Soñando estoy.
Yo preso!

DON JUAN

(Soltando la carcajada.)
Ja, ja, ja, ja!
Mejía, no lo extrañéis,
pues mirando á lo apostado,
mi paje os ha delatado
para que no me estorbéis.

DON LUIS

Satisfecho quedaré
aunque ambos muramos.

DON JUAN

Vamos;
conque, señores, quedamos
en que la apuesta está en pie.
(Las rondas se llevan á don Juan y á don Luis; muchos los siguen. El capitán Centellas, Avellaneda y sus amigos quedan en la escena mirándose unos á otros.)

ESCENA XVI

EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA *y* CURIOSOS

AVELLANEDA

Parece un juego ilusorio!

CENTELLAS

Sin verlo no lo creería!

AVELLANEDA

Pues yo apuesto por Mejía.

CENTELLAS

Y yo pongo por Tenorio.

ACTO SEGUNDO

DESTREZA

Exterior de la casa de doña Ana, vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo, se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la izquierda una reja y una puerta.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS, *embozado*

Ya estoy frente de la casa
de doña Ana, y es preciso
que esta noche tenga aviso
de lo que en Sevilla pasa.
No dí con persona alguna
por dicha mía... Oh, qué afán!
Por ahora, señor don Juan,
cada cual con su fortuna.
Si honor y vida se juega,
mi destreza y mi valor,
por mi vida y por mi honor,
jugarán... mas alguien llega.

ESCENA II

DON LUIS *y* PASCUAL

PASCUAL

Quién creyera lance tal!
Jesús, qué escándalo! Presos!

DON LUIS

Qué veo! Es Pascual?

PASCUAL

Los sesos
me estrellaría.

DON LUIS

Pascual?

PASCUAL

Quién me llama tan apriesa?

DON LUIS

Yo.—Don Luis.

PASCUAL

Válame Dios!

DON LUIS

Qué te asombra?

PASCUAL

Que seáis vos.

DON LUIS

Mi suerte, Pascual, es ésa.
Que á no ser yo quien me soy,
y á no dar contigo ahora,
el honor de mi señora
doña Ana moría hoy.

PASCUAL

Qué es lo que decís?

DON LUIS

Conoces
á don Juan Tenorio?

PASCUAL

Sí.
Quién no le conoce aquí?
Mas, según públicas voces,
estábais presos los dos.
Vamos, lo que el vulgo miente!

DON LUIS

Ahora acertadamente
habló el vulgo; y juro á Dios
que, á no ser porque mi primo,
el tesorero real,
quiso fiarme, Pascual,
pierdo cuanto más estimo.

PASCUAL

Pues cómo?

DON LUIS

En servirme estás?

PASCUAL

Hasta morir.

DON LUIS

Pues escucha.
Don Juan y yo en una lucha
arriesgada por demás
empeñados nos hallamos;
pero, á querer tú ayudarme,
más que la vida salvarme
puedes.

PASCUAL

Qué hay que hacer? Sepamos.

DON LUIS

En una insigne locura
dimos tiempo ha: en apostar
cuál de ambos sabría obrar
peor, con mejor ventura.
Ambos nos hemos portado
bizarramente á cual más;
pero él es un Satanás,
y por fin me ha aventajado.
Púsele no sé qué pero;
dijímonos no sé qué
sobre ello, y el hecho fué
que él, mofándose altanero,
me dijo: «Y si esto no os llena,
»pues que os casáis con doña Ana,
»os apuesto á que mañana
»os la quito yo.»

PASCUAL

Esa es buena!
Tal se ha atrevido á decir?

DON LUIS

No es lo malo que lo diga,
Pascual, sino que consiga
lo que intenta.

PASCUAL

Conseguir?
En tanto que yo esté aquí,
descuidad, don Luis.

DON LUIS

Te juro
que si el lance no aseguro,
no sé qué va á ser de mí.

PASCUAL

Por la Virgen del Pilar,
le teméis?

DON LUIS

No; Dios testigo!
Mas lleva ese hombre consigo
algún diablo familiar.

PASCUAL

Dadlo por asegurado.

DON LUIS

Oh! Tal es el afán mío,
que ni en mí propio me fío
con un hombre tan osado.

PASCUAL

Yo os juro, por San Ginés,
que con toda su osadía,
le ha de hacer, por vida mía,
mal tercio un aragonés;
nos veremos.

DON LUIS

Ay, Pascual,
que en qué te metes no sabes!

PASCUAL

En apreturas más graves
me he visto, y no salí mal.

DON LUIS

Estriba en lo perentorio
del plazo y en ser quien es.

PASCUAL

Más que un buen aragonés
no ha de valer un Tenorio.
Todos esos lenguaraces,
espadachines de oficio,
no son más que frontispicio
y de poca alma capaces.
Para infamar á mujeres
tienen lengua, y tienen manos
para osar á los ancianos
ó apalear á mercaderes.
Mas cuando una buena espada,
por un buen brazo esgrimida,
con la muerte les convida,
todo su valor es nada.
Y sus empresas y bullas
se reducen todas ellas
á hablar mal de las doncellas
y á huir ante las patrullas.

DON LUIS

Pascual!

PASCUAL

No lo hablo por vos,
que, aunque sois un calavera,
tenéis la alma bien entera
y reñís bien, voto á brios!

DON LUIS

Pues si es en mí tan notorio
el valor, mira, Pascual,
que el valor es proverbial
en la raza de Tenorio.
Y porque conozco bien
de su valor el extremo,
de sus ardides me temo
que en tierra con mi honra den.

PASCUAL

Pues suelto estáis ya, don Luis,
y pues que tanto os acucia
el mal de celos, su astucia
con la astucia prevenís.
Qué teméis de él?

DON LUIS

No lo sé;
mas esta noche sospecho
que ha de procurar el hecho
consumar.

PASCUAL

Soñáis.

DON LUIS

Por qué?

PASCUAL

No está preso?

DON LUIS

Sí que está;
mas también lo estaba yo,
y un hidalgo me fió.

PASCUAL

Mas quién á él le fiará?

DON LUIS

En fin, sólo un medio encuentro
de satisfacerme.

PASCUAL

Cuál?

DON LUIS

Que de esta casa, Pascual,
quede yo esta noche dentro.

PASCUAL

Mirad que así de doña Ana
tenéis el honor vendido.

DON LUIS

Qué mil rayos! Su marido
no voy á ser yo mañana?

PASCUAL

Mas, señor, no os digo yo
que os fío con la existencia?

DON LUIS

Sí; salir de una pendencia,
mas de un ardid diestro, no.
Y, en fin, ó paso en la casa
la noche, ó tomo la calle,
aunque la justicia me halle.

PASCUAL

Señor don Luis, eso pasa
de terquedad, y es capricho
que dejar os aconsejo,
y os irá bien.

DON LUIS

No lo dejo,
Pascual.

PASCUAL

Don Luis!

DON LUIS

Está dicho.

PASCUAL

Vive Dios! Hay tal afán?

DON LUIS

Tú dirás lo que quisieres,
mas yo fío en las mujeres
mucho menos que en don Juan.
Y pues lance es extremado
por dos locos emprendido,
bien será un loco atrevido
para un loco desalmado.

PASCUAL

Mirad bien lo que decís,
porque yo sirvo á doña Ana
desde que nació, y mañana
seréis su esposo, don Luis.

DON LUIS

Pascual, esa hora llegada
y ese derecho adquirido,
yo sabré ser su marido
y la haré ser bien casada.
Mas, en tanto...

PASCUAL

No habléis más.
Yo os conozco desde niños,
y sé lo que son cariños,
por vida de Barrabás!
Oid: mi cuarto es sobrado
para los dos; dentro de él
quedad; mas palabra fiel
dadme de estaros callado.

DON LUIS

Te la doy.

PASCUAL

Y hasta mañana,
juntos con doble cautela,
nos quedaremos en vela.

DON LUIS

Y se salvará doña Ana.

PASCUAL

Sea.

DON LUIS

Pues vamos.

PASCUAL

Tenéos.
Qué váis hacer?

DON LUIS

Á entrar.

PASCUAL

Ya?

DON LUIS

Quién sabe lo que él hará?

PASCUAL

Vuestros celosos deseos
reprimid, que ser no puede
mientras que no se recoja
mi amo, don Gil de Pantoja,
y todo en silencio quede.

DON LUIS

Voto á...!

PASCUAL

Eh! Dad una vez
breves treguas al amor.

DON LUIS

Y á qué hora ese buen señor
suele acostarse?

PASCUAL

Á las diez;
y en esa calleja estrecha
hay una reja; llamad
á las diez, y descuidad
mientras en mí.

DON LUIS

Es cosa hecha.

PASCUAL

Don Luis, hasta luego, pues.

DON LUIS

Adiós, Pascual, hasta luego.

ESCENA III

DON LUIS

Jamás tal desasosiego
tuve. Parécemé que es
esta noche hora menguada
para mí... y no sé qué vago
presentimiento, qué estrago
teme mi alma acongojada.
Por Dios, que nunca pensé
que á doña Ana amara así,
ni por ninguna sentí
lo que por ella... Oh! Y á fe
que de don Juan me amedrenta,
no el valor, mas la ventura.
Parece que le asegura
Satanás en cuanto intenta.
No, no; es un hombre infernal,
y téngome para mí
que, si me aparto de aquí,
me burla, pese á Pascual.
Y aunque me tenga por necio,
quiero entrar; que con don Juan
las precauciones no están
para vistas con desprecio.
(Llama á la ventana.)

ESCENA IV

DON LUIS *y* DOÑA ANA

DOÑA ANA

Quién va?

DON LUIS

No es Pascual?

DOÑA ANA

Don Luis!

DON LUIS

Doña Ana!

DOÑA ANA

Por la ventana
llamas ahora?

DON LUIS

Ay, doña Ana,
cuán á buen tiempo salís.

DOÑA ANA

Pues qué hay, Mejía?

DON LUIS

Un empeño
por tu beldad con un hombre
que temo.

DOÑA ANA

Y qué hay que te asombre
en él, cuando eres tú el dueño
de mi corazón?

DON LUIS

Doña Ana,
no lo puedes comprender
de ese hombre, sin conocer
nombre y suerte.

DOÑA ANA

Será vana
su buena suerte conmigo;
ya ves, sólo horas nos faltan
para la boda, y te asaltan
vanos temores.

DON LUÍS

Testigo
me es Dios que nada por mí
me da pavor mientras tenga
espada, y ese hombre venga
cara á cara contra tí.
Mas, como el león audaz,
y cauteloso y prudente
como la astuta serpiente...

DOÑA ANA

Bah! Duerme, don Luis, en paz,
que su audacia y su prudencia
nada lograrán de mí,
que tengo cifrada en tí
la gloria de mi existencia.

DON LUIS

Pues bien, Ana, de ese amor
que me aseguras en nombre,
para no temer á ese hombre,
voy á pedirte un favor.

DOÑA ANA

Dí; mas bajo, por si escucha
tal vez alguno.

DON LUIS

Oye, pues.

ESCENA V

DICHOS *á la reja derecha;* DON JUAN *y* CIUTTI *en la calle izquierda*

CIUTTI

Señor, por mi vida que es
vuestra suerte buena y mucha.

DON JUAN

Ciutti, nadie como yo;
ya viste cuán fácilmente
el buen alcaide prudente
se avino, y suelta me dió.
Mas no hay ya en ello que hablar;
mis encargos has cumplido?

CIUTTI

Todos los he concluído
mejor que pude esperar.

DON JUAN

La beata...?

CIUTTI

Esta es la llave
de la puerta del jardín,
que habrá que escalar al fin,
pues como usarced ya sabe,
las tapias de este convento
no tienen entrada alguna.

DON JUAN

Y te dió carta?

CIUTTI

Ninguna;
me dijo que aquí al momento
iba á salir de camino;
que al convento se volvía,
y que con vos hablaría.

DON JUAN

Mejor es.

CIUTTI

Lo mismo opino.

DON JUAN

Y los caballos?

CIUTTI

Con silla
y freno los tengo ya.

DON JUAN

Y la gente?

CIUTTI

Cerca está.

DON JUAN

Bien, Ciutti; mientras Sevilla
tranquila en sueño reposa
creyéndome encarcelado,
otros dos nombres añado
á mi lista numerosa.
Ja! ja!

CIUTTI

Señor.

DON JUAN

Qué?

CIUTTI

Callad.

DON JUAN

Qué hay, Ciutti?

CIUTTI

Al doblar la esquina,
en esa reja vecina,
he visto un hombre.

DON JUAN

Es verdad;
pues ahora sí que es mejor
el lance. Y si es ése?

CIUTTI

Quién?

DON JUAN

Don Luis.

CIUTTI

Imposible.

DON JUAN

Toma.
No estoy yo aquí?

CIUTTI

Diferencia
va de él á vos.

DON JUAN

Evidencia
lo creo, Ciutti; allí asoma
tras de la reja una dama.

CIUTTI

Una criada tal vez.

DON JUAN

Preciso es verlo, pardiez,
no perdamos lance y fama.
Mira, Ciutti, á fuer de ronda,
tú, con varios de los míos,
por esa calle escurríos,
dando vuelta á la redonda
á la casa.

CIUTTI

Y en tal caso
cerrará ella.

DON JUAN

Pues con eso,
ella ignorante y él preso,
nos dejará franco el paso.

CIUTTI

Decís bien.

DON JUAN

Corre, y atájale,
que en ello el vencer consiste.

CIUTTI

Mas si el truan se resiste...?

DON JUAN

Entonces de un tajo rájale.

ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA ANA *y* DON LUIS

DON LUIS

Me das, pues, tu asentimiento?

DOÑA ANA

Consiento.

DON LUIS

Complácesme de ese modo?

DOÑA ANA

En todo.

DON LUIS

Pues te velaré hasta el día.

DOÑA ANA

Sí, Mejía.

DON LUIS

Páguete el cielo, Ana mía,
satisfacción tan entera.

DOÑA ANA

Porque me juzgues sincera,
consiento en todo, Mejía.

DON LUIS

Volveré, pues, otra vez.

DOÑA ANA

Sí, á las diez.

DON LUIS

Me aguardarás, Ana?

DOÑA ANA

Sí.

DON LUIS

Aquí.

DOÑA ANA

Y tú estarás puntual, eh?

DON LUIS

Estaré.

DOÑA ANA

La llave, pues, te daré.

DON LUIS

Y dentro yo de tu casa,
venga Tenorio.

DOÑA ANA

Alguien pasa.
Á las diez.

DON LUIS

Aquí estaré.

ESCENA VII

DON JUAN *y* DON LUIS

DON LUIS

Mas se acercan. Quién va allá?

DON JUAN

Quien va.

DON LUIS

De quien va así, qué se infiere?

DON JUAN

Que quiere.

DON LUIS

Ver si la lengua le arranco.

DON JUAN

El paso franco.

DON LUIS

Guardado está.

DON JUAN

Y yo soy manco?

DON LUIS

Pidiéraislo en cortesía.

DON JUAN

Y á quién?

DON LUIS

Á don Luis Mejía.

DON JUAN

Quien va, quiere el paso franco.

DON LUIS

Conocéisme?

DON JUAN

Sí.

DON LUIS

Y yo á vos?

DON JUAN

Los dos.

DON LUIS

Y en qué estriba el estorballe?

DON JUAN

En la calle.

DON LUIS

De ella los dos por ser amos?

DON JUAN

Estamos.

DON LUIS

Dos hay no más que podamos
necesitarla á la vez.

DON JUAN

Lo sé.

DON LUIS

Sois don Juan.

DON JUAN

Pardiez!
Los dos ya en la calle estamos.

DON LUIS

No os prendieron?

DON JUAN

Como á vos

DON LUIS

Vive Dios!
Y huísteis?

DON JUAN

Os imité:
y qué!

DON LUIS

Que perderéis.

DON JUAN

No sabemos.

DON LUIS

Lo veremos.

DON JUAN

La dama entrambos tenemos
sitiada, y estáis cogido.

DON LUIS

Tiempo hay.

DON JUAN

Para vos perdido.

DON LUIS

Vive Dios que lo veremos!
(Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)

DON JUAN

Señor don Luis, vedlo pues.

DON LUIS

Traición es.

DON JUAN

La boca...
(Á los suyos que se la tapan á don Luis.)

DON LUIS

Oh!

DON JUAN

(Le sujetan los brazos.) Sujeto atrás;
mas
la empresa es, señor Mejía,
como mía.
Encerrádmele hasta el día. *(Á los suyos.)*
La apuesta está ya en mi mano.
(Á don Luis.)
Adiós, don Luis; si os la gano,
traición es, mas como mía.

ESCENA VIII

DON JUAN

Buen lance, viven los cielos!
Estos son los que dan fama;
mientras le soplo la dama,
él se arrancará los pelos
encerrado en mi bodega.
Y ella?... Cuando crea hallarse
con él... ja! ja!... Oh, y quejarse
no puede; limpio se juega.
Á la cárcel le llevé,
y salió; llevóme á mí,
y salí; hallarnos aquí
era fuerza... Ya se ve,
su parte en la grave apuesta
defendía cada cual.
Mas con la suerte está mal
Mejía, y también pierde ésta.
Sin embargo, y por si acaso,
no es demás asegurarse
de Lucía, á desgraciarse
no vaya por poco el paso.
Mas por allí un bulto negro
se aproxima... y, á mi ver,
es el bulto una mujer.
Otra aventura? Me alegro.

ESCENA IX

DON JUAN *y* BRÍGIDA

BRÍGIDA

Caballero?

DON JUAN

Quién va allá?

BRÍGIDA

Sois don Juan?

DON JUAN

Por vida de...!
Si es la beata! Y á fe
que la había olvidado ya!
Llegáos; don Juan soy yo.

BRÍGIDA

Estáis solo?

DON JUAN

Con el diablo.

BRÍGIDA

Jesucristo!

DON JUAN

Por vos lo hablo.

BRÍGIDA

Soy yo el diablo?

DON JUAN

Créolo.

BRÍGIDA

Vaya! Qué cosas tenéis:
vos sí que sois un diablillo...

DON JUAN

Que te llenará el bolsillo
si le sirves.

BRÍGIDA

Lo veréis.

DON JUAN

Descarga, pues, ese pecho.
Qué hiciste?

BRÍGIDA

Cuanto me ha dicho
vuestro paje... y qué mal bicho
es ese Ciutti.

DON JUAN

Qué ha hecho?

BRÍGIDA

Gran bribón!

DON JUAN

No os ha entregado
un bolsillo y un papel?

BRÍGIDA

Leyendo estará ahora en él
doña Inés.

DON JUAN

La has preparado?

BRÍGIDA

Vaya; y os la he convencido
con tal maña y de manera,
que irá como una cordera
tras vos.

DON JUAN

Tan fácil te ha sido!

BRÍGIDA

Bah; pobre garza enjaulada,
dentro la jaula nacida,
qué sabe ella si hay más vida
ni más aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
del sol á los resplandores,
qué sabe de los colores
de que se puede ufanar?
No cuenta la pobrecilla
diecisiete primaveras,
y aun virgen á las primeras
impresiones del amor,
nunca concibió la dicha
fuera de su pobre estancia,
tratada desde la infancia
con cauteloso rigor.
Y tantos años monótonos
de soledad y convento,
tenían su pensamiento
ceñido á punto tan ruín,
á tan reducido espacio
y á círculo tan mezquino,
que era el claustro su destino
y el altar era su fin.
«Aquí está Dios», la dijeron;
y ella dijo: «Aquí le adoro».
«Aquí está el claustro y el coro.»
Y pensó: «No hay más allá».
Y sin otras ilusiones
que sus sueños infantiles,
pasó diecisiete Abriles
sin conocerlo quizá.

DON JUAN

Y está hermosa?

BRÍGIDA

Oh! Como un ángel.

DON JUAN

Y la has dicho...

BRÍGIDA

Figuráos
si habré metido mal caos
en su cabeza, don Juan.
La hablé del amor, del mundo,
de la corte y los placeres,
de cuánto con las mujeres
érais pródigo y galán.
La dije que érais el hombre
por su padre destinado

para suyo; os he pintado
muerto por ella de amor,
desesperado por ella,
y por ella perseguido,
y por ella decidido
á perder vida y honor.
En fin, mis dulces palabras,
al posarse en sus oídos,
sus deseos mal dormidos
arrastraron de sí en pos;
y allá dentro de su pecho
han inflamado una llama
de fuerza tal, que ya os ama
y no piensa más que en vos.

DON JUAN

Tan incentiva pintura
los sentidos me enajena,
y el alma ardiente me llena
de su insensata pasión.
Empezó por una apuesta,
siguió por un devaneo,
engendró luego un deseo,
y hoy me quema el corazón.
Poco es el centro de un claustro;
al mismo infierno bajara,
y á estocadas la arrancara
de los brazos de Satán!
Oh! Hermosa flor cuyo cáliz
al rocío aún no se ha abierto,
á trasplantarte va al huerto
de sus amores don Juan.
Brígida?

BRÍGIDA

Os estoy oyendo,
y me hacéis perder el tino;
yo os creía un libertino
sin alma y sin corazón.

DON JUAN

Eso extrañas? No está claro
que en un objeto tan noble
hay que interesarse doble
que en otros?

BRÍGIDA

Tenéis razón.

DON JUAN

Conque á qué hora se recogen
las madres?

BRÍGIDA

Ya recogidas
estarán. Vos prevenidas
todas las cosas tenéis?

DON JUAN

Todas.

BRÍGIDA

Pues luego que doblen
á las ánimas, con tiento
saltando al huerto, al convento
fácilmente entrar podéis
con la llave que os he enviado;
de un claustro oscuro y estrecho
es; seguidle bien derecho,
y daréis con poco afán
en nuestra celda.

DON JUAN

Y si acierto
á robar tan gran tesoro,
te he de hacer pesar en oro.

BRÍGIDA

Por mí no queda, don Juan.

DON JUAN

Ve y aguárdame.

BRÍGIDA

Voy, pues,
á entrar por la portería,
y á cegar á sor María
la tornera. Hasta después.

(Váse Brígida, y un poco antes de concluir esta escena, sale Ciutti, que se para en el fondo esperando.)

ESCENA X

DON JUAN *y* CIUTTI

DON JUAN

Pues señor, soberbio embite!
Muchas hice hasta esta hora,
mas por Dios que la de ahora
será tal que me acredite.
Mas ya veo que me espera
Ciutti. Lebrel! *(Llamándole.)*

CIUTTI

Aquí estoy.

DON JUAN

Y don Luis?

CIUTTI

Libre por hoy
estáis de él.

DON JUAN

Ahora quisiera
ver á Lucía.

CIUTTI

Llegar
podéis aquí. *(Á la reja derecha.)*
Yo la llamo,
y al salir á mi reclamo,
la podéis vos abordar.

DON JUAN

Llama, pues.

CIUTTI

La seña mía
sabe bien para qué dude
en acudir.

DON JUAN

Pues si acude,
lo demás es cuenta mía.
(Ciutti llama á la reja con una seña que parezca convenida. Lucía se asoma, y, al ver á don Juan, se detiene un momento.)

ESCENA XI

DON JUAN, LUCÍA *y* CIUTTI

LUCÍA

Qué queréis, buen caballero?

DON JUAN

Quiero.

LUCÍA

Qué queréis? Vamos á ver.

DON JUAN

Ver.

LUCÍA

Ver? Qué veréis á esta hora?

DON JUAN

Á tu señora.

LUCÍA

Idos, hidalgo, en mal hora;
quién pensáis que vive aquí?

DON JUAN

Doña Ana Pantoja, y
quiero ver á tu señora.

LUCÍA

Sabéis que casa doña Ana?

DON JUAN

Sí, mañana.

LUCÍA

Y ha de ser tan infiel ya?

DON JUAN

Sí será.

LUCÍA

Pues no es de don Luis Mejía?

DON JUAN

Ca! otro día.

Hoy no es mañana, Lucía;
yo he de estar hoy con doña Ana,
y si se casa mañana,
mañana será otro día.

LUCÍA

Ah! En recibiros está?

DON JUAN

Podrá.

LUCÍA

Qué haré si os he de servir?

DON JUAN

Abrir.

LUCÍA

Bah! Y quién abre este castillo?

DON JUAN

Ese bolsillo.

LUCÍA

Oro!

DON JUAN

Pronto te dió el brillo.

LUCÍA

Cuánto!

DON JUAN

De cien doblas pasa.

LUCÍA

Jesús!

DON JUAN

Cuenta, y dí; esta casa,
podrá abrir ese bolsillo?

LUCÍA

Oh! Si es quien me dora el pico...

DON JUAN

Muy rico. *(Interrumpiéndola.)*

LUCÍA

Sí? Qué nombre usa el galán?

DON JUAN

Don Juan.

LUCÍA

Sin apellido notorio?

DON JUAN

Tenorio.

LUCÍA

Ánimas del purgatorio!
Vos don Juan?

DON JUAN

Qué te amedrenta,
si á tus ojos se presenta
muy rico don Juan Tenorio?

LUCÍA

Rechina la cerradura.

DON JUAN

Se asegura.

LUCÍA

Y á mí quién? Por Belcebú!

DON JUAN

Tú.

LUCÍA

Y qué me abrirá el camino?

DON JUAN

Buen tino.

LUCÍA

Bah! Id en brazos del destino...

DON JUAN

Dobla el oro.

LUCÍA

Me acomodo.

DON JUAN

Pues mira cómo de todo
se asegura tu buen tino.

LUCÍA

Dadme algún tiempo, pardiez!

DON JUAN

Á las diez.

LUCÍA

Dónde os busco, ó vos á mí?

DON JUAN

Aquí.

LUCÍA

Conque estaréis puntual, eh?

DON JUAN

Estaré.

LUCÍA

Pues yo una llave os traeré.

DON JUAN

Y yo otra igual cantidad.

LUCÍA

No me faltéis.

DON JUAN

No, en verdad;
á las diez aquí estaré.
Adiós, pues, y en mí te fía.

LUCÍA

Y en mí el garboso galán.

DON JUAN

Adiós, pues, franca Lucía.

LUCÍA

Adiós, pues, rico don Juan.
(Lucía cierra la ventana. Ciutti se acerca á don Juan á una seña de éste.)

ESCENA XII

DON JUAN *y* CIUTTI

DON JUAN

(Riéndose.) Con oro nada hay que falle;
Ciutti, ya sabes mi intento:
á las nueve, en el convento;
á las diez, en esta calle. *(Vánse.)*

ACTO TERCERO

PROFANACIÓN

Celda de Doña Inés. — Puerta en el fondo y á la izquierda

ESCENA PRIMERA

DOÑA INÉS *y* LA ABADESA

ABADESA

Conque me habéis entendido?

DOÑA INÉS

Sí, señora.

ABADESA

Está muy bien;
la voluntad decisiva
de vuestro padre, tal es.
Sois joven, cándida y buena;
vivido en el claustro habéis
casi desde que nacísteis;
y para quedar en él
atada con santos votos
para siempre, ni aun tenéis,
como otras, pruebas difíciles
ni penitencias que hacer.
Dichosa mil veces vos;
dichosa, sí, doña Inés,
que no conociendo el mundo,
no le debéis de temer.
Dichosa vos, que del claustro
al pisar en el dintel,
no os volveréis á mirar
lo que tras vos dejaréis!
Y los mundanos recuerdos
del bullicio y del placer,
no os turbarán, tentadores,
del ara santa á los pies;
pues ignorando lo que hay
tras esa santa pared,
lo que tras ella se queda,
jamás apeteceréis.
Mansa paloma, enseñada
en las palmas á comer
del dueño que la ha criado
en doméstico verjel,
no habiendo salido nunca
de la protectora red,
no ansiaréis nunca las alas
por el espacio tender.
Lirio gentil, cuyo tallo
mecieron sólo tal vez
las embalsamadas brisas
del más florecido mes,
aquí á los besos del aura
vuestro cáliz abriréis,
y aquí vendrán vuestras hojas
tranquilamente á caer.
Y en el pedazo de tierra
que abarca nuestra estrechez,
y en el pedazo de cielo
que por las rejas se ve,
vos no veréis más que un lecho
do en dulce sueño yacer,
y un velo azul suspendido
á las puertas del Edén...
Ay! En verdad que os envidio,

venturosa doña Inés,
con vuestra inocente vida,
la virtud del no saber.
Mas, por qué estáis cabizbaja?
Por qué no me respondéis
como otras veces, alegre,
cuando lo mismo os hablé?
Suspiráis...? Oh! Ya comprendo;
de vuelta aquí hasta no ver
á vuestra aya, estáis inquieta,
pero nada receléis.
Á casa de vuestro padre
fué casi al anochecer,
y abajo en la portería
estará; yo os la enviaré,
que estoy de vela esta noche.
Conque, vamos, doña Inés,
recogéos, que ya es hora;
mal ejemplo no me déis
á las novicias, que ha tiempo
que duermen ya; hasta después.

DOÑA INÉS

Id con Dios, madre abadesa.

ABADESA

Adiós, hija.

ESCENA II

DOÑA INES

Ya se fué.
No sé qué tengo, ay de mí!
que en tumultuoso tropel
mil encontradas ideas
me combaten á la vez.
Otras noches, complacida
sus palabras escuché,
y de esos cuadros tranquilos
que sabe pintar tan bien,
de esos placeres domésticos
la dichosa sencillez
y la calma venturosa,
me hicieron apetecer
la soledad de los claustros
y su santa rigidez.
Mas hoy la oí distraída,
y en sus pláticas hallé,
si no enojosos discursos,
á lo menos aridez.
Y no sé por qué al decirme
que podría acontecer
que se acelerase el día
de mi profesión, temblé,
y sentí del corazón
acelerarse el vaivén,
y tenirseme el semblante
de amarilla palidez.
Ay de mí...! Pero mi dueña,
dónde estará...? Esa mujer,
con sus pláticas, al cabo
me entretiene alguna vez.
Y hoy la echo menos... Acaso
porque la voy á perder,
que en profesando es preciso
renunciar á cuanto amé.
Mas pasos siento en el claustro;
oh! reconozco muy bien
sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III

DOÑA INÉS *y* BRÍGIDA

BRÍGIDA

Buenas noches, doña Inés.

DOÑA INÉS

Cómo habéis tardado tanto?

BRÍGIDA

Voy á cerrar esta puerta.

DOÑA INÉS

Hay orden de que esté abierta.

BRÍGIDA

Eso es muy bueno y muy santo
para las otras novicias
que han de consagrarse á Dios;
no, doña Inés, para vos.

DOÑA INÉS

Brígida, no ves que vicias

las reglas del monasterio,
que no permiten...?

BRÍGIDA

Bah, bah!
Más seguro así se está,
y así se habla sin misterio
ni estorbos. Habéis mirado
el libro que os he traído?

DOÑA INÉS

Ay, se me había olvidado.

BRÍGIDA

Pues me hace gracia el olvido!

DOÑA INÉS

Como la madre abadesa
se entró aquí inmediatamente!

BRÍGIDA

Vieja más impertinente!

DOÑA INÉS

Pues tanto el libro interesa?

BRÍGIDA

Vaya si interesa, mucho!
Pues quedó con poco afán
el infeliz!

DOÑA INÉS

Quién?

BRÍGIDA

Don Juan.

DOÑA INÉS

Válgame el cielo! Qué escucho!
Es don Juan quien me le envía?

BRÍGIDA

Por supuesto.

DOÑA INÉS

Oh! Yo no debo
tomarle.

BRÍGIDA

Pobre mancebo!
Desairarle así, sería
matarle.

DOÑA INÉS

Qué estás diciendo?

BRÍGIDA

Si ese Horario no tomáis,
tal pesadumbre le dáis,
que va á enfermar, lo estoy viendo.

DOÑA INÉS

Ah, no, no; de esa manera
le tomaré.

BRÍGIDA

Bien haréis.

DOÑA INÉS

Y qué bonito es!

BRÍGIDA

Ya véis;
quien quiere agradar se esmera.

DOÑA INÉS

Con sus manecillas de oro.
Y cuidado que está prieto.
Á ver, á ver si completo
contiene el rezo del coro.
(Le abre, y cae una carta de entre sus hojas.)
Mas, qué cayó?

BRÍGIDA

Un papelito.

DOÑA INÉS

Una carta!

BRÍGIDA

Claro está;
en esa carta os vendrá
ofreciendo el regalito.

DOÑA INÉS

Qué! Será suyo el papel?

BRÍGIDA

Vaya, que sois inocente!
Pues que os feria, es consiguiente
que la carta será de él.

DOÑA INÉS

Ay, Jesús!

BRÍGIDA

Qué es lo que os da?

DOÑA INÉS

Nada, Brígida, no es nada.

BRÍGIDA

No, no; si estáis inmutada.
(Aparte.) (Ya presa en la red está.)
Se os pasa?

DOÑA INÉS

Sí.

BRÍGIDA

Eso habrá sido
cualquier mareillo vano.

DOÑA INÉS

Ay, se me abrasa la mano
con que el papel he cogido.

BRÍGIDA

Doña Inés, válgame Dios,
jamás os he visto así;
estáis trémula.

DOÑA INÉS

Ay de mí!

BRÍGIDA

Qué es lo que pasa por vos?

DOÑA INÉS

No sé... El campo de mi mente
siento que cruzan perdidas
mil sombras desconocidas
que me inquietan vagamente,
y ha tiempo al alma me dan
con su agitación tortura.

BRÍGIDA

Tiene alguna, por ventura,
el semblante de don Juan?

DOÑA INÉS

No sé; desde que le ví,
Brígida mía, y su nombre
me dijiste, tengo á ese hombre
siempre delante de mí.
Por doquiera me distraigo
con su agradable recuerdo,
y si un instante le pierdo,
en su recuerdo recaigo.
No sé qué fascinación
en mis sentidos ejerce,
que siempre hacia él se me tuerce
la mente y el corazón;
y aquí, y en el oratorio,
y en todas partes advierto
que el pensamiento divierto
con la imagen de Tenorio.

BRÍGIDA

Válgame Dios! Doña Inés,
según lo váis explicando,
tentaciones me van dando
de creer que eso amor es.

DOÑA INÉS

Amor has dicho?

BRÍGIDA

Sí, amor.

DOÑA INÉS

No, de ninguna manera.

BRÍGIDA

Pues por amor lo entendiera
el menos entendedor;
mas vamos la carta á ver:
en qué os paráis? Un suspiro?

DOÑA INÉS

Ay! Que cuanto más la miro
menos me atrevo á leer.
(Lee.) «Doña Inés del alma mía.»
Virgen santa, qué principio!

BRÍGIDA

Vendrá en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.
Vamos, seguid adelante.

DOÑA INÉS

(Lee.) «Luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad,
si os dignáis por estas letras
pasar vuestros lindos ojos,
no los tornéis con enojos
sin concluir, acabad.»

BRÍGIDA

Qué humildad y qué finura!
Dónde hay mayor rendimiento?

DOÑA INÉS

Brígida, no sé qué siento.

BRÍGIDA

Seguid, seguid la lectura.

DOÑA INÉS

(Lee.) «Nuestros padres de consuno
nuestras bodas acordaron,
porque los cielos juntaron
los destinos de los dos.
Y halagado desde entonces
con tan risueña esperanza,
mi alma, doña Inés, no alcanza
otro porvenir que vos.
De amor con ella en mi pecho
brotó una chispa ligera,
que han convertido en hoguera
tiempo y afición tenaz.
Y esta llama, que en mí mismo
se alimenta, inextinguible,
cada día más terrible
va creciendo y más voraz.»

BRÍGIDA

Es claro; esperar le hicieron
en vuestro amor algún día,
y hondas raíces tenía
cuando á arrancársele fueron.
Seguid.

DOÑA INÉS

(Lee.) «En vano á apagarla
concurren tiempo y ausencia,
que, doblando su violencia,
no hoguera ya, volcán es.
Y yo, que en medio del cráter
desamparado batallo,
suspendido en él me hallo
entre mi tumba y mi Inés.»

BRÍGIDA

Lo véis, Inés? Si ese Horario
le despreciáis, al instante
le preparan el sudario.

DOÑA INÉS

Yo desfallezco.

BRÍGIDA

Adelante.

DOÑA INÉS

(Lee.) «Inés, alma de mi alma,
perpetuo imán de mi vida,
perla sin concha escondida
entre las algas del mar;
garza que nunca del nido
tender osastes el vuelo
al diáfano azul del cielo
para aprender á cruzar,
si es que á través de esos muros
el mundo apenada miras,
y por el mundo suspiras
de libertad con afán,
acuérdate que al pie mismo
de esos muros que te guardan,
para salvarte te aguardan
los brazos de tu don Juan.»
(Representa.)
Qué es lo que me pasa, cielo!
que me estoy viendo morir?

BRÍGIDA

(Aparte.) (Ya tragó todo el anzuelo.)
Vamos, que está al concluir.

DOÑA INÉS

(Lee.) «*Acuérdate de quien llora*
al pie de tu celosía,
y allí le sorprende el día
y le halla la noche allí;
acuérdate de quien vive
sólo por tí, vida mía!
y que á tus pies volaría
si le llamaras á tí.»

BRÍGIDA

Lo véis? Vendría.

DOÑA INÉS

Vendría!

BRÍGIDA

Á postrarse á vuestros pies.

DOÑA INÉS

Puede?

BRÍGIDA

Oh, sí!

DOÑA INÉS

Virgen María!

BRÍGIDA

Pero acabad, doña Inés.

DOÑA INÉS

(Lee.) «*Adiós, oh luz de mis ojos;*
adiós, Inés de mi alma;
medita, por Dios, en calma
las palabras que aquí van;
y si odias esa clausura
que ser tu sepulcro debe,
manda, que á todo se atreve
por tu hermosura—DON JUAN.»
(Representa doña Inés.)
Ay! Qué filtro envenenado
me dan en este papel,
que el corazón desgarrado
me estoy sintiendo con él?
Qué sentimientos dormidos
son los que revela en mí;
qué impulsos jamás sentidos,
qué luz, que hasta hoy nunca ví?
Qué es lo que engendra en mi alma
tan nuevo y profundo afán?
Quién roba la dulce calma
de mi corazón?

BRÍGIDA

Don Juan.

DOÑA INÉS

Don Juan dices...! Conque ese hombre
me ha de seguir por doquier?
Sólo he de escuchar su nombre,
sólo su sombra he de ver?
Ah! Bien dice! Juntó el cielo
los destinos de los dos,
y en mi alma engendró este anhelo
fatal.

BRÍGIDA

Silencio, por Dios!
(Se oyen dar las ánimas.)

DOÑA INÉS

Qué?

BRÍGIDA

Silencio.

DOÑA INÉS

Me estremezco.

BRÍGIDA

Oís, doña Inés, tocar?

DOÑA INÉS

Sí; lo mismo que otras veces,
las ánimas oigo dar.

BRÍGIDA

Pues no habléis de él.

DOÑA INÉS

Cielo santo!
De quién?

BRÍGIDA

De quién ha de ser?
De ese don Juan que amáis tanto,
porque puede aparecer.

DOÑA INÉS

Me amedrentas! Puede ese hombre
llegar hasta aquí?

BRÍGIDA

Quizá,
porque el eco de su nombre
tal vez llega á donde está.

DOÑA INÉS

Cielos! Y podrá...?

BRÍGIDA

Quién sabe.

DOÑA INÉS

Es un espíritu, pues?

BRÍGIDA

No; mas si tiene una llave...

DOÑA INÉS

Dios!

BRÍGIDA

Silencio, doña Inés.
No oís pasos?

DOÑA INÉS

Ay! Ahora
nada oigo.

BRÍGIDA

Las nueve dan.
Suben... se acércan... señora...
ya está aquí.

DOÑA INÉS

Quién?

BRÍGIDA

Él.

DOÑA INÉS

Don Juan!

ESCENA IV

DOÑA INÉS, DON JUAN *y* BRÍGIDA

DOÑA INÉS

Qué es esto? Sueño... deliro?

DON JUAN

Inés de mi corazón!

DOÑA INÉS

Es realidad lo que miro,
ó es una fascinación...?
Tenedme... apenas respiro...
sombra... huye, por compasión!
Ay de mí...!
(Desmáyase doña Inés, y don Juan la sostiene. La carta de don Juan queda en el suelo, abandonada por doña Inés al desmayarse.)

BRÍGIDA

La ha fascinado
vuestra repentina entrada,
y el pavor la ha trastornado.

DON JUAN

Mejor, así nos ha ahorrado
la mitad de la jornada.
Ea! No desperdiciemos
el tiempo aquí en contemplarla,
si perdernos no queremos.
En los brazos á tomarla
voy, y cuanto antes, ganemos
ese claustro solitario.

BRÍGIDA

Oh! Váis á sacarla así?

DON JUAN

Necia, piensas que rompí

la clausura, temerario,
para dejármela aquí?
Mi gente abajo me espera;
sígueme.

BRÍGIDA

Sin alma estoy!
Ay! Este hombre es una fiera;
nada le ataja ni altera...
Sí, sí; á su sombra me voy.

ESCENA V

LA ABADESA

Jurara que había oído
por estos claustros andar;
hoy á doña Inés velar
algo más la he permitido,
y me temo... Mas no están
aquí. Qué pudo ocurrir
á las dos para salir
de la celda? Dónde irán?
Hola! Yo las ataré
corto para que no vuelvan
á enredar, y me revuelvan
á las novicias... sí, á fe.
Mas siento por allá fuera
pasos. Quién es?

ESCENA VI

LA ABADESA *y* LA TORNERA

TORNERA

Yo, señora.

ABADESA

Vos en el claustro á esta hora!
Qué es esto, hermana tornera?

TORNERA

Madre abadesa, os buscaba.

ABADESA

Qué hay? Decid.

TORNERA

Un noble anciano
quiere hablaros.

ABADESA

Es en vano.

TORNERA

Dice que es de Calatrava
caballero; que sus fueros
le autorizan á este paso,
y que la urgencia del caso
le obliga al instante á veros.

ABADESA

Dijo su nombre?

TORNERA

El señor
don Gonzalo Ulloa.

ABADESA

Qué
puede querer...? Ábrale,
hermana; es Comendador
de la Orden, y derecho
tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII

LA ABADESA

Á una hora tan avanzada
venir así...? No sospecho
qué pueda ser... mas me place,
pues no hallando á su hija aquí,
la reprenderá, y así
mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII

LA ABADESA, DON GONZALO *y* LA TORNERA
á la puerta

DON GONZALO

Perdonad, madre abadesa,
que en hora tal os moleste;

mas para mí, asunto es éste
que honra y vida me interesa.

ABADESA

Jesús!

DON GONZALO

Oid.

ABADESA

Hablad, pues.

DON GONZALO

Yo guardé hasta hoy un tesoro
de más quilates que el oro,
y ese tesoro es mi Inés.

ABADESA

Á propósito...

DON GONZALO

Escuchad.
Se me acaba de decir
que han visto á su dueña ir
ha poco por la ciudad
hablando con el criado
de un don Juan, de tal renombre,
que no hay en la tierra otro hombre
tan audaz y tan malvado.
En tiempo atrás se pensó
con él á mi hija casar,
y hoy, que se la fuí á negar,
robármela me juró;
que por el torpe doncel
ganada la dueña está,
no puedo dudarlo ya;
debo, pues, guardarme de él.
Y un día, una hora quizás
de imprevisión, le bastara
para que mi honor manchara
ese hijo de Satanás.
He aquí mi inquietud cuál es;
por la dueña, en conclusión,
vengo; vos la profesión
abreviad de doña Inés.

ABADESA

Sois padre, y es vuestro afán
muy justo, Comendador;
mas ved que ofende á mi honor.

DON GONZALO

No sabéis quién es don Juan.

ABADESA

Aunque le pintáis tan malo,
yo os puedo decir de mí,
que mientra Inés esté aquí,
segura está, don Gonzalo.

DON GONZALO

Lo creo; mas las razones
abreviemos; entregadme
á esa dueña, y perdonadme
mis mundanas opiniones.
Si vos de vuestra virtud
me respondéis, yo me fundo
en que conozco del mundo
la insensata juventud.

ABADESA

Se hará como lo exigís.
Hermana tornera, id, pues,
á buscar á doña Inés
y á su dueña. *(Váse la Tornera.)*

DON GONZALO

Qué decís,
señora? Ó traición me ha hecho
mi memoria, ó yo sé bien
que ésta es hora de que estén
ambas á dos en su lecho.

ABADESA

Ha un punto sentí á las dos
salir de aquí, no sé á qué.

DON GONZALO

Ay! Por qué tiemblo, no sé;
mas, qué veo, santo Dios!
Un papel... Me lo decía
á voces mi mismo afán.
(Leyendo.) «Doña Inés del alma mía...»
Y la firma de don Juan.
Ved... ved... esa prueba escrita.
Leed ahí... Oh! Mientras que vos
por ella rogáis á Dios,
viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX

DICHOS *y* LA TORNERA

TORNERA

Señora...

ABADESA

Qué?

TORNERA

Vengo muerta.

DON GONZALO

Concluid.

TORNERA

No acierto á hablar...
He visto á un hombre saltar
por las tapias de la huerta.

DON GONZALO

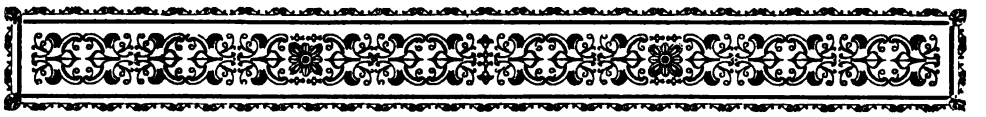
Véis? Corramos; ay de mí!

ABADESA

Dónde váis, Comendador?

DON GONZALO

Imbécil! Tras de mi honor,
que os roban á vos de aquí.



ACTO CUARTO

EL DIABLO Á LAS PUERTAS DEL CIELO

Quinta de D. Juan Tenorio, cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir.—Balcón en el fondo.—Dos puertas á cada lado

ESCENA PRIMERA

BRÍGIDA *y* CIUTTI

BRÍGIDA

Qué noche, válgame Dios!
Á poderlo calcular,
no me meto yo á servir
á tan fogoso galán.
Ay, Ciutti! Molida estoy;
no me puedo menear.

CIUTTI

Pues qué os duele?

BRÍGIDA

Todo el cuerpo,
y toda el alma además.

CIUTTI

Ya! No estáis acostumbrada
al caballo, es natural.

BRÍGIDA

Mil veces pensé caer.
Uf! Qué mareo! Qué afán!
Veía yo unos tras otros
ante mis ojos pasar
los árboles como en alas
llevados de un huracán,
tan apriesa y produciéndome
ilusión tan infernal,
que perdiera los sentidos
si tardamos en parar.

CIUTTI

Pues de estas cosas veréis,
si en esta casa os quedáis,
lo menos seis por semana.

BRÍGIDA

Jesús!

CIUTTI

Y esa niña, está
reposando todavía?

BRÍGIDA

Y á qué se ha de despertar?

CIUTTI

Sí; es mejor que abra los ojos
en los brazos de don Juan.

BRÍGIDA

Preciso es que tu amo tenga
algún diablo familiar.

CIUTTI

Yo creo que sea él mismo
un diablo en carne mortal,
porque á lo que él, solamente
se arrojara Satanás.

BRÍGIDA

Oh! El lance ha sido extremado!

CIUTTI

Pero al fin logrado está.

BRÍGIDA

Salir así de un convento,
en medio de una ciudad
como Sevilla!

CIUTTI

Es empresa
tan sólo para hombre tal;
mas, qué diablos! si á su lado
la fortuna siempre va,
y encadenado á sus pies
duerme sumiso el azar.

BRÍGIDA

Sí; decís bien.

CIUTTI

No he visto hombre
de corazón más audaz;
no halla riesgo que le espante,
ni encuentra dificultad
que al empeñarse en vencer,
le haga un punto vacilar.
Á todo osado se arroja;
de todo se ve capaz;
ni mira dónde se mete,
ni lo pregunta jamás.
«Allí hay un lance», le dicen;
y él dice: «Allá va don Juan».
Mas ya tarda, vive Dios!

BRÍGIDA

Las doce en la catedral
han dado ha tiempo.

CIUTTI

Y de vuelta
debía á las doce estar.

BRÍGIDA

Pero por qué no se vino
con nosotros?

CIUTTI

Tiene allá
en la ciudad todavía
cuatro cosas que arreglar.

BRÍGIDA

Para el viaje?

CIUTTI

Por supuesto;
aunque muy fácil será
que esta noche á los infiernos
le hagan á él mismo viajar.

BRÍGIDA

Jesús, qué ideas!

CIUTTI

Pues digo;
son obras de caridad
en las que nos empleamos
para mejor esperar?
Aunque seguros estamos
como vuelva por acá.

BRÍGIDA

De veras, Ciutti?

CIUTTI

Venid
á este balcón, y mirad;
qué véis?

BRÍGIDA

Veo un bergantín
que anclado en el río está.

CIUTTI

Pues su patrón sólo aguarda
las órdenes de don Juan,
y salvos en todo caso
á Italia nos llevará.

BRÍGIDA

Cierto?

CIUTTI

Y nada receléis

por nuestra seguridad,
que es el barco más velero
que boga sobre la mar.

BRÍGIDA

Chist! Ya siento á doña Inés...

CIUTTI

Pues yo me voy, que don Juan
encargó que sola vos
debíais con ella hablar.

BRÍGIDA

Y encargó bien, que yo entiendo
de esto.

CIUTTI

Adiós, pues.

BRÍGIDA

Vete en paz.

ESCENA II

DOÑA INÉS *y* BRÍGIDA

DOÑA INÉS

Dios mío, cuánto he soñado!
Loca estoy! Qué hora será?
Pero qué es esto, ay de mí!
No recuerdo que jamás
haya visto este aposento.
Quién me trajo aquí?

BRÍGIDA

Don Juan.

DOÑA INÉS

Siempre don Juan... Pero cómo...
aquí tú también estás,
Brígida?

BRÍGIDA

Sí, doña Inés.

DOÑA INÉS

Pero díme, en caridad,
dónde estamos? Este cuarto
es del convento?

BRÍGIDA

No tal;
aquello era un cuchitril
en donde no había más
que miseria.

DOÑA INÉS

Pero, en fin,
en dónde estamos?

BRÍGIDA

Mirad,
mirad por este balcón,
y alcanzaréis lo que va
desde un convento de monjas
á una quinta de don Juan.

DOÑA INÉS

Es de don Juan esta quinta?

BRÍGIDA

Y creo que vuestra ya.

DOÑA INÉS

Pero no comprendo, Brígida,
lo que dices.

BRÍGIDA

Escuchad.
Estábais en el convento
leyendo con mucho afán
una carta de don Juan,
cuando estalló en un momento
un incendio formidable.

DOÑA INÉS

Jesús!

BRÍGIDA

Espantoso, inmenso;
el humo era ya tan denso,
que el aire se hizo palpable.

DOÑA INÉS

Pues no recuerdo...

BRÍGIDA

Las dos,
con la carta entretenidas,
olvidamos nuestras vidas,
yo oyendo, y leyendo vos.
Y estaba en verdad tan tierna,
que entrambas á su lectura
achacamos la tortura
que sentíamos interna.
Apenas ya respirar
podíamos, y las llamas
prendían en nuestras camas;
nos íbamos á asfixiar,
cuando don Juan, que os adora,
y que rondaba el convento,
al ver crecer con el viento
la llama devastadora,
con inaudito valor,
viendo que íbais á abrasaros,
se metió para salvaros
por donde pudo mejor.
Vos, al verle así asaltar
la celda tan de improviso,
os desmayásteis... preciso;
la cosa era de esperar.
Y él, cuando os vió caer así,
en sus brazos os tomó
y echó á huir; yo le seguí,
y del fuego nos sacó.
Dónde íbamos á esta hora?
Vos seguíais desmayada;
yo estaba ya casi ahogada.
Dijo, pues: «Hasta la aurora
en mi casa las tendré.»
Y hénos, doña Inés, aquí.

DOÑA INÉS

Conque ésta es su casa?

BRÍGIDA

Sí.

DOÑA INÉS

Pues nada recuerdo á fe.
Pero... en su casa...! Oh, al punto
salgamos de ella... Yo tengo
la de mi padre.

BRÍGIDA

Convengo
con vos; pero es el asunto...

DOÑA INÉS

Qué?

BRÍGIDA

Que no podemos ir.

DOÑA INÉS

Oir tal me maravilla.

BRÍGIDA

Nos aparta de Sevilla...

DOÑA INÉS

Quién?

BRÍGIDA

Vedlo, el Guadalquivir.

DOÑA INÉS

No estamos en la ciudad?

BRÍGIDA

Á una legua nos hallamos
de sus murallas.

DOÑA INÉS

Oh! Estamos
perdidas!

BRÍGIDA

No sé, en verdad,
por qué!

DOÑA INÉS

Me estás confundiendo,
Brígida... y no sé qué redes
son las que entre estas paredes
temo que me estás tendiendo.
Nunca el claustro abandoné,
ni sé del mundo exterior
los usos, mas tengo honor;
noble soy, Brígida, y sé
que la casa de don Juan

no es buen sitio para mí;
me lo está diciendo aquí
no sé qué escondido afán.
Ven, huyamos.

BRÍGIDA

Doña Inés,
la existencia os ha salvado.

DOÑA INÉS

Sí, pero me ha envenenado
el corazón.

BRÍGIDA

Le amáis, pues?

DOÑA INÉS

No sé... mas, por compasión,
huyamos pronto de ese hombre,
tras de cuyo solo nombre
se me escapa el corazón.
Ah! Tú me diste un papel
de manos de ese hombre escrito,
y algún encanto maldito
me diste encerrado en él.
Una sola vez le ví
por entre unas celosías,
y que estaba, me decías,
en aquel sitio por mí.
Tú, Brígida, á todas horas
me venías de él á hablar,
haciéndome recordar
sus gracias fascinadoras.
Tú me digiste que estaba
para mío destinado
por mi padre, y me has jurado
en su nombre que me amaba.
Que le amo dices?... Pues bien;
si esto es amar, sí, le amo;
pero yo sé que me infamo
con esa pasión también.
Y si el débil corazón
se me va tras de don Juan,
tirándome de él están
mi honor y mi obligación.
Vamos, pues; vamos de aquí,
primero que ese hombre venga,
pues fuerza acaso no tenga
si le veo junto á mí.
Vamos, Brígida.

BRÍGIDA

Esperad.
No oís?

DOÑA INÉS

Qué?

BRÍGIDA

Ruido de remos.

DOÑA INÉS

Sí, dices bien; volveremos
en un bote á la ciudad.

BRÍGIDA

Mirad, mirad, doña Inés.

DOÑA INÉS

Acaba... por Dios; partamos.

BRÍGIDA

Ya, imposible que salgamos.

DOÑA INÉS

Por qué razón?

BRÍGIDA

Porque él es
quien en ese barquichuelo
se adelanta por el río.

DOÑA INÉS

Ay! Dadme fuerzas, Dios mío!

BRÍGIDA

Ya llegó; ya está en el suelo.
Sus gentes nos volverán
á casa; mas antes de irnos,
es preciso despedirnos
á lo menos de don Juan.

DOÑA INÉS

Sea, y vamos al instante.
No quiero volverle á ver.

BRÍGIDA

(Aparte.) (Los ojos te hará volver
al encontrarle delante.)
Vamos.

DOÑA INÉS

Vamos.

CIUTTI

(Dentro.) Aquí están.

DON JUAN

(Dentro.) Alumbra.

BRÍGIDA

Nos busca!

DOÑA INÉS

Él es.

ESCENA III

DICHAS *y* DON JUAN

DON JUAN

Á dónde váis, doña Inés?

DOÑA INÉS

Dejadme salir, don Juan.

DON JUAN

Que os deje salir?

BRÍGIDA

Señor,
sabiendo ya el accidente
del fuego, estará impaciente
por su hija el Comendador.

DON JUAN

El fuego! Ah! No os dé cuidado
por don Gonzalo, que ya
dormir tranquilo le hará
el mensaje que le he enviado.

DOÑA INÉS

Le habéis dicho...?

DON JUAN

Que os hallábais
bajo mi amparo segura,
y el aura del campo pura
libre por fin respirábais. *(Váse Brígida.)*
Cálmate, pues, vida mía;
reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.
Ah! No es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?
Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día,
no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?
Esa armonía que el viento
recoge entre esos millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento;
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor
de sus copas morador
llamando al cercano día,
no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?
Y estas palabras que están
filtrando insensiblemente
tu corazón, ya pendiente
de los labios de don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior
un fuego germinador
no encendido todavía,
no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?
Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas
convidándome á beberlas,

evaporarse á no verlas
de sí mismas al calor,
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?
Oh! Sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escucharme sin enojos
como lo haces, amor es;
mira aquí á tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando, vida mía,
la esclavitud de tu amor.

DOÑA INÉS

Callad, por Dios, oh! don Juan,
que no podré resistir
mucho tiempo sin morir
tan nunca sentido afán.
Ah! Callad, por compasión,
que oyéndoos, me parece
que mi cerebro enloquece
y se arde mi corazón.
Ah! Me habéis dado á beber
un filtro infernal sin duda,
que á rendiros os ayuda
la virtud de la mujer.
Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto
que á vos me atrae en secreto
como irresistible imán.
Tal vez Satán puso en vos
su vista fascinadora,
su palabra seductora
y el amor que negó á Dios.
Y qué he de hacer, ay de mí!
sino caer en vuestros brazos,
si el corazón en pedazos
me váis robando de aquí?
No, don Juan, en poder mío
resistirte no está ya;
yo voy á tí, como va
sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena;
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.
Don Juan! Don Juan! Yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
ó arráncame el corazón,
ó ámame, porque te adoro.

DON JUAN

Alma mía! Esa palabra
cambia de modo mi ser,
que alcanzo que puede hacer
hasta que el Edén se me abra.
No es, doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios, que quiere por tí
ganarme para Él quizás.
No; el amor que hoy se atesora
en mi corazón mortal,
no es un amor terrenal
como el que sentí hasta ahora;
no es esa chispa fugaz
que cualquier ráfaga apaga;
es incendio que se traga
cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha, pues, tu inquietud,
bellísima doña Inés,
porque me siento á tus pies
capaz aun de la virtud.
Sí; iré mi orgullo á postrar
ante el buen Comendador,
y, ó habrá de darme tu amor,
ó me tendrá que matar.

DOÑA INÉS

Don Juan de mi corazón!

DON JUAN

Silencio! Habéis escuchado?

DOÑA INÉS

Qué?

DON JUAN

Sí; una barca ha atracado
debajo de ese balcón.
Un hombre embozado de ella
salta... Brígida, al momento
(Entra Brígida.)

pasad á esotro aposento,
y perdonad, Inés bella,
si solo me importa estar.

DOÑA INÉS

Tardarás?

DON JUAN

Poco ha de ser.

DOÑA INÉS

Á mi padre hemos de ver.

DON JUAN

Sí; en cuanto empiece á clarear.
Adiós.

ESCENA IV

DON JUAN *y* CIUTTI

CIUTTI

Señor.

DON JUAN

Qué sucede,
Ciutti?

CIUTTI

Ahí está un embozado,
en veros muy empeñado.

DON JUAN

Quién es?

CIUTTI

Dice que no puede
descubrirse más que á vos,
y que es cosa de tal priesa,
que en ella se os interesa
la vida entrambos á dos.

DON JUAN

Y en él no has reconocido
marca ni señal alguna
que nos oriente?

CIUTTI

Ninguna;
mas á veros decidido
viene.

DON JUAN

Trae gente?

CIUTTI

No más
que los remeros del bote.

DON JUAN

Que entre.

ESCENA V

DON JUAN; *luego* CIUTTI *y* DON LUIS, *embozado*

DON JUAN

Jugamos á escote
la vida...! Mas si es quizás
un traidor que hasta mi quinta
me viene siguiendo el paso...
Hálleme, pues, por si acaso,
con las armas en la cinta.

(Se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas, que habrá colocado sobre la mesa á su salida en la escena tercera. Al momento sale Ciutti, conduciendo á don Luis, que, embozado hasta los ojos, espera á que se queden solos. Don Juan hace á Ciutti una seña para que se retire. Lo hace.)

ESCENA VI

DON JUAN *y* DON LUIS

DON JUAN

(Aparte.) (Buen talante.) Bien venido,
caballero.

DON LUIS

Bien hallado,
señor mío.

DON JUAN

Sin cuidado
hablad.

DON LUIS

Jamás lo he tenido.

DON JUAN

Decid, pues: á qué venís
á esta hora y con tal afán?

DON LUIS

Vengo á mataros, don Juan.

DON JUAN

Según eso, sois don Luis?

DON LUIS

No os engañó el corazón,
y el tiempo no malgastemos,
don Juan; los dos no cabemos
ya en la tierra.

DON JUAN

En conclusión,
señor Mejía: es decir
que, porque os gané la apuesta,
queréis que acabe la fiesta
con salirnos á batir?

DON LUIS

Estáis puesto en la razón;
la vida apostado habemos,
y es fuerza que nos paguemos.

DON JUAN

Soy de la misma opinión.
Mas ved que os debo advertir
que sois vos quien la ha perdido.

DON LUIS

Pues por eso os la he traído;
mas no creo que morir
deba nunca un caballero
que lleva en el cinto espada,
como una res destinada
por su dueño al matadero.

DON JUAN

Ni yo creo que resquicio
habréis jamás encontrado
por donde me hayáis tomado
por un cortador de oficio.

DON LUIS

De ningún modo; y ya véis
que, pues os vengo á buscar,
mucho en vos debo fiar.

DON JUAN

No más de lo que podéis.
Y por mostraros mejor
mi generosa hidalguía,
decid si aun puedo, Mejía,
satisfacer vuestro honor.
Leal la apuesta os gané;
mas si tanto os ha escocido,
mirad si halláis conocido
remedio, y le aplicaré.

DON LUIS

No hay más que el que os he propuesto,
don Juan. Me habéis maniatado,
y habéis la casa asaltado
usurpándome mi puesto;
y pues el mío tomásteis
para triunfar de doña Ana,
no sois vos, don Juan, quien gana,
porque por otro jugásteis.

DON JUAN

Ardides del juego son.

DON LUIS

Pues no os los quiero pasar,
y por ellos á jugar
vamos ahora el corazón.

DON JUAN

Le arriesgáis, pues, en revancha
de doña Ana de Pantoja?

DON LUIS

Sí; y lo que tardo me enoja
en lavar tan fea mancha.

Don Juan, yo la amaba, sí;
mas con lo que habéis osado,
imposible la háis dejado
para vos y para mí.

DON JUAN

Por qué la apostásteis, pues?

DON LUIS

Porque no pude pensar
que la pudiérais lograr.
Y... vamos, por San Andrés,
á reñir, que me impaciento.

DON JUAN

Bajemos á la ribera.

DON LUIS

Aquí mismo.

DON JUAN

Necio fuera;
no véis que en este aposento
prendieran al vencedor?
Vos traéis una barquilla.

DON LUIS

Sí.

DON JUAN

Pues que lleve á Sevilla
al que quede.

DON LUIS

Eso es mejor;
salgamos, pues.

DON JUAN

Esperad.

DON LUIS

Qué sucede?

DON JUAN

Ruido siento.

DON LUIS

Pues no perdamos momento.

ESCENA VII

DON JUAN, DON LUIS *y* CIUTTI

CIUTTI

Señor, la vida salvad.

DON JUAN

Qué hay, pues?

CIUTTI

El Comendador,
que llega con gente armada.

DON JUAN

Déjale franca la entrada,
pero á él solo.

CIUTTI

Mas señor...

DON JUAN

Obedéceme. *(Váse Ciutti.)*

ESCENA VIII

DON JUAN *y* DON LUIS

DON JUAN

Don Luis,
pues de mí os habéis fiado,
cuanto dejáis demostrado
cuando á mi casa venís,
no dudaré en suplicaros,
pues mi valor conocéis,
que un instante me aguardéis.

DON LUIS

Yo nunca puse reparos
en valor que es tan notorio,
mas no me fío de vos.

DON JUAN

Ved que las partes son dos
de la apuesta con Tenorio,
y que ganadas están.

DON LUIS

Lográsteis á un tiempo...!

DON JUAN

Sí;
la del convento está aquí;
y pues viene de don Juan
á reclamarla quien puede,
cuando me podéis matar,
no debo asunto dejar
tras mí que pendiente quede.

DON LUIS

Pero mirad que meter
quien puede el lance impedir
entre los dos, puede ser...

DON JUAN

Qué?

DON LUIS

Excusaros de reñir.

DON JUAN

Miserable!... De don Juan
podéis dudar sólo vos;
mas aquí entrad, vive Dios,
y no tengáis tanto afán
por vengaros, que este asunto
arreglado con ese hombre,
don Luis, yo os juro á mi nombre
que nos batimos al punto.

DON LUIS

Pero...

DON JUAN

Con una legión
de diablos! Entrad aquí,
que harta nobleza es en mí
aun daros satisfacción.
Desde ahí ved y escuchad:
franca tenéis esa puerta;
si véis mi conducta incierta,
como os acomode obrad.

DON LUIS

Me avengo, si muy reacio
no andáis.

DON JUAN

Calculadlo vos
á placer; mas, vive Dios,
que para todo hay espacio.
(Entra don Luis en el cuarto que don Juan le señala.)
Ya suben. *(Don Juan escucha.)*

DON GONZALO

(Dentro.) Dónde está?

DON JUAN

Él es.

ESCENA IX

DON JUAN *y* DON GONZALO

DON GONZALO

Á dónde está ese traidor?

DON JUAN

Aquí está, Comendador.

DON GONZALO

De rodillas?

DON JUAN

Y á tus pies.

DON GONZALO

Vil eres hasta en tus crímenes.

DON JUAN

Anciano, la lengua ten,
y escúchame un solo instante.

DON GONZALO

Qué puede en tu lengua haber
que borre lo que tu mano
escribió en este papel?
Ir á sorprender, infame!
la cándida sencillez
de quien no pudo el veneno
de esas letras precaver!
Derramar en su alma virgen

traidoramente la hiel
en que rebosa la tuya,
seca de virtud y fe!
Proponerse así enlodar
de mis timbres la alta prez,
como si fuera un harapo
que desecha un mercader!
Ese es el valor, Tenorio,
de que blasonas? Esa es
la proverbial osadía
que te da á el vulgo á temer?
Con viejos y con doncellas
la muestras?... Y para qué?
Vive Dios! Para venir
sus plantas así á lamer,
mostrándote á un tiempo ajeno
de valor y de honradez.

DON JUAN

Comendador!

DON GONZALO

Miserable!
Tú has robado á mi hija Inés
de su convento, y yo vengo
por tu vida ó por mi bien.

DON JUAN

Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,
ni he suplicado jamás,
ni á mi padre, ni á mi rey.
Y pues conservo á tus plantas
la postura en que me ves,
considera, don Gonzalo,
que razón debo tener.

DON GONZALO

Lo que tienes es pavor
de mi justicia.

DON JUAN

Pardiez!
Óyeme, Comendador,
ó tenerme no sabré,
y seré quien siempre he sido,
no queriéndolo ahora ser.

DON GONZALO

Vive Dios!

DON JUAN

Comendador,
yo idolatro á doña Inés,
persuadido de que el cielo
me la quiso conceder
para enderezar mis pasos
por el sendero del bien.
No amé la hermosura en ella,
ni sus gracias adoré;
lo que adoro es la virtud,
don Gonzalo, en doña Inés.
Lo que justicias ni obispos
no pudieron de mí hacer
con cárceles y sermones,
lo pudo su candidez.
Su amor me torna en otro hombre,
regenerando mi ser,
y ella puede hacer un ángel
de quien un demonio fué.
Escucha, pues, don Gonzalo,
lo que te puede ofrecer
el audaz don Juan Tenorio
de rodillas á tus pies.
Yo seré esclavo de tu hija,
en tu casa viviré,
tú gobernarás mi hacienda
diciéndome *esto ha de ser*.
El tiempo que señalares,
en reclusión estaré;
cuantas pruebas exigieres
de mi audacia ó mi altivez,
del modo que me ordenares,
con sumisión te daré.
Y cuando estime tu juicio
que la pueda merecer,
yo la daré un buen esposo,
y ella me dará el edén.

DON GONZALO

Basta, don Juan; no sé cómo
me he podido contener,
oyendo tan torpes pruebas
de tu infame avilantez.
Don Juan, tú eres un cobarde

cuando en la ocasión te ves,
y no hay bajeza á que no oses
como te saque con bien.

DON JUAN

Don Gonzalo!

DON GONZALO

Y me avergüenzo
de mirarte así á mis pies,
lo que apostabas por fuerza
suplicando por merced.

DON JUAN

Todo así se satisface,
don Gonzalo, de una vez.

DON GONZALO

Nunca! Nunca! Tú su esposo?
Primero la mataré.
Ea, entregádmela al punto,
ó, sin poderme valer,
en esa postura vil
el pecho te cruzaré.

DON JUAN

Míralo bien, don Gonzalo,
que vas á hacerme perder
con ella hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.

DON GONZALO

Y qué tengo yo, don Juan,
con tu salvación que ver?

DON JUAN

Comendador, que me pierdes!

DON GONZALO

Mi hija!

DON JUAN

Considera bien
que por cuantos medios pude
te quise satisfacer;
y que con armas al cinto
tus denuestos toleré,
proponiéndote la paz
de rodillas á tus pies.

ESCENA X

DICHOS *y* DON LUIS, *soltando una carcajada de burla*

DON LUIS

Muy bien, don Juan.

DON JUAN

Vive Dios!

DON GONZALO

Quién es ese hombre?

DON LUIS

Un testigo
de su miedo, y un amigo,
Comendador, para vos.

DON JUAN

Don Luis!

DON LUIS

Ya he visto bastante,
don Juan, para conocer
cuál uso puedes hacer
de tu valor arrogante;
y quien hiere por detrás
y se humilla en la ocasión,
es tan vil como el ladrón
que roba y huye.

DON JUAN

Esto más?

DON LUIS

Y pues la ira soberana
de Dios junta, como ves,
al padre de doña Inés
y al vengador de doña Ana,
mira el fin que aquí te espera
cuando á igual tiempo te alcanza
aquí dentro su venganza
y la justicia allá fuera.

DON GONZALO

Oh! Ahora comprendo... Sois vos
el que...?

DON LUIS

Soy don Luis de Mejía,
á quien á tiempo os envía
por vuestra venganza Dios.

DON JUAN

Basta, pues, de tal suplicio!
Si con hacienda y honor
ni os muestro ni doy valor
á mi franco sacrificio,
y la leal solicitud
con que ofrezco cuanto puedo
tomáis, vive Dios, por miedo
y os mofáis de mi virtud,
os acepto el que me dáis,
plazo breve y perentorio,
para mostrarme el Tenorio
de cuyo valor dudáis.

DON LUIS

Sea, y cae á nuestros pies
digno al menos de esa fama
que tan por bravo te aclama...

DON JUAN

Y venza el infierno pues.
Ulloa, pues mi alma así
vuelves á hundir en el vicio,
cuando Dios me llame á juicio,
tú responderás por mí!
(Le da un pistoletazo.)

DON GONZALO

(Cayendo.) Asesino!

DON JUAN

Y tú, insensato,
que me llamas vil ladrón,
dí en prueba de tu razón
que cara á cara te mato.
(Riñen, y le da una estocada.)

DON LUIS

(Cayendo.) Jesús!

DON JUAN

Tarde tu fe ciega
acude al cielo, Mejía,
y no fué por culpa mía;
pero la justicia llega,
y á fe que ha de ver quién soy.

CIUTTI

(Dentro.) Don Juan!

DON JUAN

(Asomando al balcón.) Quién es?

CIUTTI

(Dentro.) Por aquí;
Salváos.

DON JUAN

Hay paso?

CIUTTI

Sí;
arrojáos.

DON JUAN

Allá voy.
Llamé al cielo, y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo y no yo.
(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua del río, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte; se oyen golpes en las puertas de la habitación; poco después entra la justicia, soldados, etc.)

ESCENA XI

ALGUACILES, SOLDADOS; *luego* DOÑA INÉS *y* BRÍGIDA

ALGUACIL 1.°

El tiro ha sonado aquí.

ALGUACIL 2.°

Aún hay humo.

ALGUACIL 1.°

Santo Dios!
Aquí hay un cadáver.

ALGUACIL 2.°

Dos.

ALGUACIL 1.°

Y el matador?

ALGUACIL 2.°

Por allí.

(Abren el cuarto en que están doña Inés y Brígida, y las sacan á la escena; doña Inés reconoce el cadáver de su padre.)

ALGUACIL 1.°

Dos mujeres!

DOÑA INÉS

Ah! Qué horror!
Padre mío!

ALGUACIL 1.°

Es su hija!

BRÍGIDA

Sí.

DOÑA INÉS

Ay! Do estás, don Juan, que aquí
me olvidas en tal dolor?

ALGUACIL 1.°

Él le asesinó.

DOÑA INÉS

Dios mío!
Me guardabas esto más?

ALGUACIL 2.°

Por aquí ese Satanás
se arrojó sin duda al río.

ALGUACIL 1.°

Miradlos... Á bordo están
del bergantín calabrés.

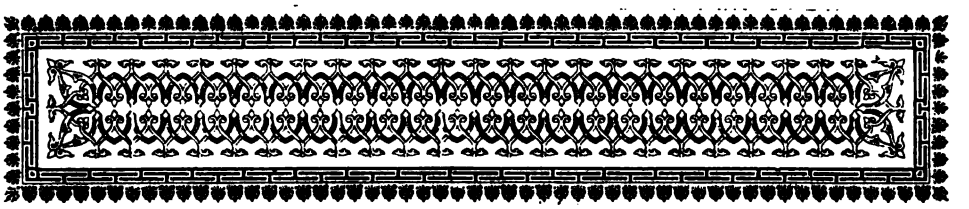
TODOS

Justicia por doña Inés.

DOÑA INÉS

Pero no contra don Juan.

(Esta escena puede suprimirse en la representación, terminando el acto con el último verso de la anterior.)



SEGUNDA PARTE

ACTO PRIMERO

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS

Panteón de la familia Tenorio.—El teatro representa un magnífico Cementerio, hermoseado á manera de jardín.—En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de D. Gonzalo de Ulloa, de Doña Inés y de D. Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de D. Gonzalo á la derecha, y su estatua de rodillas; el de D. Luis á la izquierda, y su estatua también de rodillas; el de Doña Inés en el centro, y su estatua de pie. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en tercer término, y en puesto elevado, el sepulcro y estatua del fundador, D. Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos llorones á cada lado de la tumba de Doña Inés, dispuestos á servir de la manera que á su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoración, que no debe tener nada de horrible. La acción se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

ESCENA PRIMERA

EL ESCULTOR, *disponiéndose á marchar*

Pues señor, es cosa hecha;
el alma del buen don Diego
puede, á mi ver, con sosiego
reposar muy satisfecha.
La obra está rematada
con cuanta suntuosidad
su postrera voluntad
dejó al mundo encomendada.
Y ya quisieran, pardiez!
todos los ricos que mueren,
que su voluntad cumplieren
los vivos, como esta vez.
Mas ya de marcharme es hora;
todo corriente lo dejo,
y de Sevilla me alejo
al despuntar de la aurora.
Ah! Mármoles que mis manos
pulieron con tanto afán,
mañana os contemplarán
absortos los sevillanos,
y al mirar de este panteón
las gigantes proporciones,
tendrán las generaciones
la nuestra en veneración.
Mas yendo y viniendo días,
se hundirán unas tras otras,
mientra en pie estaréis vosotras,
póstumas memorias mías.
Oh! Fruto de mis desvelos,
peñas á quien yo animé,
y por quienes arrostré
la intemperie de los cielos;
el que forma y ser os dió,
va ya á perderos de vista;
velad mi gloria de artista,
pues viviréis más que yo.
Mas, quién llega?

ESCENA II

EL ESCULTOR *y* DON JUAN, *que entra embozado*

ESCULTOR

Caballero...

DON JUAN

Dios le guarde.

ESCULTOR

Perdonad,
mas ya es tarde, y...

DON JUAN

Aguardad
un instante, porque quiero
que me expliquéis...

ESCULTOR

Por acaso
sois forastero?

DON JUAN

Años ha
que falto de España ya,
y me chocó el ver al paso,
cuando á esas verjas llegué,
que encontraba este recinto
enteramente distinto
de cuando yo le dejé.

ESCULTOR

Ya lo creo; como que esto
era entonces un palacio,
y hoy es panteón el espacio
donde aquél estuvo puesto.

DON JUAN

El palacio hecho panteón!

ESCULTOR

Tal fué de su antiguo dueño
la voluntad, y fué empeño
que dió al mundo admiración.

DON JUAN

Y, por Dios, que es de admirar!

ESCULTOR

Es una famosa historia,
á la cual debo mi gloria.

DON JUAN

Me la podéis relatar?

ESCULTOR

Sí; aunque muy sucintamente,
pues me aguardan.

DON JUAN

Sea.

ESCULTOR

Oid
la verdad pura.

DON JUAN

Decid,
que me tenéis impaciente.

ESCULTOR

Pues habitó esta ciudad
y este palacio, heredado,
un varón muy estimado
por su noble calidad.

DON JUAN

Don Diego Tenorio.

ESCULTOR

El mismo.
Tuvo un hijo este don Diego
peor mil veces que el fuego,
un aborto del abismo.
Un mozo sangriento y cruel,
que con tierra y cielo en guerra,
dicen que nada en la tierra
fué respetado por él.
Quimerista, seductor
y jugador con ventura,
no hubo para él segura
vida, ni hacienda, ni honor.

Así le pinta la historia,
y si tal era, por cierto
que obró cuerdamente el muerto
para ganarse la gloria.

DON JUAN

Pues cómo obró?

ESCULTOR

Dejó entera
su hacienda al que la empleara
en un panteón que asombrara
á la gente venidera.
Mas con condición, que dijo,
que se enterraran en él
los que á la mano cruel
sucumbieron de su hijo.
Y mirad en derredor
los sepulcros de los más
de ellos.

DON JUAN

Y vos sois quizás
el conserje?

ESCULTOR

El escultor
de estas obras encargado.

DON JUAN

Ah! Y las habéis concluído?

ESCULTOR

Ha un mes; mas me he detenido
hasta ver ese enverjado
colocado en su lugar,
pues he querido impedir
que pueda el vulgo venir
este sitio á profanar.

DON JUAN

(Mirando.) Bien empleó sus riquezas
el difunto!

ESCULTOR

Ya lo creo!
Miradle allí.

DON JUAN

Ya le veo.

ESCULTOR

Le conocísteis?

DON JUAN

Sí.

ESCULTOR

Piezas
son todas muy parecidas,
y á conciencia trabajadas.

DON JUAN

Cierto que son extremadas!

ESCULTOR

Os han sido conocidas
las personas?

DON JUAN

Todas ellas.

ESCULTOR

Y os parecen bien?

ESCULTOR

Sin duda,
según lo que á ver me ayuda
el fulgor de las estrellas.

ESCULTOR

Oh! Se ven como de día
con esta luna tan clara.
Esta es mármol de Carrara.
(Señalando á la de don Luis.)

DON JUAN

Buen busto es el de Mejía!
Hola! Aquí el Comendador
se representa muy bien.

ESCULTOR

Yo quise poner también
la estatua del matador
entre sus víctimas, pero

no pude á manos haber
su retrato. Un Lucifer
dicen que era el caballero
don Juan Tenorio.

DON JUAN

Muy malo!
Mas, como pudiera hablar,
le había algo de abonar
la estatua de don Gonzalo.

ESCULTOR

También habéis conocido
á don Juan?

DON JUAN

Mucho.

ESCULTOR

Don Diego
le abandonó desde luego,
desheredándole.

DON JUAN

Ha sido
para don Juan poco daño
ese, porque la fortuna
va tras él desde la cuna.

ESCULTOR

Dicen que ha muerto.

DON JUAN

Es engaño;
vive.

ESCULTOR

Y dónde?

DON JUAN

Aquí, en Sevilla.

ESCULTOR

Y no teme que el furor
popular...?

DON JUAN

En su valor
no ha echado el miedo semilla.

ESCULTOR

Mas cuando vea el lugar
en que está ya convertido
el solar que suyo ha sido,
no osará en Sevilla estar.

DON JUAN

Antes bien tendrá á fortuna
ver en su casa reunidas
personas de él conocidas,
puesto que no odia á ninguna.

ESCULTOR

Creéis que ose aquí venir?

DON JUAN

Por qué no? Pienso, á mi ver,
que donde vino á nacer
justo es que venga á morir.
Y pues le quitan su herencia
para enterrar á éstos bien,
á él es muy justo también
que le entierren con decencia.

ESCULTOR

Sólo á él le está prohibida
en este panteón la entrada.

DON JUAN

Trae don Juan muy buena espada,
y no sé quién se lo impida.

ESCULTOR

Jesús! Tal profanación!

DON JUAN

Hombre es don Juan que, á querer,
volverá el palacio hacer
encima del panteón.

ESCULTOR

Tan audaz ese hombre es
que aun á los muertos se atreve?

DON JUAN

Qué respetos gastar debe
con los que tendió á sus pies?

ESCULTOR

Pero no tiene conciencia
ni alma ese hombre?

DON JUAN

Tal vez no,
que al cielo una vez llamó
con voces de penitencia,
y el cielo en trance tan fuerte
allí mismo le metió,
que á dos inocentes dió,
para salvarse, la muerte.

ESCULTOR

Qué monstruo, supremo Dios!

DON JUAN

Podéis estar convencido
de que Dios no le ha querido.

ESCULTOR

Tal será.

DON JUAN

Mejor que vos.

ESCULTOR

(Aparte.) (Y quién será el que á don Juan
abona con tanto brío?)
Caballero, á pesar mío,
como aguardándome están...

DON JUAN

Idos, pues, en hora buena.

ESCULTOR

He de cerrar.

DON JUAN

No cerréis,
y marcháos.

ESCULTOR

Mas no véis...?

DON JUAN

Veo una noche serena,
y un lugar que me acomoda
para gozar su frescura,
y aquí he de estar á mi holgura,
si pesa á Sevilla toda.

ESCULTOR

(Aparte.) Si acaso padecerá
de locura, desvaríos?

DON JUAN

(Dirigiéndose á las estatuas.)
Ya estoy aquí, amigos míos.

ESCULTOR

No lo dije? Loco está.

DON JUAN

Mas cielos, qué es lo que veo?
Ó es ilusión de mi vista,
ó á doña Inés el artista
aquí representa creo!

ESCULTOR

Sin duda.

DON JUAN

También murió?

ESCULTOR

Dicen que de sentimiento
cuando de nuevo al convento
abandonada volvió
por don Juan.

DON JUAN

Y yace aquí?

ESCULTOR

Sí.

DON JUAN

La vísteis muerta vos?

ESCULTOR

Sí.

DON JUAN

Cómo estaba?

ESCULTOR

Por Dios,
que dormida la creí!
La muerte fué tan piadosa
con su cándida hermosura,
que la envió con la frescura
y las tintas de la rosa.

DON JUAN

Ah! Mal la muerte podría
deshacer con torpe mano
el semblante soberano
que un ángel envidiaría.
Cuán bella y cuán parecida
su efigie en el mármol es!
Quién pudiera, doña Inés,
volver á darte la vida!
Es obra del cincel vuestro?

ESCULTOR

Como todas las demás.

DON JUAN

Pues bien merece algo más
un retrato tan maestro.
Tomad.

ESCULTOR

Qué me dáis aquí?

DON JUAN

No lo véis?

ESCULTOR

Mas... caballero...
por qué razón...?

DON JUAN

Porque quiero
yo que os acordéis de mí.

ESCULTOR

Mirad que están bien pagadas.

DON JUAN

Así lo estarán mejor.

ESCULTOR

Mas vamos de aquí, señor,
que aun las llaves entregadas
no están, y al salir la aurora
tengo que partir de aquí.

DON JUAN

Entregádmelas á mí,
y marcháos desde ahora.

ESCULTOR

Á vos?

DON JUAN

Á mí; qué dudáis?

ESCULTOR

Como no tengo el honor...

DON JUAN

Ea, acabad, escultor.

ESCULTOR

Si el nombre al menos que usáis
supiera...

DON JUAN

Viven los cielos!
Dejad á don Juan Tenorio
velar el lecho mortuorio
en que duermen sus abuelos.

ESCULTOR

Don Juan Tenorio!

DON JUAN

Yo soy.
Y si no me satisfaces,
compañía juro que haces
á tus estatuas desde hoy.

ESCULTOR

(Alargándole las llaves.)
Tomad. *(Aparte.)* No quiero la piel
dejar aquí entre sus manos.
Ahora, que los sevillanos
se las compongan con él. *(Váse.)*

ESCENA III

DON JUAN

Mi buen padre empleó en esto
entera la hacienda mía;
hizo bien; yo al otro día
la hubiera á una carta puesto. *(Pausa.)*
No os podréis quejar de mí,
vosotros á quien maté;
si buena vida os quité,
buena sepultura os dí.
Magnífica es en verdad
la idea del tal panteón!
Y... siento que el corazón
me halaga esta soledad.
Hermosa noche!... Ay de mí!
Cuántas como ésta tan puras
en infames aventuras
desatinado perdí!
Cuántas al mismo fulgor
de esa luna transparente,
arranqué á algún inocente
la existencia ó el honor!
Sí; después de tantos años
cuyos recuerdos espantan,
siento que aquí se levantan
(Señalando á la frente.)
pensamientos en mí extraños.
Oh! Acaso me los inspira
desde el cielo, en donde mora,
esa sombra protectora
que por mi mal no respira.
(Se dirige á la estatua de doña Inés, hablándola con respeto.)
Mármol en quien doña Inés
en cuerpo sin alma existe,
deja que el alma de un triste
llore un momento á tus pies.
De azares mil á través
conservé tu imagen pura,
y pues la mala ventura
te asesinó de don Juan,
contempla con cuánto afán
vendrá hoy á tu sepultura.
En tí nada más pensó
desde que se fué de tí;
y desde que huyó de aquí,
sólo en volver meditó.
Don Juan tan sólo esperó
de doña Inés su ventura,
y hoy que en pos de su hermosura
vuelve el infeliz don Juan,
mira cuál será su afán
al dar con tu sepultura.
Inocente doña Inés,
cuya hermosa juventud
encerró en el ataúd
quien llorando está á tus pies;
si de esa piedra á través
puedes mirar la amargura
del alma que tu hermosura
adoró con tanto afán,
prepara un lado á don Juan
en tu misma sepultura.
Dios te crió por mi bien,
por tí pensé en la virtud,
adoré su excelsitud,
y anhelé su santo Edén.
Sí; aun hoy mismo en tí también
mi esperanza se asegura,
y oigo una voz que murmura
en derredor de don Juan
palabras con que su afán
se calma en tu sepultura.
Oh, doña Inés de mi vida!
Si esa voz con quien deliro
es el postrimer suspiro
de tu eterna despedida;
si es que de tí desprendida
llega esa voz á la altura,
y hay un Dios tras de esa anchura
por donde los astros van,
díle que mire á don Juan
llorando en tu sepultura.
(Se apoya en el sepulcro, ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estatua de doña Inés. Cuando el vapor se desvanece, la estatua ha desaparecido. Don Juan sale de su enajenamiento.)
Este mármol sepulcral
adormece mi vigor,
y sentir creo en redor
un ser sobrenatural.

Mas... cielos! El pedestal
no mantiene su escultura!
Qué es esto? Aquella figura
fué creación de mi afán?

ESCENA IV

DON JUAN *y* LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

El llorón y las flores de la izquierda del sepulcro de doña Inés se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de doña Inés.

SOMBRA

No; mi espíritu, don Juan,
te aguardó en mi sepultura.

DON JUAN

(De rodillas.)
Doña Inés, sombra querida,
alma de mi corazón,
no me quites la razón
si me has de dejar la vida!
Si eres imagen fingida,
sólo hija de mi locura,
no aumentes mi desventura
burlando mi loco afán.

SOMBRA

Yo soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.

DON JUAN

Conque vives?

SOMBRA

Para tí;
mas tengo mi purgatorio
en ese mármol mortuorio
que labraron para mí.
Yo á Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura,
y Dios, al ver la ternura
con que te amaba mi afán,
me dijo:—«Espera á don Juan
en tu misma sepultura.

Y pues quieres ser tan fiel
á un amor de Satanás,
con don Juan te salvarás,
ó te perderás con él.
Por él vela; mas si cruel
te desprecia tu ternura,
y en su torpeza y locura
sigue con bárbaro afán,
llévese tu alma don Juan
de tu misma sepultura.»

DON JUAN

(Fascinado.) Yo estoy soñando quizás
con las sombras de un Edén!

SOMBRA

No; y ve que si piensas bien,
á tu lado me tendrás;
mas si obras mal causarás
nuestra eterna desventura.
Y medita con cordura
que es esta noche, don Juan,
el espacio que nos dan
para buscar sepultura.
Adiós, pues; y en la ardua lucha
en que va á entrar tu existencia,
de tu dormida conciencia
la voz que va á alzarse escucha,
porque es de importancia mucha
meditar con sumo tiento
la elección de aquel momento
que sin poder evadirnos,
al mal ó al bien ha de abrirnos
la losa del monumento.

(Ciérrase la apariencia; desaparece doña Inés, y todo queda como al principio del acto, menos la estatua de doña Inés, que no vuelve á su lugar. Don Juan queda atónito.)

ESCENA V

DON JUAN

Cielos! Qué es lo que escucho?
Hasta los muertos así
dejan sus tumbas por mí!
Mas... sombra, delirio fué.

Yo en mi mente lo forjé;
la imaginación le dió
la forma en que se mostró,
y ciego, vine á creer
en la realidad de un ser
que mi mente fabricó.
Mas nunca de modo tal
fanatizó mi razón
mi loca imaginación
con su poder ideal.
Sí; algo sobrenatural
ví en aquella doña Inés
tan vaporosa, á través
aun de esa enramada espesa;
mas... bah! circunstancia es ésa
que propia de sombra es.
Qué más diáfano y sutil
que las quimeras de un sueño?
Dónde hay nada más risueño,
más flexible y más gentil?
Y no pasa veces mil
que, en febril exaltación,
ve nuestra imaginación
como ser y realidad
la vacía vanidad
de una anhelada ilusión?
Sí, por Dios; delirio fué!
Mas su estatua estaba aquí.
Sí; yo la ví y la toqué,
y aun en albricias le dí
al escultor no sé qué.
Y ahora sólo el pedestal
veo en la urna funeral!
Cielos! La mente me falta,
ó de improviso me asalta
algún vértigo infernal?
Qué dijo aquella visión?
Oh! Yo la oí claramente,
y su voz triste y doliente
resonó en mi corazón.
Ah! Y breves las horas son
del plazo que nos augura!
No, no; de mi calentura
delirio insensato es!
Mi fiebre fué á doña Inés
quien abrió la sepultura.
Pasad, y desvanecéos;
pasad, siniestros vapores
de mis perdidos amores
y mis fallidos deseos!
Pasad, vanos devaneos
de un amor muerto al nacer;
no me volváis á traer
entre vuestro torbellino
ese fantasma divino
que recuerda á una mujer!
Ah! Estos sueños me aniquilan;
mi cerebro se enloquece...
y esos mármoles parece
que estremecidos vacilan!
(Las estatuas se mueven lentamente, y vuelven la cabeza hacia él.)
Sí, sí; sus bustos oscilan;
su vago contorno medra!...
Pero don Juan no se arredra;
alzáos, fantasmas vanos,
y os volveré con mis manos
á vuestros lechos de piedra!
No; no me causan pavor
vuestros semblantes esquivos;
jamás, ni muertos ni vivos,
humillaréis mi valor.
Yo soy vuestro matador,
como al mundo es bien notorio;
si en vuestro alcázar mortuorio
me aprestáis venganza fiera,
dáos prisa, que aquí os espera
otra vez don Juan Tenorio.

ESCENA VI

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS *y* AVELLANEDA

CENTELLAS

(Dentro.) Don Juan Tenorio?

DON JUAN

(Volviendo en sí.) Qué es eso?
Quién me repite mi nombre?

AVELLANEDA *(Á Centellas.)*

(Saliendo.) Véis á alguien?

CENTELLAS

(Saliendo.) Sí; allí hay un hombre.

DON JUAN

Quién va?

AVELLANEDA

Él es.

CENTELLAS

(Yéndose á don Juan.) Yo pierdo el seso
con la alegría. Don Juan!

AVELLANEDA

Señor Tenorio!

DON JUAN

Apartáos,
vanas sombras!

CENTELLAS

Reportáos,
señor don Juan... Los que están
en vuestra presencia ahora,
no son sombras, hombres son,
y hombres cuyo corazón
vuestra amistad atesora.
Á la luz de las estrellas
os hemos reconocido,
y un abrazo hemos venido
á daros.

DON JUAN

Gracias, Centellas.

CENTELLAS

Mas, qué tenéis? Por mi vida
que os tiembla el brazo, y está
vuestra faz descolorida.

DON JUAN

(Recobrando su aplomo.)
La luna tal vez lo hará.

AVELLANEDA

Mas, don Juan, qué hacéis aquí?
Este sitio conocéis?

DON JUAN

No es un panteón?

CENTELLAS

Y sabéis
á quién pertenece?

DON JUAN

Á mí;
mirad á mi alrededor,
y no veréis más que amigos
de mi niñez, ó testigos
de mi audacia y mi valor.

CENTELLAS

Pero os oímos hablar:
con quién estábais?

DON JUAN

Con ellos.

CENTELLAS

Venís aún á escarnecellos?

DON JUAN

No; los vengo á visitar.
Mas un vértigo insensato
que la mente me asaltó,
un momento me turbó;
y á fe que me dió un mal rato.
Esos fantasmas de piedra
me amenazaban tan fieros,
que á mí acercado no haberos
pronto...

CENTELLAS

Ja! ja! ja! Os arredra,
don Juan, como á los villanos,
el temor de los difuntos?

DON JUAN

No á fe; contra todos juntos
tengo aliento y tengo manos.
Si volvieran á salir
de las tumbas en que están,
á las manos de don Juan

volverían á morir.
Y desde aquí en adelante
sabed, señor capitán,
que yo soy siempre don Juan,
y no hay cosa que me espante.
Un vapor calenturiento
un punto me fascinó,
Centellas, mas ya pasó;
cualquiera duda un momento.

AVELLANEDA *y* CENTELLAS

Es verdad.

DON JUAN

Vamos de aquí.

CENTELLAS

Vamos, y nos contaréis
cómo á Sevilla volvéis
tercera vez.

DON JUAN

Lo haré así.
Si mi historia os interesa,
á fe que oirse merece,
aunque mejor me parece
que la oigáis de sobremesa.
No opináis...?

AVELLANEDA *y* CENTELLAS

Como gustéis.

DON JUAN

Pues bien; cenaréis conmigo,
y en mi casa.

CENTELLAS

Pero digo:
es cosa de que dejéis
algún huésped por nosotros?
No tenéis gato encerrado?

DON JUAN

Bah! Si apenas he llegado;
no habrá allí más que vosotros
esta noche.

CENTELLAS

Y no hay tapada
á quien algún plantón demos?

DON JUAN

Los tres solos cenaremos.
Digo, si de esta jornada
no quiere igualmente ser
alguno de éstos.
(Señalando á las estatuas de los sepulcros.)

CENTELLAS

Don Juan,
dejad tranquilos yacer
á los que con Dios están.

DON JUAN

Hola! Parece que vos
sois ahora el que teméis,
y mala cara ponéis
á los muertos? Mas, por Dios,
que ya que de mí os burlásteis
cuando me vísteis así,
en lo que penda de mí
os mostraré cuánto errásteis!
Por mí, pues, no ha de quedar;
y, á poder ser, estad ciertos
que cenaréis con los muertos,
y os los voy á convidar.

AVELLANEDA

Dejáos de esas quimeras.

DON JUAN

Duda en mi valor ponerme,
cuando hombre soy para hacerme
platos de sus calaveras?
Yo á nada tengo pavor:
(Dirigiéndose á la estatua de don Gonzalo, que es la que tiene más cerca.)
tú eres el más ofendido;
mas, si quieres, te convido
á cenar, Comendador.
Que no lo puedas hacer

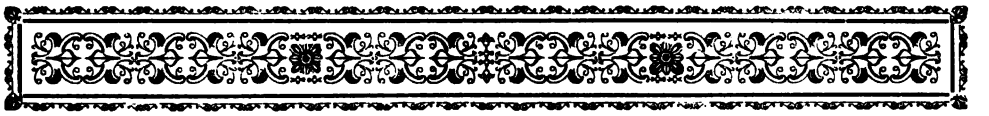
creo, y es lo que me pesa;
mas, por mi parte, en la mesa
te haré un cubierto poner.
Y á fe que favor me harás,
pues podré saber de tí
si hay más mundo que el de aquí
y otra vida en que jamás,
á decir verdad, creí.

CENTELLAS

Don Juan, eso no es valor;
locura, delirio es.

DON JUAN

Como lo juzguéis mejor;
yo cumplo así. Vamos, pues.
Lo dicho, Comendador.



ACTO SEGUNDO

LA ESTATUA DE DON GONZALO

Aposento de D. Juan Tenorio.—Dos puertas en el fondo á derecha é izquierda, preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoración por la izquierda. Ventana en el de la derecha.—Al alzarse el telón están sentados á la mesa D. Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida; el mantel cogido con guirnaldas de flores, etc. Enfrente del espectador, D. Juan, y á su izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa, Centellas, y en el de enfrente de éste, una silla y un cubierto desocupados.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, CIUTTI *y* UN PAJE

DON JUAN

Tal es mi historia, señores;
pagado de mi valor,
quiso el mismo emperador
dispensarme sus favores.
Y, aunque oyó mi historia entera,
dijo: «Hombre de tanto brío
merece el amparo mío;
vuelva á España cuando quiera;»
y héme aquí en Sevilla ya.

CENTELLAS

Y con qué lujo y riqueza!

DON JUAN

Siempre vive con grandeza
quien hecho á grandeza está.

CENTELLAS

Á vuestra vuelta.

DON JUAN

Bebamos.

CENTELLAS

Lo que no acierto á creer
es, cómo llegando ayer,
ya establecido os hallamos.

DON JUAN

Fué el adquirirme, señores,
tal casa con tal boato,
porque se vendió á barato
para pago de acreedores.
Y como al llegar aquí
desheredado me hallé,
tal como está la compré.

CENTELLAS

Amueblada y todo?

DON JUAN

Sí;
un necio que se arruinó
por una mujer, vendióla.

CENTELLAS

Y vendió la hacienda sola?

DON JUAN

Y el alma al diablo.

CENTELLAS

Murió?

DON JUAN

De repente; y la justicia,
que iba á hacer de cualquier modo
pronto despacho de todo,
viendo que yo su codicia
saciaba, pues los dineros
ofrecía dar al punto,
cedióme el caudal por junto
y estafó á los usureros.

CENTELLAS

Y la mujer, que fué de ella?

DON JUAN

Un escribano la pista
la siguió, pero fué lista
y escapó.

CENTELLAS

Moza?

DON JUAN

Y muy bella.

CENTELLAS

Entrar hubiera debido
en los muebles de la casa.

DON JUAN

Don Juan Tenorio no pasa
moneda que se ha perdido.
Casa y bodega he comprado;
dos cosas que, no os asombre,
pueden bien hacer á un hombre
vivir siempre acompañado;
como lo puede mostrar
vuestra agradable presencia,
que espero que con frecuencia
me hagáis ambos disfrutar.

CENTELLAS

Y nos haréis honra inmensa.

DON JUAN

Y á mí vos. Ciutti!

CIUTTI

Señor.

DON JUAN

Pon vino al Comendador.
(Señalando al vaso del puesto vacío.)

CENTELLAS

Don Juan, aun en eso piensa
vuestra locura?

DON JUAN

Sí, á fe!
Que si él no puede venir,
de mí no podréis decir
que en ausencia no le honré.

CENTELLAS

Ja! ja! ja! Señor Tenorio,
creo que vuestra cabeza
va menguando en fortaleza.

DON JUAN

Fuera en mí contradictorio
y ajeno de mi hidalguía
á un amigo convidar,
y no guardarle el lugar
mientras que llegar podría.
Tal ha sido mi costumbre
siempre, y siempre ha de ser ésa;
y al mirar sin él la mesa,
me da, en verdad, pesadumbre.
Porque si el Comendador
es difunto tan tenaz
como vivo, es muy capaz
de seguirnos el humor.

CENTELLAS

Brindemos á su memoria,
y más en él no pensemos.

DON JUAN

Sea.

CENTELLAS

Brindemos.

AVELLANEDA *y* DON JUAN

Brindemos.

CENTELLAS

Á que Dios le dé su gloria.

DON JUAN

Mas yo, que no creo que haya
más gloria que esta mortal,
no hago mucho en brindis tal;
mas por complaceros, vaya!
Y brindo á que Dios te dé
la gloria, Comendador.
(Mientras beben, se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)
Mas, llamaron?

CIUTTI

Sí, señor.

DON JUAN

Ve quién.

CIUTTI

(Asomando por la ventana.)
Á nadie se ve.
Quién va allá? Nadie responde.

CENTELLAS

Algún chusco.

AVELLANEDA

Algún menguado
que al pasar habrá llamado,
sin mirar siquiera dónde.

DON JUAN *(Á Ciutti.)*

Pues cierra y sirve licor.
(Llamando otra vez más recio.)
Mas llamaron otra vez.

CIUTTI

Sí.

DON JUAN

Vuelve á mirar.

CIUTTI

Pardiez!
Á nadie veo, señor.

DON JUAN

Pues, por Dios, que del bromazo
quien es no se ha de alabar.
Ciutti, si vuelve á llamar,
suéltale un pistoletazo.
(Llaman otra vez y se oye un poco más cerca.)
Otra vez?

CIUTTI

Cielos!

AVELLANEDA *y* CENTELLAS

Qué pasa?

CIUTTI

Que esa aldabada postrera
ha sonado en la escalera,
no en la puerta de la casa.

AVELLANEDA *y* CENTELLAS

Qué dices? *(Levantándose asombrados.)*

CIUTTI

Digo lo cierto,
nada más; dentro han llamado
de la casa.

DON JUAN

Qué os ha dado?
Pensáis, pues, que sea el muerto?
Mis armas cargué con bala;
Ciutti, sal á ver quién es.
(Vuelven á llamar más cerca.)

AVELLANEDA

Oísteis?

CIUTTI

Por San Ginés,
que eso ha sido en la antesala.

DON JUAN

Ah! Ya lo entiendo; me habéis
vosotros mismos dispuesto
esta comedia, supuesto
que lo del muerto sabéis.

AVELLANEDA

Yo os juro, don Juan...

CENTELLAS

Y yo.

DON JUAN

Bah! Diera en ello el más topo;
y apuesto á que ese galopo
los medios para ello os dió.

AVELLANEDA

Señor don Juan, escondido
algún misterio hay aquí.
(Vuelven á llamar más cerca.)

CENTELLAS

Llamaron otra vez!

CIUTTI

Sí,
y ahora en el salón ha sido.

DON JUAN

Ya! Mis llaves en manojo
habréis dado á la fantasma,
y que éntre así no me pasma;
mas no saldrá vuestro antojo,
ni me han de impedir cenar
vuestras farsas desdichadas.
(Se levanta, y corre los cerrojos de la puerta del fondo, volviendo á su lugar.)
Ya están las puertas cerradas;
ahora el coco, para entrar,
tendrá que echarlas al suelo,
y en el punto que lo intente,
que con los muertos se cuente,
y apele después al cielo.

CENTELLAS

Qué diablos, tenéis razón.

DON JUAN

Pues no temblábais?

CENTELLAS

Confieso
que en tanto que no dí en eso,
tuve un poco de aprensión.

DON JUAN

Declaráis, pues, vuestro enredo?

AVELLANEDA

Por mi parte, nada sé.

CENTELLAS

Ni yo.

DON JUAN

Pues yo volveré
contra el inventor el miedo.
Mas, sigamos con la cena;
vuelva cada uno á su puesto,
que luego sabremos de esto.

AVELLANEDA

Tenéis razón.

DON JUAN

(Sirviendo á Centellas.) Cariñena;
sé que os gusta, capitán.

CENTELLAS

Como que somos paisanos.

DON JUAN

(Á Avellaneda, sirviéndole de otra botella.)
Jerez á los sevillanos,
don Rafael.

AVELLANEDA

Háis, don Juan,
dado á entrambos por el gusto;
mas, con cuál brindaréis vos?

DON JUAN

Yo haré justicia á los dos.

CENTELLAS

Vos siempre estáis en lo justo.

DON JUAN

Sí, á fe; bebamos.

AVELLANEDA *y* CENTELLAS

Bebamos.
(Llaman á la misma puerta de la escena, fondo derecha.)

DON JUAN

Pesada me es ya la broma,
mas veremos quién asoma
mientras en la mesa estamos.
(Á Ciutti que se manifiesta asombrado.)
Y qué haces tú ahí, bergante?
Listo! Trae otro manjar; *(Váse Ciutti.)*
mas me ocurre en este instante
que nos podemos mofar
de los de afuera, invitándoles
á probar su sutileza,
entrándose hasta esta pieza
y sus puertas no franqueándoles.

AVELLANEDA

Bien dicho.

CENTELLAS

Idea brillante.
(Llaman fuerte, fondo derecha.)

DON JUAN

Señores! Á qué llamar?
Los muertos se han de filtrar
por la pared; adelante.
(La estatua de don Gonzalo pasa por la puerta sin abrirla y sin hacer ruido.)

ESCENA II

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA *y* LA ESTATUA DE DON GONZALO

CENTELLAS

Jesús!

AVELLANEDA

Dios mío!

DON JUAN

Qué es esto!

AVELLANEDA

Yo desfallezco. *(Cae desvanecido.)*

CENTELLAS

Yo espiro.
(Cae lo mismo.)

DON JUAN

Es realidad, ó deliro!
Es su figura... su gesto.

ESTATUA

Por qué te causa pavor
quien convidado á tu mesa
viene por tí?

DON JUAN

Dios! No es esa
la voz del Comendador?

ESTATUA

Siempre supuse que aquí
no me habías de esperar.

DON JUAN

Mientes, porque hice arrimar
esa silla para tí.
Llega, pues, para que veas
que, aunque dudé en un extremo
de sorpresa, no te temo,
aunque el mismo Ulloa seas.

ESTATUA

Aun lo dudas?

DON JUAN

No lo sé.

ESTATUA

Pon, si quieres, hombre impío,
tu mano en el mármol frío
de mi estatua.

DON JUAN

Para qué?
Me basta oirlo de tí;
cenemos, pues; mas te advierto...

ESTATUA

Qué?

DON JUAN

Que si no eres el muerto,
lo vas á salir de aquí.
Eh! Alzad! *(Á Centellas y á Avellaneda.)*

ESTATUA

No pienses, no,
que se levanten, don Juan,
porque en sí no volverán
hasta que me ausente yo.
Que la divina clemencia
del Señor para contigo,
no requiere más testigo
que tu juicio y tu conciencia.
Al sacrílego convite
que me has hecho en el panteón,
para alumbrar tu razón,
Dios asistir me permite.
Y héme que vengo en su nombre
á enseñarte la verdad;
y es: que hay una eternidad
tras de la vida del hombre.
Que numerados están
los días que has de vivir,
y que tienes que morir
mañana mismo, don Juan.
Mas como esto que á tus ojos
está pasando, supones
ser del alma aberraciones
y de la aprensión antojos,
Dios, en su santa clemencia,
te concede todavía
un plazo hasta el nuevo día
para ordenar tu conciencia.
Y su justicia infinita
porque conozcas mejor,
espero de tu valor
que me pagues la visita.
Irás, don Juan?

DON JUAN

Iré, sí;
mas me quiero convencer
de lo vago de tu ser
antes que salgas de aquí.
(Coge una pistola.)

ESTATUA

Tu necio orgullo delira,
don Juan; los hierros más gruesos
y los muros más espesos
se abren á mi paso; mira.
(Desaparece la estatua sumiéndose por la pared.)

ESCENA III

DON JUAN, CENTELLAS *y* AVELLANEDA

DON JUAN

Cielos! Su esencia se trueca
el muro hasta penetrar,
cual mancha de agua que seca
el ardor canicular!
No me dijo: «El mármol toca
de mi estatua?» Cómo, pues,
se desvanece una roca?
Imposible! Ilusión es.
Acaso su antiguo dueño
mis cubas envenenó,
y el licor tan vano ensueño
en mi mente levantó.
Mas si éstas que sombras creo
espíritus reales son,
que por celestial empleo
llaman á mi corazón,
entonces, para que iguale
su penitencia don Juan
con sus delitos, qué vale
el plazo ruin que le dan...?
Dios me da tan sólo un día...!
Si fuese Dios en verdad,
á más distancia pondría
su aviso á mi eternidad.
«Piensa bien que al lado tuyo
me tendrás...» dijo de Inés
la sombra; y si bien arguyo,
pues no la veo, sueño es.
(Transpárentase en la pared la sombra de doña Inés.)

ESCENA IV

DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INÉS, CENTELLAS *y* AVELLANEDA *dormidos*

SOMBRA

—Aquí estoy.

DON JUAN

Cielos!

SOMBRA

Medita
lo que al buen Comendador
has oído, y ten valor
para acudir á su cita.
Un punto se necesita
para morir con ventura;
elígele con cordura,
porque mañana, don Juan,
nuestros cuerpos dormirán
en la misma sepultura.
(Desaparece la sombra.)

ESCENA V

DON JUAN, CENTELLAS *y* AVELLANEDA

DON JUAN

Tente, doña Inés, espera;
y si me amas en verdad,
házme al fin la realidad
distinguir de la quimera.
Alguna más duradera
señal dáme, que segura
me pruebe que no es locura
lo que imagina mi afán,
para que baje don Juan
tranquilo á la sepultura.
Mas ya me irrita, por Dios,
el verme siempre burlado,
corriendo desatentado
de varias sombras en pos.
Oh! Tal vez todo esto ha sido
por estos dos preparado,
y mientras se ha ejecutado
su privación han fingido.
Mas por Dios que si es así,
se han de acordar de don Juan.
Eh! Don Rafael, capitán,
ya basta: alzáos de ahí.
(Don Juan mueve á Centellas y á Avellaneda, que se levantan como quien vuelve de un profundo sueño.)

CENTELLAS

Quién va?

DON JUAN

Levantad.

AVELLANEDA

Qué pasa?
Hola, sois vos?

CENTELLAS

Dónde estamos?

DON JUAN

Caballeros, claro vamos.
Yo os he traído á mi casa,
y temo que á ella al venir,
con artificio apostado,
habéis sin duda pensado
á costa mía reir;
mas basta ya de ficción,
y concluid de una vez.

CENTELLAS

Yo no os entiendo.

AVELLANEDA

Pardiez!
Tampoco yo.

DON JUAN

En conclusión:
nada habéis visto ni oído?

AVELLANEDA *y* CENTELLAS

De qué?

DON JUAN

No finjáis ya más.

CENTELLAS

Yo no he fingido jamás,
señor don Juan.

DON JUAN

Habrá sido
realidad! Contra Tenorio
las piedras se han animado,
y su vida han acotado
con plazo tan perentorio?
Hablad, pues, por compasión.

CENTELLAS

Voto va Dios! Ya comprendo
lo que pretendéis!

DON JUAN

Pretendo
que me déis una razón
de lo que ha pasado aquí,
señores, ó juro á Dios
que os haré ver á los dos
que no hay quien me burle á mí.

CENTELLAS

Pues ya que os formalizáis,
don Juan, sabed que sospecho
que vos la burla habéis hecho
de nosotros.

DON JUAN

Me insultáis!

CENTELLAS

No, por Dios; mas si cerrado
seguís en que aquí han venido
fantasmas, lo sucedido
oid cómo me he explicado.
Yo he perdido aquí del todo
los sentidos, sin exceso
de ninguna especie, y eso
lo entiendo yo de este modo.

DON JUAN

Á ver, decídmelo pues.

CENTELLAS

Vos habéis compuesto el vino,
semejante desatino
para encajarnos después.

DON JUAN

Centellas!

CENTELLAS

Vuestro valor,
al extremo por mostrar,
convidásteis á cenar
con vos al Comendador.
Y para poder decir
que á vuestro convite exótico
asistió, con un narcótico
nos habéis hecho dormir.
Si es broma puede pasar;
mas á ese extremo llevada,
ni puede probarnos nada,
ni os la hemos de tolerar.

AVELLANEDA

Soy de la misma opinión.

DON JUAN

Mentís!

CENTELLAS

Vos.

DON JUAN

Vos, capitán.

CENTELLAS

Esa palabra, don Juan...

DON JUAN

La he dicho de corazón.
Mentís; no son á mis bríos
menester falsos portentos,
porque tienen mis alientos
su mejor prueba en ser míos.

AVELLANEDA *y* CENTELLAS

Veamos. *(Ponen mano á las espadas.)*

DON JUAN

Poned á tasa

vuestra furia, y vamos fuera,
no piense después cualquiera
que os asesiné en mi casa.

AVELLANEDA

Decís bien... mas somos dos.

CENTELLAS

Reñiremos, si os fiáis,
el uno del otro en pos.

DON JUAN

Ó los dos, como queráis.

CENTELLAS

Villano fuera, por Dios!
Elegid uno, don Juan,
por primero.

DON JUAN

Sedlo vos.

CENTELLAS

Vamos.

DON JUAN

Vamos, capitán.

ACTO TERCERO

MISERICORDIA DE DIOS Y APOTEOSIS DEL AMOR

Panteón de la familia Tenorio.—Como estaba en el acto primero de la segunda parte, menos las estatuas de Doña Inés y de Don Gonzalo, que no están en su lugar

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, *embozado y distraído, entra en la escena lentamente*

DON JUAN

Culpa mía no fué; delirio insano
me enajenó la mente acalorada.
Necesitaba víctimas mi mano
que inmolar á mi fe desesperada,
y al verlas en mitad de mi camino,
presa les hice allí de mi locura.
No fuí yo, vive Dios! Fué su destino!
Sabían mi destreza y mi ventura.
Oh! Arrebatado el corazón me siento
por vértigo infernal... Mi alma perdida
va cruzando el desierto de la vida,
cual hoja seca que arrebata el viento.
Dudo... temo... vacilo... En mi cabeza
siento arder un volcán... Muevo la planta
sin voluntad, y humilla mi grandeza
un no sé qué de grande que me espanta.
(Un momento de pausa.)
Jamás mi orgullo concibió que hubiere
nada más que el valor...! Que se aniquila
el alma con el cuerpo cuando muere
creí... mas hoy mi corazón vacila.
Jamás creí en fantasmas...! Desvaríos!
Mas del fantasma aquél, pese á mi aliento,
los pies de piedra caminando siento,
por doquiera que voy, tras de los míos.
Oh! Y me trae á este sitio irresistible,
misterioso poder...
(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estatua de don Gonzalo.)
Pero, qué veo!
Falta de allí su estatua...! Sueño horrible,
déjame de una vez... No, no te creo!
Sal; huye de mi mente fascinada,
fatídica ilusión... Estás en vano
con pueriles asombros empeñada
en agotar mi aliento sobrehumano.
Si todo es ilusión, mentido sueño,
nadie me ha de aterrar con trapantojos;
si es realidad, querer es necio empeño
aplacar de los cielos los enojos.
No; sueño ó realidad, del todo anhelo
vencerle ó que me venza; y si piadoso
busca tal vez mi corazón el cielo,
que le busque más franco y generoso.
La efigie de esa tumba me ha invitado
á venir á buscar prueba más cierta
de la verdad en que dudé obstinado...
Héme aquí, pues; Comendador, despierta.
(Llama al sepulcro del Comendador.—Este sepulcro se cambia en una mesa, que parodia horriblemente la mesa en que comieron en el acto anterior don Juan, Centellas y Avellaneda.—En vez de las guirnaldas que cogían en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etc. (Á gusto del pintor.) Encima de esta mesa

aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena.—Al cambiarse este sepulcro, todos los demás se abren y dejan paso á las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios.—Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena.—La tumba de doña Inés permanece.)

ESCENA II

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO *y* LAS SOMBRAS

ESTATUA

Aquí me tienes, don Juan,
y he aquí que vienen conmigo
los que tu eterno castigo
de Dios reclamando están.

DON JUAN

Jesús!

ESTATUA

Y de qué te alteras
si nada hay que á tí te asombre,
y para hacerte eres hombre
platos con sus calaveras?

DON JUAN

Ay de mí!

ESTATUA.

Qué? El corazón
te desmaya?

DON JUAN

No lo sé;
confieso que me engañé;
no son sueños... ellos son!
(Mirando á los espectros.)
Pavor jamás conocido
el alma fiera me asalta,
y aunque el valor no me falta,
me va faltando el sentido.

ESTATUA

Eso es, don Juan, que se va
concluyendo tu existencia,
y el plazo de tu sentencia
fatal ha llegado ya.

DON JUAN

Qué dices!

ESTATUA

Lo que hace poco
que doña Inés te avisó,
lo que te he avisado yo,
y lo que olvidaste loco.
Mas el festín que me has dado
debo volverte, y así,
llega, don Juan, que yo aquí
cubierto te he preparado.

DON JUAN

Y qué es lo que ahí me das?

ESTATUA

Aquí fuego, allí ceniza.

DON JUAN

El cabello se me eriza.

ESTATUA

Te doy lo que tú serás.

DON JUAN

Fuego y ceniza he de ser!

ESTATUA

Cual los que ves en redor;
en eso para el valor,
la juventud y el poder.

DON JUAN

Ceniza, bien; pero fuego...!

ESTATUA

El de la ira omnipotente,
do arderás eternamente
por tu desenfreno ciego.

DON JUAN

Conque hay otra vida más
y otro mundo que el de aquí?

Conque es verdad, ay de mí!
lo que no creí jamás?
Fatal verdad que me hiela
la sangre en el corazón!
Verdad que mi perdición
solamente me revela!
Y ese reló?

ESTATUA

Es la medida
de tu tiempo.

DON JUAN

Espira ya?

ESTATUA

Sí; en cada grano se va
un instante de tu vida.

DON JUAN

Y esos me quedan no más?

ESTATUA

Sí.

DON JUAN

Injusto Dios! Tu poder
me haces ahora conocer,
cuando tiempo no me das
de arrepentirme.

ESTATUA

Don Juan,
un punto de contrición
da á un alma la salvación,
y ese punto aún te le dan.

DON JUAN

Imposible! En un momento
borrar treinta años malditos
de crímenes y delitos!

ESTATUA

Aprovéchale con tiento, *(Tocan á muerto.)*
porque el plazo va á espirar,
y las campanas doblando
por tí están, y están cavando
la fosa en que te han de echar.
(Se oye á lo lejos el oficio de difuntos.)

DON JUAN

Conque por mí doblan?

ESTATUA

Sí.

DON JUAN

Y esos cantos funerales?

ESTATUA

Los salmos penitenciales
que están cantando por tí.
(Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y rezan dentro.)

DON JUAN

Y aquel entierro que pasa?

ESTATUA

Es el tuyo.

DON JUAN

Muerto yo!

ESTATUA

El capitán te mató
á la puerta de tu casa.

DON JUAN

Tarde la luz de la fe
penetra en mi corazón,
pues crímenes mi razón
á su luz tan sólo ve.
Los ve... y con horrible afán,
porque al ver su multitud,
ve á Dios en su plenitud
de su ira contra don Juan.
Ah! Por doquiera que fuí,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí
y á la justicia burlé.
Y emponzoñé cuanto ví,
y á las cabañas bajé,
y á los palacios subí,
y los claustros escalé;
y pues tal mi vida fué,
no, no hay perdón para mí.

Pero ahí estáis todavía *(Á los fantasmas.)*
con quietud tan pertinaz!
Dejadme morir en paz
á solas con mi agonía.
Mas con esa horrenda calma,
qué me auguráis, sombras fieras?
Qué esperáis de mí?

ESTATUA

Que mueras,
para llevarse tu alma.
Y adiós, don Juan; ya tu vida
toca á su fin, y pues vano
todo fué, dáme la mano
en señal de despedida.

DON JUAN

Muéstrasme ahora amistad?

ESTATUA

Sí; que injusto fuí contigo,
y Dios me manda tu amigo
volver á la eternidad.

DON JUAN

Toma, pues.

ESTATUA

Ahora, don Juan,
pues desperdicias también
el momento que te dan,
conmigo al infierno ven.

DON JUAN

Aparta, piedra fingida!
Suelta, suéltame esa mano,
que aún queda el último grano
en el reloj de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
que un punto de contrición
da á un alma la salvación
de toda una eternidad,
yo, santo Dios, creo en tí;
si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...
Señor, ten piedad de mí!

ESTATUA

Ya es tarde.

(Don Juan se hinca de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van á abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de doña Inés y aparece ésta. Doña Inés toma la mano que don Juan tiende al cielo.)

ESCENA III

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO, DOÑA INÉS, SOMBRAS, ETC.

DOÑA INÉS

No; héme ya aquí,
don Juan; mi mano asegura
esta mano que á la altura
tendió tu contrito afán,
y Dios perdona á don Juan
al pie de mi sepultura.

DON JUAN

Dios clemente! Doña Inés!

DOÑA INÉS

Fantasmas, desvanecéos:
su fe nos salva... volvéos
á vuestros sepulcros pues.
La voluntad de Dios es;
de mi alma con la amargura
purifiqué su alma impura,
y Dios concedió á mi afán
la salvación de don Juan
al pie de la sepultura.

DON JUAN

Inés de mi corazón!

DOÑA INÉS

Yo mi alma he dado por tí,
y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.
Misterio es que en comprensión
no cabe de criatura,

y sólo en vida más pura
los justos comprenderán
que el amor salvó á don Juan
al pie de la sepultura.
Cesad, cantos funerales;
(Cesa la música y salmodia.)
callad, mortuorias campanas;
(Dejan de tocar á muerto.)
ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales;
(Vuelven los esqueletos á sus tumbas, que se cierran.)
volved á los pedestales,
animadas esculturas;
(Vuelven las estatuas á sus lugares.)
y las celestes venturas
en que los justos están,
empiecen para don Juan
en las mismas sepulturas.

(Las flores se abren y dan paso á varios angelitos, que rodean á doña Inés y á don Juan, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana, se ilumina el teatro con luz de aurora. Doña Inés cae sobre un lecho de flores, que quedará á la vista, en lugar de su tumba, que desaparece.)

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA INÉS, DON JUAN *y* LOS ÁNGELES

DON JUAN

Clemente Dios, gloria á tí!
Mañana á los sevillanos
aterrará el creer que á manos
de mis víctimas caí.
Mas es justo; quede aquí
al universo notorio,
que pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia
el Dios de DON JUAN TENORIO.

(Cae don Juan á los pies de doña Inés, y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas, representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telón.)

INCONSECUENCIA

Á UNA TÓRTOLA

Porque al fin la vida es sueño.
CALDERÓN.

I

Tórtola que, solitaria,
en vez de cantar suspiras,
es tu canto una plegaria,
ó es la voz con que respiras
á tu voluntad contraria?
Ese arrullo dolorido
se exhala en tí á su despecho,
sonando alegre en tu oído,
ó es en verdad un gemido
que se te arranca del pecho?
Triste pájaro, lo sé...!
por eso en ocultas ramas
tu nido ondear se ve;
tú te escondes porque amas,
mas tu voz vende á tu fe.
Naciste, ave desdichada,
para llorar tu ternura:
por eso en selva apartada
vas á arrullar tu amargura,
del campo ameno enojada.
Enojos te dan las flores,
enojos la luz del día,
enojos, ay! los amores
que en dulcísima armonía
murmuran los ruiseñores.
Te enoja el murmullo vano
de la bulliciosa fuente,
y el céfiro cortesano
que susurra mansamente
á los jardines cercano.
Te enojan las otras aves
con su inocente amistad
y con sus gorjeos suaves:
tú, que llorar sólo sabes,
vives en la soledad.
Menos en el monte inculto
vivir te cansa ó extraña;
porque allí despeña oculto
el torrente que le baña
sus espumas en tumulto.
Porque allí el viento perdido,
que entre las malezas rueda
con sordo y medroso ruido,
en lánguido son remeda
tu monótono gemido.
Porque allí el césped salvaje,
que á pedazos ha brotado
por el agreste paisaje,
borda el terreno olvidado
con pliegues de tosco encaje.
Y á fe, á los ojos del triste
no son gala los primores
con que natura se viste;
que otro placer no resiste
que pensar en sus dolores.
Y los amorosos duelos
son males antojadizos
que se quejan á los cielos,
y no admiten más consuelos
que hallar en el duelo hechizos.
Porque es tan grato saber
que nos podemos quejar,

que cuando tan ruin placer
pensamos que ha de faltar,
le volvemos á querer.
Por eso, tórtola bella,
dió el cielo á tu ronco canto
el compás de una querella;
por que, al cantar tu quebranto,
lloraras tu gozo en ella.
Y si es cierto que así en pos
de tu canción va tu queja,
ay, tórtola, vive Dios
que en el mal que nos aqueja
nos parecemos los dos!
Pues si abriga tu garganta
en vez de voz un lamento,
cuando mi voz se levanta,
en vez de darme contento,
mis amarguras me canta.
Si nada tu voz te vale,
porque en la selva escondida
nadie á escuchártela sale,
bien creo, ave dolorida,
que tu mal al mío iguale.
Y si buscas, en tu anhelo
de que alguno te responda,
el miserable consuelo,
yo pido en mi canto al cielo
quien á mi voz no se esconda.
Pues ambos somos cantores,
y ambos somos desdichados,
conmigo es justo que llores,
tú, tórtola, tus amores;
yo, mis males olvidados.
Olvidados, ay de mí!
que cuando el arpa tomé,
cantando ahogarlos creí,
y tantas glorias soñé
cuantos desengaños ví.
Ví el mundo tan hechicero,
que no le alcancé falaz;
alcé mi canto primero,
y el alma lanzó fugaz
un suspiro lastimero.
Que es bien inútil consuelo
nuestras desdichas cantar,
si, por tan cercano el suelo,
nuestra voz no ha de escuchar,
y, por tan remoto, el cielo.

II

Díme: qué nos valen,
pájaro infeliz,
á tí tus lamentos,
mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
te vas á gemir,
porque el canto alegre
te es lúgubre á tí;
porque el tuyo amarga
el canto feliz,
y las otras aves
no te le han de oir:
y yo, que angustiado
llorando nací,
si le canto al mundo
su gloria pueril,
la espalda me torna;
dice que mentí
si vuelvo mis duelos
de nuevo á plañir;
me dice con mofa
que es dulce vivir.
Si el lloro y el canto
nos desoye así,
Díme: qué nos valen,
pájaro infeliz,
á tí tus lamentos,
mis cantos á mí?
El mundo ceñido
del aire sutil,
vestido de flores
con rico tapiz,
tocado con ancho
dosel de zafir,
prendido con nubes
que el alto cenit
circundan de nieblas
de azul y carmín;
sembrado de estrellas
que el turbio confín
tachonan brillantes
en montones mil
con pálidas perlas
y rojos rubís,
nos miente sin duda
vistoso jardín,

convida á cantarle
mirándole así.
Mas si esos hechizos
y gayo matiz
camino son sólo
que llevan al fin
de breves placeres,
y el fin es morir;
si el que llora ó canta
concluyen allí;
si el triste se mofa
del rico y feliz,
é insulta el alegre
del triste el sufrir,
Díme: qué nos valen,
pájaro infeliz,
á tí tus lamentos,
mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
valle de tumbas que pasando vemos:
féretro y cuna nos abrió el destino
para entrar y salir en los extremos:
fantástico al entrar y peregrino,
y asqueroso al salir le comprendemos;
que al vivir despertamos en la cuna,
y al despertar nos ríe la fortuna.
Imperfectos traemos los sentidos
por que á sentir no alcancen tanto duelo;
sordos aún traemos los oídos
por que no escuchen el clamor del suelo;
la lengua y pensamientos obstruídos
por que al ánima falte ese consuelo,
sólo abrimos al sol nuestra pupila
por que asombrada con el sol vacila.
Feliz quien, despertando cuando nace,
en ilusiones de esperanza crece,
y un bello mundo de ilusiones hace
donde loco soñando se adormece.
Que mientras duerme y delirante yace,
la árida realidad se desvanece;
y mientras sueña su falaz ventura,
á su camino el término apresura.
Más vale delirar lindas quimeras
en ilusión de sueños seductores,
que roer esperanzas pasajeras
en este valle de ponzoña y flores,
donde, aguardando dichas venideras,
lloramos sobre el pan de los dolores:
donde, al buscar el necesario aliento,
mortal cicuta nos regala el viento.
Porque, en sueños, los bienes y los males,
dorados en la loca fantasía,
al ánima dormida son iguales:
el desdichado canta su agonía,
y lamenta el feliz bienes mortales,
mas ninguno en perderlos se holgaría;
que son dulces los bienes lamentados,
y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
soñados como los males,
ya, tórtola, no me afligen
tus melancólicos ayes.
Que á tí te dieron lamentos
en vez de alegres cantares,
y tú cantando le cuentas
tus amarguras al aire.
Las endechas y los himnos
los mismos consuelos traen;
que á la par nos adormecen
las dichas y los pesares.
Tú te arrullas tristemente
con tus lúgubres compases,
porque tus duelos son gozos
con el placer de cantarles;
yo al mundo canto mis cuitas,
porque, cuando otros las saben,
el placer de que las sepan
dichas de mis penas hacen.
Y así, cuando entrambos, tórtola,
con lamentaciones graves,
en guisa de querellarnos,
atormentamos los aires,
pues nuestra queja es contento
por el placer de quejarse,
con extravíos tamaños,
con inconsecuencias tales,
no hacemos más que soñar
y mentir calamidades,
tú llorando bien de amores,
y yo delirando males.

SONETO

Con el hirviente resoplido moja
el ronco toro la tostada arena,
la vista en el jinete alta y serena,
ancho espacio buscando al asta roja.
Su arranque audaz á recibir se arroja,
pálida de valor la faz morena,
é hincha en la frente la robusta vena
el picador á quien el tiempo enoja.
Duda la fiera; el español la llama;
sacude el toro la enastada frente,
la tierra escarba, sopla y desparrama;
Le obliga el hombre; parte de repente,
y herido en la cerviz, húyele y brama,
y en grito universal rompe la gente.

La torre de Fuensaldaña

I

Yo he sentido bramar al ronco viento
del helado Diciembre en noche oscura,
remedando de un hombre el triste acento
de roto murallón en la hendedura.
Ardía en el salón envejecido
purpúrea llama de sonante leña,
y el ámbito vibraba estremecido
al reflejar en la empolvada peña.
De la pompa feudal, resto desnudo,
sin tapices, sin armas, sin alfombra,
hoy no cobija su recinto mudo
más que silencio, soledad y sombra.
Tal vez groseros cuentos populares
bajo el nombre sin crónica conserva,
y en las bóvedas, torres y pilares
brota á pedazos la pajiza hierba.
Los pájaros habitan la techumbre,
y la tapiza la afanosa araña,
y eso guarda la tosca pesadumbre
del viejo torreón de Fuensaldaña.
Yo, que era entonces loco, triste y niño,
pasaba alguna vez bajo sus muros,
por contemplar el desgarrado aliño
de sus huecos recónditos y oscuros.
Allí, en delirios de amistad perdida
y en infantiles pláticas sabrosas,
adormecí las cuitas de mi vida
y las horas de noches pavorosas.
Allí, al calor de la humeante hoguera,
de las cóncavas piedras al abrigo,
oía el viento rebramando fuera,
y á mi lado la voz de algún amigo.
Allí sobre nosotros se elevaban
robustas torres, góticas almenas,
que la furia del viento rechazaban
sobre el cimiento colosal serenas.
Á veces nuestra alegre carcajada,
repetida en los aires por el eco,
moría en sus bramidos sofocada,
de la alta torre en el tendido hueco.
Á veces nuestras báquicas canciones,
como estertor de agonizante pecho,
acompañaba en compasados sones
sordo zumbando en callejón estrecho.
Otras, en melancólica armonía,
remedaba lamentos y suspiros,
y otras, en repugnante gritería,
el vuelo y voz de brujas y vampiros.
De las rotas almenas erizadas,
al sacudir la destocada frente,
remedaba el hervir de las cascadas
y el áspero silbar de la serpiente.
Ó en revuelto y confuso torbellino,
la ruinosa terraza estremeciendo,
de la tendida lona en son marino
semejaba tal vez el largo estruendo.
Le oíamos á veces á lo lejos
cruzando el valle con airado paso,
y crujían los árboles añejos
como chascara entre la llama un vaso.
Y en continuo rumor sonando á veces,
le oíamos rozar el firme muro,
como en hondo tonel hierven las heces
que una bruja animó con un conjuro.
Le oíamos rodar embravecido,
las desiguales piedras azotando,
y en los huecos colgar ronco mugido,
y el seco musgo arrebatar pasando.
Le oíamos entrar y revolverse
con espantable son en las troneras,

y estrellarse, y crecer hasta perderse,
barriendo las tortuosas escaleras.
Las ramas de los árboles vecinos,
en las rejas meciéndose colgadas,
dibujaban contornos repentinos
de espantosas visiones descarnadas.
Y al brusco y desigual sacudimiento,
desplomados los vidrios de colores
en el mal alumbrado pavimento,
reverberaban falsos resplandores.
Y asaltando la boca que topaba
rodando en torno de la mustia hoguera,
entre la llama pálida soplaba
blanca ceniza hasta elevar ligera.
Silbando entonces lánguido y sonoro,
al cruzar murmurando en las ventanas,
nos revelaba en armonioso coro
música de veletas y campanas.
Y mezclaba el susurro de las hojas
que coronaban los silvestres pinos,
con el gotear entre las juncias flojas
de los turbios arroyos campesinos.
De los atentos perros el ladrido,
y el canto agudo del despierto gallo,
con el inquieto y bélico alarido
del trémulo relincho del caballo.
Bullían en el ánima exaltada
locos fantasmas de soñados cuentos,
y sostenía, apenas fatigada,
el peso de los ojos soñolientos.
Entonces, á la sombra cobijados
los pies á par de la espirante lumbre,
cedían nuestros párpados cansados,
más que á la voluntad, á la costumbre.
Y á cada chispa del tizón postrero,
á cada empuje del turbión errante,
á cada voz del pájaro agorero
que velaba en el nido vacilante,
Volvíamos el gesto recelosos
en derredor del descompuesto fuego,
levantando los ojos perezosos,
que al roto sueño se tornaban luego.
Y en aquella mirada adormecida
se pintaba la sombra misteriosa
de volubles contornos revestida,
de cuerpo inmenso, de color medrosa.
Gozábamos al fin insomnio inquieto,
delirando festines y batallas,
con tumultos sin época ni objeto,
con broqueles, con yelmos y con mallas.
Y soñábamos duendes y conjuros
en una tierra mágica y lejana,
deleitados en cóncavos oscuros
con cantares de sílfide liviana.
Poco á poco, deshechas las visiones,
soñábamos con sombras infinitas,
donde se oían apagados sones
de invisibles orquestas exquisitas.
Y más tarde, las sombras vacilando
entre pardo crepúsculo naciente,
íbanse luz y sombras alejando
de la febril y temerosa mente.
Músicas, miedos, fábulas y sombras
sus contornos al fin desvanecían,
y en un salón, sin lámparas ni alfombras,
sólo estaban dos locos y dormían.

II

Y era grato al son del viento
abrir el párpado al día,
y contemplar soñoliento
su confuso resplandor
á través de las abiertas,
hondas y estrechas ventanas,
y de las hendidas puertas
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
con turbio cendal de niebla,
sobre los campos posada,
interceptando el mirar;
y oir la ráfaga inquieta
que al vendaval sustituye
en la acerada veleta,
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
que en la noche nos turbaron
en bóvedas y rincones,
de opaca lumbre al lucir,
en escombros convertidas;
musgo y tintas con que al tiempo
las murallas carcomidas
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
en vez de ricos tapices,
tender su baba y sus redes
al insecto descortés,
que entre los nombres tranquilo
las labra de los viajeros,
cubriéndolos hilo á hilo
sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
en los blasones del muro
hilar con paciente maña
sus hebras para cazar;
y en la recóndita grieta
la presa que vuela en torno,
vigilante, astuta y quieta,
á que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
hallar de rincón ruinoso
el rastro de un hormiguero
que en el verano pasó;
que en el foso nació acaso;
mas no contento en el suelo,
con irreverente paso
hasta la almena trepó.

Quién dijera á los varones
de la torre de Saldaña,
de sus techos y salones
la mengua y la soledad?
Tiempo! Tiempo! Cuánto puedes,
tú que indiferente escribes
sobre cráneos y paredes
la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
hoy trojes de rico hidalgo,
y en sus salones oscuros
ancha hoguera levanté;
corrí llaves y cerrojos
cual si de ellos dueño fuera,
y sus tablas y despojos
para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,
ni su nombre y dueño antiguos...
y para insultos tamaños,
quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste ó un loco
que, divertido en sus penas,
curaba entonces muy poco
de cuanto grande vivió.

Y á fe que, libre y contento,
á la lumbre de mi hoguera,
en tanto bramaba el viento,
tranquilamente dormí;
y al despertar con el día,
contemplé absorto y ufano
la gruesa mampostería
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
con la turbia húmeda niebla,
y el fulgor tornasolado
cruzaba por el salón.
El aire, en fuerzas cediendo,
brotó en ráfagas errantes,
y aun se le oía gimiendo
con menos airado son.

Miré desde las ventanas
al árido campo seco;
algunas hierbas livianas
encontré no más en él.
El aire las sacudía
y la niebla las mojaba;
escaso arbusto crecía
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
guarecidas asomaron
en los rotos arquitrabes
su misterioso mohín;
mirélas indiferente,
y al rumor de mis pisadas
hundieron la negra frente
del nido cóncavo al fin.

Entonces, de la alta cumbre
el sol rasgando la niebla,
derramóse en viva lumbre
de trémulo resplandor;
y en los pardos murallones
trazó cuadro luminoso,
alumbrando los salones
de cenagoso color.

Y entonces, á los reflejos
de la llama repentina,
de aquellos rincones viejos
en la antigua soledad,
bulleron miles de insectos,
asomando por las grietas,
monstruosos por lo imperfectos,
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
del tosco templo vecino,
en compases regulares,
desvanecerse y crecer;
y el órgano y las campanas,
al roto soplo del viento,
ya perdidas, ya cercanas,
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
pasó la mañana inquieta;
mis años hora por hora
á contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
y lamenté su amargura,
yo vivo con mi tristura,
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso,
por llegar á Fuensaldaña,
aceleraron el paso
de aquella noche después;
mas, ay! del hombre mezquino
quién encontrará mañana,
entre el polvo del camino,
la huella de nuestros pies?

LA DUDA[1]

Cuando, al escribir en ellas,
contemplo tan lindas hojas,
entre si llore ó si cante
estoy dudando, señora.
Recuerdos tenéis en ellas
que desgarran la memoria,
por más que entre tantas flores
estas espinas se escondan;
que cuando un enamorado
en himno de amores llora,
más que á cantar sus cantares,
su llanto á llorar provoca.
Y los versos de ese muerto
tanto en lágrimas rebosan,
que, removidas las mías,
á mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
hay uno que llorar osa,
entre si llore ó si cante
estoy dudando, señora.

Si intento escribiros versos,
dentro la mente se agolpan
cuantos primores y hechizos
la naturaleza aborta.
Que en este jardín de España
las inspiraciones sobran,
pues basta mirar la lumbre
con que el sol le tornasola,
los arroyos que le cruzan,
los jazmines que le bordan
y las bellas que le pisan;
cuantas maravillas brota,
para entonar tantos himnos,
tantas letras amorosas,
que, antes que el canto se agote,
gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
grabó ó lloró en estas hojas,
entre si llore ó si cante
estoy dudando, señora.

Pluguiera que, en vez de versos,
mi pluma brotara rosas;
porque, al menos, con las flores
se pueden tejer coronas.
Pero, á par de los cipreses,
si nacen flores, se agostan,
y, donde los muertos hablan,
callar á los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere,
mucho respetar importa;
que acaso para velarnos
quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma,
tal vez dudando os enoja,
y han de hacer mis desvaríos
que de vergüenza me corra,
perdonadme si os confieso
que, al contemplar estas hojas,
entre si llore ó si cante
estoy dudando, señora.

(1) Esta composición fué escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Que *vos* merecéis los versos,
nadie en la villa lo ignora,
y es tan claro por sabido,
que hasta dudarlo es lisonja.
Que *él* la memoria merece,
tampoco hay á quién se esconda,
pues por triste y por amante
le recordamos ahora.
Y así entre ambos dividida
la imaginación dudosa,
los versos son para *vos*
si le prestáis la memoria:
lo que en *vos* merece el sexo,
en *él* merece la sombra,
y lo que en *vos* la hermosura,
en *él* la tumba lo abona.
Justo es, con los dos hablando,
duden el *muerto* y la *hermosa*
si es cantar ó si es lamento
lo que les cantan ó lloran.

ENTRE CLÉRIGOS Y DIABLOS

ó

EL ENCAPUCHADO

PARTIDA EN TRES JUGADAS

PUESTA EN ACCIÓN

Estrenada con brillantísimo éxito en el Teatro Principal de Barcelona la noche del 19 de Marzo de 1870

PERSONAJES	ACTORES
El Encapuchado	Don Leopoldo Burón.
Doña Ana	Doña Carolina Gilli.
Juan Fernández	Don Manuel Calvo.
El Capitán	Don Domingo García.
Maluenda	Don José Alverá.
Mariposa	Doña Eloisa Baena de Burón.
Juan de Colonia	Don Manuel Arcas.
Recoveco	Don José Barta.

La acción pasa en Burgos, en el siglo XV, *á principios del reinado de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel*

Al Señor

Don Julián García

Prebendado de la Catedral de Burgos

Al volver á España, después de veinte años de ausencia, venía sólo á despedirme de mi patria, creyéndome obligado á morir en tierra extraña, por razones que usted conoce y que nada importan á los demás; pero la Providencia ordenó las cosas de modo que hoy espero me coja la muerte en tierra española y entre los míos, por lo cual doy á Dios infinitas gracias.

Mi primer afán al volver fué abrazar á usted; después visitar los lugares santificados para mí, por haber dejado mi madre en ellos sus huellas. Me detuve un año en esa provincia de Burgos; y entre los recuerdos desenterrados por mí en este tiempo de entre los monumentos y escombros burgaleses, estaba la tradición del prebendado Lope de Rojas.

Apremiado por un empresario de Barcelona y un actor de Madrid, he puesto en acción la leyenda de aquel novelesco personaje; y á usted le dedico esta primera producción de mi casi agotado ingenio, con la cual vuelvo á entrar en el palenque literario.

Se la dedico á usted como ofrenda de gratitud por los servicios que le debe mi casa, y especialmente mi madre, y porque le tengo á usted como padre desde la muerte de los míos.

No se la he dedicado á la ciudad de Burgos, porque la dedico un poema del Cid que estoy concluyendo; y porque siendo esta obra de tan poco valor, no puede aspirar á ser más que una ofrenda de familia.

Como verá usted, es una de las más incorrectas é incompletas que han salido de mi pluma.

Es incorrecta, porque había perdido la costumbre de dialogar en veinticinco años que he vivido alejado de los teatros, y porque estando para concluir la temporada cómica, se han estudiado los dos primeros actos mientras acababa el tercero, y no he tenido tiempo de corregir.

Es incompleta, porque consideraciones de actualidad hacen que el tercer acto no sea, ni el verdadero desenlace de la tradición, ni el que yo tenía pensado para final de ella al darla la forma teatral; pero he preferido arriesgarme á perder el poco crédito literario que me queda con un tercer acto malo, á rozarme con la política, por la cual he sentido siempre, y siento hoy más que nunca, una profundísima aversión.

Por esta misma causa se ha anunciado esta obra con dos diferentes títulos.

El que lleva «ENTRE CLÉRIGOS Y DIABLOS, partida en tres jugadas puesta en acción», *es el que la convenía, si el último acto ó jugada fuera el que debía ser: el de* «EL ENCAPUCHADO, leyenda en tres capítulos puesta en acción», *es el que más legítimamente le pertenece al ponerla en escena como comedia.*

Pero el primero les place más á los empresarios para llamar la atención, y yo le he restablecido á sus ruegos, porque no temo que nadie que tenga sentido común y haya leído mis poesías religiosas, pueda atribuirme la más mínima intención política de zaherir á una clase respetable de la sociedad.

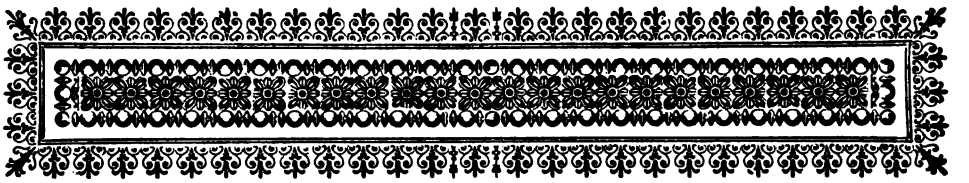
De las calumnias vulgares ó absurdas no me ocupo nunca; á más de que las reputaciones de nuestro siglo se basan en la calumnia y en el absurdo, si no, ni crecen ni se sostienen.

Esta obra mía no es más que un juguete; ni puede aspirar á más éxito que al de pasar sin ser desairada, ni la he escrito con otra pretensión que la de entretener dos horas al público. Es una tela de no mal ver, mas de trama débil, que no puede resistir la inspección del lente de una crítica justa é imparcial; pero es de una estofa que no está tramada con los groseros hilos de esa jerga de aljofifar con que alfombra hoy los tablados de nuestros teatros la desvergüenza del género bufo y cancanesco importado de los lupanares de París.

Recíbala usted, pues, como recuerdo de la gratitud y de la amistad de

José Zorrilla.

Barcelona 19 de Marzo de 1870.



ENTRE CLÉRIGOS Y DIABLOS

JUGADA PRIMERA

Corredor del piso principal de una casa solariega del siglo XIV. A la derecha un cancel que da sobre la escalera, á cuyo pie está la puerta de la calle, la cual se abre desde arriba con un cordón que no se ve. A la izquierda, la puerta que da á los aposentos del prebendado Maluenda y de Juan Fernández. El fondo está formado por una fábrica maciza y un rompimiento, divididos por un grueso pilar ó torreoncillo estribero, en que apoya la parte maciza, que es la de la izquierda, y del cual arranca el arco del rompimiento de la derecha. En la parte maciza está la puerta de la habitación de doña Ana. El rompimiento es simplemente un arco con balaustrada ó un ajimez practicable. En el pilar ó estribo que divide este rompimiento y fábrica maciza, hay un retablo ó nicho con un San Miguel, con el diablo á los pies; y en la repisa del retablo, arde una lámpara, encajada, no colgada. Se supone que en el ángulo interior é invisible, formado por los aposentos de doña Ana, que están en la parte maciza, y la línea del rompimiento que continúa sosteniendo la escalera hasta la puerta de la calle, hay un huerto ó jardinillo, cuyo postigo está en la cerca que, continuando el frontis de la casa, es una de las paredes que forman la calle.

ESCENA PRIMERA

RECOVECO, *que aparece mirando por el arco que da al jardín, dando la espalda al público. Luego* MARIPOSA. *Al levantarse el telón, se oyen repique de campanas, ruido de panderos, zambombas y tamboriles; algazara y gritos de «Viva don Fernando!» «Viva doña Isabel!» «Muera la Beltraneja» y «Afuera los portugueses!» Una voz canta.*

CANTO

Burgos es hoy un altar,
y están por santos en él,
debajo la Beltraneja
y encima doña Isabel;
porque las dos para Burgos
son el diablo y San Miguel;
el diablo la Beltraneja,
y el ángel doña Isabel.

(Vivas, gritos, etc., durante los cuales Recoveco, de pechos en la balaustrada, parece ocupado en oir y mirar lo que pasa afuera. Á sus pies tiene una linterna encendida. Las campanas cesan; los gritos se alejan, y dice Recoveco poniéndose en escena.)

RECOVECO

Ya espera él. Si esa maldita
no irá por fin á la iglesia?

(Va de puntillas á mirar por el ojo de la cerradura del aposento de doña Ana, fondo izquierda.)

Tiene luz en la antecámara.
Allí está... Vaya, se apresta
para irse... Está acomodándose

el rebozo en la cabeza.
Toma la lámpara... Bueno!
Me desvío de la puerta
y me hago el desentendido,
no vaya á entrar en sospecha.
(Vuelve á colocarse en el antepecho del rompimiento, como cuando apareció.)

MARIPOSA

(Sale.) Qué hará aquí este redomado,
de mi San Miguel tan cerca?
Hola! Ahí estáis, Recoveco?
Qué hacéis aquí?

RECOVECO

Tengo cuenta
con la casa.

MARIPOSA

Qué, estáis solo?

RECOVECO

Y solo y en Noche Buena;
y en un tiempo tan revuelto
es prudente estar alerta.

MARIPOSA

Cumplís vuestra obligación.

RECOVECO

Debo al que paga obediencia.

MARIPOSA

Y os lo mandó el prebendado?

RECOVECO

Al irse para la iglesia,
con doña Ana y maese Juan.
No os dijo á vos que allá fuérais?

MARIPOSA

Y allá voy; mas las campanas
acaban de hacer la seña.

RECOVECO

Es que cuando ellas acaban
es cuando el oficio empieza.

MARIPOSA

Aun tengo tiempo de dar
aquí una mano. Qué idea
(Desde aquí hasta el final de la escena, Mariposa arregla su lámpara; recorta la mecha con las tijeras que trae en la cintura, etc., sirviéndose para ello de un taburete, volviendo á encender la lámpara en la luz que trae.)
la de ir á misa del gallo
con esta noche.

RECOVECO

Pudiera
suceder muy bien que no haya
más que vosotros en ella.

MARIPOSA

Pues qué hay?

RECOVECO

Que se circunvala
el castillo con trincheras
mañana; para lo cual
esta misma noche llega
don Alonso de Aragón
con sus gentes, y se espera
que intenten algún arrojo
los del castillo.

MARIPOSA

Para esas
deben ya de estar los pobres!
Puede que ya no se tengan
en pie de hambre.

RECOVECO

Por lo mismo...
Para procurarse cena
puede que el Encapuchado
salga á dar una carrera.

MARIPOSA

También vos creéis en tantos
milagros como le cuelgan
á ese pobre Encapuchado?

RECOVECO

Sabéis que anoche en la puerta

del puente, con unos cuantos
encapuchados que lleva,
sorprendió á esos almogávares
de las corazas? Y que esa
es gente brava! La habéis
visto?

MARIPOSA

No por cierto.

RECOVECO

Vedla
cuando pase á dar la guardia;
es una milicia nueva
que usa nada más coraza,
sin brazales y sin grevas;
que lidia á pie y á caballo,
y que manda por la reina
un capitán burgalés.

MARIPOSA

Bah! Qué es lo que me interesan
á mí los de las corazas,
ni qué entiendo yo de grevas
ni de brazales?

RECOVECO

Es cierto.
Vos tirásteis por la iglesia,
y de la gente de tropa
no os curáis. Yo os hablé de ésta,
que es la mejor, porque viéseis
hasta dónde el valor llega
de ese audaz Encapuchado.

MARIPOSA

Cómo es posible que quepa
tanto brío en solo un hombre?

RECOVECO

Los hay que valen por treint a;
y éste, con nueve que tiene
con él para sus empresas,
parece que tiene nueve
demonios que le protejan.
Y hay quien lo cree!...

MARIPOSA

Lo que creo
que tiene son dos muñecas
de hierro, y un corazón
como no hay hoy muchos.

RECOVECO

Muestras
me váis dando, Mariposa,
de ser algo Beltraneja.

MARIPOSA

Y vos de tener buen miedo
al Encapuchado, pruebas.

RECOVECO

Fuera así, y no fuera extraño;
ya no soy hombre de guerra,
y hoy al servicio de un clérigo
llevo una vida más quieta
y más santa!

MARIPOSA

En cuanto á santa,
que baje Dios y la vea.
Se os sale lo de soldado
por cima de la melena,
y mancháis la nueva vida
con las mañas de la vieja.

RECOVECO

Con cuáles? Por agradaros
las corregiré.

MARIPOSA

Una es ésa;
no podéis una palabra,
que un chicoleo no sea,
dirigir á las mujeres!
De dónde sois?

RECOVECO

De Azuqueca.

MARIPOSA

Y dónde está eso?

RECOVECO

En la Alcarria.

MARIPOSA

Mucha miel parece que echan
en la papilla á los chicos
las nodrizas alcarreñas.

RECOVECO

Por qué?

MARIPOSA

Porque son muy dulces
las palabras que babea
vuestra boca, y están agrias
para vos las burgalesas.

RECOVECO

Las hay que en el dulce pican
como moscas de colmena.

MARIPOSA

Las que piquen estarán
picadas; porque las buenas
no comen miel, porque temen
que se las piquen las muelas.

RECOVECO

Las que hagan ascos al dulce
de las mieles alcarreñas,
tendrán hecho el paladar
á escaramojos y á jervas.

MARIPOSA

Con escaramojos y honra
en Burgos nos alimentan
los que, á quien se nos atreve,
agarran por las orejas.

RECOVECO

Son perros los burgaleses?

MARIPOSA

No; pero agarran por ellas
á los que buscan la caza.

RECOVECO

Para qué?

MARIPOSA

Pues para vérselas.

RECOVECO

Pues no traen orejas ellos?

MARIPOSA

Sí; pero las traen cubiertas
con las capuchas de noche.

RECOVECO

Ay Dios...! Cómo capuchean
las buenas mozas de Burgos!

MARIPOSA

Como aquí hace frío y nieva,
se encapuchan contra el viento
de hacia Aragón.

RECOVECO

Ay! Si llegan
á saber los del Infante
que tanto en capuchas piensan
las muchachas hoy en Burgos!

MARIPOSA

Ay de aquel por quien lo sepan!
Siempre habrá un encapuchado
que les arranque la lengua.
Guardad la vuestra.

RECOVECO

La mía
no tendrá nunca tal pena;
porque no dirá de vos
más que elogios y halagüeñas
galanterías.

MARIPOSA

Guardáoslas
para otra que guste de ellas.

RECOVECO

Si no son de vuestro gusto,
por qué os estáis aquí oyéndolas?
No me habéis vos dirigido
la palabra la primera?
No lleváis aquí perdida
de vuestra misa la media
hablando conmigo?

MARIPOSA

Cómo,
señor Recoveco, os ciega
la vanidad á los hombres!
No habéis visto en más de treinta
días que ha que estáis en casa
que soy yo quien adereza
este nicho, cuya lámpara
mantener con luz perpetua
entra en mis obligaciones?
Y no véis que de no haberla
despabilado antes de irme
humearía la mecha,
y me riñeran los amos
cuando al volver lo advirtieran?
Y no sabéis, además,
que aunque obligación no fuera
mía, me la hubiera impuesto
yo misma por mi sincera
devoción á San Miguel?

RECOVECO

Y esa devoción extrema
á San Miguel me ha chocado.

MARIPOSA

Si me llamo Micaela!

RECOVECO

Por qué os llaman Mariposa?

MARIPOSA

Porque me gustó dar vueltas
desde niña, ante las luces.

RECOVECO

Y á quién encendéis ahí ésa...
Á San Miguel, ó á su diablo?

MARIPOSA

No faltará quien encienda
luz á los dos, por si aquél
se duerme y Luzbel se suelta;
mas la mía sólo alumbra
al santo, porque en tinieblas
tiene aquí al diablo, teniéndole
bajo del pie la cabeza.
Pero á la cuestión volviendo,
porque la cuestión no era ésta;
y yo, aunque soy mariposa,
en mis vueltas y revueltas
no pierdo nunca mi luz.

RECOVECO

Volved; pero tened cuenta
con no quemaros. Decíais...

MARIPOSA

Decíaos que, como entra
en mi obligación cuidar
de que esta luz sea perpetua
para que alumbre de noche
el corredor y escalera,
no por platicar con vos,
sino por ser mi faena,
me paré á hacerla; y ahora
que véis que la tengo hecha,
quiero advertirle antes de irme,
para que desde hoy lo sepa,
que yo soy de condición
de que, cuando hago una hacienda
con las manos, ayudármelas
necesito con la lengua.
Conque ya véis que si he entrado
en plática la primera,
no fué por hablar con vos;
porque si ahí no estuviérais,
yo con San Miguel ó el diablo
tenido que hablar hubiera.
Conque ahora que he concluído,
adiós, que os guarde para hembra
mejor que esta mariposa
que en vuestra luz no se quema.

RECOVECO

Idos en paz, Mariposa;
mas no olvidéis, pues sois cuerda,
que las mariposas son
insectillos que no dejan
rastro; porque siendo efímeras
hijas de una primavera,
ni hacen nido, cual los pájaros,
ni miel, como las abejas.

MARIPOSA

Quien os llamó Recoveco,
de ellos os vió el alma llena.

RECOVECO

Quien os llamó Mariposa,
bien os vió dar muchas vueltas.

MARIPOSA

Adiós! Y guardad la casa.

RECOVECO

Adiós! Y cerrad la puerta.

MARIPOSA

Adiós. *(Aparte.)* Mal rayo me parta
si tú eres lo que aparentas!

RECOVECO

Adiós! *(Aparte.)* Si tú juegas limpio...
mala víbora me muerda!

(Váse Mariposa por la escalera, puerta derecha. Recoveco permanece inmóvil mirando al cancel por donde se va Mariposa, hasta que siente el golpe de la puerta de la casa, que se supone al pie de la escalera, que empieza en el cancel.)

ESCENA II

RECOVECO *y después* EL CAPITÁN

RECOVECO

Gracias á Dios que se fué.
Se me antoja que es al diablo
á quien ésta en el retablo
pone luz... No sé por qué!
Mas ya ha de estar impaciente.
Le hago la seña...

(Pone la linterna sobre la balaustrada, con la luz hacia afuera, y mira y escucha por la escalera, que se supone rematar en el cancel.)

Ya sube.
Ahora cae como una nube
sobre mí; pero prudente,
más que valiente, ha de ser
el que espía.

CAPITÁN

(Saliendo.) Por mi alma
que lo tomásteis con calma!

RECOVECO

Capitán, á esa mujer
fué preciso despistar.

CAPITÁN

Por qué tanto se entretuvo?

RECOVECO

Tengo para mí que estuvo
avizorando el lugar.
Estábais vos bien oculto?

CAPITÁN

Como un gusano.

RECOVECO

Si el ruido
más mínimo habéis movido,
ha dado ella con el bulto.

CAPITÁN

Tan lista es?

RECOVECO

Nos da quince,
y falta; y aun temo que al hopo
nos viene; tiene de topo
oídos, y ojos de lince;
y desconfía de mí.

CAPITÁN

Ganémosla por la mano.

RECOVECO

Tenéis el camino llano,
como habéis visto, hasta aquí.

CAPITÁN

Pero has tardado...

RECOVECO

En el plazo

que pude fué; es menester
abreviar para no ser
cogidos en nuestro lazo.

CAPITÁN

Esta misma noche.

RECOVECO

Bien;
de las cerrajas los muelles
aceité bien; al correlles
no temáis que alarma den.

CAPITÁN

Pueden en tu cuarto entrar
seis corazas escogidos
sin ser vistos ni sentidos.

RECOVECO

Les queréis hacer saltar
á mi cuarto desde el huerto?

CAPITÁN

Como yo he hecho; y desde él
que puedan á ese cancel
acudir; pero no acierto
cómo, tan fácil estando,
hasta ahora lo has detenido.

RECOVECO

Es que el pan que os doy cocido
tuve yo que ir amasando.
Para poder del postigo
del huerto falsear la llave,
trabajé lo que Dios sabe.
Luego el clérigo conmigo
no se descuida.

CAPITÁN

Pues hoy
verá con quién se las ha.
Explícame cómo está
la casa y sus usos.

RECOVECO

Voy
de todo á daros razón.

CAPITÁN

Y yo me arreglaré.

RECOVECO

Aquí
(Puerta fondo izquierda.)
habita el clérigo; allí
tiene ella su habitación.
Maluenda, que es mayordomo
del cabildo, aquí recibe
á los colonos, y escribe,
de pergamino en un tomo,
sus pagos y documentos,
con ayuda de un copiante,
sobre esa mesa; y delante
de ella les da esos asientos.
Y nadie esa puerta pasa
más que Juan, á quien aloja,
y yo, cuando se le antoja,
por faenas de la casa.

CAPITÁN

Y dónde alojan á Juan?

RECOVECO

Lejos de aquí; en dos salones
del Norte, cuyos balcones
á la parte opuesta dan.

CAPITÁN

Comunicarse no puede
con Ana?

RECOVECO

No; el racionero
tiene el cuarto medianero
con ella, y á mí me cede
el chirivitil de abajo,
donde de noche me deja
cerrado, y cierra esa reja
además.

CAPITÁN

Pues ya es trabajo!

RECOVECO

Y miedo.

CAPITÁN

Miedo?

RECOVECO

Pretende
el vulgo, y va bien quizá,
que este caserón está
habitado por un duende.

CAPITÁN

Sabes tú...?

RECOVECO

Me ha parecido
algunas noches sentir
con cautela ir y venir,
evitando meter ruido.

CAPITÁN

Pues ese duende á buscar
vengo yo, y creo saber
quién debe ese diablo ser
de esta casa familiar.

RECOVECO

Cómo!

CAPITÁN

Lo vas á saber;
y si con mi intento salgo,
yo te haré que seas algo.

RECOVECO

Rico?

CAPITÁN

Casi, casi.

RECOVECO

Á ver.

CAPITÁN

Óyeme bien: esta casa
no es propiedad de Maluenda,
aunque por ser de su hacienda
finca vinculada pasa.

RECOVECO

Pues de quién es?

CAPITÁN

De don Lope
de Rojas.

RECOVECO

Del prebendado
que está á muerte condenado?

CAPITÁN

Y allí donde se le tope,
bien se le puede á través
cruzar sin inconveniente;
y Maluenda es su intendente,
y ella su querida es.

RECOVECO

Demonio! Pues no son flojas
noticias!

CAPITÁN

Y he sospechado
que puede el Encapuchado
ser también Lope de Rojas.

RECOVECO

Bah...!

CAPITÁN

Yo he notado estos días
que, de esta casa en circuito,
es donde ha hecho ese maldito
sus recientes fechorías.
Mi plan es cogerle aquí,
y quitarle la querida
primero, y después la vida.

RECOVECO

Le heredáis acaso?

CAPITÁN

Sí,
y no.

RECOVECO

No entiendo.

CAPITÁN

Oye bien.
Los Revueltas y los Rojas
somos siglos ha rivales,
y escriben nuestros anales
de las espadas las hojas.
En cuatro generaciones
nos hemos aniquilado,
y solos hemos quedado
don Lope y yo; los pendones
sigo de doña Isabel,
porque él los de doña Juana;
y si faltamos mañana,
él me hereda á mí, ó yo á él.

RECOVECO

Ahora me decís que sí;
mas habéis dicho sí y no.

CAPITÁN

Es que mi padre casó
dos veces; me tuvo á mí
de la primera mujer,
que murió pronto; y muy rica
la segunda...

RECOVECO

Eso complica
ya la cuestión.

CAPITÁN

Vas á ver.
Su segunda esposa era
una Rojas; peregrina
mujer! Huérfana y sobrina
del padre de Lope. Fuera
de poblado, en buen paraje,
dió mi padre, que cazaba,
con el de Lope, que andaba
con su familia de viaje.
La gente de Rojas era
poca, pero brava anduvo;
mi padre, que de ver hubo
una hembre tan de primera
entre su gente, la echó
mano, la sacó á la rastra,
la echó á grupas y escapó;
y paró en ser mi madrastra.

RECOVECO

Bravo golpe!

CAPITÁN

En la centuria
nuestra así es como se vive;
pero se da y se recibe.
Cuál de los Rojas la furia
no sería, al demandar
mi padre la herencia de ella!
Ya era madre, y fué su estrella;
se la tuvieron que dar.
Para ellos era una mancha
que hijos diera á los Revueltas
una Rojas: y tras vueltas
mil, tomaron la revancha.
Bajó mi padre al lugar
para ir en la procesión
de la Virgen de Muñón,
del castillo titular.
Iba con él su mujer,
su hijo de cuatro años, yo
de doce, y otros; salió
la procesión, y al volver,
sobre ella los Rojas dieron;
del chico se apoderaron;
á la madre arrebataron,
y á mi padre mal hirieron.
Ahora padres no tenemos
Lope ni yo; mas es llano
que él sabe qué es de mi hermano;
conque á ver si le cogemos.

RECOVECO

Comprendo ahora el afán
con que le seguís la huella,
y el de apoderaros de ella, *(Se ríe.)*
y el de hacer á maese Juan...

CAPITÁN

Si hay diablo en la casa, es él;
y si es el Encapuchado,
con su muerte habré vengado
á mi raza y á Isabel.

RECOVECO

El modo es lo que aun no entiendo:
hiladme mejor el copo.

CAPITÁN

Es preciso ser muy topo...

RECOVECO

Pues lo soy; con que id diciendo.

CAPITÁN

Como de esta casa el rey
datos sospechosos supo,
en nombre del rey la ocupo,
ejecutor de la ley.
Mi gente en tu cuarto dejo,
á tí cerca, y subo solo;
le vendo, ocultando el dolo,
honra y protección al viejo.
Con tus llaves en hora alta
les prendo á ellos, me apodero
de las mujeres, y espero
al del capuz.

RECOVECO

Y si falta?

CAPITÁN

Vendrá mañana ó pasado,
ú otro día; estando quieto
yo, y su prisión en secreto,
el caerá.

RECOVECO

Y si cae armado?

CAPITÁN

Somos dos; le temerás?

RECOVECO

Ni á él ni al mismo Belcebú.

CAPITÁN

Pues yo le hago frente, y tu
le sujetas por detrás.

RECOVECO

Y si á alguien trae el maldito?

CAPITÁN

Con qué poco te embarazas!
De un brinco mis seis corazas
están aquí al primer grito.

RECOVECO

Y si Juan ó el prebendado
despertase ó resistiera?

CAPITÁN

Tú de la misma manera
das sobre él.

RECOVECO

Trato cerrado.

CAPITÁN

Pues voy los seis á emboscar.

RECOVECO

Cerrad mi cuarto; no fuera
que como da á la escalera
le echaran ojo al pasar.

CAPITÁN

Por espía ibas ahorcado
á ser, y yo me dí trazas
para hacer que en mis corazas
ingresaras. Pon cuidado,
porque va en esta jugada
tu fortuna; y la fortuna
no tiene más vuelta que una
y hay que asirla de pasada.

RECOVECO

Id tranquilo, capitán,
que yo sé á lo que me obligo,
y no tanteéis el postigo
sin ver si en la calle están.

CAPITÁN

Fía en mí. *(Váse por la puerta derecha.)*

RECOVECO

Buena partida,
maestramente empeñada!
Recoveco, en la jugada

cuenta que te va la vida...
pero no hay que olvidar nada.
Ese cubo es muy macizo:
ese retablo es postizo,
y en torno de él Mariposa
gira tenaz... pues es cosa
de saber cómo se hizo.
(Se dirige al retablo como para inspeccionarle, y antes de que tenga tiempo de hacerlo, un golpe fuerte en la puerta de la calle le detiene.)
Diablo! Tan pronto! Si habrán
al capitán atisbado?
Bah! Hubieran alborotado.
Quién?...

JUAN

(Dentro.) Abre!

RECOVECO

Es maese Juan.

ESCENA III

RECOVECO, JUAN FERNÁNDEZ, JUAN COLONIA *y* SIMÓN

JUAN

Estás solo? *(Á Recoveco.)*

RECOVECO

Solo estoy;
guardo la casa en ausencia
de su dueño.

JUAN

Toma, pues,
la anguarina y la linterna,
y ve á esperar á doña Ana
y el prebendado á la iglesia,
que está la noche muy lóbrega.
Orden del señor Maluenda.

RECOVECO

Pues si él lo manda, obedezco,
que mi obligación es esa.

JUAN

Don Luis tiene el picaporte;
ciérrate al salir la puerta.
(Váse Recoveco.)

ESCENA IV

JUAN, COLONIA *y* SIMÓN

COLONIA

No me gusta ese sirviente.

JUAN

En la casa le conserva
el prebendado por no
sé quién que le recomienda.
Á mí tampoco me gusta;
pero es una ligereza
juzgar por fisonomías...
Él sirve bien.

COLONIA

Zahareña
tiene la cara.

JUAN

Es conmigo;
extraño me considera
porque no soy quien le paga,
sino don Luis.

COLONIA

Pues debieras
hacérselo tú notar
á don Luis.

JUAN

Cosas son esas
muy propias de los criados;
pero hablemos de las nuestras.
Pues á mi casa subimos
porque estaba la más cerca
para ello, dadme el escrito
y os le firmaré.

COLONIA

Incompleta
es la noción que de él tienes
por lo que te he dicho apriesa
en el atrio; léelo bien,
pues que tu dinero arriesgas
con nosotros al firmarle.

JUAN

Mi bolsa y mi alma son vuestras.
El caudal que poseemos
nos le hemos ganado á medias;
vos labrando catedrales,
yo imaginária poniéndolas.
No hablemos más. Dadme, firmo,
antes que el padrino vuelva.

COLONIA

Oh! Hidalguía generosa
de las gentes de esta tierra!
Ten; mas oye antes. Tenemos
sólo la simple promesa
del señor Obispo; y sabes
que el buen señor está... fuera...

JUAN

Como ese hay muchos, que están
ausentes; pero más cerca
de lo que á ellos convendría,
y de lo que yo quisiera.

COLONIA

Es cierto que en el castillo
está?

JUAN

La noticia es cierta,
por su mal y por el nuestro;
y por eso en esta época
la soldadesca, ojeriza
tiene á la gente de iglesia,
hasta el punto que los clérigos
ya véis que no se presentan
con sus trajes por la calle;
porque como en connivencia
creen que están con los rebeldes,
tienen que andar con cautela.

COLONIA

Tú crees que los del castillo...?

JUAN

Tendrán que darse por fuerza.

COLONIA

Y si cogen al Obispo?

JUAN

De política prudencia,
matándole, no darían
los nuevos monarcas prueba;
para crearse partido
necesitan indulgencia.

COLONIA

Comprendiéndolo así yo
he aceptado las propuestas
del Municipio.

JUAN

Que son...?

COLONIA

Él proporciona la piedra;
nosotros haremos la obra,
avanzando lo á que asciendan
los jornales, y poniendo
además nuestra tarea.
Así se hará la capilla
de la Concepción, uniéndola
con la de San Antolín
y la de Santa Ana; mientras
vamos poco á poco alzando
la torre de la izquierda.
Podrá importar la capilla
cuento y medio de moneda
castellana.

JUAN

Le tenéis?

COLONIA

Fié en tí.

JUAN

Pues de mi herencia
daré yo el medio y un pico.

COLONIA

Medio habrá que dar en prenda
por el de Acuña; tu firma
medio millón representa.

JUAN

Dadme la pongo. La causa
(Toma el pergamino.)
de la pobre Beltraneja
se pierde. Doña Isabel
será de Castilla reina.
Tendrá que indultar á todos;
y por mucho que entretengan
la rebelión, ni seis meses
durará la resistencia.
Volverá el señor de Acuña
para entonces.
(Va á la mesa y firma en el pergamino, que devuelve á Colonia.)

COLONIA

Así sea.
Finadas torre y capilla,
si bien calculo, nos quedan,
á más de nuestros salarios,
once mil doblas zahenas.

JUAN

Tomad; por mucho que tarde
el obispo Acuña, entera
no se ha de gastar la suma.

COLONIA

No lo espero.

JUAN

Y aún me restan
mil doblas para tomar
estado.

COLONIA

Conque de veras
te casas?

JUAN

En cuanto rindan
los reyes la fortaleza,
y en paz quedemos en Burgos.

COLONIA.

Juan, aunque en estas materias
no debe meterse nadie,
excusa que yo me meta.

JUAN

Podéis bien; os considero
como si mi padre fuérais.

COLONIA

Pues bien; tú sabes que el vulgo
á nadie perdona.

JUAN

De ella,
qué dice?

COLONIA

Que nadie sabe
quién es, ni de quiénes venga.

JUAN

El racionero es tutor
suyo y padrino; y de buena
familia ser debe, siendo
padrino suyo Maluenda.

COLONIA

Pues haz que él de su familia
y su caudal te dé cuentas.

JUAN

Así me lo ha prometido;
como judía no sea
ni morisca, yo la tomo
sin títulos de nobleza.
Los nuestros son nuestras obras,
las suyas serán los de ella.

COLONIA

Es cuenta tuya; perdona.

JUAN

Vuestra intención sé que es recta;
no hay de qué.

COLONIA

Pues buenas noches;
que ya sospecho que empieza
del templo á salir la gente,
y anda la ciudad revuelta.

JUAN

Sentiría que un tumulto
fuera de casa os cogiera.
Vamos; iré á acompañaros.

COLONIA

No; tú aquí á tu novia espera.
Adiós, Juan.
(Vánse Colonia y Simón.)

JUAN

Cuando gustéis
disponed de las monedas.

ESCENA V

JUAN FERNÁNDEZ

Bravo viejo y noble mozo!
Ya á los veinticuatro llega,
y aun no toma la palabra
del viejo padre en presencia.
Deber tengo de ayudarles;
jamás que no les dijera;
mas si el Obispo no cumple,
es nuestra ruina completa.
Y entonces, qué será de Ana?
Lejos de mí tal idea.
He hecho bien; ellos son buenos;
Dios bendecirá su empresa.
(Llaman á la puerta exterior.)
Quién será? Si habrá perdido
su picaporte Maluenda?
Quién? *(Preguntando.)*

MARIPOSA

(Dentro.) Abrid; somos nosotras.
Abrid pronto!

JUAN

Con qué prisa!

ESCENA VI

JUAN, DOÑA ANA, MARIPOSA *y* RECOVECO

(Mariposa acude siempre en esta escena á sacar á doña Ana del compromiso de satisfacer á la curiosidad de Juan, sin dejar por eso de encender en la lámpara del retablo la luz que dejó antes en la escena. Siempre con prisa de llevarse á doña Ana á su cuarto, cuya puerta abre con la llave que trae.)

MARIPOSA

Gracias á Dios!

ANA

Recoveco...
Habéis cerrado la puerta?

MARIPOSA

La cerré yo.

JUAN

Qué traéis?

ANA

Nada.

MARIPOSA

Algo; un frío que hiela
el aliento en el galillo
y la palabra en la lengua.

JUAN

Cómo habéis venido solas?
Y el prebendado?

MARIPOSA

Se queda
en su cajón del trascoro
quitándose la muceta.

JUAN

Parece que venís pálidas!

MARIPOSA

Como que venimos tiesas
y hechas carámbano. Vamos,
doña Ana; en la chimenea
dejé fuego, y al amor
de la lumbre, las chinelas.

JUAN

(Aquí hay algo!) Mi doña Ana...

MARIPOSA

Bah! No estamos para fiestas,
que damos diente con diente;
ya hablaréis luego en la mesa.
(Vánse Mariposa y doña Ana por el fondo izquierda.)

ESCENA VII

JUAN *y* RECOVECO

JUAN

(Aquí hay algo que me ocultan.)
Recoveco...?

RECOVECO

Qué hay?

JUAN

Afuera
ha pasado algo. Qué ha sido?

RECOVECO

Qué ha de ser! Nada; pamemas
de mujeres; que topamos
un husco de Nochebuena,
que las siguió cuatro pasos.

JUAN

Quién fué?

RECOVECO

Un don nadie, cualquiera;
ellas lo han dicho, que yo
no lo eché de ver apenas.

JUAN

(No dirá nada el taimado;
mejor es que yo lo vea
por mí mismo.) Recoveco,
para cambiar la muceta
tarda mucho el prebendado;
voy á tomar una hojuela
que tengo, y voy á buscarle
por que solo no se venga.
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA VIII

RECOVECO; *después* MARIPOSA

RECOVECO

Hojuela!... Ya te la he visto.
Una famosa flamberga!
Si como tienes el arma
tienes la mano, con ella
que ande listo el capitán.
(Mientras dice esto sale Mariposa.)

MARIPOSA

(Saliendo.) Bien lo habéis hecho, babieca!
Sois un Roldán; os lucísteis!

RECOVECO

Pues qué queríais que hiciera?
Creéis vosotras tan fácil
con un capitán tenérselas?

MARIPOSA

Y maese Juan?

RECOVECO

Ya baja;
fué á buscar no sé qué prenda

de vestuario que le falta,
porque quiere ir á la iglesia
á buscar al prebendado.
(Á ver si se lo impide ésta!)

MARIPOSA

Dios mío! Fué por la espada;
y si al Capitán encuentra...
(Llaman recio.)

RECOVECO

Ya está aquí el amo.

MARIPOSA

No abráis.

RECOVECO

Pues aldabada tan recia...
nadie más que él puede dar.
(Vuelven á llamar.)

MARIPOSA

Tiene llavín.

RECOVECO

Se impacienta;
tal vez haya tropezado
con él.

MARIPOSA

Tirad de la cuerda.
Dios Santo! Es el Capitán!

CAPITÁN

(Saliendo.) Soy yo; el capitán Revuelta.

ESCENA IX

CAPITÁN, MARIPOSA *y* RECOVECO

RECOVECO

Vos me mandásteis tirar,
y yo tiré... *(Á Mariposa.)*

MARIPOSA

Habrá insolencia!
Pensáis, señor don espada,
que por ser gente de iglesia
la de esta casa, no habrá
quien os haga cara en ella?

CAPITÁN

Házmela tú, que la tuya
á fe que no es nada fea.

MARIPOSA

Volvéos, Capitán, antes
de que el prebendado vuelva.

CAPITÁN

Justamente vengo yo
con él á hablar; y si mientras
vuelve quisieras decir
á doña Ana que saliera,
yo su vuelta aguardaría
sin maldita la impaciencia.

MARIPOSA

Pero, qué os habéis creído
de doña Ana? Ya con ésta
van dos veces que os despacho
de su parte.

CAPITÁN

Á la tercera
va la vencida.

MARIPOSA

El vencido
seréis vos.

CAPITÁN

No hay fortaleza
ni mujer que no se rinda
con tiempo y maña.

MARIPOSA

No es hembra
mi señora que se rinde,
como un castillo, por fuerza.

CAPITÁN

Yo he de hablar con ella.

MARIPOSA

Es muda,
y no os volverá respuesta.

CAPITÁN

Con que no sea sorda, basta;
ya la haré yo que me entienda,
y se ablandará.

MARIPOSA

Ni blanda
ni dura podréis cogerla;
que es guinda que está muy alta,
tiene espinos que la cercan,
y es de otro.

CAPITÁN

Mujer y fruta
saben mejor siendo ajenas.

MARIPOSA

Pues si á esa echáis mano, puede
que os cercenen la muñeca.

CAPITÁN

Algún clérigo? Con qué?
Con la cruz de la muceta?

MARIPOSA

Dicen que siempre hay un diablo
que tras de una cruz acecha.

CAPITÁN

Ante la cruz de la espada
no hay diablo que en pie se tenga.

MARIPOSA

Ay de vos si el que está al pie
de ese San Miguel se suelta!

CAPITÁN

Sólo se asusta á los clérigos
con los diablos de madera.
Ó ése es el de la familia?
Ó con su mano maestra
le ha tallado maese Juan?

ESCENA X

DICHOS *y* JUAN, *saliendo á tiempo*

JUAN

Y aun tiene la mano entera
de su modo de tallar
para daros una muestra.

CAPITÁN

No se tallan las figuras
lo mismo en hueso que en leña;
el pino y el roble son
más blandos que mi cabeza.
Es fácil hacer imágenes.

JUAN

Más fácil es deshacerlas.

CAPITÁN

Están bustos como el mío
muy bien tallados.

JUAN

En piedra
tallados los llevo y rotos;
es conforme se maneja
el hierro.

CAPITÁN

No tallaríais
uno como éste.

JUAN

Á la prueba.
Echémonos á la calle;
tallemos, y á la primera
talladura, de mi mano
me diréis lo que os parezca.

CAPITÁN

Señor galán, sosegáos,
y no temáis que se os pierda
la ocasión de tallar uno
como el que aquí se os presenta.

Yo vengo á hablar con el clérigo;
después de mi conferencia
con él, tal vez me permita
el prebendado Maluenda
que hable con doña Ana, y luego
hablaré con vos.

JUAN

Me pesa
de tener que trastornar
vuestro orden de conferencias;
porque no queriendo yo
que habléis con él ni con ella,
sino conmigo en la calle,
ó salís, ú os saco fuera.

CAPITÁN

Tomándolo de ese modo,
que os pruebe aquí será fuerza
que hombres cual yo sólo salen
por su gusto de donde entran.

JUAN

Pues adelante! *(Desenvaina.)*

CAPITÁN

(Caen en guardia.) Adelante!

MARIPOSA

San Miguel me valga!
(Al cruzar las espadas, sale Maluenda y se mete por detrás cogiéndoles por las manos.)

ESCENA XI

DICHOS *y* MALUENDA

MALUENDA

Quietas
las espadas en mi casa!

JUAN

Apartad!

MALUENDA

Puntas á tierra
digo! Dos hombres que riñen
son más brutos que las bestias.
Dios dió á las fieras las uñas,
y al hombre la inteligencia.
Contra el duelista en mi casa
se desquiciarán las piedras!

CAPITÁN

Por mi parte, señor clérigo,
obedezco. *(Envaina.)*

JUAN

Y yo.

MALUENDA

(Á Mariposa.) Á tu hacienda
tú! Tú á tu cuarto. *(Á Juan.)*
Tú al tuyo. *(Á Recoveco.)*
(Todos obedecen.)

ESCENA XII

MALUENDA *y* EL CAPITÁN

(Maluenda se vuelve al Capitán, y le dice con calma y dignidad.)

MALUENDA

Por qué ha sido la pendencia,
Capitán?

CAPITÁN

Á punto fijo,
señor clérigo, no sé;
yo le dije no sé qué,
y no sé lo que él me dijo;
pero de mala manera
de aquí echarme pretendía;
y yo que á veros venía,
no quise antes de que os viera.

MALUENDA

Y estábais en la razón.
Conque venís á tratar
algo conmigo? Entablar
podéis la conversación.

CAPITÁN

Excusadme que me asombre.

MALUENDA

De qué?

CAPITÁN

De tal mansedumbre.

MALUENDA

Soy clérigo; por costumbre
soy muy manso.

CAPITÁN

Ó sois muy hombre!

MALUENDA

Vosotros los militares,
que hombres sois de vida airada,
soléis no tener en nada
ni á clérigos ni á seglares.
Creéis que por pelear
como osos, y ser valientes,
ya no hay en la tierra gentes
que se os puedan comparar.
Mas tiene el valor civil
sobre el vuestro una ventaja,
y es que al hombre no rebaja
con la ira, que es pasión vil.
Quien con fe se determina
á obrar según su conciencia,
está sereno en presencia
del peligro, y le domina.
Conque creo que venís
á darme una pesadumbre?

CAPITÁN

Por qué?

MALUENDA

Porque es la costumbre
de los hombres que reñís
por oficio; y un buen susto
por dar á un hombre de iglesia,
iríais de aquí á Silesia
con grande afán y gran gusto.
De saber eso á pesar,
yo de encima os he quitado
á ese Juan que, á fe de honrado,
os hubiera hecho sudar!

CAPITÁN

Tal es?

MALUENDA

Con tanto operario
tiene que habérselas solo...
y hay gente de fuerza y dolo
entre ellos.

CAPITÁN

No es estatuario?

MALUENDA

Y arquitecto; y como emplea
tanta gente un edificio,
siempre entra mucha de vicio,
levantisca y de pelea.
Mas al caso; habéis á verme
venido para tratar...
de qué?

CAPITÁN

En ello para entrar,
no sé cómo componerme.

MALUENDA

Tan difícil es?

CAPITÁN

Lo es cuanto
puede serlo á un hombre atento,
dar á un noble un sentimiento.

MALUENDA

Tan grande va á ser?

CAPITÁN

No tanto.

MALUENDA

Jesús mil veces! Mirad...
cuanto más tardéis en ello,

más tiempo con la agua al cuello
me tendréis; conque acabad.

CAPITÁN

Pues bien; tengo por los reyes
de Castilla, don Fernando
y doña Isabel, el mando
de unas corazas; sus leyes
debo leal de cumplir,
y tengo orden de ocuparos
la casa y de aseguraros;
y os lo venía á advertir.

MALUENDA

Acabárais!

CAPITÁN

Vive Dios...!
La noticia os da contento?

MALUENDA

No, por cierto; mas lo siento,
señor Capitán, por vos.

CAPITÁN

Por mí?

MALUENDA

Por vos: esta casa
tiene un diablo familiar.

CAPITÁN

Y es con quien yo quiero dar.

MALUENDA

Pues si algo con él os pasa,
no os podréis quejar de mí,
porque de ello os avisé.

CAPITÁN

Vos le conocéis?

MALUENDA

No, á fe!
Y jamás al diablo ví.

CAPITÁN

Ni al de aquí?

MALUENDA

No.

CAPITÁN

Pues se dice
que sois famoso exorcista.

MALUENDA

No hay sacristán hisopista
con fe que no le exorcice.

CAPITÁN

Queréis burlaros de mí?

MALUENDA

Líbreme Dios de capricho
semejante! Yo os he dicho
lo que hay.

CAPITÁN

Mas vivís aquí?

MALUENDA

Porque dar no me conviene
renta de casa; y aunque ésta
tiene ese *algo*, no me cuesta.
Mas por si tiene ó no tiene,
de noche nos encerramos
en nuestros cuartos, y el resto
de las cámaras expuesto
á nuestro huésped dejamos.

CAPITÁN

(Ó este clérigo está loco,
ó me toma por juguete.)

MALUENDA

Con nosotros no se mete,
pero nos fiamos poco.
Ved: Juan mismo, aunque le veje
que lo sepáis, en efecto
tiene ese fatal defecto;
que aunque el diablo le protege,
sólo al diablo tiene miedo.

CAPITÁN

Le protege el diablo?

MALUENDA

Es claro.
Porque sólo por su amparo
pudo sacar siempre ledo
é ileso el cuerpo de tanto
zipizape.

CAPITÁN

(Habrá inocente!
Para que al mozo no tiente,
ver quiere si de él me espanto.)
Señor prebendado, hablemos
claros y acabemos pronto:
no creo que seáis tonto,
ni que queráis que nos demos
cuerda uno á otro á torcer.

MALUENDA

Me habéis dicho á qué veníais,
y yo á lo que os exponíais
con lo que venís á hacer.
Obrad ahora, señor
Capitán.

CAPITÁN

Hay quien pretende
que vos de ese diablo ó duende
sois el amigo mejor,
Que esta casa es propia suya;
que doña Ana es su querida,
y que aquí amparo y guarida
le dáis los dos.

MALUENDA

Aleluya!

CAPITÁN

Cantáis gloria?

MALUENDA

Glorifico
al Dios cuya santa gracia
os dió tanta perspicacia,
Capitán.

CAPITÁN

Y ratifico
lo dicho; y todas las hojas
de la historia de que os hablo
volviendo á un tiempo, ese diablo
vuestro es don Lope de Rojas.

MALUENDA

El canónigo don Lope,
mi discípulo y ahijado?

CAPITÁN

Ese mismo.

MALUENDA

El condenado
á ser, donde se le tope,
cogido y ahorcado?

CAPITÁN

Ese.
Y sabéis quién creo que es
el Encapuchado?...

MALUENDA

Pues!...
También él!

CAPITÁN

Él; aunque os pese
que dé en ello. Ese hombre osado
que á matar de noche viene
á los del rey, y que tiene
á Burgos amedrentado,
don Lope sospecho que es;
y el rey que acaso lo sabe,
á que con Rojas acabe
me manda.

MALUENDA

Cogedle pues.

CAPITÁN

No os opondréis?

MALUENDA

No en verdad.
Sé que don Lope está huído,
y para mí, ha delinquido.
Toda la casa mirad;
y pues que es Rojas sabéis,
el diablo, el encapuchado,
y el antecristo, amarrado
llevadle si le cogéis. *(Pausa.)*

CAPITÁN

Sois todo un hombre!

MALUENDA

Os lo estoy
probando desde el instante
en que me puse delante
de vos; y una muestra os doy
del valor civil, del cual
os hablaba antes, mayor
que el del duelista mejor,
sufriéndoos injuria tal.
Que doña Ana es la querida
de don Lope! Que yo soy
su encubridor, y que doy
aquí á asesinos guarida!
Ni eso podéis saber si es
cierto, ni si lo supiérais,
á un seglar se lo dijérais
sin que os tendiera á sus pies.
Pobre don Lope, á quien ví
por los vuestros calumniado,
perseguido, acorralado
lo mismo que á un jabalí!
Don Lope se había metido
en la iglesia, en jerarquía
clerical.

CAPITÁN

Y se alzó un día
contra el rey; se hizo bandido.

MALUENDA

Conocéisle?

CAPITÁN

No; jamás
le he visto; yo he estado ausente
de aquí.

MALUENDA

Como vuestra gente,
le odiáis de instinto no más?

CAPITÁN

Odio á Rojas y á otros ciento,
como él de su mismo estado,
que la espada han empuñado,
dando á la guerra incremento.

MALUENDA

Capitán, tenéis razón;
muy descarriados andamos,
pero con los tiempos vamos,
y os haré una reflexión.
Esta es tierra de valientes;
en Castilla siempre están
los corazones calientes;
y si á la guerra se van,
sin deber ir, ciertas gentes,
son de tierra, y... Capitán,
les habéis tan imprudentes
estirado el cordobán,
que se les sube á los dientes
la levadura de Adán.

CAPITÁN

Bravo hombre sois!

MALUENDA

Soy sincero.

CAPITÁN

Como lo sentís lo habláis.

MALUENDA

No así vos, que me calláis
á lo que venís primero.

CAPITÁN

Á qué?

MALUENDA

Á buscar á doña Ana,
á quien tiempo ha perseguís.

CAPITÁN

Así es, como lo decís;
yo la amo, y pues me lo allana
vuestra franqueza, y os digo
que si á un plebeyo escultor
se la váis á dar, mejor
doña Ana estará conmigo.

MALUENDA

Nada en eso que ver tengo;
cosa es de vosotros dos
y de Juan; si ella por vos
le cambia á él, yo me avengo.

CAPITÁN

Cuando me llegue á tratar...

MALUENDA

Dudo que quiera.

CAPITÁN

Ya véis
que puedo ahora...

MALUENDA

Queréis
que se lo entre á consultar?

CAPITÁN

Id...

MALUENDA

Esperad.

(Váse por la puerta del fondo. El Capitán se asoma al ajimez para cerciorarse que su gente está en el jardín, á quien se refiere el Ahí están. *Mientras él mira y dice sus dos versos siguientes, se presenta á tiempo Juan, por la puerta izquierda, con espada.)*

CAPITÁN

Ahí están;
y él me ayuda... Me las pillo
con el cura, y al castillo!
(Al volverse, se ve á Juan que le dice:)

JUAN

Continuemos, Capitán.

ESCENA XIII

EL CAPITÁN *y* JUAN FERNÁNDEZ

(Juan va á echar la llave á la puerta del fondo izquierda por donde se fué Maluenda; el Capitán le observa, y conforme va comprendiendo lo que Juan hace, se supone que va discurriendo lo que va á hacer, y es hacer pasar á Juan del lado de la puerta de la derecha, dejándole de espaldas á ella, sin que vea á Recoveco, á merced de quien necesita dejarle el Capitán.)

CAPITÁN

(Viendo á Juan.) (No contaba ya con él.
Él mismo cierra la puerta
al clérigo...! Mas que alerta
no vea allende el cancel
á Recoveco.) *(Á Juan.)* Los dos
que estemos solos aquí
queréis?

JUAN

Sí.

CAPITÁN

Pues cerráis vos
ésa; ésta me toca á mí.

(Cierra la puerta izquierda por donde salió Juan, y tirando de la espada, deja á Juan en el centro de la escena, de espaldas al cancel y un poco terciado hacia el público, de modo que el retablo quede á su izquierda y más atrás de la línea de su hombro á él. La escena depende de la posición de los actores.)

JUAN

Tuve el placer de escuchar
lo que aquí os plugo decir
al clérigo, y como echar
os quería antes, salir
no os quiero ahora dejar.

CAPITÁN

Pues conversación tan grata

podido habéis oir toda,
ya sabéis de qué se trata.

JUAN

De que se muere ó se mata.

CAPITÁN

Es mi juego.

JUAN

Me acomoda,
porque rara vez se empata.
(En guardia y entran.)

CAPITÁN

Bien jugáis.

JUAN

Tal cual. Ahí van
dos puntos.
(Dos estocadas que para el Capitán.)

CAPITÁN

Muy altos son.
Donde las toman las dan.
(Recoveco, desde que han cruzado los dos hierros, ha ido viniendo á colocarse de puntillas detrás de Juan. Cuando el Capitán ve que Recoveco está ya preparado, dice:)

CAPITÁN

Juego, y poned atención.
(Recoveco abraza á Juan por detrás rápidamente, cogiéndole los brazos, y sigue el Capitán, poniéndole al pecho la espada.)
Partida hecha.

JUAN

Á traición!
(Se aparta el retablo, girando sobre la izquierda, saliendo el Encapuchado espada en mano; coge con la izquierda por el cogote á Recoveco, y corriendo su espada sobre la del Capitán sorprendido, se la traba, le desarma y dice poniéndole la punta al pecho:)

ENCAPUCHADO

Falta un punto, Capitán!

ESCENA XIV

DICHOS *y* EL ENCAPUCHADO

(El Encapuchado pone el pie sobre la espada del Capitán.)

ENCAPUCHADO

Capitán, cuando se juega
tan mal, tan mala partida,
el alma al diablo se entrega;
y la de que él gane llega
la vuestra, que está perdida.

CAPITÁN *y* JUAN

El diablo!

RECOVECO

El Encapuchado!...

ENCAPUCHADO

Que es el diablo familiar
de esta casa, y que ha terciado
el juego para igualar.

CAPITÁN

Pero que aun no le ha ganado.

ENCAPUCHADO

No hay más manos.

CAPITÁN

Hay aun muchas
tal vez.

ENCAPUCHADO

En vano amenazas.

CAPITÁN

Aun hay juego.

ENCAPUCHADO

En vano luchas.

CAPITÁN

Pues, juego! Á mí, mis corazas!
(El Capitán dice todo esto mirando á Recoveco, que se va acercando al cancel. Y comprendiendo que va á dar la alarma á los del Capitán, que se suponen estar en el huerto. Cuando le ve ya pronto á escapar, da el grito; pero en vez de subir los del Capitán, llegan encapuchados que aseguran á Recoveco.)

ENCAPUCHADO

Perdísteis; son mis capuchas.
Vuestras corazas metísteis
en el huerto, y detrás de ellas
mis capuchas yo; quisísteis
seguir al diablo las huellas,
y era mal juego; perdísteis!
Capitán de bandoleros
que á clérigos y seglares
buscáis las vueltas mañeros,
y ni nobles ni pecheros
creéis á vosotros pares;
Revuelta, cuyas corazas,
lanzas é infamadas hojas
de Burgos con viles trazas
mancharon calles y plazas
con la sangre de los Rojas;
yo soy ese Encapuchado
tras quien tanto habéis corrido,
con quien al fin habéis dado;
y á un bando opuesto afiliado,
contra vos hecho bandido.
Maldito sea todo bando
que marcha de sangre en pos,
rastro maldito dejando!
Malditos nosotros dos,
que los estamos cebando!

CAPITÁN

Quién os los manda cebar?

ENCAPUCHADO

Si os pudiérais enmendar
vos, no os hiciera yo guerra;
mas quiero de vos librar
lo que amo aun en la tierra.
Os cogí bajo el cuchillo;
no os salváis, aunque se encuentren
los vuestros ante el rastrillo;
vivo ó muerto, en el castillo
os hallarán los que entren.

CAPITÁN

Si la espada me volvéis...

ENCAPUCHADO

De vos pende; aquí os la tomo,
y allá arriba me diréis
si que os la vuelva queréis
por la punta ó por el pomo.

CAPITÁN

Perdí; la partida os doy.
Quién sois? Quién es quien me vence?

ENCAPUCHADO

Ya os lo he dicho: el diablo soy
de la casa en donde estoy.

CAPITÁN

No me hagáis que me avergüence
de haber esta noche sido
burlado, preso y vencido
por un necio charlatán.

ENCAPUCHADO

No moriréis, Capitán,
sin que sepáis quién ha sido.

CAPITÁN

Mientra me quede un instante,
siempre tengo yo esperanza.

ENCAPUCHADO

Pues de vos pende que os plante
libre del foso delante,
ó ensartado en una lanza.
Id! *(Los encapuchados se llevan al Capitán y á Recoveco.)*

———

ESCENA XV

JUAN FERNÁNDEZ *y* EL ENCAPUCHADO

JUAN

Quien quiera que seáis,
á quién debo aquí la vida?

ENCAPUCHADO

Os ruego que os recojáis;
iba á espadas la partida,
jugué por vos, y ganáis.
Nada aún os interesa
quién soy; él se quiso dar
al diablo, y acudí apriesa.
Cuando vos queráis ser presa
del diablo, os vendré á buscar.
(Abre la puerta del fondo. Sale el prebendado Maluenda, y al ver al Encapuchado, da el grito y vuelve la llave, dejando otra vez cerrada la puerta.)

ESCENA XVI

JUAN, EL ENCAPUCHADO *y* MALUENDA

MALUENDA

Dios!

ENCAPUCHADO

Haced que ese mancebo
no ande de noche jamás
por la casa. Si de nuevo
topo con él, me le llevo.

MALUENDA

Vamos!

JUAN

Quién es?

ENCAPUCHADO

Satanás!
(Les empuja y cierra la puerta sobre ellos.)

JUGADA SEGUNDA

Habitación de Juan Fernández; puerta en el fondo. Mesa á la izquierda, estatuas y utensilios de imaginería. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA

JUAN FERNÁNDEZ

Insoportable impaciencia!
En medio de este huracán
político, no hay con él
medio de comunicar.
Por todas partes empieza
la rebelión á calmar;
todos menos él se vuelven;
todos menos él se dan.
Qué desventura la nuestra!
Qué aciaga casualidad!
Sólo no hay para nosotros
parte en el bien general!
Y el pobre Juan de Colonia
que aun espera que vendrá!
Sí que vendrá, si no es muerto.
El rey de su dignidad
no puede desposeerle;
mas cuando venga, será
tarde. Ni como, ni duermo,
calenturiento de afán.

ESCENA II

JUAN FERNÁNDEZ *y* MALUENDA

MALUENDA

Juan?

JUAN

Padrino!

MALUENDA

Tú no sales
esta noche?

JUAN

No, señor.
Espero á Juan de Colonia,
que ya tarda; á la oración
debió salir de una junta
para ambos de la mayor
importancia, y á inquietarme
comienza su dilación.

MALUENDA

Bueno; pero acabaréis
pronto?

JUAN

Tal creo.

MALUENDA

Es que no
quisiera yo que faltaras
este año en la colación
de Nochebuena á la mesa
que Ana nos aderezó.

JUAN

En cuanto Juan de Colonia
se despida; aunque favor
me haríais si me excusárais.

MALUENDA

Tendría una desazón
Ana si no celebráramos
la Navidad como Dios
manda, y como la hemos hecho
desde nuestra reunión.
Estas fiestas de familia
el riego fecundador
son, de esas plantas caseras
que cultiva el corazón
á la sombra de la casa
y del hogar al calor,
y que se llaman cariño,
amistad, estimación,
fraternidad, confianza
y muchas veces amor.
Escucha, Juan: yo no quiero
investigar la razón
de tu tristeza; mas sé...
Se sabe, Juan, que estás hoy
metido en una ardua empresa,
en cuya negociación
hay dos faltas: mala suerte
y de cálculos error.

JUAN

Padrino!...

MALUENDA

Ábreme tu alma,
Juan; tú sabes bien que estoy
en el lugar de tu padre;
y excepto mi salvación,
nada hay que no esté dispuesto
á arriesgar por tí.

JUAN

Señor!...
Yo siempre por el primero
os tuve después de Dios,
y os venero como á padre
con el más filial amor.
Mas no hablemos de mis penas;
porque aunque tan fieras son
que tal vez me hagan hoy mismo
perder hacienda y honor,
como hoy ó mañana espero
que han de tener solución,
buena ó mala, por un día
dejad que con mi dolor
y con mi esperanza luche,
como hasta aquí, sólo yo.

MALUENDA

Juan... me espantas!

JUAN

No tenéis
secretos que guardar vos?

MALUENDA

Volvemos siempre á lo mismo,
Juan... los que míos no son
tengo de tí que guardarlos,
y ése que de mal humor
te tiene ha un año conmigo...

JUAN

Qué?...

MALUENDA

No tiene explicación.

JUAN

Yo sólo os he preguntado
quién era.

MALUENDA

Lo reveló
él?

JUAN

Él dijo que era...

MALUENDA

Delirio!..... Superstición!
No hablemos de él por si acaso.

JUAN

Pudiera...?

MALUENDA

Líbrenos Dios!
Quien quier que fuere, dejémosle,
pues que se fué y no volvió.

Y en último resultado,
en veinte años que mansión
haces en ésta, pesarte
de dar con él no debió
la única vez que debiste
la vida á su intervención.

JUAN

Es verdad.

MALUENDA

Pues no pensemos
más en ello. Conque voy,
y vuelvo.

JUAN

Esperad aún
un momento; una cuestión
vital para mí...

MALUENDA

Pregunta.

JUAN

Se sabe algo del señor
de Acuña?

MALUENDA

Nada; en un año
noticias de sí no dió;
mas se espera de un momento
á otro de él tener razón.

JUAN

Dios lo haga!...

MALUENDA

Y tú no olvides
la primera prevención
que te hice entrando; haz por ir
esta noche al comedor.
Ana comienza á afligirse
de tu eterna distracción
y la injusta indiferencia
que la manifiestas.

JUAN

Yo...
indiferente con ella?
Vos no lo creéis, señor.

MALUENDA

Yo no lo creo; yo creo
que la mala situación
de tus negocios te obliga
á no consagrarla hoy
todo tu tiempo como antes.
Creo que tu corazón
es el mismo; pero á ella
se la figura que no.
Conque irás?

JUAN

Iré.

MALUENDA

Hasta luego.
No tardo mucho.

JUAN

Id con Dios!

ESCENA III

JUAN

Qué hará el buen Juan de Colonia?
Mas, venga ó no venga ya,
qué nos resta que saber?
Si decirme la verdad
no querrá, la pesadumbre
por evitarme? Hará mal!
Pobre viejo, fiel y honrado!
Tal catástrofe á su edad!

ESCENA IV

JUAN *y* MARIPOSA

MARIPOSA

Maese Juan?

JUAN

Quién va?

MARIPOSA

Yo!
Mariposa. Puedo entrar?

JUAN

Sí. Qué quieres?

MARIPOSA

Lo que siempre;
dar una vuelta no más
por vuestro cuarto; un instante
en torno vuestro girar,
y como una mariposa
que alza polvo en un rosal,
quitaros los pensamientos
que devorándoos están
la existencia.

JUAN

Mariposa,
cómo te podré pagar
los cariñosos consuelos
que inútilmente me das?
En vano tu imperturbable
alegría al derramar
en mi alma triste, das siempre
con su insensibilidad.
Tú vuelves siempre en el árbol
de mi tristeza á posar;
mariposa que posarse
cree en clavel primaveral,
y hallándole adormidera,
su acíbar gusta y se va;
mas tú le gustas, te alejas
y para volver te vas.

MARIPOSA

Tal es mi instinto, maese;
mi naturaleza es tal.
Yo nací vueltas en torno
de los que amo para dar,
y procuro distraeros,
para daros de solaz
un punto; si no, por qué
Mariposa me llamáis?

JUAN

Pobre Mariposa! No eres
tú, ni es ya nadie capaz
de alegrarme.

MARIPOSA

Qué tenéis?

JUAN

Una tristeza mortal
que me roe las entrañas.

MARIPOSA

Por qué?

JUAN

Qué te importa un mal
que, por mucho que te empeñes,
no has de poder remediar?

MARIPOSA

Quién sabe? La alondra vuela
como el águila caudal,
y es un pájaro pequeño.
Contadme vuestro pesar;
consejo os daré, ó alivio
tal vez.

JUAN

La fatalidad
no los tiene.

MARIPOSA

No es cristiano
vuestro modo de pensar.
La fatalidad es mora,
y á un buen cristiano jamás
le abandona la esperanza,
que es cristiana; no hay pesar
que no tenga fin ó cura
en la tierra, maese Juan,
si el triste ó el pesaroso
bien con su conciencia está.

JUAN

Bien estoy yo con la mía.

MARIPOSA

Entonces, por qué esquiváis
los consuelos fraternales

de quien os los quiere dar,
llorando al menos con vos
lo irremediable, si lo hay?

JUAN

Es inútil, Mariposa;
mis duelos se concluirán
dentro de muy poco tiempo,
dentro de un día quizás.
Tal vez esta misma noche...

MARIPOSA

Me habéis dicho eso un millar
de veces, y unos tras otros
vienen los días y van...
Y nunca llega ese día.

JUAN

Y acaso el que llegará
será otro.

MARIPOSA

No, maese;
ese otro día en que dáis
en pensar, no querrá Dios
hacer para vos llegar.
Dios aprieta, mas no ahoga.
Mañana tras hoy vendrá;
no es siempre huracán el viento,
ni siempre el diablo ha de estar
detrás de la puerta.

JUAN

El diablo?
Si hubiera uno...!

MARIPOSA

Callad!
No os oiga alguno, maese...

JUAN

Tú desatinas!

MARIPOSA

Que le hay,
dice el vulgo, en esta casa.

JUAN

Le has visto tú?

MARIPOSA

Yo...? Jamás!
Y vos?

JUAN

Yo...? Yo no lo sé...!
Puede que sí...

MARIPOSA

Pues mirad.
Si es que alguna vez al diablo
os decidís á evocar,
contad conmigo; yo soy
de acompañaros capaz
á evocarle; no hay mujer
lista que no sepa más
que el diablo, que no ha engañado
más que á la mujer de Adán.
Y como yo no le engañe,
me dejo crucificar.
Pero hablemos formalmente,
maese; la soledad
es la peor compañera;
cuando un hombre triste da
en andar solo, los diablos
le suelen ir á tentar,
y acaba por ver visiones;
y ese va á ser el final
de estas soledades vuestras.
Vos habéis dado en andar
solo; véis á la familia
en la mesa nada más.
Comiendo estáis distraído,
lleváis á la boca el pan
y lo mascáis con trabajo
y á la fuerza lo tragáis.
Si os preguntan por Cuaresma,
respondéis por Navidad;
y parece que el cerebro
se os comienza á barajar.
Creéis que yo no tengo ojos?
Sin ellos creéis que están
doña Ana y el prebendado,
ante los cuales entráis
y salís como un fantasma,
evocado nada más,
para con Juan de Colonia

veniros aquí á encerrar
como alquimistas que quieren
hacer de las piedras pan?
Un mes ha que está hecho vuestro
contrato matrimonial
con doña Ana, y hace un mes
que apenas la saludáis.

JUAN

Tienes razón, Mariposa.
Ruin, grosero y desleal
debo haberos parecido;
mas no te puedo explicar
lo que por mí está pasando.

MARIPOSA

Y lo que pasando está
por ella, por lo que os pasa,
y no la queréis pasar?
Creéis que es gloria? Pues es
de lágrimas un raudal,
que la hace andar ojerosa,
y enflaquecer, y ayunar,
y estar en babia de día,
y dormir de noche mal.
Y eso es lo que yo debí
deciros entrando; mas...
con mi maldita costumbre
de dar vueltas sin cesar
en derredor de mí misma
y en torno de los demás,
lo olvidaba.

JUAN

Y qué es, en suma?

MARIPOSA

Que doña Ana os quiere hablar
ahora que está el prebendado
solfeando en la catedral
sus maitines.

JUAN

Que doña Ana
viene aquí!

MARIPOSA

La siento ya
abrir la puerta; y qué tiene
eso de particular,
si sois ya como si fuérais
casados en realidad?

JUAN

No; yo iré á hablarla á su cámara.

MARIPOSA

Ya es inútil; aquí está.

ESCENA V

JUAN, ANA *y en el fondo* MARIPOSA

JUAN

Ana... Tal paso... Tú aquí?

ANA

Excúsame, Juan, tal paso;
pero hemos llegado al caso
de que yo te busque á tí.

JUAN

Perdona, Ana, mi esquivez,
hija de un íntimo afán...

ANA

Tú esquivo conmigo, Juan!
Te dí causa alguna vez?

JUAN

Nunca, Ana; mas no te asombre
mi esquivez inmerecida;
porque hay trances en la vida
que mudan el ser de un hombre.

ANA

Pueden á un hombre obligar
á mudar genio ó costumbres,
afanes y pesadumbres;
mas no su amor á esquivar.
Físicos ó espirituales,
del hombre á los males, Juan,
siempre lenitivo dan
las hembras que son leales.
Dió al hombre la mujer Dios

para consuelo en sus penas;
y van las mujeres buenas
del hombre afligido en pos.
Hombre que ama á una mujer
y de ella su pena esquiva,
de cumplir con él la priva
su más gustoso deber.
Y galán que de su dama
en sus penas se desvía,
con sus desvíos la envía
á decir que ya no la ama.
Desvíos heridas son
que en el corazón recibe,
porque la mujer no vive
más que con el corazón.

JUAN

Tienes razón, Ana mía;
mujeres como tú eres,
son ángeles, no mujeres,
que Dios á la tierra envía.
Y Dios, Ana, me es testigo
de que por creerte tan buena,
es por lo que yo mi pena
esquivé partir contigo.

ANA

Al punto á que hemos llegado,
con tu esquivez no me avengo;
palabra dada te tengo;
palabra me has empeñado.

JUAN

No quiera Dios que yo cargue
tu alma buena con mi afán!

ANA

Óyeme: no quiero, Juan,
que mi estancia aquí se alargue.
Tu amor tengo en más estima
que el más preciado tesoro;
pero atiendo á mi decoro,
cuanto tu mal me lastima.
Qué tienes, Juan, que ha dos meses
que andas tan triste y huraño?
Tu tristeza me hace daño.
Su causa son intereses
menguados en tu fortuna,
según colijo.

JUAN

Mira, Ana...
mis penas, hoy ó mañana
tendrán solución alguna.
Ten paciencia un día más;
déjame solo con ellas.

ANA

No, Juan; mi fe ni mis huellas
nunca he de volver yo atrás.
Resuelta vine á saber
qué es lo que tanto te aqueja
y tanto de tí me aleja;
habla, Juan; porque ha de ser.
Yo te amo; mi amor pretende
partir tus penas contigo;
secretos tienes conmigo,
y que los tengas me ofende.

JUAN

No te debe de ofender;
quien ama con fe sincera,
no es posible que hacer quiera
á quien ama padecer.

ANA

Menos lo es que esté en acuerdo
con tu opinión quien bien te ame;
déjame que á tu alma llame
la mía con un recuerdo.
Oye, Juan. Maluenda es
mi tutor y tu padrino;
me echó á su casa el destino
de estar tú en ella, después;
y en esta casa al entrar
como en un hogar paterno,
de su santuario en lo interno
te hallé sentado á su hogar.
Vivir me hacían aislada
por razones que aun no sé;
tu conducta siempre fué,
por tu honradez, alabada.
Yo sencilla, tú leal,
nadie nos iba á la mano.

Ví en tí al llegar un hermano,
con sencillez fraternal.
Como en casa te tenía
tu labor de imaginario,
era mi placer diario
mirar tu imaginería.
De tus manos para ver
tus imágenes salir,
acostumbréme á vivir
todo el día en tu taller.
Mas mi sencillez, curiosa
de tu labor, alcanzaba
que en tu taller estorbaba
mi inutilidad ociosa.
Poco á poco en tus figuras
mis manos poniendo fuí,
y ayudándote aprendí
á estofar tus esculturas.
Tres años así vivimos
debajo del mismo techo.
Largo el tiempo, corto el trecho
de tu taller... nos quisimos.
Y en vida tan familiar
en que hoy lo mismo que ayer
juntos solemos comer,
juntos vamos á rezar;
y huérfana yo en la tierra
y á tí prometida ya,
el mundo para mí está
en la casa que me encierra.
Mi esperanza, mi ventura,
mi compañía, mi amparo,
veo en tí cuanto me es caro
en mi existencia futura.
Como esos muros de piedra
en que la yedra se cría,
que íbamos á ser creía,
el muro tú, y yo la yedra.
Y hoy que un íntimo pesar
tu porvenir torna oscuro,
quieres la yedra del muro
en el turbión separar?
No! Si el huracán pedazos
yedra y muro debe hacer,
Juan... el muro ha de caer
de su yedra fiel, en brazos.
Habla, pues. Qué tienes? Dí!
Habla, Juan! Nada me arredra!
Yo soy para tí la yedra,
y tú el muro para mí!

JUAN

Ana de mi corazón...
Tu corazón es de oro!

ANA

Lloras, Juan mío?

JUAN

Sí, lloro;
pero mis lágrimas son
de placer, de gratitud
al Dios que mi pena inmensa
con tu inmenso amor compensa,
y con tu inmensa virtud.

ANA

Pues bien; fía en mí tu pena.

JUAN

No es mía solo.

ANA

No importa.

JUAN

Pues oye, Ana; será corta
mi relación.

ANA

Norabuena.

JUAN

Un magnate en cuya fe
Juan Colonia y yo fiamos,
faltó, y ahora nos hallamos
sin quien crédito nos dé.
Millón y medio debemos,
á nuestra honradez fiado;
perderáse lo gastado
y encarcelados seremos.
Seguirá otro nuestra empresa
con garantías mayores,
y al fin, por estafadores
nos tendrán. Mi pena es ésa.

ANA

Y es grande, Juan, y me espanta,
mas Dios aprieta y no ahoga;
fía en Dios, aunque la soga
sientas puesta en la garganta.

JUAN

Ana... desespero!

ANA

Escucha.
Mi tutor me ha dicho que era
de no sé quién heredera,
y que mi hacienda era mucha.
Casémonos; que se cobre
quien sea, aunque se malvenda.
Viviremos sin hacienda;
el corazón nunca es pobre!

JUAN

El tuyo no tiene par.

ANA

Toma uno y otra.

JUAN

No quiero.
Á Juan de Colonia espero,
y aún tengo algo que esperar.

ANA

Si no hay nada, haremos feria
de cuanto tengo mañana.

JUAN

No; con ello compras, Ana,
la deshonra y la miseria.
Nunca! Si Dios me abandona,
ó no me ayuda el demonio,
conserva tu patrimonio
y olvídame.

ANA

Juan...!

JUAN

Perdona...
tan ruin desesperación;
mas hombre no puede ser
el que arruina á su mujer!

ANA

Juan... Tú pierdes la razón!

JUAN

Todo lo podré perder,
Ana, mas no el corazón.

ANA

Serénate!

JUAN

Estoy sereno.

ANA

Acepta.

JUAN

En vano porfías.

ANA

Te pierdes!

JUAN

Por noble y bueno.

ANA

Me pierdes!

JUAN

Son cuentas mías!

ANA

Me matas!

JUAN

(Desesperado.) Y me condeno!

ANA

Dios mío! *(Golpes dentro.)*

MARIPOSA

Llaman!

ANA

Me voy.

Si pierdes todo sostén,
no olvides que yedra soy
que adherida al muro estoy.
Si caes, á mis brazos ven. *(Váse.)*

JUAN

Alma leal, donde arraiga
tan generoso heroismo!
Solo caeré; cuando caiga,
no temas que el muro traiga
tras sí la yedra al abismo!

ESCENA VI

JUAN FERNÁNDEZ *y* JUAN COLONIA

COLONIA

Juan!...

JUAN

Entrad. Sal, Mariposa.
(Váse Mariposa.)
Qué hay?

COLONIA

Juan... Todo se perdió!
Dinero, crédito y fama.

JUAN

Rehusan?

COLONIA

No hay transacción;
pagar cuanto ya se debe,
y el medio cuento que yo
volví á tomar del depósito,
confiando en que el señor
don Luis de Acuña debía
volver al fin.

JUAN

Pero no...
vuelve?

COLONIA

No.

JUAN

No hay esperanza?

COLONIA

Ninguna. La rebelión
se extinguió. Completo indulto
por los reyes se otorgó
á todos cuantos en armas
estuvieron.

JUAN

Y él?

COLONIA

Quedó
fuera de gracia, á no estar
para la Circuncisión
en su diócesis; y faltan
seis días!

JUAN

No os ocurrió
pedirles de plazo...?

COLONIA

Sí!

JUAN

Y rehusaron?

COLONIA

Mayor
afrenta nos hacen!

JUAN

Cuál?

COLONIA

Juan Barahona de Alós,
el morisco, está nombrado
en nuestra sustitución.
Mañana, á pesar de ser
Natividad del Señor,
vendrán á notificarnos
que nos demos á prisión.
Juan! Yo moriré de pena!
Á mi edad tal deshonor!
Y mis hijos? Y mi casa?

JUAN

Calmáos, padre; yo soy
el que pagaré por todos;
yo soy vuestro fiador.

COLONIA

No, no, Juan! Contra nosotros
han hecho conjuración.
Dicen que somos rebeldes;
que nunca fuimos en pro
de los reyes; que el cabildo
entero está en conexión
con nosotros y el de Acuña...
Que quién sabe el buen señor
lo que pasará!

JUAN

Mas cómo
él solo fué del perdón
exceptuado?

COLONIA

No es él solo;
con él están otros dos
de Burgos.

JUAN

Dos?

COLONIA

Uno es clérigo
y otro seglar.

JUAN

Quiénes son?

COLONIA

El Encapuchado y
don Lope de Rojas.

JUAN

(Oh!
Van tres veces que esta noche
traen á mi imaginación
su memoria. Hoy hace el año!)

COLONIA

Qué piensas, Juan?

JUAN

Que es mejor
que durmamos... si podemos.

COLONIA

No podré!

JUAN

Tampoco yo!
Pero hemos hecho cuanto hombres
hacer pudieron. Que Dios
se lo demande al de Acuña!
Tengamos resignación.

COLONIA

Tu resignación me espanta!
Me da miedo hasta tu voz!

JUAN

Dejémoslo, buen anciano,
que lo pondremos peor
cuantas más vueltas lo demos.
Idos. Con Maluenda voy
á consultarlo esta noche,
y mañana... saldrá el sol...
y veremos lo que sale.

COLONIA

Sí; tal vez es lo mejor.
Me voy.

JUAN

Voy á acompañaros.

COLONIA

No; fuera tengo á Simón.
Quédate.

JUAN

Id; y todavía
no os desesperéis, que Dios
ó el diablo, aun pueden enviarnos
una buena inspiración.
(Le conduce á la puerta, y al abrirla ve á Mariposa y dice:)
Tú ahí, Mariposa? Alúmbrale.

MARIPOSA

Voy.

COLONIA

Adiós, Juan!

JUAN

Id con Dios!

ESCENA VII

JUAN FERNÁNDEZ

Miserables de nosotros!
Vamos á ser la irrisión
de todo Burgos! Oh mengua!
Toda una vida de honor,
de honradez y de trabajo
se va á hundir en el baldón
de una infamante sentencia.
Cuanto da al hombre valor
y decoro en sociedad,
dignidad, reputación...
mañana lo perderemos;
y hasta el nombre, porque en pos
de él irá la infamia echándole
en cada letra un borrón.
Perderemos... Qué me importa
lo que pierdan otros? Yo
voy á perder para siempre
cuanto bien, cuanta ilusión,
cuanta esperanza mi alma
engañada atesoró;
y el único bien que ansiaba;
lo único que el corazón
me hacía latir; lo único
por lo que viví, el amor
de Ana! Maldita la hora
en que á esta casa llegó!
Maldita la en que sentí
palpitar mi corazón
por ella! Maldito todo
cuanto á ganar me ayudó
el suyo! Malditas todas
mis imágenes, labor
perdida con que los templos
mi talento enriqueció!
Para verme abandonado
así en la tierra por Dios,
valiera más consagrarle
tanta rica creación
á un espíritu infernal
que las pagara mejor!

ESCENA VIII

JUAN *y* MARIPOSA *en la puerta á tiempo*

MARIPOSA

Maese Juan!

JUAN

Qué hay?

MARIPOSA

Dios mío!
Qué agitado estáis!

JUAN

Estoy
dado á Satanás!

MARIPOSA

Afuera
pregunta un hombre por vos.

JUAN

Quién es? Qué quiere?

MARIPOSA

No sé.
Cuando Colonia salió,
se me entró puertas adentro;
dice que con precisión
tiene que veros.

JUAN

No quiero
ver á nadie.

MARIPOSA

Me siguió
aquí...

JUAN

Que entre noramala
el imprudente!
(Mariposa se va y cierra la puerta.)

ENCAPUCHADO

Aquí estoy!

ESCENA IX

JUAN *y* EL ENCAPUCHADO

ENCAPUCHADO

Buenas noches, maese Juan!

JUAN

Buenas! Quién sois?

ENCAPUCHADO

Soy un hombre
que os estima.

JUAN

Vuestro nombre!

ENCAPUCHADO

No importa; sé vuestro plan,
y sé que daríais algo
al que os valga en él; yo tengo
medios de ello, y á eso vengo;
y soy hombre que lo valgo.

JUAN

Dónde he oído yo esta voz?

ENCAPUCHADO

No importa al caso mi faz
tampoco. Hablemos; fugaz
pasa el tiempo, y va veloz.

JUAN

Decís que mi afán sabéis?

ENCAPUCHADO

Mejor que vos.

JUAN

Y á servirme
venís?

ENCAPUCHADO

Si queréis oirme,
y también si no queréis.

JUAN

Aun contra mi voluntad?

ENCAPUCHADO

No os estábais dando al diablo?
Pues dáos á mí, que os hablo
de seros útil.

JUAN

Hablad.

ENCAPUCHADO

Yo sé mucho.

JUAN

Qué?

ENCAPUCHADO

Sé todo
lo que saber os conviene.

JUAN

Y qué es?

ENCAPUCHADO

Que el de Acuña viene.

JUAN

Viene?

ENCAPUCHADO

Sí; pero de modo
que, en vez de valeros él,
su venida os perjudica.
Su ilustrísima no es rica.

JUAN

No?

ENCAPUCHADO

Fernando é Isabel
toda su hacienda embargada
tienen; es la condición
impuesta á su sumisión.
De Acuña no esperéis nada.
Sus enemigos han hecho
contra él bando de bandidos,
y hoy todos sus protegidos
estáis con el agua al pecho.

JUAN

Y...? *(Vacilando.)*

ENCAPUCHADO

Ana? Hereda pingüe haber;
mas es si un hombre se muere
y si él dejársele quiere,
que por fuerza no ha de ser.
Si Ana se casa con vos,
lo hará; mas será desdoro
que paguéis vos con su oro
y os quedéis pobres los dos.

JUAN

Jamás tal imaginé!

ENCAPUCHADO

Ya lo sé; pero os lo digo...
porque de ambos soy amigo,
y cuanto os concierne sé.

JUAN

Sabéis...?

ENCAPUCHADO

Cuanto vos y ella
necesitáis hoy saber...
si la tomáis por mujer.

JUAN

Si no por mi mala estrella,
así fuera.

ENCAPUCHADO

Para ello
no hallaréis inconvenientes;
sois ricos é independientes.

JUAN

Estoy con el agua al cuello,
y me salís con que soy
rico?

ENCAPUCHADO

Y lo será doña Ana
también.

JUAN

Cuándo?

ENCAPUCHADO

Vos, mañana,
si conmigo tratáis hoy.

JUAN

No os comprendo, y á creer
comienzo...

ENCAPUCHADO

Qué?

JUAN

Que os burláis.

ENCAPUCHADO

Yo nunca me burlo; y váis
á empezar á comprender.
Para casaros con Ana
os faltan dos cosas.

JUAN

Dos?

ENCAPUCHADO

Saber quién sois ella y vos,
y cien mil doblas mañana.

JUAN

Ana?

ENCAPUCHADO

Es la hija postrera

de una familia proscrita,
que asegurar solicita
su ventura venidera.
Y Ana, prenda de cariño,
y vos de venganza prenda,
fuísteis dados á Maluenda
ella muy niña y vos niño.

JUAN

Y Ana?

ENCAPUCHADO

No preguntéis más
de esto; ya os prueba lo dicho
que yo no tuve capricho
de andar en burlas jamás.
Si os casáis con Ana, y fiel
la sois, os dará Maluenda
cuenta de ella y de su hacienda...
cuando se la den á él.

JUAN

Eso es lo que hoy ya no espero.

ENCAPUCHADO

Hoy ese afán os asalta
por el dinero que os falta;
mas yo os traigo ese dinero.

JUAN

Vos...?

ENCAPUCHADO

No os estábais aquí
por dinero dando al diablo?
Pues de eso es de lo que os hablo.

JUAN

Sois...!

ENCAPUCHADO

Haced cuenta que sí.
Véis que al ir á preguntarme
por Ana, os salí al encuentro;
no podéis, pues, lo que hay dentro
de vuestra mente ocultarme.

JUAN

Leéis en el pensamiento!

ENCAPUCHADO

Y sé bien que de otros dos
en quienes pensáis, con vos
habló Colonia ha un momento.
Y si de ellos os respondo,
es sólo porque veáis
que sé en qué agua os anegáis
y os puedo sacar del fondo.

JUAN

Los recuerdos que á asaltar
me vienen, sabéis también?

ENCAPUCHADO

Sí; preguntadme por quien
me queríais preguntar;
no hay por qué de ello me extrañe;
mas de lo que en esta casa
pasa, preguntad con tasa;
no más que lo que os atañe.

JUAN

Leéis en mi pensamiento!

ENCAPUCHADO

No! Dígoos lo que me toca:
de lo de otros, punto en boca;
preguntad, pero con tiento;
pues ya podéis calcular
que hombre no soy de venir
á Burgos á descubrir
lo que ellos quieren callar.
(Bravas tentaciones son
amor, miedo é interés.)

JUAN

(Á pesar de mi aflicción,
comienzo á creer que atención
merece; veamos, pues.)
Los secretos de esta casa
sabéis vos?

ENCAPUCHADO

Tan conocidos

me son, que en ella escondidos
sé que hay tesoros sin tasa.

JUAN

Tesoros aquí?

ENCAPUCHADO

En talegas
con el oro hasta la boca;
mas fuera imprudencia loca
en mí dároslos á ciegas.
Quien la casa fabricó,
me fió á mí sus secretos;
los que os atañen, completos
puedo fiároslos yo.

JUAN

Sabéis, pues, quién la hizo?

ENCAPUCHADO

Sí!
Don Pedro Antonio de Rojas.
De esta puerta por las hojas
le sacaron ante mí
muerto; era yo muy pequeño.

JUAN

Y conocéis...?

ENCAPUCHADO

Á su hijo
don Lope? Si era canijo,
desmedrado y zahareño!
Después se desarrolló;
clérigo á ser le forzaron;
tal vez le desesperaron,
y al fin, al diablo se dió.

JUAN

Y era él...?

ENCAPUCHADO

Lo que os interesa
á vos, preguntar podéis;
lo de otros... no preguntéis,
pues vuestra cuenta no es ésa.
Don Lope de Rojas va,
por los muchos estropicios
que hizo, haciendo beneficios;
y hoy en penitencia está.
Con el Papa confesó,
y diz que el Papa le ha absuelto,
y volverá, si no ha vuelto...
y harto ya nos ocupó.

JUAN

Y el Encapuchado?

ENCAPUCHADO

Lucha
todavía encapuchado;
mas cuando esté asegurado,
él tirará la capucha.

JUAN

Y sabéis...?

ENCAPUCHADO

Yo lo sé todo;
ya os lo he dicho; pero estáis
perdiendo el tiempo, y lo váis
todo á perder de ese modo.
Preguntadme sobre cosas
que necesitéis saber.

JUAN

Decid.

ENCAPUCHADO

Habéis menester
mañana sumas cuantiosas.

JUAN

Esa no la necesito
saber; ya la sé y me pesa.

ENCAPUCHADO

Mas no sabéis que más gruesa
es la que yo os facilito.

JUAN

Vos...?

ENCAPUCHADO

Yo!

JUAN

Con qué condición!

ENCAPUCHADO

Á dárosla aquí me obligo,
si de veniros conmigo
me firmáis obligación.

JUAN

Irme con vos? Dónde? Cuándo?

ENCAPUCHADO

No os déis á pensar diabluras,
porque os quedaréis á oscuras,
aunque un mes estéis pensando.
El negocio es muy sencillo.
Rico, en país más caliente
que éste, necesito gente
para labrarme un castillo,
un puente, un templo, un palacio,
y en fin, cien obras maestras;
necesito manos diestras,
y las busco con despacio.
Maese Juan de Colonia
y vos, fracasado habéis
en vuestra empresa, y os véis
ahora en una Babilonia.
Tras de lo que os ha pasado,
os conviene abandonar
por algún tiempo el lugar
en que habéis tan mal quedado.
Queréis que conmigo os lleve
después de satisfacer
todo aquí? Podéis poner
plazo á gusto: largo ó breve.
Uno que no juzgue extraño
el pueblo que abandonáis.
Cuando la obra concluyáis;
si os place, de hoy en un año.

JUAN

La propuesta, si es leal...

ENCAPUCHADO

No es tan mala; un año entero,
y á mano triple dinero
de vuestra deuda total.

JUAN

La propuesta es tentadora!

ENCAPUCHADO

El aceptarla os conviene,
porque aunque el de Acuña viene,
viene sin dinero ahora,
y vos sin don Luis de Acuña...

JUAN

Sabéis...?

ENCAPUCHADO

Ya véis que sé mucho!
Cuando me interesa, escucho,
y oigo crecer una uña.
Ya á escuchar estoy tan hecho,
que ahora que de oir se trata,
estoy oyendo la plata
y el oro bajo este techo.

JUAN

Aquí?

ENCAPUCHADO

Aquí. No os alarméis
con diabólicos antojos;
aquí os lo pondré á los ojos
para que vos lo contéis.

JUAN

Aquí?

ENCAPUCHADO

Os daré el medio cuento
que por fiador perdísteis;
los jornales que no dísteis,
y cuanto hayáis hecho asiento
de pagar en vuestra empresa.
Concluiréis vuestra obra,
y al concluirla, de sobra
tendréis una suma gruesa.
Porque es más lo que os daré,
que lo que vos deseáis.

Si á venir os obligáis
al año, por vos vendré.

JUAN

Es grande la tentación!

ENCAPUCHADO

Os va la honra, la vida
social, la mujer querida;
cuanto tiene estimación;
á cuanto aspira y alcanza
el hombre sobre la tierra,
y el mayor placer que encierra
el de pagar: la venganza!

JUAN

La venganza...?

ENCAPUCHADO

Os han vendido,
escarnecido, estafado,
y, en fin, os han afiliado
á político partido;
y mañana, con el rey
para hacerse buen lugar,
encima os debe de echar
su injusto fallo la ley.
Pagad, y se vuelve el plato,
y se recobra la vida,
la honra, la mujer querida,
y... aceptad! Es un buen trato!

JUAN

Creo que me fascináis!

ENCAPUCHADO

Es la excitación nerviosa
de vuestro afán; cualquier cosa
maravilla imagináis.
No es más que la exaltación
de tantos días de afán,
porque mis frases están
acordes con la razón.
Es un contrato cualquiera;
vos necesitáis dinero,
yo os necesito, y os quiero
dar labor de Burgos fuera.
Por un puñado del oro
que os falta, y á mí me sobra,
podéis salir de zozobra,
recobrar vuestro decoro,
la reputación perdida,
la libertad amagada,
la luz, que os será quitada,
y, en fin... la mujer querida!

JUAN

Me estáis poniendo, ay de mí!
á punto de enloquecer!

ENCAPUCHADO

Dudáis...? Necesitáis ver...?
Ver el oro? Vedlo ahí!
(Toca en la pared á que está pegada la mesa; salta una tapa, y tira sobre ella muchas talegas; una se rompe, y rueda el oro por todas partes.)

JUAN

Ah!

ENCAPUCHADO

Ved! Contad. Dicen que es
placer de avaros villanos;
mas no; cogedlo á dos manos,
pagad y contad después.
Ese oro es la paz, la vida,
la virtud, la fe, el valor,
el porvenir, el honor,
y Ana, la mujer querida.
Ana, el ángel del hogar,
la yedra que se ase al muro;
todo eso os lo da seguro
ese oro con que pagar.

JUAN

Sí!... Sí! Pagar y tener
libertad, honra, esperanza,
pan, lecho, hogar...

ENCAPUCHADO

Y venganza!...
Y á doña Ana por mujer!
Firmad!
(Le pone delante un pergamino.)

JUAN

Dadme, y aunque vos
seáis el mismo Satanás...

ENCAPUCHADO

(Interrumpiéndole.)
Firmad...

JUAN

Tened!
(Le da el pergamino firmado.)

ENCAPUCHADO

Bien! Jamás...
falta á nadie el diablo ó Dios.
(Mientras Juan, fascinado por el oro, le contempla con febril asombro, el Encapuchado se va acercando á la puerta.)

JUAN

Me parece que me baño
el corazón en este oro!
Mío!... Mío este tesoro!...
Mío...!
(Mientras Juan está embelesado con el oro, el Encapuchado se va de puntillas, diciendo:)

ENCAPUCHADO

Hasta de hoy en un año! *(Váse.)*

ESCENA X

JUAN *y después* MARIPOSA

Mío, sí! Con qué placer
calenturiento sepulto
en él mis manos, y á bulto
sus piezas hago correr!
Corre, sí, cascada de oro
que representas la vida,
la libertad, el decoro,
la luz, la mujer querida,
cuanto ansío y cuanto adoro!
Corre, cascada brillante!
Vibra, sonoro metal;
cae de mis ojos delante,
deslumbrador, rutilante,
como un áureo manantial!
(Pausa muy breve.)
Ay! Yo creo que deliro!
Todo ese oro!... No le quiero!
Qué es lo que he hecho? Caballero...
lleváosle! Mas, qué miro?
No está! El delirio me acosa!
Se fué! Si estará allá fuera?...
Mariposa!... Mariposa!...

MARIPOSA

Qué sucede? Qué os altera?

JUAN

Llámale!

MARIPOSA

Á quién?

JUAN

Al que estaba
aquí.

MARIPOSA

Por dónde se ha ido?

JUAN

Qué dices?

MARIPOSA

Que no ha salido
por ahí; yo le esperaba.

JUAN

No lo quiero!... No lo quiero!...
Voy tras él!...
(Coge atropelladamente la capa y el sombrero, mientras dice: No lo quiero! No lo quiero! *y al llegar á la puerta sale Maluenda.)*

ESCENA XI

JUAN, MARIPOSA *y* MALUENDA

MALUENDA

Á dónde vas?

JUAN

No lo sé!

MALUENDA

Y ese dinero?

JUAN

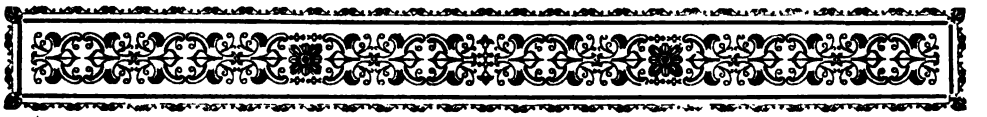
Él me lo dió.

MALUENDA

Dí primero
quién es él.

JUAN

(Tiende la capa sobre el dinero, abarca con los brazos el sitio de la mesa en que está, como para cubrirlo y defenderlo, y dice:)
Él? Satanás!



JUGADA TERCERA

Habitación del prebendado Luis de Maluenda: puerta en el fondo que da al exterior. Idem á la izquierda que da al gabinete de Maluenda: chimenea grande á la derecha. Mesa en medio y muebles de la época.

ESCENA PRIMERA

MALUENDA *y después* MARIPOSA

MALUENDA

Este es el giro peor
que tomar pudo el asunto;
fortuna que ya está á punto
de tornar á fin mejor.
Mariposa! *(Llamando.)*

MARIPOSA

(Saliendo.) Qué mandáis?

MALUENDA

Dónde está Ana?

MARIPOSA

En su aposento.

MALUENDA

Díla que venga un momento.

MARIPOSA

Si antes licencia le dáis,
Juan de Colonia quisiera
hablar con vos.

MALUENDA

Pues ya tarda.
Dónde está?

MARIPOSA

Aquí fuera aguarda.

MALUENDA

Y por qué aguarda ahí fuera?
Colonia de casa es.

MARIPOSA

Como esperábais...

MALUENDA

(Interrumpiéndola.) No importa;
es prudente y siempre es corta
su visita; que éntre pues.

ESCENA II

MALUENDA *y* JUAN DE COLONIA

COLONIA

Muy buenas noches, señor
prebendado.

MALUENDA

Qué tenemos,
mi buen Colonia? Á estas horas
vos por esta casa?

COLONIA

Vengo
á ver á Juan; pero mi hijo
Simón me ha dado el consejo
de que á hablar no entrara á Juan
sin hablar con vos primero.

MALUENDA

Y el consejo fué bien dado.

COLONIA

Pues qué es lo que hay? Está enfermo?

MALUENDA

Enfermo precisamente
no está. No tiene su cuerpo
lesión ni dolencia alguna
que necesite del médico;
pero está malo.

COLONIA

Está malo
y no lo está? No os comprendo.

MALUENDA

Pues así es como os lo digo.
Se le ha metido en los sesos
que ha hecho pacto con el diablo,
y no hay quien le apee de ello.

COLONIA

Pues antes de ayer me envió
una epístola, diciendo
que hoy, esta noche, le urgía
que sus cuentas y su cuento...
porque es un cuento, un millón
la suma que le devuelvo,
quedaran en su poder;
y se los traigo.

MALUENDA

En efecto;
hoy es cuando dice Juan
que debe de estar dispuesto
á todo, porque hoy el plazo
cumple del pacto que ha hecho.

COLONIA

Jesús! Pues qué es lo que así
le ha barajado el cerebro?

MALUENDA

No hemos podido sacárselo;
pero como el plazo puesto
por el diablo es esta noche,
de él esta noche saldremos.

COLONIA

Siendo así, ya pocas son
las aguas malas.

MALUENDA

Yo espero
que al fin esta noche, ó él
desengañado, ó resuelto
el enigma de su pacto,
volverá en sí.

COLONIA

Lo deseo
con el alma; porque ahora
que los bandos concluyeron;
que hay justicia vigorosa;
que las artes y el comercio
prosperan; que no hay un grito,
ni un robo, ni un descontento,
ni un desterrado; que todos
á sus hogares han vuelto,
y que el perdón de los reyes
es sin restricción...

MALUENDA

Completo,
padre Colonia; absoluto;
diez días ha que vinieron
las órdenes de los reyes
y del nuncio, previniendo
que hasta don Lope de Rojas
volviera á tomar asiento
y cóngruas en el cabildo.

COLONIA

Y cuando á ése le han absuelto...

MALUENDA

Ya puede venir el mismo
Encapuchado!

COLONIA

Qué buenos
sustos nos dió aquel maldito
Encapuchado en aquellos
días de sitio!

MALUENDA

En aquellas
noches diréis: mas todo eso
es ya cosecha vendida,
cuenta rota y cuentos viejos.

COLONIA

Es verdad. Conque es decir
que al pobre Juan ver no puedo?

MALUENDA

Sí que podéis, buen Colonia;
vos sois hombre circunspecto,
y con no daros con él
por entendido...

COLONIA

No tengo
más que hacer que darle todas
las cuentas, que están con sellos
del juez, y la carta-orden
para el señor tesorero
del señor don Luis de Acuña;
quien, como le devolvieron
los reyes hacienda y renta,
hace más de mes y medio
que sus cuentas con nosotros
ha saldado por completo;
y es lo que cobrarle falta
y pide Juan; aunque el crédito
sabe ya que lo tenía
yo en mi poder; pero feo
me pareció ir á cobrar
con premura.

MALUENDA

Por supuesto.
Lo que hagáis estará bien;
id y despachad, que luego
iré yo.

COLONIA

Que Dios os guarde,
señor Maluenda.

MALUENDA

Id, buen viejo.
Mariposa! Alumbra á Juan
de Colonia... y con respeto!
(Sale Mariposa.)

MARIPOSA

Perded cuidado.

MALUENDA

Y avisa
á Ana.

MARIPOSA

Os la envío al momento.

ESCENA III

MALUENDA

Bravo hombre! De éstos hay pocos;
la raza se va perdiendo.
Setenta años tiene, y marcha
con cuerpo y alma derechos.
Dios ponga tiento en su lengua
con Juan, y á mí me dé tiento
con él también esta noche,
pues no sé por qué me temo
alguna diablura. Vaya,
ya viene Ana. Comencemos
á allanar dificultades.

ANA

Puedo entrar?

MALUENDA

Adentro! Adentro!

ESCENA IV

MALUENDA *y* ANA

ANA

Fué á decirme Mariposa...
que me llamábais.

MALUENDA

Es cierto.
Necesito hablar contigo.
Conque siéntate, y hablemos.
Quieres mucho á tu marido?

ANA

Con el alma. Era tan bueno...!

MALUENDA

Y volverá á serlo.

ANA

Nunca!
Loco está!

MALUENDA

Reflexionemos,
Ana.

ANA

Está loco! Está loco
para siempre; no hay remedio.

MALUENDA

Yo espero que le haya; escúchame.
Si de esta noche podemos
sacarle y desengañarle...

ANA

Esta noche es la que temo
yo.

MALUENDA

Es natural; tiene fijo
en el plazo el pensamiento.

ANA

Pero decidme, señor
prebendado, vos que de eso
debéis entender, podrá
ser verdad que...?

MALUENDA

Ni por pienso!

ANA

Es que dicen que esta casa...

MALUENDA

Hablillas del vulgo necio!
También á mí me lo han dicho;
mas si le tiene en efecto,
sólo es guardián que nos vela
y no espíritu molesto.

ANA

Es verdad. Mas yo ya dudo...

MALUENDA

Fía en mí. Á lo que comprendo,
Juan, en la fiebre del oro
que le acosaba, al infierno
invocó cuando á su cuarto
entró el que venía el préstamo
á proponerle.

ANA

Mas quién
pudo...?

MALUENDA

Cualquiera, sabiendo
la situación del negocio,
que era público, y por buenos
pagadores reputándoles,
pudo intentarlo y hacerlo.
Juan, en la fiebre del oro,
firmó el trato; y el dinero
al ver delante de sí,
debió de hacerle un efecto
tal en la imaginación,
que olvidado del sujeto
y recordando que al diablo
invocaba en el momento
de entrar él, cree ahora que es
el diablo quien le hizo el préstamo.

ANA

Pero si dice que el hombre
desapareció!

MALUENDA

En efecto;
si el que era vino á salvarle
con un favor, caballero,
para guardar el incógnito,
dió la vuelta lo más presto
que pudo. Si era un judío
que hacer negocio logrero
se propuso, en cuanto lo hizo
se fué con su documento
firmado; Juan, viendo el oro,
no le vió á él; y así entiendo
yo la desaparición
y el hallazgo del dinero.

ANA

Y Mariposa que dice
que no le vió?

MALUENDA

Si durmiendo
se estaba ella en la antesala
cuando él se fué, yo lo creo.
Buen testigo es Mariposa!
Tan bueno como el insecto
cuyo nombre la habéis dado
por su ligereza; pero
vamos á ver si esta noche
convencer á Juan podemos.

ANA

Si hoy cumple en verdad el plazo
y viene el que es...

MALUENDA

Le veremos.
Qué puede pedir? La suma
con un interés inmenso
tal vez; pero entrará en cuentas,
y aunque cobre algún exceso,
se le pagará, que ahora
lo que nos sobra es dinero.

ANA

Es que lo que dice Juan
no es que ha de venir por ello,
es que ha de venir por él.

MALUENDA

En fin, si viene, veremos
á lo que viene; y si no,
á Juan tranquilizaremos.
Venga ó no venga, tú estate
prevenida á todo evento,
y ayúdame á preparar
á Juan; porque lo que quiero
yo, que venga ó que no venga,
es que esta noche acabemos.

ANA

Y yo también; porque paso
algunas...

MALUENDA

Pues dió en extremos
Juan?

ANA

Al principio era sólo
manía de contar cuentos
de aparecidos... visiones
de anacoretas... con ellos
me entretenía escuchándole.
Después empezó proyectos
raros á hacer, y á echar planes
de grandes viajes, de inmensos
trabajos maravillosos
y babilónicos, hechos
por encargo de un gran príncipe
que reina lejos...! Muy lejos!
Pero empezó con Diciembre
á formular sus primeros
delirios con el demonio,
y á contar casos horrendos
de pactos con Satanás;
hasta que anteanoche, en medio
de las tinieblas, convulso
de afán, de sudor cubierto,
le sentí que me abrazaba,
arrancándome del sueño,

y me decía al oído
muy bajo... «Ana, soy un réprobo!
»Me he vendido á Satanás,
»y venir por mí le siento!»
Dí un grito; en la oscuridad
sujeté sus brazos trémulos,
y él diciéndome seguía:
«Háblame, Ana, tengo miedo!»
Mas yo no podía hablarle.
Encendí luz... y en el lecho
me le encontré incorporado,
pálido como un espectro,
desencajados los ojos
y erizados los cabellos.
Entonces yo fuí, señor,
yo fuí la que tuve miedo.
Muda, aterrada y atónita,
le contemplé, los reflejos
de la lámpara á los ojos
asestándole; volviéndolos
él á la luz, poco á poco
fué desenarcando el ceño;
una sonrisa tristísima
poco á poco apareciendo
fué en sus labios contraídos;
y al fin, los brazos al cuello
echándome, rompió en llanto,
y yo recobré el aliento.

MALUENDA

Y en fin...?

ANA

Volvió el infeliz
á cobijarse diciendo:
«Perdóname, Ana, soñaba,
»y son horribles mis sueños!
»Mata la luz, y volvamos
»á dormirnos, si podemos.»
Y no pudimos! Los dos
nos quisimos, en silencio,
engañar el uno al otro,
y el sol nos halló despiertos.

MALUENDA

Y recordó al otro día...?

ANA

No; desde entonces no ha vuelto
á decirme una palabra;
pero es peor su silencio.

MALUENDA

Ana, es preciso arrancarle
de ese delirio funesto.
Es preciso hablar á su alma.
Es preciso que en el pecho
le busques el corazón,
ahogado por el cerebro.
Apaga su fantasía
con la fe y el sentimiento.

ANA

Lo intentaré; mas será
en vano.

MALUENDA

Voy á traértelo.
No quiero que se esté solo
en su cámara un momento.
Voy á que Juan de Colonia
le deje en paz; porque quiero
que esta noche reunidos
todos en familia estemos.

ANA

Yo también.

MALUENDA

Pues voy por él,
y á Mariposa te dejo.
Mariposa?

MARIPOSA

(Saliendo.) Señor!

MALUENDA

Á Ana
acompaña mientras vuelvo.

ESCENA V

ANA *y* MARIPOSA

MARIPOSA

Me manda que compañía
te haga; lo que en buen romance
significa... «Á todo trance,

»que reviente ó que se ría».
Quieres, pues, Ana empezar
por un lado á sonreir?
Porque, ó tú te has de reir,
Ana, ó yo he de reventar.

ANA

Cuánto envidio, Mariposa,
tu inagotable alegría!

MARIPOSA

Es naturaleza mía,
y en el alma me rebosa.

ANA

No tomas á pechos nada.

MARIPOSA

Tomo al tiempo como viene.

ANA

Yo no puedo.

MARIPOSA

Por higiene
debías tú...

ANA

Ya casada,
cómo no me han de apenar
las penas de mi marido?

MARIPOSA

No tienen plazo, y cumplido
hoy no debe de quedar?

ANA

Él lo dice.

MARIPOSA

Pues mira, Ana,
deja que el plazo concluya,
y cantarás aleluya,
ó te apenarás mañana.

ANA

Todo lo tomas á juego;
nada hay para tí formal.

MARIPOSA

Ni hay pena que por mortal
no tomes tú desde luego.
Qué dice Juan? Que ha hecho pacto
con un diablo que vendrá
por él aquí hoy. Ojalá
que sea un demonio exacto!

ANA

Jesús!

MARIPOSA

Déjale venir.
Maluenda es grande exorcista
y no hay diablo que á su vista
ose con Juan embestir.
En cogiendo él el hisopo,
verás, aunque sea un diablazo,
como al primer hisopazo
se va sacudiendo el jopo.

ANA

Eres capaz, Mariposa,
de reirte de tu entierro.

MARIPOSA

Es que yo nunca me aterro
como tú, por cualquier cosa.

ANA

Cualquier cosa un miedo tal
que trastorna su razón?
Tú no tienes corazón,
Mariposa, y me haces mal!

MARIPOSA

Corazón de sensitiva,
si corazón no tuviera
Mariposa, no viniera
á alegrarte compasiva.
Yo creo en Dios, y no creo
en el diablo, en quien tú crees,
y ni veo lo que ves,
ni ves tú lo que yo veo.

ANA

Bien ves que me estoy ahogando.

MARIPOSA

Y porque te veo ahogar,
para ayudarte á nadar
te estoy una mano dando.
Pero tú me la rechazas
en tu egoísta aflicción,
negándome un corazón
que tú misma despedazas.
Escucha, Ana: desde niñas
vida común hemos hecho;
mi madre te dió su pecho;
juntas las siembras y viñas
de Quintanilla corrimos,
al par con las mariposas
que alegraban revoltosas
sus espigas y racimos.
Crecimos; y una mañana
nos vinieron á decir
que tú te debías ir
de allí, y que no eras mi hermana.
Yo no pude comprender
cómo mi hermana no era
la de quien la vida entera
ví con la mía correr;
y dije: «Donde Ana vaya
»tengo de ir yo»; á tí me así,
y vine cosida á tí
como la alforza á la saya.
Diéronnos aquí á entender
que tu vida era un misterio;
tú lo echaste por lo serio,
yo no lo quise creer.
Un misterio que te hacía
dichosa y acomodada,
que no te estorbaba en nada,
ni con Juan que te quería;
misterio me pareció
que no me debía hacer
esta alegría perder
que Dios al nacer me dió.
Tú, al revés; preocupada
con tu insondable misterio,
has llevado por lo serio
tu desdicha imaginada.
Sensitiva impresionable,
de fe y sentimiento rica,
tu buena fe santifica
tu tristeza inexplicable:
y somos, en conclusión,
Ana ingrata, dos mujeres
de distintos caracteres,
pero de buen corazón.
Y si no, quién en el duelo
de tu ruin melancolía,
te daba con su alegría
fuerza, esperanza y consuelo?
Dí, tórtola quejumbrosa,
cuándo en esas horas malas
aire al alma con sus alas
no te dió tu Mariposa?
Cuándo no ha tomado á empeño
alegrar tu pena santa,
como pájaro que canta
para placer de su dueño?
Quién amparó tus amores?
Quién de tu amor los pesares
arrulló con sus cantares
como hacen los ruiseñores?
Quién el lecho te mullía?
Quién el sueño te velaba?
Quién de tu cariño esclava
vivió á tus pies noche y día?
Sensitiva cosquillosa
que te crispas con exceso...
dóblate á tomar el beso
que te da tu Mariposa.

ANA

Dámele, y á mi aflicción
perdona nimios agravios.

MARIPOSA

Tómale, y mira en mis labios
si sientes mi corazón.

ANA

Cuánto, hermana, te agradezco
que me hayas hecho á la par
llorar y reir, por dar
consuelo á lo que padezco.

MARIPOSA

Volvamos, pues, á tu pena;
y déjame, si á ello alcanza

mi fe, que te dé esperanza
en tu mala Nochebuena.

ANA

Tengo de ella mucho miedo.

MARIPOSA

Yo no.

ANA

Á mí no se me pasa
lo de que anda un diablo en casa.

MARIPOSA

Sí que anda; pero anda quedo.

ANA

Le has visto?

MARIPOSA

En la casa anduvo
la Nochebuena en que Juan
riñó con el Capitán;
y bien con él se las tuvo
el diablo, á lo que escuchar
pude tras la puerta alerta;
y aun ver creí por la huerta
con él al diablo cargar.

ANA

Eso viste y lo has callado?

MARIPOSA

Yo sé que en casa algo pasa,
pero no hay diablos en casa.

ANA

Pues y el del año pasado?

MARIPOSA

Yo de Juan el aposento
abrí á un hombre, que escapó
sin duda mientras que yo
me ausenté por un momento.
Quien quier que fuese, un tesoro
vino á tiempo á dar á Juan;
y Ana, los diablos no dan
para hacer iglesias oro.
Si cree Juan que hoy es el día
del plazo, y que el diablo era,
ó ésta es su noche postrera,
ú hoy cura de su manía.

ANA

Jesús!

MARIPOSA

De misterios, creo
los de la fe; y nunca he visto
diablos; ni á donde yo asisto
creo más que lo que veo.
Si aquel hombre era un demonio,
era un demonio auxiliar,
pues vino á Juan á salvar
y á allanar tu matrimonio.
La primera vez que vino
nos libró del Capitán;
la otra, millones dió á Juan;
no es un diablo tan dañino.
Conque déjale llegar,
que no armará un terremoto
siendo un diablo tan devoto
y en casa tan familiar.

ANA

Capaz eres, Mariposa,
de animar al mismo miedo.

MARIPOSA

Yo aturdida no me quedo
como tú por cualquier cosa.

ANA

De todas maneras, Juan
me da mucha compasión.

MARIPOSA

Y tienes mucha razón;
mas hoy saldremos de afán.
Siento á Maluenda venir
con él. Da aliento á su alma,
y házle que espere con calma,
si viene, al que ha de venir.

ANA

En el afán que me acosa,
yo haré cuanto pueda hacer.

MARIPOSA

Llámame, si has menester
de mí.

ANA

Gracias, Mariposa.

ESCENA VI

ANA, MALUENDA, JUAN *y* MARIPOSA

(Juan, pálido y sombrío, entra delante de Maluenda, como conducido allí por éste. Ana les sale al encuentro. Mariposa viene detrás de Maluenda. Acercan un sillón á Juan, que se sienta al fuego con decaimiento.)

MALUENDA

Eh! Ya estamos aquí todos
juntos. Acércate, Juan;
sé hombre!

JUAN

Vos le habéis visto
conmigo.

MALUENDA

Y nos hizo mal?

JUAN

Es que aquel era y no era.

MALUENDA

Que siendo hombre seas capaz
de dejar que te domine
superstición tan vulgar!

JUAN

Tenéis razón; lo comprendo
yo mismo; veo que está
con el sentido común
en contradicción... y están
los libros llenos de casos
de esos... los oí contar
desde muy niño en la escuela;
y lo que en aquella edad
se aprende... se queda siempre
impreso... Sí que vendrá.
Es infalible... á las ánimas;
y creo que van á dar!
(Con espanto.)

MALUENDA

Falta mucho todavía.

JUAN

Mucho...? Permitidme hablar
con Ana... Pero avisadme
cuando estén para dar ya.
(Vánse Maluenda por la izquierda y Mariposa por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

ANA *y* JUAN

ANA

Serénate, Juan; medita
que no es posible que sea
lo que dices; no hay quien crea
lo que á tí el juicio te quita.

JUAN

Yo mismo no me convenzo
de que lo puedo creer;
pero lo creo, y al ver
que lo creo, me avergüenzo.

ANA

Mas cuál es tu compromiso?
Qué firmaste?

JUAN

No lo sé.
Le llamé... vino... y firmé
sin mirarlo... lo que quiso.
Yo necesitaba oro,
mucho oro... fiebre sentía
de oro... y en tal agonía
no ví más que aquel tesoro.
Aquel oro era la vida,
la libertad, el honor,
el porvenir, el amor,

Ana, la mujer querida.
Se apareció de improviso.

ANA

Se apareció?

JUAN

Le evoqué
yo mismo... y vino... y firmé
yo no sé qué... lo que él quiso.
Yo necesitaba oro;
aquel oro era mi vida,
mi honor, la mujer querida,
eras tú; con tal tesoro
al otro día salvé
vida, porvenir, honor;
logré tu mano, y de amor
embriagado... le olvidé.
Mas según fué poco á poco
pasando el año... en Septiembre
me acordé de él... en Noviembre
le tuve miedo... y no invoco
ya á Dios, porque ya no puedo;
y hoy ya no acierto á pensar
mas que en la hora que va á dar.
Háblame Ana! Tengo miedo!
Háblame...!

ANA

Juan, desvarías!
Recuerda las circunstancias
de la escena. Qué ganancias
te pidió? Qué granjerías?

JUAN

Ninguna; dijo... «Os daré
»más de lo que deseáis,
»si á venir os obligáis
»al año; por vos vendré.»

ANA

Recuerda bien; no te pones
en situación; no te cuidas
más que de ésa, Juan, y olvidas
sus restantes condiciones;
porque lo que él vino á hacer
fué un buen negocio; y sin duda,
al veniros en ayuda,
sabía que lo iba á ser.

JUAN

Ana, él lo sabía todo.
Pregúntame, dijo; y yo
le pregunté, y él me dió
los medios, la causa, el modo
de vivir de ellos, de tí,
de mí, de todos; sabía
tu historia, la de él, la mía.

ANA

La tuya y la mía...?

JUAN

Sí.
De una familia proscrita
tú heredarás grande hacienda;
y á mí, de venganza prenda,
no sé quién me necesita.
Nada ignoraba; de modo,
Ana, que él tiene que ser;
sólo Dios y Lucifer
son los que lo saben todo.

ANA

Dios mío, se vuelve loco!

JUAN

No, Ana, no; estoy en mi acuerdo.
Escucha lo que recuerdo,
porque el tiempo es ya muy poco.
Yo le firmé su papel;
y en él sé bien que me obligo
en el plazo que te digo...
nada más que á irme con él.

ANA

Á irte?

JUAN

Sí.

ANA

Dónde?

JUAN

Lo ignoro,
mas fué el trato; lo recuerdo

bien! Y si me voy, te pierdo,
Ana; y yo te amo! Te adoro
más que nunca en esta hora
en que estoy para partir;
porque por mí ha de venir...
y la angustia me devora!
Ana, mi única pasión,
según se acerca el momento,
que se me desgarran siento
las telas del corazón...
Tú sola en él has entrado;
tú sola, tú. Desde niño
no he tenido otro cariño;
ni aun á mis padres he amado,
pues nunca les conocí;
antes de verte, quería
mi arte, mi imaginería;
pero después, sólo á tí.
Pensar que te he de dejar
y que te voy á perder,
es lo que de enloquecer
me hace tan próximo estar.
Porque siento que vacila
mi cerebro, Ana; y á veces
comprendo que mil sandeces
mi superstición apila;
que en lo posible no se halla
lo que yo creo haber hecho;
y las dudas en mi pecho
se dan furiosa batalla.

ANA

No puede ser.

JUAN

Mas si fuera?
Los libros dicen que puede.
Que fuera él, sé que excede
toda razón... mas si él era?
Ay! Sea ó no sea él,
aun no siendo más que un hombre
de quien ignoro hasta el nombre,
yo le he firmado un papel;
y en él sé bien que me obligo
á seguirle en el momento
que venga... y venir le siento,
y si viene...

ANA

Ni un testigo
tiene, Juan; fué una sorpresa;
puedes decir...

JUAN

Es inútil;
toda razón será fútil.
Él dirá... «Tu firma es ésa»;
y armado de su papel,
me puede con él llevar;
y te tendré que dejar
para marcharme con él!
Porque tú, Ana, no querrás...
ni es justo... ni yo te puedo
obligar... Ay! Tengo miedo
de perderte, Ana!

ANA

Jamás!
Somos marido y mujer,
Juan; y unidos ante Dios,
nadie puede entre los dos
lo hecho ante Dios deshacer.
Si tienes obligación
de irte, yo iré donde vayas.
No habrá clima, no habrá playas,
mar, desierto ni rincón
de la tierra conocida,
donde yo tras tí no arribe;
Juan... la buena esposa vive
de su esposo con la vida.
Como esos muros de piedra
donde la yedra se cría
somos, Juan. Tu vida es mía,
y el muro tú; yo la yedra!
(Se abrazan.)

JUAN

Ana de mi corazón,
tú me haces volver en mí.
(Aldabonazo á la puerta exterior, lejos.)

ANA

Dios mío!

JUAN

Llamaron...!

ANA

Sí!

JUAN

Aun las ánimas no son!

ESCENA VIII

ANA, JUAN, MALUENDA *y luego* MARIPOSA

ANA

Llamaron. *(Á Maluenda.)*

MALUENDA

Quién puede ser?

JUAN

No abráis...! No abráis...!

MALUENDA

Juan, si él fuera,
por la puerta no viniera;
de llamar no ha menester.

MARIPOSA

(Saliendo á la puerta.)
Señor...! Señor...!
(Á Maluenda, quedando indecisa.)

MALUENDA

Qué tráes?

ANA

(Impaciente.) Dí, por Dios!

MARIPOSA

Traigo al diablo de mí en pos.

MALUENDA

Qué es lo que hablas?

MARIPOSA

Sé lo que hablo.
Aguardábamos un diablo,
pero creo que son dos
los que á casa dan la vuelta.

MALUENDA

Dos...?

MARIPOSA

Dos. El que llama es otro.

MALUENDA

Acaba, y tu diablo suelta,
que nos tienes en un potro.

MARIPOSA

(Anunciándole.)
Ahí va. El capitán Revuelta.

JUAN

El capitán!

MALUENDA

Díle que entre.
Adónde vas?
(Á Juan que se levanta.)

JUAN

Por mi espada.

MALUENDA

Juan, no es tuya esta jugada;
no quiero que aquí te encuentre.

JUAN

Si mi ruin superstición
puede al diablo darme miedo,
guardar de un hombre no puedo
la cara ni el corazón.

MALUENDA

Si te les viene á buscar
yo haré que te les encuentre.
(Aparece el Capitán en la puerta, y oye decir á Maluenda.)
Éntrate allí.

ESCENA IX

ANA, JUAN, MALUENDA, EL CAPITÁN *y* MARIPOSA

(En la primera parte de esta escena, á una señal de Maluenda, Mariposa arregla muy brevemente la mesa, con lo necesario para ello que habrá en un aparador. Tan brevemente que no interrumpa la narración del Capitán.)

CAPITÁN

(Saliendo.) Que no entre,
porque habrá que irle á llamar.

JUAN

No tendréis ese trabajo.

CAPITÁN

No os hinchéis como una esponja
con la ira; soy una monja,
no un capitán; tened cuajo.
Ved; de mi cinto en los broches
no hay garfio ni gavilán
para espada. Buenas noches,
don Luis. *(Volviéndose á Maluenda.)*

MALUENDA

Buenas, Capitán.

CAPITÁN

Estos mozos son ya esposos?
(Mirando á Juan y á Ana.)

MALUENDA

Sí; ya lo son.

CAPITÁN

Lo celebro!
(Aún la iba á echar un requiebro.)
Que Dios les haga dichosos.

MALUENDA

Gracias! Mas esta visita,
en que con asombro os hablo,
á quién debemos?

CAPITÁN

Al diablo,
que me ha dado aquí una cita.

TODOS

El diablo!

CAPITÁN

Así es la verdad;
mas no váis á comprender
si no os doy un hilo.

MALUENDA

Á ver,
Capitán; vuestro hilo hilad.

CAPITÁN

Pues es toda una leyenda
de un cuento caballeresco;
aunque el cuento ya no es fresco.
Mas decid, señor Maluenda,
estáis en casa de pie
siempre? *(Se sientan.)*

MALUENDA

Excusad el descuido.

CAPITÁN

Creo que os ha sorprendido
mi visita, y no hay por qué.
Váis á ver, si me escucháis,
que es la cosa más sencilla
del mundo.

MALUENDA

Como en Castilla
no os creíamos...

CAPITÁN

Y estáis
en la verdad; aposento
me han dado, y no he estado mal,
lejos.

MALUENDA

Dónde?

CAPITÁN

En Portugal.

MALUENDA

En qué sitio?

CAPITÁN

En un convento.

MALUENDA

De qué ciudad?

CAPITÁN

De Coimbra.
Por cierto que haciendo están
gran templo en él, y ya van
asentándole la cimbra.
Mucho podía ganar
allí un buen imaginario.

MALUENDA

Á tan lejano santuario,
cómo fuísteis á parar?

CAPITÁN

Cuando en la edad venidera
se ocupen de nuestras cosas,
han de encontrar muy curiosas
las cosas de nuestra era.
Veréis. El Encapuchado
me atrapó aquí, me llevó
al castillo, y me plantó
del patio en mitad, cercado
de todos los capitanes
rebeldes, sus compañeros;
conocidos caballeros
todos: el señor de Blanes,
Zúñiga, Quintana Orduña,
Velasco el Comendador,
Castro, y, por fin, el señor
obispo don Luis Acuña.
Competente era el senado
para su intento; y así,
puesto delante de mí,
me dijo el Encapuchado:
«Os desarmé por sorpresa;
»os voy, pues, á devolver
»vuestra espada; mas va á ser
»con la condición expresa
»de que quedará el vencido
»á merced del vencedor,
»como en un campo de honor
»ante jueces mantenido.
»Aceptáis?» Dije que sí.
Yo pensaba ahorcarle á él;
conque era torta con miel
tal oferta de él á mí.
Antorchas nos encendieron
en los postes. Se veía
como si fuera de día;
y en el círculo que abrieron,
juramos fiar los dos
la liza, como cristianos,
al poder de nuestras manos
y á la voluntad de Dios.
Las suyas no tienen par,
é ignoro si le ayudó
Dios ó el diablo; pero yo
me sentí el hierro sacar
del puño segunda vez
por aquel hombre, que alcanza
de Satanás la pujanza,
el brío y la rapidez.
Hombre soy; pero él es más.
Mi espada asiendo caída,
me dijo:—«Tenéis la vida
»en poder de Satanás;
»mas vivid. La faz no os doy,
»porque nunca de la cara
»el disfraz que me enmascara
»quito, y se ignora quién soy.
»Mas vos sois mío. Os prohibo
»volver espada á llevar,
»ni en Juan ni en Ana á pensar,
»ni en otro que aun está vivo,
»vuestro hermano don Miguel;
»y estaréis pronto á acudir
»á donde os ordenen ir
»algún día el diablo ó él.»
En cuanto mentó á mi hermano,
caí en que podía él mismo
serlo; pero fué un abismo
el hombre, y le sondé en vano.
Del castillo nos salimos
por un subterráneo; á uña

de caballo él, el de Acuña,
otros dos y yo, partimos
á Portugal; y dejándome
bajo palabra enclaustrado,
en el convento me he estado
aburriéndome y callándome.
Mas una carta suscrita
por el diablo recibí,
en la cual me da hoy aquí
al toque de ánimas cita.
Dice:—«En casa de Maluenda
»os pondrá el diablo á la mano
»vuestra espada y vuestro hermano.»
Que lo explique quien lo entienda.

MALUENDA

Os estimo, Capitán,
vuestra franca narración.

CAPITÁN *(Á Juan.)*

Ya véis cuál mi posición
es con vos, maese Juan.
Por eso os he detenido.
Si os sorprende mi visita,
el diablo, que aquí me cita,
nos dirá á lo que he venido.

JUAN

Vendrá...?

CAPITÁN

Seguro; y es llano
que uno sólo son los tres;
si el Encapuchado no es
el diablo mismo, es mi hermano.

MALUENDA

Tal creéis?

CAPITÁN

No tiene vuelta;
ó el diablo ó el millonario
cuyo nombre hereditario
es Rojas tras de Revuelta.

MALUENDA

No puede ser otro Rojas?

CAPITÁN

Don Lope? No; estoy muy cierto.
Don Lope me hubiera muerto
con una de las dos hojas.
Porque él debe de mi hermano
los millones de guardar,
y él ó yo hemos de heredar
de Miguel; conque en la mano
teniéndome, y á mansalva
pudiendo cortarme el cuello,
asiera por el cabello
la ocasión, que no era calva.

MALUENDA

Es un modo de pensar
poco cristiano.

CAPITÁN

Mas es
muy exacto; y al revés
no me lo sé yo explicar.
Conste, pues, que yo he cumplido.
Si falta ese personaje
á la cita, aquí hospedaje
tendréis que darme; os lo pido
para esperarle hasta que él
venga ó avise que no;
porque no he de cejar yo
ni al diablo ni á San Miguel.

MALUENDA

Bravo hombre sois.

CAPITÁN

No es razón
que crea el que me ha vencido
por las armas, que ha podido
achicarme el corazón.
Mas mucho tiempo se pasa,
y yo que cansado vengo...

MALUENDA

Tenéis apetito?

CAPITÁN

Tengo
un poco.

MALUENDA

Pues haréis en casa
colación.

CAPITÁN

Cuanto antes fuera,
fuera mejor.

MALUENDA

Pues es cosa
del momento. Mariposa?
(Aparece Mariposa á la puerta.)
Sirve la cena.

MARIPOSA

Ya espera
separada de la lumbre.

MALUENDA

Pues á la mesa.
(Se acercan á la mesa; y mientras el Capitán deja pasar á Ana que estaba á su derecha por delante de él, Maluenda dice aparte á Juan:)
Ea, Juan,
que no entienda el Capitán
tu miedo, ó á pesadumbre
tome tu hosquedad con él.
No te humilla el ver que él toma
lo del diablo tan á broma?

JUAN

Á saber yo que era aquel...

MALUENDA

(Interrumpiéndole.)
Un hombre: recobra el brío.
(Maluenda, viendo que el Capitán espera, se coloca en su sitio é indica el suyo á los demás. La silla del centro, que queda de espaldas á la puerta, es la señalada para el que ha de venir, y queda vacía. Á la derecha Maluenda. El Capitán á su derecha, en el lado derecho de la mesa. Á la izquierda del sitio vacío, Ana; en el lado izquierdo de la mesa, frente al Capitán, Juan; cuando Mariposa sale á tiempo y coloca la sopera en la mesa, lo hace por el lado vacío de ésta, que es el que da al público, retirándose inmediatamente y habiendo dejado al salir abierta la puerta.)
Aquí, Capitán; allí
tú, Ana; ahí Juan; y aquí
dejo este puesto vacío
para él, si venir le place.

CAPITÁN

Sois un hombre, prebendado.
Si él á la cita que ha dado
falta, él sabrá lo que hace.
(Viendo que Juan permanece sombrío y mudo, dice aparte:)
(Qué tendrá aún ese mancebo?
Pues por mi parte he cumplido;
mas si él no está convencido,
comenzaremos de nuevo.)
(Maluenda, que ha sorprendido la mirada del Capitán á Juan, dice al Capitán:)

MALUENDA

Tal vez á poca hidalguía
tendrá el que no se le aguarde.

CAPITÁN

Llegar á tiempo no es tarde;
pero antes, es cortesía.

MALUENDA

Decís bien.

CAPITÁN

Y aunque él con cena
puesta á su cita no invita,
suponer debió en su cita
que se cena en Nochebuena.

MALUENDA

Bravo hombre sois!

CAPITÁN

Así soy;
sus modos cada cual tiene.

MARIPOSA

Sopa de almendra. *(Poniéndola.)*

CAPITÁN

La doy

mi bienvenida; y si viene
tarde el diablo, que no cene.
(Se oyen campanas lejanas, lo mismo que en el fin del acto segundo.)

JUAN

Las ánimas!

ENCAPUCHADO

(Sale.) Aquí estoy.

JUAN *y* EL CAPITÁN

(Él es!) *(Todos en pie.)*

ESCENA ÚLTIMA

MALUENDA, JUAN, ANA, EL CAPITÁN, MARIPOSA *y* EL ENCAPUCHADO, *con la espada del Capitán debajo del brazo, y sin la suya en el cinto.*

ENCAPUCHADO

Antes de llevar
bocado alguno á la boca,
mis cuentas á mí me toca
con vosotros ajustar.

MALUENDA

Antes? Nada hay que nos fíe
con vos ni aun breves instantes?

ENCAPUCHADO

No; mas se arreglarán antes
de que la sopa se enfríe.

MALUENDA

Tanta prisa...?

ENCAPUCHADO

Hoy á mi Dios
el mundo social me cierra,
y no puedo hoy en la tierra
dejar cuentas de mí en pos.

MALUENDA

Mas quien quier que podáis ser,
podréis nuestra mesa honrar.

ENCAPUCHADO

No puedo asiento tomar
ni á mesa puesta comer.

MALUENDA

Quién sois pues?

ENCAPUCHADO

Un acreedor.
Tengo una firma de Juan,
y tengo del Capitán
una palabra de honor.

MALUENDA

Y prontos están á hacer
honor á firma y promesa;
mas quién les da tanta priesa
para ello querrán saber.

CAPITÁN

Yo sí.

JUAN

Y yo.

ENCAPUCHADO

Ya lo sabréis.
Vos, que ha un año en vuestro hogar
á su diablo familiar *(Á Maluenda.)*
no véis, quién soy bien sabéis.

MALUENDA

Yo de vos sé historias cojas,
é inconexas; y una ó dos
ciertas, por lo que de vos
me ha dicho Lope de Rojas.

ENCAPUCHADO

Lope de Rojas su casa
por mí os confió, y sujeto
estáis á guardar secreto
de lo que en su casa pasa.
Lope fué quien ideó
al diablo el encargo dar
por Ana y Juan de velar,
y por él les velé yo.
De ello sabe alguna cosa,

aunque al secreto sujeta
le guardó bien, la discreta
y avispada Mariposa...
Por él, con infernal tacto,
de oro en su febril afán,
obligué conmigo á Juan
ha un año á firmar un pacto.
Por él tras Revuelta dí,
le cogí y le desarmé;
y está por palabra y fe
de hidalgo, sujeto á mí.

CAPITÁN

Y he cumplido como tal;
mas á ver estoy resuelto
por qué os presentáis envuelto
en un misterio infernal.

JUAN

Y yo, si sois sólo un hombre,
decidido á demandaros
por qué os plugo presentaros
á mí con tal faz y nombre.
Me habéis dado un año entero
de afán!

ENCAPUCHADO

Justa punición
de vuestra superstición
y de la sed de dinero.
Mas dígeos quién era yo?
Vida y honra me debéis;
y negarme fe podéis,
agradecimiento no.
Mas hoy que cargos á hacer
vengo y cuentas á cerrar,
punta ni hoja ha de quedar
por asir ni por volver.

CAPITÁN

Pues no hay pocas puntas sueltas,
ni por volver pocas hojas!
Sudaréis, si andan los Rojas
revueltos con los Revueltas.

ENCAPUCHADO

Todas las hojas y puntas
por volver y por atar,
os las vengo yo aquí á dar,
Capitán, vueltas y juntas.
Y no será culpa mía
si, al juntar puntas y hojas,
los Revueltas y los Rojas
no se juntan todavía.

CAPITÁN

Pues empezad á coger
y á volver puntas y hojas;
y empecemos por los Rojas.

ENCAPUCHADO

Qué de ellos queréis saber?

CAPITÁN

Lo que han hecho de mi hermano.

ENCAPUCHADO

Le educaron de manera
que no supiese quién era.

CAPITÁN

Y han hecho de él un villano?

ENCAPUCHADO

No, sino un hombre leal,
que no sabiendo quién es,
no tiene odio ni interés
contra la raza rival.
Un hombre que os constituye
con los Rojas en concordia.
Un hombre en quien la discordia
de vuestras razas concluye.
Y hombre de alma tan templada
y de mano tan ligera,
que de la vuestra pudiera
volver á arrancar la espada.

CAPITÁN

Sois...?

ENCAPUCHADO

No; es en vez de un villano,
un Revuelta caballero
que á una Rojas, no el primero,
sí el más leal, dió su mano.

CAPITÁN

Está unido en matrimonio
con una Rojas?

ENCAPUCHADO

Que le hace
muy feliz.

CAPITÁN

Pues ese enlace
le ha de haber hecho el demonio.

ENCAPUCHADO

Él fué; mas de Dios en nombre;
Dios un diablo envió á la tierra,
vuestra fratricida guerra
para acabar en ese hombre.
Don Lope casó á su hermana
con don Miguel vuestro hermano,
para ahogar vuestro odio insano
en aquella unión cristiana.
Es un lazo hecho ante Dios;
los hijos que nazcan de él,
nacerán de odio sin hiel,
mejores que Lope y vos.

CAPITÁN

Tanto á don Lope mentáis,
que por lo que se barrunta,
el tal don Lope es la punta
que más por coger bregáis.
Qué es de él? Acabad.

ENCAPUCHADO

Ha muerto
para el mundo, Capitán;
y aunque amplio perdón le dan,
que vuelva á luz es incierto.
Don Lope absuelto no puede
ser, si no se reconcilia
con vos de odio de familia,
sin que átomo alguno quede.

CAPITÁN

Por vos vencido, acepté
las condiciones impuestas
allí: mas nuevas son éstas
que cómo tomar no sé.

ENCAPUCHADO

Tomadlas como cristiano,
Capitán; y sólo así
podrá comprenderme aquí
vuestro corazón mundano.

CAPITÁN

Hablad, pues.

ENCAPUCHADO

(Bajando al proscenio.) Oidme todos:
Lope de Rojas, forzado
tomó eclesiástico estado;
mas por tan bárbaros modos
vejado fué y perseguido
por un partido contrario,
que un día tiró el breviario,
y tomó espada y partido.
Y no hay nada que más vil
y sanguinario al hombre haga,
ni hay peste, tósigo ó plaga
como la guerra civil!
Los más nobles caballeros,
al ir en bandos partidos,
se transforman en bandidos
y andan como bandoleros.
La guerra civil maldita
quita el juicio al más prudente,
torna en fiera al que es valiente,
hijos á la patria quita;
pervierte las almas buenas,
corrompe los corazones,
envenena las pasiones
y hace de los hombres hienas!
Lope de Rojas, lanzado
en ella por odio ruin
de familia, fué por fin
por el Papa excomulgado.
Mas un día se espantó
de sí mismo, y penitente,
paz perpetua entre su gente
á establecer se obligó.
El oro, que ya le sobra,
emplea un templo en hacer;
vos habéis podido ver *(Al Capitán.)*
allá en Portugal su obra.
Mas no puede en sociedad

volver á ocupar su puesto,
si deja en su raza el resto
más leve de enemistad.
Si vos, corazón mundano,
vaso de odio y de altivez,
no comprendéis esta vez
su modo de obrar cristiano,
yo, que por él os vencí,
y la mano os desarmé,
desarmado os llevaré,
mientras viváis, tras de mí.
Y si vuestra enemistad
dura lo que vuestra vida,
que Dios á vuestra alma pida
cuentas en la eternidad!
Perdonáis?

CAPITÁN

Sí; porque al cabo,
según sois de pertinaz,
creo que seréis capaz
de venderme por esclavo.

ENCAPUCHADO

(Á Juan.) Á vos, mozo, Dios testigo
fué del pacto entre los dos;
ved lo firmado por vos,
(Le da un escrito.)
y ved si os venís conmigo.

JUAN

(Lee.) «Por el dote de doña Ana
»que recibo hoy de un extraño,
»me obligo de hoy en un año
»á ir á tierra lusitana,
»y de un templo de Coimbra
»la imaginería á hacer,
»cuando estén para poner
»á su bóveda la cimbra.»

JUAN *y* ANA

Oh!

ENCAPUCHADO

Capitán, vuestra mano.
La espada os va á ser devuelta
por don Miguel de Revuelta
y Rojas.

CAPITÁN

Sois vos mi hermano?

ENCAPUCHADO

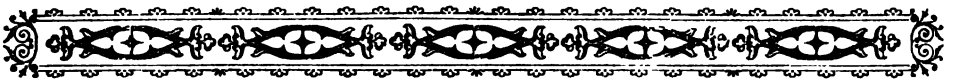
No, Capitán.

CAPITÁN

Pues quién...?

ENCAPUCHADO

Ese,
el marido de doña Ana
Rojas de Revuelta, hermana
de don Lope; y porque cese
el público puntas y hojas
de recoger y dar vueltas
entre Rojas y Revueltas,
soy yo don Lope de Rojas.
(Se quita el antifaz y cae el telón.)



PARA VERDADES EL TIEMPO Y PARA JUSTICIAS DIOS

TRADICIÓN

I

Juan Ruiz y Pedro Medina,
dos hidalgos sin blasón,
tan uno del otro son
cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
la vida en lance sangriento;
prendas de tanto momento
amigos, por cierto, dan.
Pasan ambos por valientes
y maneros en la lid,
y lo han probado en Madrid
en apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
en valor y en osadía,
pero en fama de hidalguía
no son lo mismo cabales.
Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
silencioso por demás,
que no alzó noble jamás
el gesto meditabundo.
Ancha espalda, corto cuello,
ojo inquieto, torvas cejas,
ambas mejillas bermejas,
y claro y rubio el cabello.
Y aunque lleva en la cintura
largo hierro toledano,
dale, brillando en su mano,
más villana catadura.
Y aunque arrojado y audaz
en la ocasión, rara vez
carece su intrepidez
de son de temeridad.
Ágil, astuto ó traidor,
hijo de ignorada cuna,
debe acaso á su fortuna
mucho más que á su valor.
Presentóse ha pocos años,
de Indias advenedizo,
diz que con nombre postizo
cubriendo propios amaños.
Mas vertió lujo y dinero
en festines y placeres,
aunque fué con las mujeres
más falso que caballero.
Hoy pasa, pobre y oscuro,
una existencia común,
y medra ó mengua según
los dados le dan seguro.
Hombre de quien saben todos
que vive de mal vivir;
mas nadie sabrá decir
por cuáles ó de qué modos.
Modelos en amistad
ambos para el vulgo son;
mas con Pedro es la *opinión*
menos rígida en verdad.
Porque es Pedro, aunque arrogante
y orgulloso en demasía,
mozo de más cortesía
y más bizarro talante.
De ojos negros y rasgados,
con que á quien mira desdeña;

nariz corta y aguileña,
con bigotes empinados.
Entre sombrero y valona
colgando la cabellera,
y alto en gesto en tal manera,
que cuando cede perdona.
Mas si sombras de matón
tales maneras le dan,
tiénela más de galán
por su noble condición.
Que no hay en Madrid mujer
que un agravio recibiera,
que á su espada no tuviera
satisfacción que deber,
Ni hay ronda ni magistrado
que en revuelta popular
no le haya visto tomar
ayuda y parte á su lado.
Tales son Ruiz y Medina;
de quienes, por concluir,
fáltame sólo decir
que amaban á Catalina.
Es ella una moza obscura,
de talle y de rostro apuesta;
mas tan gentil como honesta,
y como agraciada pura.
Ámala Ruiz, pero calla,
acaso porque su amor,
para mujer de su honor,
palabras de amor no halla.
Él con ansia la contempla
al abrigo del embozo;
pero el ímpetu de mozo
ante su virtud se templa.
Que es tan dulce su mirar,
que su luz por no perder,
cuando se quiso atrever,
sólo se atrevió á callar.
Y es tan flexible su acento
que, para no interrumpirle,
tener es fuerza, al oirle,
con los labios el aliento.
Medina, que fué soldado
sobre Flandes por Castilla,
y á los usos de la villa
de más tiempo acostumbrado,
Suplicóla tan rendido,
tan cortés la enamoró,
que ella amor le prometió,
como él fuere su marido.
—Eso sí, por San Millán!—
dijo Pedro con denuedo.
Y la calle de Toledo
tomó en resuelto ademán.

II

Contento Pedro Medina
con su amorosa ventaja,
más á carreras que á pasos
iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazón
á cada paso que daba,
y frotábase ambas manos
bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
y los ojos le brillaban
al reflejo que en el pecho
despide la amante llama.
Las gentes le hacían sitio
por que cerca no pasara;
que según iba resuelto,
que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
en sus amores el alma,
que ni ve dónde tropieza,
ni cura de los que pasan.
Topó, al volver una esquina,
una vieja, y, al dejarla
derribada en tierra, dijo:
«Nos casaremos mañana.»
Enredósele el estoque
en el manto de una dama,
y rasgándola una tercia,
echóla un voto de á vara.
Así dando y recibiendo
encontrones y pisadas,
dió por fin con la hostería
donde su amigo jugaba.
Fué á la mesa, y preguntando
á Juan si pierde ó si gana,
pidió vino y añadióle:
«Cuando acabes, dos palabras.»
Recogió Juan sus monedas,
y, terciándose la capa,
sentóse al lado de Pedro,
diciendo bajo:—Qué pasa?

—Me caso—dijo Medina.—
Miróle Juan á la cara,
y, frunciendo entrambas cejas,
tosió, sin responder nada.
—Qué piensas?—preguntó Pedro.
En tí y tu mujer pensaba—
contestó Juan suspirando,
con voz ronca y apagada.
—Supondrás que es Catalina?
—Y lo siento con el alma.
– Cómo!—Porque tengo celos.
—Por San Millán!—Yo la amaba.
—Y ella?—Nunca se lo dije,
pero ocurrióseme...—Acaba!
—Para decirla mi amor
escribirla hoy una carta.—
Callaron ambos: Medina
remedio al caso buscaba,
el codo sobre la mesa,
sobre la mano la barba.
Al fin, como quien resuelve
negocio que aflige y cansa,
pidió papel y tintero,
diciendo á Juan: «Por mi alma,
»que en mi vida en tal apuro
»vacilar tanto pensaba;
»y á no serte tú quien eres,
»metiéralo á cuchilladas;
»pero escribe, y que responda
»á cuál de nosotros mata.»
Escribió Juan; mas, rasgando
al mejor tiempo la carta,
«Echemos—dijo—los dados,
»y al que la mayor le caiga:
»si es á mí, la escribo al punto;
»si es á tí, Pedro, te casas.»
Tiró Juan y sacó nueve;
y, asiendo el vaso con rabia,
tiró Pedro y sacó doce,
con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba
que curiosa los cercaba,
parten la calle en silencio,
dándose entrambos la espalda.

III

Son, á mi pensar, los celos
delirio, pasión ó mal,
á cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.
Á manos de tal pasión
el más cuerdo desespera,
pues quien con celos espera
atropella su razón.
Si con celos esperar
es importuna porfía,
ceder celoso en un día
cuanto se amó, no es amar.
De celos verse morir
y en silencio padecer,
son celos tan de temer
cuanto duros de sufrir.
Y así con celos amar,
vale casi aborrecer;
pero con celos ceder,
es igual que delirar.
Y si otro favorecido
goza el bien que se perdió,
se habrá el disfavor sentido,
mas perdido el amor, no.
Porque en quien goza favor
sobra tal vez confianza,
y celos sin esperanza
suelen guardar más amor.
Si favor nunca tuvimos,
aun es suerte más cruel,
porque vemos ahora en él
cuanto bien haber pudimos.
Y así pienso que son celos
delirio, pasión ó mal,
á cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.
Por eso llora Juan Ruiz,
celoso y desesperado,
el bien que Pedro ha ganado,
más galán ó más feliz.
Por eso en la soledad
se mesa barba y cabellos,
sin mirar que no está en ellos
su amante fatalidad.
Oh! Que no fueron antojos
sus amorosos desvelos!
Que el amor que hoy le da celos
entróle ayer por los ojos.
«Y por qué no me atreví?»,
clama el triste en su aflicción.

«Y hoy acaso esta pasión
»pudiera arrancar de mí!
»Mas volveré, vive Dios!
»Pero qué he de conseguir,
»si la he dejado elegir
»marido de entre los dos?»
Y á su despecho tornando,
semejábase en su afán
una fiera á quien están
dentro la jaula acosando.
Sin darse el triste solaz,
cruzaba el cuarto sin tino,
pero no hallaba camino
de dar al ánima paz.
Silbaba al dejar rabioso
paso al comprimido aliento,
y hollaba con pie violento
el pavimento ruinoso.
Iba adelante y atrás,
sin reflexión que le acuda,
á la par pidiendo ayuda
á Cristo y á Satanás.
Túvose un momento al fin,
y en el temblor que le aqueja,
se ve bien que se aconseja
con un pensamiento ruin.
Volvió á girar otra vez,
y otra á tenerse volvió;
en esto dobló un reló
en una torre las diez.
Entonces, quedando fijo,
exclamó en la obscuridad:
«Hoy se casan, es verdad;
»hace un mes que me lo dijo.»
Ciñó con esto el acero
con desdén á la cintura,
y salióse á la aventura
la vuelta del matadero.

IV

Es una noche sin luna,
y un torcido callejón
donde hay, en un esquinazo,
agonizando un farol.
Un balcón abierto á medias,
por los vidrios de color
arroja al aire, en tumulto,
de danza el confuso son.
Se oye el compás fugitivo
que llevan con pie veloz
los que danzan descuidados
dentro de la habitación,
y se ven cruzar sus sombras,
una á una y dos á dos,
en fantástica carrera
y monótona ilusión.
La casa es la de Medina,
que en ella á fiesta juntó
sus amigos y parientes
después de traspuesto el sol.
Allí, con franca algazara
festeja á la que adoró,
de quien aguarda esta noche
prendas de cumplido amor.
Está la niña galana,
cual nunca el barrio la vió.
suelto en rizos el cabello,
que exhala fragante olor;
la falda de raso blanco
y acuchillado el jubón,
con vueltas de terciopelo
azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
ajustado el cinturón,
de donde baja en mil pliegues
un encaje en derredor;
y de un lazo de corales,
que Pedro la regaló,
lleva en una cruz de oro
la imagen del Redentor.
Tanta ventura en un día
nunca Pedro imaginó,
y así anda desatentado,
girando en la confusión.
Á cada vuelta se mira
en los ojos de su amor,
y en la luz de aquellos soles
se le quema el corazón.
Y en fin, para concluir,
se cantó, cenó y bailó,
como es costumbre en las bodas,
desde entonces hasta hoy;
hasta que, cansados unos
del baile, otros del calor,
las viejas del tardo sueño,
los músicos de su son,

las muchachas de la bulla,
y los novios del honor
que les hacen sus amigos
en tan precisa ocasión,
despidiéronse uno á uno
echando sobre los dos
más bendiciones que plagas
causó á Egipto Faraón.
Quedáronse entrambos solos,
la amada y el amador,
por vez primera en la vida,
á merced de su pasión.
Mirábala embelesado
el amoroso español,
trémulo el rostro de gozo
y de dicha el corazón.
Mirábale ella anhelante,
encendida de rubor,
húmedos los negros ojos,
con tiernísima afición.
Él diciéndola: «¡Alma mía!»,
diciéndole ella: «¡Mi sol!»,
entre el son de ardientes besos
de regalado sabor.
En esto, en la estrecha calle
temible ruido sonó
de voces y cuchilladas
en medrosa confusión.
Y al angustiado lamento
de uno que grita:—«¡Favor!
¡Ayudadme, que me matan!»,
Pedro á la calle bajó,
con el estoque en la diestra
y en la siniestra el farol.
Asomóse Catalina
amedrentada al balcón,
llamando á Pedro afanosa,
de algún daño por temor.
Alzó Medina la cara,
y la luz con ella alzó;
pero apenas el reflejo
dió en el rostro de su amor,
una estocada traidora
por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado,
que partía el corazón;
lanzó la hermosa un gemido
de intensísimo dolor,
y el moribundo Medina,
volviendo el gesto á un rincón,
hacia una imagen de Cristo
de quien devoto vivió,
dijo espirando:—«Soy muerto.
¡Acorredme, Santo Dios!»
Y quedó tendido en tierra,
sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre,
y diciendo en ronco son
«¡Maldita sea mi alma!»,
mató la luz y escapó.

V

Tuvieron así los años,
uno, dos, tres, hasta siete,
embozada en el misterio
aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
vecinos á socorrerle,
para vengarle los hombres,
para mentir las mujeres.
En vano salieron unos
casi desnudos á verle,
y otros salieron jurando,
armados hasta los dientes.
Nada sirvieron entonces
ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
y sin justicia el aleve.
En vano son las pesquisas
de los irritados jueces;
en vano son los testigos,
las citas y los papeles.
En vano el caso averiguan
una, dos, tres, quince veces;
cada vez más se confunden
los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra
anduvieron diligentes,
olfateando la presa,
los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
todos declaran contestes,
todos son los agraviados,
mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
y pendencias más de veinte;

mas Pedro quedó sin vida,
y sin justicia el aleve.
Catalina le lloraba,
desconsolada y doliente,
minutos, horas y días,
noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
con accesos de demente,
y un año á su cabecera
veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
á padrinos y parientes,
diciendo: «Mientras yo viva,
no faltará quien la vele»;
y en vano le murmuraron
de tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
á la cabecera siempre,
sin que á sondear su alma
alcanzara algún viviente
á través de la reserva
y el misterio que mantiene.
Curóse al fin Catalina;
y el tiempo, que tanto puede,
siendo remedo y sepulcro
de los males y los bienes,
volvió la luz á sus ojos
y el pudor volvió á su frente,
y el talismán de la risa
á sus labios transparentes,
y salió ufana, diciendo,
á cuantos por verla vienen,
que la vida con que vive
sólo á Juan Ruiz se la debe.
Éste, á pretexto de amigo
del triste que en polvo duerme,
no se aparta de su lado
hasta que la noche viene.
Entonces, á lentos pasos,
la esquina inmediata tuerce,
y en las revueltas del barrio
como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
que á media voz se atreviese
á decir que, cuando pasa
por ante el Cristo, se tiene,
el embozo hasta los ojos,
el sombrero hasta las sienes,
cruza azaroso la calle,
como si alguien le siguiese.
En estas conversaciones,
cada vez menos frecuentes,
pasaron al fin los años,
uno, dos, tres, hasta siete.

VI

Pagada la Catalina
de amistad tan firme y tierna,
de tanto afán y desvelos,
de tan rendida fineza,
escuchó á Juan una tarde,
los ojos fijos en tierra,
dulces palabras de amores
de la balbuciente lengua.
Instó un día y otro día,
quedó siempre sin respuesta:
volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
volvió á su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
y tornó Ruiz á su tema,
y tornó á callar la niña
entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galán,
tanto resistió la bella,
que al cabo la linda viuda
dijo á Juan de esta manera:
«Puesto que es muerto Medina
»(Dios en su gloria le tenga!),
»y por siete años cumplidos
»mi fe le he guardado entera,
»y él ha visto nuestro amor
»allá de la vida eterna,
»os daré, Juan Ruiz, mi mano
»y mi corazón con ella.
»Amigo de Pedro fuísteis,
»y yo os debo la existencia;
»conque es justo, á mi entender,
»os cobréis entrambas deudas.»
Púsose Juan Ruiz de hinojos
á los pies de la doncella,
y, asiéndola las dos manos,
humildemente las besa.
Acordáronse las bodas;
mas Catalina aconseja
que sean cuando él quisiese;
pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos,
ó tarde ó nunca se dejan,
y Juan en su mocedad
gustó de bulla y de fiesta.
Así, aunque pocos convida
para que á las bodas vengan,
buscó unos cuantos amigos
que le alegraran la mesa.
Trajo vinos los mejores,
y viandas las más frescas,
y apuntó por hora fija
de noche las diez y media.
Gustaba Juan sobre todo
de cabezas de ternera,
y asábalas con tal maña,
que á cualquier gusto pluguieran.
Gozaba en esto gran nombre
entre la gente plebeya,
de tal modo que le daban
el apodo de *Cabezas*.
Ocurrióle á media tarde
darse á luz con tal destreza,
y embozándose en la capa,
salió en busca de una de ellas.
Mataban aquella tarde
en el Rastro una becerra;
compró el testuz, y cubrióle
asido por una oreja.
Volvió á doblar el embozo,
y, contento con la presa,
de la calle en que vivía
tomó rápido la vuelta.
Iba Juan Ruiz con la sangre
dejando en pos roja huella,
que marcaba su camino
sobre las redondas piedras.
En esto, entrando en su barrio,
al doblar una calleja,
dos ministros de justicia
le pasaron muy de cerca.
Él siguió, y pasaron ellos,
advirtiendo con sorpresa
la sangre con que aquel hombre
el sitio que anda gotea.
Él siguió, y tornaron ellos
por sobre el rastro que deja,
hasta entrar en otra calle
oscura, sucia y estrecha.
En un rincón embutida,
á la luz de una linterna,
de Cristo crucificado
se ve la imagen severa.
Paróse Juan: los corchetes,
que en el mismo punto llegan,
viendo que duda y vacila,
en faz de preso le cercan.
«Fuera el embozo!—gritaron;—
muestre á la luz lo que lleva.»
Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helósele en las venas,
á una memoria terrible,
cuanta sangre hervía en ellas.
«Fuera el embozo!» repiten,
y él acongojado tiembla,
sintiendo un cambio espantoso
que pasa en su mano mesma.
Quiso hablar, y atropellado,
un «Dejadme!» balbucea.
Deshiciéronle el embozo,
y mostrando Ruiz la diestra,
sacó, asida del cabello,
de Medina la cabeza.
«Acorredme, Santo Dios!»,
grita aterrado, y la suelta;
mas la cabeza, oscilando,
entre los dedos le queda.
«Yo le maté!—clamó entonces—
hoy ha siete años, por ella.»
Y sin voz ni movimiento,
cayó desplomado en tierra.

CONCLUSIÓN

Y así fué que aquella noche
de sangrienta confusión,
en que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó
con el estoque en la diestra
y en la siniestra el farol,
no era en ella otro que Ruiz
quien llevaba lo mejor.
Como un imán á una aguja
arrastra constante en pos;
como una serpiente á un pájaro.
á una paloma un halcón,
entorpecen y fascinan,
sin que ala ni pie veloz

para huirles les acudan,
á impulsos de su pasión
anduvo así Juan vagando
de la fiesta en derredor,
y oía por las ventanas
de danza el confuso son,
y vía cruzar las sombras
una á una, y dos á dos,
en fantástica carrera
y monótona ilusión.
Así lloraba acosado
de sus celos y su amor,
cuando oyó de una pendencia
vivo y cercano rumor.
Cerróse en ella á estocadas,
tan sin acuerdo y razón,
que, á cuantos hubo á las manos,
adelante se llevó.
En esto acudió Medina,
y Catalina al balcón,
de la suerte recelando,
acelerada salió.
Mas, al ver cuál afanosa
curaba ella de otro amor,
cegaron á Ruiz los celos,
el despecho le embriagó,
y al tiempo que alzaba Pedro
el brazo con el farol,
matóle á la faz de Cristo,
como villano, á traición.
De entonces, en los siete años
después del hecho traidor,
ni una sola vez, de miedo,
por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
y en ella al cielo ocasión
de mostrar que hay infalibles
tribunales sólo dos
de irrevocable sentencia,
sin coto ni apelación.
Para verdades el TIEMPO,
y para justicias DIOS.

EL CANTO DE LOS PIRATAS

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

Alerte! Alerte! Voici les pirates
d'Ochali qui traversent le detroit.
Le captif d'Ochali.

Con cien cautivos llevamos
fletada nuestra galera,
que en una y otra ribera
para el harem reclutamos.
Al mar! Al mar, marineros!
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
al agua el ancla tenaz;
linda muchacha apresamos,
dormida en traidora paz;
mil fantasmas hechiceros
soñaba, á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar.
Ea, ganemos el viento!
Esto no es más que cambiar
por un harem un convento.
Os haremos mahometana,
y el sultán ha de quereros.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.
—Y osáis, hijos de Satán...!—
Lloró, suplicó.—Es preciso —
la contestó el capitán.
Sus clamores lastimeros,
su resistencia fué vana.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

En su dolor parecían
sus ojos un talismán;
mil zequíes bien valían,
la hemos vendido al sultán.
Lo debe á mis compañeros:
ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ [1]

Stabat Mater dolorosa
juxta crucem lachrymosa
dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
su lumbre en opacas nieblas,
y, crespón de tanto duelo,
tendió la sombra en el suelo
anchos pliegues de tinieblas.
Ni un pájaro por el viento,
ni una fiera por la roca,
ni entre el musgo amarillento
asoma reptil hambriento
la desenterrada boca.
Ni el ronco mar á lo lejos
en sordo tumulto brama,
vibrando en turbios espejos
tornasolados reflejos,
que por la playa derrama.
Ni una brisa ni un gemido
el aire pesado encierra,
que doliente y abatido
yace sin fuerzas tendido,
las alas contra la tierra.
Grupos de nubes impuras,
en la alta región inmobles,
ciñen en bandas oscuras
la lumbre de las alturas
con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,
el negro ambiente cruzando,
amaga pronta tormenta,
una natura alumbrando
dormida ó calenturienta.
La rosa que el aura riza
se dobla en el tallo seca,
y de la hierba pajiza
sostiene la raíz hueca
campo estéril de ceniza.
Y del desierto á la entrada,
en torpe paso el Jordán
arrastra el agua pesada;
una con otra amarrada,
sin ruido las ondas van.
Y en los anchos arenales,
por donde las hondas crecen,
los penachos desiguales
saludándolas no mecen
palmas y cañaverales.
Todo entre sombras callaba;
el mundo en reposo inerme
curioso se contemplaba,
cual de despertar acaba
un hombre, y duda si duerme.
Víanse al lejos enhiestas,
cerrando los horizontes,
en dobles hileras puestas,
las enmarañadas crestas
de los escarpados montes.

(1) El acreditado artista D. José Gutiérrez pintó en el Liceo Artístico una bellísima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composición que lleva este epígrafe. Inútil es, por consiguiente, decir que está dedicada al autor del cuadro.

Entre los troncos desnudos,
alzando las blancas losas
los esqueletos agudos,
sacaron, de asombro mudos,
las calaveras medrosas.
Ninguno osó preguntar
lo que era triste saber;
ninguno acertó á dudar
lo que salió á contemplar
y alcanzó temblando á vér.
Allí Adán el pecador
asomó el gesto confuso
mirando en su derredor;
de rodillas, de pavor,
sobre la piedra se puso.
«Es ésa mi raza...?», dijo
hiriendo la calva frente;
y llorando se maldijo,
á su Dios mirando fijo
en un palo entre su gente.
Secos, vacilantes, flojos,
malditos en él también
los otros yertos despojos,
volvieron hacia Salén
los sin luz cóncavos ojos.
Allá en la vasta llanura
está la impía ciudad,
como meretriz impura
que ostenta falsa hermosura,
merced á la oscuridad.
Y el Gólgota misterioso
levantado detrás de ella,
entre ufano y vergonzoso
con un suplicio horroroso,
rota la frente descuella.
Estaba en honda agonía
al pie de la cruz llorosa
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa
el Hijo muerto pendía.
Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado,
y en el madero derecho,
desconocido y deshecho,
el cuerpo descoyuntado.
Tan rasgadas las heridas
de ambos pies y de ambas manos,
que cayeran divididas,
á no estar tan sostenidas
en brazos tan soberanos.
Y porque culpa tan fea
ofrenda tan santa borre,
la hirviente sangre gotea,
y, en el peñasco en que corre,
avaro el viento la orea.
Allí, por tierra postrada,
moribunda y desolada
la castísima María,
con el suplicio abrazada,
la ardiente sangre bebía.
Y parado el mundo entero,
asombrado la miraba;
que sola en dolor tan fiero,
á su Dios muerto lloraba
al pie del santo madero.
—Ella llora, y yo pequé...!
Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué;
yo su sangre derramé
y manché la creación!
Yo le robé de tus brazos,
sin respeto á su deidad;
le até con estrechos lazos
para arrancarle, es verdad,
las entrañas á pedazos.
Y Tú, Madre, en tu dolor,
mesándote los cabellos,
al verdugo matador
tendiste los brazos bellos,
demandándole favor.
Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
pálida la faz de rosa,
te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.
No humana, de tigres fué;
que si te vieron acaso
los hombres con quien pequé,
cual brezo que estorba el paso,
te apartaron con el pie.
Tú hollada, Virgen, así...!
Tú, que pisas de rubí
vistosa, viviente alfombra,
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de tí!
Tú, de estrellas coronada,

del ardiente sol vestida
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida
por raza tan condenada!
Tú llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescataría,
cuando el tiempo le concluya
en el postrimero día!
Tus ojos llorosos tanto,
cuando al sol prestan su luz?
Oh, Madre! Por tal quebranto,
que me salve á mí tu llanto
al pie de la santa cruz!

—

Yo tengo un recuerdo
de edad más dichosa;
Tú, Madre amorosa,
lo sabes tal vez.
Entonces alegre,
de afanes segura,
soñaba ventura
mi loca niñez.
Brindábame entonces
la vida placeres;
no ví en las mujeres
el mal del amor.
Reía y cantaba
un día, otro día,
y siempre el que huía
tornaba mejor.
Que aun no me acosaban
mis débiles años
con duelos y engaños
de vana amistad;
aun no de mis horas
de paz y esperanza
rompió la balanza
la estéril verdad.
El aire era un velo
de ricos colores;
brotaban las flores
á impulso del sol;
la noche tranquila,
que en paz me velaba,
del cénit colgaba
su turbio farol.
La vida era un sueño
ligero y flotante;
fingí, delirante,
del mundo un jardín;
creí que los días
que pasan huyendo,
felices volviendo,
serían sin fin.
Entonces, oh Madre!
recuerdo que, un día,
tu santa agonía
contar escuché:
contábala un hombre
con voz lastimera:
tan niño como era,
postréme y lloré.
El templo era obscuro:
vestidos pilares
se vían, y altares
de negro crespón;
y en la alta ventana
meciéndose el viento,
mentía un lamento
de lúgubre son.
La voz piadosa
tu historia contaba;
el pueblo escuchaba
con santo pavor.
Oía yo atento,
y el hombre decía:
«Y quién pesaría
»tamaño dolor!
»El Hijo pendiente
»de cruz afrentosa;
»la Madre amorosa
»llorándole al pie...»
El llanto anudóme
oído y garganta;
con lástima tanta
postréme y lloré.
La voz conmovida
seguía clamando;
el viento zumbando
seguía á la par;
el pueblo lloraba
postrado en el suelo;
contaba tu duelo
la voz sin cesar.

Mi madre, á su pecho
mi pecho oprimiendo,
posaba gimiendo
sus labios en mí;
y yo, Santa Virgen,
en son de querella,
no sé si por ella
lloraba ó por tí.
Tu imagen estaba
doliente á mis ojos;
mi madre de hinojos
oraba á tus pies:
por quién lloró entonces
mi pecho afligido,
ya nunca he podido
saberlo después.
Mi madre tan joven,
tan bella y penada;
mi madre adorada
llorando también!
Perdón, oh María!
Soy hijo y la adoro;
su aliento y su lloro
quemaban mi sien.
Convulso, agitado,
en ámbito estrecho
latir en su pecho
sentí el corazón;
el niño creía
y oró al Crucifijo...
El niño era hijo
y ahogó su oración.
Ha poco, en mis horas
de cuita y de duelo,
amparo en el cielo
con ansia busqué;
tu nombre me trajo
mi fe solitaria,
y en honda plegaria
tu nombre invoqué.
Que yo también lloro
mundanos pesares;
también tengo altares,
y fe y religión:
que el gozo y la risa
que ostento en la frente,
del alma doliente
la máscara son.
Ay triste! Olvidado,
no hallé en mi abandono
más luz que tu trono,
más paz que tu amor;
y ciego y perdido,
sin lumbre y sin guía,
á tí te pedía
llorando favor.
Á tí, que llorabas
el día tremendo
que viste muriendo
al Dios de la luz.
Oh, Madre, que el día
de cuentas y espanto
me salve tu llanto
al pie de la cruz.

—

Madre mía! Si en tu cielo
se oye el murmullo mundano
y mi cántico liviano
en su cóncavo sonó;
si la estéril armonía
llegó á tí del arpa loca,
y los himnos que mi boca
sacrílega murmuró,

Tiende los divinos ojos,
oh Madre! desde la altura,
que es polvo la criatura,
cieno, y nada encontrarás;
que en la senda de la vida,
cada paso que adelanta,
más débil la torpe planta
se acerca á su nada más.

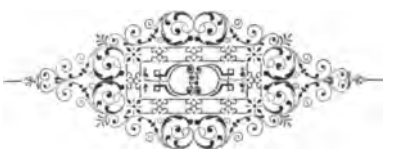
Acuérdate, Madre Virgen,
que allá, en la niñez tranquila,
por tí la clara pupila
con mis lágrimas nublé;
que hubo un día en que, escuchando
la historia de tus pesares
delante de tus altares,
acongojado lloré.

Olvídate que, insensato,
sin curar de tus dolores,
canté profanos amores,
del arpa lúbrica al son;

acuérdate que, nacido
de flaca y terrena gente,
tengo de tierra la mente,
y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,
que nací niño y desnudo,
y que hoy á tus pies acudo,
mi nada al reconocer.
Que mi lengua irreverente
cambia en himnos inmortales
los cánticos criminales
que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
en tu noble amparo fijo,
ruega, oh Madre! por un hijo
al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
de justicias y de espanto,
que me salve á mí tu llanto
al pie de la santa cruz.



ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
Apoteosis de D. Pedro Calderón de la Barca.—Acto único	5
Á la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Larra.	15
Á Calderón	17
Á Toledo	19
El Puñal del Godo, drama en un acto.	29
El reloj	47
La luna de Enero	49
Á una mujer	51
La Calentura: continuación de «El Puñal del Godo.»—Acto único	61
Oriental	79
Á Venecia	81
Un recuerdo y un suspiro	83
La oliva y el laurel: Alegoría escrita para las fiestas de la proclamación de S. M. la Reina Doña Isabel II.—Acto único	89
Á D. Jacinto de Salas y Quiroga	103
Á	105
Oriental	107
Sofronia, tragedia en un acto	117
La meditación	133
Á la estatua de Cervantes	135
Elvira	137
La tarde de otoño	139
Cada cual con su razón, comedia en tres actos.—Acto primero	145
Acto segundo	161
Acto tercero	179
Indecisión	195
ooo	197
Oriental	199
Romance	201
Caín, pirata; cuadro de introducción al drama titulado «Un año y un día» en tres actos.—Introducción	207
Un año y un día.—Acto primero	229
Acto segundo	247
Acto tercero	265
Á un torreón	279
La noche de invierno.—Á D. Jenaro Villaamil	281
Recuerdos de Toledo.—La catedral	285
El día sin sol	289
Don Juan Tenorio, drama religioso-fantástico en dos partes.—Primera parte.—Acto primero	303
Acto segundo	323
Acto tercero	339
Acto cuarto	349
Segunda parte.—Acto primero	365
Acto segundo	377
Acto tercero	387
Inconsecuencia.—Á una tórtola	393
Soneto	397
La torre de Fuensaldaña	399
La duda	403
Entre clérigos y diablos ó El Encapuchado, partida en tres jugadas puesta en acción.—Jugada primera	411
Jugada segunda	437
Jugada tercera	457
Para verdades el tiempo y para justicias Dios	479
El canto de los piratas	487
La Virgen al pie de la Cruz	489

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

JAN - 7 '54 H

JUN 19 '61 H

RESTRICTED

DISCARDED

CANCELLED

BOOK DUE-WID

MAY 11 1978

Span 5997.5
Obras dramaticas y liricas de Don
Widener Library 007058002
3 2044 080 210 842